ÓSCAR SOTO COLÁS

ROJO VENECIANO

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
1620
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
Interludio
1629
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
Interludio
1650
I

II
Interludio
1652
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Valladolid, 1620. Martin de Castro es un pintor de santos cuya esposa murió al dar a luz a su querida hija, Juana. La niña demuestra desde bien pequeña un talento auténtico por la pintura. Siendo ya una adolescente, ocurren dos sucesos que cambiarán su hasta entonces plácida vida: Martín es seducido por una intrigante mujer que acaba convirtiéndose en su madrastra y ella, a su vez, comienza una intensa relación con Francisco Peña, el mejor aprendiz de su padre.

Así se inicia esta intensa, barroca y fascinante novela en la que su autor ha derrochado talento narrativo para recrear la vida de una mujer que tiene que desempeñar su arte en la clandestinidad, negándose así a aceptar un destino impuesto por otros. Una vida cargada de rebeldía y plena en experiencias que trae al presente el fascinante siglo XVII.

Desde la Venecia de los dogos a la Roma de los papas, pasando por el Madrid de los Austrias y la severa Valladolid, Juana conocerá de primera mano el ambiente artístico de su época y a personajes históricos como el mismísimo Diego Velázquez o Felipe IV.

Óscar Soto Colás

Rojo veneciano

Para Marina.
Que siempre puedas ser quien desees ser.

A Artemisia, Sofonisba, Rachel, Marie-Guillemine,
Berthe, Claudette y todas las que fueron, pero no están.

Aquellos que tienen privilegios inevitablemente se aferran a ellos.

LINDA NOCHLIN

Valladolid, invierno de 1603

Los gritos se escuchaban con claridad desde el exterior cuando Martín de Castro empujó el portón de la casa. La ventisca había cesado, pero un viento gélido soplaba con fuerza formando remolinos con la nieve acumulada.

Martín asomó medio cuerpo por la puerta y se quedó un instante en esa postura, con un pie en el embaldosado a cuadros blancos y negros y otro aún en la calle. Durante unos segundos, permaneció quieto y en silencio. Jugueteando nervioso con el sombrero entre sus dedos, preso de un miedo irracional que lo paralizaba. Un nuevo grito le hizo reaccionar. Se persignó con fe antes de traspasar definitivamente el umbral y, a grandes zancadas, alcanzó las escaleras. Subió los peldaños de dos en dos.

Se plantó frente a la puerta donde su mujer daba a luz desde hacía más de ocho horas y llamó a ella con insistencia.

A abrir acudió la ayudante de la partera, una chica de poco más de veinte años y que miró al hombre con cara de circunstancias.

—¿Cómo está? —inquirió Martín de Castro con la voz tomada por la ansiedad.

La muchacha se limitó a sacudir los hombros en un gesto de difícil interpretación. La firme mano de la comadrona la apartó del umbral sin miramientos y mientras la ordenaba regresar junto al lecho, sacó casi a empujones a Martín de la alcoba. El hombre tuvo el tiempo justo de ver la figura encogida de dolor de su esposa entre el borrón rojizo que eran las sábanas antes de que la mujer cerrara la puerta tras de sí.

Ya fuera, la partera se plantó frente a él. Tenía cara de pocos amigos y los brazos en jarras llenos de sangre hasta el

codo.

—Os dije que os fuerais de la casa, señor de Castro. El parto se ha complicado y vuestra presencia aquí solo nos molestará.

—Solo quiero saber cómo están Lidia y la criatura. En la taberna se me caían las paredes encima. Dígame cómo va todo, por favor —pidió Martín frotándose las manos con nerviosismo.

La matrona suspiró resignada. Se contaban por decenas los partos a los que había asistido y, por lo tanto, decenas eran también los padres con los que había tratado, y era de la opinión de que de ser cosa de hombres la llegada de un niño a este mundo, hacía mucho que la raza humana se hubiese acabado. Cuando llegaba la hora de la verdad, o se convertían en criaturas asustadizas o se desentendían de todo. En cualquier caso, nada aportaban en un parto. Sin embargo, sintió lástima de la triste expresión que vio en el rostro de aquel pobre pintor de poca fama. Se secó la sangre de las manos en la falda del delantal y habló con voz firme y templada por los muchos años de experiencia:

—El niño viene de nalgas y vuestra esposa es estrecha de caderas. Solo podemos rezar y esperar que la naturaleza siga su curso.

Martín se pasó una temblorosa mano por la barbilla.

—Puedo ir en busca del mejor médico de todo Valladolid si hace falta. No tenemos mucho dinero, pero haré lo que sea necesario por Lidia y por la criatura.

La matrona lo cortó con una enérgica sacudida de la mano.

—Nada se le ha perdido en un parto a un hombre. Esto es cosa de mujeres. —Un nuevo grito procedente del interior de la habitación acabó con la conversación—. Quedaos aquí fuera o volved a la taberna, a mí lo mismo me da. El caso es que no volváis a molestar —zanjó la matrona cerrando la puerta tras de sí.

Martín suspiró resignado antes de girar sobre los talones y enfilar las escaleras hacia la planta baja. Se sentó en el primer escalón, con la mano apoyada en el mentón y

expresión de temor.

Durante unos segundos barajó la posibilidad de regresar a la taberna. La desechó con rapidez. La sola idea de estar entre borrachos y mujerzuelas mientras su esposa peleaba por traer a este mundo al hijo de los dos se le antojaba imposible. De improviso, deseó encerrarse en el taller y pintar. Cuando se sentía inquieto o abatido, coger los pinceles era lo único que lo aliviaba. Mantenía su cabeza ocupada y cualquier pensamiento se diluía a medida que extendía la pintura por la tabla. ¿Era lícito que su primer hijo naciese mientras él se abstraía del mundo y se centraba solo en su arte? ¿No sería mejor esperar cerca de la puerta por si la matrona reclamaba algo de él?

Un nuevo y terrible grito, más desgarrador que antes, lo ayudó a decidirse. No podía seguir ahí sentado escuchando a su mujer sin poder hacer nada. Necesitaba dejar de pensar hasta que todo hubiese acabado.

Entró y se encerró en el pequeño taller, al que se accedía por una estrecha puerta junto a la entrada. Se quitó la capa que hasta entonces había olvidado llevar puesta y la dejó colgada junto al sombrero. Hizo lo mismo con el coleto y se colocó sobre la camisola blanca el mandil de cuero que usaba cuando pintaba.

Al poco, el olor de las tinturas, los aceites y los pigmentos se llevaban lejos el miedo. Pero no pudo hacer desaparecer del todo el temor por lo que sucedía en el piso superior, como si alguien agitase la superficie de las aguas por las que buceaba cuando pintaba, y que ahora no parecían tan oscuras y confortables como de costumbre.

Inquieto, se dedicó a dar los últimos retoques a una tabla de tres por cinco pies y medio que representaba a la Virgen del Carmen y que tenía como destino la sacristía de un pequeño convento. Era un encargo que su maestro le había encomendado poco después de que finalizase el verano y que ahora estaba en su fase final. El primero que realizaba en calidad de oficial, y el primero en el que tenía voz sobre elementos como la composición o los colores a usar. Aunque su maestro tendría la última palabra antes de

que la tabla fuese entregada a sus comitentes, nada se haría sin su consentimiento. Era un importante paso en su carrera y se había afanado en dar lo mejor de sí.

Desde que llegara junto a Lidia a Valladolid hacía dos años, había trabajado en el mismo taller y con el mismo maestro. Primero en labores sencillas como moler las diferentes sustancias con las que se obtenían los distintos pigmentos. Después abocetando pinturas o dando pequeños retoques a obras menores, y, finalmente, desde que fuera ascendido a oficial, trabajando en obras cada vez más importantes y donde se le daba una libertad de actuación cada vez mayor. De seguir con esa progresión, en dos años podría entrar a formar parte del gremio de pintores, montar taller propio y acometer encargos. Incluso podría acoger pupilos a su cargo, ahí sería cuando comenzase a cobrar cantidades importantes por su arte y hacerse un nombre en la ciudad.

Sería entonces, al convertirse en un importante maestro pintor que recibía encargos de valor, cuando demostraría a su padre que tenía razón.

Pensar en Ramón de Castro hizo que le temblase el pulso y a punto estuvo de errar en la pincelada. Masculló una maldición antes de tomar aire y retomar su labor.

Como tercer hijo de un rico comerciante de paños burgalés, su futuro había estado siempre enfocado hacia el negocio familiar. Sin posibilidad de heredar la empresa al ser el menor, su destino pasaba por trabajar con sus hermanos y ser un hombre de negocios respetable y rico. Su porvenir era halagüeño y nada hacía presuponer que se torcería, hasta que Martín decidió que quería ser pintor. Un oficio que, para Ramón de Castro, era poco más que un simple trabajo manual, no mucho mejor que arar la tierra o sembrar los campos. Por si fuera poco, casarse con Lidia Núñez, la hija pequeña de un tintorero, era lo que Ramón de Castro consideraba un premio menor para alguien que llevaba su apellido. Aquella boda, realizada a escondidas y sin familia, acabó por hacer estallar las relaciones entre padre e hijo.

Recordó las palabras que su padre le espetara la última vez que se vieron:

—Con la pintura serás siempre un muerto de hambre.

Martín casi podía ver la terrible figura de su padre y su dedo admonitor señalándole mientras pronunciaba tan terrible sentencia, justo antes de cerrar la puerta de la casa familiar para siempre.

El alejamiento de su familia, sobre todo de su madre, pesaba en el ánimo de Martín más de lo que estaba dispuesto a reconocer. De eso hacía ya dos largos años, y durante aquel tiempo ni una sola vez había dudado de lo acertado de su decisión. Lidia y el hijo que estaba punto de nacer eran ahora su familia, y se dedicaba con pasión a aquello que amaba. El camino que tenía frente a sí era todo lo brillante que podía desear.

Sin embargo, el destino no es amigo de hacer planes.

Unos golpes a la puerta del taller le hicieron dar un respingo. Se sentía culpable por haberse olvidado de lo que acontecía en el piso de arriba. Se limpió la pintura de las manos como buenamente pudo y acudió raudo a abrir la puerta. Al otro lado de esta, el semblante serio de la matrona no presagiaba nada bueno. Martín palideció al punto.

—¿Ha pasado algo malo? ¿Están mi mujer y mi hijo bien?

Tras un suspiro revelador, la partera tardó uno segundos en responder:

—Ya os advertí que el parto era complicado. Vuestra esposa ha muerto, señor de Castro. No hemos podido hacer nada por ayudarla.

Martín sintió que el mundo perdía una capa de color, como si sobre él se hubiese extendido un velo. Tuvo que sujetarse al marco de la puerta, las rodillas le temblaban.

Lidia, muerta. No era posible. El apoyo y timón de su vida. La única mujer a la que había amado ya no estaba en este mundo.

Le llevó unos segundos ser consciente de lo que aquello implicaba.

—¿Y el niño? ¿Está vivo? —acertó a balbucir.

La comadrona reflexionó su respuesta. No era la primera vez que vería a un padre culpar a una inocente criatura de la muerte de su esposa.

—Está viva. Es una niña —dijo al fin.

Martín sintió que una pequeña rendija de luz se abría ante él.

Subieron a la habitación y la ayudante de la partera le tendió a la pequeña. Al otro lado de la puerta entreabierta se adivinaba sobre la cama el cuerpo inerte de Lidia, tapado con las sábanas ensangrentadas.

Por primera vez en su vida entendió que el corazón era un órgano tangible y real, y no una simple metáfora que los poetas usaban para cantar sus amores. Sí, el corazón era algo real que podía romperse y ahora él lo sentía roto en pedazos y cada uno de ellos se clavaba en su pecho. De un plumazo todos los planes de futuro se derrumbaban.

Martín de Castro no quiso prestar atención a la muerte y se centró en su hermana bastarda: la vida.

Tomó a su hija en brazos y la miró largamente, como quien mira una palabra escrita en un idioma extranjero. La pequeña era poco más que un trozo de carne aún manchada de sangre que se revolvía por encontrar su lugar en el mundo. Cubierta con una simple tela de lino se la veía tan frágil y desvalida…

La alzó ante sí y la pequeña reaccionó emitiendo un pequeño gemido de satisfacción. Martín acarició el rostro sonrosado de su hija con una sonrisa en los labios. Al hacerlo dejó una pequeña mancha de pintura roja en la mejilla de la pequeña.

—Dejadme que la limpie —señaló la partera haciendo amago de pasar un dedo ensalivado por el rostro de la niña.

Martín se lo impidió apartando a la pequeña.

—Esta niña es hija de un pintor. Que luzca con orgullo los colores que su padre utiliza para crear.

1620

I

Juana de Castro depositó el bastidor con el bordado en el suelo y se puso en pie a la par que se mordía los labios, intentando con aquel gesto amortiguar cualquier sonido que pudiese producir. El aya Teresa dormitaba plácidamente recostada en la silla, tenía los brazos cruzados sobre su abundante pecho que ahora subía y bajaba rítmicamente al compás de sus ronquidos, y un hilillo de baba resbalaba por su barbilla. Además de instruir a la joven en materias puramente femeninas, la anciana se encargaba de llevar la casa. Había cumplido los sesenta esa misma primavera y empezaba a quedar claro que aquella labor le venía grande debido a su edad. Además, de un tiempo a esa parte, la anciana tenía tendencia a quedarse dormida a la menor ocasión. Eran esos momentos los que Juana aprovechaba para abandonar las labores que tan poco le agradaban y que la sirvienta se empecinaba en hacerle aprender.

Odiaba especialmente el bordado, que veía como un pésimo sustituto de la pintura, por lo que dejar tan fastidiosa tarea le parecía el mejor de los regalos. Con paso cuidadoso cruzó la estancia. Al otro lado de las contraventanas cerradas para aliviar el bochorno, cantaban las cigarras y un sol de justicia apretaba como queriendo aplastarlo todo.

Cerró la puerta tras de sí y con caminar igual de cauto se dirigió hacia las escaleras. Se apoyó en la barandilla en total silencio, tratando de atisbar cualquier sonido que supusiese un peligro. En la casa no se escuchaba el vuelo de una mosca. Todo parecía estar bajo el influjo somnoliento que se apoderaba de las tardes del estío vallisoletano. Antes

de descender las escaleras apretó con fuerza el llavín que llevaba ocultó bajo la ropa.

Entró en la cocina y cogió un pedazo de embutido de la alacena, que escondió entre sus ropas. Volvió sobre sus pasos con el mismo cuidado.

La casa estaba ubicada a una escasa legua de Valladolid. En un asentamiento lo bastante cerca de la ciudad para ser considerado un arrabal de esta y lo suficientemente lejos para ser casi aldea. En la planta baja se hallaba, además de la cocina, el taller de su padre, que ocupaba la mitad del espacio. Tras bajar media docena de escalones se accedía a un pequeño sótano donde se ubicaban un almacén y las habitaciones del servicio. Este lo formaban Rosita, quien a pesar del diminutivo pasaba de los cuarenta; Mauro, de apenas veinte primaveras, quien ejercía de chico para todo, y el aya Teresa, cuya cámara se ubicaba en el piso superior, junto a la familia. Pese a que habrían podido permitirse de sobra más personal, se apañaban con los tres. La vida de Martín de Castro y Juana era tan espartana y sencilla que no necesitaban de más ayuda. Pegada a las del servicio había una habitación utilizada por el aprendiz de su padre.

Llegó a la puerta que daba acceso al patio trasero de la casa y descorrió el cerrojo, que emitió un quejido herrumbroso. Sin soltar el tirador y durante una décima de segundo, Juana rezó para que el aya no lo hubiese oído. Cuando juzgó que no había peligro empujó la pesada hoja de madera y salió.

En el patio, el bochorno calentaba de lo lindo. Parecía increíble como una ciudad que en invierno sufría heladas tan numerosas e intensas podía convertirse en un horno en las tardes de verano.

Juana cruzó el patio a la carrera y llegó hasta el pequeño huerto de la familia. Allí se cultivaban varias verduras y legumbres, además de, como novedad, media docena de tomateras, que a esas horas resistían el embate del sol. Desde que la exótica planta hubiera llegado a Europa desde las Américas, casi un siglo atrás, había pasado

de tener un uso ornamental cuyos frutos se creían tóxicos, a ser consumidos con fruición. Mauro, el criado de la casa, se daba buena maña con la tierra y durante todo el año la familia disponía de verduras y hortalizas para llevar a la mesa.

Apoyada en un extremo de la tapia que delimitaba la propiedad al sur se alzaba una sencilla caseta. Servía para guardar los aperos que se usaban en el huerto, y también, Juana lo sabía de buena tinta, para que el bueno de Mauro hiciese en ella la siesta los días de poca labor. Pero esa vez no se toparía con él. Las tardes de verano el calor se acumulaba en la caseta, y el criado prefería dormitar en su catre del sótano.

La chica escuchó los maullidos antes de abrir la puerta. Miró con cautela a ambos lados antes de empujarla. Hacía una semana había descubierto que una gata atigrada había elegido un rincón del humilde chamizo para dar a luz a una camada de cinco preciosos gatitos.

Juana se sentó en el suelo y destapó la tela de arpillera con la que había cubierto el nido. Un coro de maullidos le dio la bienvenida.

Tras comprobar que las visitas de Juana no suponían un peligro para su progenie, la gata se había acostumbrado con rapidez a ella. Sabía que su presencia le proporcionaba un valioso alimento sin necesidad de ir a cazar. La miró con esa mezcla de indiferencia y curiosidad tan típicamente felina.

—Hola, chica. ¿Cómo estás hoy? —saludó Juana al tiempo que partía el embutido con sus manos y lo dejaba caer junto a la madre. Entendía que para dar de mamar a las crías la gata tenía que estar fuerte y bien alimentada, y siempre que podía le traía un pedazo de embutido o algo de carne.

La gata dio buena cuenta de la comida. Antes hubo de apartar de encima a los gatitos, que observaban con curiosidad a la recién llegada. Hacía poco que sus ojos se abrían al mundo y lo exploraban todo con curiosidad. Juana dejó que la madre comiera con tranquilidad y

acarició a los inquietos animales.

Cuatro de ellos, tres machos y una hembra, tenían el mismo pelaje que su madre. La última de la camada era una hembra flacucha de color blanco con una curiosa mancha triangular en la cara que le daba un aspecto despistado. Por ella sentía Juana un afecto especial, y parecía que el animal le correspondía de igual modo.

Los gatitos, indistintamente de su sexo, habían sido bautizados como Lisipo, Policleto, Praxíteles, Mirón y Fidias. En honor de los famosos escultores clásicos. A excepción de la gata de la mancha en el morro, Fidias, Juana tenía que reconocer que le costaba discernir cuál era cuál.

Una voz en el exterior hizo que se pusiera en pie como activada por un resorte.

—Estad callados. Volveré mañana —dijo antes de colocar de nuevo la tela sobre el cajón y salir de la caseta.

Cerró la puerta tras de sí y tan absorta estaba en realizar aquella acción con disimulo que a punto estuvo de chocar con Pedro.

Pedro Tirón era el único hijo de maese Emilio, el boticario que vivía en la casa de al lado. Según oyera una vez, la madre del chico había quedado incapacitada para tener más descendencia debido a unas fiebres. Pedro era un año mayor que ella y, aunque siempre había tenido un carácter taciturno que hacía desconfiar a Juana, la falta de chicos de su edad en la vecindad los había impelido a compartir juegos infantiles desde críos.

—¿Otra vez con esos gatos? —inquirió malhumorado Pedro—. Ya te dije que lo mejor era que los mataras. Si sobreviven, solo incordiarán en la casa. Si quieres, yo puedo ocuparme de ellos. No sufrirán, si así lo prefieres.

—¡No seas animal! —respondió Juana maldiciendo el día que le habló de los gatitos.

Juana no disimuló un gesto de fastidio. Toparse con Pedro iba a retrasarla de su verdadero cometido. El chico no fue consciente de aquel hecho. Sus pupilas estaban fijas en el escote de la chica. Juana cruzó los brazos sobre el

pecho al ser consciente del interés que despertaba. Mucho se temía que el muchacho sentía por ella un afecto que ella no correspondía y, con los años, había desarrollado la mala costumbre de manosearla, como ahora intentaba.

—Deja que te ayude. El terreno aquí es irregular y una mujer podría caerse —dijo a la par que estiraba sus brazos para posarlos en las caderas de la chica.

Esta tuvo la intención de apartarlo de un manotazo, pero rectificó en el último segundo. Quería alejar al chico de los gatitos. Así que dejó que le ayudara a salir del huerto.

Las caricias de Pedro se intensificaron y sus manos amenazaban con ir más allá de las caderas, así que Juana lo apartó de un fuerte empujón.

—¡Para! Alguien podría vernos.

Su mirada se clavó en el segundo piso de la casa, donde había dejado al aya Teresa plácidamente dormida.

—¡Mejor! —saltó el chico con soberbia—. Así tu padre y los míos sabrían de lo nuestro y nos dejarían casarnos.

—¿De lo nuestro? No hay nada que se pueda llamar así, Pedro. Para mí tú solo podrías ser un amigo. Y siempre será así. Te lo he dicho mil veces.

—El amor crece con el roce. Eso es lo que mi padre siempre dice.

Juana calló. Le dolía horrores rechazarlo una vez tras otra, pero no podía permitirse que creyera lo que no era. A pesar de su cautela, el chico no parecía dispuesto a ceder.

—No puedes negar que hemos estado juntos desde chicos. Y nos hemos besado —insistió Pedro.

Juana bufó para restar importancia a aquel hecho.

—Teníamos diez años cuando eso pasó.

Pedro ignoró el comentario. Detuvo su paso, tomó las manos de la chica y la miró con fijeza.

—¿Cuándo vas a darte cuenta de que te amo, Juana?

La joven rumió aquella declaración. ¿Amar? Aquel era un verbo demasiado serio para soltarlo a la ligera. Ella quería conocer mundo, ser una artista famosa, visitar Italia..., incluso las Américas. Además, aunque alguna vez

se le llegase a pasar por la cabeza sucumbir a las atenciones de Pedro, se adivinaba en él una rabia que le producía repulsa.

Decidió no añadir nada más.

Reemprendieron la marcha y se encaminaron hacia la reconfortante sombra de la higuera que crecía en el otro extremo del huerto.

El olor dulzón de los higos caídos que se secaban al sol lo impregnaba todo. Juana se alzó sobre las puntas de sus zapatos para coger un fruto de una rama baja. Este quedaba a un escaso palmo de la yema de sus dedos.

—Yo te lo cojo —se ofreció solícito Pedro viendo la oportunidad de lucirse ante ella.

Dio un pequeño salto que se quedó corto por casi un codo.

Juana era ligeramente más alta que el chico. De hecho, era un poco más alta que casi todos los muchachos de su edad. Decidió callarse y dejar que realizara un segundo intento. Esta vez Pedro tomó más impulso y sus dedos rozaron el fruto. El tercer salto logró agitar la rama, pero no consiguió que el higo cayera.

La chica no aguardó un cuarto intento. Flexionó las rodillas y se dio impulso. Al aterrizar mostró el preciado fruto en su mano derecha. Una mueca de frustración se dibujó en el rostro de Pedro.

—Habría llegado yo. No sé por qué siempre tienes que dártelas de lista —se quejó.

Mohíno, se giró y se sentó visiblemente malhumorado, con la espalda apoyada en el tronco del árbol.

—¿Por qué te enfadas ahora, botarate? —dijo Juana dando un tiento al higo. No obtuvo más respuesta que un gruñido. Recordó una frase que su aya solía recitar a menudo: «El orgullo de un hombre es tan frágil como un huevo de gallina».

Aunque no entendía del todo el significado de aquellas palabras, comprendió que se podía aplicar a aquella situación. Pero ¿qué podía hacer ella si era más alta que Pedro?

Se encogió de hombros a la par que mordisqueaba la fruta.

—Si quieres te doy un poco. Está muy dulce —ofreció, temerosa de la respuesta de él.

Pedro meneó la cabeza para mostrar su negativa. Juana apuró el fruto con ganas y después arrojó lejos los restos.

—Tengo algo que te gustará —soltó Pedro de modo enigmático.

—¿El qué? —repuso la chica limpiándose los dedos de los restos del fruto adheridos a ellos.

—Si te sientas conmigo aquí te lo muestro.

Juana dudó un instante, pero acabó por sucumbir. Si había algo a lo que no podía resistirse era a saciar su curiosidad.

Se sentó junto al chico.

—Bien —dijo—, ¿qué es?

Pedro sonrió con una expresión de malicia pintado en su rostro. Rebuscó en el zurrón que llevaba colgado del hombro y de él extrajo un libro que mostró con orgullo.

Se trataba de un manual de anatomía que había birlado de la extensa biblioteca de su padre. Contaba con varias láminas con grabados que mostraban la anatomía humana con un enorme grado de detalle. Juana sintió atracción por el libro nada más verlo. La calidad de los grabados era magnífica. Sabía que Leonardo y otros grandes habían presenciado autopsias para comprender mejor el cuerpo humano, eso era lo más cerca que ella iba a estar de eso. A una mujer no se le permitía asistir a ellas, por mucho que fuese por un afán didáctico. De igual modo, no podía pintar un modelo masculino desnudo.

Sin intención alguna más que observar mejor los grabados, se pegó más al chico.

—Lo he traído para ti —aclaró Pedro—. Como te gusta pintar y sé que los libros te enloquecen, he pensado que podría serte de utilidad.

El chico demostraba conocerla bien. Aparte de la pintura, la lectura era, de lejos, la otra actividad favorita de Juana. Desde pequeña, tenía acceso a una amplia biblioteca

que superaba los treinta ejemplares y que incluía un poco de todo. Desde pensamiento clásico hasta teología. De geografía a historia. Sin mencionar algún que otro relato de aventuras. Entre sus favoritos estaba el de Miguel de Cervantes, su famoso *Don Quijote*, que era uno de los libros más populares de su tiempo. Pese a que era tachado de loco por todo el mundo, a Juana le parecía que su protagonista era, en realidad, un idealista capaz de enfrentarse a todo para alcanzar sus sueños.

Juana tomó maravillada el libro entre sus manos y lo observó con atención. Se lo devolvió a Pedro y acto seguido besó a este en la mejilla. Aunque a veces se comportaba con ella de un modo que no entendía, seguía siendo aquel niño solitario y callado con quien jugaba cuando ambos eran tan solo unos críos.

El chico sonrió de modo bobalicón y abrió el libro apoyándolo sobre su regazo.

Entre páginas y páginas escritas en latín, se toparon con varias láminas que mostraban las diferentes partes, músculos y órganos del cuerpo. Una especialmente le llamó la atención. Mostraba los genitales masculinos y femeninos de dos modelos completamente desnudos. Al instante, un rubor cálido inundó a la joven.

—¿De verdad los chicos sois así? —balbució.

No había malicia alguna en la pregunta. Tan solo una curiosidad que nacía fruto de los cambios que se estaban operando en su cuerpo.

—Más o menos —acertó a responder el muchacho—. ¿Y vosotras?

Un cierto arrebol acudió de nuevo a las mejillas de Juana. Se revolvió inquieta ante la pregunta y su pierna rozó el muslo de Pedro. Juana ni siquiera fue consciente de ello ni del efecto que provocaba.

—¿Quieres que te lo enseñe? —ofreció de sopetón el chico.

—¿Enseñar? ¿El qué?

Pedro señaló con la barbilla la lámina del libro.

Juana se puso en pie de un salto.

—¡Estás loco, Pedro Tirón! —sentenció echando a andar en dirección a la casa.

Pedro se incorporó con agilidad al tiempo que se deshacía en excusas.

—No tienes por qué ponerte así. Basta con que digas que no —soltó visiblemente irritado.

Juana no parecía siquiera escucharlo. A grandes zancadas se encaminó a la casa con los brazos rígidos junto al cuerpo y la cabeza hacia delante.

Una rabia que le brotaba de lo más hondo poseyó a Pedro. De dos pasos se plantó frente a ella.

—Me has besado y ahora te vas y me dejas así... La loca eres tú —dijo con un tono irascible que asustó a Juana.

La voz del chico parecía provenir de un profundo pozo repleto de cólera.

—Ha sido un beso inocente. Fruto del agradecimiento por el libro.

—¡Un beso es un beso!

Juana supo que aquella batalla era inútil. Cuando el chico se comportaba así lo mejor era alejarse.

—Déjame pasar —ordenó lanzándole una mirada desafiante.

Finalmente, el muchacho se hizo a un lado.

—Yo te quiero, Juana —dijo a modo de disculpa a la par que le franqueaba el paso.

—Pues no me quieras tanto o quiéreme mejor —rezongó Juana.

Unos gritos desde el otro lado de la tapia dieron por acabado el incidente.

—¿Dónde te has metido, mentecato? —bramó el boticario.

El semblante de Pedro demudó al escuchar las voces de su padre. Colocó el libro de grabados en el zurrón y, tras remeterse la ropa, echó a correr.

—¡Mañana a la misma hora! —dijo a la carrera antes de auparse en la tapia y saltar al otro lado.

Juana no respondió. Meditaba si a partir de entonces debía cambiar los horarios de dar de comer a la gata.

—¡Aquí estás, crío del demonio! ¿Se puede saber qué hacías en casa de maese de Castro? ¡Molestar, como si lo viera! —se escuchó al poco acompañado del característico sonido de una bofetada.

Juana sintió una punzada de lástima por el chico. Sabía que los bofetones y los golpes eran el pan de cada día de Pedro. Tal vez por ello se comportaba de aquel modo con ella. ¿No imitaban los hijos lo que los padres hacían?

Con tales pensamientos se dirigió a la casa.

Mientras lo hacía se palpó bajo las ropas y sonrió satisfecha al notar el pequeño llavín. Con él aferrado con fuerza entre sus dedos echó a trotar.

II

La casa seguía sumida en el sopor del estío. Incluso en el taller de su padre reinaba el silencio. Juana sabía que estaría vacío, ya que tras la comida también el maestro hacía una pausa para la siesta.

Así pues, debía aprovechar la ocasión.

El taller de Martín de Castro era su lugar favorito del mundo. Se adentraba en él casi con aire reverencial, caminando con paso lento entre las figuras religiosas inacabadas a las que restaba pintar los ojos, la boca o adornar sus ropajes con pan de oro. Paseaba entre ellas y nada le gustaba más que estudiarlas. Siempre veía en aquellas obras inacabadas la línea o el color necesario para continuarlas. Se dejaba embriagar por el olor dulzón de los pigmentos y de los distintos aglutinantes que fijaban la pintura. Allí, más que en ningún sitio, se sentía dichosa y feliz.

En esta ocasión, Juana no buscaba perderse entre las estatuas religiosas que tanta fama habían dado al taller de su padre, sino algo muy en concreto. Sabía que, al fondo, en el pequeño despacho que Martín de Castro usaba para recibir a los comitentes de sus obras, se guardaba un viejo arcón al que quiso echar un vistazo desde la primera vez que lo vio. Una cerradura atrancada era una tentación que no podía aguantar. Por fin, tras mucho tiempo tratando de averiguar dónde se hallaba la llave que abría aquel cofre y daba acceso a sus secretos, consiguió hacerse con ella. Para ello hubo de entrar a hurtadillas en la alcoba de su padre y rebuscar entre sus cosas. Un riesgo que, sin embargo, merecía la pena.

Se plantó frente al arcón y extrajo la llave de entre sus

ropas.

La cerradura soltó un crujido oxidado, estaba claro que su padre no la había abierto en mucho tiempo. Viejos cartapacios con bocetos y apuntes inacabados, dibujados a sanguina o directamente a carboncillo, surgieron ante sus ávidos ojos. Toda una vida de esbozos que nunca habían llegado a ser plasmados en un cuadro.

Rebuscó con premura entre ellos. Abrió los cartapacios y escudriñó entre los dibujos. Vio apuntes para imágenes de santos, vírgenes, escenas bíblicas, mitológicas y naturalezas muertas al estilo flamenco, e incluso el boceto de un enorme retablo de tres calles.

Se quedó unos segundos observando en silencio todos aquellos dibujos. De ellos se deducía que su padre había tenido otras aspiraciones artísticas distintas a las actuales.

Martín de Castro era un reputado maestro pintor de imágenes religiosas. En su taller se pintaban ojos, bocas, mantos de vírgenes y santas y santos en general, que eran después enviados a iglesias, hermandades, monasterios y conventos de todo el país. Recibía las estatuas, por lo general realizadas en madera o yeso, de maestros escultores de la zona y él se encargaba de la policromía que las recubría. Eso incluía, por supuesto, los ricos ropajes de las imágenes por los cuales maese de Castro era famoso gracias a sus fieles imitaciones de diversos tejidos. Cada pliegue y doblez de la ropa era recreado a la perfección por el maestro. Incluso no le hacía ascos a lo que el pueblo llamaba vulgarmente «santos de vestir», simples esqueletos recubiertos de caros ropajes a los que tan solo se les tallaba cabezas y manos, y que Martín policromaba con mano experta.

Pese a que su nombre no era conocido fuera del mundillo artístico, y la gloria de una obra especialmente bella o fervorosa se la llevaba el maestro escultor, no le había ido mal esos años. Sin tener la fama de otros talleres de Valladolid, trabajaba a menudo con escultores de renombre como Gregorio Fernández, que apreciaban el buen tino de Martín, lo que le aseguraba un flujo constante

de trabajo y dinero.

Los esbozos que ahora Juana tenía entre sus manos hablaban de una ambición mayor. Martín de Castro había tenido en alguna ocasión el ansia de plasmar el mundo, de llenar lienzos y tablas con su representación, y no limitarse a cubrir de pintura lo que otros ideaban.

Siguió revisando los dibujos con creciente curiosidad. Al fondo encontró una vieja carpeta de cuero que también guardaba decenas de vitelas garrapateadas. A diferencia de las otras, en todas ellas aparecía la figura de una mujer hermosa, de cabellos negros y mirada centelleante de vida. A Juana no le llevó ni dos segundos adivinar de quién se trataba: Lidia Núñez, su madre.

El corazón se le aceleró a medida que escudriñaba aquellos dibujos realizados por un Martín más joven. Su mente viajó hasta el lugar imaginario donde ella y la mujer que la había traído al mundo se encontraban y hablaban sobre mil y una cosas. Madre e hija se reunían, gracias al arte, años después de que la muerte y la vida se hubiesen visto las caras. Como si aquel fatídico trueque de vidas, la suya por la de su madre, jamás hubiese sucedido.

La chica notó que a sus ojos afloraban las lágrimas. Se frotó los párpados con rabia. No quería dejar de mirar aquellos dibujos. Estudiar cada detalle, aprender cada pormenor del rostro de la mujer que tenía ante sí. Se sentó en el suelo con las piernas flexionadas y repasó los dibujos con ansia.

A su espalda, la voz de su padre, lejos de sobresaltarla, la reconfortó.

—Eres igual que ella. Tienes su misma expresión, los mismos labios carnosos, las mismas mejillas afiladas, el mismo cabello negro y rebelde.

Su voz parecía surgir de un pozo que hubiese estado cegado durante años.

Se sentó junto a su hija y tomó uno de los dibujos. Se lo acercó y lo estudió como si fuese la primera vez que lo veía.

En el esbozo, garabateado con premura con sanguina,

aparecía Lidia Núñez sentada en lo que parecía una roca, de medio lado, mirando hacia su derecha con aire ensoñador. Detrás de ella, unos simples trazos bosquejaban unos árboles que dejaban caer su sombra sobre el rostro de la mujer.

—Ese día ya estaba embarazada de ti —dijo Martín. Los recuerdos lo asaltaban y brotaban de su garganta con un hilillo de voz. Sus dedos acariciaron el pergamino, que crujió para dar cuenta de sus años—. Me había dado la noticia esa misma mañana. ¡Estaba tan contenta! Los dos lo estábamos.

Una solitaria lágrima se deslizó por la mejilla del hombre y su hija lo abrazó con ternura.

—Ojalá la hubiese conocido —balbució entre hipidos Juana.

—Habríais sido las mejores hija y madre del mundo. Vuestro carácter es tan parecido.

El llanto de la muchacha se intensificó y hundió su cara en el pecho de su padre.

—Si yo no hubiese nacido…

El llanto era tan intenso ahora que sus palabras apenas eran entendibles. Martín apartó el rostro de su hija y la miró con infinito afecto. Le retiró un mechón de la frente que había quedado adherido por las lágrimas y le alzó la barbilla con el dedo índice, obligándola a mirarlo a la cara.

—No digas semejante tontería. Tú no tuviste la culpa de nada. La naturaleza a veces es cruel.

Eso no era consuelo para Juana. Nunca lo era.

Se derramó en lágrimas que humedecieron de nuevo el jubón de Martín, al tiempo que este le acariciaba el cabello, como cuando de niña alguna pesadilla la desvelaba y acudía a su cama.

Las manos del hombre, acostumbradas a sujetar con firmeza el pincel, acabaron por ser un consuelo. Juana no se apartó de él, al contrario, se pegó más todavía. Estuvieron así unos segundos. En total silencio, compartiendo el dolor y la esperanza de tenerse el uno al otro.

—¡Ea! Ya vale de llantos —dictaminó finalmente el hombre, pasándose el dorso de la mano por las mejillas para borrar las lágrimas.

Su hija hizo otro tanto.

Ambos se pusieron en pie y cerraron el arcón, guardando en su interior aquellos dibujos que tenían el poder de remover el pasado.

—Otro día hablaremos de cómo has conseguido esta llave —sentenció Martín mostrando el objeto al que se refería en su mano—. Y también de que has dejado a medias las tareas que te manda el aya Teresa, aprovechando que es una anciana cansada y se despista con facilidad.

Juana hundió la cabeza en el pecho terriblemente avergonzada. Nerviosa, jugueteó con el pico de su vestido a la par que fruncía los labios.

—Es solo que bordar me aburre. Ya sabes que me gusta más pintar.

La chica sabía que mentar la pasión de su padre siempre era una baza ganadora. Una sonrisa iluminó el semblante del hombre.

—Lo sé. Ya he visto en lo que estás trabajando —dijo con un poso de orgullo.

Se refería a una tabla en la que la joven llevaba pintando todo el verano, y que ahora, a punto de dar los últimos retoques, empezaba a revelar sus formas en total plenitud.

—¡No tendrías que haberla visto! ¡No está acabada! —se quejó Juana con la boca pequeña.

Sabía que la curiosidad de su padre era fruto del cariño y del deseo de formar a su hija del mejor modo. Desde siempre era su profesor. Estricto y severo, y a la vez alentador y cariñoso en sus críticas.

—Está en mi taller. Tengo derecho a descorrer las telas que ocultan el trabajo de mis pupilos —bromeó el hombre.

La chica no tenía intención de desvelar su obra hasta que diese esta por concluida. Ahora era tarde para eso.

—Pues ya que la has visto, tienes que darme tu

impresión —soltó la joven.

Llena de ímpetu, tiró de la mano de su padre hasta que ambos estuvieron plantados frente a la tabla en cuestión. Estaba colocada junto a una ventana, ahora con los postigos cerrados, que Juana se apresuró a descorrer para que penetrara la luz de la tarde.

El sol iluminó el pequeño espacio que la joven tenía habilitado en el taller, inundando todo con su fulgor. Martín se apresuró a cerrar las contraventanas ligeramente.

—La luz es nuestra aliada, Juana. Un poco realza lo que hemos pintado. Demasiada confunde al espectador —sentenció.

Después se colocó frente a la tabla, dio un paso hacia atrás y ladeó la cabeza al tiempo que se llevaba el índice al mentón.

La pintura era un bodegón al estilo flamenco que incluía varias frutas de temporada y un jarro de vino. Las había colocado en una repisa y a diferentes distancias para lograr que la imagen no resultase monótona.

Nerviosa, se colocó junto a su padre y se agarró ambas manos por detrás de la espalda.

Se sentía especialmente satisfecha de cómo había logrado plasmar el reflejo de la luz. Casi una semana le llevó lograr la mezcla perfecta de amarillo, blanco y verde hasta dar con un color que le agradara. Quiso hacerlo notar. Su padre la acalló con un firme ademán de muñeca.

La chica obedeció. Tuvo que contener las ganas de dar explicaciones y aguardar nerviosa el dictamen de su maestro.

Martín se sentía henchido de orgullo por la pintura que tenía ante sí. Su hija había demostrado desde niña que tenía un talento natural para el arte, y aquella obra lo dejaba bien a las claras.

Apenas abultaba cuando ya garabateaba con pulso firme y seguro, y era todavía una niña cuando, subida a un taburete, cogió por primera vez los pinceles. Antes de los diez ya no necesitaba la ayuda de la cuadrícula. Dominaba la escala y tenía un sentido natural para entender la

perspectiva, y no había precisado más que un par de clases para entender el concepto de composición y hacerlo suyo.

Sabía tanto o más que su padre de elaboración de pigmentos y se daba tanta mano con ello que, a pesar de que era una labor reservada para los aprendices más nuevos, era habitual verla moliendo sustancias en el mortero para lograr la pasta de color necesaria. Conocía el modo de imprimar una tabla o tela y dejarla preparada para recibir la pintura, o si debía usar cera de abeja o cola de conejo como aglutinante, dependiendo de la superficie, o cómo aplicar el apresto para aislar esta.

Juana amaba la pintura con todo su corazón. Eso hacía que las largas clases sobre historia y técnicas o las lecciones de los grandes maestros como Da Vinci, Miguel Ángel, Tiziano o Durero pasaran con rapidez para ella. Tal era su pasión que, aunque el taller de Martín no las necesitara, disponía de una colección de láminas con modelos usados en Italia y Flandes. Un lujo caro que el pintor pagaba gustoso.

—Es lo mejor que has hecho nunca —dijo sin poder disimular una sonrisa de padre orgulloso. Juana dio un gritito de alegría que Martín se apresuró a silenciar frunciendo el ceño y agravando el tono de voz—. Ahora bien, sigues tendiendo a inventar la realidad y no plasmarla tal cual es: el arte se basa en imitar la realidad. Un artista es un mero testigo. ¿Ves los reflejos de la luz en el jarro? ¡Les has añadido un toque de rojo veneciano! ¡Otra vez! ¡Estás obsesionada con ese color! En la naturaleza el barro nunca brillaría en ese tono. La realidad no ha de pasar por ti antes de pintarla, hija, sino que has de aceptarla tal cual es, y pintarla así. El pintor imita, no inventa. Esto lo aprendimos de los griegos. Por lo demás, tu técnica es, como siempre, magnífica. La pincelada un poco suelta, para mi gusto, aunque firme y resuelta.

—Pero una pintura ha de querer decir algo, padre. Para ver la realidad solo tenemos que asomarnos a una ventana. Yo quiero transmitir algo con mi arte. He pintado los reflejos del sol con un toque de rojo veneciano porque es un

color que expresa alegría, felicidad, pero a la vez templanza y seguridad...

—El arte que se ha de explicar no es arte —la cortó Martín.

Juana iba a defenderse de lo que le parecía un ataque injusto, pero calló en el último instante y agachó la cabeza con humildad. Había algo que le rondaba desde hacía semanas. Quizá aquel no era el mejor momento para contárselo a su padre, sobre todo después de aquella crítica, pero no iba a encontrar otro mejor. Tragó saliva antes de hablar.

—He pensado que una vez acabase el bodegón, con los retoques que creas convenientes, podría usarlo para tratar de que algún taller de la ciudad me acepte —dijo con una voz que era casi un susurro. El rostro de Martín se ensombreció y frunció los labios en un pliegue. Juana se apresuró a matizar sus palabras—: No es que no aprenda aquí, pero tú mismo me dijiste el invierno pasado que poco más tenías que enseñarme y que necesitaba otro maestro.

Martín decidió que no podía dejar que su hija siguiese haciéndose ilusiones. Aunque sabía que en el resto de Europa existía algún caso contado, ningún pintor tomaría en España a una mujer como discípula.

—Eso no puede ser —sentenció, y trató de que los fallos que, a su juicio, tenía la tabla hablasen por él. Los señaló con la mano—: Aún te queda mucho para aprender y yo mismo puedo hacerlo. Quítate de la cabeza la idea de tomar otro maestro.

Juana asintió con mansedumbre.

Al ver el semblante triste de su hija, Martín no pudo evitar sentir culpabilidad. Su hija era buena, muy buena. Mejor incluso de lo que él había sido nunca y aquella tabla era una obra magnífica. Mas debía ser duro con ella para evitar que se crease falsas expectativas que solo le traerían dolor.

—Pintas mucho mejor que cualquiera de los aprendices que he tenido —dijo con afecto antes de hacer una pausa. Le costó continuar—: Pero eres una mujer. No puedes

aspirar a tener un maestro que no sea yo. Tu padre.

Aquel era un tema por el que Juana sentía una rabia especial. Podía aceptar las críticas sobre su técnica o estilo; sin embargo, sacar a relucir la cuestión de que una mujer no podía llegar a ser una gran artista la sacaba de sus casillas. Se puso en jarras antes de defenderse con vehemencia.

—El mismo Rufo me ve pintar todos los días, aquí en el taller. Él mismo me dice que soy muy buena.

—Mi aprendiz diría lo que fuera para agradar a la hija de su maestro. Además, Rufo lo ve como una chiquillada, el capricho de una mujer.

—¡Pero soy mejor que él! ¡Tú mismo lo has dicho! Y Rufo será dentro de unos años maestro por su cuenta y entrará en el gremio. Mientras que a mí eso me está vetado.

—Así son las cosas, Juana. Por mucho que nos empeñemos en lo contrario. Da igual que tu talento sea mucho mayor que el de él. Te digo que lo de la pintura es algo que debes guardar para casa, y así tiene que ser.

Juana estaba harta de aquella cantinela. La había escuchado en innumerables ocasiones. Respondió enrabietada, como si la hubiesen aguijoneado con un pincho.

—He visto los bocetos que guardas en ese arcón. Si tú te rendiste y quieres pasarte el resto de tu vida pintando santos, allá tú. Yo aspiro a más.

Un silencio denso impregnó todo en el taller. Juana se arrepintió nada más abrir la boca. Inquieta, se pasó el peso de una pierna a otra y aguardó con resignación la respuesta o incluso el bofetón de su padre. Nunca le había puesto la mano encima, por mal que se hubiese portado. Ahora, no solo lo esperaba, sino que confiaba en que él reaccionase de ese modo. Tal vez así podría dejar de sentirse culpable.

Por el contrario, la respuesta de su padre fue calmada y serena. Martín respiró de modo ruidoso y alzó la barbilla mientras hablaba en tono dolido:

—Vuelve a tu alcoba. Estás castigada sin poder entrar una semana en el taller por haberte saltado las clases del

aya Teresa. Y no olvides nunca que esos santos a los que tú consideras indignos de ser pintados por un artista te han mantenido todos estos años.

Juana quiso decir algo. Disculparse, pero Martín ya desfilaba hacia la puerta del taller.

La chica recordó los bocetos guardados bajo llave en el arcón y miró a su alrededor, a las estatuas que aguardaban bajo sus telas a ser concluidas. En ese momento fue consciente de que su padre había renunciado a sus sueños de ser un artista por ella, por proveerla de un techo y de una estabilidad que ella despreciaba.

III

A Juana, negarle el acceso a pinceles o un simple carboncillo era el peor castigo que podían imponerle. Por eso, desde bien niña, había inventado un ejercicio al que llamaba «pintar con la imaginación».

Durante horas, repasaba en su cabeza una y mil veces la rutina de estar frente al lienzo, tomar aire e infundirse serenidad para dejar que su mente hiciese el trabajo. Como si fuese capaz de reducir a un acto mental el proceso físico de extender la pintura sobre la superficie.

Si se concentraba profundamente, podía incluso llegar a experimentar las sensaciones que sentía en el momento de tomar pincel y tiento. En aquellos momentos era capaz de recrear formas, colores, tonos, texturas y toda suerte de figuras con solo desearlo. Color y luz, creados de la nada. Un mundo que procedía de algún lugar oculto en lo más profundo de su ser.

Durante aquellas largas horas tendida en la cama, la pintura se enroscaba sobre sí misma, se volvía autónoma y libre de toda atadura. Volaba libre, y Juana volaba con ella.

Tras el incidente del arcón, durante la semana que vio prohibida su entrada al taller de Martín, pintar con la imaginación le sirvió de gran ayuda para sobrellevar el castigo.

En el silencio, tendida sobre la cama, pasó la mayor parte de aquellos días pensando en pintar. Solo en pintar.

Con el paso de los días, la relación entre padre e hija fue volviendo a la normalidad, y concluido el castigo, Juana regresó al taller. Allí pasaba las horas de las que disponía trabajando sin parar. Por su parte, Martín no volvió a hacer referencia alguna a los hirientes comentarios de su hija. Sin

embargo, algún pensamiento se agitaba en su cabeza. Juana era consciente de ello cada vez que cruzaban una palabra.

¿Seguía resentido con ella?

La chica miró por encima del plato de judías con carne que estaba comiendo y auscultó el ánimo de su padre. Parecía nervioso y se frotaba las manos constantemente. Juana tuvo la sensación de que tenía algo que quería contarle. Algo que Martín no acertaba a dar con el modo de tratar. Comían en la cocina, como era habitual en ellos, reservando el comedor del piso superior para ocasiones especiales. Desde que recordaba Juana, estas se podían contar con los dedos de una mano.

Sentados a otra mesa en el extremo opuesto, el aya Teresa, Rufo, Mauro y Rosita, comían en silencio, sin, aparentemente, prestar atención a nada más que a su plato. A pesar de ello, Juana bajó la voz. Aún se sentía terriblemente avergonzada.

—¿Seguís disgustado conmigo por lo que dije en el taller? —Usó el tono reverencial que con tan poca frecuencia se escuchaba en la casa.

—No —respondió Martín, acompañado de una sonrisa tranquilizadora—. Entendí que era fruto del momento. Tienes el carácter vivo de tu madre.

No obstante, la muchacha volvió a disculparse. Nunca en su vida había sido tan consciente de tratar de modo injusto a alguien como en aquella ocasión.

—Ya te dije que lo sentía. No era mi intención decir lo que dije.

—Te digo que lo olvides. No es eso —sentenció.

Juana se puso en pie. Bordeó la mesa y se colocó junto a su padre. Sus manos asieron las del hombre.

—¿Entonces qué es? Porque tendré diecisiete años todavía, pero soy lo bastante mayor como para saber que algo te ronda por la cabeza.

Martín miró a su hija con ternura. Lo conocía demasiado bien. Apretó con fuerza su mano antes de hablar:

—Es verdad. Hay algo. Es solo que no sé cómo

decírtelo.

—Pues diciéndolo, padre. Entre nosotros nunca ha habido secretos. ¿Qué te sucede?

—Ahora no. Esta noche. Durante la cena —dijo de modo enigmático—. Anda, continúa comiendo, que se enfría la comida.

Apoyó su petición con un ademán de muñeca antes de volver también él a concentrarse en su plato y tomar la cuchara.

Si las palabras de Martín tenían el objetivo de tranquilizarla, habían logrado justo lo opuesto. Lanzó una última mirada escrutadora a su padre sin éxito antes de regresar a su lugar en la mesa y prosiguió comiendo.

Durante el resto de la comida nadie dijo nada.

A la hora de la siesta, aunque el calor del estío daba visos de finalizar, la vida aún se detenía en la ciudad castellana. El aya Teresa y Juana se encerraron en el pequeño estudio del segundo piso.

Harta de que se escapara a la menor ocasión, Teresa cerraba ahora la puerta del estudio con una llave que guardaba a buen recaudo prendida de un cordón al cuello. Aunque Martín nunca le recriminaba sus despistes o las siestas involuntarias, el orgullo de la anciana sirvienta andaba picado y ponía todos sus sentidos en que su pupila no hiciese de su capa un sayo siempre que se le antojara.

Ambas estaban enfrascadas en los bastidores. Corría una ligera brisa, por lo que las contraventanas y ventanas estaban abiertas de par en par. Un cielo azul en el que se veía algún puñado de nubes arremolinadas se adivinaba al otro lado, y a lo lejos, la vega del Pisuerga zigzagueaba en dirección al oeste.

Mientras realizaba su tarea, Juana miró de reojo al aya. Desde el incidente en el huerto con Pedro una pregunta bullía en su cabeza:

—Aya Teresa, ¿por qué los hombres se comportan cómo lo hacen?

El aya alzó la cabeza sobresaltada por lo inesperado de la pregunta. Al hacerlo, los anteojos que necesitaba usar

desde hacía unos años resbalaron y se le quedaron alojados en la punta de la nariz.

La anciana se encogió de hombros.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué es lo que hacen que te parezca raro?

Juana vaciló antes de responder. Dejó el bastidor apoyado en su regazo y se inclinó hacia delante.

—No es por mi padre —aclaró—, es por el resto de los hombres. Pedro Tirón, por ejemplo. Hace unas semanas quise coger un higo de la higuera del huerto y él se ofreció, y eso que le saco casi una cabeza. Cuando me cansé de esperar a que él lo hiciera, decidí cogerlo por mí misma y se enfadó conmigo. ¿Por qué?

—Los hombres son así, niña. Has de andar con cuidado de que no crean que eres mejor que ellos en algo.

Juana parpadeó tratando de asimilar una información que no entendía del todo. Si estuviera enamorada de alguien, como Pedro parecía estarlo, no le importaría que fuese mejor que ella en algo. Es más, estaba segura, no podría dar nunca su corazón a alguien a quien no pudiese admirar.

—No lo entiendo, aya. Mi padre mismo me dice que actúe de modo similar.

El aya soltó un resoplido. Se quitó los anteojos y con ellos en la mano señaló a su alumna.

—No es justo que metas a tu padre en el mismo saco —sentenció con firmeza—. Eres una mujercita inteligente y culta gracias a él. Tu padre no ha reparado en darte una educación, cosa que no todas las mujeres pueden decir.

—Lo sé —La interrumpió Juana—, y valoro que mi padre haya querido darme estudios. Sé de literatura, de matemáticas y física, y es gracias a él. De otro modo todo esto me estaría vetado. Pero se empeña en decirme que no puedo dedicarme a la pintura por el hecho de ser mujer. Cuando eso es lo que más anhelo. ¿Por qué no puedo hacer lo que quiero con mi vida?

Teresa se tomó su tiempo antes de responder. Conocía de sobra el carácter de Juana; mejor sería no tratar de

hacerla cambiar de idea. En su lugar, bajó el tono de voz, como si la hiciese partícipe de un gran secreto.

—Los hombres son seres vulnerables y asustadizos. Si quieres tener un marido alguna vez, tendrás que aprender a disimular, niña. No muestres todo lo que tienes o sentirán miedo. Y eso es válido para todos los aspectos de la vida. Parecer menos inteligente de lo que eres es el mejor consejo que puedo darte. Consuélate pensando que es mejor parecer tonta que serlo. Ahora vuelve al bordado —dictaminó colocándose de nuevo los anteojos.

Juana obedeció, aunque en su cabeza no dejaba de repetirse que aquello no tenía ningún sentido. ¿Acaso no querría todo el mundo pasar su vida con la mejor persona posible a su lado?

La tarde fue consumiéndose entre conversaciones que versaban sobre temas banales y puntadas sobre el bordado.

Casi a la caída del sol, el aya le dio instrucciones de que se vistiera adecuadamente para la cena. Además, para sorpresa de Juana, esta se desarrollaría en el comedor del segundo piso, y no en la cocina.

—Tu padre va a traer unos invitados especiales. Tienes que comportarte y aparentar que ya eres toda una señorita —dijo el aya en un tono que no denotaba emoción alguna.

Aquellas palabras sembraron de dudas el ánimo de Juana, quien, no obstante, juzgó prudente no preguntar. Sabía de sobra que intentar sonsacar a Teresa cuando no quería resultaba inútil. Solo le restaba obedecer.

Al salir del estudio vio que en la cocina había un cierto revuelo, lo que aumentó su inquietud. Cuando trató de averiguar lo que sucedía, Rosita, la cocinera, se la quitó de encima alegando lo ocupada que estaba.

—Tengo que acabar las empanadas y terminar de escabechar las perdices. Eso es todo lo que sé. Eso y que apenas tengo tiempo para hacerlo todo yo sola —se quejó.

Resignada, Juana regresó a su alcoba. Al punto entró el aya para ayudarla a vestirse. La anciana le recomendó una saya de cuello redondo y talle estrecho en gris perla, con bordados y cintura en crudo que realzaba el color de piel de

la chica. Debajo vestía un apretado corpiño, una prenda que la joven odiaba con todas sus fuerzas. También la gorguera le apretaba y no estaba acostumbrada a ella, y no paró de quejarse cuando Teresa la ayudó a darle forma. Las manguillas doradas concluyeron los preparativos.

Después, llegó el turno de los polvos que, con mano experta, Teresa le ayudó a aplicarse en el rostro. Para finalizar, le recogió la larga melena azabache en un discreto moño apuntalado por un copete de tela.

Al concluir, Juana estudió su aspecto en el espejo de cuerpo entero. Su rostro ya no era el de una mujer a medio hacer, sino que parecía haber saltado una docena de años adelante en el tiempo. Aunque tenía que reconocer que se veía atractiva, se sentía una intrusa con aquel disfraz. Al menos Teresa no le obligó a llevar los incómodos chapines. Algo era algo.

Resoplando con fastidio, la muchacha se dispuso a salir de la habitación. El aya le propinó un coscorrón en la nuca al pasar a su lado.

—¡Levanta la cabeza! Y anda con más gracia, que pareces un hombre.

—¿Es que nadie piensa decirme quién viene esta noche y por qué me habéis hecho vestirme de este modo? —se quejó la chica.

—Tu padre te lo dirá. Ve bajando y reúnete con él. ¡Y camina como una dama!

Juana obedeció sin rechistar. O al menos lo intentó. Estaba claro que no tenía unos andares demasiado femeninos. Teresa meneó la cabeza para mostrar su disconformidad. Quería a aquella niña como si fuese su propia hija. La había visto crecer desde que era un bebé y, en cierto modo, se sentía la madre que la chica no conocía. Pero, en cuestión de feminidad, Juana era la peor alumna posible.

—Al menos se esfuerza —se dijo cuando Juana traspuso la puerta de su alcoba.

En el amplio portal, Martín aguardaba a los pies de la escalera. Iba vestido igualmente de modo pomposo, con un

elegante jubón de paño de espiga y pasamanería dorada, gorro de fieltro con pluma y calzas de algodón a la altura de la rodilla de color oscuro. Al verlo de aquella guisa, la joven no pudo aguantarse la risa.

—Pareces un estirado con el cuello de lechuguilla tan tieso, padre —le dijo.

Martín de Castro no parecía tan proclive a las bromas como su hija esa noche. Censuró su comportamiento con un ademán de manos.

—¡Compórtate como una dama, Juana! Ya tienes edad para ello.

La chica agachó la cabeza y decidió guardar las chanzas para mejor ocasión.

Su padre estaba nervioso. Se frotaba las manos con vehemencia y no dejaba de lanzar rápidas miradas a la puerta. Junto a ella, Mauro, vestido igualmente de modo adecuado para la ocasión, aguardaba pacientemente a los invitados.

—¿Quién viene a cenar esta noche, padre? No te he visto nunca tan inquieto por una visita.

Martín dejó de frotarse las manos de repente y fijó su atención en Juana. Las palabras parecían habérsele quedado atascadas en la garganta. Tras unos segundos, se tiró de las mangas con firmeza para infundirse ánimos y se aclaró la voz. Pese a los intentos por aparentar naturalidad, su discurso sonaba a estudiado largo tiempo.

—Tú sabes que he estado solo desde que tu madre murió —dijo a trompicones—. He estado ocupado en cuidarte. Y no es que me queje. Es una decisión que tomé siendo consciente de lo que implicaba y volvería a hacerlo.

—¿Qué es lo que tratas de contarme? —lo cortó Juana con el ceño fruncido.

El hombre se pasó la punta de la lengua por los labios y resolvió no andarse por las ramas. Miró a su hija con fijeza y tomó sus manos entre las suyas.

—Lo que intento decirte es que he conocido a alguien.

Juana se sorprendió de modo visible. ¿A qué se refería su padre? Una miríada de preguntas se le apretujaron en el

pecho. Estaba a punto de dar salida a alguna de ellas cuando resonaron unos golpes en la puerta. Martín dio un saltito, sobresaltado. Como si Juana hubiese dejado de existir, se encaminó a la entrada con paso presuroso. Por primera vez en su vida, Juana sentía que no era lo más importante para su padre. Parecía haber olvidado que hacía un instante estaba teniendo una conversación con ella.

Los golpes en la puerta se repitieron. Con un enérgico ademán, Martín ordenó a Mauro que abriera, no sin antes comprobar que su aspecto era el que creía adecuado para la ocasión.

Cogidos del brazo entraron en la casa un hombre espigado y una mujer de andares refinados. Juana observó en silencio mientras la pareja saludaba a su padre.

Ella tenía una belleza que a Juana no se le ocurrió un mejor adjetivo para definirla que salvaje. Como un animal que haría sentir muy especial a aquel que eligiese para dejarse acariciar. Entendía el interés de su padre en ella. Era por lo menos diez años más joven que Martín e iba ataviada con una saya abierta de un alegre tono rojo que contrastaba con el habitual negro que se solía vestir en España. Además, lucía un generoso escote que sería la envidia de cualquier tabernera y que dejaba poco a la imaginación. El hombre llevaba un jubón acuchillado de buena factura en color verde, adornado con ricos bordados, y un sombrero enorme con una aparatosa pluma que se quitó para abrazar a su padre.

—Querido Martín. Dejémonos de tanta formalidad. ¡A mis brazos! —exclamó el desconocido acompañado de una amplia sonrisa.

Juana observaba la escena desde la distancia. ¿Quiénes eran aquellas personas que se tomaban tantas libertades con su padre? De modo instintivo, receló de ellos. Por el contrario, parecía que Martín estaba encantado de tenerlos en la casa. Se prodigaba en sonrisas a la par que los invitaba a pasar al interior del portal.

Una firme seña de su padre la obligó a abandonar su postura junto a la escalera y unírseles. Con desconfianza se

acercó a los recién llegados. Se quedó a una distancia que estimó prudente y aguardó.

Martín le puso la mano en el hombro invitándola a acercarse más a ellos.

—Dejad que os presente a Juana. La luz de mi vida —dijo.

La chica actuó como el aya la había instruido tantas veces. Hizo una sentida reverencia y colocó las manos pudorosamente junto al cuerpo.

—Es toda una mujercita, por lo que se ve. Mira qué cabello tan bonito y qué mejillas tan sonrosadas y vivas. Y el talle, tan estrecho, pese a que ese vestido no lo realza nada —señaló la mujer dando un paso atrás para contemplarla mejor. Juana se sintió como una ternera juzgada en una feria de ganado. Al instante nació en ella una antipatía automática hacia aquella mujer. A pesar del tono amable de sus palabras, se intuía un poso de falsedad en ellas. Además, tenía un extraño acento que le desagradaba y que no lograba identificar.

—Juana, quiero presentarte a don Antonio Ferrara y a su hermana Paola, duques de Ponto Rosso. Son de Italia, aunque llevan muchos años viviendo en España —aclaró su padre.

De sopetón, Antonio Ferrara se acercó a ella y la tomó por las manos sin previo aviso obligándola a girar sobre sí misma para poder contemplarla con detalle. Era una suerte que no llevase chapines, o aquel giro hubiese resultado difícil de realizar. No por nada aquel calzado estaba diseñado para impedir que las mujeres se movieran en demasía.

—No nos habías dicho que teníais semejante belleza escondida en casa —exclamó el hombre besando la mano derecha de Juana.

Esta se fijó detenidamente en él.

Debía de ser un poco mayor que su hermana y era francamente atractivo. Un pelo castaño ondulado que le caía por los hombros y una nariz aguileña le otorgaban un aire imponente, como de antiguo emperador romano. Un

aspecto que redondeaba con unos ojos pequeños de color marrón veteados de oro. Era el tipo de hombre que no tendría problema para encontrar compañía femenina. No obstante, al igual que en su hermana, Juana halló en él algo oscuro que la incomodaba. Como un detalle que no encaja en una composición aparentemente perfecta.

Tuvo que refrenar las ganas de apartar la mano. Por el contrario, esbozó una media sonrisa falsa y se limitó a fijar su atención en el embaldosado del suelo.

—Cualquiera diría que no tienes boca, hija mía —señaló Martín con cierto malestar.

—No se preocupe, amigo Martín. La pobre está cohibida de ver dos extraños en su casa. Es tan solo una niña —sentenció la mujer.

Aunque podía parecer que trataba de interceder entre padre e hija, a Juana no se le escapó el tono de superioridad de la mujer.

—Pasemos al comedor —ofreció Martín señalando las escaleras.

—Me temo que tendrá que ayudarme, querido Martín. Con este vestido me costará horrores subir los escalones —dijo la mujer colgándose del brazo del hombre, al tiempo que se recogía la falda por detrás.

De esa guisa comenzaron la ascensión. Juana se dio prisa en seguirlos. Por nada del mundo quería dar la más mínima opción a que Antonio se ofreciese a hacer lo mismo. Casi fue peor. Durante los catorce escalones que separaban el portal del primer piso no dejó de sentir la mirada de aquel maleducado clavada en ella.

En el comedor nada parecía haberse dejado al azar. Mauro y el aya Teresa habían prendido ramilletes de flores del mantel que adornaba la mesa, y Juana descubrió sorprendida que se había sacado de los armarios la vajilla reservada para los grandes acontecimientos.

No recordaba ninguna ocasión similar ni a nadie al que su padre hubiese manifestado una necesidad de agradar como a aquel par de italianos. ¿Qué era lo que había intentado decirle antes de que llegaran? ¿Aquella mujer era

a la que se refería su padre al decir que había conocido «a alguien»? ¿Significaba eso que esa pareja de altaneros eran amigos de la familia ahora?

Frunció el ceño, un gesto que no podía evitar cada vez que algo la desgradaba y que era motivo frecuente de reprimendas por parte del aya Teresa.

Se sentaron a la engalanada mesa. Al poco, Rosita, con la ayuda de Mauro, empezó a servir los platos que la habían tenido ocupada casi toda la jornada. Por si eso fuera poco, la comida estaba muy lejos de la habitual y sencilla cocina castellana.

Juana resolvió que asistiría a aquella velada como mera observadora. Sin hablar nada más que cuando así se le pidiera. Algo en aquel par de estirados no le agradaba y pensaba estudiarlos en detalle hasta averiguar de qué se trataba. Después, ya se encargaría ella de advertir a su padre.

A lo largo de la cena, los halagos por parte de los hermanos Ferrara a Martín se prodigaron. Perfectamente conjuntados, se los repartían para ir llenando el orgullo del pintor mediante palabras huecas. Tan pronto Paola ensalzaba el gusto con que estaba decorada la casa, algo fuera de lugar dado que las flores que se veían aquel día en la mesa eran la única nota de color en todo el edificio, como Antonio se deshacía en alabanzas hacia el trabajo de Martín. Cada halago era ratificado por el otro hermano, como si fuese un guion establecido de antemano.

En más de una ocasión, Juana hubo de refrenar las ganas de intervenir en la conversación para dejar claro que a ella no se la daban aquel par de aduladores. No obstante, su padre no parecía del mismo parecer.

Respondía a los halagos como un bobalicón y obsequiaba cada palabra de Paola con una sonrisa estúpida que ponía de los nervios a su hija. Lo que más irritaba a la joven era que, al igual que su lengua, las manos de la italiana no estaban quietas ni un segundo: se posaban en las de su padre más de una vez, e incluso en el muslo de un ruborizado Martín en una ocasión. ¿Acaso su padre no se

daba cuenta de lo que estaba tratando de hacer aquella arpía?

Según fue transcurriendo la cena, la sensación de que aquellos dos no eran trigo limpio fue creciendo en su cabeza. Juana no veía la hora de quedarse a solas con su padre y contarle qué opinaba de los hermanos Ferrara.

A los postres, Antonio se inclinó sobre la mesa y reclamó la atención de la chica. En el otro extremo, Paola reía como una idiota una ocurrencia de Martín que desde luego no tenía tanta gracia para dar pie a aquellas risitas histéricas.

—Tu padre nos ha dicho que tienes el capricho de pintar. A lo mejor puedo ver algo tuyo algún día. En Italia se tiene a los Ferrara por entendidos en arte —musitó Antonio.

—No es un capricho —repuso Juana con tanta violencia que su padre le envió una mirada recriminatoria desde el otro lado de la mesa.

Lo que de verdad irritaba a la joven era que su padre hubiese hablado a aquella pareja de extraños de su pasión. ¿Qué les había contado? ¿Que era una pobre niña que tenía la tonta ilusión de ser algún día una gran artista?

No obstante, el tono con que Martín se refirió a ella estaba más cercano al orgullo de padre que a la burla.

—He educado a Juana desde niña en la pintura. Y aunque sabe que solo es algo que hacer en sus ratos libres, tiene un espacio para que pinte en mi taller.

—¡Qué horror! Las manos de una mujer no están hechas para trabajar —sentenció Paola esbozando una mueca de desagrado.

—Estoy segura de que vos sabéis perfectamente con qué parte del cuerpo ha de trabajar una mujer —saltó Juana.

Una ola de estupor recorrió la mesa sumiendo a todos en un silencio incómodo. Paola lo rompió sin molestarse en disimular su irritación:

—*Cosa stai insinuando?* —bufó en italiano.

—Nada que todos los que estemos a esta mesa no

sepamos ya.

—¡Juana! —bramó Martín poniéndose en pie—. Discúlpate inmediatamente con nuestra invitada.

—No pienso disculparme con esta...

Un sonoro golpe sobre la mesa detuvo a la chica.

—¡Discúlpate ahora mismo con Paola!

No fue la exigencia de su padre ni la mirada cargada de reproche que la acompañó lo que hizo que la chica clavara sus uñas en las palmas de las manos y se tragara el orgullo. Tampoco la sensación de que aquella era la primera vez que, de haberla tenido al alcance, su padre le habría propinado una bofetada. No. Lo que hizo que se mordiera las ganas de decirle a Paola qué opinaba de ella fue darse cuenta de que, con solo ponerle la mano en el hombro a Martín, la italiana había logrado que este relajase la postura y se sentase de nuevo en la silla.

—Déjalo, Martín. Es solo una niña —dijo al oído del pintor.

Juana parpadeó atónita. ¿Qué clase de influjo tenía aquella mujer sobre su padre?

—Aun así, tiene que disculparse contigo. No se puede consentir que actúe de ese modo —siguió insistiendo Martín en un tono más reposado.

Juana se puso en pie y agachó la cabeza.

—Espero que aceptéis mis disculpas —balbució a la par que fijaba la vista en la mesa.

A pesar de ello, el rostro de Martín reflejaba una decepción que se clavó en el ánimo de Juana con fuerza.

—Tú comportamiento con nuestros invitados es inaceptable.

—*Va bene!* Ya está todo arreglado. Son solo cosas de mujeres —sentenció Antonio llenando su copa e inclinándose sobre la mesa para hacer lo mismo con la del dueño de la casa—. No hay motivo para no estar alegres.

A punto de derramarse en lágrimas, Juana se las ingenió para mantener estas a raya. Por nada del mundo quería que aquellos dos la viesen llorar.

Habló con un hilillo de voz:

—Si me perdonáis, no me siento muy bien. Me retiraré a mi alcoba.

Sin aguardar respuesta, salió del comedor con paso veloz.

Ya una vez en su cámara, arrojó al suelo el vestido que le habían obligado a ponerse. Se tendió en la cama y se deshizo en lágrimas que no cesaron hasta bien entrada la madrugada. Tenía la sensación de que esa noche había empezado a perder a su padre.

Los sonidos que llegaban amortiguados desde el comedor cesaron cuando la campana de una cercana iglesia dio las dos. Escuchó ruidos en la escalera, su padre acompañaba a los Ferrara a la puerta. Después, las luces de la casa se apagaron.

Martín abrió la puerta de su habitación al poco.

Juana estaba tendida de medio lado. No se molestó en girarse, más por vergüenza de que su padre notase sus ojos enrojecidos por el llanto que por no querer mirarlo.

Durante unos segundos que parecieron siglos Martín permaneció en la puerta, como si estuviese decidiendo si entrar o cerrar esta y alejarse. Sin darse cuenta de ello, la muchacha se mordió los labios y rezó para que su padre hiciese lo primero.

Por fin Martín entró en el cuarto y carraspeó.

—Sé que estás despierta. Desde niña sé cómo respiras cuando duermes —dijo en un tono de voz pausado. Juana luchó contra las ganas de llorar, que regresaban con fuerza —. Quiero que sepas que lamento que Antonio y su hermana no sean de tu agrado, pero he decidido cortejar a Paola. Me atrae, y ella se siente predispuesta a esa atención. Así que será mejor que te acostumbres a su presencia.

—Como digáis, padre.

Martín giró sobre sus talones y parecía estar a punto de encaminarse hacia la puerta cuando un hipido de Juana lo detuvo. Indeciso, todavía dudó unos segundos. Paola le había aconsejado no ceder, aun así, no podía simplemente soltar aquella noticia e irse sin más.

Regresó junto a la cama y estiró la mano para tocar a

su hija. El brazo se quedó a mitad de camino.

—Entiendo que te resulte duro que tenga a alguien nuevo en mi vida, pero Paola es una mujer maravillosa. Tú misma te darás cuenta en cuanto trates más con ella. —Martín aguardó una respuesta que no llegó. Tragó saliva y prosiguió con una voz que intentaba sonar serena, pese a que en ella se adivinaba la necesidad de hacerse entender —. Llevo mucho tiempo solo, Juana. Tienes que entender que estos años, aunque haría lo mismo mil veces, la soledad me ha pesado mucho. Tan solo espero que lo entiendas algún día.

Después, el hombre salió de la habitación.

IV

La presencia de Paola y Antonio Ferrara se fue haciendo tan habitual que, al cabo de un par de meses, Juana apenas era consciente de ella. Los italianos solían dejarse ver por la casa un par de veces por semana, para comer o cenar, por lo general. Y aunque los fastos con que se les había recibido en su primera visita no se repitieron, lo cierto era que Martín se afanaba en complacerlos.

Con el paso de las semanas, Antonio empezó a venir cada vez menos y era Paola la que se acercaba por la casa al atardecer. Su presencia acabó marcando el horario del taller y, a su llegada, Martín abandonaba sus tareas, que recaían en su ayudante. Rufo no era muy ducho con los pinceles y aún le quedaba un buen trecho hasta ser oficial, pero ponía todo su empeño en ello y el trabajo iba saliendo adelante.

Juana seguía recelando de aquella mujer, y eso no iba a cambiar a corto o medio plazo, aunque toleraba sus visitas con tal de que su padre fuese feliz. Asistía a las cenas con su mejor disposición, o al menos no dispuesta a dejar que el odio que sentía por aquella italiana delgaducha y estirada se le notase. De todos modos, aunque hubiese actuado de otro modo, Juana estaba convencida de que no habría supuesto ninguna diferencia. Martín solo tenía ojos para Paola y, cuando estaban los tres en la misma estancia, Juana se sentía invisible.

En muchas ocasiones la joven se preguntaba si su desagrado por Paola no era únicamente fruto de los celos. Hasta entonces, ella había sido la única mujer en la vida de su padre y ahora no solo tenía que compartir sus atenciones con una desconocida, sino que se veía sustituida totalmente

por ella.

Cuando eso sucedía, recordaba con claridad las miradas con que Paola la obsequiaba y que dejaban traslucir el mismo desagrado hacia ella. Ambas mujeres no se soportaban y tan solo disimulaban en presencia de Martín. Juana sabía que ella misma se comportaba así por dar una oportunidad a la felicidad de su padre. La cuestión era, ¿por qué lo hacía Paola? ¿Estaba realmente enamorada de su padre o se trataba de una burda interpretación? Esos detalles y otros no hacían sino confirmar lo que ya pensaba de la italiana. Aquella mujer no era de fiar, como tampoco lo era su hermano.

La muchacha se refugiaba en su pintura cada vez más. Totalmente abstraída sobre una tabla, podía dejar atrás todas aquellas preocupaciones y simplemente pintar. Incluso cuando el ayudante de su padre abandonaba el taller, ya entrada la noche, era habitual verla pincel y tiento en mano.

Cierta mañana despertó poco antes de la salida del sol. Las primeras nieves del invierno habían hecho acto de presencia y en la habitación hacía un frío húmedo que calaba los huesos. Juana encendió una vela y se quedó en silencio con los brazos detrás de la nuca y las pupilas fijas en el techo de la alcoba. Era muy habitual que despertara tras soñar que pintaba. En ocasiones, incluso traía consigo colores que trataba de almacenar en su memoria para luego reproducir moliendo diferentes sustancias en el taller.

Suspiró resignada. Ahora que la pintura invadía cada resquicio de su ser sabía que no volvería a dormirse. Además, llevaba semanas inmersa en dar los últimos retoques al bodegón que su padre había visto antes de tiempo, y nada más ocupaba su cabeza esos días.

Saltó del jergón, se colocó la manta sobre los hombros y palmatoria en mano se deslizó en silencio fuera de la habitación.

Con el mismo cuidado descendió las escaleras hasta el piso de abajo y empujó la puerta del taller. Como siempre, estaba abierta. Juana no recordaba un solo día en el que la

llave del taller de maese de Castro estuviese echada.

Entró y se encaminó al fondo, donde se ubicaba el lugar que tenía reservado para pintar. Dejó la vela sobre una mesita y descorrió la tela que ocultaba la tabla. Se quedó largo rato mirándola. Confiada de estar sola en el silencioso taller, dejó caer la manta a sus pies y dio un par de pasos hacia atrás para observar la pintura desde otra perspectiva. Aún restaban un par de horas hasta que Rufo llegara y quería disfrutar aquella sensación. La quietud del taller la ayudaba a pensar.

De improviso, notó una presencia tras de sí. Se giró como activada por un resorte y se llevó las manos a la boca para ahogar un grito.

—¿Lo habéis pintado vos? No está mal, aunque le sobre color rojo y la pincelada sea tosca —dijo el chico que tenía frente a sí.

Llevaba una camisola de dormir sin una arruga y calzas en las que no se veía un solo remiendo. Sus ojos, de un vibrante tono azul, no miraban a la muchacha, sino que estaban fijos en la tabla.

Debía de rondar la edad de Juana, aunque era por lo menos un palmo y medio más bajito que ella y su rostro apenas aparentaba ser el de un chiquillo. Quizás para compensar, lucía un bigote que era poco más que una temblorosa hilera de hormigas sobre el labio superior, lo que le daba un aire inocente que hizo que Juana se serenase tras el sobresalto inicial.

Aunque lo lógico es que hubiese preguntado por el motivo de la presencia de aquel desconocido en el taller de su padre, Juana no pudo por menos que responder a las críticas de aquel desconocido.

—La pincelada es la correcta, se llama pincelada veneciana, aunque quizás eso vos no lo sepáis. Y el rojo al que os referís, rojo veneciano para vuestra información, es justo el tono que la pintura requería —se defendió—. Y sí, lo he pintado yo.

El extraño sonrió. Con la vehemencia con que la chica defendía la obra sobraba cualquier aclaración. Suspiró

hondo antes de hablar.

—Sé de sobra qué es la pincelada veneciana. El maestro Tiziano era un experto en ella, al igual que otros maestros del norte de Italia. —La irritación de Juana fue en aumento. Quiso decir algo que un ademán resuelto del chico le impidió—. Y en cuanto al color rojo veneciano, del que sin duda abusáis, no estaría más fuera de lugar en un bodegón como este que si hubieseis pintado de verde el sol.

Juana sintió que la rabia acudía a su garganta ascendiendo con ímpetu desde el pecho. ¿Quién se creía aquel mentecato para criticar su pintura?

—¿Quién sois? —acertó a decir presa de la mayor irritación.

—Soy el nuevo ayudante de maese de Castro, Francisco Peña.

Un deje de superioridad en la voz del chico acabó por confirmar que odiaba a aquel engreído.

—Pues yo soy Juana de Castro, hija de vuestro maestro y alumna suya desde que vos no levantabais un palmo del suelo. Cosa que seguís sin hacer.

Mentar la escasa estatura del chico no surtió efecto aparente en él. Al contrario, se afianzó en su postura erguida y habló con voz engolada:

—Solo espero sacar mejor provecho de sus lecciones que vos —ironizó.

Aquello acabó por sacar de sus casillas a la chica. En toda su vida había conocido a alguien tan pagado de sí mismo. Tenía que hablar con su padre y quitarle de la cabeza que acogiera a un ayudante tan engreído como aquel cretino.

Con el ceño fruncido en un rictus de cólera, Juana tomó la vela y giró sobre sus talones encaminándose a la puerta.

—Os olvidáis eso —dijo el chico señalando la manta que yacía hecha un gurruño en el suelo.

Juana fue consciente de que se había desprendido de la manta que llevaba, por lo que aquella discusión tenía lugar mientras ella iba vestida con un simple camisón. Aquello la

irritó aún más. Recogió la manta con un ademán enérgico y salió del taller dando un sonoro portazo.

Tras concluir sus lecciones matutinas, regresó al taller a media mañana. No había ni rastro del chico ni tampoco de Martín. A lo largo de la mañana se contaron por decenas las ocasiones en que había estado tentada de preguntar a Rufo por el misterioso visitante del taller. Pero no podía hacerlo, ya que eso revelaría que ella misma se hallaba en él fuera de horas. Sin contar con que iba en ropa de cama durante el encuentro. Prudentemente resolvió aguardar acontecimientos.

Se dedicó a trabajar en la tabla con pasión. De no ser porque la tela que cubría esta seguía descorrida, tal y como la dejara al marcharse del taller, habría podido creer que la conversación con Francisco Peña era un sueño. O, mejor dicho, una pesadilla. Una pesadilla que se reveló como real horas después.

Martín reunió a Rufo y a Juana en mitad del taller. Junto a él estaba un altivo Francisco Peña. A diferencia de aquella madrugada, el chico iba elegantemente vestido, con un jubón de color verde oscuro de buena factura. Lucía un sombrero de fieltro, una prenda ridícula y pomposa para alguien de su edad.

Juana taladró con la mirada al chico al tiempo que se le escapaba una sonrisita triunfal. Aún no había tenido oportunidad de hablar con su padre, pero no le cabía duda de que lo pondría en la calle en cuanto se lo pidiese. Ese mentecato estaría fuera de su casa esa misma tarde.

Martín comenzó a hablar en tono pausado:

—Quiero presentaros a Francisco Peña. Desde hoy mismo trabajará con nosotros en el taller —señaló Martín apoyando su mano en los hombros del muchacho—. Ha sido alumno de varios maestros en Valladolid, Toledo y Sevilla, de donde es natural. Así que conoce el oficio a la perfección. Estará con nosotros un tiempo. Tratadlo como a un igual a pesar de su experiencia. Seguro que podéis aprender algo de él.

Rufo miró con desconfianza al recién llegado. ¿Quién

era aquel desconocido que se permitía vestir de un modo tan ostentoso?

—Maestro —lo interrumpió el ayudante rascándose el cuello—. ¿Dónde dormirá? En mi cámara solo hay una cama y no hay sitio para otra.

Una sombra de duda cruzaba el rostro del chico. A lo peor, aquel desconocido lo echaba de su propio catre y tenía que buscarse un nuevo techo. Un gesto demandando calma del maestro lo tranquilizó.

—No te preocupes, Rufo. Francisco dormirá aquí, en el catre que hasta el año pasado ocupaba Mateo —anunció.

El índice de maese de Castro señalaba un espacio al fondo del taller. Muy cerca del rincón que Juana utilizaba para pintar. Mateo Herranz había sido el pupilo con más talento de Martín. Un talento que le permitió dejar el taller en busca de un nuevo maestro un año atrás.

Juana suspiró con evidente frustración al caer en la cuenta de que eso significaba que compartirían comidas con el recién llegado, y lo vería más allá de las horas en las que había actividad en el taller. No podía permitir que eso sucediese. Tenía que echarlo de la casa antes de que aquello fuese a más.

Dando unas palmadas, Martín dio por concluida la improvisada reunión. En cuanto tuvo una oportunidad de quedarse a solas con su padre, Juana se acercó a él y le habló en voz confidente.

—No me agrada tu nuevo ayudante. Tienes que echarlo —dijo sin ambages.

Martín la estudió con curiosidad.

—Acabas de conocerlo. ¿Qué ves de malo en él?

Juana enarcó las cejas y resopló ofendida. Como si no hubiese horas suficientes a lo largo de un día para relatar la lista completa de respuestas que podía dar.

—Es arrogante, orgulloso, prepotente y no tiene juicio para la pintura.

—¿Todo eso lo sabes de estos cinco minutos en que lo has visto junto a mí? —Juana se mordió la lengua. No quería contarle a su padre acerca de la discusión de aquella

madrugada. Se moriría de vergüenza si supiese que había sucedido mientras ella iba vestida con un simple camisón. Se quedó callada mientras Martín resoplaba por la nariz y hablaba con tono serio—: Francisco Peña es uno de los pintores jóvenes más importantes de la ciudad. Y tú deberías ser la primera agradecida por que esté aquí. —Juana miró a su padre como si este se hubiese vuelto loco. Martín bajó la voz—: He aceptado cogerlo bajo mi supervisión, entre otras cosas, para que te instruya. Aunque no lo haya dicho delante de Rufo, una de sus tareas será darte clases a ti.

La chica no disimuló su irritación.

—¿Yo? ¿Recibir clases de ese arrogante? ¡Nunca!

—Me dijiste que querías aprender de otros maestros —saltó Martín ligeramente exasperado. Se pasó la mano por la barbilla y prosiguió intentando sonar más calmado. Algo que logró solo a medias—: Está es tu oportunidad, Juana. Tú decides qué hacer, pero si quieres formarte con alguien aparte de conmigo será con ese arrogante, como tú lo llamas.

Dicho eso, Martín se alejó a grandes zancadas dejando a su hija sin posibilidad de respuesta. Esta se sacudió la frustración con un sonoro pisotón en el suelo embaldosado y salió del taller con el mismo ímpetu que su padre. No se sentía con ánimos de seguir pintando aquella mañana y resolvió que necesitaba tomar el aire.

La nieve que había caído con fuerza hacía tres días se acumulaba en el patio formando montoncitos sucios que se fundían con lentitud bajo un sol que se asomaba entre nubes.

Desde hacía unas semanas los gatitos se aventuraban a diario fuera de la caseta. Llegaría un día, pensaba a menudo, en que dejarían de regresar a la seguridad del refugio. A Juana le costó un buen rato dar con todos. Finalmente, escuchó maullidos cerca de la tapia que delimitaba la propiedad de la casa de maese Tirón, el boticario.

Estaban todos. Todos los que seguían con vida. El día

de San Judas Tadeo había desaparecido Mirón. Seguramente, el gatito se aventuró más de lo aconsejable fuera de la seguridad de la caseta y alguna alimaña habría dado buena cuenta de él. Unos días después Policleto amaneció muerta. Juana la enterró junto a la higuera, entre los desesperados maullidos de la madre, que se le clavaban en el alma. Por lo tanto, ahora solo quedaban Praxíteles, Lisipo y la siempre afectuosa Fidias junto a su madre.

Sacó de entre sus ropas un pequeño saquito que contenía pedazos de carne seca y comenzó a repartirlos entre los felinos. Aunque aún tomaban leche materna, los afilados dientes como agujas de los pequeños ya eran capaces de desgarrar la carne y se entregaron a la tarea con fruición. Tan solo Fidias ignoró la comida y se acercó a ella para restregarse contra su pierna a modo de saludo. Juana le pasó la mano por el lomo y la gatita ronroneó complacida.

—Tú eres como yo —le dijo sin dejar de acariciarla—, sabes que existen cosas que alimentan más que comer.

Justo en ese momento vio asomar la cabeza de Pedro por encima de la tapia. Juana no pudo evitar esbozar una mueca de fastidio. Desde hacía un tiempo, intentaba evitar que sus visitas al patio coincidiesen con el poco tiempo libre de que disponía el chico. Las atenciones de Pedro eran cada vez más molestas, y daba igual las veces que ella le dijese que nunca le correspondería. El chico siempre se las ingeniaba para ver una posibilidad donde solo había afecto o simple mala conciencia.

Pedro se le acercó con esa expresión bobalicona que se le ponía cada vez que la veía.

—Estaba repasando mis lecciones y te he visto desde el estudio —dijo a modo de saludo—. Algún día podríamos estudiar juntos, como cuando éramos niños.

Juana asintió sin saber qué otra cosa podía hacer ante tal ofrecimiento. Pedro Tirón no destacaba por ser un alumno aplicado.

La atención del chico basculó de Juana a Praxíteles y Lisipo. Los dos hermanos se peleaban por el último pedazo

de carne seca.

—Te dije que los matarás cuando aún eran pequeños —le recordó el chico. Ante el gesto de horror que dibujó Juana, serenó su discurso—. Ahora han crecido y no van a parar quietos.

Desconocedora del comentario del chico, la siempre curiosa Fidias se acercó al muchacho y se frotó contra las perneras de sus calzas con aire inocente. Una mueca de desagrado cruzó por el rostro de Pedro, quien apartó al animal con un contenido aunque firme movimiento de su pierna derecha.

Por instinto, Juana se interpuso entre la gata y el chico. No sería la primera vez que lo sorprendía dando una patada a los asustados animales. Tenía que alejarlo de ellos. Lo conminó a dar un paseo entre los montículos de nieve a medio fundir.

Fue entonces cuando se fijó en el moratón que Pedro lucía en su mejilla derecha. Tenía un feo color entre azul y amarillo e iba desde la cuenca del ojo hasta casi el labio inferior. La muchacha sintió que algo se removía en su interior.

—¿Qué te ha pasado? —Juana se arrepintió al momento de la pregunta. Pedro nunca hablaba de esos asuntos con ella. Daba igual las veces que lo había intentado en el pasado. Esta vez no fue diferente. El chico le restó importancia encogiéndose de hombros a la par que impostaba una sonrisa fingida.

—Me he golpeado sin querer con el marco de una puerta —dijo.

Juana calló. Sabía de sobra cuál era el motivo de la herida. Las palizas de su padre le habían dejado en el pasado recuerdos como aquel en su rostro.

—Puedes contarme lo que quieras —se ofreció ella.

Pedro chasqueó la lengua para mostrar su desagrado con la dirección que estaba adquiriendo la conversación.

—¿Y qué quieres que me pase?

—Yo solo digo que puedes contarme lo que quieras.

Pedro soltó una maldición y se detuvo en seco.

—¡Ya te he dicho que me he dado un golpe en la mejilla! ¿Por qué siempre tienes que dártela de lista?

El tono de Pedro no presagiaba nada bueno, era la antesala de uno de sus habituales ataques de ira.

Juana también se detuvo y mostró las palmas de las manos para dejar a las claras que no quería discutir.

Continuaron caminando en silencio.

Hacía tiempo que Juana había llegado a la conclusión de que Pedro no era el mismo. Siempre se había comportado como un niño caprichoso y sus rabietas cada vez que perdía a algún juego eran memorables. Pero ahora, quizá debido a sus continuos rechazos o al hecho de que las palizas de su padre eran más frecuentes, se habían convertido en auténticas tormentas de cólera, y en más de una ocasión Juana había tenido miedo de que le propinara un golpe. Ya no recordaba la última vez que ambos habían pasado un rato juntos sin que ella sintiese que debía medir sus palabras para no enojar al chico.

Desde hacía semanas rumiaba la idea de hablar con él y aclarar las cosas. No podía permitir que siguiese albergando ilusiones respecto a ella, pero tampoco romperle el corazón. Había llegado el momento de tener una conversación con él.

Tomó aire para insuflarse fuerzas y habló con toda la seguridad de la que fue capaz.

—Creo que tenemos que hablar —Tras darle muchas vueltas, aquello fue lo único que se le ocurrió decir.

El chico la miró de hito en hito.

—¿Hablar? ¿Hablar de qué?

—De lo que sientes por mí y que yo no siento por ti. —Juana tragó saliva. Sabía que aquella conversación iba a ser dolorosa para Pedro. Aun con todo, sentía que no podía retrasarla más tiempo.

—Yo te quiero. Eso es todo de lo que tenemos que hablar —exclamó el muchacho.

—¿Y qué hay de lo que siento yo?

Pedro la miró como si fuese imposible que ella pudiese sentir algo.

—Te he querido desde siempre. —Fue la única defensa que se le ocurrió a Pedro—. ¿Acaso eso no te basta?

A Juana se le escapó un largo suspiro. Tal y como se temía, aquella charla no iría a ninguna parte si Pedro se negaba a escucharla. Quizá lo mejor era darle un tiempo para reflexionar. Se dispuso a decir lo que pensaba, aunque sabía que al chico aquello no le agradaría.

—Creo que es conveniente que no vengas a verme al patio durante un tiempo.

Pedro parpadeó incrédulo durante unos segundos. Sencillamente, no entendía a qué venía aquello. Abrió los brazos demandando respuestas.

—¿Cómo que no venga al patio a verte? ¿Por qué?

—Creo que no deberías venir hasta que tengas claro que no sucederá nada entre nosotros.

Pedro se pasó inquieto la mano por el mentón. Era incapaz de comprender nada de todo aquello.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes quererme como yo te quiero? —dijo en un hilillo de voz.

Juana sintió una pena enorme por él. No obstante, ya no podía dar marcha atrás.

—Porque me das miedo, Pedro. Por eso.

—¿Qué majaderías estás diciendo? ¿Cómo voy yo a darte miedo? —Después bajó la voz hasta sonar casi como un susurro—: Yo nunca te haría daño, Juana. Nunca. Te amo.

El chico trató de asir las manos de ella y Juana se zafó con un ágil paso atrás.

—Pero yo no siento lo mismo, Pedro. Y eso es algo que tú no quieres entender.

De haber visto una vaca volar, la expresión del chico no habría sido de mayor perplejidad. Se palmeó el mentón como si con ello lograra entender algo. ¿Juana no lo quería? Aquello era imposible. Él la había amado desde el primer momento en que la vio. Era impensable que ella no sintiera lo mismo. Tenía que tratarse de otra cosa.

De pronto lo comprendió todo.

Giró nervioso sobre sus talones mirando a derecha e

izquierda y luego propinó una patada a una piedra por pura frustración.

—Hay otro. ¿Es eso?

Juana elevó los brazos por encima de su cabeza para manifestar su asombro. Ni por asomo había creído que Pedro llegaría a conclusión tan descabellada.

—¡No hay nadie más! —se defendió.

Pedro ni siquiera daba la impresión de haberla escuchado. La asió con fuerza por los hombros y la zarandeó al mismo tiempo que le clavaba una mirada que hizo que Juana se estremeciera de pavor.

—¿Quién es? ¿Quién es el bastardo que me aparta de ti?

—Suéltame, me haces daño.

La chica forcejeó inútilmente con él.

—¡Te soltaré cuando quiera!

Había tal odio en Pedro que Juana dejó de intentar soltarse y cerró los ojos previendo una bofetada. Sin embargo, esta no llegó. Al contrario, la presión del chico se debilitó hasta desaparecer por completo. Al volver a abrir los ojos vio que Pedro tenía la mirada clavada en algún punto por encima de su cabeza. Se giró y vio a Francisco Peña asomado a la portezuela que comunicaba el taller con el patio. No sabía desde cuándo llevaba observando la escena, pero supuso que lo bastante como para estar listo para intervenir. El ayudante de su padre estaba erguido cual alto era, que no era mucho, pero el gesto resuelto y postura firme que tenía parecían añadir un palmo más a su estatura.

—¿Sucede algo? —dijo con aplomo.

Pedro sacó la punta de la lengua y se la pasó por los labios, indeciso. Sin ser consciente de ello, liberó a la chica y se quedó mirando con aire desafiante a aquel entrometido.

—Será mejor que te vayas —le soltó Juana mientras aprovechaba la oportunidad para alejarse de la escena.

Pedro no hizo amago alguno por detenerla. Se giró y se encaminó hacia la tapia de su casa.

Juana traspuso la portezuela del taller.

—No era necesario que me rescatarais, no soy una damisela en peligro —dijo sarcástica al pasar junto a Francisco.

El chico cerró la puerta y a grandes zancadas la siguió por el taller. La detuvo a pocos pasos.

—Acabó de impedir que ese maleante os diera una bofetada o algo peor. Como mínimo, esperaba un agradecimiento.

—Ese maleante es el hijo de maese Tirón, el vecino. Y no estaba a punto de hacer nada. Solo estábamos discutiendo.

Francisco sacudió la cabeza para negar.

—No es eso lo que yo he visto —dijo.

Juana resopló ofendida antes de echar a andar de nuevo. Ascendió los escalones de dos en dos.

Francisco hubo de emplearse a fondo para alcanzarla antes de que entrara al salón. Le puso la mano en el hombro y la retiró al instante con gran teatralidad.

—No hemos empezado con buen pie, pero sé que vuestro padre ya os ha dicho que seré vuestro instructor durante unos meses. ¿Podríamos fingir al menos que nos llevamos bien durante ese tiempo?

Juana bufó dejando a las claras las dudas que le generaba aquella propuesta. Pese a todo, asintió antes de entrar al comedor.

V

El invierno se había aposentado definitivamente en aquella parte de Castilla. El clima era cada vez más el propio de esos meses: frío y seco como un cuchillo sin afilar. El viento soplaba gélido y constante por entre las callejuelas de Valladolid y las heladas congelaban las aguas de los pozos y fuentes día sí y día también. Largos carámbanos colgaban de los tejados cada amanecer.

Aquella jornada no era una excepción.

Arrebujadas bajo sus capas, el aya Teresa y Juana caminaban encorvadas para combatir el severo clima. Hacía rato que el sol lucía en el cielo, aunque un mar de nubes grises y pesadas lo mantenían oculto. Teresa tenía por costumbre ir a la primera misa del día una vez al mes, fecha que coincidía con la visita que Mauro y Rosita efectuaban a la ciudad a por provisiones. Los cuatro viajaban en el carruaje familiar y después los sirvientes dejaban a aya y pupila muy cerca de la iglesia de Santa María, a la que llamaban la Antigua. Precisamente se encaminaban a ella cuando el aya tropezó y estuvo a punto de irse al suelo. Así habría sido de no ser por la rapidez con que Juana la sujetó.

—Mis reflejos ya no son lo que eran. Ni mis huesos tampoco. De haberme caído me habría quebrado varios. Mejor sería que me enterraseis ya y así quitar sufrimientos a todos —se lamentó Teresa una vez repuesta del susto.

Juana le pasó el brazo por el hombro para reconfortarla.

—No digas eso. Que aún tienes mucha guerra que dar. Es solo que con el hielo el suelo está resbaladizo.

—No, hija, no —negó el aya con tristeza—. Es que ya

soy muy vieja. Tengo un pie más en la tumba que en este mundo.

Juana chasqueó la lengua como si la reprendiera por decir aquello y posó su cabeza en la de la anciana. La estrechó con fuerza. Le pareció que su cuerpo, otrora fuerte, era ahora una gavilla de sarmientos que podía romperse si apretaba demasiado. Sintió la necesidad de besar a la anciana y sin pensarlo dos veces le estampó un sonoro beso en la mejilla al que Teresa respondió con una sonrisa y una cariñosa palmada en el hombro. Después, se tomaron del brazo y continuaron caminando.

Quería a aquella mujer como si fuese de su sangre. Desde siempre había sido su paño de lágrimas y confidente. Ver cómo se iba haciendo cada vez más frágil y débil, como si fuese de cristal, le partía el corazón.

Ya vislumbraban la esbelta torre de Santa María recortándose contra el cielo gris y pesado cuando Juana vio a Paola Ferrara salir del portal de una conocida posada. Iba del brazo de su padre. Vestida de vibrante azul, la figura perfecta de la italiana destacaba entre el monocorde negro de la multitud que se encaminaba hacia la iglesia.

Juana no pudo evitar arrugar la frente y mascullar una maldición al ser consciente de que encontrarse con ellos era inevitable. No era ni tonta ni una niña. Sabía que su padre y la italiana pasaban varias noches juntos a la semana, aunque tenían la decencia de que fuera lejos de la casa.

Aquel encuentro la irritaba sobremanera y no se molestó en disimularlo.

El aya se dio cuenta y le apretó la mano a modo de reprimenda. A pesar del firme gesto de la anciana, Juana no pudo evitar mantener el ceño fruncido cuando se detuvieron a saludar a los amantes.

—Buen día, querida —se adelantó Paola como si tal cosa. Ignoró a la sirvienta con toda intención.

A su lado, un ruborizado Martín agachó la cabeza y saludó con tibieza. El aya intervino actuando como si aquel encuentro fuese de lo más natural. Tampoco a ella le agradaba toparse con el amo y aquella descarada en plena

calle, no obstante, debían disimular. Eran el centro de atención de los curiosos.

—Buen día, maese de Castro y compañía. Nos dirigíamos a la iglesia —anunció. Aunque actuaba con total normalidad, la anciana también obvió a la italiana a propósito.

Paola ignoró el desprecio del aya. Bien fuese por despiste o aposta, aquel desplante le importaba tan poco como aquella vieja. Martín se limitó a asentir con mansedumbre. Se lo veía avergonzado ante su hija y seguía siendo incapaz de mirarla a la cara.

El silencio se adueñó de la escena. Nadie sabía qué decir o hacer. De haber sido posible, se habrían ignorado entre sí. Tan solo Paola mostraba una sonrisa triunfal. Para ella, aquel encuentro la afianzaba aún más en su posición. A partir de ese momento, pasaría las noches que se le antojara en la casa del pintor. Ella se encargaría de convencerlo.

Seguía exhibiendo aquella sonrisa de victoria cuando alzó la barbilla con orgullo.

—Aprovechemos para contarlo ya —dijo a la par que daba un ligero tirón del brazo de Martín.

El tono alegre que se adivinaba en la voz de Paola se le antojó terriblemente odioso a Juana. Martín no dio señal alguna de querer hablar. Hasta ese momento se limitaba a mirarse la punta de sus botas con gesto temeroso.

—¿Contar qué? —preguntó por fin la joven.

Paola hizo una teatral pausa antes de dar la noticia.

—Tu padre y yo hemos decidido dar un banquete la semana que viene —anunció en un tono de voz más agudo de lo habitual.

—¿Con las Navidades tan cerca? —acertó a decir Teresa.

Paola formó una débil línea con sus labios y fulminó con la mirada al aya. Pese a la irritación que el comentario le había despertado, fingió ignorarlo. Cuando fuera la señora de la casa, echar a aquella decrepita anciana sería lo primero que haría. Volvió a alzar la barbilla con orgullo

antes de hablar.

—¿Y eso qué más da? Será una fiesta memorable. Invitaremos a decenas de personas. Es una pena que la casa no disponga de un jardín. Habría sido un lugar magnífico para ello.

—Con este clima tampoco podríamos usarlo —terció Martín viendo la oportunidad de destensar la situación.

Aquella fue toda su aportación al tema. Paola le dio unos golpecitos en el antebrazo como una madre severa reprendiendo a su hijo.

—Deberías pensar en comprar una casa con jardín, querido. En la primavera sería estupendo disponer de uno.

La italiana hablaba como si esa hipotética casa fuese ya suya. Juana se mordió las ganas de decir algo. Como si adivinará lo que pasaba por su cabeza, el aya le clavó las uñas con tanta energía en la mano que le dolió. Puede que aquella anciana no tuviese tanta fuerza como antaño, pero desde luego seguía teniendo maña.

—Será mejor que nos vayamos ya —dijo tirando de la mano de Juana—. No oigo ni veo muy bien y si no cogemos sitio en los primeros bancos no me enteraré de la misa.

Ambas se alejaron de la escena en dirección a la iglesia.

—Odio a esa mujer —exclamó Juana a distancia suficiente como para no ser escuchada.

—A mí también me desagrada, niña. Tu padre ha cambiado desde que la conoce —sentenció la anciana.

—¿Crees que se cansará algún día de ella? Me temo que si esto dura mucho, algún día no podré disimular más.

—Tu padre ha estado solo mucho tiempo y esa mujer es como un chaparrón después de una gran sequía. A lo mejor un día se cansa de tanta agua. Quién sabe... Pero de momento tienes que guardarte para ti lo que piensas, por el respeto que le debes.

Juana soltó un suspiro de frustración. Se apresuró a decir lo que pensaba antes de entrar en el templo. Una vez traspuestas las puertas de este, el aya no le dejaría abrir la boca hasta que la misa hubiera concluido.

—¡Es que la odio con todas mis fuerzas! A ella y a su hermano. Ocultan algo, ¡estoy segura!

Teresa estuvo a punto de decir algo. Se lo pensó mejor y decidió callarse. Era mejor que Juana no supiera aún ciertas cosas. Le palmeó el hombro para animarla a cruzar con ella el pórtico de entrada. Ya en el interior de Santa María se sentaron en la segunda fila de bancas.

Durante toda la liturgia, la cabeza de Juana estuvo en otra parte. Al mismo tiempo que admiraba el hermosísimo retablo obra de Juan de Juni, se felicitaba de haber podido contar a alguien lo que de verdad pensaba de Paola Ferrara y de su hermano. Se congratuló de que también la anciana aya se barruntaba que los italianos ocultaban algo turbio.

Concluida la misa, ambas mujeres salieron de la iglesia y regresaron a casa cogidas del brazo. El tiempo había mejorado algo y, aunque la temperatura aún era baja, el sol se asomaba con timidez derritiendo los carámbanos de los tejados.

Nada más atravesar el portón de la calle, Juana se despidió del aya y se adentró en el taller de su padre, el lugar donde Paola Ferrara se convertía en un simple recuerdo molesto que apenas parecía importante.

Aunque la actividad en el taller ya estaba a plena marcha, Martín aún no había hecho acto de presencia. Otro síntoma de esa enfermedad llamada Paola.

La muchacha se sacudió aquellos pensamientos como pudo y se colocó el mandil que usaba en el taller. Con paso veloz, se dirigió al pequeño almacén donde se guardaban las sustancias necesarias para elaborar los pigmentos. Dado que algunos minerales, como el lapislázuli o el cinabrio, podían llegar a costar una pequeña fortuna, el almacén estaba siempre cerrado con llave. Una llave que Martín guardaba bajo sus ropas. Que Francisco la tuviese ahora en ausencia del maestro dejaba claro la confianza que en poco tiempo había adquirido en el taller. Una confianza que era mirada con recelo por Rufo, quien no podía hacer nada, excepto maldecir entre dientes al recién llegado.

Juana entró al cuartito y se quedó mirando al chico

trastear con los pigmentos. Una tarea impropia de su extensa formación, de la que Juana tenía conocimiento gracias a las clases con él.

Había empezado a pintar en su Sevilla natal, bajo la tutela del reputado maese Francisco Pacheco. De aquella época recordaba con cariño la devoción que el maestro sentía por la hagiografía y el gusto por la *terza maniera*. Sobre pintar la vida de los santos el chico opinaba que era un tema como otro cualquiera. Aunque era del parecer que su modo de pintar estaba ya en franco desuso. Quizá por ello abandonó el taller de maese Pacheco, en Sevilla. De aquella época, Francisco Peña hablaba con cariño de varios aprendices de Pacheco a los que se refería como amigos. Especialmente de un tal Diego, al que el arrogante Francisco colocaba a su altura como pintor.

De Sevilla, Francisco viajó a Toledo, donde había aprendido los secretos de la pintura al fresco trabajando en varias capillas, aunque sin un maestro como tal. Por lo que deducía Juana, no estuvo en la ciudad imperial más de un año.

Finalmente, había recalado en Valladolid, donde se había interesado en la escultura, y tras dar varios tumbos logró que el mismísimo maestro Gregorio Fernández lo tomará como alumno. Con él aprendió a tallar el yeso y la madera. El paso lógico tras aquello era buscar un maestro que le instruyera en la policromía de esculturas. Por eso estaba en el taller de Martín.

Aquella historia no explicaba por qué duraba tan poco tiempo en un taller. Aquello no era lo habitual.

Por lo normal, un aprendiz que destacaba como él pasaba varios años con un mismo maestro para ir haciéndose cargo de trabajos cada vez más importantes. Con el tiempo, el alumno se independizaba y empezaba a trabajar por su cuenta. De este sistema se beneficiaban ambas partes. El aprendiz adquiría experiencia y se forjaba un nombre junto a un maestro conocido, y este adquiría el prestigio de haber formado a un artista prometedor.

Si el aprendiz no demostraba talento para las artes,

seguía en el taller realizando tareas menores o, en la mayoría de los casos, dejaba el oficio y se dedicaba a otra cosa.

Ese no era el caso de Francisco. Cualquier taller estaría encantado de contar con él y, desde luego, pasado el tiempo no tendría problema en aprobar el examen para ser maestro. Así pues, ¿por qué seguía dando tumbos como un vagabundo? Porque eso era lo que parecía: una suerte de trotamundos siempre en busca de conocimientos. Quedándose en un lugar el tiempo justo para aprenderlos. Por qué actuaba de aquel modo en lugar de asentarse en una ciudad y montar su propio taller era un misterio.

Pero Juana debía admitir que Francisco Peña había resultado ser un buen profesor. Aunque terco como una mula, impaciente con los progresos de su alumna y nada dado a escuchar, era, aun con todo, sumamente extenso en sus explicaciones y poseía una técnica digna de un gran maestro.

Tras unos pocos días, Juana debió reconocer que tenerle como profesor era una buena idea. El chico llevaba toda la vida pintando en tabla o lienzo, y de su experiencia podía sacar una gran y valiosa lección.

Además, en más de una ocasión alababa los progresos de la muchacha y se notaba que sus cumplidos eran sinceros y no buscaban halagar a la hija del maestro. Juana agradecía aquellos ánimos y aprendía con rapidez.

Con el paso de las semanas Juana había llegado a valorar incluso los ataques de soberbia del chico cuando no hacía algo tal y como él consideraba que debía hacerse. Los valoraba porque ni en una sola de aquellas reprimendas la trataba con condescendencia en virtud de su sexo. Era tan duro con ella como lo habría sido con un hombre. Para Francisco, el arte no dependía del sexo de quien empuñaba los pinceles, sino del talento. Él era la primera persona que la trataba como a una igual, como a una artista y no como a una mujer.

Aunque una cosa era apreciar sus críticas y otra muy distinta callarse ante ellas. Las discusiones vehementes y los

momentos de paz se sucedieron a medida que entre ellos se fue fraguando una relación fundamentada en el mutuo respeto. Poco a poco, las palabras hirientes y las pullas desaparecieron.

La chica ya no veía una molestia tener que compartir mesa y techo con él, y aunque seguía tildando a Francisco de excesivamente arrogante, lo cierto era que sentía afecto por él. Incluso, en ocasiones, acertaba a ver un atractivo físico del que después renegaba por estar fuera de lugar.

—¿Vais a seguir mucho más tiempo mirándome como un pasmarote? —dijo el chico interrumpiendo los pensamientos de Juana.

Esta dio dos pasos y se colocó a un lado de él. En el pequeño cuartucho de los materiales el frío se acumulaba y una densa nube de vaho salía de sus bocas.

Francisco se afanaba en machacar en el mortero una buena porción de un mineral llamado *terra verte*. Con él se lograba un color verdoso que el chico usaría para policromar el manto de un San Esteban.

—¿No echáis de menos Sevilla? —inquirió Juana de modo distraído.

—Ya os dije que echo de menos a algunos camaradas del taller de Pacheco. Eso es todo. Aprendí todo lo que podía aprender en ese sitio.

—¿Y vuestra familia?

Francisco se encogió de hombros.

—En casa éramos siete hermanos. Yo era el menor. Nadie me hacía caso ni yo se lo hacía a los demás. —El joven chasqueó la lengua—. Y ahora dejadme trabajar en paz. No sabéis la atención que requiere esta labor para hacerse bien.

Juana conocía de sobra lo delicado de machacar el mineral para lograr el grano justo. Un poco grueso o desigual y el aglutinante crearía grumos que se fijarían a la superficie pintada. Apartó al chico casi de un empujón y le quitó el pilón de las manos. Empezó a golpear con él el mineral que reposaba en el interior del mortero. Fue girando este con enérgicos movimientos de muñeca para

machacar todo por igual.

—Pintaréis bien, pero aún os queda mucho que aprender sobre mezclar sustancias para obtener colores. ¿Es que Pacheco no os enseñó a hacerlo? —dijo con cierta sorna.

Juana miró al chico por encima del hombro. Una sombra de inseguridad, que desapareció tan pronto como llegó, cruzó por su rostro. Alzó la barbilla y habló en tono orgulloso.

—Pues no. Resulta que Maese Pacheco creía que tenerme machacando sustancias era desaprovecharme. Así que confieso que no tengo mucha experiencia en ello.

Juana frunció el ceño. Cuando uno entraba a trabajar en el taller de un pintor, su primera tarea era hacerse cargo de la creación de los pigmentos. Se podía decir que, durante meses, incluso años, y hasta que el recién llegado se hacía merecedor de tareas más gratas, esa era su única ocupación. Daba igual el talento que poseyera Francisco, era una regla que se cumplía en todos los talleres de pintura de Europa. Incluso, en ocasiones, poner al frente de las tareas más básicas a un alumno aventajado era recomendable para dar una cura de humildad a posibles genios arrogantes. La chica sentenció que aquello no habría estado fuera de lugar con alguien tan altanero como Francisco. Sin embargo, decidió guardárselo para sí misma.

—Además —añadió en su lugar—, ¿por qué os empeñáis en elaborar vuestros propios pigmentos? Lleváis tan solo unas semanas y mi padre ya os deja actuar con libertad en el taller. Podéis pedirle a Rufo que os ayude.

Francisco se tomó unos segundos para responder. Habló con el tono serio con que daba sus lecciones:

—Cuando un artista intenta recrear sobre una tela o una tabla el mundo, no hace sino reflejar la imagen que ve. Por lo tanto, en cierto modo, nunca seremos capaces de imitar la naturaleza. Todo lo más pintar aquello que imaginamos. La composición, la disposición de las figuras, la perspectiva, la textura de los objetos y, sobre todo, los colores, están antes aquí dentro —se llevó el índice a la sien

derecha— que en la paleta. Por eso, cuanto más me acerque a los colores que imagino, mejor seré capaz de recrearlos con fidelidad. Como os dije, maese Pacheco y los demás apenas me instruyeron en la elaboración de pigmentos. Por eso necesito aprenderlo ahora. No deseo usar los colores de otros, solo los míos.

Al discurso del chico le siguió el silencio. Juana había dejado de machacar la pasta en el mortero y observaba a Francisco con atención. Era la primera vez que el muchacho hablaba con cierta humildad de sí mismo. Además, aquel mismo pensamiento lo había escuchado de labios de su padre en infinidad de ocasiones. Un artista debía producir sus propios colores en un proceso que tenía tanto de alquimia como de ciencia. Un proceso a base de ensayo y error, y cuyas medidas, resultados, fracasos y éxitos guardaba cada pintor celosamente para sí.

Pese a que era obligación de Rufo instruir a Francisco en aquella tarea, no se afanaba en su labor, precisamente. Juana lo había oído más de una vez y se limitaba a dar breves instrucciones sin tomarse demasiadas molestias. No le importaba en absoluto que el chico aprendiera el modo correcto de moler las sustancias o las medidas de la mezcla. Para él, la presencia en el taller de alguien con tanto talento como Francisco era casi una afrenta. Estaba convencida de que, aunque nunca lo diría delante de Martín, Rufo era de la opinión de que alguien tan ducho para empuñar el pincel debía de arreglárselas por sí mismo con aquellas tareas tan básicas. Se apartó de la mesa y le entregó el pilón.

—Continuad vos —dijo. Después, señaló con la barbilla el rincón donde se apilaban los diferentes utensilios que se usaban en el proceso—, yo misma os ayudaré con la mezcla final.

Francisco esbozó una mueca de asentimiento y se puso a la labor con el mejor de sus ánimos.

Por primera vez no parecía un estirado que creía que nadie podía enseñarle nada. Por primera vez aparentaba ser lo que era: un chico de diecisiete años que disfrutaba con su oficio. Aunque no olvidaba su carácter y se comportaba

como un alumno tan exigente como cuando adoptaba el papel de profesor.

Prestó total atención a las explicaciones de Juana. Incluso se limitó a obedecerla sin rechistar cuando esta le corrigió el modo en que sostenía el pilón.

—Ha de cogerse así, con firmeza, pero con suavidad. De ese modo, podréis mover la muñeca con libertad —le dijo mientras colocaba la palma de su mano sobre la de Francisco para enseñarle la postura adecuada. Al separarla aún retenía el calor de él entre sus dedos—. Contadme cómo es el verde que queréis crear —pidió la chica.

Francisco tuvo que pensar un poco antes de hablar. Detuvo su labor y se quedó mirando algún lugar en la pared. Parecía estar pescando en su cabeza las palabras que definían el tono exacto de color que buscaba.

—Quiero que el manto de San Esteban sea del verde de los bosques. Oscuro y fuerte. Pero que refleje la luz como si fuese transparente.

Juana sonrió de modo imperceptible. Le gustaba el modo en que Francisco vivía y sentía los colores. Era capaz de vislumbrar en su apasionado discurso lo que perseguía. Estudió el interior del mortero y le urgió a continuar con la labor.

—¡Deprisa! ¡Proseguid!

Él obedeció y al poco el resultado que yacía en el mortero adquirió un tono más oscuro, más cercano al verde que veía en su cabeza.

El *terra verte* no era un mineral excesivamente caro. Otros, como el marrón momia, el azul de ultramar y, por supuesto, el oro, alcanzaban precios desorbitados. Arruinar una mezcla que contara con uno de aquellos ingredientes significaba que el aprendiz responsable acabaría en la calle al instante. Aun así, Francisco procedió con sumo cuidado y siguiendo fielmente las instrucciones de la chica. Se dedicó a la tarea con tal concentración que apenas respiraba. Pese al frío, una película de sudor perlaba su estrecha frente.

Juana lo observaba inclinada sobre él y juzgó que ponía tanta atención en aquella tarea como en el resto de

las labores del taller. Llevaba desde que era una niña mezclando minerales, experimentando con diferentes sustancias y sus medidas. Probando una y otra vez hasta dar con el tono adecuado. A su entender, lo que diferenciaba a un verdadero maestro de un pintor mediocre era la paleta de colores que usaba.

Los colores lo eran todo.

Al finalizar, Francisco mostró el resultado ante la sonrisa de la chica. Un gesto que él imitó. Ninguno de los dos fue consciente de que era la primera vez que sonreían a la vez.

Habían logrado una discreta cantidad de pigmento ya que Juana no quería correr riesgos hasta que el chico tuviese soltura con las mezclas, pero el resultado era prometedor. Sabía reconocer un buen trabajo al verlo y aquel verde tenía la luz y el color de los bosques que Francisco perseguía.

—El manto de San Esteban será de un verde tan hermoso que despertará la envidia del resto de imágenes del taller —sentenció con evidente agrado.

Concluida la labor salieron al patio.

El invierno seguía dando cuenta de su llegada. En las montañas al norte se acumulaba una nieve que no perderían hasta la primavera, y en el corral, las gallinas, gansos y demás aves se acurrucaban bajo el cobertizo en busca de algo de calor.

Hacía un par de semanas que los gatitos habían abandonado definitivamente la seguridad de la caseta para emprender una nueva vida más allá de sus límites. Al principio Juana creyó que se trataba de una más de las excursiones que los animales hacían frecuentemente y que a veces les llevaba a ausentarse varios días. Que, tarde o temprano, se dejarían ver de nuevo. Pero los gatitos no regresaron y, al final, también la madre desapareció una mañana. Tan solo Fidias seguía en el huerto. La joven sabía que aquello no solo se debía al carácter retraído del animal, que lo hacía menos dado a aventuras que sus hermanos. Tampoco a la estabilidad de tener la comida asegurada a

diario. No. Juana sabía que la gata se quedaba porque le tenía afecto. Entre ellas se había creado un vínculo especial. La pequeña gata seguía siendo flaca y sus maullidos apenas se oían. Ahora observaba desde la distancia la escena sin atreverse a acercarse del todo.

Francisco se colocó frente a Juana. En sus ojos titilaba una luciérnaga de emoción y felicidad.

—Sé que os parecerá una nimiedad, pero es la primera vez que elaboro mi propio color. Me siento enormemente feliz y orgulloso de haberlo hecho —dijo mostrando una sonrisa de oreja a oreja. Posó sus manos en los hombros de Juana—. Sin vuestra ayuda nunca lo hubiese logrado.

Sin previo aviso, la abrazó y la izó a un palmo del suelo. Solo fue un segundo. Al punto, el chico cayó en lo erróneo de su comportamiento. Depositó a Juana de nuevo en el suelo y se separó, visiblemente avergonzado. Incluso Fidias dio un bote por lo inesperado de la acción. La gatita se había decidido finalmente a acercarse y ahora observaba recelosa a la pareja, lista para salir huyendo al siguiente sobresalto.

—Será mejor que vaya a utilizar la pasta o se secará —acertó a decir el chico.

Sin añadir nada más, regresó al taller casi a la carrera.

Juana se quedó ensimismada viendo cómo se alejaba. Hubo de serenarse. El corazón amenazaba con salírsele del pecho.

¿Qué acababa de pasar? ¿De dónde provenía aquel calor cuando Francisco la había abrazado? ¿Y por qué aquel abrazo le había parecido tan breve?

Sin ninguna respuesta y mil preguntas zumbando en su cabeza, también ella regresó a la casa. Evitó la portezuela que comunicaba con el taller y optó por el portón de doble hoja que daba al portal.

Desde el estudio del segundo piso de la casa de maese Tirón, Pedro vio lo sucedido y parpadeó atónito unos segundos.

Se puso en pie y comenzó a caminar por la estancia con nerviosismo. A cada paso su irritación crecía más y

más, como un pastel colocado al calor de un horno. Se apoyó en la mesa frente a la que estudiaba, desde donde tenía una vista inmejorable del patio de maese De Castro.

¿Cómo había podido estar tan ciego?

Arrojó al suelo el enorme libro que tenía frente a sí y maldijo a Juana.

Había estado dispuesto a perdonarla. ¡Qué imbécil había sido! Ahora, viendo lo acaramelada que se mostraba con aquel aprendiz nuevo y el abrazo sin ningún recato del que había sido testigo, la sangre le hervía.

A él nunca lo había abrazado de aquel modo.

¡Aquella ramera lo había engañado y él se lo haría pagar!

VI

El día del banquete de Martín de Castro y Paola Ferrara había llegado. Aunque, en realidad, bien podía decirse que la fiesta la organizaba la mujer exclusivamente. Ella se había encargado de elegir prácticamente todo, desde los platos que se servirían hasta la decoración del comedor, que esa noche luciría engalanado como nunca. La italiana hizo y deshizo a su gusto.

Juana salió de su alcoba y dejó escapar un suspiro. A pesar de ser hora muy temprana, la casa era presa de una enorme actividad.

Se dio prisa en cruzar frente a la puerta de doble hoja del comedor, abierta de par en par. No pudo evitar lanzar una rápida mirada al interior y ver que aquello era un caos de gente yendo y viniendo de aquí para allá. Varios mozos con ramos de flores se afanaban en prenderlos al mantel. Un grupo de chicas limpiaba la vajilla, nueva, según juzgó. Y en medio de todo, Paola, con el mentón elevado al cielo, dando instrucciones como si fuese el ama de la casa.

—¡Vamos, vamos! Daos prisa o no llegaremos a tiempo —ordenó batiendo palmas. Lanzó un gruñido a modo de queja y alzó la cabeza hacia el techo—. *È impossibile dare una festa vera e propria senza un giardino!* —sentenció.

El ceño de Juana se arrugó hasta que una clara uve se le formó entre las cejas. A la chica se la llevaban los demonios cuando veía a la italiana ir y venir como si todo fuera de su propiedad. Sus visitas eran cada vez más frecuentes. Incluso, aunque Martín trataba de ser discreto, sabía que había empezado a pasar alguna noche en la habitación de su padre.

Se alejó en dirección a las escaleras mascullando una

maldición.

Abajo, el jaleo era aún mayor. Los encargados de traer el vino descargaban en esos momentos un enorme tonel que procedían a dejar en la bodega, y llegaron varios mozos más que traían flores. Dada la estación del año en la que estaban, solo podían contar con pensamientos, hibiscos y algunas flores de temporada más. Juana sabía que no serían baratas.

Desde el marco de la puerta de la cocina, Rosita contemplaba el trajín de la casa con una mueca de desagrado. Paola había contratado a siete camareras y tres cocineros de origen italiano, más de su gusto, para aquella velada. La pobre Rosita veía cómo invadían su cocina siendo relegada al papel de ayudante.

Juana la saludó con una inclinación de cabeza. Le alegraba saber que no era la única persona en la casa que odiaba aquel banquete.

Había resuelto pasar el día encerrada en el taller. No quería tropezarse con la italiana más de lo necesario o era posible que su carácter la traicionara y dijera algo inadecuado. La víspera, Martín anunció que no se trabajaría ese día. Juana estaba segura de que detrás de aquella decisión estaba Paola, pero aquello le sería de utilidad, podría sumirse en la pintura sin interrupciones.

Empujó la puerta y, para su sorpresa, comprobó que estaba cerrada. Era la primera vez que Martín de Castro echaba la llave a la puerta de su taller. Aquel era un hecho tan inaudito que Juana volvió a empujarla creyendo haber utilizado poca fuerza la primera vez. Para su pasmo comprobó que no se había equivocado.

—¿Adónde creéis que vais? —oyó a su espalda. Paola descendía los escalones con aquel aire orgulloso. Pasó entre el gentío que inundaba el portal pavoneándose como si fuese la dueña de la casa y se plantó frente a la chica—. Os he preguntado que adónde vais —repitió cruzando los brazos sobre su generoso pecho.

Juana no tenía intención de dar explicaciones a nadie, mucho menos a aquella arpía. Pese a ello, mantuvo el tono

formal que se esperaba de ella.

—Al taller de mi padre. Veo tanto ajetreo y vos habéis organizado todo con tanto gusto que no quiero ser un estorbo —dijo en un tono de falsa amabilidad.

Ella misma se maravilló de su capacidad para improvisar.

Paola no dio muestras de sentirse especialmente halagada. Descruzó los brazos y la tomó del hombro.

—*In nessun modo!* El taller está cerrado para todos. Tú incluida —soltó irritada mientras tiraba de ella en dirección a las escaleras.

Juana se zafó con un ademán enérgico.

—Entraré en el taller cuando me venga en gana.

Paola soltó una risita maledicente. Buscó entre sus ropas y extrajo una llave prendida a un cordón que mostró con orgullo. La llave giró sobre sí misma y emitió un débil destello.

—No veo cómo vas a entrar en el taller sin esto. —El tratamiento cortés había desaparecido. Ahora solo quedaba un tono gélido y en el que Juana detectó una pizca de burla.

Aquello era más que suficiente. Por primera vez desde que recordaba el taller de su padre estaba cerrado y por si fuera poco aquella odiosa mujer tenía la llave. Juana alargó la mano con intención de cogerla, pero Paola fue más rápida que ella y la apartó veloz.

—¡Dame la llave!

—Hoy el taller está cerrado. Lo último que necesito es que pongas todo perdido de pintura. No voy a consentir que arruines la velada con tus caprichos.

—¡No te pertenece nada de esta casa! —ladró Juana antes de hacer un nuevo intento de arrebatarle la llave.

Paola volvió a apartarla con un movimiento enérgico y la dejó de nuevo al alcance de la mano de Juana. Desafiándola a volver a intentarlo.

—Hoy no vas a jugar con tus pinceles. Ya tendrás tiempo mañana de ello. —Bajó la voz como si quisiese que nadie la escuchase—. Aunque si de mí dependiera no

volverías a acercarte al taller en tu vida.

Juana rugió de rabia y realizó un nuevo intento por atrapar la llave. Esta vez a punto estuvo de tener éxito. Sin embargo, no se debió a su velocidad, sino a que Paola tenía sus sentidos puestos en otra cosa. Su brazo derecho trazó un veloz arco y su mano se estampó en el rostro de la joven.

La bofetada fue tan inesperada que Juana tardó un instante en darse cuenta de lo sucedido. Se llevó la mano a la mejilla y se quedó quieta como una estatua. La italiana aprovechó para guardarse de nuevo la llave bajo el vestido y recomponerse. Alzó la barbilla hasta apuntar con ella al techo. Aquella cría del demonio no iba a aguarle la fiesta. Dio un paso hacia Juana y la miró con fiereza al tiempo que bajaba la voz. Nadie más tenía que oírla.

—Si no dejas de ser una molestia convenceré a tu padre para que te obligue a dejar de pintar. Me encargaré de que no toques un pincel en tu vida —le espetó. Juana la miró con la boca abierta en una mueca de asombro e indignación. El gesto resuelto de la italiana impidió que dijese lo que pasaba por su cabeza—. No te atrevas a cruzarte en mi camino o te arrepentirás, mocosa.

El tono de voz de Paola estaba impregnado de una dureza tal que a Juana le asaltaron unas terribles ganas de llorar y hubo de morderse los labios para contenerse. No pensaba derramar ni una sola lágrima delante de aquella mujer. ¿Cómo se atrevía a amenazarla en su propia casa?

Miró a su alrededor. Nadie parecía reparar en ellas. Juana resopló indignada. Por fuerza, alguien tenía que haber sido testigo de cómo la abofeteaba.

Vislumbró a su padre descendiendo las escaleras y corrió en su dirección. Ambas mujeres lo hicieron, como si en aquella carrera la que llegara antes a la altura de Martín ganara. A pesar de que alcanzaron los pies de la escalera casi a la par, Juana se adelantó a Paola. Se abrazó a su padre y comenzó a sollozar.

—Me ha pegado, padre. Me ha dado una bofetada —dijo al borde del llanto.

—¿Quién? ¿Quién te ha pegado?

—Paola. He intentado quitarle la llave del taller. Te la ha debido de robar mientras dormías y ha cerrado la puerta —hipó.

De golpe perdió todo el aplomo y lloró apoyada en el hombro de su padre. Dejó que la niña que aún seguía encerrada en aquel cuerpo de curvas incipientes saliera a la superficie. Tan solo necesitaba que Martín la abrazara. En lugar de ello, el pintor la apartó y la miró con severidad.

—Nadie me ha robado nada. Yo le he dado la llave del taller. —Martín tomó a su hija por los hombros y la zarandeó—. ¿Qué es eso de que te ha pegado? ¿Estás mintiendo, Juana?

Sorprendida, la chica meneó la cabeza para negar con energía.

—¿Qué? ¡No! Nunca te mentiría —se defendió.

Martín soltó un bufido de incredulidad.

—¡Eso es ridículo! ¿Por qué iba a pegarte yo? —intervino Paola. La mujer había permanecido en silencio hasta aquel momento. Su rostro mostraba una mueca de perplejidad e indignación que pasaría por auténtica a ojos de cualquiera.

Juana parpadeó atónita. Aún le ardía la mitad de la cara, era imposible que su padre no hubiese reparado en ello. No. Claro que había visto la marca que la mano de Paola había dejado en su rostro. Podía leerlo en el gesto de culpabilidad de Martín. Simplemente, elegía no querer ver. Elegía no creerla.

—Sube a tu habitación. Estarás encerrada en ella todo el día —sentenció el hombre. Su voz temblaba ligeramente.

Sumisa, Juana se dispuso a acatar las órdenes de su padre. Pero Paola no tenía intención de concederle la pírrica victoria de no participar de la fiesta.

—Asistirá al banquete y actuará como se espera de ella —ladró—. Y más vale que se comporte durante la cena. Me he esforzado mucho para que esta velada sea perfecta y no la va a estropear. —Después rebajó el tono de sus palabras —. Te lo he dicho mil veces: deberías haberle inculcado disciplina cuando estaba a tiempo de corregirse ese

carácter.

Juana se giró atónita hacia su padre y le interrogó con la mirada: ¿es que vas a permitir que sea ella quien decida?

—Ya has oído a Paola —dictaminó Martín—. Ve a tu cámara y quédate ahí hasta la hora del banquete. Tendrás tiempo para pensar en tu comportamiento.

La joven aún hizo amago de defenderse una última vez, pero ¿de qué iba a servir ya? Por si quedaba alguna duda, la mano de Paola se posó en el brazo de Martín afianzando su posición de dueña de la situación.

Boquiabierta, Juana se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y empezó a ascender los escalones con la cabeza baja. Aquello era como si le diesen un puñetazo en la boca del estómago.

Se giró justo al alcanzar el último peldaño y vio que Paola exhibía una sonrisa triunfal. Una sonrisa que dejaba claro que ella había ganado y ganaría en futuras contiendas.

Tu padre ya no es tuyo, ahora es de mi posesión, parecía decir la italiana.

Juana se encerró en su habitación y lloró contra la almohada durante horas.

A media tarde el aya Teresa llamó a la puerta y entró. Venía acompañada de una modista que traía, además de los utensilios propios de su oficio, un vestido compuesto de una saya de color tierra y ricos brocados en verde y oro. Por si fuera poco, ahora Paola elegía, además, las ropas que debía llevar en aquella bufonada de cena a la que le obligaban a ir.

Mientras la modista ajustaba las medidas y retocaba el vestido, Juana no pronunció palabra. El gesto mohíno y el ceño fruncido eran suficientemente reveladores de su estado de ánimo. A medio vestir, sentada frente al espejo de cobre que le devolvía una imagen meditabunda de sí misma, maldecía el momento en que la italiana había entrado en su vida.

Continuaba sin decir nada cuando se quedó a solas con el aya Teresa y esta la interrogó por lo sucedido.

—Algo tienes en la cabeza. Te lo noto. Por no hablar de las ojeras, que prueban que has llorado. ¿Me lo vas a contar? —le dijo al tiempo que la ayudaba a colocarse los polvos en la cara y le retocaba el peinado.

Meditó hacer partícipe de sus cuitas a la vieja aya. Lo desechó casi al instante.

—No ha pasado nada —respondió.

Por mucho que se moría de ganas de abrazarse a ella y contarle lo sucedido con Paola, entendía que no podía poner en aquel compromiso a la anciana.

Más que la bofetada en sí, lo que asustaba a la chica era la amenaza de la italiana. En su frío tono de voz yacía un odio al que no podía exponer a nadie. Aquella mujer tenía control absoluto sobre su padre. Si ante la opción de creer a su propia hija o a Paola, Martín había elegido la segunda, ¿qué no haría si la italiana lo ponía contra la anciana aya? Teresa estaría en la calle en el momento mismo que aquella arpía lo sugiriese.

Aquella guerra la tenía que librar ella sola.

—Tu padre te quiere, pero no puedes hacerle elegir entre tú y esa mujer —interrumpió sus pensamientos Teresa. Una vez más, la anciana adivinaba la naturaleza de las preocupaciones de su pupila sin que esta tuviese que contarle nada.

Juana bufó indignada.

—Ya ha decidido entre ella y yo. Y su elección está más que clara.

La rabia y desilusión que escondía su tono no le pasó por alto al aya. Inspiró aire antes de hablar en voz queda.

—Martín es un buen hombre. Es solo que esa mujer le da algo de lo que ha carecido desde que tú naciste.

—De sobra sé que lo que esa mujer le da está entre sus piernas. Ya no soy una niña, aya. Sé lo que pasa en el dormitorio de mi padre cuando Paola se queda a dormir. ¿Crees que no los escucho por las noches?

Teresa elevó su dedo índice para acallar a la muchacha.

—No hables así de tu padre. Ha dedicado toda su vida

a cuidar de ti y darte una educación. A mí tampoco me agrada esa extranjera, ni lo que hacen. —La anciana aya se persignó con energía—. A nosotras nos toca callar por la felicidad de Martín. Debes tener paciencia.

Juana respondió al consejo de Teresa con silencio. Aquello habría sido válido hacía unas horas. Después de la bofetada de Paola y de su amenaza, las cosas no podían seguir igual. Estaba segura de que los Ferrara ocultaban algo turbio y ella iba a averiguar qué era.

Teresa también guardó silencio. Ayudó a Juana a vestirse y a colocarse los polvos y ungüentos que disimularan su mala cara, y ninguna de las dos dijo una sola palabra más sobre el asunto.

Al concluir, Juana observó su aspecto en el espejo.

—Odio reconocerlo, pero el gusto de Paola con la ropa es exquisito. Estás realmente hermosa —señaló el aya Teresa con un deje de cariño en su voz.

Pese a que le dolía darle la razón en aquello, Juana había de admitir que lo que decía era cierto. Aun con todo, emitió un chasquido para mostrar su disgusto.

—Puedes apostar a que, pese a ello, se habrá preocupado de que mi aspecto no sea competencia para ella. En lo tocante a belleza, esa condenada italiana no quiere rivales.

La anciana aya no pudo sofocar una risa maledicente que su pupila secundó.

La joven se dispuso a asistir al banquete. Respiró profundamente para infundirse ánimos y enfiló hacia la puerta de su cámara tras besar al aya.

Aquello le apetecía tanto como que le diesen otra bofetada, pero había tenido tiempo de pensar y llegar a una conclusión. Tenía que ser astuta y disimular. Eso pasaba por asistir a aquella bufonada poniendo buena cara. Nunca se ganaría la confianza de aquella maldita italiana, no podría ser tan buena actriz ni en mil años. Su única opción era dejar que se confiara. Eso le permitiría observarla y descubrir qué ocultaba. Que creyera que era una niña indefensa y dócil, y cuando Paola se relajara y tuviese la

sensación de que tenía todo controlado, ella estaría ahí para desvelar el verdadero rostro de aquella bruja ante su padre. Con esa idea traspuso la puerta de su alcoba, lista para comenzar su interpretación.

La casa se quedaba pequeña para tantos invitados. Decenas de personas se apiñaban en las escaleras y en el pasillo del segundo piso. Todos hablaban y reían con ganas. Todo el mundo parecía estar pasándolo bien.

Juana se asomó al salón. No pudo evitar una mueca de sorpresa. La otrora oscura y gris estancia estaba llena de vibrantes colores. Decenas de candelabros iluminaban cada rincón. Guirnaldas de flores colgaban de las paredes y sobre las mesas, jarrones con ramos elaborados con buen gusto alegraban la vista.

Incluso, en el extremo opuesto, un grupo de músicos amenizaba la velada interpretando piezas populares.

Dado que el espacio era insuficiente para sentar a una mesa a tal cantidad de invitados, Paola resolvió que el banquete se desarrollara de pie. Una ocurrencia poco habitual en la seria Castilla.

Así pues, sobre tres enormes mesas que formaban una U se apiñaban los más diversos platos. Conejo asado con verduras, ensaladas, empanadas de carne, pescados, pan recién horneado, carnes guisadas. Todo era repuesto con premura en cuanto se acababa. Parecía que la italiana no había reparado en gastos. Era fácil hacerlo cuando se trataba de los cuartos de otro. No tenía duda de que ese banquete lo pagaba su padre por entero.

Por lo menos dos docenas de personas deambulaban entre las mesas. Todas bien provistas de un jarro de vino que en cuanto se vaciaba era rellenado por las atentas camareras. Todos iban vestidos de modo elegante y pomposo.

Mientras se internaba en el salón, varios caballeros se giraron a su paso, e incluso escuchó algún que otro halago. Juana debía de admitir que la ropa que había elegido la italiana realzaba su figura y era de una factura bellísima. De nuevo pensó en la cantidad ingente de dinero que debía

de costar aquello.

Aunque en lo que Paola parecía haber tirado la casa por la ventana era en su vestido. Juana olvidó la buena opinión que tenía de sus propias ropas al verla. Lo que llevaba ella y el resto de las mujeres presentes eran simples trapos comparados con las de la italiana.

Por lo general, el atuendo femenino trataba de ocultar las formas del cuerpo de la mujer disimulándolas bajo corsés y corpiños. Paola no era de aquella opinión.

La italiana llevaba una ajustadísima saya labrada de un rojo intenso con un escote en forma de uve que parecía no tener fin. El vuelo acampanado de la falda era tal que caminar con elegancia con el verdugado que debía llevar debajo estaba al alcance de pocas mujeres. Las mangas tenían tanto vuelo que al bajar los brazos casi barrían el suelo, y las manguillas en tonos dorados realzaban el corte del vestido. Los acuchillados y bordados eran igualmente de bellísima factura. El cuello lechuguilla subido había sido sustituido por una discreta gorguera de encaje que bordeaba sus hombros y le permitía una gran libertad de movimiento. En la cabeza, en lugar del habitual copete, lucía un complejo peinado que ensalzaba sus facciones. Al cuello llevaba un collar con una gran piedra granate engarzada cuyo brillo danzaba a la luz de los candelabros.

No resultaba indiferente a nadie, bien fuese por envidia o por lujuria.

Paola sabía del poder de atracción que tenía y caminaba del brazo de Martín lanzando sonrisas a diestro y siniestro con aire de superioridad.

Juana tomó aire, hizo de tripas corazón y se acercó a la pareja, que en aquellos instantes departía, junto a Antonio, con un encopetado matrimonio al que reía las gracias.

VII

—Padre —dijo agachando la cabeza, rezando para parecer lo suficientemente sumisa. Después miró a la italiana y exageró aún más el gesto—. Paola, estáis bellísima.

Una sombra de recelo cruzó el rostro de la italiana. Estudió a la joven unos segundos, tras los cuales relajó ligeramente su postura y forzó una falsa sonrisa de bienvenida.

—Vos también, querida. Vos también —dijo, y se permitió colocar a su gusto la gorguera de Juana.

—Ciertamente ambas estáis igual de bellas esta noche —terció Antonio besando la mano de Juana.

Ante las palabras del italiano, su hermana no disimuló una mueca de desagrado. Juana se adelantó a su posible reacción. Ya había aprendido que en cuestión de belleza Paola no aceptaba rivales.

—Es todo mérito de Paola. Ella ha elegido estas ropas que llevo —dijo con sentida humildad.

Aquello pareció complacer a la italiana. A Juana estuvo a punto de escapársele una sonrisa de triunfo. Se contuvo y escrutó a su padre. Al percatarse de que su hija lo miraba, esbozó una débil sonrisa.

—Estás muy hermosa, Juana. Tan hermosa como...

Martín no concluyó la frase. Aunque tanto él como Juana sabían que iba a referirse a su madre. La atención del hombre basculó hacia las baldosas del suelo.

Juana creyó ver en aquello una señal de arrepentimiento. Martín había tenido tiempo de pensar y darse cuenta de lo injusto de su comportamiento. Por eso era incapaz de mirarla a los ojos. Aguardó otra señal que no llegó.

Olvidó lo que creía haber visto en su padre y resolvió alejarse. Por mucho que quisiese mantenerse firme, la actitud de Martín aún dolía.

—Será mejor que coma algo —dijo para excusarse.

Un veloz Antonio la tomó del brazo antes de que girase sobre sus talones.

—Permitid que os acompañe. Yo también estoy hambriento como un lobo —dijo mostrando los dientes en una sonrisa que a Juana le repugnó. Tiró de ella en dirección a las mesas.

La chica no se resistió.

A medida que se alejaban notó la mirada de Paola clavada en ella. No podía hacer otra cosa que fingir que aquello entraba dentro de la normalidad.

—No creáis que me habéis engañado ni por un momento con vuestro disfraz de corderito —le soltó el hombre al oído.

Juana tragó saliva de un modo más ruidoso de lo que hubiese querido. Trató de responder de modo sosegado y apoyó sus palabras con una sonrisa.

—¿A qué os referís?

—A este disfraz que lleváis puesto. El de mansa y sumisa. No os he creído ni por un instante. Las mujeres como vos no son tan fáciles de domesticar. Sois brava y pasional, como el torrente que nace en una montaña. Hace falta algo más que una bofetada para amansaros.

Juana trató de disimular la rabia que le ardía en el pecho. Aquella bruja le había contado a su hermano lo sucedido. Inspiró aire para serenarse antes de responder:

—¿Y qué es necesario para amansar a una mujer como yo? —dijo con altanería. Sin embargo, no pudo evitar titubear ligeramente.

Sus torpes palabras fueron respondidas por una sonrisa burlona de Antonio.

—Aceptad un consejo, querida Juana. Lo peor que podéis hacer es enfrentaros a mi hermana.

—No sé a qué os referís.

Antonio volvió a sonreír artero a la par que se

palmeaba la barbilla con aire de suficiencia.

—Dejadme adivinar. —El hombre se colocó el índice bajo el mentón e inclinó la cabeza ligeramente a la derecha —. Imagino que habéis creído que congraciándoos con mi hermana evitaríais que cumpliera su amenaza de privaros de la pintura. ¿He acertado?

Juana asintió complacida. Parecía que Antonio no intuía su verdadero juego. Rezó para que su hermana fuese de la misma opinión. Si Paola creía que la motivaba el miedo y no el deseo de desenmascararla, sería aún más fácil buscar sus secretos.

—Me habéis pillado —concedió—. No quiero que vuestra hermana convenza a mi padre de que me prohíba pintar. Tiene un gran poder sobre él y nada me aterra tanto. Por ello deseo congraciarme con ella. Entiendo que debo aceptar que las cosas son así.

—Pues no creáis ni por asomo que la habéis engañado —exclamó Antonio meneando la cabeza para negar—. Pero yo puedo ayudaros. Paola confía en mí. Puedo hablar bien de vos. —Bajó la voz hasta ser casi un susurro y se permitió la licencia de posar su mano en la espalda de ella—: Sed mi amiga, y yo lo seré vuestro. ¿No os parece un trato justo?

A pesar de su inexperiencia, Juana entendió el mensaje. En otras circunstancias le habría hecho sonrojarse hasta el desmayo, sin embargo, aquel día había crecido de golpe varios años. Sabía que todo lo que Antonio anhelaba de ella estaba bajo sus ropas. Ni en su cabeza ni en su corazón.

Antes de que pudiera responder, los labios de Antonio se curvaron en una sonrisa burlona:

—Tranquilizaos, solo estaba bromeando —admitió. Juana no supo qué decir. Se quedó con la boca formando una o de sorpresa y sin que palabra alguna acudiese a ella. También el semblante de Antonio reflejaba perplejidad—. Pero veo por vuestro rostro que me habéis tomado en serio…

Juana acertó a reaccionar con rapidez.

—No he dudado ni por un segundo de que os burlabais

de mí —dijo.

Pero estaba claro que Antonio no la creía. Posó su mano derecha en la barbilla de Juana y la obligó a alzar el rostro.

—Sois aún una niña —dijo—. Aunque vuestro cuerpo empiece a decir lo contrario. Tal vez en unos años.

Juana sintió una repulsión tal que creyó no ser capaz de refrenar su asco. Sin embargo, no hubo de disimular más.

De sopetón Antonio apartó la mano de su espalda, con precipitación, y se separó de ella un par de pasos.

—Lamento si os hecho creer lo que no era —dijo en tono de urgencia.

Después hizo una sentida reverencia y se alejó de la joven.

Juana entendió a qué se debía tal precipitación. Se giró y comprobó que Paola contemplaba la escena desde la distancia con expresión ceñuda.

Juana volvió la cabeza con recato y echó a andar hacia las mesas.

Vislumbró a Pedro Tirón al fondo del salón. También él parecía no haberle quitado ojo de encima. Aunque el incidente del patio estaba muy cercano, se alegraba de ver una cara familiar entre tanto desconocido. Cruzó el salón y se acercó al muchacho.

—Hola —lo saludó con timidez.

Nunca había visto a Pedro vestido de aquel modo tan elegante y tenía que reconocer que el chico resultaba atractivo. Llevaba un sencillo jubón de color verde y un sombrero igual de discreto.

A modo de respuesta el muchacho meneó la cabeza sin mucho interés. Tenía una copa de vino rebajado con agua entre sus manos y masticaba con aire distraído una pata de pollo.

—Me alegra ver que te han invitado a la cena.

—Mi padre me ha obligado a venir.

El gesto mohíno de Pedro no detuvo a Juana. Confiaba que hubiese tenido tiempo de sobra para reflexionar y darse

cuenta de que nunca podría sentir lo mismo que él.

—En cualquier caso, me alegro de que estés aquí.

—Pues yo no me alegro. Ni de estar aquí ni mucho menos de verte —le espetó Pedro.

A los ojos del chico volvió a asomarse aquella rabia que tanto la asustaba. Juana no reculó.

—Esperaba que hubieses tenido tiempo de pensar.

Pedro dio un largo trago a su bebida y la miró con desdén por encima del borde de la copa. Resopló furioso cuando acabó.

—¿Cómo tienes la poca vergüenza de decirme eso después de que me prohibieras verte? —dijo llevándose de nuevo la copa a los labios.

—Yo no te prohibí nada. Solo te dije que te tomases un tiempo para pensar en nuestra situación.

Pedro dejó escapar una risita sin nada de humor y dio un nuevo tiento a su vino.

—¿Y cuál es nuestra situación, Juana?

La chica tomó aire y lo soltó con templanza. Quería apaciguar aquella conversación, así que habló con toda la calma de la que fue capaz.

—Te dije muy claramente que nunca sentiría lo mismo que tú, pero confío en que podamos ser amigos algún día.

—¿Amigos? —Pedro fue consciente de que una oleada de rabia ascendía desde su estómago y acabó el vino de su copa de un trago para mantenerla a raya—. Los amigos no se mienten, querida Juana. ¡Los amigos no se traicionan!

Al concluir se secó los labios con el dorso de la mano y buscó con la mirada a una camarera que le trajese más. Cuando tuvo en sus manos una nueva copa a rebosar de líquido rojizo dio un largo y sonoro trago. Tras ello eructó con aparente agrado.

—Creo que ya has bebido demasiado. La gente nos está mirando —le soltó Juana en voz baja.

Era cierto. Las voces del muchacho y su comportamiento inadecuado habían conseguido que un grupito de gente se girase en su dirección.

—¡Me importa una bosta de caballo que nos miren!

—Tu padre está entre los invitados. ¿Es que quieres que te vea comportarte de este modo? —le urgió la joven. Había vislumbrado a maese Tirón departiendo con su propio padre hacía tan solo unos minutos. Si veía a Pedro en aquel estado, quién sabía qué podía pasar.

No obstante, al chico aquello no pareció causarle ningún efecto. Alzó su copa a la par que su voz.

—Que me vea mi padre me importa menos aún —dijo.

A pesar de la bravuconada agachó la cabeza y su vista se perdió en el embaldosado. Acabó el vino de un trago y demandó más con un ademán de cabeza.

Juana decidió que aquella conversación debía concluir. Le dolía verlo resentido con ella, pero no había hecho nada para merecer aquel desdén. Tan solo trataba de hacer ver a Pedro que nunca lo querría como él aseguraba quererla. Intentaba hacer lo correcto. Si él no estaba dispuesto a entenderlo, no podía hacer nada.

—Será mejor que me vaya, y tú deberías hacer lo mismo y volver a casa antes de que te pongas más en evidencia —dijo dando media vuelta.

—Eso. Vete con tu amante —escuchó bufar al muchacho cuando se alejaba.

La joven no se tomó la molestia de preguntarle a quién se refería. Se alejó de él a grandes zancadas, consciente de que si una vez hubo una posibilidad de ser amigos se había esfumado. Tan solo esperaba no tener que volver a tratar con él.

Resolvió que tenía suficiente de aquel condenado banquete. Solo deseaba tenderse en su cama y dejar de pensar. Justo antes de salir de la estancia la mano de Antonio la retuvo.

—No, no. No puedes irte aún. Tu padre está a punto de anunciar algo —le dijo tirando de ella de nuevo hacia el interior del salón.

El dedo del italiano señalaba el centro de la estancia donde los invitados habían formado un improvisado corro. En medio de este estaban su padre y Paola cogidos de la mano. La mujer se deshacía en sonrisas. Mientras, Martín se

aclaraba la voz como si estuviese a punto de decir algo de suma importancia.

Juana sentía una extraña sensación que le atenazaba las tripas y ascendía por su pecho. Estaba a punto de suceder algo horrible, lo notaba en cada fibra de su ser. Y, sin embargo, cuando su padre arrancó a hablar aún no vislumbraba su verdadera dimensión.

—Queridos amigos —empezó—, dejad en primer lugar que agradezca vuestra presencia esta noche.

—¡Gracias a vos por esta maravillosa velada! —interrumpió Antonio a viva voz.

—Me temo que eso no sea mérito mío, sino de la señorita Ferrara —dijo señalando a la italiana al tiempo que se quitaba importancia dando un paso atrás—. Creo que le debemos un aplauso por su esfuerzo y buen gusto.

Él mismo comenzó a dar palmas y, al poco, el gentío estalló en una ovación. Paola dibujó una expresión de falsa modestia llevándose la mano al pecho y se inclinó después para recibir los aplausos con vívida satisfacción.

Juana soltó una risita sarcástica. Estaba segura de que aquella pantomima entre Martín y ambos hermanos estaba preparada de antemano.

Martín mostró las palmas de sus manos para demandar silencio. Cuando lo logró se tiró de la cinturilla de las calzas y templó la voz antes de hablar.

—Hay algo importante que queremos decir, y no se nos ocurre otro mejor lugar para hacerlo que en vuestra compañía. Brindo por ello. —El pintor alzó su jarro. La multitud le correspondió con regocijo. Después se limpió la barbilla con la mano izquierda, azorado. Se notaba que no estaba acostumbrado a hablar en público. Su voz poseía un ligero temblor. Además, sus palabras parecían formar parte de un discurso previamente escrito y que trataba de recordar. A Juana no le costó imaginar la mano de quien estaba tras ello. Una certeza que se confirmó cuando Martín arrancó de nuevo a hablar y vio cómo la italiana subrayaba cada palabra moviendo los labios al unísono. A pesar de ello, pensó Juana apesadumbrada, su padre parecía

contento. Más contento de lo que recordaba haberlo visto nunca—. Es un placer anunciaros que he decidido vender esta casa y adquirir un palacete junto a la catedral, al que me mudaré en unas semanas.

—Una zona y una casa mucho más acorde para un artista como Martín. Y, además, cuenta con jardines, por lo que la próxima fiesta será al aire libre —se apresuró a añadir Paola entre risas.

Juana no daba crédito a aquella noticia. Llevaba toda la vida viviendo en esa casa. Allí estaba su hogar, el único que conocía. Tenía un recuerdo en cada esquina de ella, en cada rincón, en cada habitación. Había aprendido a andar allí, a hablar, a pintar. Amaba aquellas cuatro paredes.

También su padre amaba aquella casa, al menos hasta entonces. Y ahora, ¿simplemente era poco para él?

Se sorprendió al notar lágrimas en los ojos y hubo de morderse la cara interior de los mofletes para impedir que rodaran por sus mejillas. Esa casa era todo cuanto la unía a su madre. Lidia Núñez había muerto en ella. ¿Cómo podía su padre olvidar aquello?

Esa noticia estaba lejos de ser la última de la noche que le provocara un disgusto.

Cuando las felicitaciones por la nueva casa cesaron, Martín carraspeó para demandar silencio. Asió la mano de Paola y juntos dieron un paso hacia delante.

—Si me permitís, aún he de anunciar algo más. Algo que llena mi alma de un goce inmenso —continuó el maestro. La atención de todos estaba puesta en él. Se escucharon alguna toses y murmullos, y Martín aguardó unos segundos ante de proseguir. Cuando se hizo el silencio, Paola le apretó la mano y la voz de Martín volvió a escucharse alta y clara en todo el salón—: Tengo el gran placer de anunciaros que la señorita Ferrara ha tenido a bien responder favorablemente a mi petición de matrimonio. Tendré el honor de hacerla mi esposa en breve.

Tras unos segundos en los que hubo más de un murmullo de sorpresa, finalmente los invitados estallaron

en jubilo. Se multiplicaron los parabienes y las felicitaciones, y algunos convidados se arrancaron con un aplauso que fue secundado por el resto. La multitud rodeó a la nueva pareja y se apresuró a congratularse.

—¿Cuándo será la gran fecha? —gritó alguien.

—El 12 de enero —se adelantó Paola con evidente satisfacción. Tenía una gran sonrisa triunfal que recorría todo su rostro.

Juana permanecía impertérrita entre el jaleo que se había creado. ¿Lo que acababa de pasar era real o estaba teniendo una horrible pesadilla?

Si la presencia de Paola en la casa a todas horas se le antojaba un castigo, ahora acababa de enterarse de que iba a tener que sufrirla permanentemente. Peor aún, iba a convertirse en su madrastra.

«Esto es lo que buscaba desde el principio», pensó Juana. Había sido idiota al pensar que aquella mujer se contentaría con pasar algunas noches con su padre. Quería ser la señora de la casa. La señora de Martín de Castro y de su fortuna. Y lo había conseguido.

—Parece que vamos a ser familia —le dijo Antonio en tono sardónico.

Juana ni siquiera tenía fuerzas para responder. Se soltó del brazo de Antonio, quien, de todos modos, ya no le prestaba atención. Un zumbido se había alojado en su cabeza y sentía que, si se paraba, aunque fuese un segundo, perdería el sentido. Así que braceó en contra de la multitud que se acercaba a felicitar a la futura pareja.

Pese a sus intentos, le daba la impresión de que no avanzaba y volvía una y otra vez a la misma posición inicial. Se le nubló la vista y sintió que el corazón iba a estallarle en el pecho. Tenía la espalda empapada en sudor y el vestido se le pegaba a la piel.

Alguien la asió por el codo y la detuvo. Era Francisco. El aprendiz la sostuvo por los hombros al ver la mala cara que tenía.

—¿Os encontráis bien? —dijo con preocupación—. Estáis blanca como la cal.

El chico no aguardó respuesta. Le pasó el brazo por los hombros y pugnó por salir con ella de entre la multitud. Durante los segundos que les costó cruzar el salón, a Juana le pareció que estaban remontando un río de agua sucia y embravecida que no tenía fin.

Al acceder al pasillo se apoyó en la pared y boqueó tratando con todas sus fuerzas de que el aire entrase de nuevo a sus pulmones.

—Es la segunda vez que me salváis —dijo cuando se recuperó.

—Si queréis que os diga la verdad, creo que vos no necesitáis que os salven. Yo solo os he tendido la mano.

Juana esbozó una discreta sonrisa.

—Creo que ese comentario es lo mejor del día —confesó.

—Está siendo difícil para vos. Demasiado cambios...

Juana cortó las palabras de Francisco con un gesto de muñeca. Aunque entendía que él actuaba con buenas intenciones, lo último que deseaba era ahondar aún más en sus problemas.

—Será mejor que me retire —dijo—. Me encuentro un poco mareada.

Le dio las gracias a Francisco y tras asegurarle que estaba bien y tan solo necesitaba descansar, se alejó en dirección a su habitación. Justo antes de entrar se giró y vio que también él la estaba observando. Le hizo un leve gesto de despedida y se encerró en su cuarto.

Había sido un día horroroso y tan solo tenía ganas de que concluyera, esconderse bajo las sábanas y dejar que todo se diluyera.

Se desvistió y se acostó dejando escapar un suspiro de alivio. Mientras contemplaba el techo, dejó que el recuerdo de la charla con Francisco la arrullara.

Pedro volvió a beber de su copa y miró por encima del borde de esta. En el otro extremo del salón maese Tirón lo estudiaba con evidente irritación. El boticario cruzó la

estancia esquivando invitados, le quitó la copa de las manos y le agarró del brazo.

—Ya me has puesto suficiente en ridículo —le espetó tirando de él hacia la calle. Aunque el boticario trataba de que aquella acción fuese lo más discreta posible, tenía sus dedos clavados en el brazo del chico con fuerza. Hubo alguna risa ahogada entre los invitados al banquete. Parecía que aquel mozalbete aún no conocía los peligros del vino. Pedro hundió la cabeza en el pecho y obedeció cuando su padre señaló las escaleras y le ordenó irse a casa—. Ya arreglaremos cuentas luego.

Pedro descendió los escalones con cuidado, asiéndose a la barandilla como un náufrago se aferra a un madero. El mundo giraba en torno suyo peligrosamente y tuvo que detenerse un par de veces antes de bajar el último peldaño. Estaba a punto de traspasar la puerta de la calle cuando decidió que tenía demasiadas ganas de orinar. Giró sobre sus talones, cruzó el zaguán y giró a su izquierda, en dirección al patio de la casa. Se sentía borracho y mareado, y al mismo tiempo lleno de una extraña energía que parecía hacer que su andar fuese más liviano.

Traspasó la portezuela que comunicaba el patio con el zaguán y a punto estaba de bajarse las calzas cuando se lo pensó mejor. Numerosos invitados charlaban y reían en las escaleras y parte del portal. Decidió aliviarse en otro rincón más oculto, lejos de miradas indiscretas.

Había luna nueva y el huerto estaba sumido en una oscuridad total. No le importaba. Conocía muy bien el lugar. Había jugado con Juana allí tantas veces que podría cruzarlo con los ojos cerrados. Echó a andar.

Pero el vino era una mala brújula en aquel océano de negrura. Se desorientó y tropezó con una piedra. Trastabilló hasta que finalmente las rodillas se le doblaron y aterrizó en el suelo. Se quedó a cuatro patas y ahogó una maldición. En la caída había perdido el gorro.

—¡Mierda! —dijo palpando el suelo en su busca. Dio con él y se lo colocó como pudo.

De improviso, se sintió mal. Se echó hacia atrás y alzó

la cabeza. En el cielo se adivinaban nubes que se movían velozmente. Había una miríada de estrellas engarzadas en su manto.

Le asaltó una arcada, se inclinó apoyándose en los brazos y vomitó. Echó fuera lo poco sólido que había ingerido y todo el vino trasegado.

Tras unos segundos que le parecieron eternos, al fin no tenía nada dentro que expulsar y se relajó. Tenía el pelo pegado a la frente y un regusto amargo en la boca. Escupió y se limpió los labios con el dorso de la mano. Soltó un eructo cuyo olor le provocó nuevas arcadas.

Aguardó un rato hasta que el malestar desapareció. Cuando se encontró algo mejor se incorporó con esfuerzo y resopló. Tenía las manos apoyadas en los muslos y tiritaba. El relente de la noche le pegaba el jubón a la espalda empapada en sudor. Se sentía sin fuerzas, como si le hubiesen dado una paliza y dejado extenuado. Además, se había orinado encima mientras vomitaba.

Soltó entre dientes un juramento. Necesitaba un rato para descansar y reponerse. Ahora mismo no se sentía ni con fuerzas para dar dos pasos.

Escuchó un maullido a su derecha. La curiosa Fidias se acercó al chico y se frotó contra sus piernas. Pedro le dio una patada y el gatito soltó un quejido fruto de la sorpresa.

—Me cago en tu vida, gata del demonio —bramó el chico.

El felino se alejó a la carrera en busca del refugio de las sombras. Pedro se sentía extrañamente mejor después de eso. Como si hubiese recuperado el ánimo tras patear al animal. Una idea le pasó por la cabeza.

Se internó aún más en el huerto.

—Ven aquí, minino. Ven —dijo en el tono de voz más amable que fue capaz de impostar.

Silencio.

Se plantó frente a la caseta que Mauro usaba para guardar los aperos y empujó su puerta. Tenía una gatera en su parte baja. Sabía que aquella condenada gata dormía dentro. Había visto allí en infinidad de ocasiones a Juana

desde la ventana de su cámara. Entró.

—¿Dónde estás, gata? Sal. No voy a hacerte daño.

Caminaba con los brazos estirados y dando pasos cortos. La oscuridad apenas permitía adivinar el contorno de los objetos. Sonó un maullido que parecía estar sellado con un signo de interrogación.

Pedro sonrió artero.

—Soy amigo de Juana —dijo en tono falsamente inofensivo. Pese a ello, no logró acallar el odio que ardía en su estómago—. De esa puta y mentirosa...

A pesar de usar un tono impostado, el desdén y el odio se adivinaban en su discurso, como el barro del lecho de un río visto desde la superficie.

Tras unos segundos de vacilación, Fidias acabó por aparecer. La curiosidad y la inocencia pudieron más que el miedo.

Pedro vislumbró su cabeza asomando imprudente tras unas maderas. La mancha triangular parda en mitad de su rostro y el pelaje blanco captaban la poca luz que entraba en la caseta.

Con pasos cautos se acercó al animal, que dudaba entre salir o recular y regresar a la seguridad de su hogar

—Aquí estás —susurró—. Ven aquí. Ven conmigo.

Pedro actuaba con suma cautela y cuidado. Realizando movimientos lentos. No era momento para asustar al animal. A la distancia adecuada se abalanzó sobre la desprevenida Fidias. Esta intentó escapar. El chico fue más rápido que ella y la agarró por el cuello.

El felino soltó un bufido fruto del instinto y le arañó la mano. Pedro bramó una maldición y aferró con más fuerza el cuello de la gata. Fidias respondió mordiéndole el pulgar con una boca que era un nido de pequeñas agujas afiladas. No sirvió de nada.

—¡Ya te tengo, bicho de mierda! —soltó con toda la rabia que tenía acumulada dentro—. ¡Ya te tengo!

Salió de la caseta sin dejar de mostrar una sonrisa cruel y horrible, y se acercó a la higuera.

—Para que aprendas a tratarme con respeto, Juana,

para que aprendas a no traicionarme.

Cuando hubo concluido regresó a la casa. Caminaba altivo y con enérgicos pasos. El mareo y el malestar se habían esfumado. Se sentía lleno de energía y confianza. Una agradable sensación de calidez y emoción lo dominaba. Tenía unas ganas incontenibles de gritar de puro regocijo.

Y quizá, por primera vez en su vida, no tenía miedo del viejo. Que intentase ponerle un dedo encima esa noche si se atrevía. Que lo intentara.

A la mañana siguiente Mauro fue el primero de la casa que salió al patio. Hacía frío y caminaba encorvado en dirección al huerto.

La fiesta del amo había durado hasta casi el amanecer, por lo que no pudo descansar bien. Se sentía adormilado y tenía un ligero dolor de cabeza. Con paso somnoliento se encaminó a la caseta donde guardaba los útiles de labranza.

Todo el cansancio y el malestar se le pasaron de golpe al ver a la pobre Fidias colgada de la rama más baja de la higuera.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó dando un respingo.

VIII

Mientras trataba de colocar el lienzo sobre su bastidor y templarlo, a Juana le asaltaron los sucesos de los últimos meses. La mañana estaba fresca y a través de las ventanas que dejaban abiertas para que se saliesen los vapores de la pintura entraba el viento gélido de primeros de marzo.

Tal y como se había dispuesto, el 12 de enero Paola y Martín se habían dado el sí quiero. En un día ventoso y con amenaza de nieve, Paola Ferrara pasó a ser oficialmente la esposa de Martín de Castro y madrastra de Juana. La joven asistió a la ceremonia como asistía a todo desde la fatídica noche del banquete, como un convidado de piedra. No dijo nada, ni hizo amago de que nada le interesase o le molestase, aunque tampoco es que nadie le prestara atención. Se limitó a agachar la cabeza y guardar las formas, tal y como se esperaba de ella.

Lo mismo sucedía en la nueva casa, donde se convirtió en una especie de fantasma que deambulaba de estancia en estancia sin que nadie reparara en ella.

El nuevo palacete estaba situado a escasa distancia de la plaza Mayor, y había sido casa importante cuando el duque de Lerma decidió trasladar la corte a Valladolid. Tal y como era el deseo de Paola, el edificio contaba en la parte trasera con un gran jardín tapiado donde poder dar fiestas; tan descuidado que acondicionarlo costaría una pequeña fortuna. Hacía esquina en su lado sur con una calle estrecha y en cuya fachada lucía un escudo bellamente tallado en escuadra. En el extremo opuesto lindaba con una antigua casa solariega de la que le separaba un pasadizo cubierto.

Tenía tres pisos, además de un sótano que ocupaba la totalidad de la planta. El piso inferior estaba partido en dos,

con una mitad destinada a ocupar el nuevo taller de maese De Castro y la otra dividida entre un almacén para guardar mercancías, las cocinas y las cámaras del servicio. El segundo piso contaba con numerosas estancias y habitaciones, a cada cual más grande. Bajo la cubierta se ubicaba un ático con una portezuela tapiada al exterior. Cada lado del edificio tenía quince codos más de anchura que la casa antigua. Todo el exterior estaba labrado en piedra almohadillada, con amplios ventanales de arco ojival a la calle.

Además del jardín que se abría en la parte trasera, poseía un patio central rodeado por una galería porticada en los pisos inferiores con columnas de arenisca bellamente labradas.

¿Cuánto había costado aquel palacete? ¿Y cuánto costaría arreglarlo? Porque, aunque a simple vista parecía estar en buenas condiciones, Juana no tardó en apreciar pequeños detalles, aquí y allá, que dejaban claro que acondicionarlo llevaría tiempo, y no sería barato. Tenía corrientes y a las paredes les hacía falta un buen enlucido. Además, al tejado le faltaba un buen número de tejas que debían ser repuestas antes de la llegada del próximo invierno.

«Quizá tienen un martillo con el que acuñar monedas», pensaba Juana con amargura al referirse al nuevo matrimonio.

Bien habría merecido la pena aguardar unos meses y habilitarlo sin prisas. Pero Juana no dudaba de que detrás de la precipitación en la mudanza estaba la urgencia de Paola por instalarse en un nuevo escenario donde sería la protagonista absoluta. Un reino que dominar donde no hubiese recuerdos incómodos, como una esposa muerta.

A la boda, el palacete y el establecimiento en el trono de Paola se sumaba el recuerdo del asesinato de Fidias, que la perseguía constantemente. Aunque no tenía pruebas, estaba segura de que había sido cosa de Pedro. ¿Cómo había estado tan ciega con él? Era un matón del tres al cuarto. Un desalmado que descargaba su frustración con un

ser inocente, como era la pobre gatita. No había vuelto a verlo desde la fiesta, y era mejor así. En caso contrario no sabía cómo habría reaccionado.

La relación con su padre tampoco ayudaba. Desde la boda apenas si habían cruzado un par de frases seguidas. Daba la impresión de que el vínculo que siempre habían compartido pendía ahora de un hilo y una simple racha de viento podía quebrarlo.

Lo peor era darse cuenta de que no había un solo resquicio para arreglar las cosas con su padre. Paola lo monopolizaba de continuo y se dejaba ver cada vez menos por el taller, pasando el tiempo en fiestas, bailes, recepciones y demás actos. Era como una marioneta que se movía según los deseos de la italiana.

En palabras de Paola: dejarse ver y alternar con las personas adecuadas era más importante para el prestigio de Martín que el hecho mismo de pintar.

De no ser por Francisco, el taller hacía tiempo que se hubiese venido abajo. El chico había tomado las riendas de este y se encargaba de hacer que siguiese en funcionamiento. Incluso Rufo había acabado por rendirse a la evidencia y aceptaba sus órdenes como si las dictase el propio maestro.

Así pues, su estado de ánimo desde hacía un par de meses rayaba la melancolía perpetua.

Solo dos cosas impedían que cayese en la desesperación. Una seguía siendo pintar.

Continuaba teniendo libertad para entrar al taller cuando lo desease. Desde que se comportaba como una observadora muda en la nueva casa, Paola la dejaba en paz. La trataba como si tratase con una molestia en la que no reparaba si no llegaba a cierto nivel de desagrado. Mientras Juana no se entrometiese en sus asuntos o cuestionase su poder, todo iba bien.

Así que Juana pasaba más tiempo encerrada en el taller que nunca. Allí al menos no se topaba con la italiana ni tenía que fingir una sonrisa. Eran sus dominios.

Algunos días apenas salía excepto para comer cuando

el aya le recordaba las horas que llevaba sin echar nada sólido al estómago. Podía pasarse horas enteras enfrascada en su trabajo y sin prestar atención a nada que no fuesen pinceles o colores. Como resultado, su nivel había mejorado tanto que costaba distinguir su trabajo del propio Francisco. Precisamente, el chico era la segunda cosa que hacía que levantarse por las mañanas tuviese un sentido.

Las clases se convirtieron en un intercambio. En parte porque, siendo *de facto* el maestro del taller, el joven apenas tenía tiempo para dedicar a Juana. Pero, sobre todo, porque el nivel de la chica era tal que no tenía sentido seguir fingiendo que él era mejor que ella. Francisco la tomaba como a una igual en términos artísticos. Sus halagos eran frecuentes y Juana sabía que no eran fruto de la palabrería. Francisco admiraba su trabajo hasta el punto de pedir su opinión en labores del taller, donde también Juana tuvo que ponerse manos a la obra. Se creó una especie de jerarquía cuyo primer escalón lo ocupaba Francisco, seguido por Juana, y por último Rufo.

El trabajo de ambos se convirtió en un acicate para hacer brotar en el otro el deseo de buscar la perfección. Una especie de competición por ver quién era superior, y que espoleaba a los dos sacando lo mejor de ellos. Aun así, la arrogancia de uno y la soberbia de la otra seguían latentes, y no eran pocas las ocasiones en que se enzarzaban en una disputa por tal o cual cosa. Pero la verdad era que se estaba forjando una relación de ternura y afecto entre ambos.

Sumida en los acontecimientos cercanos, Juana no era consciente de que Francisco la miraba de reojo. El chico lijaba la mano derecha de un San Miguel con aire despistado.

—¿Necesitáis ayuda? —dijo limpiándose las manos con un trapo lleno de lamparones de diversos colores.

Juana aún seguía sumergida en sus pensamientos y le costó unos segundos saber a qué se refería. Finalmente se percató de que tenía el bastidor entre las manos y negó con la cabeza de modo enérgico.

—Os lo agradezco, pero creo que podré tensar el lienzo yo sola.

A pesar de la cercanía alcanzada, seguían usando un tratamiento cortés entre ellos.

Juana bordeó la mesa donde apoyaba lienzo y bastidor. Ya tenía la mitad del lienzo sujeto por un extremo y se disponía a fijar el otro. Aferró el pequeño martillo en la mano y se llevó un par de clavos a la boca. Colocó un tercero aprisionando la tela y golpeó con firmeza y al mismo tiempo de modo sutil.

Había sido idea del chico que empezase a usar telas en lugar de tablas para sus obras.

—¿Qué más da si son caras? Ya no eres una aprendiz que puede arruinar un lienzo —le había dicho para animarla a hacerlo.

Y lo cierto había sido que la chica se adaptó con rapidez al nuevo soporte. Tras la primera obra, cambió también la pintura al temple, una combinación de pigmentos y huevo, por el óleo. Aquella era una técnica que, si bien ya se llevaba usando en Flandes e Italia varias décadas de modo habitual, no era muy frecuente en maestros españoles.

El óleo permitía empastar más la pintura y que la pincelada fuese más suelta y ligera. Por eso era la preferida entre los maestros del norte de Italia, como los venecianos. Su único defecto era que se secaba muy despacio, por lo que había de esperarse a dar la segunda capa, aunque permitía añadir nuevas capas de pintura encima para arreglar los errores. Cuando se dominaba, el abanico de posibilidades era enorme.

Tan absorta estaba por hacerlo correctamente que no se percató de que Francisco curioseaba la mesa de trabajo de la chica. Sobre ella yacían desparramados numerosos bocetos.

—¿Quién es? Se os parece mucho —dijo mostrando uno de ellos.

La primera reacción de la chica fue quitarle el pergamino de las manos a aquel entrometido. Logró

contenerse y centró sus esfuerzos en el bastidor.

—Es mi madre —dijo en voz queda.

De la primera esposa de maese Martín, Francisco tan solo sabía que había muerto durante el parto de Juana. Aunque no era muy dado a sensiblerías, supo que aquel podía ser un tema espinoso y decidió referirse solo al aspecto artístico del asunto.

—Para ser un simple bosquejo está bien dibujado. Tiene un trazo ligeramente tembloroso, pero se ve en él una mano experta. Diría que no lo habéis realizado vos. No veo vuestro estilo aquí. ¿Quién lo dibujó? ¿Maese Martín? —aventuró.

Juana asintió de modo lacónico. Aquel pedazo de vitela era una de las pocas cosas que le recordaban al Martín de antes de conocer a la bruja italiana.

—Por lo que me contó mi padre, lo dibujó el mismo día que supo que estaba encinta de mí —explicó.

El chico asintió y acto seguido volvió a estudiar el boceto con atención.

—No sabía que maese De Castro tuviese interés en algo más que en la policromía de figuras de culto —sentenció. Dejó el pergamino sobre la mesa y se apoyó en esta—. Es un reto importante el de pasarlo a un lienzo. ¿Os sentís preparada?

Juana dejó el martillo apoyado en la mesa de trabajo a la par que enarcaba las cejas con aire desafiante. Si había algo que odiaba era que le dijesen que no estaba preparada para una tarea que se disponía a acometer.

—¿Acaso creéis que me viene grande?

Francisco se incorporó como sacudido por un rayo y mostró las palmas de sus manos con ánimo apaciguador.

—¡Al contrario! No me malinterpretéis. No dudo de vuestras capacidades. Es solo que nunca habéis plasmado la figura humana sobre un lienzo. Hasta ahora solo os he visto pintar naturalezas muertas y paisajes. Y aunque se os den extraordinariamente bien, pintar un ser humano es una cosa muy distinta —sentenció. Después, el tono ensoñador que se apoderaba de él cuando hablaba de pintar tiñó su

voz—: Plasmar fielmente un rostro requiere de mucha experiencia. No hablemos ya de un cuerpo. Hay que saber insuflar vida en las pupilas, color en las mejillas, movimiento en una mano aparentemente estática aquí o en un gesto a medio realizar allá. Sobre todo, si pretendéis pintar a vuestra propia madre. Retratar a un ser amado no es como pintar a un santo al que no se conoce o a un dios griego del que hay que imaginar todo. —Francisco se detuvo e inclinó la cabeza en un ademán extrañamente humilde para ser suyo—. Si mi experiencia puede ser de ayuda, no dudéis en pedírmela.

La chica juzgó la sinceridad de aquel ofrecimiento. Se trataba de una propuesta honesta y fruto del deseo de que Juana mejorase, y la joven tenía que reconocer que necesitaba algunas lecciones sobre cómo representar la figura humana. Había copiado en infinidad de ocasiones los modelos de los grabados de su padre, siempre al carboncillo, sanguina o estilete, y exclusivamente sobre papel o pergamino. Hacerlo sobre una tela y con óleo, una técnica que aún no dominaba del todo, podía ser una labor frustrante. La postura de la chica se relajó un poco. Tomó el martillo en la diestra y regresó al bastidor dispuesta a darle los últimos retoques.

—Quizá me vendría bien alguna lección vuestra —señaló—. Si a vos os place, claro está. Ya no sois mi maestro.

Francisco se incorporó y caminó hacia ella. Había una media sonrisa dibujada en su cara que a Juana le irritaba tanto como le hacía sentir un cosquilleo en el estómago.

El joven le quitó el martillo de las manos. Templó la tela y fijó un clavo al marco.

—Tenéis que hacerlo así o la tela perderá resistencia y se combará en cuanto le apliquéis el óleo —corrigió. Luego le devolvió el martillo a Juana y se alejó unos pasos. Al volver a hablar su voz se había tornado en casi un susurro —: Respecto a esas lecciones. Tendríamos que retornar a nuestros anteriores horarios. No podrían ser mientras el taller está en funcionamiento, hay mucho trabajo que

hacer. Deberíamos vernos cuando Rufo no esté. A solas.

Ajeno a la conversación, Rufo estaba subido a una escalera, ocupado en pintar del adecuado tono color miel el ojo derecho de una beata Teresa de Ávila, sin que pareciese estrábica.

—A solas —repitió Juana, y no pudo evitar que algo en su estómago diese un saltito.

Unas fuertes voces procedentes de la casa cesaron la charla. Los tres miembros del taller compartieron una mirada de curiosidad antes de encaminarse hacia la puerta.

Nada más cruzar el umbral del taller un jaleo de gritos e improperios les recibió.

En el portal dos alguaciles escoltaban fuera de sus cámaras a un compungido Mauro y a Rosita. La cocinera caminaba desafiante mientras era sacada casi a empujones por los guardias. Cargaba a su espalda un petate con las cuatro cosas de su posesión.

—¡Esto es un gran embuste! ¡Que lo sepa todo el mundo! —gritó a voz en cuello al pasar junto a Juana.

Ni siquiera se percató de la presencia de la joven. Toda su atención estaba puesta en Paola. La italiana observaba desde lo alto de la escalera. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Una mueca de desagrado retorcía su semblante creando una máscara de desprecio.

—¡Lleváoslos fuera de esta casa cuanto antes! *Buttateli fuori!* —rugió.

Siempre que se sentía irritada era como si su idioma natal se apoderase de su lengua. A su lado Martín paseaba la vista por el techo, incapaz de mirar a sus empleados a la cara. Su brazo derecho rodeaba la cintura de su esposa dejando claro que la apoyaba por completo.

—¡No eres más que una mentirosa! De sobra me conozco a las de tu calaña. —La cocinera se detuvo y extendió su dedo amenazador en dirección a la nueva señora de la casa.

El gesto fue respondido por un empujón por parte de uno de los alguaciles. Rosita trastabilló y estuvo a punto de caer de bruces al suelo. Solo la rapidez con que Mauro la

sostuvo por los hombros lo impidió.

—Sigue caminando, ladrona, o a fe mía que esta noche dormís los dos en la cárcel —amenazó el alguacil.

La intimidación surtió efecto. La cocinera agachó la cabeza con resignación y continuó andando. Parecía haber entendido que no podía hacer nada y hablar solo iba a empeorar su situación.

Desde una esquina del portal, el aya Teresa contemplaba la escena. Se había llevado una mano a la boca, donde todavía permanecía, y estaba tan atónita que parecía no parpadear. Juana se acercó a ella.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto al oído.

—El ama Paola ha acusado a Rosita y a Mauro de haberle robado un collar y un anillo de mucho valor.

Juana abrió la boca con intención de decir algo, pero pasaron varios segundos hasta que logró articular algo inteligible. Un torrente de palabras se le agolpaba sin que ninguna de ellas le pareciese adecuada.

—Eso es una locura —dijo al fin—. Ni Rosita ni Mauro serían capaces de semejante cosa.

A punto de traspasar el umbral de la calle, Mauro se detuvo. Se zafó de los alguaciles y a la carrera se plantó a los pies de la escalera. Maese Martín siempre lo había tratado bien. No le había pegado ni una sola vez desde que estaba a su servicio, y si le gritaba cuando hacía algo mal, podía contar con que el enfado se le pasase al poco. Todo aquello tenía que tratarse de un error.

Se quitó la gorra de fieltro y con ella temblorosa en sus manos se aclaró la voz antes de alzarla. Las grandes dimensiones del palacete daban a la escena un aire de irrealidad.

—Maese De Castro, os lo ruego, una palabra —dijo. Los alguaciles lo cogieron por los hombros y tironearon de él

Martín dudó unos instantes y al final hizo una señal a los guardias para que lo soltasen. Se soltó de la cintura de Paola y apoyó ambas manos en la barandilla. Cuando habló, la voz del maestro era la de alguien a quien se ha decepcionado y se siente resentido por la confianza rota.

—Te tomé a mi servicio desde que eras un niño, ¿y así me lo pagas?

—Os aseguro que ha debido de haber un malentendido.

—La señora ha encontrado las joyas robadas bajo tu jergón, Mauro. ¿Cómo explicas eso?

El criado se encogió de hombros.

—Alguien ha debido de ponerlas ahí para hacernos daño. Os juro por mi alma que somos inocentes.

—Eso no es lo que dicen las pruebas. ¿Quién iba a poner las joyas de la señora en tu cámara? —porfió Martín. Después bajó la voz un poco—. Dad gracias a que la señora y yo no os hayamos denunciado ante la justicia y nos conformemos solo con echaros de la casa. Otros amos demandarían que os azotasen y acabaseis en la cárcel.

Mauro suspiró resignado. Martín parecía no querer escucharlo. Aun y con todo no pensaba callarse. No cuando la verdad estaba de su lado. Estrujó la gorra hasta que fue un simple gurruño de tela entre sus dedos.

—Yo no sé quién nos quiere tan mal como para conspirar contra nosotros. Me conocéis desde que era un niño y sabéis de sobra que no tengo la mano larga. Nunca he cogido ni un real que no fuese mío, nadie en esta casa puede decir lo contrario.

Durante un breve lapso, una sombra de duda cruzó el semblante de Martín. Sin embargo, la mano de Paola voló hasta la suya y la tomó, como quien toma lo que le pertenece. El maestro volvió a fijar la vista en algún lugar en el techo y negó con la cabeza. La voz firme de la italiana resonó en el portal.

—La naturaleza de mi esposo es demasiado bondadosa. Ha confiado en ti todos estos años, y a saber qué le más le has quitado sin que se diese cuenta.

—Nosotros no hemos cogido nada, señora. Os lo juro —se defendió el criado.

—¿Te atreves a negar que tú y esa cocinera dormís amancebados todas las noches? —Mauro se quedó tan callado y mudo como una estatua—. Por eso robasteis las joyas. Para huir juntos en cuanto os fuera posible. Por

fortuna, os hemos descubierto a tiempo o Dios sabría qué más habría faltado en la casa.

Un puño de rabia y resignación atenazó el estómago de Juana. A la sorpresa de saber que Rosita y Mauro estaban juntos se sumaba la desvergüenza de aquella arpía. ¿Quién era ella para dar lecciones morales a nadie? Ella que hasta casarse con su padre había pasado cuatro de cada siete noches con él.

—Mauro dice la verdad. No hemos robado esas joyas —gruñó Rosita acercándose a su hombre. Le puso la mano en el hombro y alzó la barbilla con toda la dignidad que podía reunir en su humilde persona.

Mauro pareció recobrar ánimos al sentir la caricia de su amada, y eso le resolvió a hacer un último intento. Se dirigió exclusivamente a su amo.

—Os imploro que reconsideréis vuestra decisión, maese De Castro. Si nos echáis a la calle y se corre la voz no podremos entrar al servicio de nadie en toda la ciudad.

—¿Acaso quieres que cambie de idea y os denuncie? —amenazó Paola.

—Sabéis que podéis hacerlo ahora mismo si queréis. Nada me placería más que meter a estos dos ladrones entre rejas —intervino uno de los alguaciles.

Paola negó con un ademán de muñeca.

—Mi esposo y yo hemos decidido dejarlo así, aunque si persisten en negar la evidencia, quizá lo pensemos mejor —dijo.

Aquello bastó para amedrentar a los criados. Si la italiana los llevaba ante la justicia no tenían ninguna posibilidad. Sería la palabra de una señora contra la de dos sirvientes caídos en desgracia. Y a la vista estaba que no podían contar con que el trato de los alguaciles fuese neutral. Estarían encantados de demostrar que la ley no solo no era igual para todos, sino que podía ser interpretada a libertad en virtud del tamaño de la bolsa de cada cual.

No podían hacer nada, excepto callar y aceptar su destino con resignación.

Se tomaron de la mano y con la cabeza gacha se

dejaron guiar por los alguaciles hacia la calle.

Rosita aún se permitió lanzar una mirada de desprecio a la italiana. Esta ya no parecía interesada en lo que sucedía en el zaguán. Tiró del brazo de su esposo y ambos se alejaron de la escalera.

—Echad a estos ladrones de mi casa —dijo con desprecio a modo de despedida.

Martín se limitó a dejarse llevar, haciendo un esfuerzo para no perdonar a aquellos que hasta entonces consideraba casi de su familia. Paola tenía razón, era de naturaleza demasiado bondadosa. Tenía que espabilar.

Cuando el incidente concluyó y los dos sirvientes abandonaron la casa junto a los alguaciles, Juana tuvo tiempo para meditar sobre lo sucedido.

Ni siquiera se le pasó por la cabeza que Rosita y Mauro fuesen culpables. Eso estaba totalmente fuera de lugar. No tenía ninguna duda al respecto.

No importaba que ambos tuviesen una relación pecaminosa. Ni siquiera que ella le doblara en edad a él. Los conocía a ambos desde hacía tanto tiempo que la idea de que pudiesen ser un par de ladrones era simplemente ridícula. Eran buenas personas y habían sido leales a la familia durante años. Juana habría puesto la mano en el fuego por cualquiera de ellos sin dudarlo. Al igual que su padre tan solo unos meses atrás.

Además, Martín era de naturaleza relajada con los dineros. Se dedicaba a recoger las cantidades fijadas por los comitentes de sus obras sin dar más importancia a su capital. Si alguno de los dos criados hubiese querido robar algo lo hubiese tenido muy fácil. ¿Por qué esperar entonces a que Paola fuese la señora de la casa? No tenía ningún sentido. Era sencillamente imposible.

Entonces, si Mauro y Rosita eran inocentes, ¿quién había puesto bajo su jergón las joyas robadas? ¿Quién quería incriminarlos?

No se imaginaba ni a Francisco ni a Rufo, ni mucho menos al aya actuando para perjudicar a la cocinera y a Mauro. No tenían nada que ganar con ello. Eso solo dejaba

a su padre y a Paola como únicos sospechosos. Y, desde luego, no tenía mucho sentido que se tratase de Martín. Podía poner de patitas en la calle a cualquiera de los dos sin tener que dar explicaciones.

Todo llevaba a una única conclusión: la italiana era la responsable.

Además, si tan segura estaba de que los sirvientes eran unos ladrones, ¿por qué Paola no los había llevado ante la justicia? ¿Por qué dejar que se fuesen sin más castigo que la vergüenza de ser echados de la casa? Definitivamente, aquel proceder era extraño.

Tras meditarlo ampliamente, tuvo claro que todo era un ardid orquestado por la italiana para echar a Rosita y a Mauro. Aunque, ¿con qué fin? ¿Para qué?

Solo hubo de esperar veinticuatro horas para conocer la razón.

Al día siguiente desembarcaron en la casa los sustitutos de los sirvientes despedidos. Un cocinero y un mozarrón alto y fornido como un roble que le daba mala espina. Además, Paola consideró imprescindible disponer de una sirvienta exclusivamente para ella, por lo que reclutó a su antigua dama de compañía. Como no podía ser de otro modo, era una muchacha desagradable a la vista que se deshacía en elogios y atenciones con su ama. En cuestión de belleza, Paola no aceptaba rivales bajo su techo.

Juana resolvió que debía de andarse con tiento, ahora el enemigo contaba con ojos y oídos en cada habitación de la casa.

IX

Desde la llegada al palacete, Martín empezó a codearse con todo aquel que era alguien en Valladolid. Pero toda aquella ajetreada vida social no se transformaba en nuevos trabajos.

En el pasado, el taller recibía encargos para policromar estatuas destinadas a decorar capillas privadas, edificadas por mercaderes poderosos o nobles que se lo podían permitir. Pero este tipo de trabajos eran escasos, a pesar de estar muy bien pagados. Lo habitual era que un taller de policromado de imágenes religiosas dependiera de la labor que le proporcionaban conventos y congregaciones, y esos no solían dejarse ver en fiestas.

Valladolid era junto a Sevilla, Granada y Valencia los grandes centros artísticos del país. La competencia era enorme. La ciudad contaba con más de una decena de talleres similares, y estos no estaban desaprovechado la oportunidad. Se había corrido la voz de que Martín de Castro apenas se dejaba ver por su taller, y como depredadores que olían la sangre, peleaban entre sí por arrebatarle encargos. Los talleres de escultores empezaron a dejar de enviar santos que pintar y recurrieron a otros artistas más baratos. Por si fuera poco, algunos de ellos habían empezado a policromar ellos mismos las estatuas en sus talleres, lo que agravaba el problema. De ese modo, ahorraban costes y controlaban las obras durante todo el proceso de creación. Desde el tallado hasta la pintura.

Francisco estaba definitivamente al frente del taller; sin embargo, le faltaban la experiencia y los contactos de Martín para traer nuevos encargos. Con el paso de las semanas estos empezaron a menguar.

El primero que fue consciente de lo peligroso de la

situación fue Rufo. Una mañana, el ayudante reunió a Juana y a Francisco y les habló con franqueza:

—He decidido entrar al servicio de otro maestro —les dijo sin andarse con rodeos.

Juana acusó el golpe, y así se lo hizo saber al aprendiz.

—Estás traicionando a mi padre —le espetó.

—Siento un gran cariño por ti y por el maestro, aunque ya casi no lo vea, pero tengo que pensar en mi futuro —se defendió Rufo—. Tarde o temprano, el taller cerrará y yo me quedaré no solo sin oficio, sino que tendré que buscar un nuevo maestro deprisa y corriendo. Es mejor que me vaya antes de que eso pase. De ese modo, estaré preparado.

—El taller de mi padre no va a cerrar —se defendió Juana.

—Despierta y mira a tu alrededor. —El aprendiz señaló el taller casi vacío—. Últimamente me paso más horas barriendo que aprendiendo el oficio y hace semanas que tu padre no se deja ver por aquí. Tú misma tienes más tiempo que nunca para dedicarte a pintar por tu cuenta. Saca tus propias conclusiones.

Aunque le costase, Juana tenía que reconocer que la labor había menguado hasta casi el mínimo. No recordaba la última vez que hubiese tan poco que hacer.

—Me duele admitirlo, pero Rufo tiene razón —intervino Francisco—. Es normal que se preocupe por su futuro. Lo mejor para él es que entre en otro taller donde le puedan enseñar el oficio.

—Tú puedes ser su maestro. Aprenderá contigo como yo lo hago —exclamó la chica. Su aseveración poseía una falsa seguridad que no engañaba ni a ella misma.

Francisco negó con energía.

—Yo no soy maestro. No puedo enseñar a nadie. Tus clases son una excepción.

—No nos falta trabajo. Puede que no haya tanto como antes, pero eso cambiará en cuanto mi padre vuelva a ser el mismo de siempre.

Francisco y Rufo compartieron una mirada de preocupación. Fue el primero quien habló sin tapujos. El

chico decidió que alguien tenía que decir en voz alta lo que todos pensaban.

—Desde que se ha casado, maese De Castro ha olvidado el arte. Esa mujer le ha sorbido el seso. Incluso nos hemos mudado a esta casa enorme en la que el taller es igual de desproporcionado y parece más vacío que el viejo. Podemos sacar el trabajo adelante sin que se note su ausencia, sin embargo, nadie nos va a hacer un encargo nuevo. Es el maestro de un taller quien tiene que ocuparse de eso.

—Ayer mismo tuvimos que tapar su ausencia con mentiras ante un comitente. ¿Cuántas veces más crees que vendrá antes de que se canse y encargue el trabajo a otro taller? —intervino valientemente Rufo.

Juana tuvo que enmudecer ante las evidencias. Aún hizo un último intento por defender el futuro del taller, que se quedó solo en eso al ver la determinación de ambos. Suspiró resignada.

—Lo entiendo —dijo al fin con gran esfuerzo—. Tienes que pensar en lo mejor para ti.

El aprendiz asintió con un leve encogimiento de hombros. Su rostro mostraba una mezcla de pesar y firmeza.

—Lo siento, Juana. Ya me he comprometido con otro taller. Empiezo en una semana. Podría retrasarlo unos días más, hasta que hayamos terminado los trabajos en marcha; pese a todo, siempre estaré agradecido al maestro Martín —dijo antes de alejarse con la cabeza agachada.

Aunque entendía la situación, Juana no podía evitar pensar que Rufo actuaba como las ratas que abandonan un navío cuando se está hundiendo. ¿Quién podía reprochárselo? Se hundían. Esa era la verdad. Sin el capitán al timón, el taller se hundía sin remedio.

No necesitaba que Rufo o Francisco se lo recordasen. Era terriblemente consciente de la situación a la que abocaba al taller la ausencia de su padre. Desde que se había casado con aquella condenada bruja, Martín vivía casi más de noche que de día. Dormía hasta las tantas y no

pisaba el taller. La reputación de trabajador serio y en quien se podía confiar para acabar en plazo un trabajo se estaba esfumando a toda velocidad.

Tenía que hacerse algo al respecto y tenía que hacerse ya. Con decisión cruzó el taller a grandes zancadas y salió dando un fuerte portazo. Francisco y Rufo se miraron tan sorprendidos como curiosos.

Juana encontró al aya en el patio interior alimentando a las ocas, gallinas y patos del corral. El invierno empezaba a abandonar Castilla, aunque aún mostraba sus uñas. Hacía frío y las nubes se apelotonaban amenazando lluvia. La joven se plantó frente a la anciana con determinación.

—Quiero que me pongas al día de las finanzas de la casa —dijo.

Aquella petición pilló al aya tan de sopetón que no pudo por menos que mirarla de hito en hito.

—¿A qué viene eso ahora, niña?

Juana siguió mostrando el mismo empeño.

—¿No te encargas tú de las cuentas de la casa? Pues quiero que me pongas al día. Quiero saber cuánto hay y cuánto gastamos al mes.

Teresa dejó de alimentar a las aves y se colocó el cesto con pan duro mojado en leche apoyado en la cadera.

—Yo ya no me encargo de eso. Ni siquiera sé cuánto ha costado este caserón —dijo. Juana no pudo sino sentirse sorprendida ante la resignación que vislumbraba en la anciana. Desde que tenía uso de razón, Teresa y Rosita eran quienes llevaban las cuentas en la casa.

—Mi padre nunca ha mostrado interés alguno en los cuartos. ¿Por qué iba ahora a importarle su capital?

El aya esparció los restos de la comida, que las aves de corral se apresuraron a devorar, y dejó el cesto en el suelo. Con una seña la conminó a dar un paseo bajo las arcadas de la galería, a salvo de oídos indiscretos.

—Paola es quien maneja las cuentas desde la boda —anunció secándose la frente con el pico del mandil; a pesar del frío sudaba profusamente—. Antes incluso, si me apuras. Porque ella y su hermano han estado

beneficiándose de la fortuna de Martín desde hace meses.

Juana no reprimió una mueca de desconfianza. La frente se le plegó en un mar de arrugas y sus labios formaron una línea.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

La anciana escudriñó la galería del primer piso como si temiera que alguien las escuchase.

—Por lo que sé, por lo menos en tres ocasiones tu padre prestó dinero a Antonio antes de que se casaran.

Juana no veía al italiano desde la boda. Tenía que admitir que no lo echaba de menos.

—¿A qué cantidades te estás refiriendo?

La anciana señaló la cifra usando las dos manos. Juana soltó un bufido. Aquello era mucho dinero. Parecía que los duques de Ponto Rosso no nadaban tan en la abundancia como querían hacer aparentar. Hizo una seña a la anciana para que continuase.

—Sin contar con las muchas joyas que ha comprado a esa italiana —prosiguió Teresa—. Que hasta el vestido de la boda lo pagó tu padre. El caso es que ya no tengo acceso al dinero. Desde que se casaron, Paola se encarga en exclusiva de llevar las cuentas. Tu padre no pide explicaciones nunca, ya sabes cómo es con los dineros. Así que hace y deshace a su antojo. Si necesito algo para alguna compra tengo que pedírselo a ella. Y dando mil explicaciones. Incluso sé que tu padre ha solicitado un préstamo a un conocido usurero para comprar este caserón.

Juana sonrió sin alegría. Aquella era la gota que colmaba todos los vasos.

—Así que podríamos estar en la ruina y no saberlo —sentenció con amargura la joven.

—¡No digas eso ni en broma! —Teresa se santiguó con vehemencia.

Juana bufó malhumorada. Empezaba a estar claro que los recelos iniciales que sentía por los hermanos tenían un motivo. Si los italianos eran dos nobles como mantenían ser, ¿por qué necesitaban dinero de Martín? Algo olía cada vez más a podrido en ellos.

Tan absorta estaba en sus cavilaciones que casi no reaccionó cuando el aya estuvo a punto de caerse de bruces. Últimamente, la anciana tropezaba a menudo y parecía no tener fuerzas para mantenerse en pie cuando eso ocurría. Esta vez había estado a punto de irse al suelo al agacharse para recoger el cesto con el que alimentaba a las aves. Juana sujetó a la sirvienta por los hombros. No sin problemas, ya que Teresa parecía no ser capaz por sí sola, la ayudó a ponerse en pie y la sostuvo un rato más. Daba la sensación de que en cualquier momento podía volver a caerse.

Juana se percató del rostro sudoroso de la anciana. Le secó las mejillas y la frente usando la manga de su propia saya. Al hacerlo, se percató del enorme calor que emanaba el cuerpo del aya.

—¡Estás ardiendo! —exclamó sin molestarse en disimular la preocupación que asomaba a su rostro.

Le pasó la mano sobre los hombros y tiró de ella en dirección a la casa. La anciana parecía disolverse a cada paso que daba. Su rostro estaba blanco como la cera y sudaba cada vez más.

Al llegar a su cuarto, Teresa se dejó caer sobre el jergón. Parecía tener las fuerzas justas para respirar. Y tampoco eso parecía resultarle fácil. Un débil crujido se escapaba de su pecho en cada inspiración.

—Quédate aquí tranquila. Iré a buscar al médico —anunció Juana.

—Dame antes un poco de agua —murmuró la anciana con apenas un hilo de voz—. Tengo mucha sed.

Juana llenó una copa con agua fresca del jarro y ayudó a la anciana a incorporarse. Depositó en sus manos la copa sin llegar a soltarla del todo. Hizo bien. Teresa era incapaz de sostener tan siquiera aquel exiguo peso. El aya se miró las manos como si no entendiese qué les pasaba. Aquellas manos veteadas de venas azules, viejas y cansadas de trabajar, eran ahora solo dos apéndices inútiles. Dejó escapar un suspiro y esbozó una sonrisa de disculpa. Juana respondió pasando su mano por el cano cabello para

hacerle entender que todo estaba bien. Acercó la copa a los labios de la anciana y dejó que esta bebiera hasta que quisiese. Después salió de la habitación con caminar apresurado.

La joven había dejado de pensar en su madrastra o en los más que posibles problemas económicos de su padre. En su mente ahora solo existía una única cosa: Teresa tenía que ser atendida con rapidez. Algo en los ojos apagados de la anciana no auguraba nada bueno.

El galeno llegó una hora más tarde y estudió a la enferma durante casi otra más. Al salir del cuarto no traía buenas noticias.

—Hay poco que pueda hacerse por ella. Es muy mayor. Le he aplicado una sangría, pero si la fiebre no remite en las próximas horas no servirá de nada. Me temo que Dios la ha llamado a su lado —dictaminó.

Juana soltó una lágrima silenciosa, dio las gracias al médico y regresó a la habitación de la anciana. Teresa dormía aparentemente en calma. Su respiración era débil y su pecho subía y bajaba de modo irregular.

Se sentó junto al catre y aguardó.

Durante el resto del día la joven no se movió del sitio, como la anciana había estado tantas veces cuando era solo una niña y enfermaba.

Al anochecer, Martín abrió la puerta y miró primero a su hija y después a Teresa. Dibujó un mohín de sincera tristeza y se quedó un rato en el umbral, con la mano en el pomo y sin decidirse a traspasar el marco.

Juana alzó la cabeza, lo miró y sin pronunciar una sola palabra le rogó que entrara y se sentara junto a ella, aunque fuese solo unos minutos.

No lo hizo. En su lugar, incómodo, se pasó la lengua por los resecos labios y habló:

—Es una gran pérdida. Que el Señor la acoja en su seno —musitó sin atreverse a mirar a su hija a la cara.

Después salió y cerró la puerta tras de sí.

Al poco se escuchó en la calle el sonido de los caballos del carruaje de la familia. Él y Paola se iban a alguna de las

malditas fiestas a las que ahora eran asiduos.

Juana soltó un suspiro de resignación, a la par que luchaba por controlar las lágrimas que anegaban sus ojos. ¿Cómo podía su padre comportarse de un modo tan frío ante la inminente partida de Teresa?

Poco antes de la salida del sol, murió. Juana tenía sus manos entrelazadas a las de la anciana cuando esta expiraba su último aliento, al tiempo que su cuerpo sarmentoso se relajaba por completo.

Acababa de morir lo más parecido que tenía a una madre.

—Descansa en paz, aya —dijo en un susurro.

Al día siguiente el invierno se empeñó en seguir activo un poco más. Caía una ligera cortina de aguanieve que azotaba el rostro de los presentes en el cementerio, y el viento gemía con fuerza por entre las lápidas.

Una docena de personas acompañaba a la anciana aya en su último viaje. Aparte de Martín, Juana, Rufo y Francisco, nadie más de la casa asistía al entierro. Ni Paola ni ninguno de los nuevos miembros del servicio se habían dignado en hacer acto de presencia, ni siquiera por guardar las formas o por caridad cristiana. El resto de los presentes eran vecinos y amigos de la familia. Personas que conocían de sobra la bondad de Teresa y a los que entristecía su muerte.

Juana echó de menos a Rosita y a Mauro. Quizá no se habían enterado del deceso, o puede que incluso hubiesen abandonado Valladolid ante la imposibilidad de encontrar un trabajo.

El cura leyó el responso con voz monocorde y propia de quien ha hecho eso mil veces. Cuando concluyó, roció la caja con agua bendita e hizo una seña a los enterradores. Estos bajaron a Teresa a la fosa y echaron paletadas de oscura tierra sobre su ataúd. El eco de la pala recogiendo tierra y dejándola caer sobre la madera resonó en todo el camposanto. Aparte de eso, tan solo se escuchaba el gemir

de las ramas de los cipreses que se recortaban contra un mar de nubes pesadas.

A la salida del cementerio Juana caminaba junto a Martín. Padre e hija marchaban encorvados, como portando una pesada carga, y a una distancia de un codo el uno de la otra. Dejando claro que una grieta antes inexistente los separaba. Unos pasos por detrás, les seguían Francisco y Rufo con las manos a la espalda, imbuidos de la solemnidad de la tierra que pisaban.

Al llegar junto al carruaje de la familia, la joven se detuvo y miró a su padre con fijeza.

—Padre, quisiera tener una palabra con vos —dijo.

Nervioso, Martín se frotó las manos antes de asentir. Temía aquel momento que sabía inevitable desde hacía semanas. Con un ademán de muñeca la invitó a alejarse y caminar un poco. A pesar del mal tiempo, ambos necesitaban dar aquel paseo.

—Yo también quería hablar contigo —dijo el maestro tras dar unos pasos. Desde la distancia, Rufo y Francisco trataban de disimular que aquella conversación no les interesaba.

Juana se tomó unos segundos antes de comenzar. Aquella iba a ser quizá la única oportunidad que tendría de conversar a solas con su padre. Desde luego, era la primera que tenía en meses. Quería dejar muy claro lo que pensaba, y al mismo tiempo que supiese que seguía queriéndolo y que lo echaba de menos. Tenía que escoger bien sus palabras.

—Me preocupan mucho las costumbres que habéis adquirido —dijo al fin.

Martín se quedó mirándola en silencio unos instantes, después sacudió la cabeza para dejar claro que comprendía la preocupación de su hija.

—Entiendo que la llegada de Paola haya supuesto un cambio enorme para ti. Es normal, pero has de entender que ella es ahora mi esposa. Tu madrastra...

—No es necesario que me deis esas explicaciones. Entiendo que ahora estáis casado y que vuestra mujer sea

una prioridad, pero habéis desatendido otros aspectos de vuestra vida —le cortó Juana malhumorada.

Martín emitió un suspiro quedo.

—Por favor, deja de usar ese tratamiento tan formal conmigo, hija. Nunca lo hemos necesitado, excepto cuando estás disgustada por algo.

—Es que estoy disgustada contigo. Contigo y no con ella. —Juana fue la primera sorprendida de la dureza de su voz—. Estoy disgustada con vos porque habéis desatendido el taller. Los encargos han dejado de llegar y Rufo se va a otro lugar, a buscar al maestro que ya no tiene. Estoy disgustada con vos porque no entrasteis a despediros del aya, y aunque creáis que a ella ya no le importaba, os equivocáis, le habría gustado veros junto a su lecho. Y estoy disgustada con vos porque desde hace meses ni siquiera os molestáis en saber cómo avanzo en mis lecciones. Pero, sobre todo, estoy disgustada porque parece que hayáis olvidado a madre e incluso habéis vendido la casa en la que vivisteis y en la que ella murió.

La joven no fue consciente de los reproches que fueron saliendo de su boca hasta que calló. Tampoco de cómo había ido elevando el volumen de la voz hasta prácticamente gritar y de que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Todo lo que callaba acababa de salir, como el corcho de una tinaja liberado por la presión.

Martín carraspeó incómodo antes de mirar a derecha e izquierda. Buscaba un lugar donde posar la vista. Cualquiera que no fuese Juana le servía. Finalmente alzó la cabeza hacia el cielo invernal.

—Aceptó que tienes razón en lo que dices. He dejado de lado mis obligaciones y abandonado mis responsabilidades, y no tengo excusa. Enmendaré mis errores, empezando por regresar al trabajo diario en el taller. Sé que tú y Francisco os habéis ocupado de él, y solo os puedo estar agradecido. Buscaré nuevos encargos y haré que el trabajo vuelva a llegar como antes. No entré a despedirme del aya porque entendí que me verías como a un intruso en aquella habitación. Y he dejado de revisar lo

que pintas porque te has convertido en alguien demasiado buena para ser juzgada por este pobre pintor de santos. —Juana hizo amago de interrumpirlo. Un ademán firme de Martín la detuvo. También él tenía la necesidad de liberar todo lo que guardaba dentro. Bajó la cabeza y fijó la vista en su hija—. Quiero que entiendas que respecto a Paola y a mí no hay nada que puedas hacer para separarnos. La amo, y eso no va a cambiar. Me gustaría que acabaseis llevándoos bien, aunque sé que es un imposible. Me conformo con que sigas manteniendo las formas con ella y la sigas tratando con el respeto que merece. ¿Puedo contar con ello?

Juana cabeceó para mostrar asentimiento.

Sobre ellos se extendió un denso y profundo silencio. Se sentían como si los hubiesen librado de un gran peso. Deseaba más que nada en el mundo abrazarse a su padre y decirle que lo echaba de menos. Pero contuvo las ganas de momento. Eran como barcos que habían estado a la deriva, antes de llegar al ansiado puerto tenían que recorrer un mar incierto y lleno de peligros.

En la lejanía un perro ladraba sin consuelo, mientras la aguanieve se tornaba en una fina llovizna.

Padre e hija regresaron al carruaje y emprendieron la marcha de regreso a casa.

En su asiento, Juana meditaba sobre lo sucedido, observando a su padre de reojo. Tenía su compromiso de volver a ocuparse del taller. Con él al mando, las cosas volverían a remontar. Tenía que olvidarse de momento de contar lo que el aya le había dicho. Si su padre prestaba dinero a Antonio Ferrara solo podía confiar en su buen criterio. Mientras el trabajo siguiese entrando en el taller, las cosas podían continuar en marcha.

Eso sí, no iba a quitarle el ojo de encima a Paola.

X

Pese a los esfuerzos de Martín, las cosas en el taller no mejoraron mucho. Su ausencia se había prolongado demasiado tiempo y estaba en boca de todo Valladolid. No eran pocos los que no se fiaban de su aparente vuelta a la normalidad.

Sin embargo, el taller recibió algún que otro encargo. Como un grupo escultórico sobre la natividad destinado a una iglesia de Santander. Aunque se trataba de una obra menor realizada por un escultor mediocre y el dinero no era mucho, el maestro echó el resto en él. Se afanó en lograr que los brocados que adornaban el manto de la Virgen y de San José luciesen tan hermosos que brillaban a la luz de las velas como si fuesen de oro. La piel del Niño Jesús era de un rosa encarnado tan fiel a la realidad que solo tras mirarlo largo rato se veía que se trataba de simple pintura aplicada sobre yeso. Cada detalle estaba pintado con mano experta y firme. En definitiva, Martín de Castro se empleó a fondo con aquel encargo para recuperar el prestigio perdido.

Con su padre trabajando en el taller, Juana se centró en la pintura. Tomaba lecciones de Francisco cuando su labor en el taller así se lo permitía, y entre ellos seguía creciendo una relación de afecto y admiración mutua.

Juana envidiaba los conocimientos del muchacho y se sentía maravillada cuando le contaba cuáles eran sus lecturas. Aseguraba haber leído tres veces *Le vite de' più eccellenti pittori, scultori e architettori,* de Vasari, otras tantas los tres libros de pintura de Alberti, ¡y no menos de diez el *Trattato della pittura*, del gran Leonardo! Todos esos libros estaban disponibles en la biblioteca de Martín y Juana los

había ojeado en alguna ocasión, sin llegar a zambullirse en ninguno de ellos. Para ella, a pintar se aprendía pintando y no leyendo. Ese otro placer lo reservaba para sus momentos de asueto.

Además, Francisco estaba al día de todo lo nuevo que venía de Francia, Italia o Flandes. Todo conocimiento le parecía poco. Bien podía decirse que pasaba el día y la noche pensando en arte, respirando arte, alimentándose de él.

Parecía ser preso de una enfermedad que le empujaba a querer saber más y más, de un modo febril. Era como una esponja que hiciera suyo cada aspecto que le pareciese relevante. Por eso, sus clases empezaron a incluir el aspecto teórico de la pintura. No por iniciativa de ella, sino de Francisco, quien había tenido que insistir una y otra vez para lograrlo.

—Una cosa es conocer cuatro trucos sobre cómo pintar, pero si quieres subir al nivel superior has de conocer los tratados y técnicas de los grandes maestros.

Aquel discurso acabó por convencer a la muchacha de que también necesitaba una formación teórica.

A Francisco le resultaba inspirador y estimulante estar con Juana. Y era así porque, en el fondo, reconocía en la chica el mismo caudal de talento y ojo para la pintura que tenía él mismo. Aunque no diría en voz alta algo como aquello ni bajo amenaza de muerte, lo cierto era que envidiaba la capacidad para pintar de Juana. Para ella, pintar era tan natural como respirar. Mientras que él había de afanarse cada día, al tiempo que absorbía ideas y conceptos de numerosos tratados sobre la disciplina.

En unos pocos años, Juana no solo sería mejor pintora que él, sino muy superior a la mayoría de los pintores que conocía. Con una formación adecuada, esa que se le negaba por ser mujer, estaría llamada a ser una de las grandes.

Además, sabía por la expresión que se apoderaba del rostro de la chica cuando él le hablaba de tratados y conceptos abstractos, que los vinculaba a conceptos prácticos que conocía; un método magnífico para no

olvidarlos jamás.

El chico aprovechó un instante en que Martín salió del taller para acercase a su pupila. Juana no había vuelto a tocar el lienzo en el que tenía intención de pintar a su madre. En parte, porque la intimidaba la presencia de su padre, pero, sobre todo, porque sentía verdadero pánico a hacerlo mal. Tras un inicio decidido, se había quedado paralizada frente al lienzo en blanco. No ser capaz de reflejar fielmente a su madre la aterraba.

Viendo su inseguridad, Francisco le recomendó comenzar por pintar otros modelos. Por ejemplo, los que aparecían en los grabados que su padre solía comprar. Pese a que aquellos libros le parecían llenos de ideas antiguas.

Era habitual que ese tipo de material circulara por toda Europa. Aunque eran frecuentes los viajes a otros países para aprender e intercambiar ideas entre artistas, no todos podían permitírselo. Así pues, los grabados resultaban un modo sencillo de que maestros de cualquier rincón del orbe adquiriesen conocimientos de otros pintores. Tampoco era nada nuevo. Desde los tiempos en que se alzaron las primeras catedrales, el intercambio de manuscritos con modelos entre maestros canteros, vidrieros o talladores era frecuente, y los libros circulaban de un lugar a otro del continente, promoviendo así la cooperación y el fomento de ideas. La llegada de la imprenta, doscientos años atrás, había hecho que esa circulación fuese mucho más fácil.

Francisco extrajo de entre sus ropas un abultado volumen y se lo tendió a Juana. La chica se limpió la mano de pintura tras dejar el pincel y el tiento apoyados en una mesa y miró el libro con atención.

—¿Qué es? —preguntó presa de la curiosidad.

—Un libro de grabados que te será de utilidad.

Como si recibiese el mayor de los presentes, Juana lo tomó entre sus manos con el interés aleteando en el corazón.

Lo abrió. Se trataba de un volumen con una docena de grabados en un papel de gran calidad.

—Algunos son del Spagnoleto. No hace ni cinco meses

que el mismo maestro los grabó en Nápoles —dijo adelantándose a la pregunta de la joven.

José de Ribera, el Españolito, como también se le llamaba, era uno de los pintores más influyentes y conocidos. Hijo de un simple zapatero valenciano, había viajado a Italia siendo poco más que un niño y, tras una fructífera etapa en Roma, acabó instalándose en Nápoles. La ciudad era una de las más populosas de Italia y capital del virreinato español. Eso lo convertía en uno de los pintores más conocidos en España. Como otros maestros, controlaba el proceso de grabado y venta de muchas de sus obras. Además de otorgarle importantes ingresos, aquello le aseguraba que sus modelos fueran difundidos e influyeran en artistas de todas partes. Juana había visto grabados del gran maestro en otras ocasiones, aunque nunca con la calidad de aquellos.

—¡Son magníficos! —exclamó la joven sin poder reprimir su emoción.

Francisco le cogió el libro de las manos y pasó sus páginas, que crujieron al hacerlo.

—Lo que quiero que veáis es esto —dijo señalando las últimas tres láminas. Volvió a tenderle el libro de nuevo.

Juana observó los grabados largo tiempo. Pasó las hojas casi con reverencia y los estudió con suma atención. Lo que tenía ante sí no dejaban de ser escenas religiosas habituales. Las había visto a miles. La fama del propio Ribera se debía a ser un experto en ellas, pero algo en aquellas tres últimas estampas le llamaba poderosamente la atención. Algo que saltaba desde el papel y azotaba directamente al espectador. La composición, el escorzo de las figuras forzado hasta lo imposible, el gesto de emoción suprema de sus personajes. Y, sobre todo, la luz. Una luz que parecía existir solo para dar sentido a las sombras. Un claroscuro de contrastes que parecía nacer de la escena misma y ser no solo lo que la sustentaba, sino aquello que la creaba. Una luz que dibujaba todo, lo moldeaba y lo llenaba de vida para que brotase del papel como si fuese tangible.

A Juana le recordaron a las representaciones de comedias y vidas de santos a las que había asistido en varias ocasiones con su padre. Aquellos grabados estaban empapados de una teatralidad que iba más allá de los márgenes de la página. Eran tan irreales que precisamente por eso no podían ser más creíbles.

—Son de Michelangelo da Caravaggio —explicó Francisco, casi en tono reverencial—. El maestro de maestros.

—Creo que nunca he oído hablar de él.

Francisco frunció los labios y alzó las cejas resignado.

—Casi nadie lo ha hecho fuera de Italia. Su pintura ha sido tildada de naturalista, ya que usa modelos reales para sus obras. Un epíteto supuestamente burlón, pero que lejos de insultar su obra al vincularla con la naturaleza, reafirma su verdadero poder. Al recurrir a lo natural, Caravaggio consigue que algo se remueva por dentro al ver sus obras. Todo lo opuesto a la de los Carracci, que se ha impuesto por toda Europa.

—A Annibale Carracci sí que lo conozco. Mi padre compró varios grabados suyos hace dos inviernos.

—¡Todo el mundo conoce a los hermanos Carracci y a su primo Ludovico! —saltó sin disimular su frustración—. Pero, aunque son grandes pintores, Caravaggio lo es aún mejor. Sus lienzos están vivos. Él busca plasmar la vida misma, sin disimular nada. Sin ocultar nada. Usa las sombras no para esconder lo que hay en ellas, sino para revelarlas. Su pincel habla cuando calla.

Juana meditó sobre aquella explicación. Volvió a ojear los grabados con calma.

—Es como si dibujara con la luz —soltó al fin. El comentario hizo que Francisco dejara escapar una risita. Juana lo fulminó con la mirada—. ¿He dicho algo que os resulte gracioso?

—Al contrario. Me preguntaba qué pensaríais si en lugar de un simple grabado pudieseis ver un lienzo de Caravaggio en toda su plenitud. Os dejaría sin habla.

—Estos grabados casi lo han hecho ya. ¿Vos habéis

visto algún lienzo de ese tal Caravaggio en persona?

Francisco agitó la cabeza para negar.

—No los suyos, aunque tuve ocasión de ver copias hechas por algunos de sus seguidores en Sevilla y admirar otros muchos grabados como los que tenéis en vuestras manos. Algunos de los maestros que solían visitar a maese Pacheco habían viajado a Italia y conocían su obra de primera mano. Es lo más cerca que he estado nunca de un lienzo del maestro. Por desgracia, tuve que dejar allí los grabados que adquirí de él. Así que ha sido una alegría encontrarme en Valladolid con un libro que incluye tres suyos.

Juana volvió su atención a las páginas del libro. Ciertamente, si aquellas obras eran capaces de removerla por dentro siendo solo una copia grabada en madera, costaba imaginar lo que podría sentir viendo un lienzo lleno del color y la luz de aquel tal Caravaggio.

—Está claro que amáis su trabajo con pasión. Quizá podáis conocerlo algún día.

—Me temo que eso sea imposible. Caravaggio lleva por lo menos diez años muerto. —Francisco elevó la voz, ensoñadora—: Tuvo una vida agitada y tempestuosa, y su muerte no lo fue menos. Murió con apenas cuarenta años. Vivió en Milán, Roma, Nápoles, Malta, Sicilia... Parece que no estaba demasiado tiempo en ninguna parte.

Juana calló lo que pasaba por su mente. Por lo visto, Francisco y su adorado maestro tenían mucho en común. Se limitó a devolverle el libro con una sincera sonrisa de agradecimiento.

—Gracias por dejarme conocer su obra, aunque sea a través de unos grabados.

Francisco dio un paso atrás al tiempo que mostraba las palmas de las manos para rechazar el libro.

—Es para vos. Si queréis pintar adecuadamente la figura humana, tenéis que aprender del mejor.

—Se trata de un libro muy caro, no puedo aceptarlo.

El chico cerró sus manos en torno a las de ella para que retuviera el volumen. Juana sintió un reconfortante calor

ascender por su nuca.

—Insisto en que lo aceptéis. Aprenderéis mucho de su estilo —porfió Francisco.

Juana sonrió con una leve inclinación de cabeza a la que Francisco respondió con una sentida reverencia. Antes de alejarse, se permitió una segunda y exagerada genuflexión.

Mientras lo veía irse, Juana se preguntó cómo un simple oficial podía permitirse lujos tan caros como aquel libro.

Pasó la mano casi con ceremonia por el lomo del volumen. Si de por sí su amor por los libros la llevaba a considerar aquellos objetos como algo sagrado, aquel era doblemente importante para ella. No solo le había descubierto a un artista magnífico, además Francisco le había desvelado un poco más de su verdadera alma.

Martín regresó al taller justo en aquel momento. Tenía una expresión de cansancio que era visible incluso de lejos.

—Tengo que anunciar una cosa —dijo cogiéndose las manos a la altura del estómago—. Acabo de hablar con el deán de un convento de Salamanca, el hermano Maeztu, con el que he estado en tratos para ocuparnos de la decoración mural de una de las capillas de su congregación.

Juana y Francisco se miraron perplejos. Ambos estaban en el centro del taller para atender al maestro.

—Cuando habláis de decoración, ¿os referís a pintura al fresco? —se adelantó el muchacho.

Martín asintió levemente.

—Así es. Tendría que diseñar y ejecutar el programa decorativo entero de una nueva capilla. No es gran cosa, y sería la primera vez que hiciera algo así, pero el taller ha perdido muchos encargos desde mi ausencia. He pensado que tenemos que empezar a dedicarnos a algo más que a pintar imágenes de santos. Me he visto obligado a hacer las cuentas a la baja, pero si hacemos un buen trabajo podremos contar con que haya más labor en lo sucesivo, donde ganar algo de dinero. Además, el trabajo sería en Salamanca, por lo que, entre el viaje y la estancia, lo que

ganaré con él no será mucho. Pero no puedo rechazarlo. No puedo aspirar a mucho más por el momento.

Juana ignoró el poso de tristeza de aquellas palabras y reveló su alegría con una amplia sonrisa. Que su padre mostrase deseos de ampliar su trabajo e ir más allá de pintar estatuas que otros diseñaban era un paso adelante para recuperar el prestigio perdido. Más aún, demostraba que Martín todavía sentía amor por su oficio. Recordaba fielmente los bocetos guardados en el arcón donde su padre había reflejado unas inquietudes artísticas a las que acabó por renunciar. No podía sentirse más orgullosa de él.

—Estoy segura de que cuando concluyáis el trabajo os lloverán los encargos.

—Dios te oiga, Juana. Dios te oiga. —Martín se retorció inquieto las manos—. De todos modos, aún está todo en el aire. El deán se muestra de acuerdo con las cifras que hemos acordado, como no podía ser de otro modo, dado lo fino que he hilado. No obstante, aún he de hablar con el abad de la orden para cerrar el trato. Para ello tendré que ausentarme unos días. Si todo sale bien, ya con el contrato firmado, arreglaré todo para regresar a Salamanca antes de primavera. Calculo que Francisco y yo tendríamos que permanecer allí unos cuatro o cinco meses. Eso debería ser tiempo suficiente para concluir. Si todo va como está previsto, es posible que incluso tenga que intentar que Rufo vuelva a trabajar con nosotros. Necesitaré por lo menos una persona más que me ayude.

—¿Queréis que os acompañe? —ofreció Francisco.

Martín negó con firmeza.

—No, no. Como oficial del taller, tú te quedarás aquí. Al cargo de los trabajos que están pendientes. No son muchos, pero tienen que estar acabados en las fechas previstas. Solo faltaría que desatendiésemos los pocos encargos que tenemos. Tú te quedarás al mando.

—Si alguien tiene que acompañarte seré yo —exclamó Juana con seguridad. Aunque su relación era mucho mejor, desde el entierro de Teresa no había tenido la oportunidad de estar a solas de nuevo con su padre. Un viaje en carruaje

era la excusa perfecta para acabar de limar asperezas. No obstante, Martín también negó con vehemencia.

—Iré solo. Como he dicho, no puedo permitirme prescindir de ninguna mano en el taller.

Juana lamentó la decisión de su padre, aunque entendía los motivos. Ahora que las cosas estaban encarriladas, habría más oportunidades de retomar la relación con él.

—Parto mañana mismo al alba y espero estar de vuelta como máximo en diez días.

Dicho aquello, Martín giró sobre sus talones y salió del taller con poderosas zancadas.

Después, dio orden para que se preparara el carruaje para su partida y se dispuso a arreglarlo todo para el viaje. Ya en su cámara, hizo un atado con varias cosas que quería llevar consigo. Entre ellas, no olvidó incluir las cartas de numerosos comitentes satisfechos con su labor en el pasado ni una recomendación del gremio en la que se le dedicaban una miríada de halagos. De aquellas alabanzas parecían haber pasado mil años, pero aún no era tarde. Tenía la energía necesaria para revertir la situación del taller. Estaba convencido de que regresaría de Salamanca con el contrato firmado por el abad. Ese sería el primer jalón en su camino para recuperar el prestigio perdido. No. Aún no era tarde.

Poco antes de la salida del sol Martín partió hacia Salamanca.

Juana aprovechó su ausencia para observar el comportamiento de Paola en detalle.

No estaba faltando a la palabra dada a Martín. El trato con la italiana seguía siendo el mismo que de costumbre. Tenía tanto de cortés como de falso. Juana se limitaba a asistir a las comidas y cenas en el comedor del palacete, y la trataba con el mismo respeto habitual. Con el paso de los meses, la joven había interiorizado tanto aquel comportamiento sumiso que ya apenas se daba cuenta de que estaba fingiendo. Ni siquiera era consciente de cuánto

odiaba tener que actuar de aquel modo. Era una máscara que se ponía cada vez que ella y su madrastra compartían la misma estancia.

Y a la italiana aquella actuación parecía haberla convencido por completo. Creía a pies juntillas que la joven había acabado por aceptar su nuevo papel en la casa. La trataba con la misma superioridad de siempre. La misma con que obsequiaba al resto del mundo, lo cual no hacía sino confirmar que lejos de tenerla como una amenaza, le resultaba totalmente invisible. Aquello era bueno. Si la italiana se sentía confiada, podía cometer errores. Sobre todo, con Martín fuera del caserón.

Nada extraño sucedió durante los primeros días. La italiana apenas salió de casa, y cuando lo hizo, fue acompañada de su dama de compañía y regresaba al poco.

No obstante, Juana atisbaba algo extraño en su comportamiento. Paola parecía más irritada que de costumbre. Gritaba con frecuencia al servicio y se la veía malhumorada. Quizá se debía a la ausencia de su esposo, aunque Juana estaba convencida de que se trataba de otra cosa.

Al cuarto día, algo sucedió.

Hijastra y madrastra compartieron una cena muda, en la cual solo se oía el sonido de los cubiertos golpeando los platos. Después, cada una se fue a su cámara. Juana acompañada del libro de grabados obsequio de Francisco, la italiana con el malhumor del que esos días hacía gala.

La campana de la catedral había dado la una cuando a Juana le sorprendió escuchar ruido bajo su ventanal. Su habitación en el enorme palacete se ubicaba lejos de la cámara principal que usaban su padre y Paola. Estaba situada justo sobre el pasadizo que separaba la casa del edificio contiguo. Dejó el libro en el catre y se deslizó fuera de las mantas. Hacía frío y la chimenea con la lumbre amortecida no lo aliviaba en absoluto. Se echó ropa por encima y sopló la vela justo antes de asomarse a la ventana. Fuera no se veía nada. Tampoco le llegaba ningún ruido.

Debajo de su habitación, el pasadizo daba a las cocinas,

y era habitual que aquel espacio estuviese lleno de peladuras de patatas o frutas, y de verdura que no podía ser aprovechada, por lo que su primer pensamiento fue que se trataba de gatos que hurgaban entre los restos. Estaba casi convencida de ello cuando atisbó una silueta abriendo la portezuela de la calle. Asomó medio cuerpo por encima del alféizar de la ventana y trató de acostumbrar sus ojos a la oscuridad. De pronto cayó en la cuenta de quién era: Paola. La italiana iba embutida en una capa con capucha que mantenía su rostro oculto. Cerró la puerta tras de sí con cuidado de no hacer ruido y justo entonces alzó su mirada hacia la ventana de Juana. La chica se echó hacia atrás por puro instinto. Se alegraba de haber apagado la vela, de ese modo Paola no se percató de su presencia.

Volvió a asomarse y vio como la italiana se deslizaba calle arriba. Hacia la oscuridad.

Sin pensarlo dos veces, Juana cogió la capa que tenía más a mano, se calzó con premura y salió a toda velocidad de su cámara. Bajó los escalones a la carrera y atravesó las cocinas. La puerta principal estaba bien asegurada con una tranca, por lo que lo más rápido era usar el mismo camino que su madrastra. Cruzó el pasadizo como un relámpago y salió a la noche.

Ya en la calle miró a ambos lados. No tardó en vislumbrar la figura de Paola a poca distancia. La mujer doblaba en aquellos momentos una esquina, solo dos casas más allá. Por fortuna, su madrastra llevaba un pequeño candil con que alumbrarse y cuyo brillo desvelaba su posición. Juana se pegó a la pared y la siguió.

Tenía que ser cuidadosa.

Callejearon un buen rato. Mientras, la ciudad dormía en silencio. Tan solo el ocasional ladrido de algún perro en la distancia rompía la quietud de la madrugada.

Juana tuvo cuidado de no acercarse demasiado a la mujer. En la oscuridad que engullía todo era una sombra invisible y bastaba con mantener las distancias para no ser vista. La pequeña lámpara que llevaba Paola no llegaba a iluminar más de unos pasos a su alrededor.

Llegaron a algún punto cerca del río. El Pisuerga captaba el brillo de la luna entre sus aguas y emitía un reflejo de acero. Era noche estrellada y caía una helada silente que extendía un manto blanco en los campos al otro lado de la vera.

Finalmente, la italiana se detuvo frente a una casucha que se asomaba a la orilla del río. Juana se ocultó tras el tronco de un árbol. Justo a tiempo. Paola se giró un instante después y miró a su alrededor. Quería cerciorarse de que nadie la seguía. No era la primera vez que tomaba tales precauciones, había repetido ese gesto en casi cada esquina.

La italiana se encaminó a la casa y llamó a la puerta. Al poco, una luz se encendió en una ventana del segundo piso y alguien se asomó a ella. Se escucharon voces. Una la de Paola, la otra la de un hombre. Parecían discutir. Aunque desde la distancia a la que estaba escondida no podía entender qué decían, Juana supo al instante que se trataba de Antonio.

¿Qué asuntos podrían reclamar a los dos hermanos a horas tan intempestivas?

Tenía que acercarse a la casa si quería saber de qué estaban hablando. Aquello era sin duda muy arriesgado. Todo el trabajo por ganarse la indiferencia de su madrastra durante aquellos meses podía irse al traste en pocos segundos. Sin embargo, no tenía elección. Debía salir de su escondite y acercarse.

Agachada y con paso prudente, se aproximó al edificio. La atención de Paola estaba fija en su hermano, de espaldas a Juana, de modo que no podría verla a no ser que se girase, pero el duque de Ponto Rosso miraba en su dirección. Si apartaba un solo segundo la vista de su hermana la vería acercarse.

La luna pareció ponerse de su lado, ya que se ocultó tras un grupo de nubes y le permitió pasar inadvertida. Tras unos segundos que se hicieron eternos, llegó por fin a la altura de un enorme sauce cercano a la casa. Se ocultó tras su tronco y aguzó el oído.

Al poco se cerró la ventana. La luz perdió intensidad hasta desaparecer y segundos después se escuchó el sonido de la tranca de la puerta al descorrerse. Antonio se quedó al otro lado del umbral, al tiempo que la mujer intentaba inútilmente entrar en la casa.

—¿Qué haces aquí? —le espetó Antonio a su hermana. No parecía muy contento de verla.

—*Sei con un'altra donna!* —bufó Paola.

La luna volvió a salir de entre las nubes y Juana pudo ver el fastidio reflejado en el rostro del hombre. A este gesto le siguió una sonrisa de encantador de serpientes.

—*Sono solo, dolcezza*. Pero háblame en español. Siempre que te enfadas lo haces en italiano.

Aquellas palabras parecieron serenar a la mujer.

—¿Seguro que estás solo? Entonces, ¿por qué no te alegras de verme?

—Me alegro de verte, pero te dije que no tenías que venir mientras tu marido estuviese fuera. Alguien podría verte, y no es prudente que una mujer casada ande fuera de su casa a estas horas. No podemos hacer nada que parezca sospechoso. ¡Estoy tan cerca de volverle a sacar dinero a Martín!

Juana se alegró de que la conversación se realizase en su idioma natal. Sus conocimientos de italiano eran parcos, pese a las clases de Teresa.

Antonio estrechó a su hermana entre los brazos con fuerza, casi con rabia. La empujó contra la pared y la miró con fijeza.

—No hay ninguna mujer. Nunca la hay. Solo estás tú, hermanita. Solo tú.

Después su boca se acercó a la de Paola y la besó. No fue un beso casto ni fraternal, sino uno que encapsulaba en su interior pasión y deseo. Las manos del italiano se escabulleron hasta las caderas de Paola. Juana hubo de ahogar un grito que nacía de la pura sorpresa.

—Es solo que no soporto estar separada tanto tiempo de ti —dijo la mujer. Su voz era ahora un murmullo ronco —. Me vuelvo loca al pensar que te entretienes con otra

mientras esperas.

—Yo podría decir lo mismo cada vez que te toca Martín.

Paola soltó una risa de desprecio. Empezó a besar a Antonio por toda la cara, intercalando cada beso con una palabra.

—¿Ese inútil? No es ni la mitad de hombre que tú. Me bastan unos pocos minutos para que se derrame y me deje en paz. Además, de sobra sabes que pienso en ti cada vez que esas repugnantes manos de artesano están sobre mí.

Antonio emitió un quejido de satisfacción. No era especialmente celoso. No lo había sido con ninguno de los que hubo antes que Martín, pero a nadie le desgradaba un halago. Volvieron a besarse y él la apretó de nuevo contra la pared. Esta vez, las manos no se contentaron con las caderas y ascendieron hasta los pechos.

—Mi amor, no hay ninguna como tú. Nunca la ha habido —dictaminó Antonio. Se inclinó y besó el nacimiento de los senos de su hermana. Después se apartó y le acarició el cabello—. Ahora no puedes cometer errores. Estamos muy cerca. Tienes que guardar las apariencias hasta que consigamos que ese idiota me conceda otro préstamo. ¡Estaba muy cerca de lograrlo y el muy bastardo se echó atrás en el último instante! Parece que últimamente mira el dinero más de lo que nunca ha hecho.

—¡Solo te preocupa el dinero! —se quejó Paola a la par que se recolocaba la ropa—. Yo te digo que te añoro en mi cama, que mi cuerpo extraña tus caricias, y tú solo me hablas de dinero.

Los brazos de Antonio se enroscaron en torno a la cintura de la italiana. Deslizó las manos hasta las nalgas y las apretó con fuerza. Paola dejo escapar un gritito a modo de queja que se transformó en un ronroneo de placer. Antonio se pegó a ella y la besó en el cuello.

—No puedes venir a verme cada vez que me echas de menos dentro de ti. ¿Es que quieres echarlo todo a perder ahora? ¡Aún podemos sacarle más a ese imbécil! Está tan loco por ti que, si usas esto sabiamente —le subió la falda

con ímpetu y sus manos se deslizaron ágiles hasta la entrepierna—, le sacaremos hasta el último cuarto. Tienes que hacer un esfuerzo y fingir que eres una buena esposa un poco más. En cuanto haya vendido la vieja casa y tenga dinero fresco, se lo quitaremos y nos iremos.

Las manos de Antonio se movían vigorosamente, arrancando gemidos de los labios de su hermana.

—Muy bien —susurró Paola agarrando el antebrazo del hombre. El placer se le asomaba en las pupilas con un brillo titilante—, pero en cuanto haya vendido la casa y le quitemos el dinero nos iremos. ¡Promételo!

—Lo prometo. Y ahora, ya que te has arriesgado a venir, será mejor que aprovechemos la noche.

Tiró de ella hacia la casa y cerraron la puerta tras de sí. Al poco la luz volvía a alumbrar el piso superior.

Juana se permitió relajar la postura. Soltó el aire que le daba la impresión llevar manteniendo en sus pulmones durante horas y se apoyó en el tronco del sauce. El viento agitaba las hojas de este sobre su cabeza.

¡Había tenido siempre razón! Aquellos solo eran dos timadores. Dos miserables ladrones. ¡Más aún! Dos incestuosos. Si es que de verdad eran hermanos. Ahora mismo dudaba de todo lo que aquellos dos hubiesen sostenido esos meses.

Quizá ni siquiera eran duques o italianos. Su acento podía ser de cualquier parte, si no directamente fingido.

¡Qué ciego había estado su padre!

¡Y qué ciega había estado ella!

Porque, por mucho que siempre hubiese dudado de los dos hermanos, ni en mil años habría llegado a imaginar que la verdad tras ellos escondiera tanta podredumbre. Tanta traición. Tanta maldad.

Se alejó con paso cauto. A pesar de que los hermanos estaban ocupados en el interior de la casa.

Giró la cabeza y vio temblar la luz en el segundo piso. Imaginar lo que sucedía en aquel cuarto le daba ganas de vomitar. No solo por el parentesco que supuestamente unía a aquellos dos, sino sobre todo porque sentía como suya la

traición que cometían contra su padre. Su pobre padre. Pensó en él. A leguas de distancia, ajeno a lo que sucedía a sus espaldas.

Martín solo había cometido el pecado de enamorarse de aquella víbora. De amar a la mujer equivocada.

Conocer la verdad sería para él como dejar caer sobre sus hombros una montaña. La embargó una enorme tristeza. Martín de Castro era un buen hombre, no se merecía algo así.

Imaginar cómo iba a caerle aquella noticia le hacía dudar de lo que tenía que hacer. No obstante, no podía titubear. Aquel par de miserables merecían dar con sus huesos en la cárcel.

A medida que avanzaba la madrugada la helada era cada vez mayor. Hasta ese momento en que se quedó a solas con sus pensamientos no fue consciente de ello. Tiritaba bajo las escasas ropas que llevaba puestas.

Desanduvo el camino en silencio y, mientras, fue pensando en el mejor modo de contarle a su padre lo que había presenciado. No se le ocurrió ninguno.

XI

Las cosas por Salamanca habían salido bien. Muy bien, a decir verdad. En el interior del carruaje, Martín de Castro miraba el paisaje de primera hora de la mañana desfilando veloz al otro lado de la ventanilla. El invierno se negaba a dar un paso atrás aquel año. Nieves tardías llegaron la víspera para teñir de blanco los montes más al norte, y la helada de la noche convertía el camino en una trampa resbaladiza. En el pescante, el cochero iba embozado con una capucha que solo permitía ver sus ojillos. Llevaba el coleto cerrado hasta la barbilla y un paño de lana gris anudado al cuello.

Martín se sentía satisfecho, tanto que no se molestaba en disimular una sonrisa. Podía decirse que estaba pletórico y regresaba a Valladolid con la sensación del objetivo cumplido.

No había sido nada fácil.

Tras varias reuniones, el abad del convento, un monje seco y flaco como un junco y serio en extremo, acabó por aceptar el presupuesto que Martín le ofrecía. A pesar de sus reticencias iniciales, el taller de maese De Castro se haría cargo del programa decorativo de la nueva capilla.

Las dudas nada habían tenido que ver con asuntos de dinero. Ambas partes estaban de acuerdo en que la cantidad demandada por el maestro era más que aceptable, si se tenían en cuenta los precios habituales en aquel tipo de trabajos.

La última conversación, cuatro días atrás, en un despacho del convento, dejaba bien a las claras que las suspicacias del abad se debían a otras cuestiones.

—Veréis, maese De Castro —le espetó el monje en

aquella ocasión. Sus ojillos, diminutos como los de un ratoncillo, se entrecerraron recelosos—. Venís muy bien recomendado, y sin duda vuestro precio es más que razonable. Precisamente por eso hay una cosa que me tiene escamado: ¿por qué un maestro tan afamado como vos valora en tan poco su trabajo?

Martín había temido esa pregunta desde mucho antes de sentarse a la mesa de aquel despacho. La temía tanto que estimó que de nada servirían las diversas respuestas que tenía preparadas. Decidió ser sincero. Soltó todo el aire de los pulmones antes de hablar:

—Durante estos últimos meses, he de confesar que he descuidado mi labor al frente del taller, padre. He olvidado que el prestigio es, como el honor, algo que requiere de muchos años para crecer y de solo un día para secarse. —Martín bajó la voz con humildad—. Pero os juro por mi fe que he hecho propósito de enmienda. No tendréis queja de mi labor.

El abad endureció sus facciones hasta adquirir un aspecto casi amenazador.

—¿Y cómo sabemos que si os encomendamos decorar la capilla no volveréis a descuidar vuestro trabajo?

El hermano Maeztu, también presente en la reunión, se apresuró a intervenir:

—No hay de qué preocuparse, hermano abad. Vos mismo podéis ver las cartas de recomendación y las de su gremio que trae consigo.

—Y su precio es lo bastante bajo como para que os resulte interesante, hermano Maeztu. Lo entiendo —le cortó un malhumorado abad—, pero debemos tener la garantía de que si se le encomienda el trabajo lo lleve a cabo sin problemas. ¿Podéis garantizarme eso, maese De Castro?

Martín inspiro aire profundamente. Llegados a ese punto, no tenía nada que perder. Así pues, habló con el corazón en la mano.

—Yo solo sé pintar, páter. Es lo único que he hecho toda mi vida y es todo lo que deseo seguir haciendo hasta que Dios me llame a su lado. En esas cartas podéis ver que

comitentes e incluso mi propio gremio han valorado siempre mi trabajo. Quien tuvo retuvo, como dice el dicho popular, y esa es la mejor garantía que puedo daros. Esa y el amor por mi oficio. —Martín hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. No sois tonto. Vos sabéis de sobra que la cantidad que pido por el trabajo es ridícula. Cualquier maestro os pediría cuatro o cinco veces más. No os mentiré, si pudiera demandar esa cantidad lo haría. Lo único que os puedo decir es que, si me dais la oportunidad de encargarme de vuestra capilla, haré todo lo que esté en mi mano por demostraros que vuestra confianza no ha caído en saco roto.

El abad relajó un poco su postura. Parecía satisfecho del discurso del pintor. No obstante, una línea severa permanecía fija en su frente y mantenía las manos cerradas en un puño sobre los muslos. Las abrió y tomó unos cuantos pergaminos de los esparcidos por la mesa. Los estudió con detenimiento unos segundos. En ellos había bosquejos que maese De Castro había traído consigo para que se hiciera una idea de cómo decoraría la capilla.

—Por otro lado, está el asunto de vuestra inexperiencia. —Su voz, dura como el mármol, dejaba entrever que aún no las tenía todas consigo en aquel asunto —. Sois muy conocido como pintor de imágenes, sin embargo, nunca os habéis encargado de un trabajo como este.

—Cuando fui aprendiz, trabajé junto a mi maestro en varios programas decorativos similares.

—De eso ha pasado mucho tiempo —le cortó el abad de modo abrupto—. Lo que quiero saber, maese De Castro, es si os sentís capacitado para llevar a cabo una labor que se aleja de las habituales para vos.

El abad se echó hacia delante retando con la mirada a Martín. Este no temía aquella cuestión, era su terreno, en el que mejor se defendía. Y nada como una imagen para reforzar sus ideas. Se levantó, bordeó la mesa y tomó uno de los pergaminos en sus manos. Se lo mostró al abad.

—Ya que la capilla está dedicada a Santa María

Magdalena, como podéis ver en estos bocetos mi idea inicial es plasmar escenas de la pasión. He tenido tiempo de visitar la capilla en cuestión y me queda claro que el tema es el más adecuado. A no ser que vos opinéis otra cosa, en cuyo caso tendría que plantearme empezar desde el principio.

El abad había desfruncido el ceño y asentía de modo apenas perceptible. Empezaba a ver la capilla decorada.

A partir de ahí solo hubieron de arreglarse en detalles prácticos, como la cantidad de dinero que serviría de pago inicial o las fechas de ejecución de la obra. El abad se quedó convencido de que Martín de Castro merecía una oportunidad y minutos después estampaba su firma en un pergamino con el sello de su orden. En su cabeza se había puesto en marcha un ábaco con el que calculaba a qué destinaría el dinero que se ahorraba la congregación con aquel contrato tan a la baja.

Ahora, a bordo del carruaje en el que regresaba a Valladolid, y con una bolsa de oro a modo de adelanto a salvo entre en sus ropas, las dificultades para obtener el trabajo parecían muy lejanas. Casi como si nunca hubiesen existido.

Tras una semana necesaria para hacer los preparativos, entre los que se encontraba tratar de volver a contratar a Rufo, regresaría a Salamanca. Pondría todos sus conocimientos en hacer el mejor trabajo posible y recuperaría el prestigio perdido. Había mucho trabajo por delante, y precisamente por eso se sentía exultante y lleno de una energía que hacía mucho no notaba recorriendo su cuerpo. Si de él hubiese dependido, hubiese comenzado a pintar ya mismo. Antes tenía que revocar las paredes, aplicar el fratás para alisarlas, dar varias capas de mampostería, cada una más fina que la anterior, y sobre todo elegir los tonos con que se pintaría y diseñar los modelos. Quizá podría dejar parte de esa labor en manos de Francisco. El chico tenía talento.

También ardía en deseos de volver a ver a Juana y, por supuesto a Paola, se obligó a pensar. Justo entonces cayó en

la cuenta, para su sorpresa, de que durante la semana pasada en Salamanca apenas había pensado en su esposa. Era como si el influjo de la italiana menguase con la distancia y lo sustituyera su viejo amor por el arte. Aquello le resultó extraño y curioso.

El hecho era que los problemas parecían disolverse a medida que el carro traqueteaba a toda velocidad.

Satisfecho, el pintor se retrepó en el asiento, apoyó la cabeza en el lateral del carruaje y trató de dormir un poco.

Fuera, la ventisca ganaba en intensidad. La nieve caía racheada en contra de la marcha del carro y el cochero se encogió de hombros todo lo que le fue posible para protegerse del fuerte viento. Por su cabeza cruzó la idea de parar, pero la generosa paga que el viajero había prometido por llegar a Valladolid en menos de dos días era demasiado tentadora.

Ajeno a las cuitas económicas del conductor, uno de los cuatro caballos que tiraba del vehículo pisó una placa de hielo y se le torció la pata. Soltó un relincho de dolor que solo sirvió para poner más nerviosos a sus compañeros, que inmediatamente redujeron la velocidad. Eso hizo que el carro patinara y arrastrara a los animales. Los caballos corrían enloquecidosy sus cascos resbalaban en el suelo helado. Alzaban sus cabezas desesperados mientras luchaban por mantenerse en pie. El vaho que se escapaba de sus hollares se elevaba al cielo gris. Las maletas y bultos que iban sobre la caja del vehículo salieron despedidos, y dejaron un reguero de ropa y papeles a su paso.

El cochero aún seguía sujetando inútilmente las riendas cuando dio un brinco en su asiento que lo elevó varios pies. Trató de agarrarse a cualquier cosa, pero no sirvió de nada. Cayó del pescante y aterrizó en el frío suelo.

En ese momento, las cinchas que sujetaban los animales al carro se rompieron con una serie de furiosos zas. Sin el freno de los caballos, el carruaje se deslizó fuera ya de todo control, ganando velocidad por la inercia. La rueda trasera derecha golpeó una roca con gran fuerza, se rompió en mil pedazos y el coche se elevó un codo del

suelo. Continuó patinando sobre dos ruedas a medida que volcaba. Finalmente quedó apoyado en el lateral derecho, recorrió varios pies y acabó por salirse del camino y caer en una zanja, donde se detuvo entre una lluvia de nieve y astillas.

Dentro del carruaje, Martín de Castro saltó en su asiento y se golpeó contra el techo con tanta virulencia que se le abrió una brecha en la cabeza. Después, se elevó de nuevo y salió despedido contra el lateral, como un muñeco zarandeado en una caja de juguetes. Impactó con la mitad derecha de su cuerpo contra la madera y un ramalazo de dolor se extendió por todo su ser. Una cortina de estrellas surgió bajo sus párpados y estuvo a punto de perder el conocimiento. Luchó por mantenerse sujeto a la realidad. Agitó la cabeza para despejarse y una lluvia de sangre que manaba de la cabeza roció la madera, tiñéndola de rojo. Trató de recuperar la verticalidad. Era inútil. La inercia lo mantenía pegado al lateral de carro como si la mano de un dios gigante lo aplastara contra él.

Bajo su peso, la ventanilla crujió y acabó por saltar en mil pedazos. La mitad derecha de su cuerpo atravesó el hueco. Se aferró al marco con todas sus fuerzas y un pedazo de astilla se le clavó en la mano. Braceó por no salir despedido fuera. Si caía le pasarían por encima más de veinte quintales de madera y metal.

Trataba de regresar al interior de la caja cuando vio que el suelo se acercaba a él a toda velocidad. Tuvo el tiempo justo de meter la cabeza dentro. El mundo pareció girar sobre su eje cuando el carro volcó. Ni en un millón de años habría imaginado que un dolor tan atroz era posible cuando el coche le aplastó el brazo y la pierna derechos. El sonido de la nieve crujiendo bajo el carro ahogó su aullido.

Para cuando perdió el conocimiento el vehículo había frenado.

Fuera, los caballos, más calmados, detuvieron su loco trote y corcoveaban a la tormenta.

Horas más tarde, un carromato con un buhonero pasó por el lugar del accidente y se topó con la espantosa escena.

—¡Santa Madre de Dios! ¿Qué ha pasado aquí? —se dijo en voz alta al tiempo que detenía el tiro de las mulas.

Ya no nevaba, y los caballos ramoneaban por las inmediaciones como si nada hubiese sucedido. Atisbó la silueta del carruaje volcado más allá del camino. La nieve lo había cubierto parcialmente y apenas era un borrón blanco en el paisaje.

Bajó de un salto a la par que se santiguaba con aprensión.

El cochero llevaba muerto mucho tiempo cuando se acercó a él. Tenía varias costillas rotas y una de ellas le había perforado el pulmón izquierdo.

Con andar cauto se acercó al carruaje y se aupó a él temiéndose lo peor. El impacto contra el suelo había hecho que el techo se desprendiese, dejando una abertura por la cual había penetrado la nieve. Bajo un manto tupido de ella, se adivinaba la figura de un hombre. Sin embargo, aunque todo su cuerpo mostraba con claridad los efectos del accidente, estaba vivo.

Martín abrió su ojo izquierdo, se removió inquieto y trató de decir algo. Su intento se quedó en un balbuceo incomprensible.

—Tranquilo, compañero. No te muevas —le indicó el buhonero.

Se colocó sobre el lateral del coche y tiró con todas sus fuerzas de la portezuela libre. Esta se abrió con un chirrido. Saltó al interior del carruaje y trató de mover al herido. Una acción que no fue fácil dado lo estrecho del espacio. El aullido de dolor que profirió Martín le hizo desistir de seguir intentándolo.

—Iré a buscar ayuda al pueblo más cercano. Aguanta aquí —dijo el buhonero antes de izarse de nuevo sobre el lateral y salir.

Por miedo a hacer más mal que bien al herido, lo dejó tal y como estaba, y regresó a toda prisa a su carro. Subió a él y enfiló en dirección al siguiente pueblo.

Caía el sol cuando un grupo de lugareños llegaron al lugar acompañados del comerciante. Tardaron un buen rato en poner en posición vertical el carruaje y usaron el carromato del buhonero para llevarse a Martín a una posada. Cuando su brazo salió de debajo del carruaje hubo varios lamentos y gemidos de aprensión.

En el pueblo no había médico, solo un barbero que al ver el estado del herido dejó claro que aquello le venía muy grande. Hasta el mediodía de la mañana siguiente Martín no fue atendido debidamente.

El pintor estuvo días entre la vida y la muerte. Entraba y salía de un estado de inconsciencia tantas veces y durante espacios tan prolongados de tiempo que los galenos que lo atendían lo daban por prácticamente muerto. Sin embargo, sobrevivió.

Nada se pudo hacer por su brazo derecho. Estaba totalmente destrozado. Era poco más que una masa sanguinolenta inservible. Se lo amputaron el primer día, antes de que contagiara al resto del cuerpo. La pierna aún era útil, pese a que arrastraría una cojera de por vida. Se podía atribuir a un milagro que la extremidad no hubiese corrido la misma suerte que el brazo. Además, tenía varias costillas rotas, una fea herida en la cabeza y cortes y golpes por todo el cuerpo.

Juana recibió la noticia sin poder dar crédito a la misma. Tras una semana sin saber de su padre, estaba convencida de que algo grave le había sucedido. Ya tenía la determinación de ensillar un caballo y dirigirse a Salamanca cuando un mensajero trajo la noticia del accidente.

Al día siguiente, ella y Paola alquilaron un carruaje y pusieron rumbo al pueblo donde Martín convalecía de sus graves heridas.

Desde que llegaron al hospital, dirigido por una congregación de monjas, Juana no se separó de la cama donde yacía su padre ni un solo instante. Paola solo permaneció dos días junto a su esposo. Las altas fiebres que las primeras semanas sufría Martín no le hicieron ser del

todo consciente de su ausencia. Juana sí que entendía plenamente lo que estaba pasando. Contaba con que ni la italiana ni su hermano estarían en Valladolid cuando Martín estuviese en condiciones de viajar de regreso a casa. A Juana no le importaba. Su mente solo estaba ocupada en cuidar de su padre. En estar junto a él cuando despertara de ese estado de semiinconsciencia.

¿Cómo iba a darle la noticia de que había perdido el brazo?

¿Cómo iba a decirle que jamás podría volver a pintar?

XII

Juana tomó aire antes de entrar en la habitación. Se alisó un pliegue imaginario de su vestido y empujó la puerta. Dentro estaba tan oscuro que apenas se adivinaba nada. Tropezó con la bandeja que ella misma había dejado la víspera y la comida se desparramó por el suelo. Como se temía, Martín apenas si había probado bocado. Algo que se repetía desde hacía semanas. Lo que sí tomaba y en abundancia era un vino peleón y tan denso que podía cortarse con cuchillo. Su olor acre y amargo llenaba la estancia. La chica ahogó un suspiro en los labios.

Al ser consciente de su presencia, Martín se incorporó ligeramente en el catre.

—¿Ha vuelto? —musitó con la voz temblorosa.

Juana dejó morir una maldición en la garganta. Por toda respuesta meneó la cabeza para negar. El pintor perdió interés en la visita de su hija y regresó a sus pensamientos.

A grandes zancadas Juana fue hasta el fondo de la cámara y abrió los postigos de las ventanas.

—¡Déjalos como están! —gruñó su padre.

Quizás aquella era la primera frase de más de dos palabras que le dedicaba desde que habían regresado al palacete un mes atrás. Juana dejó las contraventanas entornadas y se limitó a abrir las ventanas para que entrara el aire.

Además del olor dulzón y pegajoso del vino, el tufo que desprendía Martín se percibía desde el otro extremo de la cámara. ¿Cómo es que su padre no lo notaba? Hacía semanas que no se aseaba y una barba tan espesa como ensortijada ocultaba las facciones delgadas de su rostro. Estaba demacrado y su piel tenía un tono amarillento. Era

todo pómulos y ojos.

—No puedes pasar el día en la cama.

—Puedo hacer lo que me dé la gana. Soy un tullido y los tullidos hacemos lo que nos place —gruñó el hombre.

Desde su regreso a Valladolid, Martín era como un caracol encerrado en su concha. No lograba arrancarle de aquel estado de letargo en el que había entrado al saber de la marcha de Paola.

Parecía ajeno al mundo, como si la huida de su esposa le hubiese asestado el golpe definitivo.

La joven se acercó a la cama y Martín respondió girándole la cara. Juana se armó de paciencia.

—No has comido nada de lo que te dejé anoche.

Silencio.

Se apoyó en el escritorio de su padre. Antaño estaba lleno de papeles y documentos. Ahora lo ocupaban los diversos tarros con ungüentos y hierbas que el galeno le había prescrito. Ninguno de ellos parecía curar el carácter resentido y melancólico que le había poseído tras enterarse de la pérdida de su brazo y la huida de su esposa.

—¿Qué quieres que haga con los vestidos de Paola? —preguntó Juana.

Al escuchar el nombre de su esposa, Martín se giró y miró a su hija con expresión de urgencia.

—¿Qué quieres decir con qué hacer con ellos?

—Que algo habrá que hacer con esa ropa. En casa solo ocupa espacio.

—¡Déjalos donde están! —rezongó Martín. Tras el grito inicial, su voz disminuyó hasta ser casi un susurro—: Cuando vuelva le gustará encontrarlos en su sitio.

Juana soltó un bufido de indignación. Que su padre siguiera albergando la ilusión de que la italiana regresaría la llenaba de una rabia que no se molestó en ocultar.

—Paola no va a volver, padre. Despierta. Se ha ido. ¿Y sabes una cosa? Es lo mejor que esa arpía pudo hacer por nosotros.

Martín se incorporó en la cama como activado por un rayo. Excesivamente rápido para tener aún una pierna

fracturada por dos sitios y faltarle el brazo derecho. Si sintió algún dolor no dio muestras de ello. Fulminó a su hija con la mirada y la señaló con un índice admonitor.

—¡Te prohíbo que hables así de ella! No vuelvas a hacerlo o...

La amenaza se quedó suspendida en mitad de la frase.

—Es la verdad —lo cortó la chica. Estaba harta de oír cómo su padre defendía a aquella bruja—. Paola se ha ido y no va a volver. Cuanto antes te des cuenta, mejor para todos.

Martín parpadeó indeciso unos segundos, pero al punto su voz volvió a adquirir la dureza del hielo.

—¿Qué sabrás tú de lo que pasa entre un hombre y su esposa? —dijo con desprecio. De nuevo se giró hacia el otro lado de la cama—. No vuelvas a entrar en esta habitación hasta que no sea para anunciarme que mi esposa ha regresado.

Juana trató de decir algo. Su discurso murió con un suspiro quedo. De nada servía tratar de razonar.

Exhaló todo el aire de sus pulmones antes de salir de la estancia y cerrar con estrépito la puerta tras de sí.

Se sentía tan furiosa con su padre que hubiera podido abofetearlo.

La marcha de Paola lo había convertido en un ser amargado y no pasaba un día en que no demostrara que solo le importaba saber si la italiana regresaba.

Juana no había tenido corazón para contarle lo que había visto aquella noche junto al río. Eso, lejos de ayudar a Martín a abrir los ojos, solo habría servido para causarle un dolor innecesario. En ocasiones como aquella, se preguntaba si no sería mejor desvelar la verdad sobre su esposa. Si no se decidía a hacerlo era porque cabía la posibilidad de que su padre intentase quitarse la vida.

Después de todo lo sucedido, después del dolor que aquella mujer había traído a esa casa, Martín seguía enamorado de ella como un idiota. Y un idiota enamorado es como un perro al que le han quitado un hueso.

Enrabietada, Juana cruzó el pasillo dando sonoros

pisotones y entró en la habitación de aquella ladrona dispuesta a hacer un poco de justicia.

Escudriñó el interior del baúl meditando qué hacer durante unos segundos. Se puso en jarras y observó la ropa apilada. La huida de Paola y Antonio fue tan precipitada que la italiana había dejado abandonados numerosos vestidos y otras prendas.

Con gesto sereno e irritado a la vez, resolvió que lo mejor era hacer desaparecer toda aquella ropa de la casa. Al menos, verla arder serviría para otorgarle cierto placer.

Desparramó las prendas por el suelo sin ningún miramiento. Después cargó con ellas con los brazos extendidos y salió de la cámara con el mismo ímpetu con que había entrado.

Cuando Martín y su hija regresaron a Valladolid, hacía semanas que los dos hermanos se habían ido de la ciudad. No sin antes arramblar con todo lo de valor que pudieron llevarse consigo. En toda la casa era imposible encontrar un solo objeto de oro, plata o cualquier otro material valioso. Incluso habían malvendido a talleres rivales algunos de los caros minerales que se utilizaban para lograr pigmentos, como el cinabrio o la azurita. Los duques de Ponto Rosso tampoco olvidaron echar mano del dinero del que Martín aún disponía y que, aunque sin tratarse de una gran cantidad, tampoco era cosa magra.

Cada vez que lo pensaba, Juana sentía que se la llevaban los demonios. Aquel par de ratas eran solo dos miserables ladrones que huían en cuanto las cosas no les venían bien dadas. Con la pila de ropa asomando por encima de su cabeza, descendió las escaleras y se encaminó a los jardines.

Junto a Paola y su hermano también había desaparecido todo el personal de servicio. También ellos aprovecharon para robar las cuatro cosas que los Ferrara dejaron tras abandonar la casa. No obstante, que los sirvientes se hubieran ido era casi un alivio. Juana habría tenido que echarlos al día siguiente de regresar. Era totalmente imposible que hubiese podido pagarles. Al

menos, eso ya no era una preocupación.

Arrojó con rabia la pila de vestidos al suelo y se dispuso a encender el fuego. Iba a quemar el recuerdo de aquella condenada arpía para siempre. Antes alzó la vista hacia el palacete. Odiaba a aquella mujer tanto como odiaba aquel caserón.

Había intentado venderlo y regresar a la vieja casa fuera de la ciudad, pero en el estado en que se hallaba, sin las reformas que necesitaba, tan solo podía pensar en malvenderlo. Ni rebajando el precio hasta casi un tercio había conseguido que nadie se interesase por él. Los posibles compradores conocían las desgracias de maese De Castro. Olían la sangre y no iban a contentarse con tan poca merma. Querían más.

Lo mirase por donde lo mirase, la única manera de conseguir algo de dinero y restar gastos era vender su antiguo hogar, la casa de las afueras. Sin embargo, tampoco ahí lo tenía fácil. Sabía que tendría que acabar cediendo y malvender la casa por menos de la mitad. No podía permitirse ser orgullosa.

De nada servía lamentarse. Había que hacer lo que había que hacer.

Con ese pensamiento se acuclilló junto a la ropa. Le daría fuego y con ella al recuerdo de aquella maldita mujer y de su hermano.

Antes de que pudiera prenderla, Francisco llegó a su altura y le quitó la cerilla de algodón de las manos.

—¿Os habéis vuelto loca? —gritó apartándola de la hoguera.

Juana se revolvió enrabietada. Cruzó los brazos por encima del pecho.

—Esta ropa es mía. Esa arpía la dejó olvidada en la casa, ¡así que haré con ella lo que me plazca!

Francisco alzó las palmas de las manos.

—¿No sería mejor que la vendieseis? Está en buenas condiciones. Un trapero os dará algo por ella. Es preferible que os deje algo de dinero, aunque sea poco, que quemarla sin sacar provecho de ella. Sé que verla arder sería un

placer que a buen seguro os merecéis, pero, si la quemáis, solo habréis hecho desaparecer una pila de ropa. No borraréis el recuerdo de esa mujer ni de lo que os ha hecho a vos y a vuestro padre.

Juana le lanzó una mirada furibunda que el chico sostuvo con resignada paciencia. La joven acabó por claudicar. Alzó la vista al cielo tratando de contener la rabia que bullía en su interior.

Francisco era el único que seguía en la casa quizá por algún sentido romántico de la lealtad hacia su maestro. Fuese por lo que fuese, el chico no solo había aguardado el regreso de Martín, sino que se quedó después a ayudar. Cuando ya nadie le hubiese podido echar en cara que se fuera.

Se había hecho cargo de los pocos compromisos del taller en su ausencia, y seguía haciéndolo. Aunque la verdad era que apenas quedaba labor para un mes, dos a lo sumo. De esos trabajos procedía el único dinero que había entrado en el palacete desde el accidente del carruaje. En cuanto la labor que quedaba por finalizar en el taller concluyera, Juana no sabía qué iban a hacer para comer.

Ojalá olvidar lo sucedido fuese tan sencillo como quemar aquella pila de prendas.

—Tenéis razón —concedió—. Por mucho que desee verlos arder, estos vestidos son más útiles enteros que reducidos a cenizas.

—Desearía haberla detenido cuando huía—se lamentó Francisco. El chico estaba colocado a su lado y mantenía la mirada fija en la pila de ropa—. Nunca imaginé que estaba abandonando a maese De Castro. Vos estabais con el maestro y yo pensé tontamente que ella se iba para estar con él.

—Vos no tuvisteis la culpa. No sabíais que aquel par de malnacidos solo eran dos vulgares estafadores.

—¡Aun así! —prosiguió el chico—. Debí impedir que se llevaran nada de la casa. O que vendieran materiales del taller. Era mi responsabilidad.

La joven le puso la mano en el hombro.

—No tuvisteis la culpa —repitió.

Juana estudió al chico con atención. En sus puños apretados con energía habitaba una rabia y frustración evidente.

Desde que había regresado, ella y Francisco apenas tenían tiempo de cruzar unas palabras. Él estaba ocupado siendo el único trabajador en el taller. Ella, con el cuidado de su padre. Sentía una gratitud inmensa. Sin Francisco, Juana sabía que su vida, además de ser solitaria y triste, estaría vacía.

De improviso tuvo necesidad de acercarse físicamente a él. De abrazarle y dejar que los problemas se evaporaran, como si no existiesen. Tal vez también podría rozar sus labios gruesos y bien formados con los dedos y acariciar ese bigotillo ridículo que se empeñaba en lucir. Y acercarse a su boca y besarla.

Ambos pensaban lo mismo. Lo deseaban con idéntica fuerza.

—¡Ah de la casa! —gritó alguien.

Ambos jóvenes se miraron sabedores de que el momento había pasado, estallado como una pompa de jabón.

Al trote, Juana entró en la casa. Francisco tuvo que esforzarse para seguir su ritmo.

En el zaguán se toparon con una pareja de desconocidos.

—¿Quién sois? —inquirió Juana.

Los dos hombres se miraron entre sí y la joven los estudió con detenimiento. Uno de ellos era un tipo achaparrado y de escasa cabellera. Lucía un amplio bigotón mal cuidado en el que despuntaban algunas canas y tenía el rostro picado por la viruela. Iba vestido con un elegante y sin duda caro jubón acuchillado con bordados en plata. Saltaba a la vista que aquellas ropas no iban con su personalidad, como si el único motivo por el que las llevaba era porque podía permitírselas. El que le acompañaba era alto y fornido como un toro. Iba ataviado con una sencilla camisola de paño remendada.

A Juana no se le escapó que habían entrado sin esperar a ser invitados, y con la misma seguridad estaban plantados en los escalones que llevaban al primer piso.

—Buscamos a maese De Castro —respondió el hombre elegantemente vestido, al tiempo que apoyaba el codo en la barandilla. De su postura y del hecho de ignorar la pregunta de Juana se denotaba que se dirigía a ella porque quería hacerlo, no porque creyese tener la obligación de hacerlo.

—Yo soy su hija. ¿Qué es lo que queréis?

El hombre se pasó la mano derecha por la frente en una mueca de estudiado desinterés.

—Queremos verlo —se limitó a decir.

Parecía claro que él era el encargado de hablar. El tipo que lo acompañaba se sentó en los escalones y se dedicó a contemplar la escena. Aunque su postura denotaba un cierto estado de atención a cuanto lo rodeaba.

—¿Cómo habéis dicho que os llamabais? —insistió Juana.

El desconocido mostró los dientes mientras forzaba algo similar a una sonrisa.

—Mi nombre es Manuel Pina. Vuestro padre está en tratos conmigo. He de verlo inmediatamente.

—El maestro no está en condiciones de recibir a nadie. Está descansando —intervino Francisco.

—Ya imagino. Después de lo que pasó. —Manuel Pina acompañó sus palabras con un movimiento de la mano con el que simulaba serrarse el brazo derecho. El tipo que lo acompañaba dejó escapar una sonrisita—. Por eso hemos venido. Me preocupa que no pueda volver a trabajar.

—¿Cómo os afecta a vos lo que le haya sucedido a mi padre, si puede saberse? —se le encaró Juana. La muchacha tenía los brazos en jarras y el ceño fruncido en actitud desafiante.

El hombre descendió los escalones y se colocó a la altura de ella.

—Porque si no trabaja no me pagará lo que me debe.

Juana parpadeó atónita.

—Mi padre no os debe nada. Ni a vos ni a nadie. ¿De qué deuda habláis?

El recién llegado lanzó una risita sin rastro de alegría. Abrió los brazos para abarcar la casa y se apoyó en los talones.

—De la que adquirió al coger el dinero que le presté para comprar esta casa, niña. Eso es lo que me debe.

En la mente de Juana dos puntos independientes se conectaron entre sí. Tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le notara el impacto que tuvo aquel hecho. Manuel Pina. Aquel nombre le sonaba, pero hasta ahora no había sido capaz de recordar de qué. Era un conocido prestamista cuya fama de matón peligroso lo precedía. Antes de morir, el aya Teresa le habló de un préstamo que su padre había pedido para hacerse con el palacete. Con todo lo sucedido durante esos meses aquella información se había perdido entre sus pensamientos. Ahora el problema se volvía real.

Trató de aparentar normalidad e imprimió a su voz un tono que resultase sosegado.

—¿Y a cuánto asciende la cantidad que mi padre os adeuda?

El prestamista rebuscó entre sus ropas y sacó de ellas un pliego que desdobló. Se lo tendió a la joven.

—¿Qué es esto? —bufó Juana.

Dio un inconsciente paso hacia atrás negándose a coger el pliego, y colocó las manos pegadas a ambos lados del cuerpo.

El hombre sacudió el pergamino con vehemencia.

—En este documento se especifica la cantidad acordada y los plazos de pago. Está firmado por vuestro padre. Podéis leerlo si os place. Pero si no queréis cogerlo, podéis pedirle a maese De Castro que os muestre su copia.

Con ciertas reticencias, como si en lugar de un simple papel tuviese ante sí algún objeto afilado, Juana alargó la mano y tomó el documento. Sus ojos volaron por las líneas escritas, con el corazón dando saltos en el pecho.

Sintió que el mundo giraba a su alrededor desbocado. La cantidad que marcaba aquel papel superaba con creces

sus peores temores.

—¡Con esta cantidad se pueden comprar dos casas como esta! —exclamó—. Es imposible que mi padre haya pagado tal cifra por ella. Vos mismo podéis ver que necesita reparaciones. Solo un loco pagaría tanto por este lugar.

Por toda respuesta, el prestamista se encogió de hombros y volvió a guardarse el pergamino dentro del jubón.

—Quizá vuestro padre sea un loco o simplemente no sabe hacer negocios —dictaminó sin disimular una media sonrisa.

—O puede que vos no le prestarais tal cantidad de dinero —terció Francisco.

Manuel Pina lo taladró con la mirada.

—¿Qué insinúas, chico? La firma de maese De Castro está en el documento.

Francisco dio un paso resuelto hacia el hombre y lo desafió con la mirada.

—Puede que la firma del maestro esté en ese papel, pero quizá vos le prestasteis menos cantidad de la que dice ahí.

De un ágil paso el prestamista se plantó a menos de un palmo del chico. Con solo haberse inclinado, sus frentes habrían chocado. También el tipo de la escalera se puso en pie de un salto y se colocó tras su patrón a la espera de órdenes.

—¿Me estáis acusando de usura? —gruñó el prestamista entre dientes.

El cobro de intereses en un préstamo, conocido como usura, estaba prohibido por la Iglesia. Ningún cristiano podía cobrar una sola moneda más de la prestada. Era una grave acusación que podía dar con los huesos del prestamista en la cárcel. Para saltarse aquella prohibición, era habitual realizar ciertas prácticas que camuflaban el cobro de intereses, como reflejar en el contrato cantidades de dinero mayores de las recibidas. Con esa diferencia entre el dinero realmente prestado y la cifra que el deudor asumía, el prestamista conseguía un beneficio que ante la

ley pasaba como legal.

Juana notaba un nudo crecerle en el estómago. Aunque aquello fuese cierto, demostrar aquellas prácticas resultaba un camino agotador y en la mayoría de las ocasiones estéril. Ante la ley, su padre había firmado la entrega de aquella cantidad desorbitada de dinero. Nada podía hacerse al respecto.

—En cualquier caso —intervino con decisión—, restan más de dos meses para que venza el plazo de vuestro préstamo. Por lo tanto, os ruego que os vayáis de la casa de mi padre.

El prestamista ahogó un bufido. Frunció el ceño y elevó su frente con aire digno.

—Es la casa de vuestro padre de momento —dejó caer el prestamista—. En cuanto llegué el día del vencimiento, llevaré a maese De Castro ante la justicia. A fe mía que esta casa, la otra que está fuera de la ciudad y todo lo que posee será mío.

Después hizo una seña a su empleado y ambos enfilaron el camino de la calle.

Cuando el portón retumbó en todo el palacete, a Juana le dio la impresión de que el suelo se abría bajo sus pies. Durante la visita del prestamista había aguantado el tipo, pero al irse este se permitió dejarse llevar y empezó a temblar nerviosa. Las lágrimas afloraron fruto de la tensión y la frustración. Junto a ella, Francisco se aguantaba las ganas de abrazarla. También él sentía una desazón que nacía de la incomodidad de la conversación con el prestamista y de la certeza de que nada, excepto pagar, podía hacerse para resolver la situación. Finalmente le puso la mano en el hombro y Juana se abrazó a él. Se pegó con tanta fuerza que los hipidos de la joven retumbaban en su pecho.

Después de unos minutos, Juana se secó las lágrimas. No había tiempo para lamentaciones.

Francisco buscó en su interior alguna palabra de ánimo. Algo que pudiera ser de ayuda en ese momento. No encontró nada.

—Lo siento —fue todo lo que acertó a decir.

Juana tomó aire y lo retuvo unos instantes en su pecho. Lo soltó dejando que saliera de su boca con lentitud.

—Ya habéis oído a ese hombre —musitó. Mantenía la cabeza agachada y se frotaba nerviosa las manos, cruzadas a la altura del vientre—. Estamos literalmente en la ruina. Esta casa, la de fuera de la ciudad y todo cuanto hay en ellas será suyo. Os agradezco que después del accidente de mi padre os quedaseis, pero ahora las circunstancias han cambiado. Sois libre de iros y buscar otro maestro. Nadie os lo reprochará, nunca.

Francisco la detuvo con un ademán firme.

—No vais a conseguir que me vaya tan fácilmente —dijo, esbozando una sonrisa que acabó por contagiar a Juana. Después el rostro del chico se ensombreció y su voz adquirió un tinte grave—. Pero sí que he de ausentarme, unas semanas, un mes y medio como mucho. Siento dejaros sola en esta situación, sin embargo, tan solo tenemos dos meses y el tiempo vuela. No os puedo decir dónde voy. Solo que regresaré para ayudaros. Os doy mi palabra.

—No tenéis que inventaros una excusa —lo interrumpió Juana. Estaba siendo franca con él. Que Francisco pudiera no serlo con ella le dolía profundamente —. Podéis decir a las claras que os vais. Lo entiendo perfectamente. Os juro que no os lo reprocharé.

—Confiad en mí. No puedo deciros dónde voy, pero volveré.

Juana se quedó en silencio. Durante un breve segundo contempló el suelo embaldosado bajo sus pies. Después alzó la vista hacia el rostro de Francisco. A las pupilas del chico se asomaba un océano de honestidad en el que era tan fácil y tentador hundirse. Una parte de ella le decía que no podía permitirse confiar en nadie. Si Francisco no regresaba le rompería el corazón. Sus manos necesitaron imperiosamente asirse a algo y aletearon hacia sus piernas, donde se posaron indecisas.

Por fin asintió. Elegía creer. Necesitaba creer.

—De acuerdo —aceptó—. De todos modos, el trabajo

del taller es tan poco que vuestra ausencia apenas se notará.

—¿Tendréis dinero suficiente hasta mi vuelta?

Esa pregunta hacía días que rondaba por la mente de Juana. Movió la cabeza para asentir.

—Creo que sí. Estirando lo poco que nos queda, y vendiendo algo del material del taller que esos sinvergüenzas no pudieron llevarse, sacaré bastante para unas semanas. Además, venderé, aunque más bien será malvender, la casa de fuera de la ciudad. Si ese usurero cree que se va a quedar con ambas no sabe la sorpresa que se va a llevar. Le demostraré que no será así.

—Yo os puedo dar algo de dinero. No es una gran cantidad, pero os servirá.

—No puedo aceptarlo —negó Juana con vehemencia.

—Lo aceptareis porque lo necesitáis y porque yo os lo ofrezco. Tomadlo como pago de la comida y el techo que maese De Castro me ha proporcionado.

—Mi padre es vuestro maestro. Es su obligación daros un techo.

—Pero maese De Castro no es mi maestro desde hace meses. Así pues, he estado viviendo de vuestra caridad este tiempo. Insisto en que lo aceptéis.

Era difícil resistirse a la rebuscada lógica del chico, sobre todo en un momento de necesidad tal. Juana cabeceó para acceder.

—Acepto vuestro dinero y os estoy tan agradecida que no tengo palabras —dijo. Estaba sinceramente emocionada. Hacía mucho que no le ofrecían ayuda a cambio de nada.

Francisco sonrió para mostrar su conformidad.

—Partiré mañana mismo, así que será mejor que vaya a por él. Lo guardo en mi cámara.

Giró sobre sus talones y se dirigió al interior de la casa.

Juana usó los pocos minutos que pasaron hasta su regreso para pensar en lo sucedido. El accidente de su padre, la huida de los Ferrara, el prestamista, la oferta de ayuda de Francisco. Su vida se estaba convirtiendo en un vertiginoso y revuelto río de emociones en el que solo podía dejarse arrastrar por la corriente.

—Tened —ofreció el joven, tendiéndole una bolsa de cuero.

Juana hizo un último intento de rechazarla, que fue respondido con firmeza por parte del chico.

—Os lo agradezco —acertó a decir al fin la joven.

—Siento no poder daros más, pero he tenido que reservar una pequeña cantidad para el viaje.

Juana sopesó la bolsa. Estaba todo menos vacía. De nuevo volvió a preguntarse de dónde sacaba un simple oficial el dinero. ¿Tendría algo que ver con el misterioso viaje que emprendía?

Francisco interrumpió el curso de sus pensamientos. Se aclaró la voz y habló con un tono sereno y firme:

—Antes de que me vaya, debo deciros algo. —Juana le hizo una seña para que arrancase—. Estos meses he podido conoceros y quiero que sepáis que os tengo un gran afecto. Una gran estima.

—Yo también a vos...

—Por favor, dejadme continuar porque si me detengo no seré capaz de proseguir —la cortó Francisco. Juana frunció los labios como queriendo dejar claro que estos estaban sellados hasta que concluyera—. Lo que quiero deciros es que os admiro por vuestro talento y tenacidad. Pero eso ya lo sabéis..., imagino. —Hizo una larga pausa—. Lo que quiero decir es que me parecéis realmente bella y cuando os miro o estoy a vuestro lado siento que... —Toda la seguridad que el chico acababa de mostrar se había ido desvaneciendo a medida que hablaba, y definitivamente en ese punto las palabras se volvían esquivas y huidizas.

Aquella era peor declaración de amor de la historia. Juana resolvió echarle una mano antes de que la torpeza del chico fuese a más.

—Relajaos —musitó con dulzura—. Yo siento lo mismo por vos. Así que, os lo ruego: proseguid, por favor.

Aquellas simples frases fueron suficientes. El rostro de Francisco se iluminó con una débil sonrisa. Tomó aire de modo ruidoso por la boca y continuó:

—Lo que trato de deciros es que os amo, Juana de

Castro. Desde la misma mañana que os vi con ropa de cama en el taller de vuestro padre.

El recuerdo de aquella escena hizo que Juana estallase en una sonora carcajada. Francisco la imitó y los dos acabaron riendo como dos lunáticos.

—Yo también os amo, Francisco Peña. Aunque, confieso que yo no empecé a hacerlo hasta un tiempo después de aquello. Os odié durante por lo menos dos semanas —dijo Juana sofocando la risa. Su mano se posó en el hombro de Francisco con ternura.

Como si aquello fuese la señal que esperaba, el chico colocó la espalda bien vertical y tomó aire. Sus manos volaron hasta posarse en las de Juana al tiempo que la atraía hacia sí.

—Había algo que estaba a punto de hacer antes de que ese maldito usurero nos interrumpiese —susurró.

Juana contempló sus manos entrelazadas. Fue consciente de la situación, de la cercanía de sus cuerpos. Sentía el calor de las manos de Francisco en las suyas. El latir nervioso en la yema de sus dedos. Su aliento haciéndole cosquillas en el cuello.

—¿El qué? —dijo con fingida inocencia.

—Besaros.

—Pues besadme o tendré que besaros yo.

Y Francisco lo hizo.

Se besaron hasta que el ansia fue insondable y luego se hundieron aún más en aquel deseo.

Sus labios y bocas y dedos y manos se hicieron uno por primera vez. Se emborracharon de ellos con torpes caricias que pugnaban por adentrarse en el territorio desconocido pero ya imaginado del otro. No obstante, decidieron que no pasaría nada más hasta el regreso de Francisco.

—Quiero que el recuerdo que tengamos de ello sea hermoso y no apresurado, ya que mañana he de partir —explicó el chico.

Aunque el deseo que sentía fluir en las entrañas era como una brasa encendida, Juana estuvo de acuerdo.

A pesar de sus palabras, una vez desnudos en la misma

cama el deseo parecía incontrolable, por lo que hubieron de poner límites a su curiosidad.

Esa noche saciaron una sed largamente aguantada, y aun así siguieron sedientos.

Rayaba el alba cuando Francisco saltó de la cama y comenzó a vestirse. Fuera, Valladolid estaba en silencio, y en el cuarto, las brasas de la chimenea apenas daban calor; pese a ello, la estancia no estaba fría. La hora de partir había llegado.

—¿De veras tenéis que iros? —susurró Juana.

Habían dormido abrazados y aún sentía en el vientre el calor del cuerpo de él.

Francisco se quedó inmóvil en la oscuridad de la habitación. Se sentó junto a ella y la tomó de la mano.

—No quiero alejarme de vos, pero he de hacerlo para ayudaros. Mejor salir al alba.

Después le besó la palma de la mano y continúo su labor.

Juana se mordió las ganas de preguntar a dónde se dirigía mientras lo veía vestirse. Cada vez que lo había preguntado esa noche, y no habían sido menos de tres, Francisco solo le había contestado lo mismo:

—Confiad en mí. Os lo aclararé todo a mi regreso.

Así pues, solo podía aguardar su vuelta. Se incorporó en la almohada y prendió una lamparilla.

Ya vestido, Francisco se inclinó sobre ella y se besaron. Un beso largo y profundo como un océano. Un beso que quería atrapar la esencia de su amor para los días solitarios que vendrían.

—Antes de irme, habéis de prometerme una cosa —musitó Francisco incorporándose.

Juana se tomó unos segundos antes de responder. Nunca el intenso azul de los ojos de Francisco le había parecido más hermoso.

—Vos diréis.

—Prometedme que no dejaréis de pintar.

—¿Durante vuestra ausencia? Por supuesto que no dejaré de pintar. —Extendió los brazos para señalar a su alrededor y soltó una risita amarga—. ¿Qué otra cosa iba a hacer sola en esta casa inmensa?

—No solo durante mi ausencia. El resto de vuestra vida. Tenéis un don natural para pintar. Sería una pena privar al mundo de vuestra visión solo por ser mujer. Vuestra perspectiva es lo que os hace única. Prometedme que nunca dejaréis de pintar.

Juana lo aseveró con un leve movimiento de cabeza.

—Esa promesa ya me la hice a mí misma hace mucho tiempo. Descuidad. No dejaré de hacerlo.

XIII

Juana pintó y pintó durante las semanas que siguieron a la partida de Francisco. Como bien le había dicho: «¿Qué otra cosa podía hacer?». El taller no volvió a recibir trabajo y ella misma se encargó de concluir lo poco que quedaba.

Las noticias de Francisco no llegaban, e iban para cuatro las semanas que hacía que el chico se había ido.

Los intentos por vender la casa de fuera de la ciudad habían resultado inútiles. Varios compradores se interesaron por ella, pero tras unos días todos acabaron por echarse atrás o, en el peor de los casos, dieron la callada por respuesta. La muchacha estaba convencida de que Manuel Pina había difundido la noticia de que la casa iba a ser suya por una deuda y nadie se atrevía a enfrentarse al prestamista. Fuese como fuese, lo cierto era que ya nadie se mostraba interesado por el edificio, a pesar de que su precio rayaba lo irrisorio.

Casi todo el material del taller de su padre había sido malvendido a pintores rivales. Con ese dinero, y el que Francisco le dejara, y sin despilfarrar, podía vivir sin agobios hasta la fecha de vencimiento del préstamo. Cuando ese día llegara, se vería abocada a irse a la calle junto a Martín. Él era el responsable de aquella situación y también era la principal causa de que el poco dinero que aún tenían se fuese por el sumidero.

Continuaba con su comportamiento errático y egoísta, incluso se podía decir que había empeorado. Ya no seguía encerrado en su cámara, pero solo porque cambiaba la atmósfera cargada de la habitación del segundo piso por la de las tabernas de la ciudad. El alcohol era lo único que hacía salir de la cama al pintor. Era habitual que no se

dejase ver durante varios días, hasta que todo el dinero se transformaba en vino; cuando no, alguien se aprovechaba de su embriaguez para robarle la bolsa. En una ocasión en que Juana se negó a proporcionarle más dinero, había montado en cólera de tal modo que la joven aún temblaba al recordarlo. El pintor tiró sillas y volcó la mesa de la cocina, y por primera vez le levantó la mano amenazando con golpearla. Desde ese día, la joven se ocupaba de que siempre hubiese unas monedas junto a la puerta de Martín. Por mucho que le dolía reconocerlo, sentía que aquel ser atormentado y cruel ya no era su padre. Si la bebida iba a acabar con él, lo mejor es que fuera cuanto antes para ahorrar sufrimiento a ambos.

Eso mismo estuvo a punto de suceder hacía una semana, cuando trajeron a Martín tiritando de frío y envuelto en varias mantas. Lo habían sacado de las aguas del Pisuerga a las que se había caído desde el puente Mayor. Por fortuna la temperatura del agua aún no era baja; de haberse caído en pleno invierno no lo habría contado.

Juana estaba convencida de que aquel hecho no había sido un accidente. Tenía la certeza de que una parte de Martín aún tenía la dignidad suficiente para avergonzarse de su actual estado, y había guiado sus pasos hasta el puente de modo consciente entre la bruma del alcohol.

Aquella madrugada, sin embargo, Martín había regresado poco después de la salida del sol y ahora dormía la mona a pierna suelta. Juana se había refugiado en el taller, el único lugar en el que encontraba un poco de paz. Estaba concluyendo el retrato de su madre y quería darle los últimos retoques. Quizás aún no tenía la soltura necesaria para plasmar la figura y el rostro humano como un maestro. En otra situación hubiese aguardado a acometer aquella tarea tan personal, pero necesitaba concentrarse en algo para que la tormenta de negros pensamientos desapareciera. Aunque solo fuese unas horas.

Dejó los utensilios en la mesa y se echó hacia atrás para contemplar el trabajo. Estaba concluido.

Sentía el intenso cosquilleo en el estómago que siempre la asaltaba cuando daba una obra por acabada. Una mezcla de satisfacción y remordimiento. Luchando por no ceder a la tentación que le decía que restaba una pincelada más, retocar una sombra, perfilar más una figura.

Con los años había aprendido que una obra nunca estaba concluida del todo. Incluso los grandes maestros volvían a ellas una y otra vez. No existía un lienzo que satisficiese completamente a su autor. A lo máximo a que podía aspirarse era a contemplar el trabajo y no tener el impuso irrefrenable de añadir o quitar nada. Entonces la labor del pintor estaba concluida, al menos por el momento.

Sin poder reprimir una sonrisa de agrado, se pasó el dorso de la mano para limpiarse el sudor y un pegote de pintura roja se le quedó adherido en la frente. Se limpió con un paño que era un borrón de colores indistinguibles los unos de los otros.

Observó largo tiempo la obra finalizada. La sonrisa amable de su madre brillaba en todo su esplendor. Apoyada en el caballete, los ojos de Lidia Núñez la miraban desde la tela con amabilidad. Una mirada afectuosa y tierna que ahora necesitaba con urgencia. Martín la había dibujado de modo veloz y apresurado, y, aun así, ahí estaba la esencia de su esposa. A Juana no le costaba imaginar la escena. Su madre apoyada en una roca, sabedora de que su hija crecía en su interior, y Martín dibujándola sobre el papel con un gesto de cariño en el rostro. ¿Qué habría pensado si pudiera ver aquella pintura? ¿Se habría reconocido en ella?

Echó mano del boceto y lo observó absorta durante un rato. Estudió alternativamente ambas obras y notó una extraña conexión fluir entre ellas. Un joven y enamorado Martín había dibujado al que entonces era el amor de su vida. Ahora, el lienzo de Juana traía desde el pasado ese momento para unirlas.

No había conocido a su madre y ahora estaba perdiendo a su padre. Aquella tela era lo único que la vinculaba a un pasado que nunca volvería. Una punzada de

dolor le sobrevino al pensar en lo que Martín habría podido decir al estar frente a ella tan solo unos meses atrás. ¿Se habría emocionado o sentido orgulloso? ¿Habría censurado el uso libre del color rojo veneciano por parte de Juana como siempre hacía?

Trató de verlo con ojos de pintora. Quizás aún se intuía una cierta inocencia en su pincelada, y no era su mejor obra. A pesar de ello, había puesto un pedazo de su alma en aquel lienzo. Un poco de ella estaba en cada color, en cada sombra. Pese a todos los errores, de los que le era imposible abstraerse, aquella sería siempre su pintura favorita.

Solo restaba una cosa para concluirla.

Aunque no era una práctica habitual en España, Francisco nunca dejaba de insistirle en la importancia de firmar las obras y fecharlas.

«Si no, en el futuro cualquiera podría atribuírsela», decía.

Dejó el boceto de Martín en la mesa y tomó de esta el pincel y la paleta. Bordeó el caballete y mojó el pelo en pintura negra.

Tomó aire y lo soltó con calma. Con pulso firme garabateó en la parte trasera del lienzo: «JVANA DE CASTRO ME FECIT - ANNO 1621».

Nada más concluir su labor, unos fuertes golpes a la puerta le obligaron a dejar atrás el refugio del taller y enfrentarse a la cruda realidad.

Cuando acudió a abrir se topó con cuatro alguaciles a los que acompañaba Manuel Pina. El prestamista llevaba el mismo tipo de ropa pomposa que no terminaba de ir con él. La hebilla de plata que lucía lanzaba reflejos al cielo de la mañana. Esta vez no le acompañaba el matón de la última visita.

—¿Qué es lo que queréis? —inquirió una Juana excesivamente orgullosa para la situación que tenía frente a sí.

Uno de los mangas verdes esgrimió un pliego que colocó ante sus narices.

—Buscamos a Martín de Castro —dijo dando claras

muestras de querer entrar en el palacete.

Juana paseó la vista con premura por el pergamino. Aunque no se detuvo en los detalles, aquel documento no auguraba nada bueno.

—¿Para qué le buscáis, si puede saberse? —dijo colocándose en el vano de la puerta para impedir el acceso a la casa.

El alguacil que estaba al cargo soltó un bufido que no dejaba duda acerca de las pocas ganas que tenía de informar de sus asuntos.

—Le buscamos para prenderlo por impago de una deuda.

—Eso ya lo he leído —replicó Juana con altivez—. Pero aún queda un mes para que venza el plazo del préstamo.

—Pero hay pruebas de que maese De Castro quiere deshacerse de sus posesiones antes de esa fecha —intervino el prestamista.

Juana no se amilanó. Cruzó los brazos sobre el vientre y le plantó cara mirándolo con fijeza. Daba la impresión de que los alguaciles no eran sino meros convidados de piedra.

—¿De qué estáis hablando? Las posesiones de mi padre son suyas y puede hacer con ellas lo que le plazca.

Manuel Pina se tiró de los faldones del jubón y, con parsimonia, se recolocó el cuello de lechuguilla antes de responder. No pretendía ganar tiempo, su calma se debía al conocimiento de que la ley estaba a su servicio.

—Habéis intentado vender la casa de fuera de la ciudad por un precio ridículo. No lo neguéis.

La joven resopló de pura indignación.

—No lo niego. Esa casa sigue perteneciendo a mi padre todavía. Podemos hacer con ella lo que nos plazca.

El prestamista sonrió taimado. Estaba claro que aquella niña solo era para él un simple almuerzo. Colocó los pulgares por dentro del cinturón, a ambos lados de la hebilla de plata, y alzó la frente.

—Si malvendéis lo que ya es mío estáis intentando robarme.

—¡Eso es una tontería! Ni esa casa ni esta ni nada de ella os pertenece aún. ¿Cómo voy a robaros algo que no es vuestro?

—Pero lo será en unas pocas semanas, y es lo único que recibiré de este asunto. Si la vendéis por cuatro perras, queda claro que no lo hacéis para saldar la deuda, sino para escamotear mi dinero.

—Eso que decís es una majadería. Si he de malvenderla es porque vos habéis corrido la voz y nadie quiere comprarla a un precio razonable.

Juana era presa de una cólera como nunca antes había sentido. Aquel ladrón intentaba hacer de la capa de la ley su sayo. Lanzó una mirada interrogativa a los alguaciles, pero estos no estaban por la labor de ayudarla. Tan solo uno se dignó en responderle:

—Si el precio que pedís por la casa fuese el adecuado podría pensarse que lo hacéis para saldar la deuda, pero de este modo...

—Lo que estáis diciendo es que este prestamista es dueño de las posesiones de mi padre antes de que venza el plazo estipulado para devolver el dinero. ¿Es eso lo que dice la ley? —inquirió Juana cada vez más indignada.

En esta ocasión ningún alguacil se dio por aludido.

—Dejad de atender a esta niña y haced vuestro trabajo —les gritó el prestamista.

—¿Es eso lo que dice la ley? —volvió a preguntar Juana ignorándolo.

Nadie abrió la boca.

Manuel Pina resopló para mostrar su irritación, sobre todo ante la inacción de los alguaciles. Estaba a punto de perder la paciencia y tuvo que hacer un gran esfuerzo por contenerse. Bajó la cabeza para dejar claro a aquella mocosa quién mandaba allí. Dio un firme paso hacia ella al tiempo que la señalaba con la barbilla.

—¿Es que aún no lo entendéis, niña? Lo que diga la ley no importa. —Uno de los alguaciles cambió inquieto el peso de una pierna a otra—. Importa lo que yo diga, y digo que no podéis malvender aquello con lo que vuestro padre

pretende pagarme.

—Pero es que aún no se ha vendido nada —se defendió Juana. Por ilógica que aquella situación pudiese parecerle y aunque la ley estuviese de su parte, no podía enfrentarse al poder de Manuel Pina. Debía jugar con las cartas que el usurero le dejaba.

En el rostro del prestamista se dibujó una sonrisa de satisfacción.

—En eso os equivocáis. Vuestro padre ha vendido esta misma noche la casa de fuera de la ciudad. Y a un precio incluso más ridículo que el que vos pedíais.

Juana miró alternativamente al prestamista y a los agentes del orden.

—¿A quién? —preguntó temiéndose lo peor. La sonrisa de superioridad que asomaba en la boca de Pina confirmaba sus miedos—. ¿A vos?

La sonrisa se agrandó hasta dividir en dos el rostro del prestamista.

—Es lo que os dije el otro día —dijo tras una pausa. Estaba disfrutando el momento—: Vuestro padre no sabe hacer negocios, mucho menos cuando está borracho.

—Pero ¡es de locos! —bramó Juana—. No solo lo acusáis injustamente de querer vender barato aquello que ya aseguráis es vuestro, sino que vos lo habéis comprado. ¿Qué clase de justicia es esta?

A modo de respuesta uno de los alguaciles tomó la palabra.

—Maese De Castro estará preso en la cárcel de la villa para evitar que malvenda el resto de las posesiones con las que avaló el préstamo que solicitó a maese Pina —sentenció.

Juana se quedó sin argumentos. Era imposible luchar cuando la ley y la justicia no eran imparciales.

—Y ahora apartad de la puerta —dijo zanjando la discusión el prestamista.

Los alguaciles irrumpieron en el palacete. La chica intentó inútilmente impedirles el acceso. La apartaron a un lado sin miramientos y con tanto ímpetu que a punto

estuvieron de derribarla. Manuel Pina también traspuso el umbral. Sabiéndose dueño de la casa, se plantó en mitad del zaguán con las manos a la espalda. Su barbilla señaló el piso superior. Al instante dos alguaciles ascendieron las escaleras. Juana intentó seguirles y recibió un nuevo empujón y una severa amenaza a modo de respuesta.

—¡No volváis a interponeros o acompañaréis a vuestro padre al calabozo!

A Juana no le quedó otro remedio que aguardar. Al poco, en el piso superior se escucharon voces y ruidos de disputa. La muchacha señaló con el índice al prestamista.

—Sois un ser despreciable —bufó. La rabia que salió de sus labios sorprendió a uno de los alguaciles, que inquieto dio un paso atrás.

Manuel Pina no acusó el golpe. Sonrió de medio lado y siguió contemplando el portal. Juana imaginó que estaba calculando mentalmente cuánto podía sacar por la venta del palacete.

Al poco, un balbuciente Martín bajó las escaleras empujado por los alguaciles. Aún llevaba la ropa de dormir, sucia y raída, y un gesto de sorpresa en el rostro. Ni siquiera miró a su hija. Era como si acabase de salir de un naufragio y nada que estuviese en este mundo le resultara familiar.

Juana lo siguió con la mirada mientras los alguaciles lo sacaban de la casa. Nunca lo había visto tan frágil y desvalido. El mundo se desmoronaba a su alrededor y ella no podía hacer nada por evitarlo.

—Tenéis un mes para abandonar este sitio —dijo a modo de despedida Manuel Pina.

Después salió de la casa dando un sonoro portazo y dejó a Juana con el silencio como único acompañante.

Tras la detención de Martín, los días se deslizaron lentos uno tras otro. El reloj avanzaba a favor del prestamista y, cuando la cuenta atrás concluyese, todo sería suyo.

Francisco aún no daba señales de regresar. Aun así,

Juana se aferraba a la esperanza. ¿Qué otra cosa tenía si también perdía esta?

Dos veces se acercó a la puerta de la cárcel de la villa y dos veces regresó sin poder ver a su padre.

Tampoco tenía mejor suerte cuando demandaba explicaciones sobre la fecha del juicio. Los alguaciles enmudecían cuando los interrogaba. En el fondo, sabían que tenía razón y daban la callada por respuesta. Día tras día, se topaba con un muro de vaguedades. Todo aquel asunto parecía fruto de la improvisación. Lo cual era lógico, teniendo en cuenta que la única ley en la que se asentaba la condena del pintor era el interés del prestamista.

Juana empezó a ver claro que la libertad de su padre dependía del capricho de Manuel Pina. Aquello no era precisamente halagüeño. Acarició docenas de veces la idea de suplicar por la libertad de Martín, algo que sabía inútil. La fama de cruel del prestamista le precedía. Además, tampoco tenía nada con lo que negociar con él, o a lo peor sí lo tenía; aquella era una idea que se le antojaba tan terrible que antes prefería la muerte.

Solo podía confiar en que el prestamista se diese por satisfecho tras hacerse con el palacete y ordenara soltar a Martín de Castro tras arrebatarle cuanto poseía.

Esperar el regreso de Francisco. Esperar los caprichos del prestamista. Parecía que aguardar era todo cuanto podía hacer. Y aquella inacción la llenaba de ansiedad e incertidumbres. En el hipotético caso de que Martín saliese libre en un plazo corto de tiempo, ¿qué iban a hacer? ¿Cuál era el futuro que le esperaba?

De haber nacido hombre podría ganarse la vida con su oficio, pero sin estudios oficiales ningún gremio la aceptaría.

Presa de la frustración que la situación le generaba, dejó caer el pincel sobre la mesa y se quitó el mandil que usaba cuando estaba en el taller. Desde que los alguaciles se llevaran a su padre era incapaz de dar una simple pincelada. Por primera vez en su vida se sentía vacía frente a un lienzo en blanco.

Se pasó la mano por la frente y soltó todo el aire que tenía dentro de los pulmones. La angustia no remitió, pero notó un ligero alivio.

Un ruido a su espalda la hizo girarse alarmada.

A la puerta se asomó un hombre de edad avanzada. Era fornido y ancho de espaldas y lucía una poblada barba cana. Junto a él, una mujer oronda la estudiaba con una sonrisita amable pintada en el rostro. La mujer le resultaba vagamente familiar, aunque no lograba ubicarla.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis en esta casa? —preguntó Juana.

Se había acostumbrado a que las visitas trajeran consigo malas noticias, por lo que le salió un tono áspero e incluso un poco malhumorado.

Al hombre pareció no afectarle la fría bienvenida y con las manos a la espalda se dedicó a pasear por el taller mirando todo a su alrededor con desagrado. A pesar de la edad que dejaba ver su rostro, mantenía un vigor propio de la juventud.

La mujer permaneció en el vano de la puerta sin atreverse a traspasarlo. Al verlos, era inevitable pensar en un imponente león y en un ratoncillo asustadizo.

—Así que a ti también te atrae esto de pintar —dijo el hombre curvando los labios hacia arriba. Pronunció el verbo pintar con un deje de desprecio.

—¿Quiénes sois? —repitió Juana.

El desconocido se plantó a unos pasos de ella y la examinó con interés, de arriba abajo, hasta que logró que Juana se sintiera incómoda.

—Sois igual que ella —dijo.

—Os he preguntado que quiénes sois —insistió Juana.

El desconocido alzó la barbilla hasta casi señalar el techo y se apoyó en la punta de sus botas.

—Soy Ramón de Castro. Tu abuelo.

Juana se quedó muda. Por mucho que rebuscó en su interior no halló una sola palabra con que rellenar aquel silencio.

Martín de Castro apenas hablaba de sus padres con

ella. Las pocas veces que lo había hecho era para señalar que Ramón de Castro y su hijo hacía años que no se hablaban. Su abuelo odiaba el oficio de su hijo, del que decía era un entretenimiento para amanerados y débiles. Un pintor, un escultor o un maestro vidriero eran para él poco más que artesanos que se ensuciaban las manos realizando una labor que no servía para nada. Un artista no era digno de llevar su apellido.

Según sostenía Martín, para el patriarca de los De Castro solo las cosas que podían medirse o tocarse tenían valor. El resto, como la belleza o el arte, eran distracciones en las que un hombre cabal no debía invertir su tiempo. La imagen mental que la joven había creado de él no difería de la realidad: un ogro eternamente malhumorado.

Bastaba un solo vistazo a su semblante severo y ademanes férreos para darse cuenta de que no exageraba. Ramón de Castro tenía una expresión desafiante, casi terrible.

—Límpiate la pintura de las manos y reúnete conmigo fuera —tronó.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y salió del taller sin añadir nada más. Antes miró a su alrededor y chasqueó la lengua para mostrar lo poco que le agradaba andar entre lienzos y pinturas.

Pasó al lado de su esposa ignorándola, como si esta ni siquiera estuviese allí. Cuando salió del taller la mujer miró a su nieta y esbozó una sonrisa. Con paso ligero se acercó a ella, la tomó de las manos y la estudió de arriba abajo.

—Soy tu abuela, Julia Page —dijo—. ¡Cuánto has crecido desde la última vez que te vi! ¡Estás hecha toda una mujer!

Juana parpadeó atónita.

—¿Vos me conocíais? Yo creía que mi padre no tenía trato con su familia.

La mujer quitó importancia a aquel comentario agitando la muñeca.

—Solo con Ramón. No se hablan desde que Martín se casó con tu madre y se fue de Burgos. Pero tu padre y yo

nos escribimos desde hace años. Incluso yo he venido a Valladolid a verte en varias ocasiones. Antes de que Ramón se enterara y me prohibiera seguir viéndoos. Por eso la última vez que te vi eras solo así.

Julia señaló con su mano una altura que no iba más allá de su cintura. Sonrió expandiendo una docena de arrugas en su rostro, y sus ojos se convirtieron en dos pequeños puntitos de color azul llenos de vida. Sus ademanes, amables, sencillos y cálidos, no podían ser más diferentes de los de su marido.

—¿Por eso sabéis lo que le sucedió a mi padre?

El semblante de Julia demudó.

—Me llegaron las noticias del accidente de Martín. Un comerciante de vinos que nos ha hecho durante años de mensajero me lo dijo. Cuando llegamos, comprobamos que las cosas son aún peores. ¡Preso por una deuda! —exclamó santiguándose.

—¡Es todo un embuste! El prestamista ha comprado a los alguaciles para que lo metan preso antes de que venza el plazo de la devolución.

La mujer asintió como si escuchar aquello le quitara un gran peso de encima. Juana intuyó en ella detalles que delataban que Martín era hijo de su madre.

Desde fuera del taller, Ramón llamó con grandes voces. Sus gritos dejaban claro que no estaba acostumbrado a alzar la voz para ser obedecido.

—¡No tengo todo el día para hablar contigo! —berreó.

Una sombra de miedo se asomó a los ojos de Julia. Acto seguido, tiró de su nieta en dirección a la puerta con precipitación. Estaba claro que una sola palabra de su marido tenía para ella el valor de una orden.

—Démonos prisa. A tu abuelo no le gusta esperar —dijo de modo atropellado. Se detuvo antes de traspasar el umbral y estudió el aspecto de su nieta—. Y quítate esa pintura antes de nada. Te pareces a tu padre, siempre andaba con la cara y las manos llenas de colorines.

Una punzada de orgullo brotó en Juana al escuchar aquello.

Siguió a la anciana hasta el portal y después juntas fueron hasta el estudio de la planta superior. Antes de entrar, la anciana la instruyó como si se tratase de un examen.

—Sé respetuosa con él y no lo hagas enfadar —le susurró.

Empujó la puerta y ambas entraron.

Ramón de Castro estaba de espaldas a ellas, contemplando los libros de un estante con las manos cruzadas a la altura de los riñones. Cuando las dos mujeres entraron se giró y miró a Juana con dureza.

—No me extraña que tu padre se arruinara. Aquí hay una fortuna en libros. ¡Menudo modo de malgastar el dinero! —dijo antes de sentarse a la mesa.

Apartó una pila de documentos que Martín había debido de consultar antes de su viaje a Salamanca y, mirando a su nieta, señaló la silla frente a sí. Julia se colocó unos pasos detrás de su marido. No hizo falta que se le indicara su sitio. Estaba bien amaestrada.

El comerciante se aclaró la voz y se apoyó en los reposabrazos de su silla como si estuviese a punto de tomar impulso.

—Imagino que estás al tanto de la situación en tu casa —comenzó—. Bien, aunque tu padre y yo hace años que no nos hablamos, es de mi sangre. Así que he venido a ayudaros.

El hombre hizo una pausa. Juana receló de las intenciones de su abuelo. Algo en su expresión dura decía bien a las claras que aquello no era cierto del todo. Quizá su intención era ayudar a Martín y a su nieta, pero no por afecto, sino porque se sentía en la obligación de hacerlo. No obstante, Juana sabía qué tenía que decir. La pausa del comerciante contenía una intención que captó al instante.

—Os lo agradezco —dijo.

Ramón de Castro se retrepó en la silla complacido.

—Lo primero será tratar con ese prestamista y averiguar qué cantidad estaría dispuesto a aceptar. Me conozco a esa gente. Con la cifra adecuada dará el asunto

por concluido. Recoge tus cosas, te vas con tu abuela a Burgos —concluyó Ramón dando por zanjada la conversación.

—No voy a ir a ninguna parte sin mi padre.

El viejo frunció el ceño y la miró como si no hubiese sido consciente hasta entonces de que Juana fuese siquiera capaz de hablar. Tras unos segundos, dio una sonora palmada en la mesa y la pila de documentos se desparramó.

—¡Tú harás lo que yo te diga!

—No pienso irme dejando a mi padre en la cárcel —porfió de nuevo Juana.

Ramón de Castro arrugó el rostro en una mueca de rabia. Solo la mano de su esposa sobre su hombro impidió que se levantara de la silla y diese una bofetada a su nieta.

—Por favor, Ramón. La niña quiere estar con su padre. Es normal. Deja que nos quedemos mientras tú arreglas todo aquí.

Durante un segundo, dio la impresión de que Julia sería el objetivo de la ira del comerciante. Finalmente, el hombre soltó un gruñido antes de serenarse. Se alisó los pliegues de las calzas y emitió su veredicto con voz dura:

—Por lo visto, tu padre no ha sabido educarte correctamente. Ya te meteré yo en cintura. —Se detuvo y resopló furioso—. Podéis quedaros de momento. Así ayudareis a empaquetarlo todo. Algo sacaremos por estos libros, las ropas y otras cosas que he visto en el taller. Así, al menos, podré recuperar parte de lo que me costará sacar a ese inútil de la cárcel.

Juana tuvo que refrenar la lengua. Se mordió la parte interior de las mejillas y aguantó.

Hasta ese día apenas sabía quién era Ramón de Castro, pero su abuelo ya le había dado motivos más que suficientes para no querer saber nada más de él.

Sin embargo, por mucho que aquello le revolviese las tripas, lo mejor en ese momento era callar. Sacar a su padre de la cárcel era lo importante. Ramón de Castro era la única esperanza que tenía de que aquello se arreglara. Agachó la cabeza y volvió a dar las gracias antes de salir del estudio.

XIV

Los días pasaron sin que Martín fuera liberado. Las negociaciones entre Ramón de Castro y Manuel Pina no avanzaban. El uno racaneaba con la cantidad necesaria para que el prestamista olvidara aquel asunto, y el otro notaba que mordía carne y no soltaba a su presa. Aquello irritaba profundamente a Ramón, hasta el punto de amenazar con dejar a Martín a su suerte y marcharse de aquella ciudad de usureros.

Juana se temía que aquello no fuese una amenaza vana. El comerciante de paños valoraba una única cosa: su dinero. No había tenido ningún reparo en desprenderse de la biblioteca de Martín por un precio muy inferior al que valía. Juana no pudo hacer nada por evitarlo. En el último segundo logró ocultar el libro de grabados regalo de Francisco y un ejemplar de *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*. Lo demás salió de la casa en carretillas hacia un destino que desconocía. Su abuelo estaba dispuesto a recuperar la mayor cantidad de dinero que pudiera de aquel asunto que trataba como un negocio. Porque eso era para él, un negocio en el que no iba a ganar nada. Su objetivo era que, por lo menos, perdiese lo menos posible.

Poco a poco, todo el material que aún quedaba en el taller fue vendido. Dos sirvientes del pintor que había comprado todo llegaron y vaciaron el espacio por completo en una sola mañana. Caballetes, lienzos, espátulas, paletas, bastidores, pigmentos e incluso los mandiles de trabajo y la estufa con que se calentaban en invierno. Se lo llevaron todo. El taller quedó completamente desierto.

Por fortuna, la víspera, Juana logró ocultar el retrato de su madre. Desclavó el lienzo del bastidor y lo enrolló

con cuidado. Lo metió junto a los dos únicos libros que había conseguido salvar en un saco de arpillera y escondió este bajo una tabla del ático. Quizá, cuando todo esto pasara, podría recuperarlo. Eso fue todo lo que se salvó. Los muebles y demás objetos del palacete también fueron despareciendo con celeridad.

Primero, los duques de Ponto Rosso, y ahora su abuelo. El pasado de Juana se esfumaba ante ella sin que pudiese hacer nada al respecto.

Lo único que conservaba era el pergamino ajado donde Martín había abocetado a su madre. Se juró a sí misma que aquel pedazo de papel no se lo quitarían nunca.

Los días corrían en contra de Martín. A falta de una semana para que venciese el plazo de devolución del préstamo, su destino era tan incierto como su presente. Juana no veía a su padre desde que se lo llevaran preso. En honor a la verdad, podría haber muerto en el calabozo sin que nadie lo supiese.

A ese temor se sumaba la ausencia de Francisco, a quien Juana añoraba cada segundo que pasaba lejos de él. Ya iban para siete las semanas desde que se fuera y seguía sin dar señales de regresar.

La incertidumbre sobre el destino de Martín hizo que el propio Ramón de Castro maniobrase para que se le dejase ver a su hijo. El pensar que estuviese muerto y que el prestamista pudiera estar engañándolo le llenaba de ira. Que su hijo estuviese vivo o no parecía quedar en segundo plano.

Finalmente, a Juana y a Julia Page se les permitió ver a Martín en los calabozos de la villa.

Llovía a cántaros ese día. El otoño castellano se presentaba temprano aquel año y un cielo gris y pesado saludaba a abuela y nieta camino de la prisión.

Entre ambas mujeres se había creado rápidamente un vínculo, como si quisieran recuperar el tiempo perdido.

No obstante, Juana seguía manteniendo las distancias con ella. Julia Page se posicionaba siempre del lado de su esposo. Juana vislumbraba un cierto temor en la anciana

por lo que Ramón pudiera hacer en caso contrario. Tras años de matrimonio, que la joven intuía duros en el mejor de los casos, Julia mantenía las formas delante de él. Cuando el comerciante no estaba presente, se comportaba como una anciana bondadosa y un poco alocada. Se deshacía en palabras amables pronunciadas con un tono cálido y era una mujer diferente. En presencia de su esposo, su carácter se volvía manso, incluso sumiso. Apenas abría la boca, y cuando lo hacía era para dar la razón a Ramón. Con los años había aprendido a convivir con aquellas dos personalidades, como si fuese una sola. Ocultaba su verdadera naturaleza bajo capas y capas de mansedumbre y mediocridad, pero era inteligente y viva. Juana sentía una honda pena por aquella circunstancia. Vivir con alguien sin poder ser tú misma debía ser como estar encerrada en una prisión de paredes invisibles.

La otra prisión, la real y en la que permanecía recluido Martín, se adentraba bajo la tierra, extendiendo sus tentáculos por pasillos angostos y oscuros. Julia y su nieta mostraron los documentos que les permitían acceder a su interior. Descendieron dos tramos de estrechas escaleras hasta llegar a la zona de las celdas. Un murmullo de agua se oía por todas partes, y el olor a cerrado y suciedad era insoportable. Aunque una antorcha encendida iluminaba el camino cada diez pasos, la oscuridad parecía devorar su luz. Algunos tramos eran tan lóbregos que daba la impresión de que la luz jamás los había tocado.

La sombra del guardia que las guiaba por aquel laberinto se extendía enloquecida por las paredes mientras abría la marcha tea en mano. A ambos lados se desplegaban las celdas. Tras los barrotes, en la penumbra, se adivinaban sombras que miraban curiosas a la comitiva. Se escuchaban toses y quejidos desde todas partes. Juana intentaba no apartar la vista del frente. Imaginar a aquellos pobres desventurados, sumidos eternamente en la oscuridad al otro lado de las rejas, le helaba la sangre. Por muy graves que sus crímenes hubiesen sido, aquel destino no lo merecía nadie.

La celda de Martín estaba al final del pasillo. El guardia se detuvo frente a ella y con un gruñido indicó a las mujeres que hicieran lo mismo. Dejó la antorcha apoyada en una argolla en la pared y se dispuso a retornar sobre sus pasos.

—¿No piensas abrir la puerta para que entremos? —dijo Julia.

—El documento que habéis mostrado ordena que se os permita hablar con el reo. No dice nada de que además os tenga que dejar acceder a su celda —rezongó el guardia.

Aunque la luz no incidía en su rostro, Juana adivinó que estaba sonriendo. Sin añadir nada más, el hombre se alejó y dejó a ambas mujeres en la penumbra.

Juana se pegó a los barrotes de la celda. La luz de la tea apenas iluminaba una porción de esta. Más allá todo era oscuridad.

—Martín, hijo —susurró Julia asiendo los barrotes.

Una tos húmeda que no auguraba nada bueno se oyó al otro lado de la reja. A ella le siguió el sonido de cadenas.

Juana tomó la tea de la pared y la acercó. La imagen de su padre que reveló la luz le hizo dar un paso hacia atrás, al tiempo que se llevaba la mano a la boca.

Martín iba vestido con la misma ropa interior que llevaba el día que se lo llevaron del palacete. Solo que ahora estaba tan sucia y rota que costaba imaginar que aquellos harapos hubiesen conocido un pasado mejor. Se le podían contar las costillas sin esfuerzo y las clavículas se le marcaban bajo la tela. La ya de por sí poblada barba le llegaba hasta el pecho y parecía habérsele llenado de canas. Tenía los ojos hundidos, y uno de ellos, el derecho, estaba cerrado en un pliegue rojizo del que manaba abundante pus. El resto de su rostro estaba igualmente lleno de costras rojizas.

—¿Madre? ¿Juana? —balbució. El mero hecho de hablar requería de él un esfuerzo enorme.

—¿Qué te han hecho, hijo mío? —musitó Julia al borde del llanto.

La anciana pasó los brazos por entre los barrotes y los

extendió. Renqueante, Martín se acercó a ella y se dejó abrazar.

Juana contempló el reencuentro entre madre e hijo sin poder evitar que las lágrimas se deslizasen por sus mejillas. También ella quería abrazar a su padre, pero sentía que si apretaba con fuerza aquel guiñapo se rompiera en mil pedazos. Hasta ese momento, no había sido consciente de lo frágil que un ser humano era en realidad.

Martín se soltó del abrazo de su madre cuando un ataque de tos lo asaltó de improviso. Se asió de los barrotes y soltó un esputo rojizo que cayó sobre la camisola. Se limpió los labios manchados con el dorso de la mano y se quedó un rato en esa posición. Estaba cansado y realizar cualquier acción parecía requerir de él unas fuerzas que estaban muy lejos de su alcance.

Julia le limpió la camisola con el pico de su capa. Una acción inútil viendo lo llena de lamparones que estaba. Tenía marcas de sangre por toda la ropa y un manchurrón en una de las calzas indicaba que se había ensuciado en algún momento de su cautiverio.

—Juana, hija mía —masculló Martín cuando se recuperó. Un mar de lágrimas lo asaltó.

—Estoy aquí —dijo ella entre hipidos.

La joven se pegó a los barrotes; la única mano de su padre le acarició el cabello.

—Tengo que pedirte perdón por tantas cosas —continuó el pintor.

—No tienes que pedir perdón por nada, padre.

Martin la interrumpió con un ademán de cabeza.

—Quiero hacerlo. ¡Tengo que hacerlo! —El ímpetu que mostraba le dejó sin fuerzas. Recobró el aliento y prosiguió —: He tenido mucho tiempo para pensar encerrado aquí. Tiempo para darme cuenta de los muchos errores que he cometido y lo injusto que he sido contigo. He rezado a Dios a todas horas para que no se me llevara antes de poder pedirte perdón por ellos. Y ahora te tengo frente a mí y se me atropellan las palabras. Lo único que sé decirte es perdón, Juana. Perdón. Traté de ser el mejor padre para ti,

pero solo soy un pobre hombre, idiota e inútil. Cuando tu madre murió, yo también morí un poco con ella.

Un nuevo ataque de tos, más fuerte esta vez, lo dobló por la mitad y hubo de asirse de nuevo a los barrotes. Apretó su único puño con tanta fuerza en torno al metal que los dedos se le volvieron blancos.

—Vamos a sacarte de aquí —fue todo lo que Juana acertó a decir al tiempo que apoyaba su mano en la espalda de su padre.

Este alzó la cabeza y negó con vehemencia.

—Yo no voy a salir de aquí. Todo lo que hagáis será en balde. Ahora es momento para ti. Sigue pintando y vive la vida que te mereces.

Juana quiso decir algo y no pudo. Un nudo en el pecho le impedía pronunciar palabra.

La llegada del guardia acabó con la conversación.

Mientras recorrían el camino de vuelta a casa, Juana no dejó de pensar ni un solo segundo en su padre. Tenían que sacarlo de ahí antes de que fuera demasiado tarde. Martín no iba a aguantar mucho más tiempo en aquella prisión. Bastaba un simple vistazo para darse cuenta. A sus ojos se asomaba la muerte y su cuerpo apenas si tenía fuerzas para mantenerse en pie. Si Ramón de Castro y Manuel Pina no llegaban pronto a un acuerdo, no habría nada sobre lo que negociar.

Pese a ello, Ramón de Castro no dio su brazo a torcer. No había levantado un negocio próspero para que aquel usurero le robase. Se mantuvo en una cifra que estaba tan lejana de la solicitada por el prestamista que Juana empezó a temerse lo peor.

Julia Page trató de hablar con su esposo, pero este se negó siquiera a escucharla. En lo tocante a los dineros, el comerciante solo atendía a su propio criterio.

—¡Qué sabrán las mujeres de negocios! —despachó el pañero a su esposa.

Quizás era cierto y ellas no sabían de negocios; sin embargo, conocían el estado de Martín. Sabían que disponían de pocos días antes de que fuese demasiado

tarde.

Unos días más tarde Julia Page entró en la habitación de Juana tras llamar a la puerta. Con el taller vacío, la joven pasaba las horas bosquejando con un carboncillo sin parar. La anciana frunció los labios preocupada y se acercó a su nieta.

—Anda, hija. Ramón quiere verte —dijo en voz baja.

Resultaba curioso y clarificador a la vez que siempre se refiriese a su esposo por su nombre.

Juana asintió por pura inercia y acompañó a su abuela fuera de la cámara. Andaba alicaída tras la visita a la cárcel. Cada día que pasaba, Martín estaba un poco más cerca de morir en prisión, y su abuelo no parecía o no quería ser consciente de ello. Al despertar se preguntaba si su padre habría sobrevivido a la noche.

También la espera por el regreso de Francisco la dejaba exhausta. Aunque seguía aferrándose a ello, cada día esa esperanza era un poco más débil. Empezaba a temer que no llegase a tiempo.

La anciana se plantó frente a la puerta del estudio y atusó el cabello de su nieta. Suspiró hondamente antes de hablar.

—No hables si Ramón no te lo pide y no lo hagas enfadar.

Juana estudió el rostro preocupado de su abuela.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó recelosa.

—Es posible que haya un modo de arreglar lo de tu padre, pero tienes que colaborar —fue la misteriosa respuesta de la anciana.

A Juana no le dio tiempo de averiguar cómo. Julia bajó la vista y se alejó.

La joven llamó a la puerta con los nudillos y entró en el antiguo estudio de Martín, ahora convertido en despacho de su abuelo.

En el interior, Ramón de Castro aguardaba sentado al otro lado de la mesa. Sus manos estaban entrelazadas sobre

la brillante madera de caoba. Aquel mueble junto a un par de sillas era todo el mobiliario que quedaba en la estancia. El resto de la casa presentaba un aspecto igual de desangelado. Juana estaba convencida de que, cualquier día, la misma cama en la que dormía sería vendida y sacada de la casa aún con el calor de su cuerpo en el jergón.

El pañero ordenó a su nieta que ocupara una de las dos sillas. En ese instante, Juana se percató de que no estaban solos. Detrás de Ramón se intuía la figura de un hombre, en la penumbra, fuera del halo de luz que emitía el único candelabro de la estancia. El desconocido no hizo amago por salir de la oscuridad y revelar su rostro.

Ramón de Castro se aclaró la voz reclamando la atención de su nieta.

—Te he hecho llamar porque creo que hemos encontrado un modo de que Manuel Pina olvide este asunto y tu padre salga de la cárcel.

—¿Cómo? ¿Qué tengo que hacer?

Al comerciante no le agradó la interrupción. Seguía con las manos entrelazadas encima de la mesa y se frotó la una con la otra. La joven calló y aceptó su papel. Se puso recta en la silla y aguardó. Cuando el pañero juzgó que era el momento continuó hablando:

—Como te he dicho en varias ocasiones, ese prestamista pretende cobrarme la deuda de tu padre con creces. Pero, a cambio de un favor, ha aceptado rebajar la cantidad hasta una cifra razonable, además de esta casa, por supuesto.

—¿Y qué favor es ese?

Ramón de Castro lanzó un débil gruñido para dejar claro que aquella era la segunda y última vez que se le interrumpía. Hizo una seña al hombre que estaba tras de él. Este dio un paso adelante y salió de la penumbra.

Juana lo estudió con detenimiento. Le calculó cercano a la cuarentena. Vestía de modo sumamente elegante, con un jubón dorado con bordados del mismo color y calzas de igual tono. El cuello de lechuguilla estaba tan tieso que daba la impresión de que si alguien pasaba los dedos por él

podría cortarse, y un gorro con pluma a juego con la ropa trataba de ocultar una más que incipiente calvicie. Las hebillas plateadas de sus zapatos brillaban a la luz de las velas.

A pesar de su aspecto cuidado, el paso de la edad y una vida llena de excesos se reflejaban de modo claro en su rostro rubicundo y en una tripa que no disimulaban las ropas. Una nariz llena de venillas y unos ojillos empañados redondeaban un rostro de pobladas barbas rojas entrecanas.

El hombre dio un paso adelante hasta plantarse frente a Juana.

—Te presento al señor Wilhem Jansen. Es natural de Bruselas, aunque lleva más de veinte años en España — aclaró Ramón.

Al oír su nombre, Wilhem hizo una teatral reverencia y tendió su mano a la muchacha. Juana no movió un músculo. Como si estuviese frente a un perro que se niega a realizar un truco, el hombre frunció el ceño contrariado. Ramón hizo una seña a su nieta para que se pusiera en pie. Esta obedeció sin saber muy bien qué estaba pasando. Wilhem la tomó de la mano y la besó de modo nada sutil. Con la misma falta de disimulo la llevó hasta el interior de la luz que emitía el candelabro y la miró sin reparo de arriba abajo. Al concluir, sonrió satisfecho.

—Es un placer conoceros al fin, señorita De Castro. — Tenía un ligero acento extranjero, pero su dominio del español era remarcable—. Maese Manuel Pina y vuestro abuelo me han hablado mucho de vos. Sin duda, se quedaron cortos al referirse a vuestra belleza.

—El señor Jansen es pintor. Seguro que tenéis mucho en común.

Juana miró sorprendida a su abuelo. Por primera vez desde que lo conocía, Ramón de Castro se refería al oficio de pintar con algo similar al respeto.

—¿Habéis realizado alguna obra que conozca? — inquirió la joven.

Wilhem se tiró del faldón de su jubón con altivez.

—Aunque mis trabajos más notables hayan sido en

capillas y altares de Madrid y sus alrededores, estoy seguro de que habéis oído hablar de mí —repuso el pintor con arrogancia.

Enumeró entonces sus obras más conocidas con todo lujo de detalle. Los frescos de una capilla aquí, un retablo allá. Ninguna era una obra mayor, por lo que Juana jamás había oído hablar de aquel hombre, del mismo modo que tampoco de las decenas de artistas flamencos, italianos o franceses que trabajaban habitualmente en la Península Ibérica. ¡Era imposible conocerlos a todos! Se encogió de hombros por toda respuesta. El rostro del pintor reflejó una honda decepción.

—Es natural, en este país el verdadero arte no se aprecia.

Se dirigía directamente a Ramón de Castro, quien confirmó hipócritamente.

—El señor Jansen ha enviudado recientemente —informó el pañero con un tono que denotaba precaución—. Es su intención contraer matrimonio lo antes posible.

—Ya se sabe que un hombre solo no es nada —terció medio en broma el pintor.

Juana puso todos sus sentidos en las palabras de ambos tratando de ver hacia dónde iba aquella conversación.

Ramón de Castro carraspeó incómodo. Decidió soltar el freno e ir directo al grano. Dar rodeos, pese a la sugerencia de su esposa, no iba con él.

—Maese Pina y yo hemos pensado que tú eres la mejor alternativa posible —dijo lacónicamente.

¿De repente «ese usurero» se convertía en «maese Pina»? A Juana aquello no le daba buena espina. Cruzó los brazos sobre el pecho de modo poco femenino, toda una declaración de intenciones.

—¿La mejor alternativa para qué? —preguntó.

—Pues para casaros conmigo. ¿Para qué si no ibais a estar aquí? —terció el de Bruselas soltando una risa de exasperación. Estaba harto de la lentitud con que se estaba tratando aquel asunto.

Las cejas de Juana dibujaron un gesto de sorpresa que

se convirtió en indignación a medida que fue consciente de lo que estaba sucediendo.

—No pienso casarme con el señor Jansen. No le conozco de nada ni él me conoce a mí. ¿Qué matrimonio iba a salir de ahí? —dijo. Tuvo que esforzarse en mantener las formas, tal era la irritación que ardía en su interior.

Como activada por un resorte y sin molestarse en mirar a sus interlocutores, salió del estudio dando grandes y seguras zancadas.

Los dos hombres se quedaron mudos y se miraron indecisos. La osadía de aquella joven era algo inaudito. Finalmente, Wilhem soltó una risotada.

—Me gusta el carácter indómito de esa fierecilla —dijo divertido—. Vuestra nieta será sin duda una buena presa a la que domar.

El pañero no parecía tan risueño. Su rostro reflejaba una ira que desbordaba sus facciones de por sí terribles.

En el pasillo, Juana caminaba con los puños apretados a ambos lados del cuerpo y el ceño fruncido. Tan sumida estaba en su rabia que a punto estuvo de chocar con Julia Page. La anciana tomó a su nieta por las manos y la detuvo.

—Lo que te pide Ramón no es mucho. Sé que tu reacción inicial es negarte, pero tienes que entenderlo.

Juana resopló indignada. Su dedo índice temblaba al señalar la puerta del estudio que acababa de traspasar, y a la que, a buen seguro, había estado pegada la oreja de la anciana todo el rato.

—Sabías lo que me iban a pedir ahí dentro y aun así me has dejado entrar —soltó Juana.

—Todos los matrimonios son así. El amor surge después, con el trato —continuó Julia ignorando los reproches.

—¿Cómo tú y el abuelo? ¿De esa clase de amor que hace que tiembles si alza la voz? ¿A ese amor te refieres?

La anciana se quedó momentáneamente muda. Tragó saliva y elevó la frente con una altivez que su nieta no había visto en ella hasta entonces.

—Lo que pasa en un matrimonio es algo que solo el

hombre y su mujer saben. No te atrevas a juzgarme.

Juana sintió una oleada de vergüenza nacer en su estómago y extenderse por todo su cuerpo hasta encarnar sus mejillas. A pesar de ello, la rabia que sentía aún pesaba más.

—No pienso casarme con el señor Jansen —repitió.

La puerta del estudio se abrió con estrépito. Ramón de Castro la cerró con el mismo ímpetu y casi al trote se encaminó hacia las dos mujeres.

—¿Tienes idea de cómo me hace quedar tu negativa?

Juana se mordió la lengua y guardó para sí la respuesta que pugnaba por salir de sus tripas.

—No es mi intención haceros quedar mal, pero no pienso casarme con un desconocido —dijo con una calma que no supo de dónde surgía.

El comerciante cerró el puño en torno a su pulgar y durante un instante pareció que iba a estallar de pura rabia. De sus ojos saltaban unas chispas que hubiesen podido encender un fuego.

—Tu matrimonio con el señor Jansen puede hacer que tu padre salga de la cárcel en unos pocos días —intervino Julia.

Juana miró a la anciana con una mezcla de indignación y emoción.

—Maese Pina y él son socios en varios negocios —informó Ramón. Su tono de voz era el de un maestro dando clases a un alumno especialmente lento—. El prestamista ha sido quien ha sugerido que el señor Jansen se casara contigo. Todos salimos beneficiados. Difícilmente va a haber una oferta más ventajosa.

Juana se tragó la rabia que le provocaba escuchar cómo se hablaba de su futuro en aquellos términos. Se sentía tratada como una simple mercancía. Un objeto con el que obtener un beneficio que fluctuaba en virtud del mercado.

—Es lo mejor para todos —intervino Julia.

—Por alguna razón que desconozco Wilhem sigue interesado en ti, pese a la escenita que has montado en el

despacho. Así que te casarás con él. No se hable más.

—No pienso casarme con el señor Jansen —dijo por tercera vez. Remarcó cada sílaba pronunciándolas de una en una.

—¡Tú harás lo que se te diga! ¡O juro que dejaré que tu padre se pudra en esa celda!

Juana estudió el semblante de su abuelo. La determinación que vio en él no podía ser fingida.

—No te atreverás a dejar a su suerte a tu propio hijo.

El pañero colocó los pulgares en torno al cinturón y alzó la testuz.

—Hace mucho años que Martín dejó de ser mi hijo —sentenció. Su voz sonaba terrible y cruel—. Puedes estar segura de que no moveré un dedo por sacar a ese infeliz de la cárcel si me cuesta una sola moneda más de las que estoy dispuesto a pagar por él. Tienes hasta mañana para decidirte. Después, volveré a Burgos y no me importara una bosta de caballo su destino o el tuyo. Además, ¿no te gusta tanto el arte? Te estoy ofreciendo convertirte nada menos que en la mujer de un pintor.

Había un claro tono de desprecio y burla en la última frase.

—Es lo mejor para todos —repitió Julia Page. Su tono de voz intentaba ser suave y dulce, sin lograrlo del todo.

Juana respondió con silencio. Dio media vuelta y se alejó esforzándose por mantener el llanto a raya.

XV

Juana pasó el resto del día sin salir de su habitación. En su interior se desató un fuego alimentado por la rabia y la indignación al ver cómo era usada como moneda de cambio, una simple mercancía. Pero las llamas perdieron fuerza ante la certeza de que su abuelo no faroleaba. Juana lo vio claro, a Ramón de Castro le costaría muy poco abandonar a su suerte a su propio hijo. Si no aceptaba la oferta de Wilhem, Martín estaba condenado, y ella también. En breve vencería el plazo de devolución del préstamo y se iría a la calle. ¿Qué futuro le esperaba llegado tal caso?

A medida que la jornada transcurría, la idea de que el matrimonio con el de Flandes era su única posibilidad se fue instalando en ella. No tenía otra opción. En el peor de los casos, sería otra mujer desgraciada en su matrimonio, como tantas. A cambio, salvaría a su padre y ella tendría una vida. Aburrida y sin alicientes, seguramente, aunque también cómoda y sin sobresaltos. El destino de toda buena mujer es el matrimonio. ¿No era eso lo que el aya Teresa repetía una y otra vez?

Desde niña había creído que el amor lo podía todo. Que estaba destinada a casarse con alguien a quien amara y que la amara por encima de todas las cosas. ¿No era así como lo cantaban los poetas? Y bien, ¿dónde estaban aquellos versos ahora? ¿Dónde estaban aquellos libros que hablaban de amor? Perdidos para siempre, como tantas cosas en su vida

¿Y dónde estaba Francisco? ¿Por qué no había vuelto aún? Ya no podía seguir confiando en su regreso como única solución. Era demasiado arriesgado fiarlo todo a aquella carta. Debía renunciar a Francisco a cambio de la

vida de su padre.

Aquello le hacía más daño que imaginar su vida junto a un pintor mediocre y pagado de sí mismo como era Wilhem Jansen.

Poco a poco, la amargura se fue apoderando de su voluntad. Se trataba de sobrevivir, de sacar a Martín de la cárcel.

—Es lo mejor para todos —acabó por reconocer en voz queda.

Salió de su cámara y recorrió el pasillo con pasos cortos. Se plantó frente al estudio. Llamó con los nudillos y entró sin aguardar respuesta.

Tras una pila de papeles, Ramón de Castro la escrutó con recelo. Juana sentía un nudo en la garganta de tal tamaño que creía que las palabras no acudirían a ella.

—Acepto casarme con el señor Jansen —anunció—, pero debéis sacar a mi padre de la cárcel mañana mismo.

—Eso es imposible. Sacar a Martín de prisión no está en mi mano. Maese Pina ha de dar su visto bueno, y no lo hará hasta que este matrimonio se lleve a cabo. Después tiene que retirar su denuncia y entonces podrá ser libre.

—Mi padre no aguantara mucho más tiempo encerrado. Su salud es muy mala. Si no nos damos prisa, morirá.

Ramón no dio muestras de recibir aquella noticia de ningún modo especial. Su rostro era la viva imagen del desinterés. Tamborileó sus huesudos dedos en la mesa de madera y miró con fijeza a su nieta.

—Entonces te sugiero que empieces por pedir perdón al señor Jansen y le anuncies tu buena disposición. En el mejor de los casos, la boda podrá celebrarse en una semana.

Juana se mordió los labios para impedir que las lágrimas se derramasen por sus mejillas.

Asintió y salió del estudio tras una leve reverencia.

No fue necesario tanto tiempo. Solo tres días después, y gracias al extraño deseo del flamenco por desposarse lo

antes posible, la boda se celebraría en una pequeña capilla de la catedral.

Ese mismo día, poco antes del amanecer, se presentó en el palacete el mismo Manuel Pina. La presencia del prestamista a pocas horas de la ceremonia no auguraba nada bueno. Ramón de Castro lo hizo pasar al despacho y lo estudió con detalle.

El prestamista tenía la barbilla elevada al techo y sus ojos rehuían los del pañero, un hecho inusual que terminó por hacer ver a Ramón que algo sucedía. Lo interrogó con la mirada.

—Me temo que soy portador de malas noticias —arrancó Pina—. Vuestro hijo ha muerto en prisión.

—¿Cuándo?

—Hace tan solo unas horas. Unas fiebres que lo tenían con un pie en el otro mundo han acabado por llevárselo.

Ramón de Castro se permitió unos breves segundos de duda. Nada parecido a la tristeza pasó por su cabeza, solo un ligero temblor en las múltiples certezas que poblaban su interior.

Mientras, Manuel Pina se limitó a esperar con los brazos cruzados a la espalda y la vista fija en algún punto al otro lado del ventanal. No sabía cómo iba a tomarse el pañero la noticia. Aunque a lo largo de las negociaciones había actuado como si su espíritu estuviese hecho de puro pedernal, al fin y al cabo él era el responsable de la muerte de su hijo. Por si acaso, al otro lado de la puerta del despacho aguardaba su mejor hombre, presto a entrar en acción si era necesario. Tragó saliva antes de tratar de rellenar el incómodo silencio que los envolvía.

—Supongo que entendéis que la ley estaba de mi parte, las deudas de vuestro hijo me obligaron a encarcelarlo, pero nunca quise que muriera.

—¿Esto es un impedimento para nuestro acuerdo? —le cortó el pañero.

—No veo por qué habría de serlo. El señor Jansen está loco por desposarse con vuestra nieta y ambos obtendremos lo que queremos.

—Por mí podéis quedaros todo lo que ese inútil poseía y darle fuego si os place. Lo importante es que la ceremonia se celebre tal y como estaba previsto dentro de unas horas. No informaremos a Juana de la muerte de su padre hasta después de ser la esposa de ese pintor.

El prestamista cabeceó para dar su conformidad. El pragmatismo de aquel hombre y su naturaleza de hierro le maravillaban a la par que le producían repulsa.

—¿Qué queréis que se haga con el cuerpo? Lo normal siendo un preso es que vaya a una fosa común.

El pañero meditó unos instantes su respuesta. Luego meneó la cabeza para negar.

—Encargaos de que se le entierre en una tumba. Al fin y al cabo, era de mi sangre.

—Así se hará. Os reitero mis condolencias por la muerte de vuestro hijo.

—Mi hijo murió hace muchos años para mí —respondió el pañero con un tono de voz tan gélido como la más helada cumbre.

Manuel Pina asintió y salió del despacho sin añadir nada más. Ya fuera, le hizo una seña a su hombre para que le siguiera. Enfilaron las escaleras y salieron a la calle.

—¿Cómo se lo ha tomado? —inquirió su empleado.

El prestamista no solía ser hombre que dejase entrever sus pensamientos, pero esta vez hizo una excepción:

—A fe mía que si ese hombre tiene un corazón latiendo en el pecho ha de ser de piedra. Antes que volver a negociar con él preferiría que me sacasen una muela.

La boda se celebró tal y como estaba planeada. Fue triste y callada, como un velatorio. Nadie le dijo a Juana nada acerca de la muerte de su padre, y asistió al que debía ser un día de felicidad, mansa y en silencio, del modo que de ella se esperaba.

También a Julia Page se la mantuvo al margen de lo sucedido en la prisión, y durante la ceremonia permaneció con la cabeza baja y el ánimo contenido. Para cuando

Ramón le puso al tanto de la muerte de su hijo, Wilhem Jansen y Juana de Castro eran marido y mujer ante Dios, y se disponían a pasar su primera noche juntos en el segundo piso de una posada cercana a la plaza Mayor.

Una aterrada Juana observaba a su esposo beber un nuevo trago de vino. El pintor llevaba todo el día en aquellos menesteres y empezaba a deslizarse peligrosamente entre la alegría propia del alcohol y la embriaguez absoluta.

—No te alejes tanto, mujer. Que no muerdo —bromeó el de Bruselas dando otro tiento al jarro.

Juana apenas si pudo balbucir una palabra. Dio un ligero paso en dirección a él y se quedó parada con las manos entrelazadas a la altura del estómago.

Wilhem se secó los labios con la manga de la camisola y dejó lo que quedaba del tinto apoyado en la mesita. Se sentó en el camastro, al hacerlo calculó mal las distancias y a punto estuvo de dar con el trasero en el suelo. Se recompuso y miró a la que ahora era su esposa con un gesto de lujuria pintado en su rostro.

—Quítate la ropa —dijo ronco por la excitación.

Juana obedeció con mansedumbre. No podía hacer nada más. Desde ese momento, debería obedecer a aquel hombre sin rechistar. Ahora era de su posesión.

—Como ordenéis —respondió fingiendo sumisión.

Dejó que el vestido que llevaba resbalase por sus hombros y acabara entre sus pies. Se quedó con unas simples enaguas y por instinto trató de taparse con decoro.

—Ven aquí —ordenó el pintor palmeando el colchón a su diestra.

Juana hizo lo que se le ordenaba. Le llegó el tufo a alcohol del pintor y le costó reprimir una arcada.

Wilhem la besó en el cuello. Sus manos se posaron en su espalda. Al notar el cuerpo sudoroso pegado al suyo, la joven esposa no pudo evitar dar un respingo.

—¿Te asusto acaso? —preguntó el hombre sin dar muestras de que aquello le desagradase, sino más bien al contrario—. No debes tenerme miedo. Ahora soy tu esposo.

El pintor continuó adelante y sus torpes dedos pugnaron por apartar el tirante del camisón.

Juana sabía lo que se esperaba de ella.

Agachó la cabeza y su mirada se posó en el suelo entarimado de la habitación.

—No me asustáis, mi señor. Es solo que el día ha sido largo y me siento un poco inquieta. Os pido un poco de paciencia conmigo.

Ella misma se maravilló de su buena interpretación. El aya se sentiría orgullosa.

Wilhem emitió un quejido a modo de asentimiento. Le gustaba el tono manso y de obediencia con que su nueva esposa se dirigía a él.

—Acércame el vino y vuelve a sentarte junto a mí —dijo sin reprimir una sonrisa de conformidad.

Juana hizo lo que se le ordenaba.

El pintor dio un largo trago al jarro y se lo tendió. La muchacha rehusó meneando la cabeza.

—Me temo que no esté acostumbrada al vino. Seguramente me quedaría dormida.

—Y eso no es precisamente lo que se espera de una mujer en su noche de bodas —sentenció Wilhem. Parecía divertido con aquel juego del gato y el ratón—. Anda, ayúdame a quitarme toda esta ropa. Hace calor aquí dentro.

Él mismo se desprendió del jubón y la camisola. Para ello hubo de incorporarse y al hacerlo un poco del vino se derramó, manchando de color carmesí las blancas sábanas.

—No está bien desperdiciar un vino así —murmuró volviendo a beber.

Al concluir eructó y se tendió en la cama tras dejar caer el jarro vacío a sus pies. Este rodó hasta colarse bajo el catre.

Wilhem ladeó la cabeza y dejó que su nueva esposa le quitara primero las botas, para después tirar de las calzas hasta sacárselas. Mientras trajinaba con la ropa, Juana se permitió observar al que ahora era su marido en detalle. Debió de ser un hombre apuesto en sus años mozos. A pesar de la abultada tripa que ahora bajaba y subía como una

loma de carne blancuzca, tenía un cuerpo que en otro momento parecía haber sido musculoso y fuerte. Unos bíceps varoniles se adivinaban en sus brazos y seguía teniendo un pecho potente que ella casi no podría abarcar. Sin embargo, los excesos le pasaban factura y su rostro mostraba los estragos de una vejez prematura.

Cuando concluyó, la mirada de Wilhem estaba fija en su esposa y seguía sus movimientos sin perder detalle. Juana soltó un hipido de sorpresa. Hasta ese momento no había caído en la cuenta de que el color de los ojos de él era de un verde mar.

—¿Te gusta lo que ves? —insinuó el pintor. Una sonrisa de total satisfacción se ensanchaba en sus labios.

Su barbilla señalaba un lugar bajo la cintura, que se mostraba alegre de tener compañía. Juana apartó la vista con pudor.

Wilhem se incorporó en el camastro, que emitió un quejido.

—Acércate —ordenó.

Juana tragó saliva antes de obedecer y se sentó a su derecha. El hombre seguía tendido en la cama. Sus manos estaban colocadas bajo su nuca.

—¿Sabes qué has de hacer con ella? —Juana no pudo reprimir una mueca de sorpresa seguida de una leve risa. ¿De verdad algunos hombres se referían a aquella cosa como si fuese una persona y no una simple parte del cuerpo?—. ¿Qué es lo que te hace gracia? —inquirió el de Bruselas.

Su tono de voz puso en guardia a Juana. Cayó en su error y trató de enmendarlo agachando la testa e impostando el tono de voz más dócil y sumiso que le fue posible.

—De nada, mi señor. Tenéis que entender que me falta experiencia en estas lides y veros así me hace sentir nerviosa. Nerviosa por no saber estar a la altura.

Tras unos instantes en los que Wilhem pareció juzgar la sinceridad de aquellas palabras, volvió a relajarse. Había quedado complacido con la explicación. A Juana le resultó

curioso que ni incluso entonces aquella cosa no hubiese perdido ni un ápice de dureza. Parecía que pensase por ella misma.

—Tomadla en vuestra mano —dijo él de sopetón.

El corazón de Juana dio un bote en el pecho. No obstante, obedeció. La notó palpitante y caliente en la palma de su mano. Al hacerlo no pudo por menos que recordar que había hecho lo mismo con Francisco la última noche y, sin embargo, se sentían tan diferentes. Ambos se comportaban de modo tan distinto en la misma situación.

Al punto, Wilhem colocó su mano sobre la de ella y comenzó a mover ambas con un ritmo lento. Juana solo atesoraba la escasa experiencia con Francisco y no estaba segura de que a dos hombres les agradase la misma cosa. Pero lo cierto era que sus movimientos parecían complacer a su marido. Un ligero temblor apareció en sus labios y un gemido ronco se escapó de su garganta. Apartó la mano y dejó que ella continuase sola. Le ordenó que incrementara el ritmo y ella obedeció. Al poco, Juana sintió que algo cálido y viscoso le empapaba el dorso de la mano.

—¿Os ha agradado? —preguntó. Aunque de sobra conocía la respuesta.

—No ha estado mal —concedió Wilhem sin demasiado entusiasmo—. Limpiaos y servidme un jarro de vino. Volved a sentaros a mi lado.

—Al instante, mi señor.

No se molestó en coger del suelo el jarro que Wilhem había dejado caer unos minutos antes. Tomó uno nuevo de la mesa y sirvió una generosa ración. Con él en la mano regresó al lecho y se sentó junto a su esposo.

—Lo habéis hecho bien. Muy bien —sentenció el de Bruselas tras dar un largo sorbo.

—Os ruego que disculpéis mi torpeza. Ya os he dicho que no tengo experiencia en este terreno.

—Nadie lo diría —musitó el hombre sin disimular una sonrisa socarrona.

Juana no supo si tomarse aquello como un cumplido o como algo negativo. Según le había explicado el aya Teresa,

los hombres dibujaban una fina línea entre lo que consideraban digno de una esposa y lo inaceptable. Una línea que trazaban caprichosamente. Si Wilhem se enterase de que ya había hecho aquello mismo una vez, estaba segura de que no se lo tomaría bien.

—Si no ha sido de vuestro agrado, espero que sepáis perdonarme. Decidme lo que os gusta e intentaré aprender.

Wilhem agitó la muñeca para restar importancia al comentario, al tiempo que volvía a llevarse el jarro a los labios. Cuando concluyó se secó con el dorso de la mano.

—Ha sido muy placentero. Os lo aseguro. Un comienzo prometedor, pero dadme unos minutos de descanso. Ya no tengo tu edad —dijo entre risas. Luego dio un nuevo y largo sorbo de vino y al concluir se recostó en la cama con el jarro apoyado sobre su pecho—. ¿Qué es lo que te ronda la cabeza? Porque puedo ver dentro de ti y sé que hay algo que te inquieta. En su noche de bodas una novia no debería pensar en nada que no fuese satisfacer a su esposo. ¡Habla sin miedo!

Juana estudió el gesto en calma del de Bruselas. Su postura relajada y la sonrisa de satisfacción que se adivinaba en sus labios le hizo confiarse. Se decidió a exponer sus temores; ahora que era la esposa de aquel hombre se suponía que no debía de haber secretos entre ellos.

—Durante la ceremonia os he oído comentar con maese Pina que tenéis pensado marcharos de España —se atrevió a musitar finalmente.

Wilhem se limitó a asentir antes de dar un trago de vino y responder.

—Así es. Habéis oído bien. Este país de paletos e incultos no es lugar para mi arte. Ya no se me aprecia en él —exclamó sin rastro de modestia.

—¿Y adónde tenéis pensado ir?

—Tengo no, tenemos —la corrigió—. Ahora sois mi esposa e iréis allá donde yo vaya. —Juana inclinó la cabeza en señal de aceptación. Aquello pareció ser del agrado del pintor. Volvió a hablar en tono calmo—: Nos iremos a

Italia. Allí sabrán apreciar mi talento.

—¿Y cuándo tenéis previsto que nos vayamos?

Wilhem la miró por encima del borde del jarro mientras bebía de este.

—En cuanto solucione todo con maese Pina. Dos o tres días a más tardar, aunque si de mí dependiera sería mañana mismo. No soporto este país. Huele a ajo y a mediocridad.

Juana se mordió los labios. ¿Quién cuidaría de su padre cuando ella se fuese? No podía contar con la ayuda de su abuelo. No tenía otro remedio que exponer sus pensamientos a su nuevo esposo y confiar en que entendiera sus preocupaciones.

—Os confieso que hay algo más que me inquieta. Mi padre —murmuró—. Cada día que pasa su salud se resiente. Estoy seguro de que maese Pina cumplirá su palabra. Mañana mismo podría ser libre, pero temo por el futuro que le aguarda.

—Bueno, pues puedes dejar de preocuparte por eso. Maese Martín murió en prisión la madrugada pasada. Manuel me lo dijo antes de la ceremonia —soltó Wilhem con una total desafección. Dio un último trago a su jarro y dejó caer este al suelo, donde quedó muy cerca del anterior. Eructó antes de incorporarse—. Y ahora abre las piernas, creo que ya he descansado suficiente. Estoy listo de nuevo, y esta vez no me bastará con tu mano.

Juana ni siquiera fue consciente de que el hombre se había colocado sobre ella ni de que le había levantado el camisón hasta el pecho.

Su padre estaba muerto.

Ese era el único pensamiento que ocupaba toda su mente en aquellos momentos. Fue consciente de que Wilhem se abría paso entre sus piernas, aunque era como si todo estuviese sucediendo en otro momento y otro lugar. A alguien que no era ella.

Hasta que llegó el dolor.

Su primer impulso fue revolverse, pero los fuertes brazos de su marido le sujetaron las muñecas con firmeza, a la par que se ayudaba de su peso para mantenerla inmóvil.

—¡Estate quieta! —bramó el hombre.

A cada empellón el dolor era mayor y la humillación crecía en su interior.

—¡Por favor, parad! Me hacéis daño —chilló ella.

Las súplicas parecieron enfervorecer aún más al de Bruselas, quien incrementó el ritmo.

Colocó su rostro cerca del de ella y se las arregló para sujetarla con una sola mano. Deslizó la que quedaba libre y aferró con ella el cuello de su mujer. No apretó con firmeza, pero era un recordatorio de quién mandaba allí. Algo así como la argolla que se coloca a una res para marcar su propiedad.

—Eres mía. Te he comprado a tu abuelo y a maese Pina. Haré contigo lo que me venga en gana.

Juana no se atrevió a decir o hacer nada. Se limitó a dejarse hacer mientras los empujones de él eran cada vez más violentos y veloces. Se sentía exangüe, como si en ella no quedase ni una pizca de energía.

Los rostros de ambos estaban pegados. Él arriba, inflamado por la excitación. Los dientes apretados y los párpados cerrados en una mueca de rabia. El de Juana tembloroso y lívido.

Al poco él acabó y se derramó en ella. Juana sintió que la mano sobre su cuello se relajaba. Después Wilhem se apartó ella y se dejó caer a un lado.

Durante una eternidad camuflada de segundos, Juana no se atrevió siquiera a moverse. Se quedó inmóvil mientras trataba de adivinar por la respiración de él si seguía despierto.

Al final se incorporó sin decidirse a mirar el cuerpo de su marido. Este dormía. Su tripa bajaba y subía en una respiración entrecortada. Un ligero ronquido se escapaba de sus labios. Una vez cumplido lo que se esperaba de ella, Juana dejó de tener la más mínima importancia para él. La joven esposa se incorporó en el catre y se puso en pie.

Se sentía tan sucia por dentro y por fuera que ni toda el agua de la jofaina bastó para arrancar de ella aquella sensación.

Regresó al camastro y se colocó el camisón.

Mientras lo hacía, miró de reojo al hombre con quien se había casado. Al hombre al que su propia familia la había vendido.

El feo colgajo que antes parecía tan importante era ahora un triste trozo de carne que reposaba en el muslo.

La sangre de Juana se había mezclado con el vino derramado y formaba una costra sucia y pegajosa en las sábanas, en la que Wilhem parecía no tener inconveniente en revolcarse. Su sueño era calmado y sereno. El sueño del que se siente libre de culpa.

Juana se acostó tratando de no acercarse a su marido. Sin ser siquiera consciente de ello, las lágrimas la asaltaron despacio y sin avisar.

Lloró por el futuro que la aguardaba y también por la muerte de su padre. Lloró por lo que estaba a punto de dejar atrás. Su ciudad, su casa, todo aquello que conocía. Y lloró porque, aunque Francisco regresara, no volverían a verse nunca más.

Tan solo pensar que siempre encontraría consuelo en los pinceles la calmó un poco, y antes del amanecer se quedó dormida.

Una se acostumbraba a todo.

INTERLUDIO

Francisco Peña bajó del caballo sin apenas dar tiempo a que este detuviera del todo su trote. A la carrera se precipitó hacia la puerta y golpeó esta con rabia.

Ya desde que se adentrara en la calle sintió que algo sucedía. Una extraña vibración, una especie de vacío que experimentaba en cada fibra de su ser le decía que llegaba tarde.

A los golpes en la puerta acudió un hombre alto y fornido.

—¿Qué tripa se te ha roto para venir tan temprano a molestar, muchacho? —le espetó con cara de malas pulgas. El sol hacía poco que había despuntado en el levante, por lo que las quejas estaban más que justificadas. Aun así, Francisco no reculó.

—Busco a Juana de Castro.

El hombre lo miró de arriba abajo sin molestarse en disimular que su presencia le desagradaba.

—Aquí no vive nadie con ese nombre —dijo disponiéndose a cerrar la puerta sin más contemplaciones.

Antes de que la hoja llegara a cerrarse del todo, Francisco interpuso su pierna entre el marco y esta.

—¡Espera! Esta es su casa. Es la hija de maese De Castro, el pintor de santos.

El hombre resopló incómodo y abrió la puerta de par en par.

—Te he dicho que aquí no vive nadie con ese nombre. Y si no te vas inmediatamente, te daré una buena tunda.

Para dejar claro que no era una bravata, hizo el amago de remangarse. A pesar de ello, Francisco no estaba dispuesto a dar un paso atrás. Se plantó con firmeza frente

al hombre y lo retó con la mirada.

—Esta es la casa de maese De Castro y su hija. No pienso irme hasta que me digáis cuál es su paradero. ¿Dónde está Juana de Castro?

El hombre dejó escapar una especie de gruñido que anunciaba que su paciencia se había acabado. Dio un paso hacia Francisco y se puso a un palmo escaso de él.

Una voz procedente del interior hizo que la amenaza se quedara solo en eso.

—¿Quién quiere saberlo? —Manuel Pina, aún con ropa de cama, se asomó a la puerta y escrutó al recién llegado. Francisco llevaba un caro y lujoso abrigo de pieles bajo el que lucía jubón acuchillado con cuello de lechuguilla. Un aspecto mucho más distinguido que la última vez. No obstante, acabó por reconocer al muchacho—. Os recuerdo. Estabais con Juana cuando vinimos a la casa.

—Yo también os recuerdo —dijo entre dientes. Se guardó para sí el adjetivo que le vino a la mente y trató de calmarse—. ¿Debo entender que vuestra presencia en esta casa significa que os habéis quedado con ella como cobro de la deuda de maese De Castro?

—Así es.

—Pero aún no ha vencido el plazo de devolución del préstamo. Es mañana.

—Las fechas cambiaron —se limitó a decir el prestamista.

Francisco suspiró frustrado. Había llegado a tiempo y, aun así, ese sinvergüenza se las había ingeniado para usar la ley a su favor. Resolvió que aquello era ya una causa perdida. Debía dirigir sus esfuerzos a lo que aún podía solucionar.

—Y ¿dónde está ahora el maestro?

—¿Martín? Muerto. Murió en la cárcel.

Francisco recibió la noticia como si le hubiesen propinado una bofetada. Durante unos instantes enmudeció y se quedó tan inmóvil como una columna. Una situación que el prestamista aprovechó para dar por zanjado aquel asunto.

—Y ahora, si eso es todo, ya podéis iros de mi casa...

—¡Aguardad! ¿Y Juana?

El prestamista respondió con un leve encogimiento de hombros.

—Se ha ido de Valladolid. Con su esposo.

Francisco parpadeó atónito unos segundos.

—¡Mentís!

—Me importa muy poco si me creéis o no. El hecho es que Juana no está aquí. Y ahora fuera de mi puerta —dijo antes de cerrar.

Francisco se quedó a solas. Maldiciendo su mala suerte. Su viaje se había retrasado un par de semanas más de lo que esperaba, pero había llegado en el plazo que prometió a Juana. ¡Cómo era posible que todo hubiese cambiado en tan poco tiempo!

Martín muerto en prisión. Juana casada. ¿Por dónde iba a empezar a buscarla?

1629

I

Sentada en el banco, Juana observaba la vista al otro lado del ventanal. Un todavía potente sol de otoño despertaba reflejos dorados en el Gran Canal y las nubes desfilaban ágiles en el cielo. La mirada de la joven era una mezcla de tristeza y emoción. Estaba en Venecia, la ciudad que tantas y tantas veces había deseado conocer y fantaseaba visitar. Disfrutar de su arte, de su pintura, conocer a los grandes maestros que vivían en la Serenísima República. Pero, aunque pensar que sus pies hollaban el mismo suelo pisado por Giorgione, Tiziano, Tintoretto o El Veronés le producía una honda emoción, se sentía una prisionera en una jaula de oro. Un vistazo al bastidor donde fingía bordar con desgana le hizo ser terriblemente consciente de ello.

Llevaban poco más de medio año en la ciudad de los canales y apenas si había podido recorrer a su gusto sus plazas, calles y rincones. Lo mismo que en Turín, Milán, Mantua y Verona. Las ciudades adonde la labor de Wilhem los había llevado previamente. Parecía que el flamenco no lograba asentarse más allá del tiempo que necesitaba para realizar un determinado encargo. Hasta llegar a Venecia no había enlazado dos trabajos en una misma ciudad, y la familia había ido de aquí para allá sin saber si al día siguiente habría dinero. El pintor echaba la culpa de su falta de fortuna al carácter italiano y a lo poco que se valoraba en la península la labor de extranjeros. Según él, su condición de flamenco le imposibilitaba optar a encargos mayores o mejor retribuidos.

Lo cierto era que Juana sabía que su marido no poseía un talento que le hiciese destacar. Había pasado muchos años viviendo del crédito que le otorgaba ser foráneo en

España, y de algunos trabajos de cierta calidad en sus comienzos. Sin embargo, en Italia, donde se levantaba una piedra y surgían de debajo de ella una docena de maestros, Wilhem Jansen no pasaba de ser un pintor mediocre. Y como él existían centenares por todo el país.

Por si fuera poco, la guerra que llevaba asolando Centroeuropa desde hacía décadas también tenía su repercusión en el norte de Italia.

Pero, a juicio de Juana, lo peor era que el de Bruselas no amaba su trabajo por encima de todo lo demás. Para él, pintar era un simple medio para ganarse la vida. Eso lo convertía no solo en un artista mediocre, sino en perezoso y falto de empuje.

Por supuesto, la mujer guardaba para sí aquellas apreciaciones. De haberlas pronunciado en voz alta, la respuesta de su marido habría sido terrible. A pesar de sus escasas aptitudes, el flamenco se tenía por un genio incomprendido, y en alguna ocasión osaba incluso compararse con el gran Leonardo. Qué atrevido y fácil era vanagloriarse de sí mismo.

Todo aquello había cambiado al instalarse en Venecia. De modo sorprendente, allí el trabajo de Wilhem era constante y estaba bien pagado. Vivían arrendados en un viejo y hermoso palacio de tres plantas en el *sestieri* de Cannaregio, con vistas al Gran Canal y a una amplia plaza en su fachada principal. Al contrario que la habitual arquitectura veneciana, el edificio contaba con un patio central porticado, al estilo de los palacios florentinos, lo que delataba su antigüedad.

Juana desconocía cuál era exactamente la labor de su marido, aunque, desde luego, su vida era ahora mucho más cómoda y opulenta.

Aunque no estaba al tanto de la totalidad del dinero que entraba, se encargaba personalmente de llevar las cuentas de la casa. Por eso sabía que la cantidad era una pequeña fortuna que le permitía disfrutar de un nivel de vida por encima de la media.

Aquello era de agradecer desde que eran tres.

Jan Jansen había nacido en Milán siete años atrás. El pequeño no pudo elegir mejor momento para venir al mundo. La urgencia con que Wilhem la apremiaba a quedarse encinta había sido una constante desde los primeros meses de matrimonio. El de Bruselas parecía desear una sola cosa de ella, un heredero. Que eso no hubiese sucedido nada más casarse acabó con las pocas esperanzas que Juana tenía de que el suyo fuese un buen matrimonio. El trato con el que el pintor la obsequiaba fue haciéndose cada día peor, y que su anterior esposa hubiese muerto sin concederle un hijo pesaba como una losa. Los reproches y las comparaciones fueron constantes durante los primeros meses de matrimonio. El pintor solía refinar sus hirientes comentarios haciendo referencia a la gran cantidad de bastardos que, según él, tenía por toda Europa. Juana podía imaginar que la vida de su antecesora habría sido tan poco feliz como la suya propia.

Todo cambió cuando Juana le dio la noticia de que estaba embarazada. El de Bruselas tan solo añadió que esperaba que se tratara de un niño. Después, cuando su deseo se cumplió, dejó de prestar atención a Juana e incluso de compartir lecho con ella. Poco a poco, la mujer se convenció de que, para el pintor, ella era un simple objeto, y una vez cumplida su misión de darle un heredero, su interés desaparecería por completo. Y no se equivocaba.

Por supuesto, el de Bruselas frecuentaba otras compañías, casi siempre de pago. Aquel era un hecho al que no solo había llegado a acostumbrarse, sino que daba gracias a Dios por él. De ese modo, ambos vivían una farsa que a Juana le dejaba tiempo libre y no requería de ella más que alguna ocasional intervención en el papel de abnegada esposa.

Todo el amor y cariño que Wilhem no vertía en ella lo volcaba de sobra en Jan. Alentado por su padre, el pequeño había sido malcriado desde que diera sus primeros pasos y ningún capricho se le negaba. A resultas de ello, era un niño mimado y consentido que no dudaba en usar el llanto o las pataletas para lograr lo que se le antojaba. Pese a que,

especialmente cuando estaba lejos de su padre, fuese un niño normal que necesitaba el amor y el cariño de su madre.

Justo en ese momento la puerta se abrió de golpe y el niño entró en la sala seguido muy de cerca por una fatigada Lorena, el ama.

—*Sfondraìso!* —dijo la oronda sirvienta en su véneto natal y apoyándose en el marco de la puerta para tomar aire.

Aunque no la dominaba, Juana hablaba bastante bien la lengua vulgar del pueblo y entendió a la perfección la interjección de la mujer. No osó censurarla. Dios sabía que su hijo podía sacar a cualquiera de quicio, y la experimentada sirvienta no era una excepción.

El niño corrió hasta colocarse junto al banco de su madre, donde se parapetó.

—¿Qué es lo que pasa ahora? —inquirió Juana de mala gana.

Lorena entró definitivamente en la sala y respondió señalando al crío con un dedo regordete.

—Vuestro hijo, señora. No hay manera de que termine el desayuno. Ha tirado por el suelo las gachas y el pan. ¡Está todo lleno de comida!

—Yo quiero chocolate para desayunar —fue toda la respuesta del crío a aquella acusación.

Juana suspiró antes de dirigirse a su hijo en tono severo:

—Jan, has de comerte lo que el aya te ponga sin rechistar.

—Has de comerte lo que el aya te ponga sin rechistar —repitió con sorna el niño.

Juana se aferró al reposabrazos del banco por no hacer algo más drástico. Resopló para armarse de paciencia.

—Tienes que comer lo que Lorena te prepare. Si no, estás faltando al respeto a su trabajo...

—¡Yo quiero chocolate! —bufó el pequeño dando una firme patada a la pata del asiento.

—¡Tú harás lo que se te manda! —saltó Juana pillando

por sorpresa incluso a ella misma.

Jan dio un brinco fruto del asombro y se quedó mudo. Cuando vio que aquello era todo, comenzó a llorar como si le hubiese acontecido la peor de las desgracias.

Su rostro se puso rojo debido al esfuerzo y se lanzó al suelo, donde prosiguió con su teatrillo.

Juana y el ama compartieron una mirada de frustración. Ambas sabían que no podían hacer otra cosa que ceder a los deseos de aquel pequeño déspota. Aun así, Juana no estaba dispuesta a dejarse vencer pese a que corría el riesgo de que Wilhem oyese los gritos desde su taller. Se alzó y señaló con la barbilla a su hijo.

—Ponte de pie y deja de llorar ahora mismo.

Ante la inesperada resistencia de Juana, el niño dudó unos segundos. Sus lágrimas se convirtieron momentáneamente en un débil hipido, para transformarse después en un llanto aún más desesperado e irritante.

—Dejadlo, señora. Ya le preparo un chocolate —dijo la resignada Lorena.

Nada más escuchar las palabras mágicas, los llantos del niño cesaron de sopetón. Se limpió las imaginarias lágrimas de las mejillas y se puso en pie con agilidad.

Juana entendía que la mujer claudicase. No sería la primera vez que la fornida ama se veía metida en problemas por culpa del pequeño. La amenaza de quedarse en la calle con solo lo puesto, que había proferido Wilhem ante el último intento de negar un capricho a Jan, aún resonaba en la casa. Guardó silencio y tuvo que aguantar cómo su hijo la miraba desafiante al salir de la estancia.

Quería a Jan, bien lo sabía Dios, pero en ocasiones solo veía en él el peor reflejo posible de su marido. Todo intento de alejarlo de la órbita de Wilhem resultaba inútil. Para el de Bruselas era su sucesor, el gran objetivo de su vida, y concedía al niño todo aquello que a este se le antojaba.

Incapaz de continuar con su labor, dejó el bastidor en su regazo y volvió a sumirse en las calmadas aguas de la laguna veneciana. La paz de aquella vista contrastaba con lo agitado de su corazón. Respiró hondo y dejó que la

belleza de Venecia la tranquilizase.

El golpe enérgico de unos nudillos en la puerta de la cámara le hizo dar un respingo y a punto estuvo de dejar caer el bordado. Cuando la puerta se abrió sin aguardar respuesta, la sospecha de que se trataba de Wilhem se confirmó. Apartó los ojos de la ventana y los posó en el bastidor, al que fingió regresar. Por alguna razón, se le metió en la cabeza que si no lo hacía su esposo adivinaría sus pensamientos.

Pero lo cierto era que Wilhem ni siquiera la miraba. Cruzó la estancia sin prestarle la mínima atención y posó las manos en el alféizar del ventanal. Se asomó al Gran Canal como quien mira una pared blanca. Ni siquiera era capaz de admirar la belleza que se extendía al otro lado de la ventana. Juana se puso en pie e hizo una discreta reverencia que sabía que al de Bruselas le agradaba.

Con un gesto, Wilhem le permitió volver a sentarse.

—He oído gritos. ¿Ha pasado algo con Jan?

Juana hundió la cabeza en el pecho antes de responder.

—Nada. No quería desayunar lo que Lorena le había preparado, eso es todo.

Wilhem soltó un gruñido para mostrar su disconformidad.

—No me gusta nada esa mujer. Es vulgar y tosca. Debería echarla y buscar a alguien más adecuado para cuidar de Jan.

—Lorena es una buena aya. Un poco ruda en ocasiones, pero le concede todos los caprichos al niño. ¿No es eso de lo que se trata?

Juana se cuidó de dejar transmitir un tono de reproche en aquel comentario. Wilhem la observó de soslayo unos instantes. Finalmente, el hombre se tiró complacido de los faldones del jubón y se apartó del ventanal.

—En cualquier caso, si esa criada vuelve a hacer llorar a mi hijo, tendrá que atenerse a las consecuencias. Te hago responsable de ello a ti, ¿entendido? A Jan no le debe faltar nada.

El dedo índice de Wilhem la señalaba amenazador.

Juana se mordió las ganas de replicar y asintió al tiempo que volvía a retomar la labor de bordado. Si embargo, no supo o no quiso disimular un mohín de apatía. Wilhem ni siquiera reparó en ello. Giró sobre sus talones para encaminarse hacia la puerta y se detuvo a mitad de camino.

—También quería informarte de que esta noche no vendré a dormir.

Juana estuvo a punto de pincharse con la aguja. ¿A qué venía aquella crueldad? Sabía de sobra que la mitad de las noches las pasaba su marido en lechos ajenos. Casi todos de pago, para ser justos. Que le informase de ello solo podía deberse a la naturaleza vengativa de Wilhem. Cualquier intento de educar a Jan solía tener ese tipo de sádicas repercusiones.

No obstante, Juana no le concedió el placer de mostrar emoción alguna. Fijó su vista en el bastidor y respondió de modo lacónico:

—Estupendo.

Wilhem la escrutó dubitativo. Luego se aclaró la voz, se miró la punta de las botas y sacudió la cabeza para mostrar su conformidad. Se dispuso a salir de la habitación. Justo en ese momento la figura de Ana del Cerro se abrió paso desde el otro lado del umbral.

El pintor no disimuló una mueca de fastidio.

—Ana, qué extraño veros por aquí a hora tan temprana —dijo de modo sarcástico.

El de Bruselas no perdía la ocasión de manifestar lo poco que le agradaba ver a aquella mujer en su casa.

—Lo que es raro, querido Wilhem —respondió Ana cruzando la estancia e ignorando cualquier contacto físico con el pintor—, es veros a vos en la alcoba de vuestra esposa.

El de Bruselas frunció los labios, aunque se limitó a describir una fingida reverencia antes de salir resoplando y a grandes zancadas del cuarto.

Juana se puso en pie, dejó el bastidor sobre el banco y cruzó la estancia para saludar a la recién llegada.

—Creo que la baja consideración en la que te tiene mi

esposo ha vuelto a caer aún más tras ese comentario —dijo sin disimular una sonrisa.

Ana del Cerro puso los ojos en blanco.

—Lo que tu esposo opine de mí me importa menos que una boñiga de caballo. No estoy casada con él. De estarlo, hace mucho que le habría puesto los puntos sobre las íes, que es lo que tú tendrías que hacer, querida.

Juana sonrió abiertamente. Aunque en ocasiones podía ser ruda y malencarada, pocas cosas le agradaban más que la sinceridad de Ana.

Ambas mujeres se tomaron de las manos y se abrazaron con cariño.

Con la misma seguridad que si estuviese en su propia casa, Ana se sentó en el banco que Juana había ocupado hasta la llegada de Wilhem. Mientras, esta cerró la puerta para evitar oídos indiscretos; a excepción de Lorena, el servicio rendía cuentas al de Bruselas de todo cuanto acontecía en la casa.

Regresó junto al ventanal y observó a su amiga con ternura. Ana del Cerro admiraba, de espaldas a la habitación, la vista al otro lado; la hermosa saya con mangas doradas que llevaba brillaba a la luz de la mañana.

Ana había nacido en Sevilla, pese a que sus rasgos eran más propios del norte de Europa que del sur de la Península Ibérica. Una densa cabellera rubia oscura, casi rojiza, en la que ya pasados los cincuenta años aún no asomaba una sola cana, la tez tan blanca que parecía transparente, y unos ojos verde claro le otorgaban una belleza poco común, dura y desafiante. Un aspecto heredado de su madre, según decía, quien descendía del norte de Europa. A esas facciones pétreas se le sumaba el hecho de haber tenido que madurar de golpe y a la carrera, por lo que su aspecto solía ser intimidante, cuando no amenazante.

Su padre era el fundador de uno de los primeros negocios de importación de objetos exóticos de las Indias. Un negocio en auge y que reportaba importantes beneficios a comienzos de siglo. Así pues, Ana estaba acostumbrada a lujos y caprichos desde la cuna.

En un viaje de regreso de las Américas, la nave en la que la familia viajaba naufragó cerca de las costas de Portugal. A sus padres se los tragaron las negras aguas de la Mar Océana, y ella salvó la vida gracias a un gitano de Triana, empleado de la familia, que la llevó a tierra sobre sus espaldas. Con menos de dieciséis años e hija única como era, Ana del Cerro heredó la empresa familiar.

Los pretendientes surgieron de debajo de las piedras y de no ser por el buen tino de fray Pedro, un viejo franciscano amigo de la familia, la niña habría acabado casada con el primer rufián que anduviese despierto y no llevase la ropa remendada. Sin embargo, el monje supo buscar un buen partido para la joven Ana.

Casó solo un año después con Mauro Roncal, conde de Aranguren, viudo de su primera esposa y diez años mayor que ella. Fiero hombre de negocios y con amplia experiencia, sería él quien se encargaría a partir de entonces de manejar el timón de la empresa. Y lo cierto fue que el negocio no solo mantuvo su estatus, sino que su poder y riqueza crecieron hasta convertirse en un pequeño imperio comercial.

Durante aquellos años el matrimonio había sido como una máquina bien engrasada, con un Mauro volcado en su trabajo y una Ana dedicada a aprender, hasta acabar siendo tan responsable como su esposo del éxito de la compañía. Un matrimonio al uso más, al que una cómoda vida y dos hijos bien criados ayudaban a seguir adelante.

Hasta que hacía diez años unas fiebres se habían llevado al conde de Aranguren. Viuda y con los dos hijos del matrimonio hechos y derechos y trabajando ya en el negocio familiar, Ana decidió que necesitaba cambiar de aires y lo hizo trasladándose a Venecia. La mujer nunca explicaba el porqué de la elección de la ciudad italiana. Un hecho que no sorprendía a los que la conocían bien; la Vedova, la viuda, como la llamaban en Venecia, no se prodigaba en dar detalles de su vida. Aunque, a buen seguro, el aprecio que la mujer sentía por el arte habría tenido mucho que ver. Un gusto tardío que se inició tras la

muerte de Mauro y en el que se volcó por completo, convirtiéndose en una de las mayores coleccionistas de la ciudad de la laguna.

Estaba claro, pues, que Venecia era la ciudad ideal para una mujer como ella: rica, caprichosa y enamorada de la pintura. Se había aclimatado a las mil maravillas a la Serenísima y formaba parte de la vida social de la ciudad como si hubiese nacido en ella. Por supuesto, a ello ayudaba la generosa paga que recibía periódicamente desde España y que le permitía llevar una existencia relajada y ajena a las preocupaciones. Y mejor que siguiera siendo así o sus dos hijos tendrían problemas. Como solía decir: «Quizá sean los hombres quienes lleven los pantalones en mi casa, pero la bolsa con las monedas la llevo yo cosida a las enaguas».

Ese amor por el arte y la belleza era lo que había unido a la Vedova y a Juana desde que se conocieron en una fiesta a la que Wilhem no tuvo otro remedio que llevar a su esposa. Un vínculo que no había hecho sino fortalecer día a día.

Ana ejercía de hermana mayor, desde la sabiduría que le otorgaba la diferencia de edad. La sevillana era el paño de lágrimas de Juana, consejera, confidente e incluso acompañante ocasional en actos sociales. Entre ambas existía una relación que parecía estar hecha del metal más duro, y que ni los comentarios malintencionados de Wilhem podía quebrar.

Era frecuente verla en la casa de los Jansen, aunque el de Bruselas se quejara de lo mucho que aquella entrometida visitaba a su esposa. Pero ni el temperamento de Wilhem Jansen impediría que Ana del Cerro dejase de hacer lo que le placía.

La mujer seguía contemplando la belleza del Gran Canal con aire ensoñador.

—Esta ciudad es la más hermosa del mundo —musitó —. No es extraño que la hayan pintado maestros como el gran Tiziano o El Veronés. Mira su luz, el reflejo en las aguas de la laguna, el color del cielo. ¿Acaso existe un lugar

mejor para un pintor?

Juana sonrió a la par que negaba con la cabeza.

—Ninguno.

—Ven, siéntate junto a mí —dijo Ana girándose y palmeando el banco. Juana obedeció y con pequeños pasos ocupó el sitio a la derecha de su amiga. Para ello tenía que retirar el bastidor que ocupaba la mitad del asiento. Ana se le adelantó. Lo arrojó sin ningún cuidado y solo la casualidad hizo que acabase en la seguridad de la cama de Juana en lugar de en el suelo—. ¡Bordar y siempre bordar! ¡Como si no hubiésemos nacido para otra cosa en esta perra vida las mujeres casadas!

Juana sonrió para sí. Pensó en el aya Teresa y la importancia que daba a aquellas labores. ¡Cuán diferentes eran las dos!

Con un ademán imperativo, Ana la invitó a girarse. Cuando Juana obedeció le desanudó el cabello y empezó a trenzárselo. Aquella era una acción que la mujer repetía a menudo y que, aunque no era del todo del agrado de Juana, había llegado a resultarle placentera.

—¿A ver si adivinas para qué he venido esta mañana? —exclamó Ana en tono risueño mientras alisaba el pelo de su amiga.

—No se me dan bien las adivinanzas.

Ana frunció los labios.

—En italiano, querida —la reprendió—. ¿Cómo pretendes dominar este idioma si en cuanto puedes hablas en castellano?

La joven aceptó el regaño con su mejor sonrisa. Ana era una dura maestra. Sin embargo, tenía que reconocer que desde que ella se encargaba de corregir su acento y vocabulario, su manejo del idioma italiano había ganado mucho.

—No se me dan bien las adivinanzas —repitió esta vez en un perfecto italiano.

—He venido a decirte que esta noche tú y yo iremos a una pequeña y discreta fiesta.

Juana frunció el ceño.

—No estoy de humor para fiestas. Además, por el tono de tu voz me temo que esa fiesta sea cualquier cosa menos pequeña y discreta.

—¡Y aciertas! —cacareó Ana plena de felicidad—. Será la mayor fiesta a la que se puede asistir en esta ciudad. Y tú y yo estamos invitadas.

Desde que Wilhem y ella llevaban vidas separadas, al de Bruselas no le importaba lo que su esposa hiciese siempre que Juana guardase las formas. Por ello, no eran pocas las ocasiones en que había acompañado a Ana a fiestas y recepciones varias. Casi siempre obligada por la amistad que las unía, más que por verdadero interés.

—Ya sé que lo haces por mi bien —comenzó la consabida retahíla de excusas que tan bien conocían ambas —, pero de verdad que nada me apetece menos que asistir a una fiesta. Prefiero...

—Ya lo sé, ya lo sé —la cortó Ana—, prefieres quedarte en casa con un libro.

—De verdad que te lo agradezco.

Ana la obligó a girarse y mirarla.

—Te aseguro, querida, que te gustara asistir a esta fiesta —repuso misteriosa—. Podrás conocer a alguien interesante y con quien compartes gusto por el arte y la belleza. De hecho, compartes con él también otros gustos.

La mujer soltó una sutil risa malvada cuyo origen Juana no llegó a adivinar. Ana del Cerro era como una gigantesca cebolla, daba igual las capas que pelabas, siempre aparecerían más y más.

—¿Y quién es ese misterioso personaje? —le siguió el juego.

—Un marchante de arte que ha llegado a Venecia desde Flandes para instalarse.

Juana quiso saber más. Su amiga había logrado captar su atención.

—¿Un marchante nuevo en Venecia? —inquirió.

La profesión de marchante de arte estaba en pleno auge en toda Europa. Sobre todo, en el norte. En Flandes y las Provincias Unidas era un oficio que se conocía desde

hacía varias décadas y no era extraño que algunos maestros pintores ejerciesen como tal. Al tiempo que vendían sus obras al mejor precio, hacían dinero con las de otros colegas. En la misma Italia empezaban a brotar como setas hombres de negocios que se dedicaban a ello.

—Ya sabía yo que te interesaría —dijo sonriente Ana.

—Me interesa conocer a ese marchante.

—Te interesará aún más cuando sepas que ese marchante y tu esposo trabajaron juntos en Bruselas.

La boca de Juana se abrió en una mueca de sorpresa.

—Explica eso.

Ana negó con la cabeza.

—Será mejor que se lo preguntes a él cuando lo conozcas esta noche. Te puedo asegurar que disfrutarás de su compañía. Es inteligente y culto.

—¿Tú y él también os conocéis?

—Llevó comprándole obras desde hace años. Créeme, te gustará conocerlo. Además, no pierdo la esperanza de que en la fiesta también conozcas a un guapo y joven muchacho que te haga olvidar al bruto de tu esposo.

Juana censuró el comentario de su amiga con un resuelto ademán de cabeza. Ambas se echaron a reír con ganas.

II

La fiesta del marchante de arte se desarrollaba en un antiguo y noble palacio en el *sestiere* de San Polo, una de la zonas más lujosas y selectas de Venecia.

Juana había estado en un par de ocasiones en aquella parte de la ciudad. Sabía que allí vivían los mercaderes más ricos junto a la aristocracia de más rancio abolengo. En cada esquina y calle se alzaban bellos palacios construidos por Sansovino, Sanmicheli o Palladio.

A pesar de que bien podían haber ido caminando, a instancias de Ana tomaron una góndola que las dejó muy cerca del puente del Rialto.

—Una dama no debe perder nunca la oportunidad de ser vista como tal —insistía sabedora de la importancia que la imagen tenía en la sociedad de la Serenísima República.

Ambas mujeres caminaban cogidas del brazo. Llevaban puestas sus mejores galas. Que en el caso de Juana constaban de un vestido de seda verde comprado durante su estancia en Milán, cuello de lechuguilla a la moda italiana y una bella capa de colores terrosos para protegerse del relente de la noche veneciana. Ana lucía un vestido muy de su gusto, con amplios bordados en oro, y su capa estaba rematada con piel de armiño.

—Te aseguro que no te arrepentirás de acompañarme a esta fiesta —exclamó.

Juana suspiró con resignación. Su estado de ánimo no era el mejor para asistir a celebración alguna, pero sentía curiosidad por las palabras de su amiga. Que un nuevo marchante se instalara en Venecia representaba una oportunidad perfecta para conocer otra cara del mundo del arte: la de los coleccionistas.

Mucho antes de llegar al palacio, en las calles era notable un aire de alegría y jolgorio. Juana lanzó una mirada divertida a su amiga.

—Conque sería una fiesta pequeña y discreta —dijo sin reprimir una sonrisa.

Ana del Cerro se encogió de hombros.

—En esta ciudad, si haces algo, que sea a lo grande o se olvidará al día siguiente.

Cuanto más se acercaban al lugar de la celebración, más se apreciaba el ambiente festivo.

Telas de vibrantes colores colgaban de balcones y ventanas de casas cercanas. Guirnaldas con flores cruzaban las calles que conducían al palacio y danzaban con la leve brisa que soplaba desde los canales. Un aire de festividad inundaba cada callejuela como si se hubiera instalado un gran teatro al aire libre.

Al llegar a la plaza frente a la que se alzaba el palacio, se toparon con una multitud de personas que se agolpaba aguardando pacientemente para entrar. Juana no podía ver lo que tenía a su alrededor ya que la muchedumbre se lo impedía. A duras penas atisbó a un grupo de saltimbanquis haciendo cabriolas que divertían a la gente, mientras que músicos amenizaban la espera de los invitados. Todo estaba iluminado con centenares de teas, como si la noche se hubiese vuelto roja y brillante.

Se colocaron al final de una cola que no bajaba de la media centena de personas.

Ana emitió un gruñido de queja. Salió de la fila y empezó a adelantar a los presentes.

—Ven —dijo tirando del brazo de su amiga—. No pienso pasarme media noche en esta cola.

Juana siguió con mansedumbre los pasos de Ana. Las protestas de los que aguardaban pacientemente no se hicieron esperar.

—¡Callaos! —replicó Ana sin dignarse en mirarlos—. Al contrario que vosotros, conozco al anfitrión de esta fiesta, atajo de parásitos.

Juana agachó la cabeza abochornada. Odiaba cuando

Ana se comportaba como la indolente dueña de una fortuna, que es lo que en realidad era.

Las explicaciones de Ana, lejos de acallar las quejas, las multiplicaron. La Vedova las sorteó con la barbilla elevada y andares altaneros.

Llegó un momento en el que la cola se estrechaba y no dispusieron de más espacio para avanzar. Ana resopló contrariada.

—Aguarda aquí —le dijo—. Entraremos en menos de lo que se tarda en decir amén.

Juana obedeció y vio cómo su amiga porfiaba por seguir avanzando por entre las personas que formaban el comienzo de la cola. La joven se entretuvo admirando el palacio al que se encaminaban.

Era un sobrio y distinguido edificio de ladrillo color ocre de tres pisos de altura, cada uno con una galería formada por estilizados arcos trilobulares, al más puro estilo veneciano. Cada piso estaba separado por una cornisa ricamente tallada. Todo en el palacio emulaba el tipo de edificios que se podían contemplar en la República. La mezcla de estilos que podía verse por toda la ciudad la seguía fascinando. Había influencias bizantinas, romanas, griegas e incluso musulmanas en cada esquina. Aquel crisol de culturas daba a Venecia un aire irreal y único en el mundo.

Tal y como había prometido, Ana regresó al poco. La tomó de la mano y tiró de ella en dirección a la entrada. Un par de sirvientes les abrió paso ante las quejas de los presentes.

—¿Qué les has dicho?

Una expresión de triunfo y arrogancia poblaba el rostro de Ana.

—Solo les he dicho mi nombre y les he recordado que he gastado en cuadros de su amo más oro del que nunca verán junto.

Juana no pudo evitar sonreír. Ana del Cerro era como era. Podía gustarte u odiarla. Pero nunca se la podría acusar de no ser quien era y actuar como tal.

Cuando alcanzaron la entrada, Juana soltó un murmullo de admiración y sorpresa. Frente al palacio se elevaba un arco de triunfo de madera de tres cuerpos de altura rematado con estatuas de motivos mitológicos bellamente talladas. Como si se tratara de la arquitectura efímera que las ciudades solían construir para recibir visitas regias o personajes de alta alcurnia. Los invitados debían de desfilar bajo él para acceder a la fiesta.

Juana no era la única maravillada ante aquella sorpresa. Los cuchicheos de admiración poblaban la plaza a medida que los invitados vislumbraban la singular construcción. Sin duda, el misterioso marchante sabía adular al pueblo de Venecia. Daba la bienvenida a los invitados de un modo tan ostentoso y tan del gusto veneciano que la ciudad tardaría en olvidar aquella velada.

—Ya te dije que te iba a gustar venir —soltó una sonriente Ana.

Juana aún seguía con los ojos abiertos como platos y un gesto de sorpresa en los labios. Ahora sentía incluso más curiosidad por conocer al anfitrión de la fiesta.

La pareja de amigas desfiló bajo el monumental arco y accedió al palacio.

Lo singular de la fiesta no acababa allí. Cuando los convidados traspasaban el umbral del edificio, un grupo de sirvientes disfrazados al estilo de los carnavales proporcionaba una máscara a los invitados y les señalaba el camino del jolgorio.

—¡Carnavales en otoño! —exclamó alegre Ana colocándose la máscara—. ¿No es una ocurrencia genial?

Sorprendida, Juana respondió con un encogimiento de hombros, y también ella se colocó la máscara. Entraron en la fiesta.

Barrió el lugar con la mirada y sin ser consciente de ello una sonrisa se dibujó en sus labios. Se sentía contenta de estar allí. Había más de un centenar de personas apiñadas en el patio, que pese a su tamaño parecía quedarse pequeño para albergar a tanta gente. Se veían algunos grupos en las galerías superiores que, asomados

desde la balaustrada, brindaban con los de abajo. Todo el mundo tenía una copa de vino en la mano y reía con alegría. Las máscaras y el anonimato que proporcionaban ayudaban a elevar aún más el espíritu, y todos parecían estar divirtiéndose. Los músicos entonaban melodías alegres y los más osados se animaban a bailar o simplemente a dar palmas.

—Es una fiesta magnífica —acertó a decir Juana.

—Te lo dije.

Juana cabeceó con convicción al tiempo que tomaba una copa de vino especiado de la bandeja de un camarero. Ciertamente, empezaba a alegrarse de estar en aquel lugar. Por una vez podía relajarse y simplemente dejarse llevar. Dio un largo sorbo de su vino e interrogó a su amiga.

—Y bien —dijo—, ¿dónde está ese misterioso marchante? Quiero conocerlo.

Ana sonrió y se puso de puntillas. Oteó el patio en busca del marchante. Cuando lo localizó, soltó un gritito de alegría. Su barbilla señaló con sutileza el fondo del patio, donde, junto a una estilizada columna, un hombre charlaba animadamente en medio de un grupo.

Juana lo observó con detenimiento.

Era alto y fornido, y su estómago daba buena cuenta del gusto por la buena mesa. El cabello, pelirrojo hasta el punto del encarnado, raleaba en su cráneo. Quizá para compensar, lucía una afilada y cuidada perilla, y bigotes largos a la moda, tan encerados que apuntaban al cielo. Además, llevaba un gorro con una llamativa pluma de pavo real, un elegante jubón en rojo acuchillado con bordados en oro y unas calzas de color verde que parecían no haber sido elegidas con otra intención que llamar la atención. Todo en su aspecto parecía indicar que se resistía a mostrar al mundo su verdadera edad, que debía rondar los cincuenta o andaba próximo a esa cifra. Pero, quizá porque aquel intento era estridente y nada sutil, resultaba jovial y extrañamente honesto.

A ello ayudaban unos ademanes ágiles e incluso amanerados. A aquel aspecto risueño se sumaba una voz

aguda que podía escucharse desde el otro lado del patio. Sobre todo, cuando reía, algo a lo que parecía proclive.

Juana supo que aquel hombre le caería bien nada más verlo.

Ana la tomó de la mano y tiró de ella en dirección al marchante.

—Ven, os presentaré —dijo.

Juana no se resistió. A pesar de una naturaleza tímida, perfeccionada tras los años de matrimonio, se moría de ganas de charlar con aquel curioso hombre.

El marchante pareció perder todo interés en el grupo con el que departía nada más atisbar a Ana del Cerro. Se disculpó ante sus invitados con una sentida reverencia y de dos veloces pasos, se plantó frente a la mujer. La tomó de las manos y se subió la máscara, observándola con teatral interés. Tenía unos ojos añiles y pequeños que recordaban a algún roedor diminuto y astuto.

—Mi estimada señora Del Cerro, tenéis que enseñarme vuestro secreto; ¡estáis cada día más joven!

El marchante había pronunciado el halago con una mezcla de sinceridad y sentido del humor que hizo que una sonrisa se formase en los labios de Ana. Además, el marcado acento del norte y un amaneramiento por el que parecía no sentir pudor remarcaron la intención cómica de sus palabras. Poca gente podía mentar, aunque fuese de modo disimulado, la edad de Ana con su beneplácito. Sin duda, juzgó Juana, entre su amiga y el marchante existía un fuerte vínculo que iba más allá de los negocios que habían hecho juntos.

—Querido Robert —contratacó Ana—, si yo estoy cada día más joven vos estáis cada día más delgado, y a fe mía que en vuestra cabeza hay más cabello del que pude contar la última vez que nos vimos.

Tras un segundo de silencio que fue de todo menos incómodo, los dos prorrumpieron en una alegre carcajada que contagió a Juana.

Ana del Cerro y el marchante se abrazaron con efusividad. Quizás era la primera vez que Juana veía a su

amiga relajada en compañía de un hombre.

—¿Y esta belleza que os acompaña quién es? —inquirió el marchante enfocando toda su atención en Juana.

Esta notó que las mejillas se le enrojecían y trató de disimular trazando una reverencia.

Ana la tomó por los hombros y la obligó a erguir la espalda.

—Robert de Maes, te presento a Juana de Castro.

—Encantada de conoceros, señor De Maes.

El marchante agitó la muñeca de modo descuidado.

—Por favor, cualquier amiga de Ana puede y debe llamarme Robert.

Juana asintió sonriente.

—Y vos podéis llamarme Juana, aunque he de corregir a mi amiga. En realidad, soy Juana Jansen. De Castro era mi apellido de soltera. Aunque en España no hay costumbre de que la esposa tome el apellido de su marido, me temo que mi esposo es de Flandes y allí es común hacerlo.

Un velo de duda cruzó por el rostro del marchante al tiempo que se tiraba ligeramente del extremo de sus bigotes. El gesto no le pasó desapercibido a Juana.

—¿Jansen? Conocí a un Jansen en Bruselas. ¿Es posible que hablemos del mismo Wilhem Jansen?

—Sin duda os referís a mi esposo.

Robert sonrió sin ganas. Seguía tirándose del afilado bigote con aire distraído.

—Pero Wilhem se marchó a España y, según tengo entendido, se casó con una viuda mayor que él.

—La primera mujer de Wilhem. Murió poco antes de tomarme a mí como segunda.

—Esa pobre desgraciada resulto tan yerma como un campo en invierno —intervino Ana del Cerro—, así que se encaprichó de otra.

Juana resolvió no censurar a su amiga. Si bien no era de su agrado que airease con tanta ligereza sus trapos sucios, algo en Robert la impelía a confiar en él.

El marchante tomó la mano de Juana y la besó con una teatralidad exagerada. Su histrionismo, que habría sido

tomado en otros por una pose fingida, era en Robert de Maes algo tan natural que apenas lo hacía digno de mención.

—En cualquier caso, y conociendo a vuestro esposo —dijo inclinando la testa hasta casi rozar la mano de Juana —, no sé si daros la enhorabuena o el pésame.

El silencio que siguió fue suficientemente esclarecedor para los tres. Juana había acertado. Robert de Maes no parecía sentir una especial simpatía por su esposo. Eso hizo que le cayese aún mejor. No pudo reprimir compartir una sonrisa cómplice con él.

—Venid conmigo —prosiguió el marchante ofreciendo un brazo a cada mujer—. La charla y las fiestas me dejan la garganta seca. Necesito algo de ese suave vino veneciano.

Robert volvió a calarse la máscara y los tres cruzaron el gran patio con parsimonia, mientras todo el mundo los miraba de reojo. Para su sorpresa, pese a ser poco amiga de sentirse el centro de atención, Juana descubrió que aquella situación la divertía.

Durante todo el trayecto, Ana y Robert saludaron a otras personas con un leve asentimiento y esporádicas frases cortas. En ocasiones, cuando el invitado de turno ya no estaba presente, alguno de los dos hacía un comentario frívolo sobre él. Juana estaba acostumbrada a esa actitud por parte de su amiga. Con el tiempo había juzgado que un ligero carácter cínico era la coraza que Ana se ponía para protegerse del mundo. Le sorprendió hallar retazos de aquella táctica también en Robert.

Tomaron tres copas de vino en sus manos y Robert les ofreció acompañarlas a la parte trasera de la casa. Como casi todas las residencias de Venecia, el palacio disponía de dos entradas. La que daba a la calle y la trasera, al canal, más discreta y donde atracaban las góndolas o pequeños botes.

—Allí no nos molestará nadie —dictaminó en tono cómplice.

Desfilaron bajo la galería más cercana al canal, y, en silencio, casi como si se dispusiesen a cometer un crimen,

se escurrieron a través de una puerta.

Tras cruzar la planta baja, descendieron por una escalera y desembocaron en un pequeño embarcadero. A ambos lados se extendía una pequeña galería cubierta de tres arcos que debía de servir de improvisado almacén.

El agua que golpeaba el pretil y los remos de las naves que surcaban los canales era cuanto se escuchaba. Los sonidos de la fiesta llegaban amortiguados y había que aguzar el oído para sentirlos.

La brisa de la noche veneciana agitaba el vestido de Juana. La mujer se quitó la máscara. Robert de Maes hizo lo mismo. Tan solo Ana la mantuvo puesta.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos vimos en Venecia por última vez? —preguntó Ana.

Robert hizo una mueca para mostrar que estaba calculando mentalmente.

—Creo que fue cuando te regalé aquella tabla del maestro Hieronymus Bosch.

—¿Regalar? —exclamó con fingida contrariedad Ana —. Querrás decir que me desvalijaste por ella. Pague su precio en oro.

Robert abrió los brazos para demostrar su inocencia. Sus pupilas refulgían de risa contenida.

—¡Vale cada moneda que invertiste en ella! El maestro Bosch era uno de los favoritos de Felipe II. Ojalá tuviese media docena de obras más de él y podría retirarme a vivir de las rentas como tú. Además, tengo entendido que la vendiste al año siguiente por mucho más de lo que pagaste.

Ana soltó una risa que llevaba largo tiempo conteniendo. Ambos brindaron por aquel negocio ante una sorprendida Juana.

La joven sonreía ante aquella demostración de complicidad, pero algo se cocía a fuego lento en su cabeza desde que había sabido que Robert de Maes y su esposo se conocían. Una duda que ahora era una urticaria que picaba como mil demonios. Decidió no aguardar más y soltarla tal cual.

—Y decidme, señor De Maes, ¿de qué conocéis a mi

esposo?

Robert se giró en dirección a Juana y dio un lago sorbo a su vino como si quisiese ganar tiempo. Lanzó una mirada por encima del borde de su copa a Ana del Cerro. A Juana le dio la impresión de que estaba pidiendo la opinión de la mujer antes de responder, y que su amiga afirmaba ligeramente con la cabeza. Finalmente, el marchante se recostó en una de las columnas de la galería y clavó la vista en las oscuras aguas del canal.

—Vuestro esposo y yo nos conocemos desde que ambos vivíamos en Bruselas. Me encargué de vender sus primeras obras. Era un pintor prometedor, aunque, si me permitís ser franco, un tanto pagado de sí mismo y con tendencia a creerse más de lo que era. ¿Quién no ha sido así durante su juventud? Nos creemos eternos, invencibles, inmortales, y en el caso de los artistas, más aún, ¡genios! Mas reconozco que tenía cierto talento. Sus tablas se vendían bien, sobre todo en el este, donde otros maestros no llegaban —concedió tras pensarlo unos segundos.

—¿Fuisteis vos entonces quien le recomendó ir a España a hacer carrera?

Una mueca cruzó el semblante de Robert. Nervioso, tiró de uno de los extremos de su bigote.

—Todo lo contrario. Yo le desaconsejé que lo hiciera. Le dije que estaba verde y que el mercado del arte en España solo estaba hecho para artistas consagrados. Que debía esperar a labrarse un nombre, ganarse una reputación. Pero él insistió en que un artista de su talento siempre estaría valorado en las cortes extranjeras. Ahí se acabó la relación comercial con Wilhem. Sé que tuvo cierto éxito en España, aunque, según tengo entendido, nunca llegó a trabajar para la corte o ser un pintor reputado.

Juana adivinó que yacía una pregunta implícita en el discurso del marchante. Aunque solo existía una respuesta clara, se debatió unos segundos entre la lealtad que, por desgracia, debía a su esposo o ser sincera. Optó por la discreción.

—Wilhem no ha tenido demasiada suerte estos últimos

años —dijo. Robert ahogó una sonrisa en los labios, sin un ápice de júbilo o satisfacción en ella. Se trataba de un gesto dirigido a Juana con el que le daba a entender que respetaba su posición. La mujer volvió a sentir simpatía por aquel hombre. No obstante, creyó que debía decir algo en favor de su esposo por mucho que eso le costase—: Últimamente nos va bastante bien en Venecia. A Wilhem no paran de llegarle encargos.

—Eso se dice —se limitó a señalar el marchante. Durante un instante dio la impresión de que iba a añadir algo más. En su lugar, apuró el vino de su copa y sus ojos volvieron a perderse en las aguas del canal.

La ligera incomodidad que se acababa de instalar fue rota por el tono alegre de Ana:

—Por cierto, he de felicitarte por tu idea de instalarte definitivamente en Venecia. Como siempre te he aconsejado, todo sea dicho —intervino.

—Así es. Me quedo definitivamente en la Serenísima. Después de muchos años, me has convencido —concedió Robert—. El mercado italiano aún no está saturado de marchantes y, usando bien mis armas, aquí puedo hacer una fortuna.

—Me alegra que opines así —sentenció Ana alzando su copa para brindar por la decisión de su amigo. Los tres bebieron con gozo—. Pues si tienes intención de buscar nuevos artistas en Venecia, te aconsejo que hables con Juana —dijo de sopetón.

Robert miró a la joven con interés renovado.

—¿Sois entendida en arte, Juana?

—No encontrarás en toda Venecia a alguien más docta en ello. Más que yo misma —se adelantó Ana.

Juana restó importancia a las alabanzas de su amiga con un ademán de cabeza.

—En la medida que puedo, intento estar al tanto de los nuevos artistas, pero no creáis que soy una experta, señor De Maes.

—¡Tonterías! —exclamó Ana metiendo baza de nuevo —. Juana es la persona que necesitas para arrancar tu

negocio en Venecia.

De natural, Juana encajaba los cumplidos de forma atropellada. Ahora sentía que sus mejillas ardían de rubor.

—En ese caso, he de fiarme de la opinión de Ana. —Hizo una reverencia tan exagerada como él en dirección a Juana—. Os pido que me ayudéis, al menos durante las primeras semanas. Venecia es como un árbol que cada año renueva sus hojas y hace mucho que no piso la Serenísima. Os lo ruego, Juana, ayudadme.

Juana confirmó con contención, aunque por dentro daba saltos de gozo. Iba a trabajar junto a un marchante. Se sentía exultante. Solo debía encontrar el modo de que Wilhem no supiese nada de aquello.

—Además, Juana no solo es una experta en arte —añadió Ana. Juana dibujó una expresión asesina—. También pinta, y he de decir que al nivel de los grandes maestros.

La vallisoletana sintió que toda la sangre se agolpaba en sus mejillas y un ligero mareo la inundaba. Miró a Ana y maldijo el día en que la hizo participe de aquel secreto. La mujer estaba entusiasmada desde que contemplara un par de sus obras. Tanto, que incluso se ofreció a comprarlas.

—Me temo que en aras de nuestra amistad Ana exagera —acertó a decir la chica.

Desde poco después de casarse, Wilhem le había dejado claro que la simple idea de que una mujer, y más concretamente su mujer, se dedicara a pintar le resultaba grotesca.

«¿Es que no te basta con ser la esposa de un pintor que pretendes imitarlo? Tú única obligación es darme un hijo», le había espetado cuando ella anunció que quería seguir pintando.

Eso había sido en Turín, al poco de llegar a Italia. A partir de entonces, Juana se las ingenió para hacerse con telas, pigmentos y demás utensilios a espaldas de su esposo.

De igual modo, siempre había hallado el tiempo necesario para estar a solas con su pintura. No tanto como hubiera deseado, aunque sí el suficiente para poder

sumergirse en su pasión. En casi diez años, su producción se reducía a una escasa media docena de tablas y alguna que otra tela.

—¡Tonterías! Tiene más talento que la mitad de los pintores de Venecia. Más talento que su esposo —exclamó una exultante Ana.

—En tal caso —apuntó Robert de Maes, dando un sorbo de su copa—, me gustaría ver algo de vuestro trabajo.

—Solo pinto como divertimento, señor De Maes. No hagáis caso a Ana. Le puede el cariño que nos tenemos.

El azoramiento que sentía la joven fue suficiente para frenar al marchante. El hombre llevaba toda la vida tratando con artistas y sabía cuándo era preferible dejarlo estar. Con un gesto resuelto le hizo entender que respetaba su deseo.

—No insistiré. Si alguna vez deseáis mi opinión, será un placer ver vuestras obras —dijo con afección—. En lo que me temo he de ser tenaz es en pediros que me ayudéis durante mis primeras semanas en Venecia. Por supuesto, con una remuneración acorde a la tarea.

—Os ayudaré, señor De Maes —respondió una sonriente Juana.

—Por favor, insisto en que me llaméis solo Robert.

Ana del Cerro alzó su copa y la entrechocó con la de sus compañeros.

—Este es el comienzo de algo fructífero para ambos —aseveró.

Mientras bebía, Juana miró por encima del borde de la copa a su amiga y entendió que aquello era lo que Ana buscaba desde el principio al traerla a aquella fiesta.

Retornaron al patio principal donde la celebración continuaba en pleno apogeo.

—Si me disculpáis, he de alternar —exclamó Robert con un amaneramiento exagerado incluso para él—. He gastado demasiado dinero en vino como para seguir sobrio o no acabar la noche acompañado.

En cualquier otra situación, Juana se habría sentido escandalizada. Sin embargo, se sorprendió a sí misma

sonriendo. Robert les guiñó un ojo con picardía y se perdió entre el gentío.

—¿El señor De Maes no está casado?

Ana negó con vehemencia.

—Ni lo está ni lo ha estado. Ni creo que se case nunca.

Juana meditó aquellas palabras. Estaba claro que, al contrario que para las mujeres, en los hombres el asunto del matrimonio era opcional. Podían ir de flor en flor sin que su reputación se viese afectada. Dio un último trago a su copa y a punto estuvo de dejar caer su bebida al suelo. Su tez se volvió blanca como la cal.

A pesar de la máscara, Ana supo que le sucedía algo.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó tomándola del codo.

Juana señaló al otro extremo de la fiesta. Su índice temblaba de forma visible.

—Wilhem está allí —musitó dándose la vuelta.

Ana miró en la dirección que su amiga señalaba, y vio a un hombre, enmascarado como todos, flirteando con una mujer de generoso escote.

—¿Estás segura de que es él?

Juana asintió con la cabeza baja.

—Reconozco el jubón que lleva puesto —murmuró al tiempo que se alejaba.

Ambas mujeres se colocaron al abrigo de una columna desde la que podían observar a Wilhem sin ser vistas.

Ana dio un largo trago a su copa.

—¿Y qué si está aquí?

Su amiga la miró como si se hubiese vuelto loca.

—Sabes que no le gustará verme aquí, y mucho menos contigo.

—¡Que se vaya al infierno! Ya ves con quién está él, con alguna puta salida de a saber qué mancebía. Además, llevamos puestas unas máscaras. Ese gañán no te reconocería ni aunque estuvieses a un palmo de él.

Juana no añadió nada. Casi a la carrera se encaminó en dirección a la salida. Su amiga fue tras ella y la tomó del brazo.

—¿A estas alturas va a importarte con quién está? Sabes de sobra que pasa la mitad de las noches con mujerzuelas.

—No se trata de eso. Lo sé desde hace mucho, y en realidad lo agradezco, de ese modo me deja en paz. Pero una cosa es saberlo y otra verlo. No quiero ser testigo de ello. —Ana emitió un bufido dando a entender que aquello no le bastaba—. Wilhem es mi esposo. No tengo otra alternativa que seguir con él, y si eso supone fingir que lo respeto, así será.

La Vedova la miró durante unos segundos como si fuese una extraña. Finalmente, emitió un resoplido y alzó la barbilla antes de hablar.

—Los esposos son como los mulos. Pueden ayudarte a llevar la carga o ser la carga. ¿Crees que mi Mauro habría sido un buen esposo si no le hubiese dejado las cosas claras desde el principio? Era un cabrón, como tu pintor. Como todos los hombres.

—No es tan sencillo. Tengo que pensar en Jan.

—Precisamente —porfió Ana—. Tu marido está convirtiendo a Jan en un pequeño tirano a su imagen y semejanza. Como no lo corrijas a tiempo, en vez de un mulo que se niega a llevar su carga tendrás dos.

El tono de Ana era cínico y no era la primera vez que se refería a Jan en aquellos términos. Ella misma le había hecho partícipe de sus temores respecto de su hijo. Eso no evitó que Juana mostrara su fastidio.

Fue suficiente para que Ana se percatara de haber cruzado el límite. Tomó aire de modo ruidoso y miró a su amiga con afecto.

—Te digo esto porque te quiero, y porque sabes que es verdad.

Juana tuvo que aguantarse las ganas de llorar.

—Lo sé, pero esta noche me gustaría no hablar de ello, si es posible. Quiero irme a casa.

Ana suspiro resignada. Mostró las palmas de las manos y abrazó a su amiga.

—De acuerdo —dijo.

Salieron de la fiesta y dejaron atrás los sonidos alegres y risueños de la misma.

III

Tras tres semanas trabajando codo con codo con Robert de Maes, Juana podía decir sin temor a equivocarse que su relación con el marchante era lo más enriquecedor que había hecho en años.

Durante la primera semana, se encargó de catalogar e inventariar las decenas y decenas de obras que el marchante poseía. Esos días disfrutó de cada segundo. Devoraba con hambre contenida cada tabla o tela, cada retrato o paisaje. Disfrutaba tanto de las obras de artistas consagrados como Jordaens, que valían una fortuna, como las de jóvenes pintores de Delft, Amberes, Bruselas o Leiden, de los que nadie había oído hablar en Italia.

Su labor era escrupulosamente minuciosa. Anotaba cada detalle de la obra que le parecía relevante, aparte de datos obvios, como las medidas o el soporte de la pieza o su estado. Se atrevió, incluso, a incluir pequeñas reseñas con las opiniones que las obras le suscitaban. Cuando vio que Robert no solo no censuraba aquel comportamiento, sino que incluso lo alentaba alegando que sus opiniones le serían de gran utilidad para negociar, Juana comenzó a escribir pormenorizadas críticas de cada obra.

La segunda semana Robert la llevó a visitar varios talleres de jóvenes pintores de Venecia y ciudades de alrededor, como Murano.

Al concluir su primera visita a un artista local, Robert la interrogó acerca de su opinión. Tras unos segundos de duda, Juana habló sin tapujos:

—Creo que no hemos visto nada especial. Ni una sola de las obras que nos ha mostrado deja poso alguno en quien las contempla.

Incluso ella misma se sorprendió de su dura crítica.

—¿No hay nada en la obra de ese joven que te agrade?

—Creo que el talento que tiene no es gran cosa, la verdad.

Robert no dijo nada, reflexionó sobre la opinión de la joven y se limitó a asentir con aire distraído al tiempo que seguía caminando.

Juana temió haber sido excesivamente explícita. Tal vez Robert tenía interés en aquellas obras y ella iba demasiado lejos al juzgarlas de aquel modo. Aun así, no se retractó.

Tras la segunda visita se repitió la pregunta y Juana fue igual de clara. Una tercera visita concluyó del mismo modo y Robert de Maes pareció complacido.

—Pues parece que somos de la misma opinión y gusto en el arte —exclamó el marchante con una media sonrisa.

A partir de ese momento, Robert hizo todo lo posible por que Juana pudiese inspeccionar las obras con tranquilidad para pedirle después su opinión.

Esas semanas, Juana fue la persona más dichosa del mundo.

Visitar sin ser molestada los talleres no resultó difícil. Como mujer que invadía un espacio claramente masculino, era recibida con recelo al principio, para convertirse en invisible al poco. Pero aquello terminó por ser una ventaja. Podía pasearse por el taller mientras Robert hablaba de cifras y números, y estudiar con calma las obras de aquellos artistas en ciernes. Buscaba en los cuadros influencias de maestros precedentes. Estudiaba la técnica que usaban, las manías que todo artista tiene y acaba por reflejar involuntariamente en sus obras. Le bastaba observar un cuadro unos pocos minutos para saber si la composición y modelos eran originales o copiados de maestros famosos. Era como buscar un tesoro oculto en cada pincelada, en cada trazo.

Disfrutaba realizando esa tarea, a pesar de que cada crítica negativa que emitía le reconcomía por dentro. Pero aquello era un negocio y Robert confiaba en ella para que

resultase fructífero, así que se esforzaba por hacer su labor lo mejor posible. Tan solo encontró un artista al que vio futuro y que consideró digno de invertir en él. Robert de Maes no dudó ni un segundo en hacer una oferta por sus telas. Confiaba en el juicio de la joven y se lo acababa de demostrar.

Además de en artistas nuevos, Juana invertía su tiempo en acompañar a Robert a visitar a posibles compradores. El marchante alegaba que se manejaba lo justo con el italiano y que la compañía de la joven le garantizaba que ningún detalle de una negociación, que en ocasiones incluía sumas importantes, se le escapara.

Sin embargo, Juana sabía que el italiano de Robert no era peor que el suyo propio e intuía que había otra razón.

Sea como fuere, Juana acabó por disfrutar de aquella labor tanto o más que de las otras. Aprendió que lo que el comprador quería conseguir al hacerse con una obra no era la obra en sí, sino lo que esta le transmitía. No importaba la técnica del maestro o la composición o habilidad con el pincel. Lo verdaderamente importante era lo que la pieza era capaz de hacer sentir a su futuro dueño. Bien fuera la sensación de poder y el orgullo de poseer algo valioso o la contemplación de la belleza en sí misma. Con aquel conocimiento adquirido, Juana se convirtió en una experta en el arte de negociar.

Bien pronto Robert alabó el talento de la joven en aquellas lides:

—Tienes un don natural que te hace ser una buena vendedora —le dijo—. Amas con cada fibra de tu ser los cuadros que vendes. Sé que crees que la mayoría de mis clientes compran mis obras solo porque son caras, pero te equivocas.

—¿Incluso cuando lo hacen para alardear de tenerlas? —dijo ella de forma cáustica.

—Incluso en esos casos. ¿Acaso sentirse poderoso demostrando que pueden comprar una tela de Tiziano no es algo que les transmite el cuadro? ¿Es menos lícito amar una obra por lo que representa que por lo que es?

Juana rumió aquellas palabras y aprendió de ellas.

De ese modo comprendió que, si bien la mayoría de aquellos que se gastaban una fortuna en una obra lo hacía porque podía permitírselo, había excepciones. Auténticos amantes de lo bello. Personas, como ella, para las que el tiempo se detenía cuando estaban frente a una pintura hermosa. Juana las reconocía enseguida; tenían el mismo brillo de gozo en la mirada que ella al posarla sobre una tela de Rubens, Van Dyck o Tintoretto.

No obstante, y aunque aquello no fuese sino un simple negocio, en ocasiones sentía una punzada de dolor cuando el trato estaba hecho. Sabía que aquella belleza solo sería contemplada por su nuevo dueño y nadie más volvería a ver la obra en cuestión.

—Algún día habrá lugares donde todo el mundo pueda contemplar las obras de los grandes maestros —vaticinó cierto día.

Robert se llevó los dedos índice y meñique a la sien, y se golpeó con ellos para alejar el mal fario. Una costumbre sin duda adquirida en Italia. Maldijo la predicción de Juana.

—¡Dios nos libre de eso! O yo me quedaría sin trabajo.

Por supuesto, Juana debía desarrollar aquellas labores a escondidas de su esposo, aunque lo más probable era que este ni se hubiese percatado de su ausencia. Cuando Wilhem no estaba trabajando en su taller solía pasar todo el día fuera de casa.

Para excusar su ausencia, que en muchas ocasiones se alargaba desde el punto de la mañana hasta la hora de la cena, Juana mintió anunciando que era su intención dedicar tiempo a labores de beneficencia en un hospicio. Aquella era una práctica habitual entre las ociosas esposas de la élite de la República. Sobre todo, al acercarse días señalados como la Navidad, carnavales o Pascua. Wilhem se limitó a asentir sin ganas. Tal vez debió de parecerle una buena idea que su esposa se dedicase a eso o tal vez Juana apostaba por ello, le daba igual lo que hiciese siempre que no molestase.

Tampoco Jan parecía ser consciente de la falta de su madre. El crío pasaba la mayor parte del tiempo en compañía de Lorena o de los instructores que Wilhem había contratado para su educación. Pero, a pesar de lo enriquecedor que resultaba trabajar con Robert, Juana no pasaba un solo día sin sentirse culpable por no dedicar más tiempo a su hijo en lo más hondo de su ser.

El invierno veneciano no solía ser extremadamente duro, sobre todo si lo comparaba con los rigores de Valladolid. Pese a ello, el frío ya se intuía en el horizonte y la humedad calaba hasta los huesos. Juana iba arrebujada bajo su capa y caminaba con paso brioso para mantenerse caliente. Su destino era la casa de Robert.

El marchante había alquilado exclusivamente el palacio de San Polo para la fiesta, y vivía en un palacete más humilde de dos plantas al norte del distrito de San Marcos.

Cruzó el umbral y mientras se adentraba en el edificio, fue saludando al resto del servicio entre quienes comenzaba a ser una más. Tenía una relación especial con Piero, el criado que más tiempo llevaba al servicio del flamenco.

—Robert se encuentra al fondo del almacén ultimando un envío de lienzos a Treviso —anunció el hombre.

Juana le agradeció la información con un leve asentimiento. Siempre le sorprendía la familiaridad con que se refería a su patrón.

Ella encontró al marchante inclinado sobre un cajón que uno de sus hombres se encargaba de clavetear siguiendo sus instrucciones. Nada más verla, sonrió y la chica supo que Robert estaba de buen humor. Su rubicundo rostro refulgía de gozo cuando se le acercó.

La tomó de las manos, un gesto que en otros habría sido excesivo, y le hizo dar una vuelta girando sobre sus talones.

—¡Mi querida Juana! Lo que te tengo reservado para esta mañana te va a encantar —dijo con un soniquete de alegría.

La llevó hasta la salida, donde se caló el gorro y se colocó el jubón acolchado antes de salir al frío de la

mañana.

Recorrieron las calles casi al trote y tomaron una góndola que previamente el marchante había alquilado. Durante todo el trayecto hasta ella, Robert no soltó palabra sobre hacia dónde se dirigían.

Ya aposentados en la embarcación, Juana trató de sonsacarle.

—¿Se puede saber a dónde me llevas con tanto secretismo? —dijo.

Robert sonrió maliciosamente. Le encantaba jugar a aquel tipo de juegos.

—Hoy necesito de tus habilidades con el idioma más que nunca.

Juana resopló irónica.

—Los dos sabemos que hablas un italiano tan bueno como el mío. Ya es hora de que admitas que me llevas contigo a vender cuadros porque soy mujer y joven.

Una mezcla de sonrisa y picardía inundó el rostro del marchante.

—He de admitir que en principio se trataba de eso, pero, después de percatarme de tus habilidades negociadoras, te quiero a mi lado porque me haces ganar dinero. De todos modos, hoy preciso de tu habilidad con tu idioma natal. —El marchante cruzó las piernas de un modo demasiado femenino e hizo una pausa teatral—. Me acompañarás a conocer a un joven y prometedor pintor español que está de visita en Italia.

—¿De quién se trata?

—Según me dicen, de un artista dotado de gran talento. Con menos de treinta años ya es pintor de cámara de su majestad Felipe IV, y mis fuentes me informan de que precisamente viaja por Italia como parte de su formación con el beneplácito del rey.

—Me temo que no pueda serte de gran ayuda —se excusó Juana—. Nunca he frecuentado la corte. Ni creo que sepa relacionarme con artistas de ese nivel.

Robert chasqueó la lengua para mostrar lo poco que aquello le importaba.

—Tú sé quien eres. Atina en tu juicio, como lo haces con el resto de los pintores, y asunto arreglado. Sean pintores de corte o no, los artistas son todos iguales. Y si algo he aprendido en estas pocas semanas es que sabes tratar con ellos.

Juana agradeció el cumplido con una medio sonrisa. De improviso, tuvo el deseo irrefrenable de compartir, aunque fuese unas migajas, algún pedazo de su vida pasada con aquel hombre.

—Quizá sea porque soy hija de artista —confesó. Robert escudriñó su rostro y ella se sintió urgida a continuar—: Desde que tengo memoria, la casa de mi padre siempre estuvo frecuentada por pintores, talladores o escultores. Eso cuando no por los que encargaban sus obras. Yo misma frecuentaba el taller de mi padre. Se puede decir que nací entre pinceles y pinturas.

—¿De ahí te viene el gusto por pintar? No he olvidado que algún día tienes que enseñarme tus cuadros. —Juana ignoró la pregunta del marchante. Un pinchazo de dolor la aguijoneaba en lo más hondo de su ser al recordar aquella época. Su padre, el taller, sus estudios, Francisco; todo quedaba tan lejos ahora—. Parece que te apena recordar esa época —dijo Robert como si leyese su mente. El tono de su voz nunca había sido tan cálido ni reconfortante.

—Parece que siempre tengas un sexto sentido para adivinar qué sucede en mi interior.

—Me basta con observar tu rostro. Eres una de las personas más expresivas que conozco.

—Será que me siento cómoda contigo —dijo Juana encogiéndose de hombros de modo distraído—. Te puedo asegurar que cuando estoy frente a Wilhem mi rostro es como una máscara de piedra. He aprendido a la fuerza que es mejor así.

—Lo lamento. Un matrimonio como ese no se lo desearía ni a mi peor enemigo.

Juana no había tenido oportunidad de comentar con el marchante la presencia de su esposo en la fiesta del palacio de San Polo. Aquel le pareció un momento tan bueno como

otro para sacar el asunto.

—A propósito —dijo, no obstante, con cautela—, vi a Wilhem en la fiesta.

—Yo lo invité. Creo que ya intuyes que tu esposo y yo no nos llevamos lo que se dice precisamente bien. Aun así, no podía presentarme en Venecia sin hacerle saber que estaba aquí. Quién sabe... El negocio es el negocio y quizás aún posea el genio que vi en él cuando nos conocimos.

—¿Y es así?

Robert se echó hacia delante en su asiento, retándola con la mirada.

—Dímelo tú. Eres mi experta en pintura.

No hizo falta que Juana respondiera. Ambos mostraron un amago de sonrisa.

Juana se retrepó en su asiento. Se sentía tan a gusto con el marchante que olvidaba que era su patrón y ella su empleada.

Robert hizo entonces algo tan inesperado que Juana dio un respingo. La tomó de la mano y la obligó a mirarle.

—Siento que debas ocultar quién eres ante el mundo. Créeme que te entiendo mejor de lo que supones.

—Te lo agradezco —acertó a decir Juana.

Después enmudeció. A su garganta no habría acudido ni una sola palabra más, aunque su vida dependiera de ello. Tampoco era necesario. Algo en los ojos del marchante iba más allá del deseo entre un hombre y una mujer. Juana vio en ellos amistad y entendimiento. Dos conceptos que le resultaban tan ajenos que daba miedo adentrarse en aquel sendero.

Como si hubiese sido fruto de un instante destinado a extinguirse, ambos se separaron y regresaron a sus anteriores posturas. No se sentían incómodos. Lo que acababa de suceder era tan natural como el ritmo de las mareas en la laguna. Se entendían, se compenetraban sin necesidad de nada más. Eran, a falta de una etiqueta mejor, cómplices de algo que solo ellos atisbaban a ver.

Robert se retorció el extremo derecho de su bigote antes de regresar a los negocios.

—Volviendo a ese pintor —dijo tras carraspear para aclararse la voz—. Mis fuentes me han informado de que no va a permanecer mucho tiempo en nuestra querida República. Parte para Roma en breve. Así que me he enterado de dónde toparnos con él esta mañana. Visitará el monasterio de San Michele. Y allí nos dirigimos.

Juana no pudo por menos que alabar el gusto del pintor. La pequeña isla de San Michele se hallaba a mitad de camino entre Venecia y Murano. Pese a que solía pasar inadvertida entre ambas ciudades, albergaba un monasterio obra de Codussi que poseía un bello claustro al que llamaban «el Pequeño», así como una capilla construida posteriormente, tan hermosa como coqueta: la capilla Emiliana. Era un lugar al que solo un verdadero amante de la belleza y el arte se acercaría una fría mañana de otoño como aquella. Ya sentía una pizca de simpatía por aquel misterioso pintor.

—¿Y crees que nos recibirá de buen grado si prácticamente lo asaltamos sin avisar? —preguntó.

Robert se encogió de hombros dejando claro que aquel detalle no le importaba demasiado.

—La fortuna favorece a los osados, querida Juana. Aspiro a que, tras hablar con él, acceda a mostrarnos algunos de sus bosquejos y dibujos. Conseguir que, además, nos enseñe alguna tela ya sería un éxito completo. Si su trabajo es tan bueno como me dicen, estoy dispuesto a encargarle alguna obra. Si estamos de acuerdo en el precio, por supuesto.

—¿Crees que su labor merece tantas molestias?

—Te aseguro que hace décadas que nadie me habla con tanto entusiasmo de un pintor joven. Si los halagos están justificados, encargarle alguna tela será una buena inversión de futuro. Por lo que ha llegado a mis oídos, hace un par de años ganó un concurso en el que entre otros contendientes se encontraban Carducho y Nardi. Me parece motivo más que suficiente para tantearlo. Y por eso estás tú aquí. Espero tu juicio para saber si es merecedor de tanto esfuerzo.

Dicho esto, Robert de Maes se recostó en su asiento y cerró los ojos. Juana suspiró hondamente. Quizá la responsabilidad que cargaba el marchante sobre sus hombros era demasiada.

La joven oteó el horizonte para apartar de su cabeza la inquietud que le generaba la confianza de Robert.

Realizaron el resto de la travesía en silencio. Mientras, la góndola se deslizaba veloz sobre las aguas de la laguna y la isla de San Michele crecía de tamaño a medida que se acercaban a ella. Nubes cargadas de lluvia cubrían el horizonte.

Al poco, enfilaron la entrada del embarcadero de la pequeña isla. Este se ubicaba frente a la capilla Emiliana. Así que, mientras la góndola atracaba, Juana contempló admirada la bella fachada de la pequeña construcción, que contrastaba con la sobriedad del monasterio.

—Aguarda aquí —indicó Robert una vez desembarcaron—. Voy a ver si alguien nos da razón de nuestro pintor. La entrada del monasterio está prohibida a mujeres.

Juana asintió resignada. Se entretendría admirando el exterior de la bella capilla y la portada de la entrada de la iglesia. Tras aquellos dos edificios, el enorme campanario en ladrillo ocre se recortaba contra el cielo gris y plomizo. Bordeó la pequeña edificación y se topó con una escena inesperada.

De espaldas a ella había un hombre alto y desgarbado vestido de negro riguroso, y del mismo color era la lacia melena rizada que una gorra con pluma no ocultaba del todo. Estaba totalmente concentrado en bosquejar a mano alzada los detalles de la fachada de la capilla, manejando el carboncillo con soltura.

Juana sonrió. Sin siquiera buscarlo, parecía haber dado con el joven pintor que les había traído hasta San Michele.

Tan absorto andaba en su labor que Juana apostó a que si se colocaba a su lado ni se percataría de ello. A sus pies, un cartapacio del que desbordaban los papeles amenazaba con abrirse y desparramar su contenido. El artista no

parecía darse cuenta de ello.

La joven tosió para llamar su atención. Hubo de repetir la acción hasta que el hombre se dio por aludido. Se giró y miró a Juana como si acabara de regresar de otro planeta. Debía de rondar la treintena, aunque un amplio mostacho con los extremos apuntando al cielo le daban un aspecto más maduro.

—El cartapacio, señor. El viento se va a llevar vuestros dibujos.

El hombre aún tardó unos segundos en entender la advertencia. Cuando lo hizo, esbozó un gesto de sorpresa y una sonrisa de agradecimiento, a la par que se apresuraba a tomar el cartapacio del suelo y colocárselo bajo el brazo. Aquella acción le impedía continuar con su labor, y durante unos segundos se dedicó a recorrer el lugar con la vista buscando una solución que le permitiese regresar al dibujo al tiempo que ponía los bocetos a salvo.

—¡Cielos! —fue todo lo que acertó a decir.

—¿Queréis que yo os sostenga la carpeta hasta que concluyáis vuestro dibujo? —se ofreció Juana.

—Os lo agradecería —exclamó el hombre tendiéndole el abultado cartapacio.

Hecho esto, el pintor volvió a sumirse en su labor ignorando de nuevo la presencia de Juana.

Esta estuvo tentada de echar un vistazo a los dibujos, pero aquello habría sido una falta de respeto. Así que se conformó con verlo trabajar.

El modo febril con que el desconocido manejaba el carboncillo, el trazo ágil y firme y sus movimientos la fascinaban. Le sucedía cada vez que tenía frente a sí a un pintor. Ver trabajar las manos de un artista siempre lograba abstraerla del mundo.

Durante un buen rato nada se oyó aparte del agua golpeando los pilotes del embarcadero y el gruñido del carboncillo al deslizarse frenético por el papel.

Cuando el desconocido juzgó su trabajo concluido, aún contempló unos instantes más la fachada, como si buscase algún detalle olvidado. Después se giró hacia Juana e hizo

una amplia reverencia.

—Os estaré eternamente agradecido. Sin vuestra ayuda no habría podido concluir mi labor —dijo recogiendo el cartapacio de manos de Juana.

Esta resolvió solventar sus dudas. ¿Era aquel hombre el pintor al que Robert había venido a ver aquella mañana?

—¿Sois español? —preguntó directamente en su idioma natal.

El hombre mostró una mueca de perplejidad antes de responder en el mismo idioma.

—En efecto, lo soy. ¿También vos?

—Juana de Jansen, natural de Valladolid —se presentó la joven.

El pintor sonrió ufano y al hacerlo el amplio mostacho se estiró hasta casi dividir en dos su rostro.

—Yo vine al mundo en Sevilla. ¡Qué placer escuchar por fin a alguien hablar en cristiano! Pero ¿cómo lo habéis sabido? Mi italiano, ¿verdad? Me temo que está aún muy verde y me ha delatado.

—Creedme, los hay peores —repuso Juana.

—Permitidme que me presente. —El español trazó una amplia reverencia al tiempo que se descubría—. Diego de Silva y Velázquez, para serviros.

Juana tuvo la sensación de que ese nombre le resultaba familiar.

—Así que sois de Sevilla... Nada menos que la puerta de entrada y salida para las Indias.

—Así es, pero nadie hace carrera lejos de la corte. Mudé a Madrid hace unos años junto con mi esposa.

—Y según tengo entendido con éxito. Sois pintor de Felipe IV. ¿No es así?

Velázquez entornó los párpados y miró a la joven con renovada curiosidad.

—¿Me conocéis?

Juana le puso al tanto del motivo de su visita. Ambos no pudieron por menos que sonreír ante lo casual de su encuentro.

—Así he podido admirar la maña que os dais con el

carboncillo —sentenció Juana.

—¿Eso? No es nada. Solo garrapateaba papeles. Tomaba apuntes de este edificio. ¿No os parece hermosísimo? —Juana asintió admirando la fachada de la pequeña capilla—. Antes me entretuve dibujando los capiteles del pequeño claustro del monasterio. Son bellísimos.

—No le quitéis importancia a esos bosquejos, don Diego. Los grandes maestros saben que en los detalles reside el éxito de una pintura.

Velázquez se encogió de hombros con una modestia que no parecía del todo sincera.

—Temo que dibujar todo lo que veo sea una manía que forme ya parte indisoluble de mí. Por eso mismo llevo siempre conmigo ese cartapacio que vos me habéis sujetado con tanta cortesía. No pasa un solo día en que no tenga la tentación de tomar papel y plasmar en él algún detalle que me atraiga.

—Eso mismo se dice que hacían el gran Leonardo y Durero.

A duras penas Velázquez reprimió una sonrisa de orgullo.

Juana también hubo de contenerse las ganas de sonreír. Tras toda una vida rodeada de ellos, había aprendido que apelar a la vanidad de los artistas era el mejor modo de ganarse sus simpatías. Esta vez no fue una excepción. Aunque el joven pintor irguió la cabeza con el pecho henchido de orgullo, se tomó la molestia de tratar de disimular. En sus palabras yacía un falso deje de humildad que habría engañado a alguien con menos trato con los de su profesión.

—Me halagáis, pero no puedo compararme con tales maestros —dijo.

—Y, sin embargo, Felipe IV os ha permitido realizar este viaje por Italia para continuar vuestros estudios. Una merced muy poco frecuente. Por desgracia, no hay demasiados pintores españoles que puedan permitirse semejante tarea, pese a que sería aconsejable que todo

artista aprendiera de los viejos maestros.

—Decís bien. Su majestad ha tenido a bien permitirme realizar este viaje, del que espero aprender todo lo que me sea posible. Incluso consintió en dejarme viajar hasta Génova en compañía del muy grande comandante Ambrosio Spinola. De ahí me vine a Venecia con la intención de ver la obra de los tres grandes: Tiziano, Tintoretto y El Veronés. Me he tomado la licencia, incluso, de copiar alguna de sus obras para poder estudiarlas con detenimiento a mi vuelta a España. —Velázquez hizo una pausa y estudió a la mujer—. Pero me sorprende lo que parecéis saber de mí. Solo soy un pintor que trata de hacer lo mejor que sabe, lo único que se le da bien. No creo que sea digno de tanto interés por parte de vuestro patrón. —Esta vez se adivinaba un deje de sincera humildad en la voz del joven Velázquez.

—Robert es marchante. Si estamos aquí es porque ha oído hablar muy bien de vos y desea ver vuestro trabajo.

Ahora sí que una expresión de verdadera jactancia pobló el rostro del pintor.

—En tal caso, será un honor mostrarle mis dibujos y telas que guardo en la casa del embajador de España, donde me alojo en la ciudad.

—Entonces, vayamos en busca de Robert. Sin duda, debe de andar preguntando por vos por toda la isla.

Velázquez se colocó el cartapacio bajo el brazo con aire resuelto.

—De acuerdo, pues —dijo, y ambos echaron a andar.

Mientras caminaban el uno junto a la otra, Juana echó un discreto vistazo a su acompañante. Sentía simpatía por aquel hombre. Su carácter retraído, al que solo parecía interesarle su trabajo, encajaba bien con el suyo.

—Ha sido cosa de la fortuna que haya tropezado con vos mientras dibujabais. Nada me habría apenado más que no haberos encontrado y regresar a Venecia sin poder conoceros.

El joven pintor parecía azorado.

—Debía de tener una pinta ridícula —musitó un tanto

avergonzado—. Sé que cuando me sumerjo en mi trabajo me olvido de cuanto me rodea y me abstraigo de todo.

—¡Oh, no, don Diego! Al contrario. Yo diría que tenéis un aspecto ciertamente interesante. Es más, deberíais retrataros alguna vez pintando. Sería un enfoque diferente para un lienzo, ¿no creéis? —El pintor enmudeció mientras rumiaba el consejo de la mujer. Retratarse a sí mismo pintando. Aquella era sin duda una idea interesante y original. Quizás algún día podría ponerla en práctica. Juana también calló. La sensación de haber oído su nombre con anterioridad seguía clavada en su mente. No lograba recordar de qué. Escudriñó el rostro de su acompañante con el ceño ligeramente fruncido—. Os confieso que cuando me habéis dicho vuestro nombre he tenido la sensación de haberlo escuchado antes.

El pintor torció la boca en un mohín concentrado.

—¿Tal vez habéis visitado Sevilla?

¡Sevilla! ¡Eso era! Una chispa prendió en la cabeza de Juana. Se detuvo como si algo la hubiese frenado de golpe.

—¿Estudiasteis con el maestro Pacheco? —dijo de modo precipitado.

—Así es. Fui aprendiz del maestro Pacheco desde niño. No solo eso. Me casé con una de sus hijas.

—¿Y conocisteis allí a un tal Francisco Peña?

Los ojos de Velázquez se abrieron como platos.

—¡Verdaderamente este mundo es un pañuelo! —exclamó—. Por supuesto que conozco a Francisco. Fue un buen amigo y, como yo, alumno del maestro Pacheco. Quizás el aprendiz con más talento que haya conocido. ¿De qué lo conocéis vos?

—Mi padre fue Martín de Castro. Seguramente no os suene su nombre. Fue pintor de imaginería en Valladolid. Allí tuvo taller, donde Francisco trabajó durante un año.

Velázquez se quitó la gorra como si aquella información sencillamente no cupiese en su cabeza.

—¡Francisco aprendiz de un pintor de santos! —Velázquez cayó en su error e hizo una sentida reverencia para disculparse—. Os ruego me perdonéis. No era mi

intención ofender a vuestro padre. Es que la idea de que alguien con el talento de Francisco acabe siendo aprendiz en un taller me resulta increíble. Aunque, os confieso que me cuadra con el recuerdo que tengo de él. Nunca pareció interesado en realizar el examen de maestro pintor ni mostró atención a su carrera. Lo único que le movía era pintar. Todo lo demás parecía resultarle ajeno. Si no recuerdo mal, cuando yo solicité realizar el examen él ya había dejado Sevilla hacía casi un año.

Aquel era sin duda Francisco Peña. Juana sintió que un dique que había tardado una década en levantar en su interior se desmoronaba.

—¿Y habéis sabido de él últimamente? —preguntó con una cierta inquietud que su voz dejaba entrever a las claras. Dudaba de qué le produciría más dolor, una respuesta negativa o un sí.

—Me temo que no. —Juana descubrió por las malas que una negativa dolía más—. Solo coincidimos durante los años que fue aprendiz de Pacheco, y desde entonces no he sabido nada de él.

No hubo tiempo para perderse en más recuerdos. Justo en ese momento, Robert de Maes emergió del interior de la iglesia. Caminaba a grandes zancadas, contrariado como quien no ha hallado lo que buscaba.

—Parece que nadie sabe darme detalles de ese pintor —se quejó dirigiéndose a Juana.

—Pues permíteme que yo te lo presente. —El marchante la observó indeciso. Después reparó en el hombre que observaba divertido la escena a una prudente distancia—. Te presento a don Diego de Silva y Velázquez. Pintor de cámara de su majestad Felipe IV, de viaje por Italia, y con el que he tenido el placer de conversar en tu ausencia.

Una sonrisa iluminó el semblante del marchante. De dos ágiles pasos se plantó frente al pintor y lo saludó con efusividad.

—Señor Velázquez, no sabéis lo mucho que ansiaba conoceros —dijo en un español que, aunque de modo

básico, demostraba que se defendía con el idioma. Juana le lanzó una mirada entre recriminatoria y atónita. ¿Cuántas sorpresas más guardaba aquel hombre?

Ante la imposibilidad de que Juana accediese al interior del edificio religioso, bordearon la fachada de la iglesia mientras Robert informaba a Velázquez de su interés en conocer su trabajo.

—Ya le he dicho a Juana que será para mí un honor mostrároslo. Incluso puedo enseñaros algunas telas que he pintado durante mi estancia en Venecia. Aunque podéis empezar por estudiar estos apuntes que llevo encima —señaló solícito Diego Velázquez al tiempo que le tendía el cartapacio con bosquejos.

Robert lo tomó con aire casi reverencial.

—No puedo expresar lo agradecido que estoy por vuestra confianza, don Diego. De momento bastará con vuestros esbozos. A pesar de estar en la ciudad que vio trabajar a Tiziano y a otros que como él creían que el color estaba por encima del dibujo, yo soy de la opinión de que el buen artista puede juzgarse por cosas tan sencillas y aparentemente simples como un boceto. —Velázquez asintió complacido. El marchante tendió entonces la carpeta a Juana—. No seré yo quien se encargue de estudiar vuestros dibujos.

Un gesto de sorpresa se pintó en Velázquez.

—No entiendo. Creí que eráis marchante.

—Y lo soy, desde hace más de treinta años, pero Juana es mi experta en arte. Juzgar si merece la pena que invierta en vos es cosa suya. Si a vos os parece bien que una mujer se encargue de tal tarea, claro está.

Velázquez parpadeó sorprendido durante unos segundos y balanceó su cabeza como sopesando la idea. Juana se mordió la cara interior de los carrillos. No le inquietaba tanto que Velázquez se negara como no ser la experta en arte que Robert aseguraba. Al fin y al cabo, tan solo llevaba unas pocas semanas ayudando al marchante. ¿Eso era bastante para que recayera sobre ella tanto peso? El sudor resbalaba por su espalda.

Finalmente, Diego de Velázquez concedió con la cabeza.

—He tenido el placer de conversar con doña Juana el tiempo suficiente para conocerla un poco. Si vos os fiais de su juicio, yo no voy a ser menos —exclamó.

En sus facciones no se adivinaba ni un resto de duda cuando él y Robert de Maes echaron a andar. Juana los vio alejarse y, de repente, la presión se convirtió en una losa que le cayó encima.

Sumida en un miedo que hacía que la carpeta pesara un quintal, buscó un lugar tranquilo donde poder estudiar los dibujos con calma. Inspiró profundamente y trató de serenarse. Sentía el corazón restallar en el pecho. El recuerdo de Francisco Peña había hecho más mella en su ánimo de lo que hubiera estado dispuesta a admitir.

Algunas cosas se empeñan siempre en salir a la luz, por muy profundas que se las entierre.

El único modo que estaba a su alcance de olvidarse de Francisco y de su recuerdo era sumergirse en los bocetos de Velázquez y confiar en su juicio.

Se tomó su tiempo para abrir el cartapacio y, en cuanto lo hizo, en su cabeza Francisco se esfumó. Se fue al lugar donde había estado oculto casi diez años.

No tuvo que examinar ni media docena de bocetos para darse cuenta de que aquel sevillano desgarbado, si aún no era un genio, estaba camino de serlo. No importaba que la carpeta solo contuviera esbozos, garrapateados algunos de ellos con premura. Todos mostraban un talento que se intuía a simple vista.

Velázquez había tomado apuntes de diferentes aspectos de su viaje por Italia que le llamaban la atención o creía merecedores de ser llevados al papel. Escenas callejeras, simplemente bosquejadas, pero que desprendían vida. Edificios que parecían salir del papel. Figuras realizadas con cuatro trazos que parecían respirar. Todo dibujado con trazo firme y sereno. Seguro de que lo que estaba mostrando al mundo era digno de ello. Por supuesto, restaba por ver la labor del sevillano ante un lienzo, pero

no era necesario para saber que se estaba ante la obra de un verdadero maestro. Juana sabía que lo que definía a un genio de un simple pintor no era tanto lo que mostraba como lo que estaba oculto en el dibujo. Y en aquellos trazos se atisbaba un universo entero que ansiaba ser visto, ser contemplado, y que se abriría al mundo en todo su esplendor en cuanto pasase del apunte a la tela.

Fue consciente de que incluso se le humedecían los ojos. Entendía por qué, con tan corta edad, había logrado ser pintor de Felipe IV y la razón de que este sufragara aquel costoso viaje para perfeccionar sus habilidades. Y parecía que Velázquez estaba aprovechando el tiempo. Desde los primeros bocetos de la carpeta realizados en Italia, era posible ver una evolución en el trazo del pintor. Por lo visto, Diego de Silva y Velázquez absorbía con rapidez nuevas lecciones. Aquel era otro hecho que señalaba su talento.

Juana cerró el cartapacio deseando en lo más hondo de su ser poder admirar cuanto antes una tela del pintor. Ver su talento expresarse en toda su totalidad sería sin duda magnífico. Francisco Peña y el dolor que implicaba el mero acto de pensar en él ya no importaban. El arte era la mejor forma de adormecer ese tipo de sentimientos.

No podía sino recomendar a Robert que tratase de hacerse con obras de aquel joven, y por ello ansiaba el regreso del marchante para hacerle participe de su juicio. Como la buscadora de tesoros que se sentía en tales tareas, creía haber dado con una verdadera fortuna.

El joven Velázquez y Robert de Maes enfilaron el camino de vuelta y los dos parecían charlar animadamente. Juana no pudo esperar el regreso de ambos y casi a la carrera salió a su encuentro.

—Maese Velázquez —dijo sin poder contenerse—, solo puedo daros las gracias por dejarme admirar vuestra labor.

—Así pues, deduzco de vuestras palabras que mis bocetos os han gustado.

—¿Gustado? Creo que nunca he visto tanto talento en unos simples bosquejos. Os felicito, don Diego. Vuestro

trabajo es impecable. —Se dirigió con el mismo entusiasmo a Robert—. Sin duda, debes hacerte con una tela del señor Velázquez sin vacilar.

Robert carraspeó incómodo mientras cavilaba el modo de rebajar el nivel de euforia de su empleada, que era lo mismo que rebajar el precio de las futuras telas de Velázquez. Escrutó al pintor y juzgó que eso era ya imposible. Los halagos de Juana acababan de subir el precio de sus cuadros de modo ostensible. Suspiró resignado y entrelazó las manos sobre el estómago tratando con aquella pose impostada de mostrarse indiferente.

—Aún resta por ver cómo os manejáis con el pincel y el tiento, por supuesto. Es necesario para saber si una tela vuestra me resultaría de interés.

Velázquez le devolvió una mirada que era puro regocijo. Estaba seguro de haber captado el juego del marchante. Una sombra de sonrisa se adivinaba bajo su mostacho.

—Por supuesto, señor De Maes, por supuesto. Tenéis a vuestra disposición todas las obras que guardo en la casa del embajador español. Aunque mucho me temo que solo dispongo de aquellas que he pintado a modo de copias de maestros como Tintoretto o Tiziano.

—Seguramente bastarán para hacernos una idea —dijo el marchante con un firme ademán de muñeca.

Sin embargo, Velázquez no parecía darse por satisfecho con ello. Se pellizcó el extremo derecho de su mostacho y acto seguido balanceó la cabeza hacia el lado contrario.

—Pero si queréis ver algo original mío —dijo—, puedo mostraros los bocetos y estudios previos de una obra en la que estoy trabajando y que pienso pasar a lienzo en cuanto me instale en Roma. Una idea sobre *Las metamorfosis*, de Ovidio, que me ronda desde que pisé suelo italiano.

—¡Sería un honor verlo! Hoy mismo, si es posible —interrumpió Juana, cuyo entusiasmo parecía no haber descendido ni un peldaño.

—Estoy a vuestra entera disposición —concedió Velázquez. Se giró y clavó unos ojos ambiciosos en Robert

—. Y también de la vuestra, si queréis encargarme algo.

Robert resopló resignado. Acabó por claudicar ante el entusiasmo de Juana. Seguramente acababa de costarle unas cuentas monedas más de las que tenía pensado gastar, pero si la joven aseguraba con tanta exaltación que el trabajo de Velázquez era tan bueno, lo daría por bien pagado.

—De acuerdo, pues —concedió—. Si llegamos a un acuerdo, me interesa ese cuadro sobre Ovidio del que habláis... ¡Y algo religioso! Todo lo español de tema religioso se vende muy bien. ¿Sería posible que lo pintarais en Venecia?

Velázquez negó con un enérgico movimiento de cabeza.

—Parto para Roma en tres días. Por el camino me detendré en Ferrara, donde espero poder conocer al maestro Guercino, y en Bolonia.

—¿No puedo hacer nada por convenceros? —insistió Robert—. Venecia tiene mucho que mostrar a un pintor que, como vos, quiere aprender.

—No insistáis, señor De Maes. No tengo ninguna intención de permanecer en Venecia más de lo necesario. —Una inusitada firmeza se atisbaba en la voz del artista.

Juana lo miró de hito en hito.

—¿Os ha sucedido algo en la República que haya enturbiado vuestra visita?

Velázquez enarcó las cejas en una mueca de sorpresa.

—¿Es que no os habéis enterado?

Juana y Robert negaron casi al unísono.

—¿De qué nos habíamos de enterar, don Diego? —interrogó el marchante.

—¡De la peste! —Al decir aquello, Velázquez se persignó con energía—. Ya ha llegado a Milán y a otras ciudades del norte. Es cuestión de tiempo que alcance Venecia.

Robert esbozó una media sonrisa de superioridad.

—No temáis por eso. Venecia está acostumbrada a tratar con la peste. Es una ciudad a salvo de ella. Vos

mismo tenéis que saberlo, ya que para acceder a la ciudad debisteis de pasar los cuarenta días obligatorios para todo viajero o bienes en una isla cercana. Lo que los venecianos llaman *quaranta giorni*.

Velázquez estaba lejos de mostrarse de acuerdo con aquel parecer.

—Dios lo quiera —musitó en español.

Robert de Maes alargó el brazo y señaló la góndola en la que él y Juana habían accedido a San Michele.

—Y ahora —dijo—, será mejor que regresemos a Venecia y veamos vuestras telas antes de que Juana siga hablando y me cueste más dinero.

A la joven le llevó un segundo entender la indirecta del marchante. Cuando lo hizo, se sonrojó hasta el extremo.

Los tres echaron a andar en dirección al embarcadero. A lo lejos nubes negras se arremolinaban en el horizonte. No tardaría en llover.

IV

Juana detuvo el pincel a pocas pulgadas del lienzo y respiró hondo. La vista de Venecia que tenía frente a sí, y que le había ocupado semanas, avanzaba a buen ritmo.

Se tomó su tiempo para estudiarlo.

Se sentía razonablemente orgullosa de su trabajo, aunque el demonio de la perfección seguía ahí, susurrando que repitiera tal o cual cosa. Señalando errores que ni siquiera ella era capaz de ver hasta que se los mentaba. Llevaba el tiempo suficiente pintando para saber cuándo era aconsejable prestarle oídos y cuándo ignorarlo. Por aquella noche, lo mejor sería dejar la pintura secando e irse del ático. Además, no tardaría en amanecer.

Sopló una de las velas, la que estaba encendida más cerca del caballete y que era su principal luz para pintar, y dejó el pincel en un cubilete con aceites. Dio unos pasos en dirección al amplio ventanal y estiró la espalda mientras miraba fuera. Desde el ático del tercer piso de la casa se veían los tejados del otro lado del Gran Canal. Aún con la oscuridad que cubría Venecia, podía comparar aquella vista con la del lienzo. La conocía de memoria.

Volvió a estirarse para desentumecer la espalda y soltó un bostezo. Se sentía cansada ahora que sus cinco sentidos no estaban puestos en el cuadro y la euforia de tener el pincel en la mano se alejaba. Otra noche en vela que pasaba frente al caballete.

Mientras se afanaba en limpiarse una mancha de rojo veneciano del interior del antebrazo, su cabeza le trajo el recuerdo de Velázquez.

Casi dos meses habían transcurrido desde el encuentro con el sevillano en San Michele. En dos ocasiones más ella y

Robert se reunieron con él, antes de que este se marchara a Roma con el compromiso de pintar dos telas para el marchante. Tras varias discusiones en torno al tema, el pintor, por propia iniciativa, plasmaría una escena de *Las metamorfosis*, de Ovidio, aquella en que Apolo descubría ante Vulcano la infidelidad de su esposa Venus. La otra tela sería de temática religiosa y también a elección del pintor. Este estuvo encantado de lo poco que Robert había intentado imponer su criterio. Lo habitual era que el comitente que encargaba un lienzo decidiera hasta la composición de este.

—Don Diego, yo solo soy un marchante, el artista sois vos, así que mi misión es hacerme a un lado y dejar trabajar a vuestro talento —sentenció el flamenco.

Quizá fue esa frase, que nada tenía de espontanea, la responsable de que el precio final acordado por ambos lienzos no fuese muy alto. Aunque, sin duda, también ayudaba que Velázquez solo aceptara pintar aquellas dos obras con la condición de poder conservar una copia de ambas para sí mismo y mantenerlas en su poder hasta su muerte. Se selló de ese modo un acuerdo poco habitual que mostraba que el marchante y el joven genio habían alcanzado una buena sintonía y confianza mutua.

A las negociaciones asistía una silente Juana, quien siempre que tenía posibilidad interrogaba al pintor sobre su técnica y trataba de sonsacarle todo aquel consejo que pudiera aprovechar. Por supuesto, no se atrevió a decirle que ella también pintaba. Además de la vergüenza que solo pensarlo le producía, quién sabía cuál podía ser la reacción de Velázquez. En Italia, las mujeres podían ser reconocidas como artistas, pese a que fuese un hecho inusual. En España, no obstante, la sola idea de que una mujer se dedicara a pintar seguía siendo ridícula. Así pues, Juana juzgó que lo mejor era guardar su secreto. Además, Velázquez creía estar satisfaciendo la curiosidad de una aficionada al arte y no alimentando las habilidades de una competidora. Se sentiría impelido a desvelar sus trucos siempre que no adivinara las verdaderas intenciones de

Juana.

De entre todo lo que aprendió de Velázquez, le sorprendió la facilidad con la que el sevillano reconoció que aquel viaje por Italia le estaba sirviendo para darse cuenta de lo atrasado que estaba su estilo respecto a los maestros, y cómo pretendía valerse de él para cambiar su forma de pintar a su regreso a Madrid. Se moría de ganas por poner en práctica lo que había aprendido: las pinceladas sueltas y al tiempo empastadas que daban ritmo a la pintura, o el uso sensual de los colores; ambas características de los maestros venecianos.

Por aquellos pequeños detalles, además de por el talento que en Velázquez resultaba natural, Juana estaba convencida de que oiría hablar de él en el futuro. Estaba destinado a ser uno de los más grandes maestros europeos, no tenía dudas al respecto, y confiaba en volver a verlo de nuevo en tales circunstancias.

Aparte de unos cuantos trucos y secretos de la profesión, lo que se llevó Juana de aquellos encuentros fue algo mucho más importante. Tras conocer al sevillano, sentía que en su pecho había brotado una vieja conocida: la necesidad de volver a pintar de modo asiduo. Y regresaba con más fuerza incluso que antes.

Era como un picor irresistible que la empujaba a pintar durante horas sin prestar atención a nada más, y que hizo que incluso trabajar con Robert le supiese a poco.

Desde que debía pintar a escondidas, los áticos, siempre en silencio y vacíos, y donde Wilhem nunca se dejaba ver, eran su escondrijo, su rincón cómplice. El que poseía en Venecia era el mejor de todos. La luz que se filtraba por el gran ventanal daba al espacio un aire casi mágico. De ahí sacó la inspiración para la vista de Venecia que estaba a punto de concluir.

Juana escrutó la pintura una última vez, y después suspiró resignada. Cuando estuviese terminada tendría pocas oportunidades de volver a contemplarla. Nunca se permitía guardar sus obras por temor a que Wilhem las encontrara, así que esta, como todas, acabaría lejos de ella.

Conocidos y amigos en las diversas ciudades por las que había pasado en Italia eran sus dueños ahora. Cuando esta estuviese concluida, Ana del Cerro estaría más que encantada de recibirla a modo de obsequio. Durante semanas había barajado la posibilidad de que Robert fuera el receptor del lienzo, pero solo de pensarlo la embargaba el pudor. A pesar de que si alguien merecía recibir el fruto de su labor era precisamente el marchante. Gracias a Robert, el deseo de sacar a la luz el mundo que habitaba en su interior había renacido con más fuerza que nunca. Después de trabajar con él, después de codearse con genios en ciernes o respirar de nuevo el característico olor del taller de un pintor, después de poder deleitar sus sentidos con las telas de los maestros, Juana no podría contentarse nunca más con los pocos ratos sueltos de los que disponía. Aquellas migajas ya no le bastaban. Necesitaba pintar como necesitaba respirar o alimentarse.

Solo deseaba coger los pinceles y aislarse del mundo en el ático. Allí, a solas con su inspiración y talento, se sentía lejos de la vida que llevaba. Lejos de la indiferencia de Wilhem. Lejos de la sensación de abandonar a Jan en manos de su esposo y lejos de una vida que le resultaba ajena y dolorosa.

Esa necesidad y la falta de tiempo para saciarla le hicieron comenzar a pintar de madrugada. Se levantaba cuando todos en la casa dormían y, a la luz de las velas, pintaba y pintaba hasta que el sol se intuía en el levante. Una práctica peligrosa, ya que hasta entonces no se había atrevido a escabullirse a su refugio antes de estar segura de que Wilhem no estaba en la casa. Ahora, el ansia de pintar era tan fuerte que ni siquiera reparó en que se estaba haciendo descuidada. No obstante, se alegraba de haber tomado aquella decisión. No se sentía tan eufórica desde que trabajara en el taller de su padre. Últimamente pensaba mucho en aquella época. En su padre, en Francisco Peña, en los duques de Ponto Rosso, la vieja casa de Valladolid... Ahora, toda aquella vida parecía tan lejana e irreal que en ocasiones creía que se trataba de una invención y no de su

verdadero pasado.

Juana se obligó a regresar al presente haciendo un gran esfuerzo y ahogó un suspiro. Tenía que terminar de limpiar y esconder los útiles de pintura.

Además de la banqueta que usaba para sentarse cuando pintaba, todo el mobiliario del ático lo constituían unas sillas desvencijadas apiladas al fondo de la estancia y un enorme armario de casi ocho pies de largo y no menos de seis de altura. Un mueble descomunal y de buena factura que estaba claramente fuera de lugar allí. A Juana le llamó la atención desde el primer momento su presencia. Una sensación que se hizo más grande cuando lo abrió y dentro solo encontró una pila de raídos y viejos paños, sin valor desde hacía mucho tiempo. Una inspección en detalle reveló la verdadera utilidad del armario, una utilidad que ella supo aprovechar rápidamente para sí.

Una tapa en el fondo de mueble ocultaba una oquedad. Era tan alta que Juana cabía de pie en ella y tan profunda que podían guardarse varios sacos de grano o cajones. De hecho, la joven sospechaba que los anteriores dueños de la casa debían de usarlo para eludir al fisco, ocultando en su interior todo aquello que no querían declarar.

Una vez todo estuvo limpio y recogido, envolvió los útiles de pintura en una tela y los ocultó tras el armario, e hizo lo mismo con el caballete, que dejó cubierto con una sábana. Se dispuso a salir del ático. Antes tuvo la necesidad de hacer algo que llevaba mucho tiempo sin permitirse.

Del mismo hueco, extrajo una vieja caja sobre la que sopló para quitar el polvo acumulado. No la había vuelto a abrir desde su llegada a Venecia. En su interior una sola cosa: el boceto que de su madre había dibujado su padre cuando esta estaba encinta de ella. Era el único objeto que conservaba de su vida anterior. El único pedazo del pasado que llevaba consigo en cada cambio de ciudad.

Como algo que se guarda bajo toneladas de tierra sin siquiera recordar su existencia, se le apareció el espectro de un tiempo que se le antojaba demasiado lejano. Los ojos se le llenaron de lágrimas al contemplar la silueta bosquejada

de Lidia Núñez. Le asaltó el recuerdo del cuadro que había pintado usando como referencia aquel mismo dibujo. ¿Qué habría sido de él? Confiaba en que siguiera a buen recaudo bajo una tabla del altillo de la casa de Valladolid. Tenía la dolorosa certeza de que toda su vida era una pared agujerada, llena de escondrijos donde guardar secretos. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y volvió a guardar la cajita en el hueco de la pared.

Colocó el fondo del armario con cuidado y cerró sus puertas.

Luego, sopló las velas del candelabro con que se iluminaba para pintar y la luz se redujo a la débil llama procedente del cabo de vela que llevaba en la mano.

Fuera, el invierno se deslizaba veloz y otro año concluía, como si el tiempo fuese un líquido que se escurre de un cedazo. Del mismo modo, aquella noche tocaba a su fin y debía apresurarse antes de que la casa se despertara. Extrajo de entre sus ropas el llavín del ático y se dispuso a salir.

Giró la llave en su cerradura y empujo la hoja. Se topó con el rostro curioso de Jan pegado al otro lado de la puerta. El susto fue tal que la vela estuvo a punto de escurrírsele de la mano.

El rostro del crío reflejó una honda sorpresa. No pudo reprimir un gritito de pasmo, trastabilló y estuvo a punto de caer de espaldas. Con unos reflejos veloces, Juana lo sujetó por el cuello de la camisola de dormir e impidió así que cayera escaleras abajo.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo cuando a ambos se les pasó el susto.

El cada vez más habitual semblante autoritario del niño se reveló con fuerza cuando alzó la barbilla tratando de escudriñar el interior del ático.

—He oído ruidos encima de mi cámara y quería ver qué sucedía. ¿Qué hacéis ahí dentro, madre?

Juana maldijo mentalmente su descuido. Estaba tan pendiente de evitar que Wilhem la pudiese descubrir que había olvidado que el cuarto de Jan estaba situado justo

bajo el ático.

—Nada de tu incumbencia —repuso la mujer. Se cruzó de brazos y trató de hacer valer su autoridad como madre.

Su actitud no tuvo apenas impacto en Jan. El pequeño intentó esquivar el cuerpo de su madre y acceder al ático. Juana hubo de darse prisa en cerrar la puerta.

—No se te ha perdido nada ahí dentro —dijo. Intentó hablar en un tono de desinterés.

No logró convencer al niño. Jan no estaba acostumbrado a que le dijeran que no. Frunció el ceño en una mueca que recordaba terriblemente a su padre y se negó a moverse.

—¿Qué escondes dentro? Quiero verlo.

Juana suspiró con resignación. La curiosidad era algo innato en un niño. Lo mejor que podía hacer era dejarle ver que no había nada interesante en el ático para que perdiera el interés.

—No guardo nada —dijo empujando la puerta para que el crío echara un vistazo dentro.

Jan se coló a través del hueco que dejaba su madre y al trote cruzó la estancia. Se colocó en el centro del espacio diáfano y miró a su alrededor. La luz del amanecer empezaba a revelarse en levante y su tonalidad anaranjada iluminaba el rostro del niño. Reflejaba una honda decepción.

—¿Lo ves? No hay nada. Será mejor que bajemos —trató de convencerlo su madre.

Aun así, Jan no se rendiría con facilidad.

Se acercó al armario tras el cual Juana guardaba sus útiles de pintura y lo abrió de par en par. Sacó los paños apilados en las baldas y los arrojó al suelo sin contemplaciones. Una densa nube de polvo se alzó y danzó a la luz de las velas, obligando a Jan a toser.

—Deja de desordenar todo y vámonos. Ya ves que no escondo nada. —Esta vez Juana lo intentó con un tono de voz autoritario.

Lejos de amilanarse, Jan introdujo la cabeza en el mueble y olfateó su interior, como un hurón.

—Huele igual que el taller de padre —sentenció tras sacar la cabeza.

Juana lo tomó de la mano y le obligó a alejarse. Recogió las telas y cerró las puertas del armario conteniendo un suspiro de alivio.

Durante todo ese tiempo, Jan no dejó de inspeccionar cada rincón del ático.

—He oído ruidos, y no es la primera noche —insistió para dejar claro que no se iba a dejar convencer con facilidad.

—Serán ratones o ratas. Ratas enormes. Tan grandes como perros. Las casas viejas suelen tenerlas. Será mejor que no vuelvas a subir si no quieres toparte con una de ellas.

Aquello sí pareció surtir efecto. El semblante de Jan se ensombreció y a sus mejillas acudió una mueca de temor. El crío era ahora quien tiraba de su madre para salir del ático.

Juana odiaba utilizar el miedo como táctica disuasoria con su propio hijo, pero no podía permitir que volviese a subir allí.

Cerró la puerta tras de sí.

Cuando Jan colocó un pie en el primer escalón la escalera entera crujió como si se quejara. Por instinto, Juana lo asió por el brazo.

—Ten cuidado. Esta escalera es peligrosa. Una razón más por la que no has de subir al ático. Te prohíbo que vuelvas a subir solo. ¿Está claro? —sentenció confiando en que aquello fuese suficiente para disuadir al niño.

Jan se limitó a dar la callada por respuesta.

Descendieron los empinados escalones en silencio y cogidos de la mano.

Horas después, Juana iba a bordo de una embarcación junto a Robert. Se dirigían a Padua, donde un prometedor pintor que aseguraba haber estudiado con Ludovico Carracci tenía un pequeño taller.

—Si no se ha atrevido a instalarse en la misma Venecia

quizá no sea tan buen pintor como asegura en sus cartas —dijo con sorna Robert—. Un artista que no se crea superior a su competencia, o no simule serlo, no merece ser llamado como tal.

—Quizá no pueda permitírselo. El suelo en la Serenísima es tan escaso y caro que no sería extraño. Padua es más barato y una gran ciudad para labrarse un nombre.

El marchante calló, al tiempo que se permitía dibujar una mueca de suspicacia.

Para ir a la pequeña localidad debían tomar un bote hasta la costa y allí recorrer en carruaje unas seis leguas hacia el noroeste.

Juana aguantó despierta a duras penas el viaje a bordo del pequeño bote, pero en cuanto se arrebujo bajo su capa y se recostó en su asiento, el cansancio acumulado se le echó encima de improviso. Tuvo la necesidad de descansar la vista unos instantes. Cuando los abrió, el carruaje se estaba deteniendo en Padua.

Su campo visual completo lo ocupaba la imagen de Robert. El marchante iba envuelto en un abrigo de cuello de piel de armiño y lucía un sombrero ribeteado del mismo material.

—Buenos días, bella dama —dijo con sarcasmo tendiéndole la mano para ayudarla a descender.

—Lo siento, creo que me he quedado dormida unos minutos.

—¿Unos minutos? Llevas durmiendo desde que el cochero aguijoneó a los caballos. —El marchante soltó un suspiro de impaciencia—. ¿Me vas a contar qué te entretiene por las noches? Porque no es el primer día que te noto cansada y ojerosa.

Juana hundió la cabeza en el pecho a la par que echaban a andar.

—No es nada. No duermo bien por las noches. Solo eso —mintió.

Robert de Maes ni siquiera fingió que la creía.

—Mi querida Juana. Si quieres que nuestra amistad se prolongue en el tiempo, no insultes mi inteligencia con

mentiras tan poco elaboradas.

A pesar del tono de burla, las facciones del marchante dejaban claro la seriedad con que se tomaba que le mintiesen. Se detuvo en medio de la calle y, brazos cruzados a la espalda, la interrogó con la mirada por segunda vez. Había llovido la víspera y estaban en medio de un barrizal por el que costaba caminar sin mancharse las botas.

Juana acabó por claudicar. También ella se detuvo. Resopló de modo ruidoso antes de responder. Si de verdad Robert de Maes era algo más que su patrón, si además era su amigo, se merecía que fuera honesta con él.

—He estado pintando esta noche y las demás, desde hace semanas.

El marchante se tiró del extremo del bigote a la par que parpadeaba receloso.

—¿Pintando de noche? ¿Acaso te estás especializando en pintura a la luz de las velas?

—No me queda otro remedio —se defendió la mujer—. No tengo más momentos para pintar que la noche.

La confusión de Robert se tornó en perplejidad a medida que empezaba a comprender. Dio un paso en dirección a su empleada y se plantó a un palmo de ella. Al mismo tiempo bajó la voz.

—¿Wilhem no sabe que pintas?

Juana cambió el peso de un pie al otro y se retorció las manos presa de la inquietud.

—Creo que hay pocas cosas de mí que realmente sepa —acertó a decir tras un titubeo inicial.

La joven estaba a punto de romper a llorar. La incomodidad de aquella conversación amenazaba con desbordar el dique de contención que solía construir su naturaleza callada. El cansancio acumulado se le vino encima y sintió que el mundo giraba a su alrededor sin control. Estaba blanca como la cera.

Robert la tomó del codo y la llevó hasta una cercana taberna, donde se sentaron a una mesa del fondo. Era temprano, así que el lugar estaba vacío y se sentían a salvo

de oídos indiscretos.

—Wilhem no sabe que sigo pintando. Para él solo soy la mujer de un pintor —se explicó un poco más calmada Juana—. Por eso pinto de madrugada. Es el único momento del que dispongo para hacerlo. Antes de trabajar contigo podía escaparme a media mañana o cada vez que se ausentaba. Ahora me es imposible. No estoy diciendo que quiera renunciar a trabajar junto a ti, eso quiero dejarlo muy claro —se apresuró a explicar al ver el semblante preocupado de Robert.

—Tampoco iba a proponerte que lo dejaras. Me has hecho ganar mucho dinero y espero que me hagas ganar mucho más —sentenció con firmeza el marchante.

Juana se permitió una débil sonrisa ante el comentario.

El dueño de la posada se acercó a la mesa e hizo una reverencia tan forzada que resultó grotesca. No estaba acostumbrado a recibir clientes tan selectos y se le notaba en la torpeza con la que trataba de aparentar naturalidad.

—Dos jarros de su mejor vino, si es que ese adjetivo puede aplicarse a algo de lo que tengáis a vuestra disposición —ordenó Robert mientras se servía de un pañuelo para retirar restos de comida de encima de la mesa y dejar el dinero sobre ella.

El tabernero se alejó dispuesto a cumplir con el encargo. En su cabeza, el sentimiento de ofensa por el comentario y el brillo codicioso de las monedas se peleaban entre sí. Ganó el segundo.

—Te advierto que no me gusta demasiado el vino —indicó Juana—. Y mucho menos a estas horas.

Robert agitó la muñeca y frunció el ceño en una mueca de desagrado, como si las palabras de Juana estuviesen recubiertas de una sustancia amarga.

—¡Tonterías! Nada como un buen vino para reconfortar el espíritu y aligerar la carga. ¡Ay! Sin él, cuántas ofensas y halagos envenenados serían tenidos en cuenta con funestos resultados. Hazme caso, Juana, ten siempre a mano una copa cuando tengas que enfrentarte a una jauría de hipócritas o a un grupo de víboras que te

despellejarían sin dudar. No encontrarás mejor remedio para sus insultos. Y en cuanto al horario al que es aconsejable beber, he de advertirte, querida amiga, que no es más que un invento de los amos para que sus trabajadores sean responsables y cumplan con su labor por las mañanas.

Juana volvió a mostrar sus dientes en una franca sonrisa que duró tan solo un breve instante. Robert ya había descubierto que las sonrisas en Juana eran como el sol de marzo, que se deja ver lo justo antes de ocultarse.

—Hablando de trabajo —dijo con excesiva severidad la mujer—. No deberíamos estar perdiendo el tiempo aquí con mis problemas. Es posible que el artista que hemos venido a visitar a Padua se ponga nervioso si le hacemos esperar.

Robert soltó un leve bufido con el que mostraba lo poco que aquello le quitaba el sueño.

—Si después de ver su trabajo crees que es tan bueno como para merecer mi dinero, prometo que me arrodillaré ante él para suplicarle que me venda alguna de sus obras. Pero, entre tú y yo, no tengo muchas esperanzas de que tal cosa suceda.

Aunque no juzgaba antes de ver la obra de un artista, Juana cabeceó para dar su conformidad. Las cartas del supuesto nuevo genio italiano estaban llenas de erratas y vanidad; mal comienzo era ese.

—En cualquier caso, lamento que mis problemas familiares afecten al trabajo —expresó con sinceridad la joven. Agachó la cabeza presa de la vergüenza.

El marchante la obligó a alzar la barbilla.

—Trabajas para mí, y es notorio que te he cogido afecto. En el poco tiempo que nos conocemos, he llegado a considerarte una amiga, y espero que tu parecer sea el mismo. Así pues, tus problemas son un poco míos también.

Juana fue consciente de que las lágrimas amenazaban con aparecer. Lágrimas fruto de la ternura que se adivinaba en el tono de Robert.

—Gracias —acertó a decir sin poder ahogar un hipido.

—¿Te ha pegado alguna vez?

La dureza de aquella cuestión cogió por sorpresa a Juana. Se secó las lágrimas antes de responder con ímpetu, casi con rabia.

—¡Nunca! ¿Cómo te atreves a insinuar algo así?

Robert mostró las palmas de las manos al tiempo que inclinaba la cabeza para pedir excusas.

—Lo pregunto porque no sería la primera vez. En Bruselas estuvo a punto de matar a una prostituta. Tu esposo puede ser muy violento, aunque supongo que el paso de los años ha podido sosegar su espíritu. En cualquier caso, perdóname si te he ofendido.

Juana aceptó las disculpas. Ella misma era la primera sorprendida de la vehemencia con que había defendido a Wilhem. Era una tonta por hacerlo, y la ira por aquel comportamiento brotó en su interior. Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz, más por vergüenza que por temor a ser escuchada.

—Un hombre puede hacer cosas peores que pegar a su esposa y que igualmente dejan cicatrices —dijo.

—Estoy seguro de ello.

La llegada del tabernero con los dos jarros a rebosar de vino interrumpió la conversación. Los depositó sobre la mesa con cierto envaramiento, no estaba acostumbrado a los clientes silenciosos y callados. Recogió las monedas con un rápido movimiento de la mano y se alejó, esta vez sin molestarse en hacer una reverencia.

Robert tomó su jarro e invitó a Juana a hacer lo mismo. Con ciertos reparos la joven obedeció. El primer trago le supo amargo. El segundo le sentó mejor.

Le agradaba Robert, se sentía cómoda a su lado y, sobre todo, podía mostrarse tal y como era. El flamenco no juzgaba que sus conocimientos fueran demasiados para una mujer, ni creía que la inteligencia en una dama fuera un impedimento; más bien al contrario, era de la opinión de que cuanto más despierta fuese una mujer, mejor le iría en la vida. Lo probaba la rapidez con que había confiado en su instinto y juicio en el trabajo. A veces creía que el marchante buscaba algo más que una empleada aplicada.

Sabía por experiencia que la mayoría de las veces que un hombre era amable con una mujer, su intención no era otra que meterse bajo sus faldas. Robert no era así. Nunca se le había insinuado lo más mínimo, y aunque era imposible evitar un cierto nivel de contacto físico entre ellos, este siempre era inocente y breve. O a Robert de Maes no le interesaba o disimulaba muy bien.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Robert? —El marchante concedió por encima del borde de su copa—. ¿Por qué confías en mí con tanta facilidad? Nos conocemos apenas hace unos meses y dejas que mis observaciones influyan en tus decisiones. Decisiones que, en muchas ocasiones, implican grandes cantidades de dinero. Reconozco que a veces me siento abrumada y mareada ante tanta presión.

El rostro del marchante mostraba una mueca maliciosa.

—He de confesarte un pequeño secreto —respondió Robert en tono cómplice—. Cuando nuestra querida Ana del Cerro te llevó a la fiesta, ya me había hablado de ti. Prácticamente me había impuesto tu colaboración. Solo le faltó amenazar con no volver a comprarme una sola tela si no te daba una oportunidad. Y aunque te envolvió en los mejores halagos, reconozco que tuve mis dudas. Dudas que se resolvieron en cuanto te conocí esa noche. Nada más hablar media docena de palabras contigo me dije que nos llevaríamos bien. Y en cuanto vi el ojo que tienes para la pintura, supe que no me equivocaba. Me atrevo a decir que tienes un gran futuro en esta profesión.

Juana enarcó las cejas, incrédula ante lo que estaba escuchando.

—Pero esto es algo temporal, Robert. No puedo ausentarme eternamente sin despertar suspicacias. Wilhem nunca aceptaría que trabajara fuera de casa.

—Y menos con quien fue su antiguo marchante y conoce muchos secretos de su juventud, lo sé —apostilló Robert—. Pero debes de pensar en tu futuro, Juana. El dinero que ganas trabajando conmigo, y que guardo a petición tuya, te sería de utilidad si decides...

Un rápido movimiento de cabeza de Juana cortó la sugerencia del marchante. El camino hacia el que les conducía aquella conversación era terreno ya transitado con Ana en innumerables ocasiones, y siempre acababa con ambas incómodas y sin hablarse durante unos días. No quería que le sucediese lo mismo con Robert.

—Sé lo que estás insinuando, y no pienso abandonar a Wilhem. Nunca me dejaría irme con el niño y yo jamás lo dejaría con él.

Robert concedió con una inclinación de cabeza.

—Te pido excusas si he traspasado los límites de nuestra amistad. No pretendía ofenderte, y hoy ya lo he hecho dos veces. En cualquier caso, reitero mi oferta. Has nacido para ser marchante de arte, Juana. Tienes un talento natural para ello.

—También tengo un talento natural para pintar, o eso me han dicho muchas veces a lo largo de mi vida, y, sin embargo, he de renunciar a ello pese a que sea lo que más anhelo. Convertirme en marchante sería un mal sucedáneo.

—Un sucedáneo muy lucrativo cuando se posee el ojo que tú tienes.

—Es posible, pero tarde o temprano me arrepentiría. —Juana dio un tercer tiento a su jarro. Se alegraba de haber seguido el consejo de Robert. El vino la reconfortaba por dentro y ayudaba a soltar la madeja de dudas y miedos que siempre mantenía en su interior—. Tú no puedes entenderlo, Robert. Eres hombre, se te permite ser lo que quieras ser.

—No estés tan segura de ello, mi querida muchacha —replicó Robert suspirando hondamente. Un interrogante pareció formarse en el entrecejo de Juana. Esta vez fue el marchante quien necesitó un trago del tinto para continuar —: A mí tampoco se me permite ser quien realmente soy.

—¿A qué te refieres?

Robert de Maes cerró sus ojos e inspiró el aire agrio del interior de la taberna. Sentía una gran ternura en esos momentos por su empleada.

—¡Mi pequeña Juana! ¡Qué adorable criatura eres! En

verdad eres tan inocente como aparentas ser. ¿De veras no te has dado cuenta? —dijo al tiempo que se inclinaba sobre la mesa y le palmeaba la mano con afecto—. Yo, al igual que tú, no puedo ser quien quiero ser. Tú deseas convertirte en una gran maestra pintora, yo en un ave del paraíso que vuele lejos de las miradas torvas de la gente y ser feliz sin esconder a los demás lo que siento.

—¡Deja de hablar con acertijos de una vez, maldita sea!

—Me gustan los hombres. Solo un ciego no se daría cuenta de ello —exclamó el marchante señalando su aspecto.

La frase se quedó suspendida en el aire, como una nube de vapor, y poco a poco se fue aposentando sobre los dos.

—Yo no quería forzarte a decir nada…

Robert cortó sin miramientos los titubeos de la mujer. Alzó la barbilla con altivez y golpeó con su índice la madera de la mesa.

—Por eso me mudé a Venecia. Estaba harto de la hipocresía de Bruselas, de las habladurías, de los murmullos al pasar junto a la gente, de las burlas a mis espaldas. Aquí tampoco puedo ser quien soy, pero me conformo con saber que no se me juzga con tanta severidad, y esta es una ciudad de placeres; no me faltan amantes a pesar de mi edad —sentenció con orgullo.

Tras concluir, dio un largo trago de su jarro. Había prometido no volver a sentirse culpable por ser quien era; aun así, evitaba mirar a Juana.

La joven lo observaba como si fuese la primera vez que lo tenía frente a sí. En su cabeza las cosas empezaban a tener sentido. El estilo afectado e incluso afeminado de Robert vistiendo. El modo histriónico con el que a veces se expresaba. Ahora todo cuadraba.

Robert tenía razón: solo un ciego no lo habría visto.

—Yo no sabía nada —fue todo lo que acertó a decir la chica. De sopetón Juana recordó el comentario maledicente de Ana la primera vez que le habló de Robert: «Compartes con él también otros gustos». La voz le salió en apenas un hilillo—: ¿Wilhem?

Robert entornó los ojos de un modo que decía culpable a gritos.

—No imaginas lo hermoso que era cuando lo conocí. Era joven y por entonces no tenía ese barrigón ni esas ojeras que delatan las mil noches que ha pasado de jarana —dijo. De improviso reparó en su propia barriga, que se adivinaba cruel debajo del abrigo—. Ambos éramos hermosos. Hermosos y jóvenes. Me sentí irremediablemente fascinado por él nada más conocerlo. Como una polilla se siente atraída por la luz. Me volcaba en vender sus telas antes que las de cualquier otro, incluso en mi propio perjuicio. No quedó en toda Bruselas un mercader, noble o religioso, al que no ofreciera los servicios de Wilhem. Siempre buscando quien le encargara obras. Y cuando eso no sucedía, que era la mayoría de las veces, yo mismo realizaba los encargos en nombre de compradores inventados. —Robert suspiró con pesadez—. No hubo un marchante más dedicado en todo el mundo. Y Wilhem respondía a todas aquellas atenciones con su amistad. Una amistad que, necio de mí, soñaba que algún día se convertiría en algo más.

—¿Él y tú? —La propia Juana se sentía tan sorprendida como perpleja por estar manteniendo aquella conversación.

Robert negó agitando sus manos con vehemencia por encima de la mesa.

—¡Oh, no! ¡Cielos! Su hombría no se lo habría permitido nunca. Aunque él sabía lo que sentía por él, puedes estar segura. Lo sabía y jugaba a ser Apeles y se dejaba querer. Lo cual me convertía a mí en Alejandro Magno. —Un atisbo de sonrisa sobrevoló el semblante de Robert. Un instante después, una sombra lo cubrió por entero—. Permanecía a mi lado siempre que hubiese alabanzas y dinero de por medio. Yo engrandecía su talento hasta el tamaño de un genio, cuando siempre fue un mediocre. Pagaba las deudas de las fiestas que se sucedían por toda la ciudad. Le dejaba un lugar donde dormir, lo alimentaba.

—Hasta que se creyó el genio que no es y te abandonó.

Robert sonrió sin alegría.

—Conoces bien a tu esposo —dijo con amargura—. Eso es exactamente lo que hizo. Un día me dijo que Bruselas se quedaba pequeña para su talento, que no podía continuar con un marchante tan insignificante como yo, y me anunció que se iba a España. Como ya te dije, yo le aconsejé que no lo hiciera. Traté de hacerle ver que en la corte española solo sería un pintor más, que aún estaba verde. No me escuchó. Había alimentado durante meses una vanidad que siempre fue desproporcionada a sus verdaderas aptitudes. —Aquí el marchante bajo el tono de voz, avergonzado—. Incluso le supliqué que no se fuera. Se lo supliqué en nombre de nuestra amistad. Su respuesta fue reírse en mi cara y llamarme gallina ridícula y escandalosa.

Cuando el marchante concluyó su relato, el silencio se hizo entre los dos. La taberna estaba igual de silente y el sonido de la calle llegaba amortiguado.

Los dos bebieron hasta que sus jarros estuvieron vacíos. No necesitaban añadir nada más. Un vínculo profundo y nacido de aquella confesión los unía ahora.

Juana estudió al marchante. Ahora lo veía de modo diferente. Como a alguien que tan solo ansiaba ser feliz y que no podía lograrlo al negársele la posibilidad de ser él mismo. Como a ella, le privaban de una parte esencial de su vida.

Sentía que el vínculo que acababa de forjarse con aquel histriónico pelirrojo no se rompería ya nunca. Aquel pensamiento la reconfortaba y la llenaba de dicha.

Alargó el brazo y asió entre sus dedos la mano del marchante. Este dio un respingo al notar el contacto de la piel. Después, sus facciones se relajaron, cerró los ojos y durante un instante la tensión desapareció de su cuerpo.

—Has debido de tener una existencia terrible —musitó Juana.

—Hasta que hice fortuna lo fue. Después nadie osaba ofender en público al afeminado y rico marchante. Esos placeres los reservaban para la intimidad, para cuando yo no estaba presente. —En la voz de Robert se ocultaba un

poso de dolor que hizo que a Juana se le encogiera el corazón.

La joven solo pudo hundir su mirada en el fondo del jarro de vino, ahora vacío. Trató de imaginar el dolor de aquel buen hombre durante toda una vida siendo alguien que en realidad no era. Siempre fingiendo. Ocultando su verdadera naturaleza. La gente podía y solía ser cruel con aquellos con quien se lo podía permitir.

—Lo siento mucho, Robert —dijo finalmente.

Cuando el marchante abrió sus ojos parecía haber transcurrido horas. Había recuperado su aplomo y modales refinados. Se tiró del extremo del bigote y dejó vagar la vista por las vigas del techo.

—Puesto que nos estamos confesando, hay algo que quiero contarte desde hace tiempo —dijo en tono resuelto —. Wilhem anda metido en asuntos turbios.

Juana enarcó las cejas con preocupación.

—¿A qué te refieres?

—Él y otros pintores de poco prestigio falsifican obras de maestros italianos que una banda se encarga de vender a coleccionistas en Francia, Inglaterra o Alemania. Empezó a trabajar para ellos en Turín y ahora lo hace desde Venecia. Desde aquí no solo tienen acceso al norte de Europa, sino a todo el este. No imaginas lo que puede llegar a pagarse por una tabla de un maestro del siglo pasado en Hungría o Bizancio. Se venden a precio de oro, y tu esposo se lleva una buena tajada de todo ello. He estado tentado de decírtelo mil veces, pero nunca he encontrado la ocasión oportuna.

Juana dejó caer los hombros y suspiró con resignación. Algo muy dentro de ella le decía desde hacía tiempo que el dinero que Wilhem estaba empezando a ganar no provenía de fuentes legales. Se había negado a escuchar las continuas advertencias que le susurraban su buen juicio y la lógica. Era más sencillo callar y no preguntarse por la procedencia del dinero. Un dinero que les permitía vivir en un caserón junto al Gran Canal y que pagaba las caras ropas que ahora llevaba.

—¿Corremos algún peligro Jan o yo misma?

Robert se encogió de hombros.

—Te mentiría si te dijese que nunca he tratado con bandas de falsificadores. Hay muchas, y en este negocio hay que tener amigos hasta en el mismo averno. Además de falsificaciones que engañarían a cualquiera, son capaces de conseguir obras que se dan por perdidas. Pero procuro no relacionarme demasiado con ese tipo de gente, y si quieres un consejo, haz lo mismo. Suele ser peligrosa cuando las cosas no salen como ellos quieren.

—Gracias por contármelo. Lo tendré en cuenta.

Una sonora palmada sobre la mesa dio por concluido aquel momento de complicidad y confianza mutua.

—¡Y ahora vayamos a visitar a ese Leonardo en ciernes! Y, si es posible, ganemos algo de dinero con él —sentenció Robert poniéndose de pie y soltando un gemido por el esfuerzo—. En cualquier caso, espero sacar tiempo para visitar la capilla Scrovegni. Venir a Padua y no rendir pleitesía a Giotto debería ser pecado mortal.

Salieron de la taberna dedicándole un gesto de conformidad al tabernero, quien a buen seguro valoró más las dos monedas de obsequio con las que Robert se despidió.

El día parecía querer levantar, y aunque el cielo aún estaba gris y cubierto, algunos huecos entre las nubes dejaban ver un cielo azul y que aparentaba ser infinito en su profundidad. Ambos se sentían más animados.

Robert se detuvo nada más poner un pie en la enfangada calle obligando a hacer lo mismo a su empleada.

—En cuanto a lo del trabajo —comenzó—, me gustaría que lo reconsideraras. Tus conocimientos me son de gran ayuda, y creo que a ti te agrada la labor que realizas.

—No voy a negarte eso —reconoció Juana—, me gusta trabajar contigo. Estar en contacto con jóvenes artistas de los que puedo aprender o tener acceso a cuadros que una vez se vendan nadie más que sus dueños podrán admirar es algo que me hace feliz. No obstante, no puedo ausentarme tanto de la casa sin que Wilhem acabe por darse cuenta.

Robert soltó aire por la nariz de forma ruidosa. Era su modo de mostrar frustración.

—¿Y si solo me ayudas a seleccionar con qué artistas trabajar? Confío en tu criterio totalmente, y no te quitará mucho tiempo. Un par de mañanas a la semana.

Juana se tomó varios segundos para meditar la oferta. La idea de seguir con aquel trabajo resultaba demasiado tentadora para pasarla por alto sin pensarla bien. Por un lado, seguiría viendo a Robert, una amistad de la que no quería prescindir, y continuaría en contacto con el ambiente artístico de Venecia. Estaba segura de que Wilhem ni siquiera reparaba en sus ausencias, y si lo hacía, parecía no importarle en absoluto. En cuanto a Jan, hiciese lo que hiciese seguiría sintiéndose culpable por no estar con él tanto como deseaba. Y debía reconocer que, en eso, gran parte de la culpa era de su esposo, quien monopolizaba el tiempo del crío en casi su totalidad.

—De acuerdo. Acepto en esas condiciones —dijo tras unos instantes sin poder reprimir que el estómago le diera un vuelco de alegría.

Robert sonrió triunfal. Su dedo índice señaló el rostro encarnado de su empleada.

—Pero hay una condición más que insisto en poner —dijo en un tono demasiado serio para que Juana lo tomase en cuenta—. No olvido que prometiste mostrarme alguna obra tuya. Ardo de curiosidad por poner los ojos encima de una tela que hayas pintado.

A Juana se le escapó una sonrisa. Durante su conversación en la taberna ya había tomado la decisión de que cuando estuviera concluido, el lienzo en el que trabajaba sería para Robert. Ana del Cerro tendría que contentarse con el próximo.

—Puedes contar con ello. Pero, a cambio, promete no juzgarme demasiado severamente.

—¿Qué clase de amigo y marchante sería si no fuese implacable contigo? —bromeó Robert. Después, su semblante se endureció de improviso—. Acéptame un consejo en nombre de la amistad que hemos forjado en esa

taberna. Si tu habilidad con los pinceles es la que nuestra querida amiga Ana asegura, te conviene seguir ocultando tus pinturas a tu esposo. Su vanidad no aguantaría que su propia esposa le superase en talento.

Juana asintió como una alumna que conoce de sobra la lección que le están explicando. Lo último que quería era que Wilhem Jansen supiese que su mujer pintaba, y que era infinitamente mejor que él.

V

Wilhem llamó a la puerta sin molestarse en esperar respuesta, como siempre hacía. ¿No era acaso todo de su propiedad en aquella casa?

—Esta noche tendremos un invitado a cenar —anunció.

Juana apartó la vista del libro. El sol de primera hora de la tarde se deslizaba por el suelo de madera.

—¿Puedo preguntar de quién se trata?

—Da orden en la cocina para que todo esté listo para las siete en punto —fue la respuesta de Wilhem.

—No tendrán mucho tiempo para preparar nada que se pueda llamar banquete.

El de Bruselas ignoró el sarcasmo y gruñó para dejar claro que no tenía nada más que añadir. Después, salió de la alcoba dejando la puerta abierta de par en par.

Juana inspiró aire lentamente y lo expulsó por la nariz.

Desde que Robert le había hablado de los oscuros negocios de su esposo, lo veía de modo diferente. Cada vez que pasaba frente a la puerta siempre cerrada del taller de la planta baja, fruncía el ceño e imaginaba al de Bruselas mancillando alguna obra maestra de Rafael o Bassano.

Si alguna vez había sentido algún tipo de respeto artístico por su esposo, ya no existía.

El mercado del coleccionismo no dejaba de crecer. Para ciertas familias nobles, poseer una obra atribuida a El Veronés o Ribera era una cuestión fundamental. Enseñarla a las visitas los colocaba un peldaño por encima de quienes no podían permitírselo.

Había oído que en Flandes y en las Provincias Unidas se colgaban tablas de artistas locales de las paredes de los negocios, era un modo de demostrar que les iba bien.

Incluso era una práctica habitual en lugares como talleres de zapateros o herbolarios. Poseer una obra, por pequeña que fuese, estaba relacionado con el buen gusto y la educación. De ahí que el mercado del arte en aquellas regiones de Europa fuese tan grande. Artistas especializados en paisajes o bodegones satisfacían la demanda de ese tipo de géneros. Incluso los había que solo se dedicaban a pintar barcos, con tal fidelidad que no escatimaban en el número de cañones o el tipo de velas de una nave en concreto. No era de extrañar que de algo que generaba tal cantidad de dinero hubiese acabado por surgir la figura del marchante.

Por eso, las falsificaciones estaban a la orden del día. Discernir entre una obra auténtica y una falsa era difícil, incluso para el ojo experimentado. Los marchantes como Robert tenían expertos que se encargaban de verificar la autenticidad de las obras que compraban. Y, aun así, en ocasiones se las tenían que ver con una pieza falsa.

Eran casi las nueve. Una de las velas que alumbraban el comedor chisporroteó brevemente antes de consumirse del todo.

Un sirviente, que hasta entonces permanecía mano sobre mano junto a la puerta, hizo amago de sustituirla.

—Está bien así —indicó Juana sin siquiera girarse para mirarle.

Estaba sentada al fondo de la estancia. A pocos pasos de su silla, la chimenea crepitaba proporcionando un agradable calor a la estancia.

—Como ordenéis —dijo el sirviente.

Encogió los hombros y volvió a la postura que llevaba manteniendo casi dos horas. Al poco su interés se concentró en las vigas del techo, que estudió de modo distraído.

Sentado directamente en el suelo, con el rostro casi pegado a la chimenea, Jan observaba las llamas con fascinación. En los ojos del niño se atisbaba un extraño brillo, y tenía el pelo pegado a la frente por el calor que producía la lumbre. No era la primera vez que veía a su hijo

con la mirada perdida en el fuego. Le fascinaba quemar cosas y verlas arder. Aquella extraña afición producía en su madre una cierta repulsa, al tiempo que la mala conciencia por opinar aquello del niño la reconcomía.

—No te acerques tanto al fuego —le reprendió intentando que su voz sonase suave y conciliadora.

El pequeño no solo hizo caso omiso de la advertencia, sino que incluso acercó su cara unas pulgadas más a las llamas.

En el piso de abajo, la cocinera seguía esperando órdenes con los brazos cruzados sobre el pecho. Había hecho cuanto estaba en su mano por cumplir con sus obligaciones en tan poco tiempo. Si el amo se retrasaba ya no estaba en su mano impedir que los platos se sirvieran recalentados.

El invierno veneciano se colaba por cada rincón del caserón y la humedad de los canales flotaba en la estancia. Pese a que el vestido que había elegido era tupido, Juana sentía la piel erizada por el frío.

Justo entonces la puerta se abrió con estrépito y Wilhem entró trastabillando. Nada más ver a su padre, Jan olvidó aquello que le fascinaba en la chimenea y se levantó como accionado por un resorte. Corrió hacia él y este lo tomó por las axilas y lo elevó por encima de su cabeza.

—¡Que me aspen si este niño no está cada día más fuerte y grande! Dentro de poco tu padre no podrá levantarte del suelo —dijo.

Acto seguido lo depositó de nuevo sobre las losas fingiendo que le asaltaba un fuerte dolor de espalda. El niño rio la broma con fuertes carcajadas.

Juana olió el vino desde el otro extremo de la sala. Ahora estaba claro el motivo del retraso. Se puso en pie con toda la dignidad que pudo y se giró hacia su esposo.

—Creía que habías dejado claro que la cena estuviese preparada para las siete —dijo encaminándose a la mesa.

Reparó entonces en que Wilhem no venía solo. Un joven que apenas se acercaba a la veintena traspasó la puerta y lanzó una sonrisa seductora al interior del

comedor.

—Me temo que la culpa haya sido mía. Me he empeñado en llevar a vuestro esposo a una taberna antes de la cena —dijo el joven con una sentida reverencia.

Wilhem le obligó a callar manoteando furioso en su dirección.

—No tengo por qué dar explicaciones por la hora a la que llego a mi propia casa —sentenció quitándose el abrigo y arrojándolo sobre un desprevenido sirviente. Este, a duras penas, lo cogió al vuelo.

El pintor se sentó a la mesa sin aguardar que nadie más lo acompañase y tomó un pedazo de pan negro con la misma falta de educación. Jan imitó a su padre.

El recién llegado no mostró la misma descortesía y se acercó galante a Juana.

—Permitidme que me presente ya que vuestro esposo quizá no esté en condiciones de hacerlo. Andrea Romano, para serviros —dijo besando la mano de Juana. Después estudió a la joven sin reparo—. Vaya, ahora entiendo por qué el maestro Jansen nunca habla de vos. Sin duda, teme que algún pescador le robe la perla que guarda en casa.

Juana estaba acostumbrada a ese tipo de halagos, que en Italia parecían adquirir la categoría de arte; de cualquier modo, se sintió agasajada. Estudió al recién llegado con detenimiento. Era alto y espigado y, desde luego, sumamente apuesto. La piel morena, tersa y pulcramente rasurada, y una melena castaña cuidadosamente cortada a la moda resaltaban sus ojos ligeramente rasgados. Iba vestido con un impecable abrigo negro y calzas de color rojizo. Aunque no eran prendas lujosas, estaba claro que su dueño dedicaba tiempo a elegirlas y sabía lucirlas con gracia. Galantemente acompañó a Juana la mesa.

El sirviente se apresuró a llevar la noticia a las cocinas de que la cena podía comenzar a servirse.

—Veremos a Andrea durante unos meses por aquí. Me ayudará en el taller —anunció al poco Wilhem, al tiempo que alzaba su copa para que uno de los sirvientes la llenara de vino.

—¿Es eso cierto? ¿Vos sois también pintor?

—El maestro Jansen me ha honrado al contar conmigo para un encargo importante. Estoy seguro de que aprenderé mucho de él.

Las palabras de Andrea sonaban demasiado calculadas y humildes para resultar convincentes. Sin embargo, Wilhem sacudió su cabeza de modo bobalicón y alzó su copa.

—Ahí tienes a un joven que reconoce el talento y lo respeta —dijo.

Andrea le correspondió alzando también él su copa y brindando por su colaboración.

—¿De dónde sois, señor Romano? —preguntó Juana.

—De Mantua. Allí me formé con un maestro local.

Juana atrapó un pedazo de carne con el tenedor y, a medio camino de llevárselo a la boca, desafió con la mirada a su esposo.

—¿Y qué encargo es ese que es tan importante como para que alguien de tu talento no pueda realizarlo sin ayuda?

El de Bruselas gruñó, huraño, antes de mascullar entre dientes.

—No es de tu incumbencia lo que haga en mi taller. —Tomó con el cuchillo un pedazo de perdiz en escabeche y se lo llevó a los labios. Se limpió con el dorso de la mano antes de proseguir apuntando con un índice grasiento a Juana—. Pero ya que preguntas, se me ha encargado una serie de tablas para los Estados Germánicos. Allí aprecian mi trabajo como es debido.

Juana hubo de hacer un esfuerzo casi físico para no replicar. Le reconcomía la idea de saber que estaba mancillando la labor de algún maestro.

Dio un largo sorbo de su copa. Desde que Robert le había aconsejado acerca de las virtudes sociales del vino, procuraba tener una copa siempre a mano. Centró su atención de nuevo en Andrea. Por alguna razón, su voz se volvía melosa al dirigirse a él.

—¿Y dónde os alojaréis estos meses, señor Romano?

—En esta casa. El lugar de un aprendiz está junto a su maestro —intervino Wilhem.

Un destello de rabia cruzó por el semblante de Andrea ante aquel comentario. Sin duda, que se lo catalogase de aprendiz no era de su agrado. No obstante, se recompuso rápidamente y habló con la misma calma y galantería mostrada hasta entonces.

—El maestro Jansen ha tenido a bien invitarme a quedarme en vuestra casa. Espero que no sea una molestia para vos.

Wilhem soltó un eructo al que siguió una risita cargada de burla.

—Lo que mi esposa opine sobre eso carece de importancia. Esta casa es mía. Yo la pago y yo decido quién se aloja en ella. —Se inclinó sobre la mesa desafiante—. ¿No es así, amada mía?

Aunque ardía en deseos de replicar, Juana intuyó que no era momento de desafiar a Wilhem. Con Andrea a la mesa, estaba dispuesto a dejar claro quién era el amo de la casa. Aun así, no pudo evitar que el ceño se le arrugara en un pliegue y frunciera los labios, como si tragara acero fundido. Se limitó a agachar la cabeza con mansedumbre mientras se aferraba a su copa de vino.

—Así es, Wilhem.

El de Bruselas se retrepó complacido en su silla. Miró a su hijo con afecto y le desordenó el cabello con la mano. El niño sonrió alegre y siguió comiendo a dos carrillos.

—Andrea dormirá en el ático —sentenció Wilhem dando su demostración de poder por zanjada—. Al fin y al cabo, no lo usamos para nada.

Fruto de la sorpresa, Juana a punto estuvo de dejar caer el cuchillo que sostenía en la mano derecha. Sus ojos se abrieron como platos y una sombra de temor cruzó por ellos. Aunque solo duró un breve instante, estaba segura de que Andrea se había percatado de ello. El joven la miraba de reojo con sumo interés. Lo ignoró, tenía otras preocupaciones.

No podía permitir que el aprendiz se alojara en el

ático. Ese era su refugio. Estaría totalmente aislada de todo si lo perdía. Trató de suavizar su tono de voz.

—No creo que el joven señor Romano esté cómodo en el ático. Está lleno de cajas y enseres viejos.

Wilhem restó importancia a aquella información con un ágil movimiento de su tenedor.

—Pues da orden de que se adecente y se instale un catre para él.

Juana se mordió los labios. En algún punto entre su pecho y el estómago sentía una presión que crecía a cada momento.

—Creo que estará mejor en uno de los cuartos vacíos de la primera planta. No podemos permitir que duerma en un sucio altillo lleno de telarañas.

El tenedor de Wilhem volvió a sacudirse en el aire reflejando la rabia que estaba apoderándose de él.

—¿Qué tonterías estás diciendo, mujer? Manda que lo limpien de arriba abajo y no se hable más de ello.

Andrea intervino tras secarse los labios con la servilleta de hilo dorado.

—Si no os importa, maestro, preferiría no dormir en él.

Wilhem dejó caer el tenedor sobre el plato dando un sonoro golpe.

—¿Y por qué, si puede saberse?

Andrea hundió la cabeza en el pecho con teatralidad.

—Me avergüenza decirlo, pero desde niño he tenido pavor a las arañas. Desde que vuestra esposa lo ha mencionado no dejo de imaginarlas a mi alrededor. ¡Incluso las siento sobre la piel ahora mismo! Temo que si me alojo en ese ático no pegue ojo, maestro.

Wilhem lo miró como si no hablasen el mismo idioma. Por fin, meneó la cabeza y soltó aire de modo ruidoso por la nariz. Recogió el tenedor, con el que atrapó un pedazo de perdiz que se llevó a la boca, y concedió.

—Duerme en el primer piso o en una góndola en el canal. Lo mismo me da. Eso sí, te quiero a primera hora todos los días en el taller —sentenció hastiado de aquel tema.

Andrea cabeceó con mansedumbre mientras miraba de reojo a Juana. La joven estaba segura de que había evitado dormir en el ático por ella. Solo un idiota se tragaría el cuento de las arañas. Sus sospechas se confirmaron cuando Andrea le guiñó un ojo cómplice. No le dio la satisfacción de agradecerle el detalle ni se permitió respirar aliviada.

—Y esa alcoba en la que dormiré —inquirió Andrea inclinándose demasiado hacia ella; la voz del joven era un susurro apenas perceptible—, ¿está muy lejos de la vuestra?

Juana no respondió. Se limitó a escrutar a Wilhem, quien no parecía haber reparado en lo que sucedía al otro lado de la mesa. Estaba segura de que a Andrea aquel detalle no le importaba demasiado. Debía andarse con cuidado con él. Su juventud podía conducir a engaño, mas su actitud dejaba a las claras que había llevado una vida veloz y plena en experiencias. Tarde o temprano buscaría el modo de recordarle que le debía un favor. Así pues, resolvió dejarle las cosas claras.

—Una cosa he de advertiros, señor Romano —soltó—. Espero que tengáis vuestros propios pinceles y demás útiles de pintar. Puede que mi esposo deje los suyos abandonados, pero os aseguro que no le agrada nada que otro haga uso de ellos.

El rostro de Andrea se iluminó con una sonrisa de niño al que han pillado en medio de una barrabasada. Aunque intentó centrar su atención en otra cosa, Juana no pudo evitar pensar que realmente era una sonrisa hermosa. Tan hermosa como peligrosa.

No tardaría en comprobar que no se equivocaba.

Aquella misma madrugada, en el silencio del ático, Juana se afanaba en dar los últimos retoques a la vista de Venecia que pensaba regalar a Robert. Se moría de ganas de mostrarle su obra al marchante, y al mismo tiempo la invadía un enorme pudor.

Estiró la espalda para destensar los músculos y se secó el sudor de la frente.

Tentada de dar una última pincelada, hubo de hacer un esfuerzo por contenerse. Para evitarlo, se obligó a observar con detenimiento el lienzo. Francisco siempre le decía que debía aprender cuándo dejar de pintar y dar la obra por concluida. Para ella siempre habría una pincelada más por dar, un último retoque que añadir.

—Todo artista —aseveraba Francisco—, tiene un momento en el que pierde la perspectiva de su propia obra y debe dar el cuadro por acabado, aunque su cabeza le diga lo contrario. En esos momentos la pintura se ha de sentir, y no pensar.

Apartó de su mente la vívida imagen de su antiguo maestro. Desde el encuentro con Velázquez, el recuerdo de Francisco Peña era un fantasma persistente.

Sin embargo, el espectro de Francisco tenía razón. Añadir una sola pincelada a aquella tela resultaba superfluo y solo era dar vueltas en círculo.

Aun con todo, se dispuso a escrutar el lienzo una última vez.

Aunque el paisaje era un género que apenas había trabajado, Venecia parecía saltar del cuadro, como si tuviera vida propia.

Estudió las nubes grises y amenazadoras que había pintado recortadas contra el campanario de San Marcos. Había sabido darles volumen mediante las veladuras, una técnica que dominaba desde niña y que consistía en ir aplicando capas de color cada vez más ligeras que dejaban ver las capas inferiores, hasta generar la sensación de profundidad. También resultaba fiel a la realidad el modo en que había plasmado las aguas en reposo del Gran Canal, logrado a base de tonos azules y verdes gradualmente difuminados. Los tejados brillando tras la lluvia, en rojo veneciano, el pequeño espacio de cielo abierto en la esquina superior derecha del lienzo... Todo estaba a su gusto. No obstante, cuanto más lo miraba, menos acertaba a saber si el cuadro estaba concluido.

Gruñó entre dientes presa de la frustración. Tomó aire y trató de calmarse.

—Tienes que sentir la pintura, Juana, no pensarla —se dijo a sí misma rememorando a Francisco.

Se alejó unos pasos y miró el cuadro como si nunca lo hubiese visto. Trató de no pensar como una pintora, sino de percibir lo que el lienzo le quería trasmitir como espectadora.

Durante varios minutos, todo su mundo se redujo a aquel pedazo de tela que colgaba tenso del caballete.

Al poco sonrió complacida. Aquel lienzo, aquellas formas y colores que habían salido de sus manos, estaba concluido. Las nubes negras le transmitían miedo y vacilación, y al mismo tiempo, los reflejos que emitían las aguas del canal y el pedazo de cielo abierto le generaban una extraña seguridad. Justo como se sentía en aquellos momentos de su vida. Insegura por la vida que llevaba junto a Wilhem y confiada en el futuro al pensar en su amistad con Robert y Ana. Si la labor del arte era hacer sentir, aquella vista de Venecia cumplía a la perfección su misión.

Absorta como estaba, no se percató de los pasos que sonaron en los escalones ni en el sonido de la puerta del ático al abrirse.

—Así que esto es lo que hacéis aquí arriba.

Juana estuvo a punto de dejar que el pincel que sostenía se le escapara de las manos.

Se giró y vio la figura de Andrea Romano surgir de entre las sombras de la escalera. Llevaba un cabo de vela que apenas iluminaba un palmo a su alrededor.

—¿Qué hacéis aquí? No se os ha perdido nada en el ático —replicó la joven.

—Disculpad si os he asustado. Os vi tan concentrada que no quise molestaros.

—¿Cuánto tiempo lleváis observándome?

—Un buen rato —admitió el aprendiz—. No me he acercado a vos por respeto. Si me permitís, me gustaría ver qué habéis pintado. Me muero de ganas.

Juana dio un rápido paso lateral tratando de evitar el avance del joven. Era demasiado tarde. El aprendiz la

bordeó con agilidad y se colocó a escasa distancia de la tela, observándola con aire pensativo.

—Es muy bueno, si me permitís el halago —exclamó. Su tono de voz estaba lejos de la burla o el desprecio. Más bien mostraba asombro y curiosidad. Sus hermosos ojos rasgados recorrían la pintura con avidez.

—No tenéis derecho a verlo —bufó Juana enrabietada.

—¿Qué objeto tendría entonces vuestra labor? Un cuadro ha de ser contemplado o pierde su sentido. ¿No estáis de acuerdo?

Juana miró a Andrea de hito en hito. Se colocó entre el lienzo y él y extendió los brazos.

—Seré yo quien decida quién puede o no puede ver mi obra. A vos os lo prohíbo.

Andrea basculó la cabeza hacia un lado desafiando la negativa de la mujer.

—¡Vamos, vamos! Os comportáis como una niña. Dejadme verlo de nuevo.

El aprendiz se fue acercando más al lienzo y, por lo tanto, a Juana. Sus cuerpos estaban separados por menos de un palmo y ambos llevaban puestas tan solo las finas ropas de cama.

—No deberíais estar aquí —exclamó Juana apartándose del hombre.

—¿Y vos sí? —replicó Andrea. La miró desafiante y dio un paso para acortar de nuevo la distancia entre ambos.

—Es mi casa. Puedo estar donde me plazca y no tengo que dar explicaciones a un aprendiz como vos.

Andrea soltó una risita. Enseñó conciliador las palmas de las manos y dio un paso atrás. Aquello parecía divertirle.

—Sabía que ocultabas algo desde el momento en que te negaste a que durmiese en el ático. Pero confieso que nunca imaginé que se trataba de esto. —El aprendiz barrió con la mirada el ático. Cuando volvió a hablar mostraba una amplia sonrisa pícara—. Si hubiese tenido que apostar habría fiado todo a que se trataba de un amante. Aunque, viendo cómo te has ruborizado al verme, quizá se trate de eso. Quizás el lienzo en blanco sea el amante con el que te

reúnes aquí.

A Juana no le pasó inadvertido que Andrea usaba con ella un tono familiar que no justificaba su escasa relación. Estaba dispuesta a pararle los pies antes de que se tomase más licencias.

—Lo que haga en este lugar es cosa mía. Vos no sois quién para opinar al respecto.

—¿Sabe tu esposo que subes aquí de noche? ¿Sabe a qué te dedicas en este ático? —Juana enarcó las cejas. Sentía una mezcla de rabia e indignación. Aquel condenado aprendiz le estaba provocando conscientemente. No pensaba morder el anzuelo. Adoptó una postura de superioridad, con los brazos en jarras y la barbilla elevada, desafiante. Andrea se limitó a seguir fingiendo ser su amigo —: Ya imaginaba que no, pero no temas. Soy una tumba. Será nuestro pequeño secreto.

Le guiñó un ojo.

Juana no pensaba amilanarse ante aquel mal imitador de don Juan. Dio un paso decidido en dirección a Andrea y cruzó los brazos sobre el pecho.

—En eso estamos de acuerdo —dijo con toda la seguridad que fue capaz de reunir—. Más os vale que mantengáis la boca cerrada o acabaréis en la calle. Una palabra mía y Wilhem os echará en menos de un suspiro. Y tratadme con el respeto debido. No sois más que un niño que aún no sabe nada de la vida.

Lejos de sentirse intimidado, la sonrisa de Andrea ensanchó sus labios. Dio un nuevo paso en dirección a Juana.

—Os equivocáis conmigo, Juana. Soy vuestro amigo y aún puedo serlo más, si me dejáis. No diré una palabra, si así me lo pedís, pero dejad de farolear. Ambos sabemos que a vuestro esposo no le agradaría saber que pintáis. Wilhem no tolera en esta casa más talento que el suyo ni más artista que él mismo.

—¿Acaso no os tolera a vos? ¿O es que tan escaso andáis de talento que no os consideráis artista?

Esta vez fue Andrea quien no picó el cebo. Esbozó un

mohín e hizo una amplia reverencia.

—Siento haber entrado sin pedir vuestro permiso, y siento haberos interrumpido. Por todo ello os pido excusas. Si alguna vez queréis, me gustaría ver vuestro trabajo en detalle —dijo a modo de despedida. A punto de salir, pareció recordar algo y señaló la puerta del ático—. A propósito, el último tramo de escaleras a duras penas se tiene en pie. Yo de vos ordenaría que lo arreglasen.

Juana conocía de sobra cómo la escalera se había ido deteriorando y lo peligroso que esto era. La única razón por la que no había ordenado arreglarla era porque nadie subía allí y levantaría sospechas si Wilhem se enteraba de que mandaba repararla.

—Descuidad. Conozco de sobra cada palmo de los escalones y sé dónde pisar. Tened cuidado vos al descender, no seáis quien se caiga por confiaros demasiado.

Andrea no hizo amago de replicar el tono sarcástico de Juana. Su cuerpo volvió a trazar una amplia reverencia y echó a andar de espaldas. Sus ojos seguían fijos en Juana cuando traspasó el umbral del ático.

Juana tragó saliva cuando la puerta se cerró y se permitió adoptar una postura más relajada. Enrabietada, arrojó el trapo con el que se limpiaba las manchas de pintura al suelo y maldijo su descuido.

Primero Jan y ahora Andrea. La próxima vez podría ser Wilhem quien la sorprendiera. Se estaba volviendo descuidada.

Además, sabía que Andrea no jugaría limpio por mucho que fingiera ser su amigo. El aprendiz la deseaba, y ahora disponía de una información que la comprometía. Estaba segura de que tarde o temprano intentaría usarla para conseguir aquello que ansiaba.

Mientras recogía los útiles de pintura, notó que aquella idea la excitaba un poco y ese pensamiento no hizo sino aumentar la rabia que sentía por su descuido.

Robert era de la misma opinión que Ana respecto al talento

de Juana. La joven tenía la técnica de un maestro y la pasión de un verdadero artista. La vista de Venecia que le había regalado aquella misma mañana estaba siendo objeto de todo tipo de halagos por su parte.

—Déjame que intente venderla —le rogó.

Ella y Robert, junto a Ana, habían dejado el palacio del marchante atrás y ahora paseaban por las cercanías del puente del Rialto. Bajo su único arco de piedra, el tímido sol invernal del mediodía arrancaba destellos dorados de las aguas del Gran Canal. En el pasado, el antiguo puente de madera se había derrumbado y quemado en tantas ocasiones que empezó a ser una costumbre. Finalmente, fue construido en sólida piedra, por Antonio da Ponte, tras varios proyectos fallidos de arquitectos tan afamados como Vignola o el mismísimo Miguel Ángel. Su osado diseño hizo que muchos dudasen de su estabilidad, pero aún se mantenía en pie casi cuarenta años después.

A esa hora, los puestos que se instalaban a ambos lados del puente estaban llenos de gente.

—No es posible, Robert —negó Juana—. No puedo permitirme que Wilhem se entere.

—No tiene por qué enterarse. Llevaré el asunto con la máxima discreción.

Juana volvió a porfiar con un firme movimiento de cabeza.

—Te repito que no. Además, te he regalado esa tela a ti, no para que hagas negocio con ella.

—Pues entonces pinta algo destinado a vender. Fija el precio tú misma.

Juana pidió ayuda a su amiga con la mirada.

—A mí no me involucres en esto —negó Ana—. De hecho, ni siquiera tendría que hablar contigo después de la deslealtad de regalarle tu obra a este desviado. Que, ya ves, quiere venderla como buen mercader que es.

La familiaridad con que se hablaban era fiel reflejo de la confianza que se tenían.

Robert no estaba dispuesto a olvidar el tema tan pronto.

—Deja que te demuestre que tus obras se pueden vender —volvió a la carga—. Puedes usar un seudónimo o incluso no firmar.

Juana suspiró de modo ruidoso.

—Aunque quisiera, no me sería posible. Desde que Wilhem tiene bajo su tutela a ese aprendiz, tengo que andarme con más cuidado para subir al ático. Ya os conté lo que sucedió la primera noche.

—Puedes usar mi casa para pintar. Habilitaré un lugar para ti. —El tono de voz de Robert rozaba la súplica.

—No insistas. Es mi última palabra. Seguiré pintando siempre que me sea posible, y regalando a mis amigos mis cuadros. Al menos, por el momento.

—Un joven apuesto, ese Andrea Romano —intervino Ana. Daba la impresión de no haber oído una sola palabra desde hacía unos minutos—. ¿Un gallo viejo como Wilhem no es consciente de haber metido en su corral un rival con quien no puede competir?

Juana no quiso morder el anzuelo. Desde que su amiga había puesto los ojos en Andrea, no dejaba de estimularla a conocer mejor al joven. Un eufemismo para indicarle que era tonta por no haberlo metido aún en su cama de esposa abandonada.

Llegaron a las inmediaciones del mercado del Rialto. El lugar era un maremágnum de gente y puestos donde se apiñaban verduras y frutas de temporada traídas de *terra ferma*. El gentío se arremolinaba en torno a ellos como una riada humana y las voces anunciando los diversos productos se alzaban reverberando en los muros de la plaza. Las monedas pasaban de mano en mano y las mercancías eran repuestas con celeridad. Los tres amigos hubieron de esforzarse porque la multitud no los devorara.

—Si ese tal Andrea es la mitad de hermoso de lo que decís, no me importaría encargarle alguna que otra labor —bromeó Robert alzando la voz.

—Todo para vosotros —soltó Juana en un tono de voz demasiado arrogante para un tema en el que decía no estar interesada. Los tres se percataron de ello—. Nunca he

conocido un hombre tan vacío por dentro como él. Se jacta de no haber leído un libro en su vida, y estoy segura de que se pasa el día mirándose al espejo.

—Aun así, has de reconocer que es apuesto —murmuró Ana dando un leve codazo a Robert.

—Sí, sus facciones son armoniosas y hay cierta proporción en su cuerpo que lo hace atractivo —concedió Juana a medias. Sacudió la cabeza como si hubiese albergado un pensamiento que quería alejar—. ¡Pero es un hombre tan pagado de sí mismo! Está tan seguro de que su físico le abrirá la alcoba de cada mujer con la que se cruce que resulta insoportable.

—Según tengo entendido, así es —añadió Ana bajando la voz—. No hay noche que se le vea con la misma dama. Yo misma probaría sus encantos sin dudarlo si tuviese diez años menos y la seguridad de que no me los negaría.

Juana observó con discreción a su amiga. No bromeaba. La frivolidad con que en ocasiones se expresaba era fruto de su personalidad fuerte y segura. Llevaba demasiados años sin dar explicaciones para morderse la lengua a estas alturas. La vida disipada de Ana del Cerro no era un secreto para nadie en Venecia. Desde que era una viuda rica hacía lo que le venía en gana con quien le daba la gana, y aunque sentía un ligero pudor con esa faceta de la vida de su amiga, Juana había aprendido a respetarla. Aun con todo, no quería que hubiese malentendidos.

—Para ti es fácil decir eso —dijo—. Desde que me sorprendió en el ático, vivo pensando a cada momento que me delatará ante Wilhem.

Ana negó aquella posibilidad con un rápido movimiento de muñeca.

—No hará tal cosa. Si es listo, sabe que se cazan más moscas con miel que con vinagre. La fruta cae del árbol cuando está madura, no antes.

—¿Qué insinúas? —bufó Juana.

—Que ese don Juan os tiene echado el ojo, pero no va a adelantarse en sus movimientos. Espera a que seas tú quien dé el primer paso.

—¡Entonces puede esperar que el infierno se congele! No soporto estar en su presencia. Cada vez que alzo la cabeza está mirando en mi dirección. Cada vez que me lo cruzó en los pasillos intenta dejar claro que le intereso. Y lo que es peor, pretende ser mi amigo. Temo que Wilhem se dé cuenta un día de su descaro.

—Tú no haces nada por fomentarlo, estoy seguro de ello —terció Robert.

Juana frenó su paso como si se hubiese topado con una pared invisible. Habló con voz triste.

—¿Y crees que eso importará a mi esposo? Conoces a Wilhem. ¿A quién creería? ¿A mí o a un aprendiz que no deja de regalarle el oído con halagos? —Ni Ana ni Robert osaron responder—. Estad seguros los dos de lo que os digo: lo mejor que me puede pasar es que Andrea pierda el interés en mí. Todo lo demás solo me traerá problemas.

Los tres continuaron caminando entre el gentío que se apiñaba alrededor de los puestos del mercado.

VI

A pesar de haberse impuesto a sí misma un veto sobre el ático mientras Andrea permaneciera en la casa, no pintar le resultaba un suplicio. Juana pasaba las horas fantaseando con el momento en que poder escabullirse a su refugio y coger pincel y lienzo.

Resultaba irónico estar presa de los caprichos de un simple aprendiz de su marido mientras que a este era capaz de ocultarle la verdad sin ningún problema. Maldita la hora en que había despertado el interés de Andrea y maldito el momento en que se había descuidado y permitido que la sorprendiera en el ático.

Las ideas para cuadros nuevos se acumulaban en su cabeza y llenaban decenas de papeles. Llegó un momento en el que encerrarse en su alcoba y tomar nota de todo lo que se agolpaba en su interior no era suficiente, y se sentía más prisionera que nunca en su propia casa.

A la indiferencia de Wilhem, y al cada vez más caprichoso carácter de Jan, se sumaba el asfixiante interés de Andrea. El aprendiz nunca cruzaba una línea que Juana pudiese considerar ofensiva. Al contrario, se mantenía siempre en un punto intermedio que para un extraño podía pasar por simple amistad. Pero la joven no se dejaba engañar por aquel cordero disfrazado de lobo; el afecto que se esforzaba en mostrar no era sino una tapadera que camuflaba sus verdaderas intenciones. Andrea Romano era como un tallador que iba golpe a golpe, poco a poco, puliendo la roca hasta lograr su objetivo.

Juana se reía por dentro de aquella táctica, aunque debía reconocer que el falso discurso del aprendiz podría confundir a cualquiera.

Por lo tanto, procuraba pasar el menor tiempo posible en casa. Los días en que Robert no la solicitaba para visitar el taller de algún prometedor pintor, recorría la ciudad estudiando sus edificios. Nunca hasta entonces había dispuesto de tanto tiempo para admirar lo que Venecia tenía que ofrecer a quien alzaba la cabeza. Los edificios estaban inspirados en la arquitectura europea, bizantina e incluso islámica. Un crisol de mezclas que creaba una ciudad única en todo el mundo.

Siguiendo el ejemplo de Velázquez, había comenzado a tomar apuntes del natural, y llevaba papel y carboncillo consigo a todas partes. Esos garrapatos le servían de ejercicio práctico y también para controlar la necesidad de pintar que la atenazaba.

Pronto reunió un número ingente de bocetos que guardaba en un cofre a rebosar bajo la cama. Dibujos de las esbeltas galerías de los palacios de San Marcos y de las extrañas formas geométricas de los enrejados de las mansiones de Cannaregio poblaban aquellos papeles. Las curiosas chimeneas que se recortaban contra el cielo del Véneto le resultaban tan interesantes que solo de ellas reunió dos docenas de pliegos con bosquejos.

Bien pronto, comenzó a añadir a su colección de apuntes escenas cotidianas de una ciudad que empezaba a amar con todas sus fuerzas.

Pero aquello seguía sin ser suficiente. En cierto modo, incluso era peor. Al contemplar aquellos apuntes, se preguntaba qué gama de rojos venecianos usar para las bellas fachadas de Dorsoduro, el tono de verde que hiciera resaltar los reflejos de la laguna o el azul necesario para plasmar el color del cielo.

Una mañana de mediados de enero, cuando los carnavales empezaban a hacer latir el nunca dormido corazón de Venecia, se le presentó la oportunidad de retomar su pasión.

A diferencia de otras damas, ella solía desayunar en la cocina. Una costumbre que venía desde los tiempos de Valladolid. Además de sentirse más cómoda en un entorno

humilde como aquel, era una oportunidad de enterarse de cosas de la casa a las que, de otro modo, no habría tenido acceso. El servicio era fiel a Wilhem, pese a que Dios sabía que les pagaba menos de lo que se merecían. La única excepción era Lorena, que siempre la había tratado como a la señora de la casa y no como la simple esposa del amo. Precisamente ella fue la que le trajo la noticia.

—¿Os habéis enterado? —dijo la mujer acercándose a la mesa donde Juana miraba con desgana un plato de fruta. La joven recolocaba imaginariamente las piezas del frutero para formar un bodegón armonioso y proporcionado. Desplazó su atención al aya.

—¿Enterarme de qué? —dijo distraída, como si acabase de regresar de un lugar lejano.

—Andrea Romano nos deja.

Juana se quedó petrificada.

—¿Nos deja? ¿Adónde va?

Lorena se encogió de hombros.

—No lo sé, señora.

—¿Estás segura de eso? ¿Se va?

—Al menos, eso me ha comentado la ayudante de la cocinera, por lo visto ella y él... Ya sabe...

Juana ignoró las ganas de pegar la hebra de la oronda mujer. Para ella, la partida de Andrea era como si el cielo se hubiese abierto de par en par.

—¿Cuándo se va? —dijo sin remediar ser demasiado vehemente.

—Mañana mismo. No sé nada más. ¿No os ha dicho nada el amo?

Juana no se molestó en responder la pregunta; a decir verdad, ni siquiera la había escuchado. Todo cuanto deseaba en esos momentos era confirmar la información de Lorena y certificar así que perdería de vista de una vez por todas a aquel arrogante pintor de tres al cuarto.

Se puso en pie con agilidad y salió de la cocina sin siquiera despedirse.

Buscaba a Wilhem. Lo localizó en el primer piso de la galería. Estaba dando instrucciones de un modo nada cortés

a uno de los criados. Se colocó a un lado y aguardó a que el de Bruselas concluyera su reprimenda. Agachó la cabeza fingiendo que se mantenía al margen, sumisa y en silencio. En realidad, estaba planeando cómo interrogarle sobre la marcha de Andrea sin que fuera demasiado evidente su interés. La relación entre Andrea y ella se mantenía dentro de los límites de la simple cordialidad, e incluso Wilhem le había censurado en alguna ocasión el trato arisco con el que solía dirigirse al aprendiz. Estaba convenido de que su esposa no sentía una gran simpatía por Andrea, y era cierto, aunque desconociese los motivos. Aun así, debía preguntar con cautela o su interés podía ser malinterpretado.

Cuando Wilhem consideró que el criado ya había sido suficientemente amonestado, lo despidió con un simple movimiento de barbilla. No podía ignorar la presencia de su esposa, aunque hacía todo lo posible por que se notase lo poco que la agradecía.

—¿Qué es lo que quieres? —soltó sin ni siquiera mirarla.

Juana resolvió que la mejor estrategia era fingir sentirse ofendida al haberse ignorado su papel como señora de la casa. Debía ir con cuidado, medir bien el tono y no alimentar el temperamento explosivo de Wilhem.

—Al menos podías haberlo comentado conmigo —dijo.

Wilhem desplazó la vista hacia su esposa.

—¿A qué te refieres?

—A la marcha de Andrea. Siendo la señora de la casa, creo que por lo menos podrías haber dicho algo.

Wilhem frunció los labios.

—¿Y por qué habría de avisarte a ti de que mi ayudante se va unas semanas fuera por un asunto de trabajo?

¿Unas semanas? Juana parpadeó para asimilar aquella nueva información.

—¿No se va para siempre?

—¿Por qué iba a irse cuando estamos en medio de un encargo importante? —gruñó con desprecio Wilhem. Dicho esto, el pintor pareció perder interés en la conversación, e

hizo el amago de alejarse. Un brillo de entendimiento relumbró en sus ojos—. Ya veo. Creías que Andrea nos dejaba para siempre y has venido a cerciorarte de ello. Pues lamento decirte que te equivocas. Solo se va un tiempo para entregar parte del encargo en el que estamos trabajando. Los que me encomendaron el trabajo no pueden aguardar a ver mi labor y quieren recibir algunas de las tablas ya. Por eso parte hacia Trento mañana mismo —exclamó ufano. Una estúpida sonrisa triunfal se agrandó en sus labios—. Dios sabrá qué te sucede con Andrea. Parece que le hayas cogido ojeriza. Será mejor que te acostumbres a él. Pienso tenerlo a mi servicio todo el tiempo que me sea necesario. Trabaja rápido y sabe cuál es su lugar.

Sin añadir nada más, Wilhem se alisó los pliegues de sus calzas y se alejó.

Juana se quedó en silencio. Durante unos segundos se había sentido libre de las atenciones de Andrea, libre para pintar sin miedo a que nadie la interrumpiera.

Derrotada, echó a andar cuando la figura del joven aprendiz salió de detrás de una pesada cortina, al fondo de la galería. Por lo visto, había sido testigo de la escena y, a lo peor, también lo había escuchado todo.

Juana mostró su fastidio girando sobre sus talones y acelerando el paso en dirección contraria. Sin embargo, Andrea no se dio por vencido.

—¡Aguardad! —exclamó en voz demasiado alta. En el patio, uno de los criados alzó la cabeza.

Juana apretó el paso. Andrea lo hizo aún más. Al trote recorrió la distancia que los separaba y se plantó frente a la mujer. Una deslumbrante sonrisa surcaba su rostro.

—Tengo prisa —saltó Juana tratando de bordear el cuerpo del aprendiz. Este se las ingenió para abarcar la totalidad de la anchura de la galería estirando sus brazos para apoyarse en la balaustrada—. Dejadme pasar.

—¿Ya lo sabéis? —dijo Andrea, ignorando el requerimiento.

—Lo sé, pero me he llevado una honda decepción al saber que vuestra ausencia solo durara unas semanas.

Andrea soltó una carcajada. Abajo, el criado volvió a levantar la vista.

—Sois malvada conmigo. Yo solo quiero ser vuestro amigo y vos os alegráis de mi partida.

—Solo lamento que no sea definitiva.

Andrea se llevó la mano al pecho fingiendo que el corazón se le había quebrado en pedazos.

—¡Qué crueldad la vuestra, señora de Jansen! —Juana logró escabullirse y se alejó a buen paso hacia la escalera del final de la galería—. Vedlo por el lado bueno, durante mi ausencia podréis retomar vuestra afición sin temer que os interrumpa. El ático es todo vuestro de nuevo durante unas semanas. Al menos, si no os descubre vuestro esposo.

El volumen de voz de Andrea se fue elevando hasta casi convertirse en un grito. Era más que probable que de haber alguien en aquel momento en el patio hubiese escuchado sus palabras perfectamente. Aun sabiendo que aquella era la intención del aprendiz, Juana se detuvo.

—No os atreváis a amenazarme.

Andrea alzó los brazos en un gesto reconocido de rendición. Se acercó a ella sin dejar de mostrar una sonrisa condenadamente seductora. Juana cruzó los brazos sobre el pecho.

—Os lo aseguré aquella noche —dijo, esta vez con un susurro que pretendía ser cómplice—: soy vuestro amigo.

—Elijo muy bien a mis amigos y, creedme, vos no lo sois.

—Pues entonces digamos que quiero serlo. —La mano del hombre voló con descaro hasta un mechón de cabello de Juana. Esta se sintió tan sorprendida que solo acertó a dar un respingo al tiempo que los dedos del joven le colocaban el rebelde cabello tras la oreja—. Dejadme serlo, Juana. Dejadme ser el único amigo que tengáis en esta casa.

—¡Vos no sabéis nada de mí!

El semblante de Andrea perdió su habitual despreocupación y su voz adquirió un matiz grave.

—Sé mucho de vos —dijo henchido de confianza. El rostro de Juana esbozó una mueca de sorna que no logró su

objetivo. Andrea continuó hablando mientras iba acercando su cuerpo al de ella—. Sé que pintáis en secreto porque vuestro esposo envidiaría vuestro talento si supiese de él. Sé que ese ático es vuestro refugio y que en cierto modo violé su sacralidad cuando entré sin pedir permiso; ya os pedí que me perdonarais por ello. Sé que estas semanas no habéis subido a él por miedo a que os siguiese. Sé que aún teméis que os delate ante Wilhem, aunque nunca haría tal cosa.

—Ahorraros vuestra palabrería —le cortó Juana. Sin embargo, su voz había perdido firmeza.

Andrea se colocó tan cerca de ella que sentía el calor que desprendía su cuerpo, y el aliento del chico le hacía cosquillas en el cuello. Esta vez no se apartó de su lado.

—No confiáis en mí, y lo entiendo —dictaminó Andrea —. Pero, si vos quisierais, os demostraría que podemos ser buenos amigos.

—Sé de sobra en qué consiste vuestra amistad.

El brillo pícaro de los ojos de Andrea regresó a sus pupilas, y Juana maldijo que aquello lo hiciese tan atractivo.

—Vos tenéis un talento para pintar. Dios me ha dado a mí otros dones. ¿Qué tiene de malo hacer uso de ellos?

Juana tuvo que hacer un esfuerzo para que aquella propuesta no le sonase razonable. Tragó saliva y se apartó de Andrea lo justo para que el sentido común regresase a ella y la sangre volviese a recorrer todo su cuerpo.

—Habéis perdido el juicio si me tomáis por una de esas cualquiera a las que acostumbráis a engatusar —sentenció, a la par que se alejaba en dirección a las escaleras. De sopetón se frenó como si hubiese recordado añadir algo fundamental—: Además, estoy casada —dijo sin demasiada convicción.

Andrea aprovechó el momento y dio dos zancadas ágiles. En un suspiro estaba de nuevo junto a ella. A la distancia justa para no parecer ni demasiado osado ni demasiado tímido. Juana cayó en la cuenta de que Andrea siempre parecía saber cuándo detenerse o adelantar el paso.

Cuándo ser descarado y cuándo cortés. Para él, seducir era una sutil danza que ejecutaba a la perfección.

—Os doy mi palabra de que solo aspiro a ser vuestro amigo. Ponedme a prueba —ofreció Andrea mostrando su sonrisa más conciliadora.

Juana estaba a punto de dar por zanjada aquella conversación cuando algo le pasó por la cabeza.

—Habladme de esas tablas en las que trabajáis junto a mi esposo. Wilhem es muy reservado con su trabajo, y siento una gran curiosidad. ¿Qué temática reflejan? ¿Son imágenes religiosas, un bodegón? ¿Pinturas de países y vistas?

Si la cuestión había hecho mella en Andrea, su rostro no reflejaba nada. Era una máscara impenetrable.

—Sería mejor que eso se lo preguntaseis a vuestro esposo. Yo solo soy un modesto aprendiz —dijo.

Juana soltó un resoplido de decepción. No iba a sacar nada de aquel aspirante a seductor. Se dispuso a concluir aquel incómodo encuentro. Antes, Andrea se permitió realizar una oferta peligrosa de haber oídos indiscretos en las cercanías.

—Aprovechad mi ausencia para pintar. Os juro que podéis seguir haciéndolo a mi regreso. Yo no os importunaré. Y si en algún momento queréis que os visite en el ático, hacédmelo saber.

—¡Estáis loco! —dictaminó Juana con un gruñido. No se le escapó el matiz que aquella propuesta llevaba implícito. Se giró de nuevo. Dispuesta esta vez a no volverse más—. Pero podéis apostar a que aprovecharé vuestra ausencia para subir al ático y hacer lo que me plazca.

Por toda respuesta el aprendiz realizó un escorzo a modo de reverencia y se alejó.

Después, mientras descendía las escaleras, Juana no dejaba de pensar en lo fácil que habría sido dejarse llevar en un lugar y contexto diferente.

Odiaba aquella sensación y que su propio cuerpo la traicionara. Era joven, estaba sana y, vive Dios, tenía

necesidades, como todo el mundo. No podía culparse por que algún pensamiento inapropiado se hubiese colado en su cabeza. Pese a ello, una cosa era pensar y otra actuar. De ningún modo pensaba ceder al interés de Andrea, tenía mucho que perder y poco que ganar cometiendo semejante estupidez.

En cuanto tuvo oportunidad, Juana se desplazó hasta la tienda donde solía comprar los pigmentos, lienzos, colas y demás utensilios que utilizaba. Un pequeño establecimiento en el humilde *sestiere* de la Santa Croce, lejos de miradas indiscretas. Además, adquirió un lienzo de dos varas de largo por un buen precio. Las telas de Venecia tenían fama en toda Europa. Eran el valioso fruto de una potencia naval que había sabido aprovechar su experiencia en velas para elaborar los lienzos más delicados y perfectos. Todo pintor anhelaba usarlos, pese a ser cualquier cosa excepto baratos.

Una vez se hizo con lo necesario, lo ocultó en el ático y se armó de paciencia a esperar que llegara la noche. No tenía tiempo que perder. Antes de ponerse a pintar debía preparar la tela. El proceso comenzaba imprimándola con cola de conejo, una sustancia que cocía al baño maría y que después, una vez convertida en una pasta densa y elástica, aplicaba al lienzo hasta que se endurecía. El olor a rancio de la cola era intenso, y a pesar de que la joven dejaba los enormes ventanales del ático abiertos, su hedor permanecía en el ambiente durante días. Era un mal necesario. Extender aquel material con destreza lograba que la tela recibiese de modo adecuado los pigmentos.

Después debía darse un par de manos de albayalde, un pigmento blanco que se usaba como aislante de la tela, a la par que fijaba mejor los colores, y el lienzo estaba listo.

Durante ese tiempo, Juana escogió cuál de entre todos los apuntes se convertiría en un cuadro. Quería pintar una escena callejera de Venecia de las tantas dibujadas en las semanas previas. Repasó la pila de papeles con bocetos y finalmente se decantó por una escena garrapateada en las

cercanías de un pequeño puente cerca del Castello.

Recordaba con claridad el momento. Era mediodía y un grupo de niños mendigos jugaba a los dados en los escalones de acceso al puentecillo. Además de bosquejar la escena de modo apresurado, tomando buena nota de las posturas relajadas de los críos, había dibujado apuntes de los rostros de los pequeños, de sus expresiones ensoñadoras y de sus ropas remendadas.

Le atraía la fuerza de aquella escena en la que había capturado un momento feliz y despreocupado de unos niños cuya vida era dura y estaba condenada a pasar inadvertida ante los demás.

Tras elaborar una serie de dibujos preparatorios, estaba lista para comenzar la obra. Hacía cuatro noches que Andrea estaba ausente y Wilhem apenas se dejaba ver por la casa.

Pincelada a pincelada, capa a capa y noche tras noche, la escena de los niños mendigos fue surgiendo del lienzo. Aunque el trabajo estaba aún a medias, se intuía una composición potente y cargada de fuerza.

Juana estiró la espalda y se frotó los párpados. El amanecer estaba cercano ya y era hora de empezar a recoger. Estaba segura de que aquella noche, como tantas, Wilhem no dormía en casa, pero no estaba dispuesta a correr riesgos.

Salió del ático y giró la llave que emitió un fiable clic en su cerradura.

Durante esas largas noches pintando había tenido tiempo para dar vueltas a las palabras de Andrea. Tras pensarlo mucho, decidió creerlo en lo relativo a mantenerse alejado del ático. Si hubiese querido delatarla ante Wilhem, había tenido ocasión más que de sobra, y si lo que esperaba de aquel gesto era un acercamiento por parte de Juana, podía esperar sentado. No se engañaba, sabía que nunca podría confiar en alguien como Andrea ni nunca lo podría llamar amigo. Aun así, ¿qué tenía que perder? Cuando

Andrea regresara, seguiría subiendo a escondidas y utilizaría todo el tiempo del que disponía para pintar. Vería entonces cuánto de verdad había en la promesa del chico.

Descendió los escalones tan absorta en tales pensamientos que no se percató de la figura que se ocultaba tras un armarito en el segundo piso.

Cuando Juana traspasaba la puerta de su cámara, la figura echó a andar de puntillas y ascendió en dirección al ático.

El último trecho de escalera era el más oscuro de todos. La luz de la vela que llevaba apenas iluminaba un palmo a su alrededor. Jan puso un pie en el primer peldaño y se detuvo. Tragó saliva, por su cabeza acababa de pasar la imagen de una rata del tamaño de un perro.

Pensó en su padre, que siempre lo animaba a ser valiente y a no dar un paso atrás. Los hombres de verdad no retrocedían ni cuando se equivocaban. Eso era lo que su padre siempre decía. Tomó aire y lo soltó despacio.

Estaba dispuesto a averiguar qué ocultaba su madre en el ático. Había logrado engañarlo la primera vez. Ahora sería distinto. Descubriría de qué se trataba. Lo tomaba por un niño pequeño, pero él le demostraría que era un hombre. Su padre estaría tan orgulloso de él...

Con fuerzas renovadas colocó el otro pie en el primer escalón y subió con decisión. Ayudándose de la barandilla, y poniendo un pie detrás del otro en cada escalón, llegó frente a la puerta.

Con la mano libre asió el tirador y forcejeó con él con todas sus fuerzas. Tras varios intentos se dio por vencido. Como imaginaba, su madre cerraba siempre con llave. Por fortuna, había logrado hacerse con una copia tras exigírsela a uno de los criados. La llevaba colgada al cuello de un cordón. Dejó el cabo de vela apoyado en la barandilla y la extrajo de debajo de la camisola. Cuando la tuvo en su mano la colocó triunfal frente a sí. Una acción desafortunada, ya que, al hacerlo, el cordón se le escurrió de entre los dedos. Por puro reflejo, alargó la mano y estuvo en un tris de atrapar la llave. Lo que se lo impidió

fue que, al moverse de forma precipitada, golpeó el cabo de vela, que salió despedido mientras soltaba una lluvia de chispas. Aterrizó en el suelo con un ruido sordo y se apagó. Casi al mismo tiempo oyó el sonido metálico de la llave al tocar igualmente suelo. Un denso mar de oscuridad se lo tragó todo.

Al pie de las escaleras escuchó ruidos. Jan gimió asustado al imaginar unas uñas rascando la madera.

Estaba atrapado en lo alto de la escalera. Sin luz suficiente para descender y sin posibilidad de entrar al ático. La espalda se le empapó de sudor y el pulso se le aceleró.

Pensó en pedir ayuda. Si gritaba, alguien con una vela acudiría a su llamada. Pero lo descartó. Además de la humillación de tener que ser rescatado, no pensaba poner sobre aviso a su madre. Había espiado sus salidas y entradas del ático demasiadas noches para revelar su trabajo ahora.

Lo que había al otro lado de la puerta podía esperar. Habría otras noches y más oportunidades. Ahora todo su mundo consistía en descender la escalera en medio de aquellas tinieblas impenetrables.

Había visto al aya Lorena persignarse antes de acometer una tarea dura, así que también él lo hizo. Con cuidado, afianzó las dos manos en la barandilla colocando todo su peso sobre la gastada madera, y tanteó con su pie izquierdo la oscuridad. La escalera soltó un lastimero quejido. Ajeno a ello, Jan continuó sondeando la oscuridad hasta que la punta de su pie izquierdo dio con el escalón inferior, después hizo lo mismo con el derecho. Había descendido un peldaño, ya estaba un paso más cerca de la seguridad del segundo piso. Colocó el peso en la barandilla de nuevo y se preparó para descender al siguiente peldaño. Otro paso más y estaría más cerca aún.

Ese pensamiento resonaba en su cabeza cuando el tramo de barandilla en el que se apoyaba cedió con un chirrido feroz. El resto de la escalera tembló, amenazando con venirse abajo. Perdió el equilibrio ante aquella

sacudida y braceó inútilmente. Cayó hacia delante, sumergiéndose en las profundidades de aquel mar de tinieblas. Lanzó un grito cuando impactó contra el suelo. El mundo se iluminó con una nube de fuegos artificiales y una ola de dolor recorrió todo su cuerpo.

El tremendo ruido retumbó en toda la casa.

Juana se incorporó en la cama. Aún no había conciliado el sueño. Al instante supo que provenía de los pisos superiores, del ático.

Saltó de la cama, se puso algo sobre el camisón y tomó una vela de la repisa de la chimenea. Salió de su cuarto con precipitación y cruzó la galería a la misma velocidad.

Fuera se topó con Lorena.

—¿Qué ha sido ese ruido? Se ha notado hasta en el piso de abajo —exclamó el aya al verla.

Juana aceleró el paso. Empezaba a temerse lo peor. La estabilidad de la escalera que conducía al ático era cada día un poco más débil. Seguramente había cedido. No hacía ni diez minutos que ella misma había descendido por ella. De puro milagro no se había derrumbado cuando ella la usaba.

—Ve por más velas y busca a los criados. Subid al ático —ordenó.

El aya se perdió en dirección a los pisos inferiores.

Cuando Juana llegó a la galería del segundo piso una nube de polvo aún flotaba en el aire.

Alargó el brazo en el que portaba la vela y la llama reveló el cuerpo de Jan a los pies de la escalera. Llevaba la ropa de cama puesta y se retorcía de dolor.

Juana cruzó a la carrera la distancia que lo separaba de su hijo y se arrodilló junto a él.

—¿Qué es lo que ha pasado? —acertó a preguntar. Aunque estaba claro lo sucedido.

El pequeño había vuelto a subir los peligrosos y empinados escalones saltándose la prohibición, y la desgastada escalera había cedido. Pedazos de madera yacían esparcidos por todo el suelo del descansillo. Solo un milagro había mantenido la estructura de la escalera en pie.

Juana echó mano a la pierna del niño y este profirió un

aullido de dolor.

—Quería ver qué hacías en el ático —hipó el crío mientras se abrazaba a su madre, una acción poco frecuente y que Juana recibió con amor. Por muy caprichoso e irascible que fuese su carácter, Jan seguía siendo un niño que buscaba alivio para el dolor.

—¡Chis! No hables —le pidió Juana.

—Me duele mucho la rodilla y el costado —se quejó el pequeño.

Juana acercó la vela para echar un vistazo. Le levantó la pernera de las calzas, al hacerlo el crío sollozó desconsolado. La rodilla se había hinchado y mostraba un feo color morado. Trató de tener más cuidado al destaparle la camisola de dormir. Tenía varios y feos moratones entre la axila y la cadera derecha.

Al punto las luces de otras velas iluminaron el trecho de escalera inferior y dos criados junto a Lorena asomaron por encima del último escalón. La fornida aya se llevó las manos a la cabeza cuando vio la escena. Tras ellos iba un contrariado Wilhem, que al ver a su hijo tendido en el suelo apartó a todos a empujones y se arrodilló junto a él. Llevaba ropa de calle, así que el accidente le había debido de pillar recién entrado en casa.

—¿Qué ha pasado? —dijo palpando el cuerpo de Jan. Aquello provocó que las lágrimas del niño brotasen aún con más fuerza—. Bajadlo a su cámara y llamad al doctor —ordenó a grandes voces, como si gritar hiciese que la situación mejorase.

Mientras uno de los criados se precipitaba escaleras abajo a toda velocidad, el otro se agachó para coger al niño en sus brazos y levantarlo. El llanto del pequeño aumentó.

—¡Duele mucho! —se quejó.

—¡Ten más cuidado, patán! —gritó Wilhem. Después, cuando se encaminaban a la escalera se dirigió a Jan—. Y tú no llores. Eres un hombre y los hombres no lloramos. Mucho menos delante de mujeres.

El crío hizo un esfuerzo por cumplir con la orden de su padre. El labio inferior le temblaba cuando el criado

comenzó a descender la escalera.

Wilhem abría la comitiva iluminando con un cabo de vela el camino. Los gestos de dolor de Jan se mezclaban con sus intentos por no llorar. En su rostro, las lágrimas secas formaban una costra sucia, lanzó una lastimera mirada a su madre y el labio le tembló con más fuerza.

Juana iba en último lugar, el lugar al que Wilhem la relegaba en aquella procesión. No dejaba de sentirse culpable por lo sucedido.

Cuando el sol ya estaba en el horizonte, el galeno anunció que el pequeño tenía rotos un par de huesos de la rodilla y alguna costilla fracturada. No era gran cosa, a pesar del susto.

—Un mes inmovilizado es cuanto necesita para que todo suelde correctamente. Para el dolor, administradle vino mezclado con extracto de amapola —dictaminó el galeno mientras se colocaba el jubón y retocaba la gorguera —. Y que se mueva lo menos posible. Una costilla rota puede clavársele en el pecho y eso sí que sería mucho peor. De cualquier modo, ha habido suerte, podría haberse golpeado en la cabeza, y en ese caso solo Dios sabe qué hubiera sucedido.

Juana sintió que le removían las entrañas con un hierro al rojo. Jan podía haber muerto y habría sido culpa suya. Si no hubiese subido a pintar a ese maldito ático... Si hubiese sido una madre como se esperaba de ella, en lugar de malgastar sus noches en pasatiempos... Su obligación era cuidar de su hijo, estar atenta e impedir que sufriese accidentes como aquel. ¿Qué demonios hacía perdiendo el tiempo con pinceles y lienzos? Las lágrimas brotaron incontroladas.

—Supongo que ya sabes qué hacía Jan ahí arriba — gruñó Wilhem. Su aliento era agrio debido al vino—. Ha subido a ver qué haces en ese maldito lugar todas las noches. Hasta ahora había ignorado el hecho de que subes allí en cuanto tienes una oportunidad. Ya no puedo dejarlo

pasar.

Juana ni siquiera se permitió mostrar sorpresa. Estaba claro que Wilhem sabía de sus escapadas al ático desde hacía tiempo. Tal vez el propio niño se lo había contado.

Fuese como fuese, lo cierto era que no parecía estar al tanto de lo que hacía en él, si no, de nuevo le hubiese prohibido pintar.

—Lo siento. Debí haber estado atenta a él —acertó a decir. Notaba un peso sobre sus hombros tal que no le habría extrañado que se tratase de la culpabilidad materializada en una losa.

Lejos de tranquilizar a Wilhem, las palabras de Juana parecieron enfurecer aún más al pintor. La cogió por los hombros y la zarandeó con rabia.

—¿Qué demonios haces en ese maldito ático? —Juana tuvo la certeza de que le iba a pegar, pero el golpe no llegó —. Muéstrame qué hay allí.

La tomó por el brazo con tanta fuerza que le hizo doblarse de dolor y la obligó a acompañarle hasta la escalera.

—¡Me haces daño! —se quejó inútilmente.

Wilhem no parecía atender a razones. De un empujón le ordenó que abriese el ascenso.

Mientras recorrían el último tramo de escalera notó cómo una arcada le ascendía desde el estómago al pensar en la tragedia que podría haber sucedido.

Una vez entraron al ático, Wilhem se plantó en mitad de la estancia y miró en derredor. Alzó los brazos para hacer notar que estaba aguardando la confesión de Juana.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué hay aquí que es tan poderoso como para hacerte subir todas las noches? Ni siquiera hay una condenada cama. Si es que te acuestas con alguien, ¿dónde lo hacéis?

Juana abrió la boca indignada para decir algo. La culpabilidad seguía ahí, latente y bien viva, pero ahora una capa de irritación la ocultaba unas pulgadas. ¿Cómo se atrevía a acusarla de adúltera cuando él mismo pasaba las noches en camas ajenas? Notó una rabia incontenible surgir

del centro de su pecho.

—¿Me has tomado por una de las mujerzuelas con las que te acuestas? —vociferó—. ¿Quieres ver qué hago aquí? Muy bien, ahora lo verás.

A grandes zancadas se dirigió al enorme armario y abrió sus puertas de par en par. Trasteó con el falso fondo hasta que extrajo la tapa y sacó de su escondite el caballete, el lienzo en el que estaba trabajando y el cartapacio con sus bocetos.

Mientras observaba a su esposa realizar aquella acción, la perplejidad fue sustituyendo a la ira en Wilhem, hasta que el pintor fue consciente de lo que sucedía en realidad.

Soltó una maldición y le arrancó el cartapacio con los bocetos de las manos con un enérgico ademán. Su mirada vagó por los dibujos con semblante despreocupado, como si no mereciesen su atención. Cuando juzgó que los había observado suficientemente, los arrojó al suelo sin contemplaciones.

El pintor señaló los papeles desparramados por el suelo. Su rostro era una máscara de desprecio.

—¿Por estos garabatos mi hijo ha estado a punto de morir?

Su atención se centró entonces en el lienzo de los niños jugando a los dados. La luz que entraba por el enorme ventanal iluminaba la tela y le daba un aspecto irreal. Se encaminó hacia ella con una mueca burlona pintada en el rostro y de repente se detuvo de sopetón. Se quedó en silencio observando la tela, como si no diera crédito a lo que tenía frente a sí.

Juana leyó el rostro de su esposo como en un libro abierto. Reconoció los diferentes estados que mostró: la sorpresa, la incredulidad y finalmente la envidia. En aquel preciso momento sucedió lo que tanto temía. Wilhem acababa de ser consciente de que Juana poseía un talento que él ni soñaba alcanzar. La mujer del pintor era mejor que el propio pintor, y ya estaba harta de ocultarlo.

—Esto es lo que hago en el ático —dijo orgullosa.

El de Bruselas seguía sin poder apartar su mirada de la

tela. Sin embargo, de ningún modo iba a reconocer que su propia esposa le superaba. Por el contrario, trató de ridiculizar su obra.

—Francamente, habría preferido que tuvieras un amante a esto. No me habría sentido tan decepcionado —señaló con todo el desprecio del que fue capaz.

A Juana aquel comportamiento cruel ya no podía hacerle daño. Daba igual si se burlaba de su pintura o arrojaba al suelo sus bocetos. Daba igual, porque ahora lo veía con claridad. Su esposo no era sino un pobre hombre tan inseguro y mediocre como artista que su orgullo se veía amenazado por su propia esposa. Acababa de perder el miedo a Wilhem y eso lo cambiaba todo.

—Adelante. Búrlate cuanto quieras de mí. En el fondo, sabes que soy mejor que tú —lo desafió.

El de Bruselas se quedó petrificado y enmudeció. En el pasado había habido réplicas y contestaciones por parte de Juana, pero esa era la primera vez que le plantaba cara de modo tan directo. Se pasó una mano nerviosa por la barbilla mientras buscaba sin hallarlo el comentario hiriente que otras veces con tanta sencillez le surgía.

—Tú no eres más que una torpe e inútil aprendiz de artista, incapaz de reconocer el talento. Una estúpida sin sesera, como todas las mujeres. Todo a lo que puedes aspirar es a parir y bordar hasta que me canse de ti y te cambie por otra más joven —le espetó.

Tras el titubeo inicial, sus palabras volvían a destilar el mismo odio y desdén que de costumbre. Orgulloso del discurso, se tiró de los faldones del jubón, miró a Juana y soltó una pequeña risita para regodearse.

Sin embargo, aquella vez era diferente. El veneno de su discurso no surtía el efecto de costumbre. Pese a no replicar, el ademán altivo y orgulloso de Juana dejaba claro que sus insultos y desprecios no volverían a hacerle daño nunca más. Wilhem fue consciente de que, aunque nada iba a cambiar, todo sería diferente a partir de entonces. Había perdido el poder de dañar a voluntad a Juana. Solo una cosa podía hacerse llegado a ese punto para dejar claro

quién seguía mandando.

Tomó el lienzo entre sus manos y lo estampó con saña contra el suelo. La tela se desgarró al primer golpe. Lo volvió a golpear hasta que juzgó que su misión estaba más que cumplida. Lo arrojó sin ningún miramiento contra la pared más lejana e hizo lo mismo con el caballete. Astillas de madera saltaron por todas partes hasta que quedó totalmente destrozado e inservible. Después tomó los pinceles y demás utensilios y se sirvió del muslo para partirlos por la mitad. Como culminación de su obra, ante la atónita mirada de Juana, tomó el cartapacio del suelo y abrió el ventanal. Sin pensarlo dos veces arrojó el contenido de este y la propia carpeta a la calle. Una lluvia de papeles flotó unos instantes al otro lado de los cristales, hasta que el viento los esparció y cayeron al Gran Canal.

Tras ello, se dio la vuelta amenazador. En sus pupilas brillaba un fuego que parecía incontrolable. Sin previo aviso la agarró por el cuello y la empujó contra la pared. La mujer aulló de dolor cuando su espalda impactó contra el muro.

—Y ahora escúchame bien, porque no voy a repetirlo —le espetó acercando su rostro—. Si vuelvo a verte jugando con pinceles o un simple carboncillo te repudiaré. Alegaré que eres una adúltera y me encargaré de que regreses al agujero de mierda donde te compré sin nada más que lo puesto. No volverás a ver a Jan en tu vida.

Después la soltó. Se remetió la camisola por dentro de las calzas y se ajustó el jubón antes de peinarse con los dedos el poco pelo que aún tenía. Salió del ático con andar orgulloso y altivo.

Juana se quedó en silencio largo rato.

Pese a la violenta escena se sentía fuerte en su interior. Podía amenazarla y podía prohibirle pintar, pero aquello no haría sino aumentar su fortaleza.

Era momento de planear el modo en que Wilhem saliera de su vida de una vez para siempre. Al contrario que en Valladolid, ahora contaba con aliados que la ayudarían. No volvería a tener miedo de aquel cobarde sin talento.

VII

Los carnavales estaban en pleno apogeo. Venecia entera era una fiesta. Todos los meses de aburrida rutina se dejaban atrás en una celebración que, como la marea de la laguna en los meses de lluvia, lo inundaba todo. La rutina cedía espacio a lo extraordinario, y durante unos días se bailaba, se bebía y se reía dejando a un lado las inquietudes. Toda la ciudad era una inmensa fiesta que estallaba en cada rincón, en cada taberna y en cada esquina.

La bebida y la comida corrían por las calles de la Serenísima, y se saciaban el resto de los apetitos con la misma facilidad. Todo con tal de conceder a los sufridos ciudadanos una oportunidad de olvidar temporalmente sus preocupaciones; la ilusión de que, durante unos días, todo era posible. Desde meses antes, todos se preparaban para aquellas fiestas en un esfuerzo colectivo sin parangón, y del que toda la ciudad participaba.

Ataviados con delicadas máscaras y bellos ropajes, los ciudadanos de la República se mezclaban durante las celebraciones sin importar su origen o estatus. El rico y el pobre, el plebeyo y el noble, el mercader y el soldado, eran a primera vista indistinguibles en medio del ambiente de alegría y diversión que reinaba desde la mañana hasta bien entrada la noche.

Eran muy comunes las historias de gobernantes de la ciudad que se disfrazaban para recabar la verdadera opinión que de ellos tenía el pueblo. Incluso corría el rumor de que, durante esas fiestas, uno podía toparse con el mismísimo señor de Venecia, el dux, quien, aprovechando el anonimato que proporcionaba el disfraz, se mezclaba con el pueblo llano. Fuesen o no reales aquellas historias, lo

cierto era que el deseo de igualar a todos los ciudadanos estaba en el origen de los carnavales, y esa tradición seguía siendo el alma de estos.

Claro que, como en todo, había excepciones, y las clases pudientes nunca perdían la oportunidad de demostrar que eran mejores que el vulgo.

Sin ir más lejos, se podía saber el estatus de alguien con solo estudiar la máscara que llevaba.

Aunque todas estaban adornadas con complejas plumas y lucían una decoración bellamente elaborada, algunas eran baratas y accesibles, mientras que otras podían llegar a costar una pequeña fortuna. Todas eran obra del gremio de pintores, y cada *mascheraio* pugnaba por lograr los diseños más atrevidos. Esos que atrajeran a la flor y nata de la República. Era un orgullo para un taller que un personaje notable de la ciudad eligiese sus diseños. De igual modo, llevar una máscara de un maestro afamado no estaba al alcance de todos.

Aparte del disfraz, otro detalle significativo marcaba la diferencia entre el pueblo llano y la élite de la Serenísima durante los carnavales. Mientras en cada calle y rincón de Venecia se organizaban bailes y celebraciones de las que participaba la plebe, en las mansiones y palacios más suntuosos la nobleza se reunía en lujosas fiestas a las que solo se asistía con estricta invitación.

La que cada año organizaba el embajador español, y tenía como escenario el palacio de San Polo, donde estaba ubicada su residencia, era una de los más ostentosas e importantes. Aquel año, Juana asistía a ella acompañada de Robert y Ana del Cerro.

La Vedova no podía permitirse llevar un disfraz que no estuviese a la altura de su reputación. El que lucía en esa ocasión había sido encargado cuatro meses antes y su diseño estaba basado en los rasgos de un felino. El antifaz poseía unas enormes orejas que sobresalían del cabello recogido en un sólido moño, y unos bigotes hechos de fibra de papel, que ondeaban ligeramente en cada movimiento, remataban el disfraz. Dejaba descubierta la boca de la

mujer, que desde que había entrado a la fiesta no dejaba de sonreír a diestro y siniestro. El vestido que llevaba era igual de excesivo: con amplios volantes y en un vistoso color rojizo, destacaba entre la muchedumbre, exactamente como era su objetivo.

El modelo elegido por Robert no se quedaba atrás. Inspirado en la *Commedia dell'arte,* un popular género teatral, ocultaba la mitad superior del rostro del marchante y estaba rematado con una enorme y pomposa pluma de ave del paraíso que hacía imposible que pasara desapercibido, al igual que el intenso tono añil de su jubón y calzas.

Más discreta, Juana lucía una sencilla máscara gris bellamente decorada en color bermellón que se ajustaba a todo su rostro. Por lo que no era posible reconocerla. La capa que lucía poseía el mismo espíritu discreto, y ocultaba su cabello y casi la totalidad de su cuerpo de las ansiosas miradas de los presentes.

A pesar de todo, algo había cambiado en ella desde el incidente del ático. Se sentía más libre para ir y venir sin dar explicaciones. Además, ya no usaba el ático para pintar. Tras aceptar la oferta de Robert, usaba una estancia en la planta superior del palacio del marchante, donde la luz de Venecia entraba a raudales a través de sus amplios ventanales.

Wilhem parecía aceptar aquella nueva situación. Quizá se había cansado definitivamente de fingir un interés, aunque fuese mínimo, en su esposa. Pero fuese cual fuese la razón, no impedía que su mujer saliese de la casa cuando le viniera en gana.

Otro cambio operado en su vida era la actitud ante la idea de vender sus cuadros. Finalmente, había dado permiso a Robert para vender la obra en la que estaba trabajando una vez estuviese concluida. Por puro deseo de reivindicarse, se trataba de la misma escena callejera con los niños mendigos jugando a los dados que Wilhem destrozara. Aunque ahora debía recurrir a su memoria, ya que no contaba con los bosquejos tomados en el puente del

Castello. Habían volado junto al resto por la ventana durante el ataque de furia de su esposo. A pesar de ello, estaba segura de poder crear una composición que hiciera justicia a la malograda versión anterior.

En el cuadro pensaba Juana cuando la voz de Ana la sacó de su ensimismamiento.

—¿Otra vez estás en las nubes, querida? —la reprendió la Vedova.

Suya era la idea de que la joven asistiera a la fiesta del embajador y como tal sentía la responsabilidad de que disfrutara de la misma.

—Ya te he dicho que prefería quedarme en casa leyendo o pintando en el taller de Robert —se defendió Juana.

—Tienes que divertirte. Bastante es que haya accedido a que te pusieras esa insulsa capa que oculta todo lo que Dios te ha dado.

Juana se miró las ropas como si no entendiera a qué venía aquel reproche.

—Al contrario de lo que la gente cree —intervino Robert—, los carnavales están para lucir lo que somos. Dejar en casa la careta que llevamos puesta el resto del año y ser nosotros mismos. Mírame a mí, me siento como un ave, libre de ir donde quiera.

La joven no pudo reprimir una sonrisa afectuosa cuando el marchante concluyó su discurso con un teatral giro sobre sí mismo.

—Puede que tú seas una hermosa ave de bellos colores, adorado Robert —dijo tomando al hombre por el brazo—, pero yo solo soy un pobre cuervo atareado.

Ana terció en un tono que no parecía estar cercano a la broma:

—¡Tonterías! Olvida a este invertido que nos plantará por el primer efebo que le siga la corriente y vayamos a mezclarnos con la gente. Te ordenó que te diviertas —exclamó.

Tomó a Juana por el codo y la obligó a acompañarla. Robert hubo de esforzarse por alcanzarlas. Se unió a ellas y,

con Juana en el centro, como si fuese escoltada, los tres se dispusieron a disfrutar de la fiesta.

—No tengo intención de escaparme —se quejó una divertida Juana.

Se toparon con un desconocido que llevaba un antifaz negro bordado en hilo de oro, quien se detuvo ante Ana como frenado por la visión de algo digno de mención. Su acción obligó a los tres a hacer lo mismo. Se notaba que iba ligeramente ebrio.

—¿Duquesa de Aranguren? —dijo el hombre sin estar muy seguro.

Ana del Cerro escrutó al desconocido.

—Me temo que me confundís con otra —se disculpó de modo precipitado.

Sin añadir nada más, apretó con fuerza el brazo de Juana y tiró de ella con ímpetu. Robert se vio obligado a acelerar el paso para seguir su ritmo.

El desconocido se subió la máscara.

—Soy yo. El señor de Bramante. Nos conocimos en Verona. —La lengua le patinaba lo justo para que su última palabra apenas fuese reconocible.

—No os conozco de nada —repuso Ana sin ni siquiera molestarse en mirarlo.

Ana aceleró el paso aún más obligando a sus dos amigos a hacer lo mismo. Dejaron atrás al hombre del antifaz.

—¿No lo conocías? —inquirió Juana.

—¡Oh, no! Lo conocía perfectamente, pero Dios me libre de repetir amantes torpes y borrachos habiendo tantos errores nuevos por cometer.

Robert prorrumpió en una carcajada.

La pareja de mujeres y el marchante buscaron refugio en un grupito de personas que charlaban animadamente en un rincón. Todos llevaban una copa en la mano y la Vedova no quiso ser menos. Reclamó la atención de uno de los camareros y se hizo con tres copas de vino.

Uno de los presentes se volvió hacia los recién llegados y saludó con un movimiento de cabeza. Era alto y llevaba

un disfraz caro y elegante en tonos verdosos. El resto de los presentes no le iba a la zaga. Juana se sintió intimidada con su discreta capa y modesta máscara.

—Hablábamos de la peste —dijo el hombre alto como invitando a participar de la conversación.

Ana del Cerro fingió un escalofrío.

—¡Por Dios! ¡Menudo tema para una velada festiva!

Uno de los presentes miró a la viuda con indignación.

—Sabed que tarde o temprano habrá que hablar de ello —exclamó como si Ana tuviese la culpa de algo. Llevaba una sencilla mascara negra que le daba un aspecto austero —. En Milán lleva meses dejando muertos por todas partes, y es solo cuestión de tiempo que llegue a Venecia.

—Eso no pasará en la Serenísima —dictaminó otro de los presentes balanceándose sobre la puntera de sus zapatos. Llevaba un antifaz blanco con una enorme pluma del mismo color—. Venecia lleva siglos sufriendo y combatiendo esa horrible lacra. Os aseguro que no hay ciudad más preparada para evitarla que esta. Desde hace semanas todo barco que llegue de Oriente o de Occidente ha de pasar una cuarentena obligatoria, más exhaustiva que de costumbre, antes de entrar en la ciudad.

Tras escuchar a aquel hombre, Juana no habría sabido dictaminar si la seguridad con la que se expresaba era porque conocía el tema de primera mano o simplemente era un gobernante que alardeaba de su gestión.

—¡Esas medidas no sirven de nada si se relajan cuando se acercan los carnavales! —rugió el de la máscara negra—. Sabed que ya hay enfermos en Treviso. La enfermedad no tardará en llegar a Venecia.

Un murmullo de horror y sorpresa se extendió entre los asistentes.

—¿Estáis seguro de eso? —inquirió la única mujer presente, aparte de Ana y Juana.

—Totalmente. De momento, son pocos casos, aunque suficientes para que se extienda por toda la región en unas semanas. Deberían haberse suprimido los carnavales este año y mandar encerrar a toda la gente en sus casas. Es el

único modo de contener esa enfermedad.

El tono funesto de su discurso recibió una gélida respuesta por parte de los oyentes. Especialmente del hombre de la pluma y el antifaz blanco. Soltó una risita para dejar claro que aquella propuesta le parecía una necedad.

—Lo que proponéis es una locura, además de una irresponsabilidad —dijo buscando con la mirada el apoyo de los presentes—. ¡Prohibir los carnavales es impensable! ¿Y qué si hay algún caso en *terra ferma*? Toda Venecia trabaja para que estos días sean los más destacados del calendario. Clausurar las fiestas sería insultar su esfuerzo. Y no nos olvidemos de las tabernas, las posadas o los figones. O de los *mascherai*. ¿Vamos a privarles de una fuente de ingresos por unos cuantos casos a leguas de aquí? Los carnavales son el alma de Venecia. ¡Prohibirlos sería prohibir que Venecia fuese lo que es!

Ahora sí que Juana estaba convencida de que aquel hombre era un gobernante de la ciudad. Su forma de hablar, como si todo cuanto se necesitaba para arreglar cualquier asunto fuese simplemente soltar un discurso, no dejaba resquicio a la duda.

No obstante, el hombre de la máscara negra no se dio por vencido.

—Podéis burlaros cuanto queráis. La peste es una amenaza real y tarde o temprano nos enfrentaremos a ella.

—¿Y por qué no estáis vos en vuestra casa en lugar de estar en esta fiesta? —inquirió Ana participando de la conversación.

La atención del grupo basculó de la Vedova al hombre de la máscara negra. Este dudó unos segundos antes de responder.

—De algo hay que morir —acertó a decir tras varios titubeos.

—He aquí la naturaleza llena de contrasentidos del ser humano en todo su esplendor —exclamó Robert alzando su copa para brindar por aquello.

El comentario despertó la sonrisa de los presentes,

además de un alboroto que creaba una gran confusión.

Ana decidió que aquella muestra de falta de coherencia era suficiente. Se excusó con un leve movimiento de cabeza y tiró del brazo de Juana y de Robert.

A pesar de la seriedad del tema, Juana asistía divertida a la escena y le costó despegarse del grupo. Recordaba con claridad el temor expresado por Velázquez a que la peste llegara a Venecia.

—No te preocupes, querida —le indicó Ana con malicia —. Te falta experiencia en estas lides. Confía en mí: hay muchos más necios a los que fingir atender en esta fiesta para quedarnos toda la velada con el primer grupo de ellos que nos topemos.

Juana se admiraba de los comentarios ácidos y cargados de cinismo de su amiga. Le maravillaba a la par que le horrorizaba el carácter insolente de Ana. La Vedova llevaba toda la vida siendo quien era sin molestarse en disimular. Se preguntó si alguna vez sería todo lo libre que la viuda era para decir siempre lo que pensaba sin importarle los demás. Estaba dando sus primeros pasos para recuperar su libertad. Eso la hacía sentirse orgullosa de sí misma, un placer del que no disfrutaba desde hacía mucho. Perder el miedo a Wilhem era la primera gran montaña que coronaba para escapar de aquel maldito matrimonio, y de no ser por Jan, se habría atrevido a más.

La idea de huir con su hijo se le pasaba por la cabeza día sí y día también. Una idea que Ana aplaudía sin reservas y la animaba a llevar a cabo. Pero ella no acababa de decidirse a dar el paso definitivo. Viviría el resto de sus vidas con miedo a que Wilhem los encontrara. Si se iba de casa, si lo exponía a la humillación de ser abandonado, el de Bruselas haría todo lo posible por arruinarle la vida. Rebuscaría hasta en el mismísimo infierno para dar con ella. Y, si los encontraba, no volvería a ver a su hijo jamás.

Además, desde el accidente del niño, Wilhem pasaba tanto tiempo con Jan que ella apenas lo había visto a solas. Su influencia sobre el crío, ya de por sí notable, era ahora más grande que nunca. Así, no las tenía todas consigo de

poder convencer a Jan para que huyese con ella, ni siquiera con engaños.

Y desde luego, la idea de huir sola era inadmisible.

Había luchado, llorado y sangrado por traer a Jan al mundo y lo amaba, a pesar de que a menudo se comportaba como un pequeño déspota. La idea de dejar que Wilhem se encargase de su educación la ponía enferma. ¿En qué clase de monstruo se convertiría bajo la influencia constante de su padre?

Ana no entendía aquellas razones y no paraba de recriminarle su comportamiento. En su opinión, un hijo y una madre eran dos seres independientes y el amor entre ellos debía surgir del respeto y del cariño, no de la sangre que compartían.

—Ese niño es una causa perdida. Cada día se parece más y más a Wilhem —le soltaba una y otra vez.

Más comedido se mostraba Robert, quien, si bien también la animaba concluir con aquel matrimonio, sabía por propia experiencia que uno no podía ser siempre quien quería ni hacer siempre lo que deseaba. En su opinión, se debía saber cuándo tensar la cuerda y cuándo soltarla. Aguardar a la mejor oportunidad era siempre su consejo.

Su apoyo incondicional era imprescindible para Juana. El marchante no solo le proporcionaba una fuente de ingresos que le ayudaría cuando estuviese lista para dar el paso de dejar a Wilhem, era además su amigo y confidente.

Aquellos pensamientos sombríos se reflejaban en su expresión grave. Desde hacía un rato tenía los hombros hundidos y su mirada deambulaba por el suelo sin atender a nada en concreto. Robert la cogió del brazo y la obligó a alzar la cabeza.

—Esta noche nada de Wilhem ni de Jan ni de preocupaciones —le dijo con afecto—. Son nuestros primeros carnavales juntos y nuestra obligación hoy es divertirnos.

Ana del Cerro se sumó a la complicidad de la pareja.

—Y eso no va a suceder en esta aburrida fiesta. Vayamos a un lugar donde los carnavales se viven de

verdad.

Al poco, abandonaban la casa del embajador español y salían a las calles de Venecia. Al encuentro de la alegría y el jolgorio que inundaban la Serenísima República.

No tardaron en toparse con otra fiesta. En una plazuela de la Santa Croce, el gentío se apiñaba en torno a un improvisado escenario donde se representaba una pieza cómica que hacía las delicias de los presentes. Aquella era una actividad muy popular durante los carnavales, y era habitual que grupos de comediantes aprovechasen esos días para ganar unas monedas con obritas de corta duración. Eso permitía realizar varias representaciones al día y, por lo tanto, pasar el gorro más veces. Las piezas podían parecer inofensivas a simple vista, pero solían ser ácidas críticas al gobierno de la ciudad o a la Iglesia. Aunque, por lo general, el tono nunca era demasiado agrio, podían llegar a ser muy cáusticas.

Aunque en el texto de la representación se mezclaba el véneto con el italiano, Juana adivinó el carácter sarcástico de la obra y rio como el resto de los presentes cuando una caricatura del dux coronado con orejas de burro salió a escena. El señor de Venecia se quejaba entre los abucheos y carcajadas de los romanos de Bizancio por su expansión por el Mediterráneo, y los acusaba de todos los males de la República.

Allí, en medio de la muchedumbre de un país que no era el suyo, la joven sintió nostalgia. Recordó las representaciones teatrales a las que asistía con su padre de niña. Rememoró con cariño los autos que se llevaban a cabo sobre improvisados escenarios, que eran carromatos, en cada plaza durante el Corpus, y las obras cómicas a las que asistían padre e hija en el corral de comedias.

Concluido el espectáculo, uno de los actores solicitó la colaboración de los presentes y procedió a pasar el gorro antes de que los espectadores escurrieran el bulto. Para evitar la estampida, algunos actores tomaban instrumentos musicales y animaban con alegre música el tiempo entre las funciones.

Tocaban con energía y una enorme sonrisa se dibujaba en sus rostros maquillados al hacerlo. Estaban muy lejos del comedimiento del cuarteto que amenizaba la fiesta del embajador. La pasión que ponían y las piezas populares que atacaban pronto hicieron que la gente se lanzara a bailar sin complejos en medio de la plaza.

Sin poder hacer nada por remediarlo, Juana se vio inmersa en una corriente humana que la zarandeaba de aquí para allá. Pese a ello, no sentía ningún temor. Iba del brazo de un desconocido al de otro, y de este al de una mujer, lo mismo daba. Al poco estaba bailando y riendo con ellos, como si los conociera de toda la vida. La muchedumbre danzaba a su alrededor y la hacía sentir alegre y, sobre todo, libre.

Resultaba curioso estar rodeada de tanta gente que ocultaba su identidad bajo un disfraz. Podía estar delante de cualquier persona, incluso de alguien conocido, y no saberlo. Aquello era tan divertido como liberador. Empezaba a entender el significado de aquellas fiestas y por qué durante ellas todo parecía posible.

De sopetón, uno de los desconocidos la tomó por el talle y la apartó del gentío. Juana tuvo el tiempo justo para ver que llevaba una máscara blanca decorada con arabescos en color oro que ocultaba por completo su rostro. El jubón negro con una enorme gorguera y grandes botones rojos, y el cabello recogido en una coleta le daban un aire misterioso y seductor.

Los músicos cambiaron de pieza y atacaron una más enérgica y frenética. El desconocido puso sus descaradas manos en la cintura de Juana y comenzó a guiar sus pasos. Al contrario que la joven, parecía conocer aquel baile a la perfección y se movía con gracia y experimentada pericia.

—¿Sabéis bailar esto? —inquirió. Juana negó al tiempo que sentía como familiar aquella voz—. Se llama *la volta*. Es un baile que escandalizó al resto de cortes europeas el siglo pasado. Tanto que acabaron prohibiéndolo. Solo en Italia se sigue bailando. Lo veían un tanto impúdico para sus rígidos gustos.

Juana entendió el motivo cuando una de las manos del hombre se deslizó por debajo del corsé mientras la otra se aferraba a su cintura con firmeza.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —le reprendió, aunque sin demasiada convicción.

—Enseñaros a bailar *la volta*.

De improviso notó el muslo de él golpear el suyo al tiempo que sus brazos la elevaron del suelo, mientras giraba sobre sí. Soltó un gritito fruto de la sorpresa. Aquel movimiento se repitió, obligando a Juana a hacer lo mismo sin dejar de brincar. Entendió por qué aquella danza se llamaba *la volta*, se debía a las numerosas vueltas que la pareja daba una y otra vez.

El esfuerzo físico la hacía sudar y sentía la cara arder bajo la máscara y la ropa pegada a su piel. Una sensación sensual y placentera que la transportaba a otro lugar.

La pieza fue intensificando su ritmo hasta concluir en una suerte de paroxismo que dejaba a los participantes jadeantes y extenuados. Una vez concluida, la improvisada orquesta anunció que en breve se llevaría a cabo una nueva representación teatral y se despidió para prepararse para la misma.

El desconocido la guio hasta un cercano puesto de comida.

—Tomad, tenéis que reponer fuerzas —dijo tendiéndole un jarro de vino. Juana bebió con avidez. Se sentía sedienta tras el ejercicio físico. Después, el desconocido compró media docena de una especie de buñuelos, con pinta de estar deliciosos, y se alejaron del tenderete—. Se llaman *frittole*. Es un dulce típico de los carnavales de Venecia —explicó mientras él mismo devoraba uno con avidez.

Juana hubo de admitir que su aspecto delicioso hacía justicia a su sabor. La media docena de dulces desapareció en un suspiro. El pastelero que los elaboraba continuó amasándolos en las enormes mesas que se usaban para tal fin, y tras freírlos y espolvorear abundante azúcar sobre ellos, los fue colocando en unos platos bellamente

decorados donde la gente los adquiría.

Juana observó de reojo a su acompañante. Cada vez estaba más convencida de que bajo aquella máscara se ocultaba alguien a quien conocía, y empezaba a creer que sabía de quién se trataba. Se sentía extrañamente bien en su compañía, tanto que había olvidado a sus amigos. Imaginó que Robert y Ana estarían buscándola. Se detuvo e hizo una sentida reverencia a modo de agradecimiento.

—O agradezco el vino, los *frittole* y la lección de baile, pero mis amigos estarán preocupados por mi ausencia.

—En carnavales todo el mundo desaparece en la noche con un desconocido, tarde o temprano.

Juana sonrió. Ahora sí que estaba convencida de saber frente a quién se hallaba.

—Quizás el año que viene, señor Romano —dijo antes de alejarse.

—Ya estoy contando los días que restan.

Juana hubo de aguantarse la sonrisa que pugnaba con aparecer en sus labios.

Echó a andar. Cuando hubo caminado unos pasos no pudo reprimir el impulso de girarse y mirar a su espalda. Andrea ya no estaba allí. Sin saber muy bien por qué, una punzada de decepción se le prendió en el pecho. ¿Qué otra cosa esperaba? Al aprendiz no le costaría nada encontrar una sustituta para esa noche. Se quitó la máscara para que el fresco de la noche la aliviara del calor que sentía.

—Así que aquí estás. Creía que los dos me habíais abandonado —escuchó a su espalda.

Se dio la vuelta y se topó con Ana. La Vedova estaba sola y su rostro reflejaba un aire sombrío.

—¿Y Robert?

Ana se encogió de hombros.

—Me ha sustituido por el primero que le ha reído las gracias. Igual que tú. Te he visto bailar *la volta* de la mano de un misterioso joven. —Juana notó que el rubor cubría sus mejillas—. No te sonrojes, querida. De hecho, admito que me decepciona que hayas vuelto. En carnavales todo está permitido.

—Entonces te digo lo mismo que he dicho a mi acompañante: quizás el año que viene —dijo colocándose de nuevo la máscara.

Ana del Cerro emitió un profundo suspiro mientras acariciaba el cabello de su amiga de modo maternal.

—Ni aun siendo joven y hermosa como tú eres deberías permitirte desperdiciar una sola noche de amor. Un día descubrirás que los besos y las caricias de un amante son tan necesarios como el respirar y que cuando se van, rara vez vuelven.

El amanecer estaba cercano cuando Juana llegó frente a la puerta de su alcoba. Los ecos de la fiesta aún resonaban en la ciudad y al otro lado de la ventana se escuchaban los gritos y canciones de los que todavía se resistían a despedir la noche. Otros buscaban la complicidad de la oscuridad para no sentirse solos.

Mientras seguía los pasos del portalamparillas, tras pagar unas monedas para que iluminara su regreso a casa, Juana había intuido sombras ocultas en callejones y gemidos ahogados. Ciertamente, el carnaval alimentaba el deseo de la carne más que ninguna otra fiesta en el mundo. El vino, el anonimato y la sensación de que una vez al año se podía dar rienda suelta a todo lo que se ansiaba obraban el milagro. En Venecia, un viejo chiste decía que los orfanatos de la ciudad no daban abasto nueve meses después de los carnavales.

Entró en su habitación y dejó la lamparilla que llevaba para alumbrarse sobre el arcón. Se sentía cansada. Le dolían los pies y estaba ligeramente achispada debido al vino. Aun así, se alegraba de haberse sumergido en la vorágine de la fiesta. Durante unas horas había olvidado por completo sus problemas y el futuro complicado que tenía frente a sí. Pero, sobre todo, se había sentido viva y libre.

Se quitó los zapatos, que arrojó bien lejos de una fuerte patada, y soltó un bufido de placer. Librarse de la tortura que suponía llevarlos puestos tantas horas seguidas era un

verdadero alivio. Al contrario que la obra prima que solía calzar Ana del Cerro, eran un simple par picado de baja calidad. Wilhem nunca permitiría que se gastase su dinero en algo como zapatos, pese a que él solía llevar los mejores modelos de cordobán disponibles.

Pensaba dormir hasta el mediodía de un tirón. Se disponía a sacarse la capa y la máscara cuando unos tímidos golpes en la puerta la sobresaltaron.

Con paso trémulo se acercó a esta y habló con cautela a una cuarta de la madera.

—¿Quién va?

Solo respondió el silencio.

Entreabrió con cuidado y se topó con el desconocido con quien había bailado horas antes. Su presencia le hizo esbozar una sonrisa.

—¿Vos? ¡Y solo! —saludó con fingido desinterés. Dejó el espacio justo para asomar su cabeza a través de la puerta —. ¿No habéis tenido suerte esta noche?

Andrea también sonrió bajo su máscara.

—La suerte es de quien la persigue, y creo que yo acabo de dar con ella.

Tal seguridad en alguien tan joven siempre la sorprendía. De todos modos, Juana no estaba dispuesta a ceder con facilidad.

—Sin duda, sois el mayor presuntuoso que he conocido. Solo alguien tan pagado de sí mismo como vos se atrevería a llamar a la puerta de la alcoba de una mujer casada a estas horas. ¿Esperáis mejorar de ese modo tan burdo una noche que no os ha sido propicia?

—Siento decepcionaros. Me temo que he regresado aquí en cuanto os habéis ido.

—Si con ello pretendéis halagarme, os equivocáis. Habéis perdido vuestra noche para nada.

—Solo he venido a deciros que ha sido muy grato coincidir con vos. Me habéis reconocido, a pesar de mi disfraz, y aun así habéis bailado y compartido unos *frittole* conmigo. Doy por bien empleada mi noche.

El tono de voz de Andrea era distinto. Se mostraba

afectuoso e incluso Juana detectó cierta humildad en él. Por supuesto, era todo parte del juego que tan bien sabía jugar. El aprendiz era un experto en esas lides, eso era algo que no olvidaba. Aunque debía reconocer que era agradable tenerlo ante la puerta de su alcoba. Se obligó a dejar de pensar de ese modo. El vino era el culpable de esos pensamientos. Era muy fácil fantasear con ciertas cosas cuando corría por las venas.

—Para mí también ha sido agradable —dijo—. Bailáis con estilo y gracia, lo admito.

Andrea esbozó una reverencia para dar las gracias por el halago. Dio un paso hacia delante y apoyó las dos manos a ambos lados de la puerta. Ahora su rostro estaba a un palmo de Juana, quien pese a todo no se apartó.

—Quería deciros que lamento que Wilhem destruyera vuestro trabajo. —El semblante de Juana se tornó sombrío —. No tenía ningún derecho a hacerlo. No he tenido oportunidad de decíroslo antes.

—Os lo agradezco —dijo Juana con total sinceridad.

Andrea rebuscó entre sus ropas y extrajo un papel que le tendió. Estaba ajado y manchado por varios sitios.

—¿Qué es esto?

—Lo tenía el aprendiz del zapatero de la esquina. Lo recogió del canal cuando vuestro esposo lo lanzó allí. Logré que me lo devolviera. Es justo que regrese con su autora.

Juana observó maravillada que tenía ante sí uno de sus bocetos. Uno de los tantos que Wilhem había lanzado por la ventana durante su ataque de furia. Estaba tan estropeado que a duras penas se adivinaba el dibujo. El agua había hecho que el carboncillo se difuminase y el boceto se convirtiese en una mancha borrosa. Aun con todo, lo reconoció. Era suyo. Y Andrea se lo había devuelto.

De improviso abrió la puerta de par en par, se arrancó la máscara, que lanzó al interior de la alcoba, y se arrojó en los brazos de él. Se deshizo con la misma premura de la máscara de Andrea y lo miró con deseo antes de saltarle a la boca. Lo besó con tantas ganas que Andrea soltó un gemido de sorpresa. Una vez pasado el asombro inicial,

respondió al beso con la misma intensidad. La tomó por la cintura y la empujó hacia el interior de la habitación.

—¡Esperad! ¡Parad! No podemos. ¿Qué sucede con Wilhem? —lo detuvo Juana. Aunque le costaba separarse de aquellos labios, tenía bien presente que no podía permitirse un descuido así.

—No os preocupéis por él. Vuestro esposo pasará la noche en un burdel del Dorsoduro. Él y unos amigos han contratado el lugar para toda la noche y el día.

Sus bocas se juntaron de nuevo, pero Juana no entró en la alcoba.

Se apartó de la puerta y tomó a Andrea de la mano.

—Aquí no —dijo mientras tiraba de él—. Subamos al ático.

Una vez arriba volvieron a besarse con ganas acumuladas. Los labios de él acallaron las dudas de ella, y se desnudó de cintura para arriba. No hubo rastro de pudor en sus movimientos. Se quedó con tan solo la falda y lo atrajo hasta el ventanal. Una banda purpura se asomaba en levante y la penumbra de la noche dejaba paso a la claridad.

Andrea se colocó a su espalda y la rodeó con los brazos. La besó en el cuello y en la nuca. Sus manos se deslizaron por su cintura y bordearon con habilidad sus caderas, camino de los muslos y después de la entrepierna. Juana gimió al recibir los dedos cálidos y expertos recorrer su humedad. Pese al temblor que sentía en su pecho resolvió dejarse llevar. Debía averiguar adónde llevaba aquel camino que se abría ante ella. Y lo hizo.

Cada caricia, cada movimiento parecía estar calculado y tener como único objetivo hacerla flotar, llevarla lejos. Arrancaban gemidos de lugares tan profundos de su ser que ni siquiera sabía que existían. El hormigueo que había brotado en el estómago se intensificó y ahora recorría todo su cuerpo en oleadas que la sumergieron en un océano de placer hasta entonces desconocido.

Lágrimas de felicidad y también de sorpresa se agolparon en sus ojos. Andrea la obligó a volverse y posó

sus labios en ellas. Las secó con un beso.

Después le miró con fijeza y le hizo saber que estaba preparada. La tomó por la cintura y la empujó contra el ventanal. Entró en ella con pericia y mientras el sol hacía brillar las aguas de la laguna, él le hizo volar por segunda vez.

Cuando Andrea se derramó, se tendieron en el suelo, sobre la capa de ella, y se abrazaron.

VIII

Coincidiendo con que las ausencias de Wilhem eran cada vez más frecuentes, las visitas al ático se hicieron una costumbre. Aprovechaban cada oportunidad de la que disponían para amarse. Instalaron un pequeño y desvencijado catre en el ático, que se convirtió así en su nido de amor. Se amaban, reían y hasta en ocasiones incluso comían y bebían en él.

Juana aprendió a dejarse llevar y también a conocer lo que los hombres deseaban. Eran tantos años desaprovechados que se convirtió bien pronto en una alumna ansiosa y aplicada. La curiosidad le daba alas, hasta el punto de que traspasar ciertos límites que se le antojaban naturales formaba parte del juego. Pasaba horas recorriendo cada palmo del cuerpo de Andrea, una anatomía que le resultaba nueva y excitante. Hollando cada recoveco y pliegue del cuerpo masculino. Cuando era el turno de que su piel fuese el territorio que explorar, la experiencia de Andrea y la sensación de libertad que sentía la llevaban a lugares tan placenteros que nunca había siquiera imaginado que existieran. Andrea era un amante generoso e inteligente. Pedía lo que daba y cumplía lo que prometía.

Aprendió a escuchar y pedir en una cama, y también que amar podía ser, en ocasiones, una cuestión de horas. Todo dependía de la intensidad con la que se pretendiese detener el tiempo y de la fuerza del deseo.

Con el transcurrir de los días, su relación fue dejando de ser meramente física para alcanzar un estado más íntimo. Pasaban horas tendidos sobre el jergón, con las manos entrelazadas y el deseo saciado. Hablando sin parar.

Así había aprendido que, a pesar de su carácter frívolo, Andrea albergaba sueños que pasaban por establecerse en algún momento en su propio taller como miembro del gremio de pintores. Provenía de una familia pobre y se había visto obligado a vivir en la calle desde niño, hasta que su talento para el dibujo le hizo recalar en un taller donde comenzó a aprender el oficio. No se consideraba a sí mismo un gran maestro, aunque creía tener talento suficiente para ganarse la vida. Juana acabó por reconocer que su vida y el carácter que esta había forjado en él hacían de Andrea el protagonista perfecto de uno de esos libros de pícaros que tanto éxito tenían en España.

Ella correspondía a tal complicidad desnudando su alma muy poco. Lo justo para sentirse bien durante esas charlas, y siendo a la vez lo bastante reservada para no arrepentirse de sincerarse con alguien a quien tarde o temprano debería decir adiós.

Porque, pese a la comodidad que sentía al lado del aprendiz, Juana no se engañaba. Sabía que aquella relación estaba basada únicamente en la necesidad de sentirse querida y respetada, algo que no había hallado en su matrimonio. Pero, aquella aventura estaba abocada a desaparecer.

Estar en los brazos de Andrea, además de proporcionarle un goce que había desconocido hasta entonces, le permitía alejarse de sus problemas y sentirse como una mujer plena. Nada más. Nunca llegaría a amar a alguien como Andrea. Ni sería amada por él. No podía permitirse semejante error.

Una vez aceptadas las condiciones tácitas de aquella relación, desaparecían las posibilidades de malentendidos. Se amaban con la fuerza de una tormenta que descarga con rabia y después se aleja. Eso era todo, y estaba bien siempre que ambos lo tuviesen presente.

En ese aspecto tenía que agradecer que Andrea nunca hubiese intentado confundirla con palabras que se pudiesen malinterpretar.

Y así había sido hasta la víspera.

Esa noche, Andrea había dicho algo que no se le iba de la cabeza.

Estaban tendidos en el viejo catre del ático, satisfechos y desnudos. En el exterior, el viento azotaba con fuerza los ventanales y caía una ligera aguanieve.

—Creo que no es infrecuente que nieve en Venecia —dijo Andrea mirando distraído al otro lado de los cristales de ciba.

—No puede nevar a tan baja altitud. Estamos al nivel del mar —negó Juana.

—Según tengo oído, sucede cada mucho tiempo. ¿Quién dice que no pueda ser precisamente este año? Después de carnavales el tiempo ha sido cada vez más frío y húmedo.

Juana cerró los ojos y trató de imaginar la imagen desde el ático con la ciudad cubierta por la nieve.

—Pensar en Venecia bajo un manto blanco me eriza el vello. No puedo imaginar nada más hermoso —replicó Juana ensoñadora.

Andrea se puso de medio lado y la rodeó con sus brazos.

—¿Acaso no te he erizado yo el vello lo bastante ya?

Juana soltó una risita a medio camino entre la vergüenza y el descaro, al tiempo que Andrea la besaba en el cuello. El sabor de la piel salada por el sudor despertó el deseo del aprendiz. La besó en la boca y trató de colocarse sobre ella. Sus manos se deslizaron hacia las caderas y basculó su peso hacia el cuerpo de su amante. No obstante, no pudo llevar a cabo lo que planeaba. Juana se escurrió de su lado, se incorporó en la cama y señaló el ventanal, como una niña que ve un espectáculo asombroso.

—¡Tienes razón! ¡Está nevando! —dijo sin poder reprimir una sonrisa.

Se puso en pie y tras cubrirse con la capa trotó descalza hasta el ventanal. Esa noche no tenía que preocuparse de que Jan pudiese escuchar los ruidos del ático. Hacía tres días que el niño y Wilhem estaban de viaje camino de Milán, donde el pintor iba a entregar una nueva serie de

tablas falsas. El galeno aún no permitía al niño salir de la cama, y un viaje de aquellas características no era lo mejor para su rodilla; no obstante, no calló hasta lograr acompañar a su padre. Juana ni se molestó en dar su opinión. Desde el accidente, él y Wilhem formaban un frente común que la ignoraba por sistema. De no ser por Andrea, aquel palacio le resultaría la más oscura cárcel del mundo. Peor incluso que la prisión de Piombi, donde bajo tierra se pudrían los peores criminales de la Serenísima República.

La nieve caía mansa y silenciosa en la oscuridad. Frágiles copos se quedaban adheridos al cristal y se deslizaban hasta evaporarse. Juana siguió con su índice el reguero acuoso que dejaban tras de sí. Pegó el rostro al helado ventanal y exhaló aire para que se formara una película de vaho en el mismo. Usó la yema de su índice para trazar un círculo en él. Le encantaba hacer eso cuando era una niña en Valladolid.

Cayó en la cuenta de que no había vuelto a ver nevar desde que dejara su ciudad natal. Ese pensamiento hizo que la tristeza que llevaba siempre sujeta al pecho diera un brinco. Como si adivinara la dirección que estaban tomando sus pensamientos, Andrea llegó por detrás y la abrazó con ternura.

—Ciertamente, es una vista hermosa —dijo tras pegarse más a ella y meter sus manos bajo la capa.

Juana notó su virilidad pugnando contra su cadera y sonrió para sí. Desde que otras lides la ocupaban en el ático, sonreía con más frecuencia.

—¿Te refieres a Venecia bajo la nieve o a algo más cercano? —preguntó insinuante.

Esta vez fue Andrea quien no pudo evitar que una sonrisa acudiese a sus labios. Ocupados hasta entonces en la piel de Juana, los separó de esta para replicar:

—Ambas son hermosas, pero tú eres mucho menos gélida —dijo apretándola más contra su cuerpo.

Regresaron al viejo catre y se amaron hasta que el sol pugnó por hacer brotar sus rayos al otro lado de la laguna.

Dado que no debían preocuparse por Wilhem, esos días pasaban buena parte de la mañana enredados entre las sábanas. Estaban cubiertos a medias por una manta que los protegía del frío del ático. Fuera, la nieve ya no caía y un manto de blanco virginal se extendía sobre los tejados, creando una infrecuente estampa invernal de la ciudad.

Juana garabateaba distraída sobre un amarillento papel. El perfil nevado de Venecia surgía de sus experimentadas manos. Algún día quizá pintaría aquella vista blanca de la ciudad y quería dejar constancia de ella, aunque fuese con cuatro trazos bosquejados a carboncillo. Usaba una almohada que descansaba directamente sobre la pared para apoyarse, y una tabla para mantener el pergamino firmemente aposentado sobre su regazo.

Andrea estaba tumbado de medio lado junto a ella. Reposando sobre el codo, su cabeza quedaba a la altura justa de las caderas de Juana y tenía una vista que se le antojaba inmejorable. Toda la atención estaba puesta en los precisos movimientos de su amante.

La observó embelesado largo rato, al tiempo que pelaba con un pequeño puñal una manzana. Arrojó al suelo la monda que había sacado de una sola tira y dio un bocado a la fruta, que, aparte del cuerpo de su amante, era cuanto se había llevado a sus labios desde la cena. Habría dado su mano izquierda por manejar el carboncillo como ella.

—¿Dónde aprendiste a dibujar así?

Juana parpadeó incomoda y su mano se detuvo. Para responder a aquella pregunta debía hablarle de Valladolid, del taller de su padre, de las clases con Francisco. Y aquello era algo que no quería compartir con Andrea.

Se incorporó y se sopló los dedos para eliminar el exceso de carbón.

—Mi padre me enseñó —dijo de modo sucinto.

Andrea mordisqueó distraído la manzana antes de volver a la carga.

—¿En España? —Juana asintió. Sus labios se fruncieron en una fina línea de modo inconsciente. Aquel detalle no se le escapó al aprendiz, que suspiró

ruidosamente—. ¿Tú padre era pintor?

—Lo era. Me dio algunas clases siendo niña.

Pese a que estaba claro que Juana no tenía muchas ganas de hablar de aquello, Andrea persistió en sus preguntas.

—He visto lo que eres capaz de hacer con los pinceles. Eso no se aprende con unas pocas clases, por muy ducho que tu padre fuera. A fuerza tienes que haber tenido más formación que esa.

—También recibí alguna clase de un aprendiz de mi padre. Eso es todo —dijo concisamente.

Andrea mordió la manzana y negó con vehemencia con un movimiento de cabeza.

—No es posible que toda tu formación provenga de tu padre y su aprendiz. Has debido de asistir a alguna academia o algún otro maestro te ha dado lecciones.

—A las mujeres no nos está permitido formarnos en arte —replicó Juana de mala gana.

—Pero he visto el lienzo de los niños en el puente del Castello. Debes de haber estudiado largo tiempo la figura humana para pintar un cuerpo de un modo tan veraz. Sin duda, has trabajado con modelos para conocer la anatomía.

Juana soltó una risa irónica.

—¡Trabajar con modelos! A nosotras no nos está permitido ver un cuerpo desnudo. Eso sería indecoroso. ¿Es que no lo sabes? Aprendí a trabajar la figura humana con grabados y reparando en las personas. Fijándome en sus movimientos y en mi propio cuerpo para saber cómo se comportan los músculos.

El chico se la quedó mirando de hito en hito.

—Así pues, nunca has pintado un cuerpo desnudo para conocer cómo se comporta en una determinada posición.

—Nunca. En lo tocante a anatomía, debería aprender mucho más. Pero me temo que esa no es una opción viable.

Andrea se pellizcó el labio inferior de modo distraído. Una idea acababa de formarse en su mente.

—Tal vez yo te pueda ayudar en eso.

Se destapó y con un ágil salto se puso de pie sobre el

catre.

—Dibújame. Yo seré tu modelo.

Juana soltó una risita.

—¡Estás loco!

—¡Vamos! ¿Me quieres en una pose de dios griego o tendido como un Apolo? ¿Reposando sobre el lecho o tal vez como un sátiro lujurioso e inhiesto?

Cada una de las poses que Andrea relataba era representada con teatralidad posteriormente. A modo de atrezo, utilizaba el puñal y la manzana, dando cuenta de una fértil imaginación inventando nuevos usos para objetos tan comunes. Juana acabó por estallar en grandes carcajadas. Asintió finalmente. Se acercó al improvisado modelo y le dijo cómo colocarse.

—De acuerdo. Te dibujaré. Colócate como estabas antes, de medio lado, apoyado en el codo y con el puñal y la manzana fingiendo que comes de ella. Quizás algún día incluso seas un lienzo de verdad.

Con Andrea en la posición requerida por ella, Juana se puso manos a la obra.

Al principio no pudo evitar sentir una oleada de deseo ante una situación excitante y nueva, pero cuando se centró en el dibujo todo lo demás desapareció. Se sumió en la tarea y, al poco, tan solo se escuchaba el sonido del carboncillo rascando el papel. Andrea, no obstante, no aguantó mucho tiempo en silencio.

—Eres un misterio para mí. Ni siquiera sé en qué ciudad naciste —dijo. Quizás empezaba a aburrirse de estar fijo en una pose. Juana resolvió responderle para evitar que acabara por hastiarse y abandonara su postura.

—Nací en Valladolid. Una ciudad pequeña en el norte de Castilla. Cuando vine al mundo era capital del reino.

Andrea enarcó las cejas confuso.

—Creía que la capital de España era Madrid. ¿No está allí la corte?

Aquel dato era, con mucha probabilidad, el único que el joven conocía de España.

—No siempre. Antes lo fue Toledo y Valladolid en dos

ocasiones. La segunda, cuando yo nací. El duque de Lerma, valido de Felipe III por aquel entonces, decidió que sería buena idea comprar una buena porción de la ciudad, convencer al rey de que trasladara la corte a ella y hacerse rico vendiendo los terrenos después. Y no te muevas. Antes tenías el puñal en la mano izquierda y ahora lo tienes en la derecha. ¿Cómo quieres que tome un buen apunte si no paras quieto?

—Este puñal lleva conmigo muchos años y con nada me siento más seguro que con él en la mano con la que puedo usarlo correctamente —aseveró, aunque, obediente, se lo colocó en la mano en la que antes lo sostenía. Sus ojos reflejaban una honda curiosidad al tiempo que retomaba su pose—. ¿Y cómo regresó la corte a Madrid después?

—Compró los terrenos de Madrid, que para entonces valían muy poco, y volvió a convencer a Felipe III de que el lugar idóneo para la corte siempre había sido Madrid.

El aprendiz soltó una sonora carcajada.

—Un tipo interesante ese tal duque de Lerma. Si yo tuviera un talento como el suyo para los negocios, no tendría que preocuparme del dinero nunca más. Podría dedicarme solo a comer manzanas en la cama en tu compañía.

Juana lo miró con severidad.

—Era un simple ladrón. Un estafador que se sirvió de su posición para robar cuanto le fue posible. Salvó la vida solo porque en última instancia se hizo cardenal. Merecía haberse podrido en prisión hasta su muerte.

Andrea chasqueó la lengua para hacer notar que no estaba de acuerdo con aquella opinión.

—Digas lo que digas de él, un hombre que es capaz de manejar a un rey y usa su poder para que Roma lo libre de la cárcel merece mis respetos.

Juana no dejaba de pensar en el negocio fraudulento que se traían entre manos su esposo y Andrea. La última vez que había intentado sonsacar al joven, este se mostró inescrutable. Resolvió averiguar qué sucedería si ahora abordaba el asunto de modo directo.

—¿Para quién son las tablas en las que trabajáis Wilhem y tú?

Andrea se esforzó por aparentar que aquella pregunta le provocaba apatía. Se encogió de hombros, a la par que su semblante pugnaba por ser tan hermético como le era posible. Guardó silencio largo rato, hasta que tosió visiblemente incómodo.

—Para un comitente que no conozco.

—No me tomes por una necia —se quejó Juana apartando levemente los ojos del papel—. Sé que esas tablas son solo falsificaciones que tú y mi esposo vendéis a muy buen precio lejos de Italia.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Poco, pero si mi esposo y tú estáis metidos en un negocio turbio, y si la vida de mi hijo corre peligro, quiero saberlo.

Andrea aleteó la muñeca para desdeñar aquella idea.

—No hay ningún peligro, siempre que el trabajo esté entregado a tiempo.

—Aun así. Quiero saberlo.

—Si Wilhem supiera que te metes en estos asuntos no sé cómo reaccionaría.

—Estoy desnuda, compartiendo lecho con su aprendiz igualmente desnudo y al que estoy dibujando. Creo que esa línea la crucé hace tiempo.

El sonido del carboncillo rascando el papel se había detenido. Juana contemplaba con interés a su amante. Este esbozó una sonrisa sin una pizca de alegría antes de responder a la pregunta.

—El mercado del arte ha crecido en las últimas décadas. La demanda es alta y en ocasiones se pagan precios de locura por una obra. Eso hace que las falsificaciones sean necesarias. Todo el mundo quiere tener un Tiziano o un Rafael colgado en las paredes de su villa de recreo, pero ni Tiziano ni Rafael pintaron tantas obras ni la mayoría puede permitirse una tabla original. Falsificadores hay muchos, unos mejores y otros peores, y esta gente proporciona un servicio impecable. Pocos distinguirían una

copia suya del original. Operan por toda Europa, aunque principalmente en ciudades del este.

—¿Por qué? La demanda en Alemania o en Inglaterra es mayor.

—Al estar alejados de los centros artísticos de Italia, Francia o España es más fácil engañarlos con una obra falsa. Por supuesto, el precio al que se venden las copias es inferior al que marcaría un marchante o un taller. No mucho, ya que un precio muy bajo haría sospechar. El truco está en hacerles creer que los que están cometiendo la estafa son ellos. Que no se sientan culpables por ello. Solo ligeramente felices por ser más listos que los demás. Por lo general, los clientes no entienden de arte y tan solo buscan lucir una obra que les haga aparentar ser alguien. Estoy seguro de que, en muchas ocasiones, saben que están adquiriendo una falsificación, pero les compensa, siempre que sus amistades sepan menos que ellos de pintura y no diferencien entre una tabla original de Carpaccio y una falsa. —Andrea hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. Una vez el comprador ha desembolsado una generosa suma por asegurarse su obra maestra, encargan al taller adecuado la labor. Tienen para quienes trabajamos varios en distintas ciudades, por cuestión de localización o porque es más fácil para un pintor de una región concreta copiar el estilo de un maestro nacido en su misma ciudad. Ya sabes que no es lo mismo una pintura veneciana que una florentina o napolitana.

—Pero Wilhem es flamenco, no veneciano.

—Tu esposo lleva trabajando para esta gente desde hace meses. Antes de instalaros en Venecia. Ha colaborado desde que pisasteis suelo italiano con maestros que trabajan para esta organización, probando así su discreción y talento. —Juana se mordió la parte interior del carrillo. Si Wilhem hubiera usado ese talento para algo original en lugar de para falsificar obras y ganar un dinero fácil, las cosas serían muy distintas. Calló. Estaba interesada en el resto del relato—. La idea de instalarse en Venecia fue de ellos. Con la experiencia que posee, no le costó entrar en el

gremio de la ciudad y montar taller propio.

—Pero alguien debe de saber a qué se dedica en realidad.

—Wilhem no compite con el resto de los pintores de la ciudad y se limita a copiar obras de maestros antiguos que se venden fuera de la República. Así, nadie se mete en sus asuntos. Además, excepto los grandes maestros, que pueden contarse con los dedos de una mano, nadie sabe si un día el trabajo escaseará y se verán obligados a falsificar para ganarse la vida. Por supuesto, todo el mundo lo desprecia de cara a la galería y no lo verás frecuentando el gremio, pero dispone de una fuente de ingresos habitual y para el talento que posee lleva una buena vida.

—¿Y tú qué papel juegas en todo esto?

Andrea bajó los hombros para restarse importancia.

—Yo no soy nadie. Todo lo que sé lo aprendí de mi antiguo maestro, que murió unos meses antes de que os instalarais en Venecia. Yo iba a ser el destinado a sustituirle con los años. Su muerte repentina me convirtió en ayudante de Wilhem. Aunque, a decir verdad, sea yo quien se ocupa de aleccionar a tu esposo en el refinado arte de la estafa. No sé cómo será como artista, sin embargo, como falsificador dejaba mucho que desear antes de mi llegada. —Andrea se tomó su tiempo para proseguir. Sentir que su amante estaba al tanto de la realidad de lo que sucedía en el taller era un pequeño triunfo que quería degustar sin prisa—. Wilhem es quien se ocupa del dinero, así como de los encargos y los contactos. Cada cierto tiempo, recibe la lista de obras que hemos de copiar y una fecha y lugar donde realizar la entrega. Pero yo soy quien falsifica las tablas. El que da el toque final que hace que algo falso pase por auténtico. El que imita el pulso firme de Giorgione, la pincelada febril de Tiziano o el color desbocado de El Veronés.

—¿Y ese es el futuro que deseas para tu carrera? ¿Ser un vulgar falsificador?

Juana fue la primera sorprendida por la dureza que anidaba en sus palabras. A pesar de ellas, el rostro de Andrea no reflejaba emoción alguna. Definitivamente,

abandonó la posición que había adoptado para ser dibujado, depositó el puñal bajo la cama y se tendió con las manos entrelazadas en la nuca. Parecía surcar aguas muy lejanas a los reproches de su amante.

—No pienso ser siempre un falsificador —confesó cuando su mente regresó al presente—. Empiezo a tener edad suficiente para pensar en presentarme al examen de oficial e ingresar en el gremio de pintores, aunque Venecia es muy exigente en ese sentido, y yo no creo tener tanto talento. Mis maestros me aleccionaron bien para copiar la obra de otro artista, por lo que sé más bien poco de la verdadera labor de un pintor. Quizá me iría mejor en ciudades más pequeñas como Verona o Parma. Allí la competencia es menor y tendría más posibilidades. En cualquier caso, Wilhem no contará conmigo más allá de unos meses.

Aquella revelación hizo que Juana enarcase confusa las cejas.

—¿De qué estás hablando?

—Tu esposo es poco dado a compartir la gloria. Ahora que el dinero fluye y ha aprendido el oficio, no piensa seguir contando conmigo más allá de este verano. Si necesita a alguien contratará algún aprendiz sin experiencia al que pueda moldear a su gusto.

—¿Es seguro que te vas?

—Para el mes de agosto. Me lo dijo antes de partir para Milán.

Juana creyó entrever en las palabras del italiano que aguardaba un gesto por su parte. Por primera vez, era consciente de que su aventura con Andrea tenía fecha de finalización. Hasta entonces, aquella era una posibilidad que siempre estaba ahí y a la que no prestaba atención. Ahora era una realidad que, obcecada, marcaba el comienzo de una cuenta atrás.

Durante los largos segundos en los que ninguno de los dos amantes dijo nada, se esforzó por averiguar cómo se sentía ante aquella noticia. Un dolor, al pensar en perder la compañía de Andrea, palpitaba en su vientre. Ambos sabían

que, tarde o temprano, aquello tenía que acabar. Quizás era mejor ahora, que la rutina no había trepado a su lecho y todo era nuevo y excitante. Se habían usado y disfrutado el uno al otro, a falta de un verbo que definiera mejor su aventura, y ahora tocaba continuar adelante. Aun así, la sensación de que iba a añorar las caricias de Andrea era tan real como el deseo que despertaba en ella. Acarició con cariño el brazo de él, subiendo desde la muñeca al hombro.

—Echaré de menos el tacto de tu piel —dijo. Y era totalmente sincera.

El silencio que antecede a lo que es obvio y es mejor callar los envolvió a los dos. Juana arrojó al suelo el pergamino sin terminar de abocetar y se pegó al cuerpo desnudo de Andrea como si comenzara a apurar cada segundo de los que aún iban a disponer juntos.

La temperatura era más baja en el ático ahora que la realidad había hecho acto de presencia, y Juana se estremeció de frío y también un poco de soledad anticipada. Buscó el cobijo del cuerpo de Andrea y se abrazó con fuerza a él. La voz de este vaciló pegada a su oído:

—¿Por qué no vienes conmigo? —La frase fue tan inesperada que Juana no supo qué responder. Andrea la obligó a girarse, forzándola a mirarle—. Podemos establecernos en alguna de las ciudades que he mencionado. Incluso en Bolonia, si prefieres un ambiente más artístico. Deja a Wilhem y vayámonos juntos.

El corazón de Juana latió un par de veces mientras aquella idea no le sonó tan alocada como en realidad era. Tras ellos, recuperó el sentido común.

Miró con ternura a Andrea y su mano ascendió hasta su rostro. Acarició sus hermosos pómulos y su dedo perfiló los labios carnosos y que tan bien había llegado a conocer en tan poco tiempo.

—No puedo hacer eso. Tengo un hijo y, aunque no fuese así, tú acabarías aburrido de mí y buscarías en otras lo que ahora te doy.

El joven se irguió y la miró ofendido.

—¿Me tienes por alguien tan frívolo?

Juana lo vio por primera vez tal y cómo era. Pese a toda la seguridad que exhibía cuando se las daba de experto amante, bajo todas aquellas capas de maquillaje de perfecto seductor, era tan solo un crío. Un crío indefenso que ansiaba lo que no podía tener y se rebelaba contra la idea de perder lo que sabía estaba perdido de antemano. El cambio que observaba en él, lejos de alarmarla, le hizo sentir una enorme ternura.

Habría querido tenerlo dentro en esos momentos, y si no lo hizo fue porque se obligó a ello. No quería alimentar una necesidad que nunca podría cubrir. Por el contrario, se armó de firmeza y templó la voz para sonar convincente.

—Los dos sabemos que no podemos hacer lo que dices. Soy una mujer casada. No puedo simplemente fugarme contigo.

Andrea negó con la cabeza.

—No digas eso. Wilhem no solo no te ama, sino que te trata con desprecio. Conmigo serías feliz.

—He de ser feliz conmigo misma, Andrea. De otro modo nunca podré serlo con nadie —le corrigió Juana.

Andrea no era de la misma opinión.

—No voy a renunciar a ti. —Se detuvo y titubeó antes de proseguir. Incluso Juana notó que un ligero rubor cubría sus mejillas—. Creo que en estas semanas he llegado a amarte.

Esta vez Juana lo atrajo hacia sí y lo abrazó con fuerza. Para evitar que añadiera algo más y, sobre todo, porque no estaba segura de que no fuese ella quien dijese algo de lo que se arrepentiría.

—Lamento decir que te lo dije, pero te lo dije. Ya sabes: quien con niños se acuesta, mojado se levanta —exclamó Robert.

Solo el marchante sabía de su aventura con Andrea. Solo a él Juana se había atrevido a confesársela. Le daba una vergüenza enorme y ni siquiera Ana estaba al tanto de

ella. Ya podía imaginar los celos y los reproches de la viuda cuando se enterase de que le mantenía al margen. Algo que tarde o temprano iba suceder.

Él y Juana estaban en el sótano del palacio del marchante. Aquella misma mañana habían recibido una enorme y sellada caja que contenía lienzos procedentes de las Provincias Unidas y Flandes, y se disponían a desembalarla con el cuidado que merecía.

—¿Qué debo hacer respecto a Andrea?

Robert relajó la fuerza que imprimía a la barra con la que forzaba la tapa del cajón y enarcó las cejas, dándole el aspecto de un interrogante descomunal.

—¿Me preguntas a mí? De los dos, yo soy el experto en meterse en camas que no debe. Mal vas si necesitas de mis consejos —sentenció, tras lo cual volvió a aplicar todas sus fuerzas para forzar la caja. El esfuerzo que se reflejaba en su rostro se vio recompensado por el aumento del quejido de la madera. Robert se valió entonces del peso de su cuerpo para ayudarse en la labor.

A Juana no se le ocurrió nada con qué replicar el mordaz comentario del marchante. Con los brazos cruzados a la altura del pecho, estudiaba algún punto en el suelo invisible para los demás y que solo ella parecía encontrar interesante.

—No quiero echarlo de mi cama ni hacerle daño, ni tampoco permitir que este capricho crezca. Porque eso es lo que siente por mí, solo soy un capricho. Sé perfectamente que no me ama.

La tapa dio un primer aviso de que estaba a punto de ceder en forma de crujido agudo. Robert se detuvo de nuevo y se secó el sudor con el dorso de la mano.

—Lo que debes preguntarte es si tú lo amas a él.

Juana apartó su atención del suelo y alzó la cabeza para clavar sus ojos en los del marchante.

—No, no lo amo —dijo con seguridad inicial. Luego, su voz empezó a temblar a medida que se iba deshaciendo en explicaciones—: Al menos no lo amo ahora. Lo amo cuando estamos en el lecho. Cuando nos besamos, cuando siento

sus brazos a mi alrededor. En esos momentos pasaría la vida entera con él. Después, cuando me incorporo y mis pies tocan el suelo, dejó de amarlo, o al menos lo amo a medias, sin necesidad de estar con él.

—Así que solo lo amas en postura horizontal —bromeó Robert antes de regresar a la pelea que mantenía con la tapa del cajón—. Entonces, déjalo estar. Aún quedan unos meses hasta que se vaya. Hasta ese momento, procura no veros tanto y deja que el tiempo vaya haciendo que todo se aposente y se calme.

La joven se quedó largo rato en silencio. En su rostro no había señal alguna de que hubiese oído el consejo de Robert. El crac de la madera al ceder le hizo dar un respingo.

—¡Por fin! —exclamó el marchante triunfal, depositando la barra a sus pies e inclinándose ansioso sobre el cajón abierto, que ahora mostraba sus tesoros.

Había una serie de lienzos apilados y cuidadosamente cubiertos con varios paños para protegerlos del viaje. Todos llevaban un cordel con una etiqueta que los numeraba del uno al ocho. Alrededor de ellos descansaba una larga tira de lino arrugada y plegada sobre sí misma para evitar que los preciados cuadros se moviesen durante su traslado.

Juana olvidó momentáneamente a Andrea y se sumergió en el contenido del cajón. Como anunciaban las etiquetas, había ocho lienzos. De diversas medidas, que iban desde los dos codos del más pequeño hasta las casi dos varas del más grande.

—¿Quiénes son sus autores? —inquirió, pasando sus manos por la basta tela que cubría el etiquetado como número uno. Se moría de ganas de retirarla y revelar qué maravillas se ocultaban bajo ella.

Por toda respuesta el marchante esbozó una sonrisa cómplice al tiempo que extraía la tablilla con la lista de obras que contenía la caja. Pasó su índice con rapidez por ella hasta dar con uno en concreto.

—Aquí lo tenemos —dijo dando golpecitos con el dedo sobre la referencia que buscaba.

Depositó la lista sobre una mesa y, con sumo cuidado, casi con aire reverencial, extrajo la tela número tres del interior del cajón. La colocó directamente apoyada en el lateral del mismo. Era un cuadro de más de cuatro codos de altura y solo un poco menos de anchura. Juana echó un vistazo a la anotación de la lista. Solo decía en latín: *Unión de la tierra y el agua*. Como autor solo aparecía una escueta R.

—¿Quién es R? ¿A qué viene tanto misterio? —se quejó.

—Un poco de paciencia, querida. Un poco de paciencia.

Pese a su aparente calma, él también era preso de la ansiedad. Usó un pequeño cuchillito para cortar el cordel con la etiqueta, con tanta torpeza que necesitó tres intentos para ello. Cuando finalmente lo logró, retiró el paño que servía de protección y lo apoyó de nuevo sobre el lateral de la caja.

Dio unos pasos atrás para contemplar la tela con detalle y Juana lo imitó.

Ambos observaron el lienzo largo rato. Se trataba de una escena que representaba a una Venus desnuda apoyada en una roca sobre la que yacía un cántaro de agua del que manaba abundante líquido. En frente de ella, un musculoso hombre anciano, de espaldas al espectador, tenía su mano entrelazada con la de ella. Algo más arriba, otro personaje, que bien podía ser un hombre o una mujer, coronaba a la diosa con una tiara de flores.

Juana reconoció al instante al autor del lienzo. La composición teatral y el estilo dinámico de la obra, los colores cálidos y la pincelada suave que creaba una atmosfera de ligereza en las figuras, así como las medidas generosas del personaje femenino, eran inconfundibles. Sus labios se abrieron dibujando una o de sorpresa.

—¡Rubens! ¿Tenemos un lienzo de Peter Paul Rubens delante de nosotros? —dijo sin dar crédito a sus propios ojos.

Robert confirmó con una beatifica sonrisa de oreja a

oreja.

—Por poco tiempo, me temo. Es un encargo de un noble boloñés. Estará aquí unos días hasta que parta de nuevo. Solo he abierto la caja por ti. Sabía que te gustaría verlo.

—¿Gustarme? ¡Me siento flotar ahora mismo! Temo que incluso me sienta mareada.

Robert soltó una sonora carcajada; su amiga se llevó las manos a la boca y ahogó un gritito de puro placer mientras correteaba nerviosa por la sala.

—Si no fuera porque cuesta una pequeña gran fortuna te lo regalaría. Seguro que era mejor disfrutada por ti que por su comprador.

Un comentario que viniendo de alguien que la única cosa que amaba más que el dinero era su aspecto dejaba a las claras el afecto que sentía por Juana.

Peter Paul Rubens era, sin ninguna duda al respecto, el maestro más afamado y conocido de toda Europa. Afincado en Amberes, el genial flamenco era maestro de pintores tan importantes como Van Dyck o Jordaens. Un maestro entre maestros. Las cortes de medio continente se rendían a sus pies. Entre todas destacaba la española, que había visitado en dos ocasiones y para que la trabajaba a menudo. Era bien conocido que era el pintor favorito de Felipe IV, así como el de Carlos I de Inglaterra; un motivo más para añadir a la gruesa lista de pleitos entre ambos países.

A la cabeza de Juana acudieron las palabras de Andrea sobre el mercado de falsificaciones. Era poco probable que una operación de aquel calibre fuese un fraude, pero ¿y si era así?

—¿Cómo lo has conseguido? Tengo entendido que la obra de un maestro como Rubens no está habitualmente a la venta. Las cortes de toda Europa se lo disputan.

—Dices bien que sus lienzos no suelen venderse en el mercado como los del resto. Me he hecho con esta maravilla por mediación de un antiguo amigo de Ámsterdam: Hendrick van Uylenburgh. —La mirada de Juana dejaba claro que no iba a contentarse con aquella

escueta explicación—. Es un viejo conocido. Me escribió poco antes de que yo dejara Bruselas. Se había hecho con el lienzo y tenía un comprador en Italia que pagaría lo que pidiera. Pero la guerra con España hacía imposible que pudiese viajar a negociar con él en persona. Así pues, yo me ofrecí a negociar en su nombre por una generosa parte de la venta, una vez me instalase en Venecia.

—¿Y te fías de ese tal Uylenburgh? Puede que sea una falsificación.

La cabeza de Robert se movió briosamente para negar semejante afirmación, incluso antes de que Juana hubiese concluido la frase.

—Pondría la mano en el fuego por él. Además de ser el marchante más prestigioso de todas las Provincias Unidas, es un enconado luchador contra el mercado de falsificaciones. Descuida. Puedes estar totalmente segura de que tienes delante de ti una obra original de Rubens. —Juana pareció satisfecha con la seguridad que emanaba de Robert—. Eso sí, a cambio he tenido que comprarle varias telas de artistas a los que apadrina. Tengo entendido que posee un taller donde, además de darles un techo, pintan para él. —Tomó la tabla con la lista de las obras y leyó en voz alta—: Hooch, Gerard Dou, Rembrandt van Rijn. ¿Quién demonios conoce a estos pintores? ¡Me va a costar siglos vender estas telas! —se quejó arrojando la tablilla al fondo de la caja.

Juana no le prestaba atención. Una vez tranquilizada respecto a la autoría del lienzo, no podía dar crédito a tener una de las obras del gran Rubens ante ella. Trató de calmarse y se colocó de nuevo frente al lienzo. Lo estudió en silencio durante largo rato.

Mientras, Robert asistía a la escena con una sonrisa tierna. Se puso a su diestra, y al tiempo que se atusaba el mostacho observó a Juana. Valía la pena hacer que la obra se detuviese en Venecia rumbo a Bolonia solo por verla tan alegre. Quería a aquella chiquilla con toda su alma y haría lo que estuviese en su mano por que fuese feliz. En aquel mundo de mentiras y recelos constantes, ella era un oasis

de pureza y honestidad.

Cuando juzgó que llevaban más tiempo del que una persona cuerda debía de pasar en silencio frente a un lienzo, dio un paso al frente y cubrió la tela con el paño de nuevo. Ignoró las quejas de Juana y le ordenó que estudiara el resto de las telas. Quién sabía si entre lo que aquel viejo zorro de Van Uylenburgh le enviaba habría algo que mereciese la pena.

Sorprendentemente, Juana le informó al poco de que había un par de un tal Rembrandt que tenían calidad suficiente para ser vendibles.

IX

Desde que Andrea le había confesado que la amaba, Juana se las había ingeniado para no acercarse al ático. Ella y el aprendiz no habían vuelto a verse a solas. Ni allí ni en ningún otro sitio. No era una decisión fácil. Añoraba sus besos, su vigor y las caricias que le hacían olvidar la penosa vida con Wilhem. Le dolía mantenerse alejada de sus brazos, pese a que entendía que eso era lo mejor para ambos.

Aún no había tenido valor para hablar cara a cara con Andrea. Simplemente, dejó de subir al ático y evitaba estar a solas con él en la misma estancia. Posponía aquella conversación un día y otro, prometiéndose a sí misma que lo haría al siguiente, y ahora sentía que no poseía el valor necesario. Pedirle que se olvidara de ella se le antojaba una labor tan ingrata como escalar la montaña más alta del mundo con un saco de piedras a la espalda.

De lo que no dudaba era de lo acertado de su decisión. Lo contrario era una locura. Una insensatez que más pronto que tarde acabaría por pagar. A pesar de que en más de una ocasión se descubría fantaseando con volver a su lecho, aunque fuese una última vez.

Para evitar esa tentación pasaba todo el tiempo que le era posible fuera de la casa. Con Wilhem totalmente centrado en su trabajo y sus diversiones nocturnas manteniéndolo ocupado hasta el alba, no resultaba complicado que sus ausencias pasasen inadvertidas. En cualquier caso, la atención del de Bruselas estaba puesta en Jan. Desde el accidente lo mimaba aún más y le consentía todos los caprichos. El crío correspondía a aquel afecto no apartándose de su padre. Para tristeza de Juana, sus

intentos por acercarse al niño, en los pocos momentos en que Wilhem estaba ausente, eran despreciados. Estaba perdiendo a Jan y no sabía cómo detener aquel proceso que un día, no demasiado lejano, se volvería irreversible.

En ocasiones, cuando veía que era inevitable cruzarse con Andrea, Juana se marchaba de la casa con la salida del sol y no regresaba hasta la hora de acostarse. Pasaba el día pintando en el taller de Robert o trabajando con él. Cuando no era así, paseaba con Ana por los alrededores de la *piazza* de San Marcos o visitaba los numerosos mercados en los que la rica viuda malgastaba su dinero. Había acabado por confesarle su aventura con Andrea y los motivos por los que había decidido concluirla.

—Haces mal en no hablar con él. Tarde o temprano tendrás que afrontarlo —sentenció Ana cuando se enteró—. No obstante, solo puedes cortar todo contacto con Andrea. Es lo mejor. Cuando un amante convierte el placer en una necesidad, es mejor dejarlo ir antes de que también tu goce sea una rutina agotadora a causa de la costumbre.

Que la viuda le hubiese hablado en esos términos y apoyase su decisión era algo que Juana no esperaba. Por lo visto, la idea de dejarlo todo e irse con Andrea resultaba igual de descabellada para todos los demás. Dado el carácter indómito de la viuda, Juana había albergado la sospecha de que la animaría a abandonarlo todo por un amor pasional. Descubrir que Ana del Cerro poseía sentido común, y lo usaba de vez en cuando, fue toda una sorpresa.

Andrea no se había quedado de brazos cruzados mientras Juana lo apartaba de su vida. Al principio, lo dejó estar. Quizá creía que Wilhem sospechaba algo y eso motivaba las ausencias de Juana. Pero cuando los días fueron pasando y la mujer ni siquiera cruzaba una palabra con él, su actitud cambió y se notaba que ansiaba estar a solas con ella. Aprovechaba la menor oportunidad para lanzarle una mirada cargada de reproches.

Tras varios intentos frustrados por entablar comunicación con ella, una noche se las ingenió para colar una nota por debajo de la puerta de su alcoba. En ella le

pedía que se viesen en el ático. Si no podían disfrutarse, al menos demandaba poder verla para hablar. Juana rompió la nota en mil pedazos y la arrojó al fuego de la chimenea.

Pero sabía que Andrea no se detendría. Necesitaba una explicación y no pararía hasta obtenerla. Algo a lo que Juana sabía que tarde o temprano debería enfrentarse. Atrasarlo solo era complicarlo todo. Pero era tan difícil decir según qué cosas.

Lo inevitable acabó por suceder a finales de abril. Andrea la acorraló en la galería del segundo piso a última hora de la noche. Le cerró el paso y se negó a apartarse hasta lograr una palabra de sus labios.

—No acudes al ático. Te niegas a hablar conmigo y no contestas a mis notas. ¿Por qué? Necesito una respuesta o voy a volverme loco —demandó.

—Estoy ocupada y ya no me apetece subir al ático contigo. Me he aburrido de tu compañía.

La mentira de Juana había sido tan convincente que Andrea, herido en su amor propio, frunció los labios y estudió el rostro de la chica.

—Mientes. No es eso —dijo al fin.

Juana bufó aparatosamente y trató de escabullirse. Los firmes brazos de Andrea la detuvieron. La tomó por los hombros y la obligó a mirarlo a la cara.

—¿Por qué te comportas así, como si nunca nos hubiésemos amado?

—¡Me haces daño!

Andrea aflojó la presión, aunque no apartó sus manos.

—Me lo debes —exigió.

—¿Qué es lo que te debo, si puede saberse?

—Una explicación. Una conversación en la que me digas qué hice tan mal para ser tratado de modo tan cruel.

—Nadie te está tratando de modo cruel. Fuimos libres para meternos en la cama y lo somos para dejar de hacerlo.

Las manos de Andrea se deslizaron desde los hombros de Juana hasta sus manos, que apretó casi con

desesperación.

—Te lo ruego. Sube esta noche conmigo al ático. Hablemos.

El tono del aprendiz estuvo a punto de hacer que Juana perdiese la compostura y claudicase. Tuvo que pelear con todas sus fuerzas contra aquel deseo.

—No pienso hacer tal cosa.

—Hazlo, te lo imploro. Si alguna vez no te sentiste amada en mis brazos o no te traté con respeto, ignora esta súplica. En caso contrario, por favor, sube una última vez al ático.

Juana pugnaba en su interior por no ceder, pero finalmente no pudo. Asintió tras comprobar que nadie los miraba.

—A medianoche —susurró en el tono cómplice que tantas noches habían compartido. Después, su voz se endureció como si fuese de pedernal—. Pero solo hablaremos. Te advierto que, si intentas cualquier otra cosa, me iré.

Andrea sonrió complacido. Durante un breve instante, antes de que también él asintiera y se alejara, la expresión de su rostro le recordó a la de su propio hijo cuando lograba salirse con la suya. Se maldijo por haber cedido. Quizá lo mejor era no cumplir su palabra. Andrea seguía siendo una tentación a la que su cuerpo reaccionaba como si tuviese vida propia. ¿Y si no lograba resistirla?

Sin embargo, cuando el reloj dio las doce, Juana saltó de su cama, cruzó la galería y, tras comprobar que nadie la veía, ascendió los escalones que conducían hasta el ático.

Un rectángulo de luz se filtraba por debajo de la puerta. Andrea ya debía de estar esperándola. Se quedó unos segundos dudando con la mano a medio camino del pomo. Aquel había sido su refugio, un lugar donde huir del mundo, donde amar a Andrea hasta que la sangre regresaba a su cabeza y volvía a recuperar la cordura. Con el corazón latiendo con fuerza en las sienes, y una voz en su interior diciéndole que diera la vuelta, empujó la puerta.

Nada más verla, Andrea se acercó a ella con pasos

veloces y trató de estrecharla entre sus brazos. Juana dio un paso lateral para escabullirse y alzó los brazos a modo de escudo.

—Te advertí que solo hablaríamos. De lo contrario, me iré ahora mismo.

Tras la inicial sorpresa, Andrea se alejó un poco, a la par que sonreía de aquel modo tan condenadamente atractivo.

—Perdona —dijo—. Es la costumbre, y hace tanto tiempo que no he tocado tu piel.

Esta vez Juana no picó el anzuelo. Cruzó los brazos a la altura del pecho y habló con voz glacial.

—Querías hablar. Pues hablemos.

—¿Por qué me rehúyes?

—No te rehúyo. Es solo que no podemos vernos más.

—¿Es porque dije que te amaba?

—Tú no me amas, Andrea.

El semblante del aprendiz enrojeció de indignación.

—¿Cómo puedes decir tal cosa?

—Porque es la verdad. Tú no me amas. Solo crees amarme.

—¿Acaso no es lo mismo? Quiero estar contigo a todas horas, no logro apartarte de mi pensamiento. Te deseo —Andrea se aventuró a dar un osado paso que lo dejara a distancia suficiente para tocar a Juana con solo alargar la manos—. ¿Tan poco he representado en tu vida que puedes apartarme así de fácil? Te amo, y sé que tú también me amas. Deja de negar lo evidente.

Juana intentó razonar.

—Yo no te amo. Y tú tampoco lo haces. Lo que teníamos era otra cosa. Pasión, deseo, placer. Todo era nuevo para mí, y sí, confieso que después de sentirme despreciada por Wilhem una y otra vez tenía la necesidad de sentirme amada, respetada. Y tuve todo eso en tus brazos, pero no hubo amor y no lo habrá.

—¡Mientes! —La furia que se adivinaba en la voz de Andrea hizo que Juana diese un respingo. Luego el aprendiz dulcificó su tono—: Te ruego que me perdones. No quería

gritarte.

Juana se rindió a la evidencia. Había sido un error acudir al ático. Andrea no iba a aceptar ningún tipo de lógica ni estaba dispuesto a permitir que ella tomara su propia decisión. Solo podía dejar que el tiempo pasase hasta que llegase el momento en el que el aprendiz se fuera de la casa. Decidió concluir aquella conversación antes de que fuese demasiado tarde. Ahora les quedaba un hermoso recuerdo, pero si continuaban hablando alguien diría algo que propiciaría que ese recuerdo se rompiese en mil pedazos.

—Soy una mujer casada y tú solo eres un crío —dijo.

Andrea enmudeció ante la firmeza con que se expresaba Juana. Se recompuso. Alzó la barbilla y miró con fiereza a su antigua amante.

—Entonces no me dejas otra alternativa que decirle a Wilhem lo que ha pasado entre nosotros estas semanas.

La certeza de que Andrea era solo un niño consentido que tenía una pataleta cuando se le negaba lo que quería se hizo tan grande que ocupó todos los pensamientos de Juana.

De repente, se sentía inmunizada contra los encantos del hasta ahora amante.

—No te atreverás.

—Lo haré. Le contaré todo lo que pasó en ese catre. Con pelos y señales.

—No será necesario. Creo que me hago una idea —gruñó Wilhem desde el vano de la puerta.

Juana se quedó lívida al ver a su esposo traspasar el umbral del ático. La última vez que ambos estuvieron allí, él tenía una expresión de furia que le daba un aspecto terrorífico, la misma que se adivinaba ahora en su semblante.

—Maestro —balbuceó un pálido Andrea, que se alejaba de espaldas—. Os lo puedo explicar.

—Ahórrate las palabras, traidor.

Juana advirtió que Wilhem llevaba una espada ropera desenvainada en su diestra, la que siempre portaba por

seguridad en sus viajes. El de Bruselas la adquirió en España, donde gozaba de gran popularidad. Hasta entonces, jamás lo había visto con ella en la mano. Sabía que su esposo tenía una pistola de chispa guardada en el fondo de un baúl en su alcoba. Por suerte, parecía sentirse más cómodo con la espada en la mano. Con ella apuntando al pecho de Andrea, caminaba decidido en dirección al aprendiz. Este había retrocedido espoleado por el miedo hasta el fondo del ático y buscaba refugio detrás del mismo desvencijado catre donde él y Juana se habían amado.

—Por favor, Wilhem. Deja esa espada —trató de interceder Juana.

Wilhem la miró con tal desprecio que durante un breve instante creyó que iba a lanzarle una estocada. En lugar de eso, alzó el brazo libre y la golpeó con el envés de la mano. La joven trastabilló y cayó al suelo. Un hilillo de sangre comenzó a brotar de sus labios.

—Después me ocuparé de ti —amenazó el de Bruselas.

Lo que más le dolía no era que su propia esposa le hubiese engañado, sino la traición de su aprendiz, al que creía leal hasta entonces.

Su atención basculó de nuevo hacia Andrea, quien, aterrado, miraba a su alrededor en busca de una salida del atolladero en el que se encontraba.

Los dos hombres estaban cada uno a un lado del catre. Wilhem amagó con bordearlo y el muchacho empujó el camastro para detenerlo.

—Escuchadme, maestro. Dejad que me explique.

A modo de respuesta, Wilhem le lanzó una estocada por encima del jergón que a punto estuvo de dar en el blanco. Los reflejos del aprendiz le hicieron dar un veloz paso lateral que burló el afilado metal por poco.

—Te acogí en mi casa. Te di un techo y trabajo. ¿Y así me lo pagas?

La voz enronquecida por la rabia de Wilhem iba subiendo de volumen a medida que sus intentos por alcanzar a Andrea fracasaban.

—No es lo que creéis —se defendió el joven.

—¡Calla, perro traidor!

Juana era una mera espectadora invisible de aquel corral con dos gallos. No podía hacer nada excepto rezar para que nadie resultase herido y aguardar a que todo pasase.

Un nuevo lance alcanzó de refilón al aprendiz en el hombro derecho. A pesar de la levedad de la herida, la sangre empapó la camisola de Andrea y le hizo proferir un grito de furia y dolor.

—Parad, maestro. No me obliguéis a responder a vuestro ataque. He vivido en la calle. Sé defenderme.

Pero Wilhem no atendía a razones. Con una agilidad que parecía impropia de su estado físico, se deslizó por encima del jergón y soltó el brazo. El filo de la ropera pasó peligrosamente cerca del cuello de Andrea. Este no se quedó quieto mientras su atacante recuperaba el equilibrio y se aprestaba para echársele de nuevo encima. Extendió el brazo y golpeó a su maestro en pleno rostro. Hubo un sonido de huesos rotos y Wilhem soltó un exabrupto debido tanto a la sorpresa como al golpe. Tenía la nariz rota y abundante sangre manaba de ella y se deslizaba hacia su barbilla.

—Solo uno de los dos va a salir vivo hoy de aquí y no vas a ser tú —gruñó.

Volvió a la carga con los ojos soltando chispas.

Andrea se lanzó sobre él y detuvo su ataque asiéndolo por los antebrazos. La espada se escurrió de entre los dedos de Wilhem y cayó al suelo. Ambos hombres porfiaron unos segundos hasta que la juventud y mayor fortaleza de Andrea se impusieron y empujó a su rival contra la pared.

El de Bruselas no había dicho su última palabra. Logró zafarse de Andrea y le golpeó en la boca del estómago con dureza. El aprendiz se dobló por la mitad profiriendo un bufido de pura ira. Un nuevo puñetazo, esta vez en pleno rostro, le hizo hincarse de rodillas. Un tercero en la garganta lo dejó sin respiración y cayó de espaldas mientras boqueaba tratando de lograr que el aire regresara a sus pulmones. Su mano se crispó desesperada en torno a la

garganta.

Wilhem aprovechó ese instante para ponerse en pie y deslizarse veloz en dirección a la espada que yacía a los pies del catre. La tomó entre sus dedos, la afianzó en el puño y se giró para asestar el golpe de gracia.

Andrea seguía tendido, boqueando y tosiendo sin lograr levantarse del suelo. Parecía que su hora final estaba cerca. Con una sonrisa en los labios, Wilhem tomó impulso y se dispuso a zanjar aquel asunto.

Justo en ese momento, Andrea se incorporó. En su mano asía el puñal que en tantas ocasiones le había servido bien. Alzó el brazo y trazó con él un acerado arco que hendió el aire. Cuando abrió la mano, el puñal ya no estaba entre sus dedos. Su empuñadura sobresalía del vientre de Wilhem. Un reguero de oscura sangre brotaba de la herida. Después, Andrea se dejó caer hacia delante, como si no le quedasen fuerzas para nada más.

El de Bruselas dejó que la espada se deslizara entre sus dedos y, con la incredulidad reflejada en el rostro, se llevó la mano al estómago. Aferró el mango del puñal y tiró con fuerza de él hasta que el metal salió de la carne. Un alarido acompañó al chorro de sangre que salpicó todo a su alrededor. Trastabillando, se apoyó en la pared, donde su sangrienta huella quedó impresa, y dejó caer el puñal a sus pies. Se alejó unos pasos hasta colocarse frente a Juana y la miró con el rostro constreñido por el dolor. La joven lo observaba horrorizada. Cayó de rodillas junto a ella.

—Qué caro me ha resultado comprarte —murmuró con un hilillo de voz.

Dicho eso, se desplomó hacia delante.

Juana se quedó mirando el cuerpo de su esposo durante unos segundos que parecieron siglos en su cabeza. Esperaba que de un momento a otro se levantara, pero eso no sucedió. Se sorprendió al notar una solitaria lágrima deslizarse por su mejilla. Se la secó y se incorporó.

La voz de Andrea le hizo volver en sí.

—¿Está muerto? —dijo. Aún seguía en el suelo. Juana recorrió a la carrera la distancia que la separaba de él. Se

inclinó y comprobó que la herida del hombro del aprendiz no era de especial gravedad, pese a que la sangre tiznaba de rojo la camisola—. ¿Lo he matado? —repitió. Juana asintió con un imperceptible movimiento de cabeza. El aprendiz hundió el rostro en el pecho de ella—. No es la primera vez que mato a alguien. —Pese a la revelación, la voz se le quebró en un sollozo callado. Empezó a temblar de pies a cabeza y la joven lo abrazó con fuerza. Si alguien los hubiese visto en esos momentos, lejos de pensar en ellos como amantes los habría tomado por madre e hijo.

Después, cuando se hubo calmado, lo ayudó a ponerse en pie.

Aparte del pequeño tajo del hombro, no tenía heridas de importancia. Tan solo algún moratón y cortes en el rostro, y la sensación de que el aire no terminaba de entrar en los pulmones aún persistía.

Cruzaron la estancia. Para hacerlo hubieron de sortear el cuerpo de Wilhem, que desde el suelo los observaba con expresión horrorizada.

Una vez fuera del ático Juana trató de ordenar sus pensamientos. Era tarde y el silencio planeaba en la casa. Aun así, nadie parecía haberse percatado de la pelea. Ningún criado había acudido ni se escuchaban ruidos en la escalera. Juana observó a Andrea. El joven tenía la vista perdida en algún punto que parecía estar muy lejos de la realidad. Posó las manos en sus mejillas y lo forzó a mirarla.

—Baja a tu cámara y coge todo lo que puedas llevar contigo. Tienes que irte.

Andrea pareció volver del lugar donde se había ido. Centró la vista y la miró confuso.

—¿Irme a dónde? Con Wilhem muerto, nada puede impedir que ahora estemos juntos.

Juana se mordió frustrada la parte interior de la mejilla.

—No puedes quedarte. Has matado a tu maestro. La justicia te prenderá.

—Ha sido en defensa propia. Wilhem pretendía

matarme. Tú lo has visto.

—Has matado a un maestro del gremio de pintores y tú solo eres un aprendiz —repitió Juana—. Mi testimonio no servirá para exculparte en cuanto se sepa que hemos sido amantes, y créeme que eso saldrá a la luz cuando los *signori della notte* investiguen el asunto.

La referencia al cuerpo de guardia de la ciudad que se encargaba de los crímenes sangrientos hizo que el entendimiento acudiera a Andrea. Juana se preguntó si no habría tenido que tratar con ellos en el pasado. Al fin y al cabo, había confesado que no era su primera muerte.

—He de irme antes de que lleguen —dijo. El temor que se apreciaba en su voz confirmó sus sospechas de que aquel no sería su primer encontronazo con la justicia—. ¿Qué vas a decir?

Juana llevaba largo rato haciéndose aquella misma pregunta y seguía sin encontrar una respuesta creíble.

—Algo se me ocurrirá —respondió—. Vete de Venecia y no vuelvas. A una de esas ciudades de las que me hablaste. Ganaré tiempo para ti y no daré aviso de lo sucedido hasta la mañana.

—Volveré cuando se calmen las aguas —dictaminó con seguridad Andrea.

Andrea echó a correr escaleras abajo a toda velocidad y se perdió en las tinieblas de los pisos inferiores. Ni siquiera hubo un rápido beso de despedida.

Juana se quedó de pie junto a la puerta. Se alisó los pliegues del camisón y al hacerlo observó que sus manos estaban manchadas de sangre. Las estudió largo rato, como si al hacerlo pudiese borrar lo sucedido. Notó que empezaban a temblarle incontrolables y las ocultó tras la espalda. De repente, era todo su cuerpo el que temblaba como una hoja agitada por el viento. Sentía que el aire no entraba en sus pulmones, y un vértigo intenso se apoderó de su ser. Se apoyó en la pared por miedo a desmayarse y respiró hondo. Repitió la operación varias veces, hasta notar que el temblor remitía y recuperaba el control de su cuerpo. No obstante, se sentía incapaz de entrar en el ático.

Sus piernas parecían no responder a sus deseos. Necesitó de un buen rato para serenarse del todo. Por fin, se dijo a sí misma que debía hacer lo que debía hacerse.

Nada más traspasar el vano de la puerta se detuvo petrificada por la sorpresa. Un rastro de sangre comenzaba donde el cuerpo de Wilhem había estado tendido y continuaba hasta desaparecer tras el catre.

Lo siguió con cautela y dio con Wilhem. Estaba sentado en el suelo, con la cabeza ladeada y apoyado en la pared. De algún modo, el pintor había sobrevivido a la mortal cuchillada y sacado fuerzas para arrastrarse hasta allí. Con el corazón brincando desbocado, se arrodilló junto a él y colocó su oído en el pecho. Constató que, aunque débilmente, su corazón seguía latiendo.

Durante unos segundos dudó qué hacer. El aspecto apergaminado del de Bruselas no auguraba nada bueno, y aunque había sobrevivido a la terrible herida, probablemente moriría en las próximas horas. Tras pensarlo unos segundos, tuvo claro que no podía dejar que muriera sin intentar salvarle la vida. Aunque no lo mereciese y aquel acto resultara inútil, no se perdonaría no intentarlo.

Arrancó un trozo de su camisón para hacer una improvisada venda y presionó con ella la herida.

Cruzó la estancia con premura y se asomó a la escalera.

—¡Llamad a un médico! —gritó con todas sus fuerzas.

Repitió aquella acción varias veces sin obtener resultado. Era imposible que el servicio no la hubiese oído. A pesar de estar en el último piso, su voz debía de haber resonado por todo el patio.

Descendió el tramo de escalones que conducía a la galería del segundo piso y se asomó por encima de la balaustrada. Repitió la llamada, con idénticos resultados.

A la carrera cruzó el pasaje y voló sobre los escalones a toda velocidad.

A medida que se acercaba al piso inferior, un murmullo de pasos apresurados fue escuchándose con claridad. Al llegar a los pies de la escalera se topó con el servicio en pleno desfilando en dirección a la calle.

—¿Qué está pasando? ¿Adónde vais? —reclamó sin lograr que nadie le respondiera.

Los sirvientes enfilaban hacia la puerta con un atado con sus posesiones a la espalda e ignoraban sus preguntas. Se topó con Lorena. La fornida aya tomaba la misma dirección que el resto del personal. Juana la agarró por los hombros y la obligó a detenerse.

—Dejadme, señora. Hay un barco que sale de Venecia antes del alba y he de estar en el muelle antes o se irá sin mí.

Juana la miró como si la sirvienta se hubiese vuelto completamente loca.

—¿Partir de Venecia? ¿Qué insensateces estás diciendo? Tienes que ir en busca del doctor. El señor Wilhem está herido en el ático. ¡Se está desangrando!

Lorena la escuchaba con apatía, como si por mucho que buscase no encontrara un solo ápice de interés en aquella información.

—Me temo que tendréis que buscar al doctor vos misma. Aunque dudo que encontréis un solo médico libre en toda la ciudad.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué es lo que pasa?

—La peste, señora. La peste negra ha llegado a Venecia.

X

La temida plaga había llegado finalmente a Venecia, extendiendo su manto de muerte en cada calle y casa. Nadie, rico o pobre, se libraba de su mortal abrazo. La enfermedad no hacía distinciones y todo el mundo podía sucumbir a ella sin previo aviso.

Juana no logró que un galeno acudiese a auxiliar a Wilhem hasta el día siguiente. Demasiado tiempo para una herida como la que el de Bruselas tenía en el vientre. Se le pasó por la cabeza recurrir a profesionales de inferior categoría, como un barbero o un cirujano, pero eso también habría resultado inútil. Para entonces, la ciudad ya era un caos y todo aquel que podía proporcionar alivio a su esposo o había huido de la ciudad o estaba ocupado.

No quedaba nadie del servicio en la casa. Los criados y el resto del personal se habían marchado, muchos de ellos llevándose consigo objetos de valor que no les pertenecían, así como gran parte de las provisiones de la alacena.

Tras tratar inútilmente de calmar a Jan, que sollozaba desconsolado ante la visión de su padre herido, salió a la calle, en busca de ayuda, de la mano del niño. La bulliciosa plaza donde se ubicaba el palacio estaba vacía. Los comercios habían sellado sus puertas a cal y canto. Las casas de alrededor estaban igualmente vacías. Sus habitantes las habían abandonado con precipitación tras asegurar sus puertas con firmes tablones.

Después de recorrer las calles adyacentes, se topó con una escena que encogía el alma del más insensible. Apiñada frente a los muelles del Gran Canal, una turba intentaba acceder a cualquier embarcación disponible. Lo que fuera por abandonar la ciudad. Todo era caos y locura,

empujones, gritos y peleas.

Los otrora pacíficos ciudadanos de la Serenísima se habían transformado en poco más que animales. Cada uno luchaba por lo suyo, sin importar la suerte del que tenía al lado. Tras internarse en el gentío, y varios intentos, logró que alguien se apiadara de ella. Era Luca Rinaldi, el panadero que tenía su comercio a dos calles del palacio y que solía abastecer la casa. Regresó a la residencia con ella y la ayudó a transportar a Wilhem desde el ático hasta la alcoba, donde lo depositó antes de irse.

—Deberíais dejar Venecia, señora. Vos y el niño —dijo antes de alejarse en dirección a los muelles—. Y si no lo hacéis, por lo menos cerrad bien las puertas de la casa. Las calles se van a llenar de gente desesperada, y nadie ayuda a nadie cuando el miedo campa a sus anchas.

Cuando el panadero se marchó, se ocupó de Wilhem lo mejor que pudo hasta la llegada del galeno. El estado del pintor empeoraba con el paso de las horas y no auguraba nada bueno. Entraba y salía de un continuo sueño febril del que solo despertaba sobresaltado, para volver a rendir los párpados al poco.

Cuando el médico salió de la alcoba, los peores temores de Juana se hicieron realidad.

—Me temo que soy portador de malas nuevas —dijo—. Vuestro esposo ha perdido mucha sangre. He intentado tratarle la herida como mejor he podido, pero no puedo hacer nada más por él.

—¿Creéis que sobrevivirá?

El doctor frunció los labios en una mueca extremadamente explícita mientras se colocaba de nuevo la máscara con forma de ave. El largo pico de la careta estaba relleno de productos aromáticos, como plantas, esencias y flores, que servían para protegerse del aire podrido que causaba la peste. Solo se la había quitado tras inspeccionar con sumo cuidado las axilas, cuello e ingles de Wilhem para comprobar que no presentaba rastro alguno de los temibles bubones que producía la plaga.

—Yo no me haría ilusiones. Su estado es crítico. Podéis

tratarlo con medicinas que yo mismo os proporcionaré, y que por lo menos le aliviarán el dolor. Pero no os puedo asegurar que se recupere. Tendréis para un par de días. Cuando se acaben, vos misma debéis buscar el modo de conseguir más. Eso si encontráis un boticario abierto.

Juana asintió resignada, tomó las medicinas y pagó la tarifa acordada.

Al atardecer del cuarto día el estado de Wilhem pareció mejorar ligeramente. La fiebre le bajó algo y los periodos en los que permanecía despierto eran cada vez más largos y continuos. Aunque sus murmullos eran palabras inconexas sin sentido alguno.

A los pies de su cama estaba Jan, quien no se había separado de su padre ni un instante. Juana le contó que unos bandidos habían atacado y herido a Wilhem. Aun así, el niño no había dirigido apenas media docena de palabra a su madre desde entonces.

La joven resolvió que era el momento de salir de la casa e ir en busca de un boticario. Las medicinas prescritas por el doctor parecían surtir efecto, pero tan solo quedaba suficiente para una dosis más. Desconocía lo que sucedía en el exterior. Desde la marcha del galeno, las puertas permanecían firmemente atrancadas y no había vuelto a poner un pie en la calle. Tal vez las tiendas permanecían abiertas o tal vez no, o tal vez Venecia entera era un enorme túmulo desierto. Debía arriesgarse y comprobarlo.

Así que, tras cambiar el vendaje, se preparó para dejar la casa. Antes tomó a su hijo por los hombros con firmeza y lo obligó a prestarle atención.

—Escúchame bien, Jan. No dejes que nadie entre en casa. ¿Me oyes? Nadie.

La víspera, unos golpes en la puerta principal la sobresaltaron a la caída del sol. Cuando acudió a ver qué sucedía, desde los balcones superiores comprobó aterrada que se trataba de un par de hombres intentando entrar en la casa. En los días previos, había podido ver desde el mismo

lugar cómo pandillas de malhechores forzaban las puertas de las casas de las cercanías y las asaltaban para llevarse todo lo de valor que pudiesen hallar en ellas. Por fortuna, la puerta del palacio no cedió y las firmes rejas de las ventanas del piso inferior eran infranqueables. Así que, tras varios intentos, los dos hombres se fueron con el rabo entre las piernas. Pero podían regresar en cualquier momento.

Jan apenas se molestó en asentir con apatía antes de volver junto al lecho de Wilhem.

Con el alma en vilo, Juana entreabrió la puerta de la calle y salió.

Una niebla densa y espesa como un puré ascendía desde los canales ocultando Venecia bajo un manto impenetrable. Por todos lados yacían enseres abandonados y documentos esparcidos; no se veía un alma. La ciudad estaba tan desierta que parecía que el fin del mundo hubiese llegado.

Juana conjuró el miedo que aquella estampa le producía y, tras arrebujarse con la capa, se cubrió con un pedazo de tela boca y nariz. El galeno le había dicho que, aunque no existía remedio para no enfermar, parecía que llevar algo que impidiese que el aire entrase directamente en uno podía ayudar. Echó a andar con decisión.

En las calles que fue recorriendo le perseguía la misma sensación de estar caminando en la superficie de un mundo desierto y donde nada vivo se movía.

Durante los primeros días, centenares de personas habían dejado atrás sus casas y posesiones tratando de escapar de la temida plaga. Un acto inútil, ya que la pestilente enfermedad también se extendía por los pueblos y villas del interior. Desde el ducado de Milán, donde la plaga estaba causando verdaderos estragos, hasta Udine, la peste negra se propagaba arrasando todo a su paso. Eso no detuvo aquel éxodo. El miedo hizo que la gente acudiera desesperada a los muelles y pagara la cantidad que fuera con tal de huir. Hacinados en destartaladas naves cuyos dueños llenaban hasta los topes, se alejaban de Venecia sin saber cuándo podrían regresar.

A los pocos días, el Senado prohibió el tráfico por tierra y mar. Nadie podía salir ni entrar de la ciudad. Venecia quedó cerrada al resto del mundo. La vista de la laguna desierta de naves resultaba sobrecogedora.

Tan solo ciertas embarcaciones tenían permiso para comerciar; eran aquellas a las que el Senado permitía abastecer de alimentos la ciudad. Si la plaga se dilataba en el tiempo, la comida no tardaría en escasear, y aquella situación podía llegar a ser peor que la propia peste. Pese a todo, los precios se habían disparado y las clases más desfavorecidas apenas podían permitirse comprar un pedazo de pan. La pesca, que en otras situaciones habría sido un modo efectivo de paliar la hambruna, estaba prohibida para evitar que la plaga se extendiera fuera de la ciudad. Aun con todo, no eran pocos los que preferían vérselas con la justicia antes que con el hambre.

Para evitar altercados, el Senado ordenó repartir de modo regular harina y otros productos de primera necesidad en las zonas más pobres, pero estos casi nunca llegaban a su destino. Se habían producido asaltos a almacenes y tiendas en algunas partes de la ciudad. El miedo y el caos campaban en Venecia.

La pequeña isla de Santa María de Nazaret, frente al Lido, albergaba el Lazzaretto Vecchio, un hospital erigido a comienzos del siglo XV y administrado por la orden religiosa de San Lázaro. Durante los frecuentes brotes de peste que asolaban Venecia, se usaba para aislar a los infectados. El resto del tiempo era una leprosería. Cuando alguien enfermaba de peste en una casa, la familia tenía la obligación de notificarlo al Tribunal de Sanidad de la ciudad, y si este lo juzgaba oportuno enviaba a los sepultureros, que se encargaban de transportarlo hasta la isla. Existían razones de peso para que no siempre se actuara así. Los familiares de un enfermo de peste o quienes hubiesen estado en contacto con uno eran casi siempre enviados a una isla al noreste de Venecia, el Lazzaretto Nuovo, donde debían pasar una estricta cuarentena. Una cuarentena que los obligaba a convivir con otros familiares

de infectados, lo que hacía que las posibilidades de enfermar crecieran exponencialmente. Pese a que pudiese parecer cruel, aquel era el modo más efectivo de asegurarse de que quien hubiese estado en contacto con un enfermo no contagiase a los demás, pero a la vez creaba el efecto contrario, con cientos de enfermos que no eran notificados por miedo a las medidas de aislamiento. Era muy frecuente que los sepultureros hiciesen la vista gorda a cambio de unas monedas; nadie quería acabar en aquella especie de antesala de espera de la enfermedad.

Lo mismo y con más motivo sucedía en aquellos casos en los que el enfermo moría. En esas ocasiones, muchas familias optaban por desprenderse del fallecido arrojándolo a la lagua o incluso dejándolo en las calles para que fuera recogido como anónimo cadáver por los sepultureros. Una práctica cruel e inhumana que solo se entendía por la desesperación que invadía las casas en la que la peste había entrado.

A pesar de ello, cada día llegaban al lazareto centenares de enfermos. La mayoría nunca salían de la isla. No existía tratamiento alguno para la plaga. Todo lo que se podía hacer era aislar al enfermo de los sanos y dejar que Dios o la fortuna actuasen en uno u otro sentido.

Juana resolvió probar suerte con el único boticario que conocía en el *sestiere* de Cannaregio. No recordaba su nombre de pila. Tan solo que se apellidaba Amaldi y que su botica estaba ubicada en lo que llamaban Campo San Geremia. Cierta vez le había suministrado unos polvos para el dolor propio de las mujeres que habían funcionado a las mil maravillas. Rezando para que el boticario no hubiese abandonado Venecia, encaminó sus pasos en esa dirección.

Los rezos no fueron de gran ayuda. Desde antes de llegar a él, observó que el edificio donde vivía y tenía su negocio el boticario estaba clausurado. Una de las hojas de la puerta estaba arrancada de cuajo y yacía en medio de la calle. En la otra, una enorme cruz pintada con carbón servía a modo de advertencia. La joven no necesitó explicación alguna para saber que señalaba el lugar donde

había un enfermo de peste. El suelo frente a la tienda estaba lleno de retortas y diversos utensilios similares más, rotos y desperdigados.

—Toda la familia ha muerto o se la han llevado. No queda nadie vivo en esa casa —escuchó a su espalda.

Se giró y vio a una mujer que se persignaba con fervor asomada al balcón del edificio del lado opuesto de la calle.

—Tengo que encontrar un boticario. Necesito medicinas para un herido.

—Pues aquí no las vais a encontrar. Al poco de que el carro se llevase los cuerpos del pobre señor Amaldi y de su hija, y su esposa fuera obligada a ir al Lazzaretto Nuovo, tres de los sepultureros regresaron y echaron abajo las puertas de la botica aprovechando que la casa estaba vacía. Se llevaron todo lo que pudieron encontrar de valor. Por lo visto, no les basta con lo que rapiñan de los cadáveres. ¡Malditos sean esos condenados demonios vestidos de rojo, que Dios los convierta pronto en los hombres más ricos del cementerio! —bufó la mujer escupiendo con rabia a la calle.

Juana ya había escuchado terribles historias acerca de los sepultureros, un grupo de voluntarios que, además de encargarse de transportar a los apestados y enterrar a los muertos, eran tristemente famosos por desvalijar cuanto podían de difuntos o moribundos.

—¿Dónde puedo encontrar otro boticario?

—Desde luego, no cerca. Probad al sur. En la Santa Croce. Cerca de la iglesia de Tolentini solía haber una botica. No sabría deciros si sigue abierta, pero quizá tengáis suerte —señaló la mujer tras pensar unos segundos.

Juana frunció el ceño. La dirección que le indicaba la mujer estaba mucho más lejos que la distancia que esperaba tener que recorrer. Suponía retornar sobre sus pasos, cruzar el Gran Canal y caminar un buen tramo adentrándose en el barrio de la Santa Croce. Conocía la iglesia de Tolentini, porque no estaba muy lejos de la pequeña tienda donde se hacía con los útiles de pintura. En una ocasión había podido admirar junto a Robert su espléndido pórtico

corintio, obra de Scamozzi. Pese a no estar concluida, la iglesia era un edificio singular y muy poco habitual en Venecia.

Tras agradecer la información a la mujer, prosiguió su búsqueda tratando de olvidar los horrores con los que se topaba.

No era fácil. En cada recodo encontraba nuevas estampas que daban cuenta del desastre que asolaba la ciudad.

Dejó atrás las estrechas calles de Cannaregio y cruzó el Gran Canal por un viejo puente de piedra. Los muelles presentaban un aspecto vacío y desolado que contrastaba con la imagen de caos que había presenciado tan solo unos pocos días antes. No había una sola barca o góndola amarrada, y la suciedad y el desorden lo invadían todo.

Llegó al distrito de la Santa Croce y enfiló calle abajo en dirección a Tolentini. En aquella zona de Venecia la plaga parecía haber castigado más duramente a sus gentes. Dos de cada cuatro casas estaban marcadas con una cruz negra que las señalaba como hogares de pestíferos, y las que no lo estaban tenían puertas y ventanas cerradas a machamartillo. Algunos edificios habían ardido, seguramente debido a las enormes hogueras cuyos restos aún se veían en el suelo. Cuando alguien enfermaba en una casa, lo primero que se hacía era quemar sus ropas y pertenencias. Sin nadie que apagase los fuegos, era un milagro que el *sestiere* entero no hubiese sucumbido por completo a las llamas.

Al doblar la primera esquina, una visión aún más atroz la asaltó. Se frenó en seco sacudida por la dantesca escena que tenía ante sí. La calle estaba llena de cadáveres que se pudrían sobre el pavimento. Envueltos los menos en sudarios improvisados, desnudos la mayoría, sus cuerpos yacían en grotescas posturas. El número era tal que algunos estaban apilados los unos sobre los otros. Juana contó más de quince solo en el primer tramo. Tragó saliva ruidosamente y, haciendo de tripas corazón, continuó caminando con la mirada baja. La calle era tan estrecha que

costaba dar un paso sin tener que sortear a aquellos pobres desgraciados.

Algunos cuerpos estaban tan cerca de los edificios que Juana no pudo por menos que llegar a la terrible conclusión de que habían sido arrojados directamente desde las ventanas. ¿Cuál era el nivel de desesperación y miedo que se necesitaba para que una esposa, una madre, un amigo o un padre se desprendiese del cadáver de un ser querido de modo tan atroz?

La peste traía consigo un mal aún mayor que la propia enfermedad: la deshumanización de las personas. Y para aquella plaga tampoco existía cura.

Con esos terribles pensamientos en la cabeza, llegó hasta la plazoleta donde se ubicaba Tolentini. Un nuevo horror la aguardaba allí. En un balcón frente a la plaza que albergaba la inacabada iglesia vio dos hombres colgados. Sus cuerpos azulados se balanceaban a merced del viento y el crepitar de la soga se escuchaba con claridad en medio del sepulcral silencio que lo envolvía todo. Estaban desnudos y del cuello de uno de ellos colgaba una cartela donde alguien había escrito una terrible acusación: «Esparcidores de la peste».

—Eran judíos —gruñó alguien junto a ella. Juana dio un respingo y solo se tranquilizó cuando comprobó que el dueño de la voz era un niño. Estaba en cuclillas sobre la escalinata que daba acceso a una casa baja. Llevaba ropas andrajosas, y la cara y manos tan negras que bien podía pasar por un habitante del otro lado del Mediterráneo.

—¿Los han ahorcado por ser judíos? ¡Eso es una atrocidad!

El niño miró a Juana como si esta fuese corta de entendederas. Finalmente, pareció juzgar que su impresión era certera y respondió con lentitud, como si explicara algo sencillo a un necio.

—Todo el mundo sabe que los judíos extienden la peste allá donde van. Untan las barandillas y bancos de las iglesias y las puertas de las casas para que los cristianos enfermemos. A estos dos los pillaron en plena faena.

Juana estaba al tanto de esas historias sobre personas que expandían la mortífera plaga aplicando ungüentos y untos en edificios públicos con el objeto de propagar la peste. No daba ningún crédito a aquellas locas teorías, que en la mayoría de las ocasiones afectaban a judíos y extranjeros, lo que en su opinión demostraba que el miedo y la desesperación solían hacer buena amistad con la ignorancia.

—¿Por qué estás solo en la calle? ¿Dónde están tus padres?

—Murieron de peste. Los dos. Los sepultureros se los llevaron y querían llevarme a mí también al Lazzaretto Nuovo, pero me escape. Sé lo que hacen con los niños que se quedan solos, como yo.

Juana sintió que el corazón se le encogía en el pecho. ¿Cuántos de aquellos huérfanos de la peste había en la ciudad? ¿Cuántos más hasta que la plaga cesase? ¿Y cuántos de ellos acabarían muertos o vendidos como esclavos fuera de la ciudad?

Se acercó y se sentó junto a él en los escalones. Tras un inicial recelo, el crío relajó la postura y dejó que Juana ocupase el escalón de abajo. No era mayor que Jan, y con mejores ropas y cuidados es posible que se le pareciese.

—¿Has vivido tú solo desde entonces?

El crío encogió los hombros al tiempo que fruncía los labios. Daba a entender con ello que aquella cuestión carecía de importancia.

—¿Qué otra cosa iba a hacer?

—¿No tienes parientes en Venecia?

—Unos tíos que cuando me presenté en su casa no quisieron abrirme. Dijeron que estaba apestado como mis padres, y me echaron de allí. Pero yo no estoy enfermo. Ni lo he estado.

De sopetón, Juana fue consciente de la imprudencia que había cometido al acercarse al pequeño. Aparte del aspecto desastrado, no parecía enfermo, y tal vez era cierto lo que decía. Aunque, si no era así, estaba exponiéndose de modo estúpido.

—Tengo que irme —dijo poniéndose en pie.

Fue terriblemente consciente de que en unos segundos pasó de la compasión al recelo. De la piedad al miedo. Aquel era el poder de la peste. Los familiares de aquel pobre niño lo habían echado, y ella estaba actuando del mismo modo.

Al crío no le pasó desapercibida la rapidez con que se había alejado de él.

—¡No estoy enfermo! —repitió con fastidio, descubriéndose el cuello de la camisola para mostrar que no tenía rastro de bubones.

—Lo sé, pero tengo que irme. —Juana descendió los escalones y estaba a punto de irse cuando se detuvo. Sus manos escudriñaron entre sus ropas—. Estoy buscando una botica. ¿Sabes si hay una en las cercanías?

Acompañó la pregunta asomando tres relucientes monedas entre los dedos. Los ojos del crío se abrieron de par en par. Era muy probable que nunca hubiese visto tanto dinero junto en toda su corta vida.

—Hay una a la vuelta. Justo ahí —respondió señalando la callejuela que quedaba frente a ellos. Su vista seguía fija en la mano de Juana y su brillante contenido.

Cogió las monedas al vuelo y esbozó una sonrisa que mostraba varios huecos y rotos.

—Úsalas para buscar un techo y algo de comida —recomendó Juana—. No es bueno que estés en la calle solo.

—No me da miedo estar solo.

De improviso, algo hizo que la bravata del pequeño se quedase en nada. El sonido de una campanilla se oyó con claridad desde algún lugar en la distancia, más allá de la niebla. Al oírla, el niño se irguió como accionado por un resorte. Su rostro reflejaba un pavor inmenso.

—¡Son los avisadores! —exclamó—. ¡Los avisadores!

Sin dar más explicaciones, echó a correr en la dirección contraria a la que se escuchaba la campanilla, que seguía sonando cada vez más cerca.

Juana no necesitó más para también ella cruzar la plaza al trote y perderse en la callejuela señalada por el

niño. No sabía qué significaba aquel sonido ni las extrañas palabras del niño, y era mejor no averiguarlo.

No tuvo que andar mucho para encontrar la botica. Tal y como el pequeño había asegurado, estaba a un tiro de piedra de la plaza de Tolentini.

Con pasó ágil se acercó a la puerta de la tienda y golpeó varias veces con el puño. El eco de los golpes se perdía en la ciudad desierta. Tras varios intentos sin obtener respuesta, empezaba a temerse que tampoco allí encontraría a nadie que le vendiese las medicinas que Wilhem necesitaba. A su alrededor nada se movía.

Derrotada, se dispuso a dejar la tienda atrás cuando una ventana se abrió sobre su cabeza. A ella se asomó un hombre anciano que la miraba irritado.

—La botica está cerrada. ¡Marchaos! —dijo antes de volver a meterse dentro de la casa.

—¡Aguardad!

El hombre ya había cerrado las ventanas.

Juana no se dio por vencida y retomó los golpes en la puerta aun con más ímpetu.

De nuevo el hombre se asomó.

—¡Marchaos o avisaré a la guardia!

—Busco al boticario de esta tienda.

—Yo mismo soy, pero la botica está cerrada. Idos de aquí.

—Os lo ruego. Necesito unas medicinas. Tengo con que pagaros —exclamó Juana mostrando la bolsa repleta de monedas. En la otra mano llevaba la lista con las sustancias que el galeno había prescito, y que alzaba por encima de su cabeza—. Solo son cosas ordinarias que a buen seguro tenéis. Os pagaré bien.

El tintineo de las monedas pareció hacer que el boticario repensase la situación. Por fin, acabó por claudicar. El brillo codicioso en su mirada era perceptible incluso desde la distancia que los separaba.

—¡Sea! —dijo—. Dejad la lista y la bolsa con monedas junto a la puerta y alejaos.

—No sabéis cómo os lo agradezco, señor —reconoció

Juana apresurándose a cumplir las instrucciones del boticario.

El hombre rumió algo ininteligible antes de cerrar con estrépito la ventana. Al poco, la puerta de la botica se entreabrió y asomó su cabeza por el hueco. Llevaba una venda que le tapaba boca y nariz. Sus ojillos suspicaces inspeccionaron la calle antes de hablar.

—Estáis demasiado cerca. Alejaos aún más —ordenó. Juana obedeció mansamente. Tras tomar la bolsa y la lista, el hombre volvió a meterse en la casa —. Aguardad ahí — dijo antes de cerrar la puerta.

Durante unos largos minutos Juana temió que no sabría nada más del dinero ni de las medicinas, pero al poco la puerta se abrió y a ella se asomó el hombre. Dejó una serie de tarros y sobres con polvillos junto al umbral y se apresuró a cerrar de nuevo.

—¡Esperad! —exclamó Juana aún sin atreverse a dar un paso.

—¡Qué queréis ahora! Tenéis vuestras medicinas. ¡Idos! —ladró el hombre entreabriendo la puerta una vez más.

—Mi dinero. En la bolsa había mucho más de lo que vale lo que me habéis dado.

El boticario gruñó con desgana.

—El precio ha subido. ¿No habéis oído que la peste ha llegado a Venecia?

Después cerró dando un portazo. Juana intuyó que no serviría de nada reclamar. Tomó las medicinas y con ellas bajo la capa echó a andar.

No quería regresar por el mismo camino por el que había venido. La visión de los cadáveres apiñados en las calles y los judíos ahorcados frente a Tolentini era algo que quería ahorrarse presenciar de nuevo. Así que decidió dar un pequeño rodeo. Para ello giró en dirección opuesta y enfiló hacia el norte.

Sin más sobresaltos, llegó frente al Gran Canal. Desde allí vislumbró en la distancia el puente por el que había cruzado y que conectaba Cannaregio con la Santa Croce. Una vez lo hubiese dejado atrás estaría muy cerca de la

seguridad del palacio. Cruzar media ciudad desierta había sido una odisea, pero ahora estaba tan cerca de casa que todo parecía una mala pesadilla. Con paso brioso se encaminó hacia el puente.

Estaba a punto de poner un pie en él cuando se detuvo en seco. En medio del silencio sepulcral volvió a resonar el eco de una campanilla. Recordó el pavor del niño y sin pensarlo dos veces echó a correr. Cruzó el puente a toda la velocidad que le permitieron sus piernas y no se detuvo hasta llegar a la otra orilla. Allí se refugió tras la columna de una arquería de una casa y aguardó.

El sonido de la campanilla se acercaba hacia ella lenta e inexorablemente. Juana se percató de que estaba conteniendo el aliento. El corazón le palpitaba en las sienes con fuerza y un hormigueo incómodo recorría su estómago. De improviso, de entre la niebla surgió una lúgubre figura vestida de negro.

—¡Apartaos! —gritaba en una monótona letanía—. ¡Apartaos! Llega el carro de los sepultureros. ¡Llega el carro!

Era el avisador. Un empleado de la ciudad cuya misión era ir abriendo paso al carro de los sepultureros, avisando campanilla en mano de que tras él venían muertos por la peste y era mejor apartarse de la calle. A pesar de la distancia que los separaba, la mano de Juana se deslizó instintivamente hasta la tela con la que se cubría la boca y la nariz.

El avisador se detuvo en medio del puente y la mano con la que agitaba su instrumento se aquietó. No bien se había extinguido el eco de su soniquete cuando de la niebla salió el carro de los sepultureros, como una oscura figura fantasmal. Eran dos, subidos al pescante. Vestidos de un rojo sangre que contrastaba con la neblina gris que lo envolvía todo. Los caballos que tiraban de él caminaban lentos y con las cabezas inclinadas debido al peso de la carga que soportaban. De sus hollares se escapaban nubes de vaho que se alzaban al cielo, y sus cascos golpeaban obstinados el suelo arrancando ecos que se perdían en el

silencio sepulcral de Venecia.

Cargado hasta arriba de cadáveres, el carro traqueteaba con lentitud sobre el empedrado del puente. Sus piedras, gastadas tras años de uso, formaban una senda irregular de desniveles cuyo contacto con las ruedas producía que el carro diese un brinco y ese movimiento se extendiese hasta la masa muerta de cadáveres. Los cuerpos se sacudían como accionados por una potente corriente invisible.

El avisador se colocó frente al carro y, caminando de espaldas, fue indicando por señas al que llevaba las riendas cómo guiar a los caballos hasta lograr su objetivo. Juana adivinó que no era otro que detenerse lo más cerca posible del antepecho derecho del puente. Algo que finalmente hizo con un chirrido de las ruedas. Los cuerpos se agitaron por última vez. De lo más alto de la pila de cadáveres se descolgó un brazo flácido y lechoso que se quedó oscilando inerte varios segundos.

Mientras, uno de los sepultureros se puso de pie sobre el pescante, al tiempo que su compañero saltaba con agilidad sobre el antepecho del puente y miraba hacia las aguas del canal. Aguardaba algo. Al poco, un silbido se escuchó desde abajo y Juana tuvo que asomarse fuera de su escondite para ver de qué se trataba.

Entre la espesa bruma distinguió el perfil de una barcaza iluminado por varias antorchas. Un par de sepultureros la guiaban con unas largas pértigas.

Sus compañeros del puente no perdieron un segundo y empezaron a arrojar los cadáveres sobre la barcaza. Se ayudaban de una especie de horquillas de madera para tal fin. Una lluvia de cuerpos que solo cesaba momentáneamente cuando uno de los sepultureros encontraba algún anillo u otra joya en aquellos pobres desgraciados. Cada hallazgo era jaleado por aquellos demonios vestidos de rojo, como los había denominado con buen tino la mujer del balcón.

Horrorizada, Juana regresó tras la columna y sollozó con la frente pegada a la fría piedra. El sonido de aquella masa inerte de cuerpos cayendo sobre la barca parecía no

acabarse nunca y se tapó los oídos. Pero fue inútil, aún los escuchaba golpear la madera. Algunos de ellos caían al agua directamente. Nadie movía un dedo para rescatarlos. Una fosa común o el fondo de la laguna. ¿Qué más daba?

Juana decidió que ya era suficiente y sin volver la vista atrás echó a andar en dirección al palacio. Aquellos cadáveres habían sido seres humanos. Hombres y mujeres, hermanos, amigos o la madre y el padre de alguien. Habían amado y odiado. Y ahora eran solo carne muerta tratada como si nunca hubiesen sido nada más que tendones, huesos y vísceras. La muerte igualaba a todos con su guadaña. El horror del que había sido testigo tardaría en olvidársele.

Aún presenciaría algo más que recordaría toda la vida. Aunque en esta ocasión le demostraría la doble naturaleza del ser humano, capaz de lo mejor y lo peor a la vez.

Estaba a punto de anochecer y andaba cercana al palacio cuando un sonido le llegó con claridad trasportado por la niebla. Una campana resonaba en la distancia.

Durante un instante temió que se tratase de nuevo del cortejo fúnebre con el que acababa de toparse. Rememoró la horrible visión del puente y notó que temblaba de pies a cabeza. Pero no tardó en darse cuenta de que no se trataba de eso. Aguzó el oído y se percató de que el sonido llegaba de varias partes a la vez. Eran las campanas de las iglesias de toda Venecia repicando al unísono. De pronto, por toda la calle se abrieron ventanas y balcones, y a ellos se asomaron los ciudadanos, que hasta entonces permanecían encerrados en sus casas durante todo el día. Era la hora del rezo.

Una letanía de padrenuestros y avemarías se elevó al mismo tiempo por la ciudad.

Aunque no era demasiado practicante, Juana se unió a ella. Entrelazó los dedos sobre la barbilla y declamó una oración, quizá con verdadera fe por primera vez en su vida. Notó que la piel se le erizaba al ser consciente de formar parte de algo más grande que ella misma. Una corriente de esperanza recorría toda Venecia tratando de infundir

fuerzas a los habitantes de una ciudad castigada innumerables veces por la mortal plaga, y que aun así se negaba a rendirse. Había que sobrevivir un día más. Había que vivir para ver la luz de un nuevo amanecer. La muerte no podía vencer a la vida, pese a que ahora la oscuridad se cerniese sobre ellos.

Cuando el rezo finalizó, desde los balcones los vecinos se saludaban entre sí. Se daban ánimo los unos a los otros. Se abrazaban en la distancia, e incluso alguien se arrancó con una canción popular que fue jaleada por el resto. Cualquier cosa para infundirse unas fuerzas que iban a necesitar y olvidar durante un rato que la muerte estaba ahí fuera. Aguardando paciente.

Juana alzó la cabeza y sus ojos, esta vez arrasados por lágrimas de esperanza, se cruzaron con los de una niña que le sonreía desde un balcón. Estaba pegada a su madre y su cabecita asomaba por entre la hoja abierta.

Con esa imagen en la retina, Juana continuó caminando.

Inmersa en sus pensamientos rememoró cada momento de aquel día. En su salida había sido testigo de los mayores horrores. En una ciudad sitiada por la muerte y el miedo, había visto la codicia en el boticario, la acción de la ignorancia en aquellos pobres ahorcados y la deshumanización sobre aquel puente, pero también el instinto de supervivencia del niño de la plaza de Tolentini y la esperanza en los rezos de la gente que se asomaba al balcón. De todo, elegía quedarse con esto y no con lo peor. La peste pasaría y la vida volvería a triunfar, aunque fuera momentáneamente, sobre su hermana la muerte. La gente regresaría a sus rutinas y también a sus miedos, anhelos y errores. Tan solo esperaba que aquella situación cambiase a las personas y sus prioridades.

Para lo que no tenía remedio era para la angustia que sentía por no haber podido comprobar cómo se encontraban Robert y Ana. No porque no hubiesen estado presentes en sus pensamientos, pero deambular por la ciudad ya había sido demasiado peligroso como para

desviarse de su itinerario.

¿Estarían bien? ¿Habrían enfermado o habrían logrado huir de la ciudad? Aunque se le hacía casi imposible creer que Robert se hubiese marchado sin ella, no se lo reprocharía en caso contrario. Tampoco podría reprochar nada a Ana. Eran momentos para sobrevivir. Cuando las cosas se calmasen un poco encontraría el modo de ponerse en contacto con ellos. De momento, se encerraría de nuevo en el palacete hasta que todo pasase. Volver a salir era correr riesgos innecesarios, y ahora tenía otras prioridades.

Tenía una oportunidad ante ella. Si Wilhem sobrevivía a sus heridas, lo dejaría. Aunque le costase no volver a ver a Jan nunca más, aunque se convirtiese en una mujer marcada de por vida. Se iría y comenzaría una nueva vida en algún lugar, lejos.

En todo cuadro hay escondido un arrepentimiento, un cambio de idea que transforma la obra en algo que antes no era. Un brazo en una posición corregida, una cabeza en un giro diferente al que se pintó originalmente, incluso un personaje que desaparece de un lienzo. Imágenes ocultas bajo capas de pintura con la esperanza de no ser halladas nunca. Un cuadro oculto dentro de otro cuadro. Cuando esos arrepentimientos son demasiados, es imposible taparlos por completo y es mejor comenzar el lienzo de nuevo. Del mismo modo, solo hay una vida, y cuando esta se tuerce solo queda comenzarla otra vez. Como a pintar, a vivir se aprende de los aciertos, pero sobre todo de los errores.

Sumida en aquellos pensamientos llegó al palacio y a pie de la escalera llamó a Jan. No hubo respuesta. Subió los escalones a la carrera. Al abrir la puerta de la alcoba de Wilhem sus temores se hicieron realidad.

El de Bruselas había muerto durante su ausencia. La sangre impregnaba las sábanas. En algún momento las vendas que cubrían su herida no habían sido suficientes y se había desangrado.

Dejó las ahora inútiles medicinas sobre la repisa de la chimenea, donde la leña amortecida apenas calentaba la

estancia, y se quitó la capa. Caminó hasta el lecho donde yacía Wilhem y se sentó a su lado.

El suyo no había sido un buen matrimonio, ni él había sido un buen marido para ella. La había tratado con desprecio e indiferencia. La había insultado con palabras y también con actos. Se había convertido en una mujer timorata e insegura a causa de ello y, sin embargo, sentía la muerte de aquel bastardo con un profundo dolor.

Se sorprendió llorando, y no hizo nada por evitarlo. Dejó que las lágrimas se llevasen todo rastro de miedo y de vergüenza, de duda y temor sentada al lado de aquel hombre, y después se puso de pie.

Estaba tan convencida de que Wilhem sobreviviría... Tan segura de que despertaría y lo abandonaría... Ahora todo había cambiado.

Wilhem nunca la había dejado ser la madre de Jan. Su omnipresencia lo abarcaba todo. Como un enorme sol negro que se tragaba la luz. Para el pintor, ella solo había sido el necesario recipiente para traer a su hijo al mundo.

Muerto Wilhem, podría ser la madre que siempre había querido ser para Jan. No era demasiado tarde, pese a que, en ocasiones, adivinaba los defectos del de Bruselas en su hijo. Lo convertiría en un ser responsable y amable. Una persona que se revolviese contra las injusticias y fuese a su vez justo con los demás. Alguien capaz de amar y merecedor de ser amado. No. Aún no era demasiado tarde para borrar el pernicioso influjo del flamenco sobre el chico.

Se secó las lágrimas con la manga del vestido y miró por última vez a Wilhem.

—No vas a ganar. Haré de él lo que tú nunca fuiste: un buen hombre.

Se puso en pie a la par que se decía a sí misma que era momento de dedicarse a los vivos y dejar a los muertos en paz. Salió de la alcoba.

—¿Jan? —gritó asomada al antepecho de la galería—. ¿Dónde estás, hijo?

Solo el silencio respondió. Sin el servicio trajinando de

aquí para allá, el palacio era como un gran cascaron vacío donde nada se movía. Jan y ella se irían todo lo lejos que pudiesen de él cuando todo pasase.

Encaminó sus pasos en dirección a la alcoba del chico. El pequeño debía de haber sido testigo de la muerte de su padre y ahora estaría llorando sobre su jergón. A pesar de todo, solo era un niño.

Empujó la puerta de la habitación y vio a su hijo tendido sobre la cama. Llevaba la ropa puesta y dormía. Quizá todavía desconocía el destino de su padre.

—Jan —murmuró.

El niño no hizo amago de responder.

Dejó la vela que portaba sobre una mesita y se acercó al jergón. Se sentó a su lado. Dedicó unos instantes a observar el sueño de su hijo antes de despertarlo. Algo que no hacía desde que Jan era bebé. Recordó la alegría que inundó su pecho cuando vio su rostro por primera vez. Aquella cosa pequeña y manchada de sangre que berreaba había salido de ella. Después, en un anticipo de lo que vendría después, Wilhem ordenó que se llevaran al niño. Poco a poco, la sombra del de Bruselas lo cubrió todo hasta que apartó a Jan por completo de ella. Ahora recuperarían el tiempo perdido.

Posó su mano sobre la cabeza del niño y le acarició el cabello. Sintió el calor en la palma. Le tocó la frente, ardía. Se puso en pie con la velocidad de un relámpago.

—Jan. Despierta, hijo.

El niño tardó en reaccionar. Por fin, abrió los ojos y enfocó con ellos a Juana.

—¿Madre? —dijo. Su voz era apenas un hilillo—. No me encuentro bien. He dejado a padre solo... Yo no quería, pero no me sentía bien... He vomitado... y me duele la cabeza... Lo siento, madre.

—No te preocupes ahora por eso. ¿Qué te duele?

Un virulento ataque de tos que parecía no finalizar asaltó al niño de improviso. Juana le ayudó levantando la cabeza. Jan escupió una flema sanguinolenta. Aquello pareció dejarlo sin fuerzas. Agotado, se recostó de nuevo

sobre el almohadón. Su respiración se hizo fatigosa. Daba la impresión de que cada inspiración le costaba muchísimo.

Juana le apartó la camisola y le palpó el cuello. No halló rastro de bubones. Hizo lo mismo con las axilas, con idéntico resultado. El niño emitió un quejido para mostrar su disconformidad, pero eso no detuvo a Juana. Le bajó las calzas y las quejas del pequeño se incrementaron. Con el labio tembloroso, le examinó las ingles. Encontró un bulto amoratado en el lado izquierdo.

Jan tenía la peste negra.

XI

Juana no se apartó de la cama de su hijo. Daba igual que ella misma se contagiase. Llevaba siempre puesta una venda que le tapaba nariz y boca, pero estaba claro que otros muchos con las mismas medidas de protección sucumbían igualmente a la plaga.

Aunque se creía que el miasma pestilente que flotaba en el aire era el responsable de hacer enfermar a la gente, nadie conocía a ciencia cierta cómo se transmitía la fatal enfermedad. Evitar respirar el mismo aire que un enfermo parecía ser la razón de que alguien hubiese evitado la plaga, de igual manera que otro obrando del mismo modo enfermaba. Lo único cierto era que, una vez la peste entraba en una casa, todo parecía estar en manos de la diosa Fortuna. Raros eran los casos en los que los familiares de un enfermo no contraían la mortal dolencia.

Y, en realidad, poco o nada podía hacerse por Jan. Aquella terrible plaga no tenía tratamiento. Había gente que se curaba milagrosamente, mientras otros morían en cuestión de horas. Todo lo que podía hacer su madre era colocarle paños fríos cuando la fiebre subía o ayudarle a expulsar las sanguinolentas flemas cuando la tos atacaba. Fuera de eso, todo lo que quedaba era rezar y esperar.

Al atardecer, el sonido de un carro traqueteando en el empedrado de la plaza hizo que Juana abandonase momentáneamente su lugar junto al lecho de Jan. Entreabrió la ventana y miró abajo.

El carro de los sepultureros se detuvo frente al palacio y los dos hombres que iban en él saltaron del pescante.

—Abrid a la Serenísima República —bramó uno de los sepultureros golpeando la puerta del palacio con fuerza. Su

voz era lo suficientemente alta para que nadie en los alrededores la pudiese ignorar.

Juana intuyó que alguna ventana de las casas cercanas se abría lo justo para que alguien escudriñase la calle sin ser visto.

Cerró la ventana y a la carrera bajó los escalones en dirección a la puerta. Solo cuando su mano estaba desatrancando, se percató de que llevaba la venda puesta sobre la boca. Al ser consciente de su error, se la quitó con rapidez y la guardó entre sus ropas. Los dos sepultureros entraron sin esperar ser invitados.

Uno era alto y delgado como una pértiga, el otro bajito y regordete. El alto fue quien primero habló.

—Venimos a por el cuerpo del señor Jansen.

—Cuando di aviso de que mi esposo había muerto dejé muy claro que no se debía a la peste. ¿Por qué venís vosotros a llevaros su cuerpo?

El alto soltó una risita que sonó como el rechinar de dientes de una rata.

—Señora —dijo—, cada día muere en la ciudad más gente de la que podemos contar. Así que, si queréis que vuestro esposo sea enterrado, somos nosotros o nadie más. En estos días un muerto no puede aspirar a un entierro digno.

El sepulturero de menor estatura también se vio impelido a intervenir, elevando el nivel de desagrado un poco más.

—Si nuestros servicios os parecen poca cosa para vuestro esposo, podéis quedároslo si os place. Vos decidís. Pero daos prisa. Tenemos mucho que hacer.

Juana claudicó y señaló las escaleras al tiempo que les flanqueaba el paso.

—Está arriba.

Cuando los vio ascender las escaleras con los jubones rojos, la escena del puente regresó a su cabeza de modo vívido. No había modo de saber si esos dos hombres eran los mismos que había visto en lo alto del carro; igual daba. Si no eran ellos, estaba segura de que actuaban de modo no

muy diferente al de sus compañeros.

Se sacudió aquella visión como pudo y los siguió. Antes de entrar en la cámara de Wilhem el alto volvió a demostrar que de los dos él parecía llevar la voz cantante.

—Antes de llevarnos a vuestro esposo, tenemos que confirmar que no ha muerto por la peste —anunció.

—Murió al defender la casa de unos ladrones. No por la peste. Podéis ver la herida en su vientre.

Los dos sepultureros compartieron una mirada de recelo que se quedó solo en eso. No hicieron comentario alguno.

En realidad, Juana podría haber contado la verdad sobre la muerte del pintor sin esperar que la justicia hubiese actuado. Venecia era poco más que un organismo descabezado y no cabía esperar que interviniese. En cualquier caso, aquellos hombres buscaban pruebas de la plaga en el cuerpo de Wilhem, todo lo demás les importaba poco.

—Os entiendo, señora, pero tenemos que hacer nuestro trabajo. Representamos a la Serenísima República a todos los efectos. Si vuestro marido murió por otra causa como decís, podéis estar tranquila.

—En caso contrario, tendréis que acompañarnos al Lazzaretto Nuovo —completó la frase el bajito. Era la segunda vez que abría la boca, y Juana deseó que aquel hecho no se repitiese más. El brillo malicioso en los ojillos de roedor de aquel hombre mostraba que estaba deseando obligarla a subir a una barca con rumbo al improvisado hospital.

Los dos empleados se colocaron los tapabocas hasta dejar solo visibles unos ojillos escrutadores y abrieron la puerta de la cámara donde yacía Wilhem. Sin traspasarla del todo, el más alto habló con gravedad:

—Vos tenéis que quedaros fuera. Tenemos que trabajar a solas.

Juana sabía de sobra que aprovecharían el momento para despojar al pintor de toda joya que llevase encima, y seguramente se tomarían su tiempo para revisar la alcoba a

conciencia. Previendo aquello, había vaciado la estancia de objetos de valor. Tan solo dejó un anillo de escasa calidad y un collar de la misma sencillez sobre el pecho de su esposo. Corría el riesgo de que si salían con las manos vacías se negaran a llevarse el cadáver.

Los dos sepultureros cerraron la puerta tras de sí.

Una vaharada dulzona de carne en descomposición se coló fuera.

Juana se llevó la mano a la nariz y dio un paso atrás por instinto. ¿Cómo era posible que aquel terrible olor no afectase a aquellos hombres? ¿Estaban tan acostumbrados a la muerte que ni siquiera notaban su presencia?

Al poco, la puerta se abrió y los dos sepultureros salieron. Se quitaron los tapabocas y mientras uno se alejaba en dirección a las escaleras, el más alto se detuvo frente a ella.

—Nos llevaremos a vuestro esposo —anunció con cierto tono cercano a la dignidad. Como si aquello aún fuese posible—. ¿Hay alguien más en la casa?

Juana había temido ese momento desde que los hombres pusieron un pie en el palacio. Su obligación era notificar que Jan tenía la peste, lo contrario se pagaba con la cárcel, e incluso con la vida en casos extremos. No iba a hacerlo. No pensaba dejar que aquellos malnacidos se llevasen a su hijo a un abarrotado hospital donde no podría ser atendido ni en sus necesidades más básicas. Si la muerte decidía arrebatarle a su hijo, lo encontraría en su cama. Junto a su madre. No en el Lazzaretto Vecchio.

—No hay nadie más en casa —mintió.

El sepulturero la escrutó con desconfianza. Aquel hombre estaba acostumbrado a que le mintieran y no debía de ser fácil engañarlo. Juana le sostuvo la mirada con firmeza.

El hombre pareció darse por satisfecho.

—Tened cuidado. Una mujer viviendo sola en una casa tan grande es demasiado atractiva para los saqueadores. ¿No tenéis un pariente con el que podáis vivir hasta que la plaga remita? Sería lo más prudente.

—No tengo familia en Venecia. Me quedaré aquí. Y, de todos modos, ¿qué iban a llevarse los saqueadores de esta pobre casa? Mi esposo era pintor y no de renombre. Ya habéis visto las pobres joyas que lucía. No eran gran cosa.

Un atisbo de vergüenza pareció asomar en el rostro del sepulturero. Si fue real o fruto de la imaginación de Juana, dio igual. Había desaparecido para cuando el compañero subía las escaleras arrastrando unas parihuelas.

Sin decir palabra alguna, los dos funcionarios colocaron a Wilhem sobre ella y lo bajaron a la calle.

Juana no pudo evitar que una punzada de dolor aguijoneara su pecho cuando cargaron el cuerpo en el carro. Desde ahora, Wilhem Jansen dejaba de ser quien era y se convertía en un cadáver más. Sería enterrado en una fosa común con tantos otros. No habría una tumba con su nombre. Ni siquiera sería un número. Solo un anónimo más en aquel mar de muerte sin fin.

El carro ya iba a un poco más de la mitad de su capacidad para entonces, por lo que aún cabían muchos más cuerpos en él. Wilhem acabaría atrapado bajo una pila de cadáveres. En medio de una masa de carne, despojado como el resto de la dignidad que tuvo un día como ser humano. Una arcada ascendió hasta su boca cuando la asaltó aquel pensamiento. Su esposo no había sido un buen hombre, estaba lejos de haberlo sido, pero nadie merecía ser tratado de aquel modo. No importaba, nada más podía hacerse. Como habían dicho los sepultureros: en esos días, los muertos no podían aspirar a un entierro digno.

Antes de que aquellos seres siniestros se subiesen al pescante del carro, les pidió que aguardaran y echó a correr hacia la casa.

—No tenemos tiempo que perder. La ciudad está llena de cadáveres que hay que llevarse antes de que se pudran del todo —exclamó el bajito. Sus palabras no iban dirigidas a Juana, sino a su compañero.

Juana salió al poco. En sus manos llevaba unas monedas de oro que tendió a los sepultureros. Estos las tomaron sin molestarse siquiera en fingir vacilación.

—Encargaos de que acaba enterrado y no en el fondo de la laguna. Tratadlo con un poco de respeto, os lo ruego.

—Podéis estar segura de ello, señora. Su esposo será enterrado como un príncipe —dijo el bajito.

A Juana no se le escapó el sarcasmo gratuito. No podía hacer más. Como los antiguos, había pagado el óbolo de Caronte. Se cercioraba de que Wilhem cruzase el Estigia.

Acompañó con la mirada los movimientos del carro mientras se alejaba en medio del sepulcral silencio de la ciudad. Lo vio perderse en la niebla hasta que los faroles que lucían en el pescante dejaron de ser un punto rojizo y la oscuridad se los tragó a ellos también. Volvió al palacio y atrancó la puerta con firmeza. Después, regresó junto a Jan.

Ya caído el sol unos golpes la despertaron. Se había quedado dormida junto al lecho de su hijo. Jan dormitaba en aparente calma, aunque su estado empeoraba con rapidez. Le puso una mano en la frente y frunció los labios en una línea que reflejaba su preocupación. La fiebre no remitía.

Los golpes se repitieron de nuevo. Alguien llamaba a la puerta.

Se colocó la capa y salió al balcón.

Vislumbró una figura embozada frente a la entrada. La niebla había levantado y un cielo encapotado cubría todo.

—¿Quién va? —gritó. Esperaba que si se trataba de ladrones estos huyesen al percatarse de la presencia de alguien en la casa.

La figura dio unos pasos hacia atrás y alzó la cabeza al tiempo que se descubría.

—Soy yo, Robert.

Los remordimientos asaltaron a Juana. Desde que había regresado de su periplo por la ciudad, no había dedicado ni un solo segundo a pensar en el marchante o en Ana. Ni siquiera había vuelto a preguntarse si ambos estaban a salvo de la peste o habían sucumbido a ella. No obstante, no podía dejarlo pasar a la casa. La enfermedad

estaba dentro y lo último que deseaba era infectar a su amigo, pese a que llevaba una venda ocultándole medio rostro.

Bajó las escaleras y empujó la puerta del taller de Wilhem. Por suerte, estaba abierta porque la llave se había perdido para siempre entre las ropas del pintor, en una fosa común. Entró en la estancia y el olor de los aceites y los pigmentos penetró en su nariz. Sintió una pizca de nostalgia al percibir aquella mezcla de sustancias. Entreabrió el postigo de una ventana que daba a la plazoleta y llamó a Robert en voz baja. Colocó la llama de la lamparita en el alféizar para que ambos pudiesen verse. Las sombras que la luz creaba en el enrejado danzaban enloquecidas.

El marchante se acercó hasta ella a grandes zancadas.

—Gracias a Dios que estás bien —exclamó aliviado—. He venido a llevarte fuera de Venecia. Ana y yo nos vamos con un amigo a su villa en Vicenza. Hemos conseguido que un barquero nos lleve a tierra firme.

Juana negó con la cabeza.

—Yo no puedo ir —musitó.

—¡Qué necedad es esa! Si es por tu esposo, puede venir con nosotros, aunque tendrás que explicárselo tú misma a Ana.

—Wilhem ha muerto.

El marchante dibujó una mueca de sorpresa que se tornó consternación al ser consciente de lo que eso implicaba.

—¿La plaga? —Juana negó con la cabeza al tiempo que le ponía al tanto de lo sucedido en el ático. Robert soltó un juramento—. Eso no hace sino confirmar que lo mejor que puedes hacer es venirte con nosotros al campo. Allí estaremos a salvo de esta maldita plaga. Tú y Jan estaréis seguros hasta que todo acabe.

—Te repito que no puedo ir con vosotros —dijo apesadumbrada.

—¿De qué estás hablando? El mejor modo de sobrevivir es aislarse en el campo. No hay ningún peligro, siempre que no nos relacionemos con nadie enfermo, y ni

yo ni Ana lo estamos. —El marchante enmudeció de repente—. A no ser que tú...

—Es Jan. Yo estoy bien, de momento, aunque es probable que acabe enfermando también.

Robert se persignó. Un gesto inusual en él y que realizó con torpeza, aunque lleno de fe.

—Lo siento mucho —logró articular al fin.

—Está claro que en estas condiciones no puedo ir con vosotros, mi sitio está aquí, junto a mi hijo —sentenció con firmeza.

—Ojalá pudiera hacer algo para ayudarte.

—Será mejor que os vayáis cuanto antes. Dile a Ana que la quiero como a una hermana. Y en cuanto a ti, ya sabes que eres el mejor amigo que nunca he tenido.

La voz de Juana se quebró por la emoción, y tardó unos segundos en recuperar el aplomo. Un nudo en el estómago la atenazaba, se negaba a creer que quizás aquella era la última vez que veía a Robert. Este habló ceñudo:

—No te despidas como si no fuésemos a vernos más —la corrigió—. Ni lo pienses. Cuando Venecia esté libre de la plaga, volveremos a vernos.

Juana dibujó una sonrisa triste. Ambos sabían que aquella posibilidad era como lanzar una moneda al aire. Solo la fortuna podía decir qué sucedería.

—Vete. Antes de que me cueste más decirte adiós.

Robert se llevó la mano al cuello y se quitó algo que llevaba colgado de él con una tira de cuero.

—Toma —le dijo tendiéndole una ampollita con algo dentro—. Es azogue. Dicen que sirve para evitar que los vapores de la peste se acerquen a uno. No sé si realmente funciona, pero estoy seguro de que te dará buena suerte.

Juana lo cogió entre los dedos y observó la ampollita mientras sus labios se curvaban en una sonrisa.

—¿Buena suerte? —dijo socarrona—. ¿Ahora crees en ella? Te estás convirtiendo en todo un veneciano.

La sonrisa se contagió al rostro del marchante y durante un breve momento olvidaron todo alrededor.

—Adiós, Juana —dijo él en un español pasable.

—Adiós, Robert.

No se había alejado dos pasos cuando el marchante se giró.

—La próxima vez que te vea, serás una mujer viuda. Prometo que te pediré en matrimonio.

Aquel comentario arrancó una risa fresca en Juana. Después, Robert continuó caminando y se perdió en la noche que empezaba a caer sobre la Serenísima República. Las campanas de San Marcos repicaron en la distancia y le siguieron las de todas las iglesias de la ciudad. Al poco, los venecianos que aquel día no se había llevado la maldita plaga se asomaron a ventanas y balcones y entonaron sus oraciones. Aunque el cielo no parecía escucharlos, ellos lo harían hasta que todo pasase. Era el único modo que les quedaba de mantener la fe.

Juana se unió a los rezos mientras agarraba con firmeza el frasquito con azogue que Robert acababa de darle. Ojalá viviese para devolvérselo algún día.

De madrugada un fuerte ruido le hizo dar un respingo. Jan dormía. El extracto de amapola comprado para aliviar el dolor de Wilhem había resultado ser de gran ayuda. El niño se había quedado dormido casi al instante tras tomarlo.

Salió a la galería y aguzó el oído. Los ruidos se repitieron una vez más, llegaban desde el fondo del piso inferior, del lado que daba al Gran Canal, y donde se ubicaba un pequeño embarcadero que apenas si se usaba alguna vez. Prestó atención de nuevo y volvió a escuchar una serie de golpes acompañados de voces. Al asomarse por encima de la balaustrada, comprobó que una débil luz danzaba al otro lado de las ventanas altas del taller. Alguien había entrado en casa.

A la carrera cruzó la galería y entró en la habitación de Wilhem. Abrió el baúl que yacía a los pies de la cama y tras revolver jubones, calzas y camisolas, encontró lo que buscaba. Sacó la pistola de chispa y la bolsa con los

adminículos de esta, y estudió ambas con detenimiento.

Se alegraba de haber leído aquel tratado francés sobre el uso de armas de fuego. El libro languidecía en el fondo de un cofre en la casa de Turín, y Juana lo devoró durante su primera y aburrida semana en la ciudad. De su lectura dedujo que el funcionamiento de aquel tipo de armas era bastante sencillo.

Un pedernal colocado en una palanca llamada pie de gato o martillo golpeaba una cazoleta con polvorín y prendía la pólvora del interior del cañón, que impulsaba el proyectil.

Una vez comprobó que el arma se encontraba en condiciones de ser disparada, tiró del pie de gato hasta colocarlo en la posición de carga. Rebuscó en la bolsa y extrajo de ella un alambre, el embudo, la baqueta, así como la bolsita de tela con la pólvora y otra con el polvorín. Lo dejó todo sobre la cama y procedió a introducir la pólvora en el cañón con ayuda del embudo. Existía el riesgo de que el tiempo la hubiese vuelto inservible. Esperaba no tener que comprobarlo. Aspiraba a ahuyentar a los asaltantes con solo mostrar el arma.

Pero una cosa era leer un tratado donde todo parecía sencillo y otra cargar un arma auténtica. Ni siquiera estaba segura de la medida que debía utilizar y, en cualquier caso, la mitad de la pólvora cayó al suelo debido al temblor de sus manos. Respiró hondo. Debía cargar la pistola antes de que los ladrones accediesen al piso superior. Habían entrado por el taller y la puerta que comunicaba este con el resto de la casa no estaba cerrada. Era cuestión de minutos que irrumpieran en el resto del edificio. Logró serenarse lo suficiente para verter el resto de la pólvora en el cañón. Después, introdujo el proyectil y lo atacó con la baqueta. Para concluir, cargó la cazoleta y tiró del martillo hasta su posición final. El arma estaba lista para ser usada.

Con ella firmemente sujeta en las manos, salió a la galería y descendió las escaleras.

Los ladrones seguían dentro del taller de Wilhem. Quizás habían hallado algo de valor en él, aunque no

imaginó de qué podía tratarse. Aparte de trastos para pintar, no había nada de interés. Wilhem no usaba pigmentos caros ni telas de alta calidad.

Juana se plantó frente a la puerta y tomó aire. Por alguna razón que desconocía se sentía segura y los nervios habían sido sustituidos por una calma de origen desconocido. Empujó la puerta con decisión.

Eran dos. A pesar de la escasa luz de la lámpara que llevaban, no le costó identificarlos como los mismos que unos días antes habían intentado entrar por la puerta principal.

—No sé qué creéis que hay en esta casa, pero os aseguro que nada de valor —dijo. Ni ella misma sabía de qué recóndito lugar en su interior salían las fuerzas para plantarse frente a aquellos desconocidos y hablar con tanta seguridad. De todos modos, no se detuvo a pensarlo demasiado.

Al verla, los dos ladrones se giraron con la sorpresa dibujada en sus rostros. Se estaban llevando las tablas falsas de Wilhem y Andrea. Una de ellas estaba incluso inacabada, aunque parecía carecer de importancia para los asaltantes. No daba la sensación de que fuesen unos expertos en arte. Quizá lo mejor sería dejarles acabar si se conformaban con eso.

Uno de ellos, un tipo enjuto y con cara de enfermo, se giró hacia su compañero.

—Dijiste que el palacio estaba vacío. ¿Qué hacemos ahora?

El otro se encogió de hombros como si la pregunta no fuera con él. Era alto y fornido como un roble y llevaba un jubón rojo desgastado, muy similar a los de los sepultureros. Era muy probable que lo hubiesen echado de su puesto o quizá él mismo había decidido que resultaba más lucrativo y seguro dedicarse al pillaje en lugar de a recoger cadáveres. En cualquier caso, Juana resolvió que debía andarse con cuidado con él. Saltaba a la vista que era el más peligroso de los dos.

—Y no hay nadie. Solo es una mujer —bufó el alto.

Juana colocó el arma a la altura del pecho.

—Una mujer con una pistola —dijo.

Asustado, el hombre del jubón encarnado dio un paso hacia atrás. Tardó menos de un suspiro en recomponerse. Entornó los ojos, se atusó el cabello para demostrar tranquilidad y, retador, alzó la barbilla.

—¿Qué piensas hacer con eso? ¿Disparar? —dijo a la vez que avanzaba hacia la mujer.

—No dudéis de que, si me obligáis, lo haré. —Juana se tomó unos segundos para ordenar sus pensamientos. Sin perder de vista al ladrón, bordeó la mesa que Wilhem usaba a modo de escritorio y se detuvo. Una idea cruzó su mente —. Son tiempos duros, lo sé. Os propongo una cosa para que todos salgamos ganando. Podéis llevaros lo que queráis del taller, pero nada del resto de la casa. Os aseguro que, de todos modos, no hay nada de valor en ella.

Al más delgado de los asaltantes aquello le pareció razonable y así se lo hizo saber a su compañero. A este ni siquiera se le pasaba por la cabeza aceptar la oferta de Juana.

—Muestras mucho interés en que no revisemos el resto de la casa —respondió rodeando también el escritorio por el lado contrario al de la joven. Estaba a poco más de un par de codos de distancia de ella—. Seguramente será porque escondes joyas y dinero.

—Os juro que todo lo que hay de valor está aquí. Os lo ruego, marchaos.

Sin embargo, lejos de irse, el hombre del jubón encarnado se apoyó en la mesa, tensó los músculos y se dispuso a abalanzarse sobre aquella entrometida.

Juana apretó el gatillo por puro instinto. Un fogonazo de rojo fulgor iluminó el taller y una nube de humo blancuzco surgió de la cazoleta del arma. Y eso fue todo. Tal y como se había temido, la pólvora estaba inservible tras tantos años en la bolsa.

Recompuesto de la sorpresa, el hombre recorrió la distancia que le separaba de la mujer de dos ágiles zancadas y le propinó un golpe con el envés de la mano. Juana cayó

al suelo y un hilo de sangre brotó del labio roto. La pistola se le escapó de las manos y se golpeó la cabeza contra una mesa. Un relámpago de luz acompañado de un fuerte dolor la invadió.

—¡Mala pécora! —bramó el del jubón rojo.

Juana se llevó la mano allí donde se había golpeado y sus dedos se tiñeron de sangre al instante. Pese a ello, el asaltante no le dio un respiro. La cogió por el cabello obligándola a erguirse y le hizo doblarse hacia delante sobre el escritorio. Los documentos que llenaban la mesa cayeron al suelo y un mar de pergaminos y vitelas se esparció por el piso. Se colocó a su espalda y le subió la ropa hasta dejar sus piernas al descubierto.

—No, por favor —rogó Juana—. Eso no.

—¡Calla! Una víbora como tú necesita que le enseñen una lección. —Juana se revolvió con todas sus fuerzas. El asaltante tuvo que esforzarse por mantenerla inmovilizada bajo su cuerpo—. Si te resistes, va a ser peor.

—No tenemos tiempo para eso. Cojamos lo que haya de valor aquí y marchémonos —terció el segundo ladrón—. Alguien podría venir. No sabemos si vive más gente en la casa.

Haciendo caso omiso, su compañero emitió un gruñido animal, se bajó las calzas y puso todo su peso sobre el cuerpo de Juana. Esta lanzó un jadeo mezcla de rabia y frustración. Pataleó con fuerza y recibió un manotazo en la nuca a modo de reprimenda.

—¡Estate quieta o te juro por mi vida que te dolerá más! —Juana no se detuvo ante aquella amenaza. Braceó hacia atrás tratando de arañarle en la cara. El ladrón tuvo que hacer uso de todas sus fuerzas para inmovilizarle las muñecas a la espalda. Desesperada, la joven miró a su alrededor y localizó un pequeño mortero que se usaba para moler pigmentos en un estante sobre su cabeza. Si fuera capaz de alcanzarlo...

—¡Estoy contagiada! ¡Tengo la peste! —gritó a la desperada.

Aquello hizo que el hombre redujera la presión

momentáneamente.

—¡Mientes!

—Te digo la verdad. Mi esposo murió ayer mismo por la plaga y arriba está mi hijo, también enfermo. Puedes comprobarlo si quieres.

—No hay una cruz negra pintada en tu puerta. ¡Estás mintiendo!

Pero la sombra de duda que había plantado en la cabeza del ladrón le proporcionó a Juana unos valiosos segundos que no dudó en aprovechar. Su brazo se soltó de la presa del hombre y se estiró hasta asir el mortero. Con él firmemente sujeto, se giró y golpeó al ladrón en la sien con todas sus fuerzas. Más sorprendido que otra cosa, el hombre soltó a su presa a la par que se tambaleaba. Un segundo golpe le hizo trastabillar y cayó al suelo de espaldas. Un reguero de sangre empezaba a brotar de la herida de su cabeza.

Juana no le dio tiempo a que se recuperara. Con el mortero teñido de rojo, señaló al otro ladrón.

—¡Llévatelo! Idos los dos antes de que avise a la guardia. Y no volváis. Lo que he dicho de la peste es cierto. Si no queréis contagiaros, no pongáis un pie en esta casa de nuevo.

El asaltante no esperó a una nueva advertencia. Cogió a su aturdido socio por los hombros y lo ayudó a ponerse de pie. Con pasos vacilantes desanduvieron el camino por el que habían irrumpido, descendieron los escalones que conducían al muelle y se subieron a una góndola.

Juana atrancó la puerta una vez los vio alejarse y perderse en la distancia. Notó que las lágrimas pugnaban por aparecer. Un lujo que no podía permitirse. Dejó caer el mortero en el suelo y se apoyó en la pared soltando un gruñido que se convirtió en un grito de rabia.

Su vista reparó en las falsificaciones de Wilhem que los ladrones habían dejado abandonados en su huida. Sin pensarlo, un instinto que brotó de algún lugar muy dentro de ella tomó el control de su cuerpo. Una a una, las fue estampando contra el suelo y las paredes. Hasta que fueron

solo astillas. Se quedó largo rato recobrando el aliento y una sonrisa de satisfacción asomó a su rostro.

Sintió que el mundo se volvía un poco más amable y familiar. Salió del taller, cerró la puerta y ascendió los escalones en silencio. Se sentó junto al lecho de Jan y no se movió de su lado hasta el amanecer.

Tras varios días de niebla y cielos encapotados, esa mañana el sol asomaba por encima de los tejados de Venecia. Juana vio en aquello un presagio de que las cosas empezarían a mejorar. No podía estar más errada.

Jan expiró pocas horas después.

XII

Los sepultureros se llevaron el cuerpo del niño al día siguiente. Para entonces Juana había llorado y no le quedaba ninguna lágrima más. Se sentía culpable de lo sucedido. Su infidelidad había traído la muerte al palacio, se repetía una y otra vez.

Poco a poco, durante las horas que pasó velando el cuerpo de su hijo, los negros pensamientos fueron dando forma a una idea que acabó por instalarse en su cabeza. Para cuando el carro se detuvo frente al palacio, ya estaba totalmente convencida. Ni su vida ni su futuro importaban. Ya no le pertenecían. Si enfermaba de peste utilizaría el tiempo que le quedara en ayudar a los demás. Sería su modo de expiar una culpa que, de otro modo, le haría morir sintiéndose la mujer más desdichada.

Observó con apatía, casi con desinterés, cómo el cuerpo de su hijo era sacado de la casa en unas parihuelas y arrojado sobre el resto de los cadáveres. Después, los dos sepultureros se acercaron a ella. Juana observaba ausente la ciudad al otro lado del Gran Canal.

—Ya sabéis qué sucederá ahora. Las órdenes son llevar a todo aquel que tenga contacto con un enfermo al Lazzaretto Nuovo, donde deberéis pasar cuarenta días. Si transcurrido ese tiempo no dais signos de haber enfermado, podréis regresar a Venecia.

—Claro que siempre hay modo de evitar eso —intervino su compañero. Se trataba de un poco elaborado, pero eficaz guion, que solía acabar con sus bolsillos bien surtidos de oro. En esta ocasión, la cosa no parecía que fuese a ser así.

—Entiendo —repuso Juana.

Los dos sepultureros cruzaron una mirada vacilante. El que había hablado en segundo lugar tomó la iniciativa. Decidió dejar de ser sutil.

—En el Lazzaretto Nuovo estaréis rodeada de otros familiares de enfermos. Si vos no os habéis contagiado, hay muchas posibilidades de que suceda. ¿Entendéis lo que os digo?

—Pero no es necesario llegar a eso —intervino su compañero para dejar claras las cosas—. Se puede arreglar con unas monedas o alguna joya de valor.

Juana dio muestras de entender por primera vez. Señaló el palacio con aire indolente e hizo una sorprendente petición.

—Podéis coger lo que os venga en gana del palacio, aunque os advierto que no hay gran cosa. A cambio, tenéis que llevarme al Lazzaretto Vecchio, adonde lleváis a los enfermos —dijo.

Los dos hombres vestidos de rojo se apartaron de ella al unísono.

—¿Habéis contraído la peste?

La mujer negó con un sereno movimiento de cabeza.

—Entonces, ¿por qué queréis ir al hospital?

—Quiero ayudar a los enfermos. Estoy segura de que puedo ser más útil allí que aguardando enfermar.

—¿Tenéis idea de la clase de lugar que es el Lazzaretto Vecchio? —señaló uno de los sepultureros sin poder entender aquella extraña petición.

Su compañero quiso ampliar la información con todo lujo de detalles.

—Nosotros vamos allí todos los días. Es lo más parecido al infierno que hallaréis sobre la tierra. Se mire donde se mire, la muerte está presente en cada rincón. Los enfermos se apiñan sin espacio entre ellos. Los que mueren son enterrados en una fosa común y los que aún viven ya parecen estar muertos. Sus gemidos y gritos de dolor se oyen antes de atracar en el muelle. Solo un loco iría allí sin estar obligado. Los hermanos lazaristas se encargan del hospital. Cuidan de los enfermos, lavan, limpian, cocinan y

se ocupan de todo. Nadie aparte de ellos y los enfermos pone un pie en esa condenada isla. ¿Y vos queréis ir allí por vuestra propia voluntad?

Pese al escalofriante relato del sepulturero, el semblante de Juana no reflejó emoción alguna.

—Quiero servir como voluntaria en el Lazzaretto Vecchio —repitió.

Los dos hombres se miraron sin saber qué decir. Ambos debían haber llegado a la misma conclusión: aquella pobre mujer había perdido la cabeza tras la muerte de su hijo. No era la primera vez que eran testigos de algo así, aunque nunca hubiesen visto tal seguridad y firmeza en una loca.

Tras unos segundos de indecisión, el que había hablado en segundo lugar se encogió de hombros.

—Si tenéis tantas ganas de dejar este mundo, es cosa vuestra —repuso lacónico—. Os llevarán a la isla y si los hermanos lazaristas creen que podéis hacer algo de utilidad, os quedaréis. Si no, permaneceréis allí a aguardar que enferméis. En cualquier caso, eso no tardará en suceder.

Juana no añadió nada más. Asintió con aire indolente y siguió a los sepultureros.

Al atardecer, una barcaza muy similar a la que había visto recoger cadáveres bajo el puente la llevaba al lazareto. Iba sentada a popa de la nave, con la vista fija en las mansas aguas de la laguna. Con ella, además de los cuatro sepultureros que gobernaban la nave, viajaba una veintena de enfermos. Sobre parihuelas los más afortunados, tendidos directamente en la cubierta los más.

Mientras la nave recorría la distancia que la separaba del hospital, Juana observó el relieve de la ciudad que dejaba tras de sí, seguramente para siempre.

Venecia, con sus fachadas de mármol blanco asomándose al canal, ardía bajo la luz del crepúsculo. Distinguió el perfil afilado del campanario de San Marcos y las cúpulas de la catedral recortándose contra un cielo

primaveral por primera vez en muchos días.

Vislumbró un gran gentío frente a la entrada principal de la basílica. No llegaba a imaginar qué motivo hacía que aquella muchedumbre se apiñara en la plaza. Una visión que resultaba inquietante y contrastaba con la de una ciudad que parecía fantasma.

—Es una procesión —le informó uno de los sepultureros, un chico joven al que le faltaba media dentadura. El único que la había tratado con cierto respeto al enterarse de las razones que la llevaban al hospital.

Juana volvió la cabeza para mirarlo.

—Creía que estaban prohibidas, como parte de la cuarentena.

—Y así es, pero esta es especial. Sacarán los restos de san Marcos de debajo del altar mayor para pedir que interceda por la ciudad y alivie la plaga. Es la primera vez que se hace en muchos años. La última vez fue durante la plaga de 1575.

La mirada de Juana regresó a la explanada frente al colosal templo. No faltaba quien aseguraba que los restos que con tanto cuidado se guardaban en un sarcófago de piedra bajo el altar mayor eran en realidad los de Alejandro Magno. Fuesen los del evangelista o los del gran conquistador, Juana estaba segura de que aquella concentración de gente, lejos de servir para mitigar el impacto de la peste, haría que en unos días hubiese muchos más infectados. Decidió guardarse para sí aquella idea al ver cómo el chico se persignaba con fe cuando las campanas de San Marcos anunciaron que su ilustre huésped salía de su eterno lugar de reposo.

Al poco, la isla de Santa María de Nazaret apareció en la distancia. Como el resto de Venecia, era un espacio artificial que los hombres habían arrancado de la marisma a base de sudor y esfuerzo. Cumplía las labores de leprosería desde sus inicios, y desde hacía dos siglos el de hospital durante los numerosos brotes de peste que tan frecuentemente asolaban la ciudad.

Juana la estudio en detalle. Se trataba de una pequeña

porción de tierra de forma trapezoidal frente a la gran barrera de arena que era el Lido. El extremo oriental de la isla estaba ocupado por una colosal edificación compuesta por alargados barracones de piedra que se entrelazaban y entre cuyos huecos se extendían cuatro patios descubiertos. Las varias ampliaciones y añadidos que había sufrido se reflejaban en la discordancia entre las diferentes naves.

Frente a ella se extendía una enorme explanada donde ardían varias hogueras. Las columnas de humo que producían se elevaban al cielo oscuras y densas.

—No os preocupéis —quiso tranquilizarla el joven sepulturero—. Son las pertenencias de los enfermos. Cuando un infectado llega a la isla, lo primero es quemar sus ropas. A los muertos no se les quema, se les entierra en fosas comunes. —Acompañó su discurso con una sonrisa que intentaba transmitir serenidad y que se quedaba a mucha distancia de su objetivo—. Vengo aquí dos veces al día y el vello de la nuca se me sigue erizando. Si este lugar pudiese hablar, las historias que podría contar helarían la sangre del mismísimo demonio.

—¿Y vos no tenéis miedo de enfermar?

—Ya contraí la peste en la primera semana como casi todos los sepultureros. Parece que la enfermedad no ataca dos veces.

Por si acaso, el muchacho volvió a persignarse con vehemencia.

Juana no supo qué decir. Se limitó a fijar su vista en la isla y tratar de serenar su espíritu.

La barcaza atracó en el extremo sur y el joven sepulturero le tendió la mano para ayudarla a bajar a tierra.

—Hablad con el hermano Ettore. Él es quien está al mando en el lazareto.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

Por toda respuesta el muchacho se encogió de hombros.

—Probad en alguno de los pabellones o en la iglesia —dijo señalando al único edificio exento.

Juana echó a andar tras dar las gracias al joven. De

aquellos demonios vestidos de rojo, como los había descrito la mujer del balcón en el Campo San Geremia, aquel era el único en el que había atisbado una pizca de humanidad.

Uno de los monjes que ayudaban a descargar a los enfermos se la quedó mirando perplejo. Cuando un sepulturero le explicó el motivo de su presencia en la isla, los rasgos del clérigo se alagaron hasta la incredulidad. Se acercó a Juana al trote sin dejar de mover receloso la cabeza. Lucía el hábito blanco con cruz verde al pecho que lo distinguía como miembro de la Orden de San Lázaro.

Los Caballeros de San Lázaro eran una antigua orden de caballería que desde su fundación en Tierra Santa se encargaba de erigir y llevar leprosarios por toda la cristiandad. Incluso acogían en sus filas a personas que sufrían aquella terrible enfermedad. Eran a la vez soldados y monjes, lo que hacía que en numerosas ocasiones cambiasen su labor médica por la espada y luchasen contra el turco.

—Uno de los sepultureros me ha dicho que habéis venido voluntaria al lazareto —dijo el monje al tiempo que se bajaba la venda con la que se cubría nariz y boca.

Juana asintió con mansedumbre.

—Quiero ayudar —se limitó a responder.

El monje exhaló un suspiro abriendo sus brazos para mostrar el espacio a su alrededor.

—¿Habéis visto dónde os halláis? ¿Qué creéis que podéis hacer aquí? Este no es lugar para una mujer. Volved a la barcaza y regresad a Venecia.

—¡Hermano! —exclamó alguien a la espalda de ambos —. Si esta mujer quiere ayudar es bienvenida. Como todo el mundo. ¿O acaso no hacen falta manos en el lazareto?

Juana se giró y vio venir en su dirección a otro monje alto y de cabello blanco. La mitad derecha de su rostro mostraba las severas marcas que la lepra dejaba en la piel. Era el único entre todos que no usaba una venda para taparse la boca.

El monje reprendido hizo amago de excusarse, pero un firme ademán del recién llegado le detuvo. Inclinó la

cabeza con mansedumbre y se alejó sin añadir nada más. La disciplina parecía ser una de las virtudes más practicadas en la orden.

—¿Así que queréis servir como voluntaria? —inquirió el recién llegado una vez se quedaron solos.

—Creo que puedo ser de ayuda.

El monje la examinó de pies a cabeza antes de hacerle una seña para indicar que le siguiese.

—No voy a preguntaros el motivo por el que habéis tomado la decisión de ofreceros voluntaria en el lazareto. No obstante, debo preguntaros si estáis enferma o lo habéis estado. Creo que entenderéis que esa es una información de la que debo disponer para encargaros una u otra tarea.

—No estoy enferma ni lo he estado. Mi hijo Jan murió por la peste y mi esposo unos días antes, por otro motivo —fue la escueta respuesta de Juana.

—No sois la única voluntaria en el hospital. Hay varias docenas de personas que nos ayudan. Sin ellos nos resultaría imposible ocuparnos de todo. Esos voluntarios ya han estado enfermos y han sobrevivido a la peste, por lo que no pueden volver a contagiarse. Esa es una de las pocas victorias que podemos apuntarnos sobre esta maldita enfermedad. Vos decís no haberlo estado, por lo que me veo en la obligación de recordaros que las posibilidades de que enferméis son altas. Estáis a tiempo de dar la vuelta y regresar a Venecia. —El monje aguardó una respuesta por parte de Juana que no llegó—. Soy el hermano Ettore, la persona al cargo en el hospital. Os buscaremos un lugar donde podáis ser de ayuda y os expongáis al menor riesgo, si es que eso es posible. ¿Cómo os llamáis?

—Juana de Castro.

—Pues sed bienvenida al infierno, señora de Castro.

Juana fue asignada a la lavandería. Esta estaba ubicada en el pabellón más al norte de la pequeña isla. Allí, pilas enteras de mantas pasaban por sus manos hasta que los dedos se le entumecían y le dolía todo el cuerpo de estar de

rodillas tantas horas seguidas. Cuando la tarea allí menguaba, se le encargaban labores en la cocina o en lugares donde no estuviera en contacto directo con los enfermos.

La orden disponía de una treintena de monjes en el hospital. Al igual que el hermano Ettore, numerosos religiosos mostraban las secuelas de la lepra en sus rostros o manos. Muchos de ellos también eran supervivientes de la peste, pero, en realidad, daba igual ya que, hubiesen pasado la enfermedad o no, la totalidad de la congregación se dedicaba al cuidado de los enfermos. Solo ellos podían deambular libremente por los barracones atestados. A los voluntarios, pese a que casi todos habían superado la enfermedad, solo se les estaba permitido acceder a zonas seguras. Aunque el concepto de zona segura era tan solo una forma de hablar.

Hacía semanas que los barracones destinados a albergar a los infectados resultaban insuficientes. En los patios se alzaban nuevos barracones improvisados, con mil rendijas por donde el frío se colaba, pero donde al menos se podía extender paja sobre la que aposentar a los enfermos y darles un trato digno. Por lo tanto, pese a que los voluntarios nunca debían estar a menos de una decena de pasos de alguien que sufriese la peste, aquello se cumplía poco o nada. La muerte estaba siempre rondando en el Lazzaretto Vecchio.

En poco tiempo, Juana se hizo una idea del terrible impacto que la plaga estaba teniendo en la ciudad. Dos veces al día la barcaza arribaba con decenas de enfermos nuevos, y eso ahora que la peste parecía haber remitido ligeramente, según decían. Los que llevaban allí más tiempo aseguraban que en los peores días la barca hacía cinco o seis veces el recorrido entre Venecia y el hospital. Si una de cada tres personas que contraía la terrible enfermedad no sobrevivía, eso arrojaba un número diario de muertos enorme.

Algunos no pasaban de las pocas horas, otros aguantaban cuatro o cinco días, lo que la peste solía tardar

en concluir su mortífera misión.

Docenas de cadáveres de los pabellones debían ser sacados cada mañana, apilados en carros y transportados al extremo oeste de la isla, donde se les daba sepultura en fosas comunes.

Abrir tumbas era, de hecho, la tarea a la que más recursos humanos se destinaban. A todas horas había monjes y voluntarios que se turnaban cavando hileras de ordenadas fosas. La húmeda y oscura tierra que se apilaba en montones al borde de ellas apenas tenía tiempo de secarse.

Juana bien pronto sintió una profunda admiración por los hermanos lazaristas. Aquellos hombres se enfrentaban a un duro e ingrato trabajo todos los días, y lo hacían sin expresar una queja o manifestar descontento.

Durante tres largas semanas, Juana trató de emular a los monjes guerreros. La disciplina con la que hacía cuanto se le encomendaba sorprendía incluso a los severos religiosos. No había voluntario que trabajase más y con más esfuerzo.

Sentía que era su modo de redimirse gracias al castigo. El duro trabajo, las largas jornadas de rodillas, lavando ropa hasta que sus manos sangraban y la espalda le crujía al incorporarse, eran el camino que debía seguir para expiar su culpa. Aun con todo, no le parecía suficiente.

Por dos veces le había pedido al hermano Ettore que le dejara asistir a los enfermos en los pabellones. El monje se negó con la misma firmeza en las dos ocasiones.

La tercera vez que lo pidió acababan de contagiarse siete hermanos y un nuevo brote había traído al hospital más de cien infectados en un solo día. El Lazzaretto Vecchio estaba desbordado. Algunos de los voluntarios habían sido destinados a los pabellones ya, y Juana estaba convencida de que el hermano Ettore no tendría más remedio que aceptar. Aun así, el religioso se mostró igual de reacio cuando lo asaltó en el exterior de la pequeña capilla donde acudía a rezar cada mañana.

—No puedo dejaros entrar en los pabellones. Sería

como enviaros a la muerte.

—Y, sin embargo, no os queda otra alternativa que hacerlo. Los hermanos que quedan son pocos y no dan abasto.

El monje arrugó el ceño y las marcas de la lepra convirtieron su expresión en una línea irregular y sin fuerza. No obstante, su voz tronó con severidad.

—No quise preguntároslo el día que llegasteis aquí, pero ahora me veo en la necesidad de hacerlo: ¿por qué queréis morir con tanto empeño, Juana de Castro? ¿Qué habéis hecho de tanta gravedad que creéis merecer un destino que no compete elegir a nadie salvo a Dios?

—Lo que haya hecho y mis motivos no son asunto vuestro.

La rabia con que la mujer se expresaba sorprendió a ambos. Contrastando con su dureza, el monje habló con la voz templada por la fe:

—Creedme, hermana, si Dios quisiese que enfermarais, vuestra intervención no sería necesaria. Lo que me lleva a creer que Dios no os quiere muerta. Así que no pienso ir en contra de su divino deseo —sentenció. Luego suspiró de modo ruidoso antes de reafirmarse en su negativa—: Regresad a la lavandería. No pienso asignaros a los barracones.

Juana se alejó encolerizada. El niño que había llevado dentro de sí estaba muerto. Emparedado entre cadáveres anónimos en una tumba sin lápida por su culpa. Había sido una mala madre y una adúltera. Dios la había castigado, no tenía duda al respecto. Solo existía un modo de purgar sus pecados. Tenía una deuda que saldar y de un modo u otro lo haría. Si eso le ocasionaba la muerte, aceptaría lo que Dios dispusiese para ella.

A escondidas del monje comenzó a visitar a los enfermos cuando concluía su largo turno al anochecer.

Cuando llevaba cinco días limpiando vómitos, colocando paños húmedos en frentes ardientes y sudorosas y administrando adormidera para calmar los dolores, la asaltó un ligero mareo. Se dirigía a la caseta donde los

voluntarios dormían y tuvo que agarrarse a la pared para no irse al suelo. Se acostó sintiendo la manta sobre su cuerpo como si fuese de plomo fundido y al mismo tiempo tiritando de frío.

Al día siguiente, cuando amaneció en su catre se sentía tan fatigada que no se vio capaz de dar un solo paso. El cuerpo le ardía y un dolor punzante en medio de la cabeza la taladraba. Se palpó el cuello y sus dedos se toparon con un bubón amoratado. Finalmente, la peste la había alcanzado. Un sentimiento de alivio al que le siguió el miedo asaltó su estómago.

La colocaron en unas parihuelas y la llevaron a un rincón tranquilo del pabellón este, muy cerca de las viviendas de los monjes. Allí, en una habitación estrecha y que olía a humedad, atendían a los monjes que enfermaban. Era la única y pequeña prebenda que recibían por su labor.

Mientras la transportaban por los pasillos, las vigas del techo de los barracones desfilaron sobre su cabeza en una rápida sucesión de momentos confusos. Le daba la impresión de estar pasando una y otra vez bajo la misma sección de techo. Quiso decir algo y no fue capaz de articular palabra. La dejaron sobre el camastro de paja y al poco olvidó lo sucedido. Se quedó dormida.

Lo último que vio antes de sumirse en la oscuridad fue el rostro del hermano Ettore inclinado sobre ella. Una sonrisa triste recorría la mitad de su rostro mutilado.

—Os doy la enhorabuena, Juana. Habéis logrado lo que con tanto ahínco buscabais. Ahora comprobaremos si tal y como yo creo, Dios no quiere que muráis o si estoy equivocado.

Durante días Juana entró y salió de un sueño febril que la mantenía en un estado perpetuo de ansiedad. Frente a ella desfilaron personas de su pasado de modo tan vívido que era incapaz de distinguir si soñaba o no.

Su padre, Francisco, Robert, el aya Teresa, Pedro Tirón, Ana del Cerro, Andrea y los odiosos duques de Ponto Rosso

la visitaban una y otra vez. Por alguna razón, ni Wilhem ni Jan formaban parte de las visiones.

Otras veces, los sueños tenían la textura de una pintura al óleo donde aparecían figuras geométricas que no recordaban a nada que la naturaleza hubiese creado, rostros deformes que parecían verse desde todas las perspectivas posibles a la vez, e incluso formas indefinidas que solo podían ser fruto del delirio de un demente.

De vez en cuando despertaba y era consciente de dónde se hallaba. Escuchaba los gritos y lamentos de dolor de los enfermos de las camas vecinas. Notaba el olor dulzón de la muerte. Y volvía a caer en un sueño inquieto y nervioso.

Continuó en aquella espiral de realidad y ficción hasta que una madrugada abrió los ojos y sintió que el mundo era de nuevo un lugar reconocible. Se incorporó en la cama y miró en rededor. Las débiles llamas de las velas apenas alumbraban la estancia. No quedaba nadie más en aquel lugar. Los camastros donde hasta entonces yacían enfermos sus compañeros estaban vacíos.

Se puso una mano sobre la frente y la notó helada. Al palparse bajo la ropa descubrió que los bubones habían desaparecido de su cuerpo, así como los dolores.

De modo ausente acarició el frasquito con azogue regalo de Robert.

Había vencido a la peste. Había sobrevivido.

Entonces, ¿por qué sentía de repente el deseo de llorar? ¿Por qué no se alegraba de estar viva?

El hermano Ettore la visitó poco después de la salida del sol. Se sentó en el catre, que emitió un crujido de queja.

—Parece que yo estaba en lo cierto. Dios no desea que muráis.

—Parece que así es —respondió lacónicamente Juana.

Los dos se quedaron en silencio. La única abertura en la estancia, aparte de la puerta, un ventanuco alto que permitía ventilar y entrar la luz del sol, estaba abierto de par en par y un cielo azul sin mácula se asomaba a él, como

proveniente de otro mundo. Desde fuera llegaba amortiguado el canto de los pájaros. Juana reparó en que era la primera vez en mucho tiempo que oía aquel sonido. Se había acostumbrado al aterrador silencio de una Venecia vacía, y después al habitual murmullo de gemidos y gritos de dolor de los enfermos.

—La plaga ha remitido —anunció el monje, adivinando sus pensamientos.

—¿Cómo?

El lazarista se encogió de hombros mientras elevaba la vista al techo dejando clara su opinión al respecto.

—Tal y como vino se fue. Los enfermos han dejado de venir, al menos no por decenas como hasta ahora. Venecia va poco a poco recobrando su ritmo. —El monje se detuvo y su rostro se ensombreció—. Aunque es muy probable que regrese. No es la primera vez que sucede. Si no es este año, será el próximo.

—Si tal cosa pasara, la ciudad estaría preparada esta vez.

El monje negó para sí y desvió la mirada hacia las puntas de sus borceguíes.

—Las ciudades las hacen las personas, y las personas tienden a olvidar. Sobre todo, lo malo. Lo he visto otras veces.

Juana no supo qué añadir al vaticinio del monje. La seguridad con la que hablaba estaba impregnada de un pesimismo fruto de largas reflexiones.

—¿Cuántos días he estado aquí? —preguntó.

—Ocho.

—Eso es mucho más de lo habitual. Por lo general, la enfermedad se resuelve en cuatro o cinco días.

—Imagino que Dios no quería que resultase demasiado evidente su intervención.

Aquello provocó que Juana sonriese espontáneamente por primera vez en mucho tiempo. Un acto que resultaba tan extraño como reconfortante, y que cesó abruptamente. La joven se incorporó en la cama. Estaba tan delgada que su cuerpo bajo la manta apenas era un bulto enjuto y débil.

—¿Vos me confesaríais, hermano Ettore? —dijo de improviso, al tiempo que se miraba los pies desnudos y blancos.

—Puedo hacerlo, pero creo que antes sería necesario que os perdonaseis vos misma, Juana.

La voz amable y cargada de paz del monje provocó que sintiera un nudo en la garganta. Las lágrimas surgieron como un tenue arrollo que fue ganando caudal, y sin que ella misma fuera consciente, lloró en silencio. Un reguero salado cruzó sus mejillas y se deslizó de la barbilla para caer sobre la sucia manta que la cubría.

Se abrazó a Ettore y dejó que el llanto se convirtiese en un bálsamo que aliviara el dolor.

Cuando concluyó, se apartó avergonzada del monje y se secó con la gastada manta. Evitaba mirar de frente a Ettore.

Este mostraba la misma calma habitual en su rostro mutilado. Se puso en pie y antes de salir de la estancia le habló con una ternura que nacía del afecto. Un cariño forjado al calor de la enfermedad, al costado de la muerte, siempre amenazante.

—No os conozco mucho, Juana de Castro. Ni sé qué os trajo aquí, pero si Dios no ha permitido que, a pesar de vuestro comportamiento suicida, murieseis, ha de haber una buena razón. Sea lo que sea lo que hicisteis, os sintáis culpable de lo que os sintáis, si él os ha perdonado, vos no deberíais ser menos.

Con las lágrimas ya secas en sus mejillas, Juana asintió varias veces.

—Así lo haré, hermano. ¿Cuándo podré dejar la cama?

El religioso colocó las manos a la espalda. Después, miró el cuerpo esquelético de Juana y torció el gesto.

—Aún estáis muy débil. Mandaré que os traigan algo de comer. Si os alimentáis bien, es muy probable que en dos o tres días podáis dar algún paseo corto por la isla. En una semana podríais regresar a Venecia y olvidaros de toda esta pesadilla.

Juana se rascó la coronilla.

—Respecto a eso… —balbuceó. Se dio unos segundos y volvió a hablar con voz firme—. He estado pensando, y si es posible desearía quedarme una temporada ayudando en el lazareto. Habéis dicho que la peste ha cesado, pero seguro que podría ser de ayuda.

—Alguien que quiera ayudar siempre será bienvenido aquí —respondió Ettore—. ¿Estáis segura de que es lo que queréis?

—Por una temporada, al menos. Aún no me siento preparada para regresar.

El monje esbozó una sonrisa a medias.

—Entonces será un placer contar con vos el tiempo que deseéis, Juana de Castro.

Dicho eso, el hermano Ettore giró sobre sus talones y cabeceó para despedirse a la par que encaminaba sus pasos hacia la salida.

—Antes de que os vayáis, ¿podría pediros algo? —lo detuvo Juana.

—Vos diréis.

—¿Sería posible que me trajesen papel y algo con que dibujar? Un carboncillo o estilete me bastaría.

El monje trazó un gesto cercano a la sorpresa al tiempo que meneaba la cabeza para confirmar.

—Veré qué puedo hacer —dijo antes de salir.

INTERLUDIO

A medida que la barca se acercaba al muelle, Juana sintió como si docenas de mariposas aletearan en su vientre a la vez. Venecia brillaba bajo el sol del verano y las aguas de la laguna resplandecían con fuerza cegadora.

—Parecéis nerviosa. No deberíais estarlo. Regresáis a casa.

El hermano Ettore apoyó sus palabras con una débil palmada en el hombro de Juana.

—Siento una mezcla de nostalgia y miedo al mismo tiempo.

—Se os pasará pronto. Este es el lugar al que pertenecéis. Ya lo hemos hablado.

Juana calló. Era cierto. Habían sido muchas las conversaciones mantenidas con aquel monje, en su mayoría acerca del perdón hacia uno mismo y sobre la redención.

El silencio que reinaba en la pequeña barca desde que habían partido del Lazzaretto Vecchio regresó. Todo cuanto se oía era el golpeteó incesante del agua contra el casco de la nave.

Venecia se fue acercando lentamente.

Atracaron en un muelle muy cerca de San Marcos y Juana bajó a tierra. El hermano Ettore cabeceó para desearle suerte.

—Que os vaya bien, Juana de Castro —dijo el monje trazando una sentida reverencia mientras la barca ponía rumbo de regreso al lazareto.

Juana asintió y les deseó a él y a los hermanos que iban a bordo lo mismo. Echaría de menos a aquellos hombres y el tiempo pasado en el lazareto.

—Añoraré nuestras charlas —gritó cuando el bote se

alejaba.

—Yo también —replicó Ettore con una sonrisa.

Juana no podía recordar cuándo alguien le había brindado una sonrisa tan sincera y afectuosa como las del monje. Realmente lo iba a echar de menos. Agitó la mano para despedirse.

Al quedarse sola, el bullicio de Venecia se le echó encima de sopetón. Sintió que el aire se negaba a entrar en sus pulmones y un fuerte mareo la asaltó. Hubo de sentarse en uno de los amarres para tratar de serenarse. La brisa en el rostro le hizo bien y poco a poco fue recuperando la templanza. Tras unos instantes con los ojos cerrados para conjurar aquella sensación, se atrevió a abrirlos y lanzó una mirada a la laguna. El aire volvía a entrar en ella y el corazón había dejado de latir desbocado en su pecho.

No obstante, al intentar ponerse en pie, su cuerpo se negó a obedecer. Lejos de importunarse, se concentró en averiguar qué le sucedía y cómo solventarlo.

Necesitaba un breve repaso mental a los últimos meses antes de adentrarse en la ciudad. Como un rito necesario para conciliar dos vidas: la de antes de pasar por el lazareto y la posterior. Dos vidas, dos Juanas.

Había permanecido casi medio año en el hospital, un tiempo que ahora se le antojaba un suspiro. Recordó los peores días de la plaga. El incesante ir y venir de la barcaza de los sepultureros. La sensación de vivir constantemente con la presencia de la muerte al lado. Las fosas comunes. También su enfermedad y cómo podía haber muerto por su estupidez. Desde su recuperación se había esforzado por ayudar en el lazareto en cuanto estuviera en su mano. Por corregir ese error. Morir nunca era la solución.

La peste fue remitiendo de modo lento pero firme, hasta que los enfermos dejaron de llegar al islote. La barcaza de los sepultureros ya no cruzaba la laguna. También estos dejaron de ser de utilidad, el Senado de la Serenísima dio por finalizado el brote de peste y los despidió. De las ciento cincuenta mil almas que vivían en la ciudad al inicio de la plaga, esta había matado a cerca de

un tercio. De forma gradual, los voluntarios del hospital también se fueron yendo. Solo ella se quedó.

Se levantaba al alba y se acostaba con la caída del sol. Trabajaba sin descanso y cada día que pasaba representaba un paso más que la acercaba a perdonarse y poder regresar a su anterior vida.

A pesar del duro trabajo, siempre sacó tiempo para pintar durante esos últimos meses. Ni un solo día dejó de practicar, aunque la espalda le doliese y se sintiese rendida después de una larga jornada de trabajo. Un hermano le había conseguido pinceles y pigmentos, y aunque su calidad estaba lejos de aquellos a los que estaba acostumbrada, le sirvieron bien. Además, Ettore apañó un retazo de vela sin estrenar de un bote que yacía en un armario y que una vez cortada y convenientemente preparada servía casi tan bien como el lienzo de calidad que solía usar. Las últimas semanas las dedicó a pintar en ella un retrato coral de los miembros de la orden, que ahora colgaba orgulloso en la pequeña capilla de la congregación. No era un cuadro al uso, sino lo que en Venecia llamaban *telero*, una simple tela de grandes dimensiones, sin enmarcar, que se usaba para decorar estancias y que sustituía la pintura al fresco, que en la ciudad de la laguna apenas existía debido a la intensa humedad que estropeaba rápidamente ese tipo de decoración.

Con aquel trabajo había podido practicar el retrato, un género en el que tenía poca experiencia. Además, le sirvió para dar las gracias a aquellos hombres que nunca olvidaría. Todos posaron sin quejarse durante horas, y ella se esforzó en captar la personalidad y rasgos de cada uno. No tuvo reparos en llevar al lienzo los efectos de la lepra en sus cuerpos. Lejos de ocultarlos, los plasmó con orgullo y dignidad. Una dignidad que les otorgaba la labor que desarrollaban.

De ese modo, entre el duro trabajo y la pintura, el tiempo fue deslizándose, gota a gota. El verano llegó cargado de luz y toda una gama de colores brillantes. Las marismas de la laguna hervían de vida de nuevo. Las

embarcaciones regresaron a las aguas y la ciudad fue recobrando la normalidad. Al mismo tiempo, Juana pasó semanas de indecisiones, de dudas y de ahondar en la carga que sentía llevar a sus espaldas. Nunca podría cerrar la herida que representaba la muerte de Jan, pero, tras largas charlas con Ettore, llegó a la conclusión de que debía seguir hacia delante. Siempre hacia delante.

—La compasión ha de empezar por uno mismo —solía decirle el monje.

Finalmente, halló la paz y la calma necesarias para perdonarse. Le comunicó a Ettore que era el momento de regresar a Venecia.

Una Venecia que no había pisado desde la muerte de Jan y a la que ahora volvía recelosa. La ciudad que recordaba era un gigantesco cementerio desolado y la que ahora hallaba comenzaba a recordar a la bulliciosa urbe cuya vida la peste había detenido. Sin embargo, algo en el ambiente delataba que aquella no era la misma ciudad de siempre. Quizá nunca volvería a serlo. Algo había cambiado en ella, en sus gentes.

Ella también había cambiado.

Se puso en pie y alzó la cabeza a un cielo inmensamente azul. Dejó que el sonido del bullicio de aquella Venecia que empezaba a despertar se le metiera dentro. El recuerdo de la ciudad muerta se disolvió como por ensalmo.

Con paso ágil se encaminó hacia su objetivo.

Plantada frente al palacio de Robert, notó que las manos le temblaban de emoción y que el miedo se abría paso en ella. ¿Y si el marchante no había sobrevivido? Respiró hondo y llamó a la puerta.

A abrir acudió Piero, quien, tras unos instantes de incredulidad, la abrazó con efusividad.

—¡Dios santo! Creíamos que habíais muerto —exclamó el criado.

—Sigo entera y de una pieza. ¿Y Robert? —Una sombra de temor cruzó su rostro.

El sirviente la tranquilizó y le indicó que el flamenco

estaba en su despacho del primer piso.

Juana ascendió las escaleras que llevaban allí con una sonrisa en los labios. Se sentía eufórica al volver a ver a su amigo. Llamó a la puerta.

La cara de Robert se congeló en un rictus de sorpresa que dio paso a la perplejidad y después a la alegría.

—¡Dios del cielo! ¡Estás viva!

—Lo estoy —fue todo lo que Juana pudo decir antes de que el marchante la estrechara contra su pecho impidiéndole no solo hablar, sino casi respirar.

La hizo pasar al despacho sin dejar de tocarla, como si todavía no creyese tenerla delante. Se sentaron en dos sillas frente a la ventana que se abría al canal. Robert seguía sin recuperarse del impacto.

—Un vecino del palacio me dijo que te habían llevado al Lazzaretto Nuovo, pero allí nadie supo dar cuenta de tu paradero. ¡Te he buscado por toda Venecia!

Juana le narró lo sucedido. El marchante escuchó con atención el relato de su amiga. Cuando esta concluyó, la tomó de las manos y la miró con infinita ternura.

—Siento mucho lo de Jan. Solo era un niño. No merecía un destino así. Y tú..., enferma de peste y sobreviviste. ¡Dios mío!

—¿Dónde está Ana? Tengo muchas ganas de verla. Cuando se entere de que he venido antes a verte a ti, palidecerá de envidia.

Una nube oscureció el semblante de Robert.

—Ana —comenzó el marchante, pero hubo de detenerse a mitad de la frase. Juana comenzó a temerse lo peor—. Ana murió en la villa donde nos refugiamos. Enfermó a los dos días de llegar. Debía de estar contagiada ya al partir de Venecia. Solo un milagro hizo que el resto de nosotros no enfermara.

Juana emitió un quejido sordo. Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla izquierda y hundió la cara entre sus manos, sollozante. Robert la abrazó. Juana sintió como si alguien le hubiese abierto las entrañas.

—En el lazareto conocí a un monje que me dijo algo

que entonces no entendí —musitó cuando logró poder hablar—. El hermano Ettore me dijo que cuando llevas tanto tiempo compartiendo espacio con la muerte llegas a anestesiarte frente a ella. Crees que estás salvo de sus garras y, lo que es peor, llegas a estar convencida de que ya te ha causado todo el dolor que podía infligirte. Pero es una sensación de falsa seguridad. Un día descubres que siempre está ahí, acechante, y que nunca tiene prisa. Tarde o temprano, siempre gana. La vida es como esos retratos en los que se añade una calavera como recordatorio del destino que nos aguarda a todos. —Un nuevo sollozó ahogó sus palabras. Robert la estrechó con más fuerza contra su hombro—. Me habría gustado decirle cuánto la quería.

—Ella lo sabía. Y también te quería. Te dejó su palacio y la colección de pinturas que hay en él.

Juana se apartó del pecho de Robert.

—Ella tenía hijos. No puedo aceptarlo.

—Hijos que son ricos y tienen un próspero negocio en sus manos. Ella te dejó eso, porque te quería y quería ayudarte. Cuando le dije que Wilhem había muerto y que Jan estaba enfermo cambió su testamento y te legó todo lo que tenía en Venecia. Ana sabía que no estaría en mejores manos que las tuyas.

—¿Por qué? —exclamó Juana—. Sabiendo que mi hijo estaba enfermo era fácil pensar que yo misma podría contagiarme. ¿Por qué dejarme nada si había tantas posibilidades de morir?

Robert sonrió con tristeza.

—Yo le hice esa misma pregunta. Dijo que estaba convencida de que, aunque enfermaras, tu destino no era morir todavía.

Las lágrimas anegaron de nuevo los ojos de Juana. Robert intentó consolarla inútilmente. También a él le asaltaron lágrimas que surgían desde lo más hondo de su ser, y se dejó llevar por aquel sentimiento de pérdida. Compartido, el dolor tenía menos poder. Es posible que la muerte siempre venciera al final, pero no ese día.

—Será mejor que pida un poco de vino. Creo que nos

vendrá bien a ambos.

Se levantó y cruzó la estancia. Salió y regresó al poco con un sirviente que traía una delicada salvilla con una copa de vino para ella. Robert llevaba en sus manos su propia copa.

Cuando el sirviente se fue, los dos se quedaron en silencio un buen rato.

—Veo que sigues llevando el frasquito con azogue.

Juana se llevó la mano al cuello. Llevaba tanto tiempo con él que ya no reparaba en su presencia.

—Conozco a alguien que asegura que fue Dios quien no quiso que muriese. Estoy segura de que esto también ayudó —dijo tendiéndole el pequeño recipiente a Robert.

El marchante lo tomó entre sus dedos y lo observó con detenimiento.

—A propósito, la noche que te di esto te hice una promesa.

La expresión de Juana reflejó confusión. No tenía ni la más remota idea de a qué se refería el marchante.

—No recuerdo que me hicieses promesa alguna.

—Te dije que te pediría matrimonio. ¿Cómo has podido olvidar algo así?

Juana prorrumpió en una carcajada espontánea. Dio un trago a su copa y agitó la muñeca.

—Lo recuerdo, Robert. Pero puedes estar tranquilo. Te eximo de cumplir tu palabra —dijo divertida.

Lejos de tomarse aquel asunto con el mismo humor que ella, el rostro de Robert reflejaba una honda seriedad.

—No bromeo, Juana —dijo—. Espero que no creas que te lo pido ahora porque eres la dueña de un palacio y de una colección de obras que incluye un Tiziano y un Rafael, entre otros. Te aseguro que no voy tras ellos. Podemos especificar en el contrato que todo es y será siempre tuyo. ¡Casémonos!

—Casarnos sería una locura y el hecho de que lo propongas me hace cuestionar si no habrás perdido el juicio.

—¿Por qué?

—¿Porque te atraen los hombres, por ejemplo?

—Precisamente por eso —se defendió el marchante—. La cama nunca se interpondrá entre nosotros. Nos tenemos afecto y nos respetamos, y nunca ensuciaremos eso mezclándolo con el placer carnal. Tú entiendes a simple vista más de arte de lo que yo he llegado a aprender en décadas. A cambio, tengo el sentido del negocio que a ti te falta. No nos podría ir mejor juntos.

Juana lo miró de hito en hito. Robert no bromeaba. Verdaderamente le estaba proponiendo matrimonio. Se tomó unos segundos para responder.

—No tienes que casarte conmigo por lástima o pena, Robert. Puedo ser una viuda con cierta dignidad, te lo aseguro.

El marchante se palmeó el muslo con rabia.

—¿Crees que te lo pido por eso? No me estoy brindando a ser tu esposo por pena. Lo hago porque los dos saldríamos ganando con ello. Estoy harto de que se cuchichee a mis espaldas. Necesito una mujer que acalle las habladurías, y tú necesitas un hombre a tu lado. Si crees que por no estar casada podrás hacer lo que te plazca a partir de ahora, siento decirte que no será así. Para empezar, ten por seguro que ahora que has regresado de entre los muertos los hijos de nuestra querida Ana no aceptaran que una desconocida se quede con un palacio que vale una fortuna sin decir nada. Tendrás que ir a los tribunales para defenderte y, aun con la ley de tu parte, sin un marido a tu lado cabe la posibilidad de que pierdas. Piénsalo —dijo bajando la voz—. Lo que te estoy ofreciendo no dista mucho de un matrimonio al uso, excepto en el lecho. Y allí los dos podremos hacer lo que nos plazca por separado. Siempre que seamos discretos. Yo nunca te impediré ser quien realmente eres.

Juana tomó aire profundamente. Si antes de entrar en aquel despacho alguien le hubiese dicho que consideraría volver a casarse, lo habría tomado por loco.

No obstante, razonada, la propuesta de Robert no era tan absurda como podía parecer. Una mujer iba de la casa

de su padre a la de su esposo sin que nada pudiese ser llamado suyo. Solo dejaba de ser posesión del primero para serlo del segundo. ¿Por qué no romper aquella maldición casándose con alguien que nunca querría ser su dueño?

Ni siquiera necesitaba meditarlo demasiado. Robert era la única persona a quien confiaría su vida. ¿Cuántas mujeres podían decir lo mismo de sus esposos?

—De acuerdo —dijo tras unos segundos.

Entonces Robert hizo algo que ninguno de los dos esperaba. Puso una rodilla en tierra y la tomó de la mano. Una mueca mitad divertida, mitad tierna se dibujó en sus labios.

—Juana de Castro, ¿me haréis el honor de convertiros en mi esposa?

—Sí, Robert de Maes. Me casaré con vos.

1650

I

La plaza Navona bullía de gente desde hora temprana. Nadie en Roma quería perderse las celebraciones de aquel día de Pascua, que concluían con una misa con procesión oficiada por el mismísimo papa, Inocencio X.

Aquel año jubilar en Roma, los actos se multiplicaban desde que se derribara la mampostería de la Puerta Santa de San Pedro del Vaticano. Había mucho que celebrar. Era el primer jubileo en paz desde hacía mucho tiempo, una vez concluida la contienda que asolaba el centro de Europa desde hacía treinta largos años. Además, uno de los templos más queridos de la ciudad, San Juan de Letrán, había sido recientemente restaurado y lucía más hermoso que nunca.

Juana asistía a los fastos en una atalaya envidiable, las ventanas de la iglesia de Santiago de los Españoles, desde donde tenía una vista inmejorable. Templo nacional de Castilla desde hacía más de un siglo y embajada oficiosa de España en Roma, su fachada se asomaba a la plaza, por lo que servía de improvisado palco a sus invitados en ocasiones como aquella. Conseguir una invitación no era fácil.

La plaza estaba bordeada por sus cuatro lados por un atrio de madera que englobaba las famosas fuentes que le daban fama: la del Moro y la de Neptuno, a las que se añadía la de los Cuatro Ríos, obra de Lorenzo Bernini, aún en construcción, pero en la que ya se intuía un monumental grupo escultórico en mármol coronado por una copia de un obelisco hallado en la vía Apia. No por nada, el suelo donde se asentaba la plaza Navona había acogido durante la Roma imperial el estadio del emperador Domiciano. De ahí que la plaza tuviera una poco habitual forma elíptica.

Para subrayar el carácter festivo del día, las fachadas que rodeaban la plaza lucían engalanadas con banderolas y guirnaldas de flores, y dos monumentales arcos cuadrifrontes construidos en madera. Estaban colocados en ambos extremos, y eran ambos obra de Carlo Rainaldi. Se daba la casualidad de que el padre del mismo arquitecto, Hieronimo, había concluido recientemente la reconstrucción de otro de los edificios significativos de la plaza, el palacio Pamphili. El edificio era propiedad de la familia de Inocencio X y se decidió ampliarlo cuando su patriarca, sentado ya en el trono de Pedro, resolvió que el antiguo no estaba a la altura de su nuevo cargo.

Juana se asomó a la explanada y observó maravillada el gentío que ya se apiñaba abajo. Debía de haber miles de personas aguardando el inicio de la procesión.

Robert se le unió en aquellos precisos momentos. El marchante había perdido mucho peso en los últimos años. Además, la edad no perdonaba y a sus casi setenta se ayudaba para caminar de un bastón con un llamativo pomo de plata en forma de ave. Venía acompañado de alguien a quien Juana siempre se alegraba de ver.

—Maese Velázquez —dijo la mujer con una amplia sonrisa iluminando su rostro—, ¡qué inmenso placer volver a veros!

El pintor respondió con el mismo entusiasmo.

Velázquez y Juana mantenían correspondencia desde hacía ocho años, cuando el pintor sevillano quiso vender unos lienzos suyos en Roma y recurrió a ella para tal fin. Desde entonces, ambos mantenían una relación amistosa en la distancia, fruto del afecto del uno por el otro.

—El placer es mío, señora De Maes. Sin embargo, he de pediros excusas, a vos y a vuestro esposo. Llevo en Roma varios meses. Creedme si os digo que, hasta hoy, me ha resultado imposible hallar un hueco. Os ruego que me perdonéis —dijo el pintor con sincera afectación.

—No os disculpéis, don Diego. Entendemos que estáis muy ocupado. De hecho, quienes han de pedir excusas somos mi esposa y yo, ya que aún no os hemos felicitado

por vuestro ingreso en la Academia de San Lucas y en la Congregación del Panteón —intervino Robert.

Juana ratificó la opinión de su esposo:

—Ciertamente, es de justicia felicitaros, y os aseguro que nada nos hubiese gustado más que poder presenciar vuestro triunfo. Exponer una obra en el pórtico del Panteón no está al alcance de todos. Lamentablemente, esos días nos hallábamos en Venecia por negocios. Según nos dijeron, vuestra obra causó gran impacto.

Diego de Silva y Velázquez restó importancia a aquel hecho con un firme movimiento de barbilla.

—Temo que la gente se escandalice por nada en estos días. Como miembro de la congregación, tengo la obligación de exponer en el pórtico del Panteón el día de San José. Se dio la terrible circunstancia de que no tenía disponible nada que pudiera ser exhibido, excepto un retrato de mi esclavo morisco, Juan Pareja, que comencé a pintar a mi llegada a Italia. Así pues, decidí que sería una buena idea. Lo retraté vestido a la manera de un noble para goce suyo, y creo que eso causó cierto revuelo.

—No os preocupéis. Escandalizar en Roma está al alcance de unos pocos como vos —terció un halagador Robert.

Hacía mucho tiempo que un cotizado Velázquez no pasaba por sus manos. Algo que esperaba solucionar en breve.

En la plaza, el sumo pontífice acababa de llegar, y la ceremonia estaba a punto de comenzar. Tomaron asiento. El sevillano lo hizo en medio de la pareja. A la diestra de Juana. La mujer lo observó de soslayo mientras se colocaba a su lado.

Muchas cosas habían cambiado desde que hacía veinte años el destino los hubiese hecho coincidir en San Michele. Las canas y un poco menos de pelo en la todavía recia melena del artista daban cuenta de ello.

Claro que también ella había cambiado. Unas finas arrugas se dibujaban bajo sus párpados y la piel ya no poseía la tersura de la juventud. Pese a ello, seguía siendo

una mujer atractiva a cuyos encantos sumaba el de una madurez vivida en calma junto a Robert.

Juana se convirtió en la esposa del flamenco. Juntos llevaban el timón de un negocio que los convirtió en los mayores marchantes de arte de toda la península italiana, lo que hizo obligatorio su traslado a Roma hacía ya diez años. Aun así, mantenían una pequeña delegación en el que había sido el palacio de Ana del Cerro. Más por romanticismo que por rentabilidad, ya que, desde la peste de 1631, la Serenísima República había ido poco a poco perdiendo poder económico y comercial. Roma era sin oposición posible la capital artística del mundo. Desde el regreso del papado, había sufrido una serie de intervenciones que tenían como objeto colocarla de nuevo como la gran capital de la cristiandad. Solo en ella se podía encontrar tanto talento a la vez.

Por su parte, Velázquez era ahora un pintor conocido y valorado en toda Europa. No obstante, pese a su enorme fama, no era habitual que sus obras estuviesen en manos de coleccionistas. Felipe IV monopolizaba el arte del sevillano, por lo que las pocas obras suyas que salían al mercado alcanzaban precios desorbitados. Todas las cortes del continente habrían dado lo que fuera por contar un tiempo con sus servicios, pero el sevillano era ahora ayudante de cámara del monarca español y no salía de Madrid nunca. Aquel segundo viaje a Italia era una excepción.

—¿Y cuál es el motivo de vuestro viaje, maese Velázquez? —intervino Robert—. Temo que mejorar vuestro oficio como fue objetivo del primero sea ya imposible.

Una sonrisa arrebolada se extendió en el rostro de Velázquez.

—Como le explicaba a Juana en nuestras cartas, su majestad Felipe IV me ha enviado aquí con la misión de hacerme con cuanta obra me sea posible y regresar a España con ellas. No solo cuadros, sino estatuas antiguas, sobre todo romanas, que son muy del agrado de su majestad.

Robert chasqueó la lengua.

—Me temo que, respecto a eso, habréis de contentaros con lograr que se os permita efectuar copias en bronce de ellas mediante vaciados o moldes. Eso es todo lo que lograreis. Además de extremadamente caras, son obras de las que nadie quiere desprenderse.

Velázquez torció el gesto visiblemente apenado.

—Esa es la triste realidad con la que me estoy topando desde mi llegada. Me paso el día de aquí para allá. Localizando posibles vendedores que luego no se avienen en el precio o ni siquiera están interesados en desprenderse de la obra. Apenas tengo tiempo para pintar —se quejó—. Un amigo, Juan de Córdoba, en cuya casa me alojo, me está ayudando. Pero me temo que no hayamos tenido mucho éxito hasta ahora. Por eso me permito pediros ayuda. Espero que aceptéis y que con vos a mi lado me resulte más sencilla mi tarea. Por supuesto, seréis recompensado por ello generosamente.

—Os ayudaré de buen grado. Aunque me veo en la obligación de insistir. Va a resultar muy complicado que nadie quiera venderos una pieza antigua.

—En ese caso —exclamó el pintor resignado—, habré de contentarme con copias, y lograr el segundo objetivo del viaje que me ha encomendado su majestad.

—¿Cuál es ese objetivo? —interrogó Juana.

—Tengo la orden de convencer al gran maestro Pietro da Cortona para que acuda a España y trabaje para su majestad realizando una serie de frescos en el alcázar de Madrid. Espero que en eso me podáis ayudar. Me consta que lo conocéis.

Juana y su esposo compartieron una mirada dubitativa. Fue el de Bruselas quien habló con tono comedido.

—Podemos mediar para que el maestro os conceda una entrevista, estoy seguro de que para él será un honor reunirse con vos. Pero he de advertiros que tiene ya sesenta años y no le agrada salir de Roma. Yo no contaría con convencerlo.

El pintor bosquejó una mueca de verdadero fastidio.

—Pero podemos recomendaros otros pintores expertos en frescos que a buen seguro verán como una oportunidad trabajar en la corte española —terció Juana al ver el mohín cariacontecido del sevillano.

—Cualquier cosa con tal de poder sacar algo de tiempo para pintar, y poder ver algo de lo que se cuece en Roma. Incluida vuestra pintura, doña Juana.

La mujer sintió que la sangre de todo el cuerpo se le concentraba en las mejillas.

En sus cartas, Juana había cometido la osadía de confesar al maestro que ella también pintaba. La respuesta de Velázquez fue tan clara como escueta: «Lo supe en cuanto os vi juzgando mis dibujos aquella mañana en San Michele».

Ahora se sentía tan arrogante como estúpida por haberlo siquiera mencionado. ¿Cómo iba a mostrar sus lienzos al pintor vivo más grande que existía?

Trató inútilmente de excusarse sin éxito.

—Son simples garabatos. No podría mostrároslos sin morirme de la vergüenza.

Eso no pareció detener a Velázquez. El de Sevilla se mostraba inflexible a ese respecto.

—No me vengáis con excusas. Si vos no podéis, no me queda otro remedio que pedírselo a vuestro esposo. Él no se negaría, ¿verdad, señor De Maes?

—Sería un placer, don Diego, pero me temo que si mi esposa no quiere yo no pueda hacer nada al respecto. Por fortuna para el arte, ella es la que pinta, no yo. Claro que si lo que queréis es comprar algún lienzo suyo, la cosa cambia —bromeó el marchante.

Velázquez se dirigió a Juana. No estaba acostumbrado a que se le negara una petición como aquella.

—No pienso darme por vencido tan pronto. Aún me quedaré varios meses en Roma y no pienso regresar a España sin ver alguna de vuestras obras —aseveró.

Robert se permitió sonreír para sí cuando la atención del sevillano no estuvo fija en él.

Las obras de Juana estaban en el mercado desde hacía

dos años bajo el sencillo seudónimo de Ende. En principio, había sido solo para demostrarse a sí misma que sus lienzos podían venderse tan bien como los de cualquiera. Después, aquel pequeño experimento había acabado por convertirse en una costumbre. Para tal fin, Robert ideó una biografía ficticia para Ende en la que era un reservado e incluso huraño pintor del norte de Flandes que prefería permanecer en la tranquilidad de su pequeño pueblo y seguir pintando sin más pretensiones. Nunca aceptaba encargos y nunca acudía a actos públicos.

Finalmente, Juana claudicó ante el genio de Sevilla y acordaron que, en algún momento antes del regreso del pintor a España, pudiese echar un vistazo a su trabajo.

En la plaza, el acto comenzó y el silencio se extendió por toda la explanada, contagiando al palco de Santiago de los Españoles.

Al concluir la liturgia, Robert y Juana, acompañados de Velázquez, descendían los escalones que llevaban a la salida cuando alguien les retuvo.

—Señor De Maes, ¿podría tener unas palabras con vos? —dijo un atildado hombre de corta estatura plantado frente a ellos. Una mueca de urgencia se pintaba en su rostro.

Juana reconoció al hombre. Era Giorgio Bambrilla, un comerciante de paños que solía dejarse ver por la *bottega* que ella y Robert tenían en plena vía Paolina.

—Os ruego me disculpéis unos minutos. Os alcanzaré enseguida —se excusó Robert.

—No os preocupéis por mí —replicó Velázquez—. Atended a vuestros asuntos, quedo en la siempre buena compañía de vuestra esposa.

La mujer tomó al pintor del brazo y ambos descendieron las escaleras. Solícito, Robert indicó al recién llegado que le siguiera y se alejaron del gentío que poblaba la iglesia.

—Vos diréis, señor Bambrilla —invitó cuando estuvieron en un lugar discreto.

—Se trata de las últimas pinturas que os compré. ¿Recordáis a cuáles me refiero?

El marchante movió la cabeza con parsimonia. ¿Cómo iba a olvidarlas tratándose de las dos últimas obras de Ende? No obstante, respondió como si tuviese que hacer un esfuerzo para recordarlas.

—Vendemos muchos lienzos —dijo antes de hacer una calculada pausa—. ¿Puede ser que se tratara de un bodegón con flores?

—Exacto. Un bodegón con un florero sobre una repisa y una vista del foro romano. Las dos de un tal Ende.

—¿Y qué problemas tenéis con ellas?

—Yo ninguno, os lo aseguro. Me hice con esos lienzos para regalar a uno de mis posibles clientes. Un embajador comercial del rey de España que está estos días de visita en Roma y con quien aspiro a hacer un buen trato.

—¿Y las telas no fueron de su agrado? —interrumpió Robert, que no veía claro hacia dónde se dirigía aquella conversación.

—¡Al contrario! Le encantaron.

—Entonces os juro que no sé qué queréis de mí.

El pañero no estaba dispuesto a resumir su historia. Ignoró la contrariedad que se adivinaba en la expresión de Robert y relató con sumo detalle lo acontecido:

—Como os digo, suelo compraros telas para regalar a mis invitados. Un buen presente siempre abre la puerta a ser más receptivo en una negociación, y un cuadro siempre es un regalo adecuado para cualquier persona. Así que obsequié a este embajador de Felipe IV del que os hablo con la vista del foro, y di el bodegón a su esposa. Agradeció el lienzo, ciertamente es una obra muy hermosa. Lo extraño fue que, cuando vio el bodegón, prácticamente se lo arrebató de las manos a su mujer. Es más, me pidió que le consiguiera cuanto lienzo pudiera de ese tal Ende, asegurando que pagaría el precio que se pidiese por él. Y aquí es donde vos entráis en juego. Os compraré todo lo que tengáis de ese pintor. ¡Parece que su arte causa sensación!

Robert plantó las palmas de las manos frente al rostro del pañero para frenar su ímpetu. Debían ser muy precavidos con todo lo relacionado con la falsa identidad de Juana. Lo que implicaba colocar pocos lienzos de Ende en el mercado. No podían arriesgarse a que se descubriese que detrás del falso pintor se hallaba una mujer.

—Lamento deciros que Ende es un pintor bastante frugal con su ritmo de trabajo. Os vendí las dos únicas obras suyas de las que disponía, y no espero nada nuevo de él en mucho tiempo.

Giorgio Bambrilla entrecerró los ojos con recelo.

—Entiendo. Queréis ser vos quien le venda directamente esos cuadros al embajador. Pues os advierto que no le dije dónde conseguí las dos obras. Así que no esperéis que él mismo os haga una visita a vuestra *bottega*. Vos elegís dónde están mejor esos cuadros, en vuestro almacén o en mis manos, tras vendérmelos por un precio razonable.

Robert agitó la cabeza con vehemencia a modo de negación.

—No se trata de eso. Tenéis mi palabra. Os aseguro que no hay más obras de Ende. Por lo tanto, no os puedo vender nada.

El pañero escrutó el rostro de Robert. Tras unos segundos, soltó todo el aire retenido en los pulmones y formó una curva con sus labios. Con aquello no dejaba claro si creía o no a Robert.

—De acuerdo, señor De Maes. Aunque no sé cómo se lo tomará el embajador español. No creo que esté acostumbrado a recibir una negativa por respuesta.

Robert se encogió de hombros.

—¿Y qué esperáis que haga yo? ¿Qué vaya a Flandes y obligue a Ende a pintar?

—Comunicaré la noticia al embajador —espetó a modo de respuesta el pañero antes de girar sobre sus talones y alejarse malhumorado.

Robert chasqueó la lengua mientras lo veía descender las escaleras. Contrariado, dio un sonoro golpe al suelo con

la punta de su bastón y también él se dispuso a bajar los escalones.

En la nave central de la iglesia de Santiago, Juana y Diego de Velázquez se habían detenido unos instantes a contemplar el bello retablo.

—Quizá os plazca admirar los frescos de Annibale Carracci, don Diego —ofreció Juana señalando la pequeña capilla a su derecha. Los impresionantes frescos plasmaban la vida de san Diego de Alcalá, y eran la obra maestra de la iglesia.

El sevillano negó con la cabeza.

—Pude admirarlos en mi anterior viaje a Roma. Preferiría salir a la plaza. Me gustaría ver de cerca la fuente que el maestro Bernini está construyendo.

—Como gustéis. Incluso es posible que nos topemos con él y os lo pueda presentar. Apostaría a que, si está hoy en la plaza, no anda lejos de su fuente. Podríamos decir que el caballero Bernini tiene un sentido del humor muy particular. Le gusta colocarse junto a sus obras sin decir quién es y preguntar la opinión que estas le merecen al pueblo.

—¿Conocéis al maestro Bernini? —exclamó Velázquez sin poder evitar un deje de admiración.

—Robert y yo le hemos vendido algún lienzo. Es un gran coleccionista.

Gian Lorenzo Bernini era probablemente el escultor y arquitecto más famoso de toda Roma. Napolitano de nacimiento, era el gran responsable de la mayoría de los monumentos y edificios erigidos en la ciudad durante las últimas décadas. Su nombre era bien conocido incluso entre el pueblo. Tras una carrera fulgurante tallando obras que le darían gran fama en su juventud, cuando Urbano VIII llegó al papado, le nombró con el pomposo cargo de arquitecto de Dios. Las malas lenguas decían que para el ambicioso Gian Lorenzo incluso aquel título era poco.

Sea como fuere, se convirtió en el brazo ejecutor de la nueva política artística del Vaticano, y trabajó para él en obras como la iglesia de Santa Bibiana, el impresionante

baldaquino de San Pedro e incluso en el mausoleo del propio Urbano VIII.

Con la llegada en 1644 de Inocencio X, Bernini perdió el favor del Vaticano. La excusa fue que el recién llegado papa se había encontrado con las finanzas de la Iglesia seriamente dañadas tras el despilfarro de su predecesor, y la actividad edilicia debía sufrir un fuerte frenazo. Lo cierto era que tras aquella prudencia se escondía mucho más. El odio ancestral entre dos familias rivales: los Barberini, familia de Urbano VIII, y los Pamphili, de la que era patriarca Inocencio X. Bernini, como protegido del primero, sufrió en sus carnes las consecuencias de aquella enemistad. Así pues, arquitectos rivales como Rainaldi o Borromini se vieron beneficiados. Entre este segundo y Bernini existía una antipatía que venía de antiguo y que era bien conocida en toda Roma.

De cualquier modo, a Bernini se le había encargado la fuente que se erigiría en el centro de la plaza Navona. No faltaba quien aseveraba que aquel era un encargo envenenado, y que el deseo oculto de Inocencio X era ver fallar al gran artista en una obra que atraía las miradas de toda Roma.

Juana y Velázquez acabaron de descender la escalera y salieron a la plaza. El sevillano ardía en deseos de ver de cerca la obra de Bernini.

La fuente, de la que toda Roma ya hablaba pese a no estar concluida, estaría dedicada a los cuatro grandes ríos de la Tierra: el Nilo, el Ganges, el río de la Plata y el Danubio. A su alrededor se apiñaba un buen número de curiosos que querían aprovechar la oportunidad de echar un vistazo a los trabajos del monumento. Estos ya estaban muy avanzados, a pesar de que restaba un año casi entero hasta que la fuente fuese inaugurada. Incluso el enorme obelisco, copia del que allí mismo se erigió en tiempos de la Roma imperial, se alzaba ya orgulloso. Hasta el comienzo de las obras, en el mismo lugar se encontraba un humilde abrevadero; nada que ver con la pomposa estructura que ahora se adivinaba. Cuatro colosos que servían de alegoría

de los cuatro ríos se alzaban poderosos en los ángulos de una enorme roca que servía de apoyo a todo el grupo. Dos de ellos ya estaban concluidos. En los que restaban por surgir del mármol se adivinaban ya sus rasgos y movimiento enérgico.

Viéndolos de cerca, Juana no pudo por menos que admirar el esfuerzo y pericia necesarios para dotar a la fría piedra de vida y hacer brotar de ella algo bello y que permaneciese en el tiempo. La escultura nunca le había atraído demasiado, incluso la despreciaba de joven, tomando parte en aquel antiguo pleito sobre qué arte, pintura o escultura, era mejor para representar la realidad. Pero recordaba con nitidez cómo su padre la defendía con vehemencia. Sin duda, haber trabajado tantos años codo con codo junto a talladores le hacía opinar de aquel modo.

—¿Qué os parece, don Diego? —quiso saber.

El de Sevilla estaba como hipnotizado ante la monumental fuente. Todos sus sentidos estaban puestos en la piedra mientras la bordeaba fascinado.

—Es sencillamente fantástica —exclamó—. ¡Fantástica! Rebosa fuerza y energía por todos lados. Si hay algo que envidio de la escultura es su capacidad para poder ser vista desde todos los ángulos, y a fe mía que el maestro Bernini lo sabe bien y trabaja cada rincón como si fuese a ser objeto del escrutinio más severo.

—Y, sin embargo, en mi última escultura he decidido renunciar a ello, y que solo sea posible verla de frente —dijo alguien a su espalda.

Cuando se giró, Juana reconoció la figura delgada y altiva de Gian Lorenzo Bernini. El maestro llevaba el largo mostacho con las puntas orgullosamente afiladas apuntando hacia arriba, y una fina tira de pelo bajo el labio inferior que concluía por debajo de la barbilla; el mismo aspecto que lucía cuando lo conoció años atrás. Tan solo el cabello ralo y cano denotaba que andaba ya pasada la cincuentena. Por lo demás, tanto sus movimientos enérgicos como sus modos altivos harían dudar a cualquiera de su verdadera edad.

—Caballero Bernini, es un placer veros —saludó Juana con efusividad.

—Mi querida señora De Maes, estáis tan bella y desatendida por vuestro esposo como de costumbre —dijo el artista al tiempo que tomaba a la mujer de las manos y se las besaba.

Tras aquellos halagos se escondía un deseo por Juana que Bernini nunca trataba de esconder. Si bien la mujer no se lo tomaba como tal, ya que era bien sabida la afición del maestro por las faldas pese a llevar casado once años y ser padre de un buen número de hijos. No obstante, el artista nunca iba más allá de las palabras y la zalamería, lo que era todo un arte y costumbre en aquel país.

—Vos siempre tan galante. Dejadme que os presente a alguien —dijo Juana señalando a su acompañante—. Don Diego de Silva y Velázquez, de quien a buen seguro habéis oído hablar.

Al escuchar su nombre, el pintor se descubrió y trazó una reverencia. Bernini se lo quedó mirando durante unos segundos, tras los cuales posó sus ojos desconfiados en Juana. Como si fuese de todo punto imposible que aquel tipo desgarbado fuese quien aseguraba ser.

—Señor, es un honor conoceros —dijo el sevillano dando un paso al frente. Bernini no se quedó atrás, y ambos acabaron a una distancia de poco menos de dos palmos el uno del otro.

—El honor es todo mío, don Diego —fue todo lo que el escultor acertó a decir. Se le veía azorado y nervioso.

Juana sonrió al pensar que estaba siendo testigo de un encuentro singular. El mejor escultor de la historia y el pintor más celebre del mundo estaban el uno frente al otro. Estudiándose mutuamente con una mezcla de respeto y admiración. Tuvo que ser ella quien tomase el timón de una conversación que parecía ir encaminada a encallar en el silencio.

—Don Diego estaba comentando lo hermosa que es vuestra fuente. Se refería a ella envidiando la posibilidad que tenéis como escultor de crear una obra que puede ser

vista desde varios puntos.

La referencia a su fuente de los Cuatro Ríos hizo que la insólita timidez que había asaltado a Bernini desapareciera como por ensalmo y en su lugar regresara el carácter arrogante y vanidoso que lo caracterizaba.

—Lo he escuchado. Os agradezco vuestros halagos. —Dedicó al pintor un sentido cabeceo e hizo una pausa antes de proseguir—: De hecho, os comentaba que estoy trabajando en una obra que solo pueda ser vista desde un único punto. Un encargo del cardenal Cornaro en el que llevo inmerso tres años.

—¿Y sobre qué tema versará? —quiso saber Velázquez. Ambos artistas habían olvidado ya el vacilante inicio de su encuentro y se mostraban predispuestos a conversar acerca de su pasión común con alguien a quien consideraban a su misma altura.

—Un tema que los dos conoceréis al ser españoles, dado que se trata de una santa de vuestro país: santa Teresa. La estoy labrando en el momento mismo de su transverberación, tal y como ella misma lo contó en su *Libro de la vida*.

—Conozco el pasaje —respondió Velázquez—. Es el instante en que sintió a Dios en forma de flecha disparada por un ángel.

—Mi idea es crear una escena compuesta únicamente por santa Teresa y el ángel a la que asistimos siendo testigos de un momento íntimo. ¿Entendéis?

—Como si de un teatro se tratase.

—¡Exacto! Por fin alguien con quien no he de dar explicaciones para que me comprenda —exclamó ufano Bernini—. La colocaré en un lugar donde pueda jugar con la luz para darle más realismo. Mi intención no es otra que engañar al ojo humano.

En ese mismo momento, la conversación entre los dos genios se vio interrumpida por la llegada de Robert. El sonido de su bastón golpeando el empedrado de la plaza se adelantó a su voz, y Juana se dio la vuelta para recibirlo alargando los brazos y tomando las manos del marchante.

—Veo que el talento atrae al talento —dijo halagador Robert al ver la escena.

El napolitano saludó con efusividad al recién llegado. El afecto que el escultor sentía hacia Robert venía de lejos y era hijo del carácter histriónico y el sentido del humor excéntrico de ambos hombres.

—Le estaba hablando a vuestro insigne invitado de mi santa Teresa. Estaba a punto de invitarle a verla y que me dé su sincera opinión. Vos la habéis visto ya, Robert, contadle qué os pareció.

—Estoy seguro de que a don Diego le agradará tanto como a mí. Seguramente más.

Una sonrisa cómplice se pintó en el rostro de Bernini.

—¿Qué es lo que tramáis los dos? —terció Juana.

Ninguno de los dos hombres parecía querer decir nada. Finalmente, el escultor concedió y Robert arrancó a hablar en tono confidente.

—El caballero Bernini ha elaborado un rostro y una expresión poco habitual para representar a una santa —dijo misterioso. Como vio que ni su esposa ni Velázquez parecían entenderlo, decidió ser más claro—: Su santa Teresa tiene una expresión de concupiscencia, de lujuria. De estar disfrutando de los placeres de la carne.

Bernini interrumpió al marchante citando el *Libro de la vida* de la propia santa:

—«Vi en sus manos un dardo de oro con fuego en un extremo, y al introducirlo en mí sentía que me llegaba a las entrañas» —dijo elevando la voz al tiempo que su índice señalaba al cielo—. ¡Que alguien se atreva a negar que se refiere al acto carnal! Así pues, he labrado a santa Teresa disfrutando de los placeres terrenales —sentenció, como si aquella fuese la explicación más obvia.

Los ojos de Juana se agrandaron fruto de la sorpresa, que se fue transformando en la expresión de madre paciente. Un artista no dejaba de ser un niño que seguía jugando cuando ya era un adulto.

Su atención basculó hacia Diego Velázquez.

—Espero que no os hayáis escandalizado ante la osadía

del señor Bernini. Su sentido del humor y su temeridad son bien conocidas en Roma.

—Y, aun así, he trabajado para todos los papas que pueden ser llamados grandes —volvió a interrumpir crecido el napolitano—. Eso en mi tierra natal se llama saber nadar y guardar la ropa.

—No me habéis escandalizado. De hecho, os confesaré que envidio la libertad de la que disfrutáis. —Aquí Velázquez bajó la voz—. Creo que la corte de Madrid es incluso más católica que Roma, sede del papado. No imagináis los problemas que he tenido en ocasiones.

Bernini recibió la confesión con una sonrisa de agrado. Él mismo tenía que lidiar con la incomprensión de la Iglesia muy a menudo.

—En tal caso, os invito a visitar mi santa Teresa en la iglesia de Santa Maria della Vittoria. Si bien no está finalizada, estoy seguro de que os placerá. Y ahora contadme qué os trae a Roma. Pero antes dejad que os explique el significado que he querido dar a la fuente y cómo conseguí que ese *stronzo* de Inocencio me permitiera realizarla —dijo el escultor señalando su obra al tiempo que apoyaba una mano amistosa en la espalda del sevillano. Ambos genios bordearon la fuente. Un atento Velázquez no perdía ripio de las explicaciones de Bernini. Este, por su parte, se deshacía en detalles. El napolitano estaba encantado de tener por fin alguien que lo entendiese con facilidad—. Tuve que enviar una maqueta en plata de mi diseño, que hice llegar al papa a través de su cuñada, Olimpia. ¿La conocéis?

—El embajador español me la presentó hace un par de semanas. Es mi intención retratar al santo padre y, según se me avisó, su cuñada es el mejor atajo para llegar a él.

—Os informaron bien, querido don Diego. Esa mujer es el modo más rápido de llegar al papa. Si pretendéis pintarlo, andaos con cuidado, una mirada de ese hombre podría fulminaros, como una gorgona —bromeó Bernini.

—Entonces he de tener buen tino en plasmar la fuerza de esa mirada.

Aquel momento de comunión entre dos hermanas rivales como eran la escultura y la pintura fue aprovechado por Robert para hacer un aparte con su esposa.

—Me temo que a Ende le haya salido un admirador que nos puede dar problemas —dijo.

—¿A qué te refieres? ¿Tiene que ver con el hombre que te detuvo en la escalera?

Robert asintió con gravedad mientras la ponía al tanto de lo hablado con el mercader de paños.

—Creo que lo mejor es que, de momento, no pongamos más obras tuyas a la venta —concluyó Robert—. Hay que ser prudentes. Es cuestión de tiempo que el embajador regrese a España. Aguardaremos hasta entonces.

—¿Y si ese hombre insiste o es el embajador mismo quien se presenta en la *bottega* un día para exigir conocer a Ende?

—En ese caso, tendremos que seguir inventando excusas. No podemos dejar que averigüe que quien está detrás de él es una mujer. Podría demandarnos por estafa.

Juana no pudo por menos que estar de acuerdo con su esposo. Aunque era perfectamente legal que un autor usase un seudónimo para vender sus cuadros, cualquier tribunal consideraría un timo hacer pasar las telas de una mujer por las de un hombre.

Por una temporada, Ende debería descansar de su trabajo.

II

Semanas después, el verano romano estalló en todo su esplendor. Los cielos despertaban azules y sin nubes en el horizonte. A la tarde, el canto de las cigarras en los campos de trigo presagiaba una estación calurosa, y al caer la noche el murmullo de las ramas de las moredas agitadas por la brisa servía de falso alivio a los ciudadanos tras una jornada sofocante.

Tal y como Robert se temía, Giorgio Bambrilla siguió insistiendo en hacerse con obras de Ende. Esta vez dijo hablar en nombre del embajador comercial español. Fuese cierto o se tratase de una argucia del mercader para revender luego las obras al español, como era su plan original, no le sirvió de nada. Había vuelto un par de veces por la *bottega*, en ambas solo para recibir una negativa por respuesta.

Afortunadamente, a las pocas semanas el hombre pareció darse por vencido. En cualquier caso, por precaución, Juana y Robert decidieron que era hora de asesinar a Ende y no volver a poner una obra suya en el mercado en mucho tiempo. No podían arriesgarse.

Con el transcurrir del estío, Juana y Velázquez afianzaron su amistad gracias a las muchas horas pasadas juntos buscando obras que el sevillano pudiese llevar a su rey. Bajo el asfixiante sol de julio, recorrieron cada taller, *bottega* y estudio donde podía haber una obra digna de Felipe IV. Parecía que la bolsa del sevillano estaba siempre repleta de oro, y cuando esta amenazó con flaquear, Velázquez viajó a Nápoles para regresar con más.

Pero el vaticinio de Robert se cumplió a rajatabla. La mayoría de las veces solo les permitían hacer una copia en bronce de las esculturas antiguas, y siempre a costa de pagar un precio mayor que el estimado y tras mendigar los permisos pertinentes. Otro tanto sucedía con los lienzos. Nadie estaba dispuesto a desprenderse de obras de auténtico valor, y cuando lo estaban era por cifras inadmisibles. Las obras con las que lograban hacerse nunca eran las que realmente deseaban y sentían que se quedaban con lo que nadie más quería.

La relación entre ambos se fue haciendo más íntima, hasta el punto de poder llamarse amigos. En aquellas circunstancias, a Juana le resultaba cada vez más difícil dar largas y finalmente accedió así a mostrar su obra al genio sevillano.

Haciendo un enorme esfuerzo por vencer la vergüenza que le producía, pidió que descolgaran cuatro cuadros que lucían orgullosos de las paredes de la zona privada de la *bottega* de vía Paolina, y que los colocaran en la trastienda. Se trataba de lienzos firmados con su nombre y por los que sentía una gran estima. Una vista de Venecia pintada a modo de despedida de la ciudad; un retrato de Ana del Cerro, copia de un original realizado por un antiguo aprendiz de Fetti; un bodegón floral, el primer lienzo que pintó ya casada con Robert, y un retrato del mismo marchante rodeado de obras de su posesión o vendidas a lo largo de su vida. Este era un lienzo especial por el que sentía un gran cariño, y que solo la presencia de Velázquez hacía que, por primera vez, se descolgara de la pared.

—De acuerdo, don Diego —le dijo antes de exhibir los cuadros ante él—, pero tened presente que no sería capaz de enseñar mis lienzos a Velázquez, el pintor al que toda Europa admira, sino que solo podría enseñárselos a Diego, mi amigo.

El pintor se mostró tan complacido como agradecido. Era habitual que lo adularan llamándole genio. Lo que no era tan frecuente era que alguien se definiese como amigo suyo sin pedir nada a cambio.

No obstante, era imposible separar ambas personas.

—Intentaré ser ecuánime en mi juicio, pero el arte es una amante a la que no se le debe mentir nunca.

Juana sabía que, en su situación, ella misma habría sido del mismo parecer. Así pues, concedió y descorrió las telas que cubrían los cuadros. Pasase lo que pasase, siempre atesoraría aquel momento en el que el gran Velázquez se había molestado en juzgar sus lienzos.

El sevillano se tomó su tiempo para estudiarlos con detalle. Con las manos a la espalda y honda concentración, se acercó a ellos y los escrutó sin molestarse en disimular el interés que le despertaban. Su semblante, de habitual impertérrito, fue de la duda a la sorpresa, para regresar de nuevo a la habitual inexpresividad.

Juana se mordió la parte interior de los carrillos presa de los nervios. A su lado, Robert le apretó la mano intentando calmarla sin éxito. El estado de salud del marchante había empeorado y parecía hinchado e incapaz de dar un paso sin la ayuda de su inseparable bastón.

Tras un largo rato, Velázquez soltó aire por la nariz, se giró y carraspeó para aclararse la voz.

—Os confieso que venía dispuesto a fingir y mentir sobre vuestro verdadero talento —empezó—, algo que de buen grado habría hecho en honor a nuestra amistad. Pese a que nada me parezca más contraproducente para el arte que el halago vacío. Pero me alegra comprobar que no será necesario. Tenéis un talento envidiable, Juana.

La mujer no pudo evitar que un bosquejo de sonrisa se asomara a sus labios. El pintor más grande que había pisado la tierra estaba alabando su trabajo. Era imposible no sentir una pizca de orgullo.

—Sois muy amable, don Diego.

—No obstante —prosiguió el de Sevilla como si ni siquiera hubiese escuchado a Juana—, vuestras composiciones son un poco antiguas y la pincelada es en ocasiones demasiado rígida. Defectos que seguramente sean achacables a vuestra falta de educación académica.

—Quizá sea porque a las mujeres no nos está permitido

asistir a una academia o ser parte de un gremio. Olvidáis ese detalle.

Juana fue consciente de que sus palabras sonaban ligeramente más desafiantes de lo que era su intención. Durante un largo instante temió haber ofendido al pintor. Cuando un atisbo de sonrisa sacudió el rostro de Velázquez, sintió un gran alivio.

—Si tenía alguna duda de que estaba ante una verdadera artista, la pasión con la que habláis me lo deja claro. —El sevillano cabeceó para mostrar sus excusas—. Soy muy consciente de que no habéis recibido la formación que os merecíais y, pese a ello, en vuestra obra se atisba que tenéis recursos más que sobrados para suplir esa carencia. ¿Dónde aprendisteis a pintar?

La incomodidad del momento previo había pasado. Ahora Diego de Velázquez solo era un artista interesado en conversar con otro artista sobre lo que a ambos les apasionaba.

—Mi padre me instruyó. Después, yo misma me procuré la educación que pude a base de mucha lectura y observación.

Juana no mencionó a propósito las clases de Francisco. Aquellos escasos meses eran algo que guardaba solo para sí misma, y no deseaba compartir con nadie, ni siquiera con el pintor de pintores.

Un mohín de asombro asomó al rostro del maestro.

—Os admiro. —La voz del sevillano reflejaba auténtico respeto—. Con tan escasa formación demostráis un don natural para pintar. ¿Sabéis que, en tiempos del abuelo del rey, su majestad Felipe II, hubo una mujer pintora en la corte? Sofonisba Anguissola. ¿La conocéis? —Juana asintió. Se guardó para sí que tuvo la ocasión de vender un lienzo pintado por ella en la última etapa de su vida, poco antes de morir en Sicilia. Resolvió no interrumpir al pintor. Sabía de sobra que si algo proporcionaba placer a un hombre era enseñar algo a una mujer—. He podido estudiar su trabajo, realizó una gran labor como retratista de la familia real, y no me importa confesar que me ha influenciado

hondamente su manera de retratar. Lo que quiero deciros es que en lo que a mí concierne, un hombre no es mejor artista que una mujer solo por el hecho de nacer varón.

—Ese pensamiento os honra, pero eso no va a hacer que las mujeres puedan acceder a una educación artística. Vendrán otras después de mí y se encontrarán con el mismo muro ante ellas.

Robert, quien hasta entonces había asistido a la conversación como simple espectador, se vio impelido a intervenir.

—Por eso deberías ser tú misma quien dé clases a esas mujeres —dijo palmeándose el muslo. Se dirigió después a Velázquez—. Una miríada de veces le he dicho que debería acoger pupilas y darles la educación que a ella se le negó.

Juana sacudió la cabeza con energía.

—Ya lo hemos hablado, Robert. Yo no sirvo para eso, y, en cualquier caso, lo que una mujer necesita no es que otra la instruya, sino que tenga el mejor maestro posible. Sea hombre o mujer.

Velázquez recibió de buen grado la idea del marchante.

—Vuestro esposo tiene razón —sentenció—. El mundo no va a cambiar de hoy para mañana. Sois tan buena con el pincel que de haber nacido hombre ya tendríais aprendices a vuestro cargo. Vos podéis ofrecer a otras lo que no tuvisteis.

Robert se aclaró la voz antes de intervenir de nuevo.

—Eso mismo le digo yo desde hace tiempo. Una academia de pintura para mujeres podría ser un primer paso para cambiar algunas cosas. Podríais aportar mucho a la vida y educación de muchas mujeres.

—No sirvo para eso —repitió Juana—. Se necesita una serie de virtudes para enseñar, aparte de pintar bien, y yo no la poseo. Y el negocio me quita demasiado tiempo. ¿De dónde iba a sacar horas para además instruir a otras mujeres?

Robert alzó frustrado las manos como tantas veces cuando ese tema salía. Por su parte, Velázquez cabeceó para demostrar que captaba el mensaje. No insistiría.

—Me habéis pedido que os juzgue como amigo y no como pintor, y como pintor os digo que el mundo ha perdido a una gran artista al negaros ser aquello para lo que habéis nacido.

—Agradezco vuestros halagos, don Diego. Viniendo del mejor pintor vivo, no puedo desear mayor reconocimiento —dijo con sinceridad.

Poco después, Juana y Velázquez recorrían la vía Paolina en dirección a la cercana *piazza* di Spagna, donde se ubicaba la embajada española ante los Estados Pontificios, en el palacio Monaldeschi. No sin esfuerzo, el pintor había logrado los permisos necesarios para retratar a Inocencio X y debía recoger los documentos que lo acreditaban para tal fin.

Robert se quedó en la casa alegando que el calor del verano romano era demasiado para él. Lo cierto era que su salud empeoraba a ojos vista. Juana temía por él, aunque el marchante restase importancia a sus preocupaciones una y otra vez.

El sevillano y la mujer caminaban en silencio por el medio de la estrecha calle. El atardecer romano llenaba el cielo de un rojo intenso.

Con las manos a la espalda, Diego miró de reojo a Juana.

—¿Puedo haceros una pregunta? —dijo.

—Por supuesto. Vos diréis.

—¿Es cierto lo que se rumorea de vos y maese De Maes?

—¿Y qué se rumorea? —inquirió Juana haciendo un quiebro. No era la primera vez que se enfrentaba a preguntas como aquella, por lo que había aprendido que tomárselo con cierto humor era lo más aconsejable.

Pese a que su conversación se desarrollaba en español, Velázquez bajó prudentemente la voz. Estaban rodeados de gente que buscaba el frescor de la tarde a la puerta de sus casas y quizá temía ser oído.

—Se dice que vuestro matrimonio es un mero arreglo.

Juana soltó una risita irónica.

—¿Conocéis un matrimonio que no lo sea, don Diego?

—No me malinterpretéis. No os estoy juzgando. Yo menos que nadie podría hacerlo.

—Robert y yo hemos llegado a tener una relación que satisface a ambos —respondió Juana dando por zanjado el tema—. ¿A qué os referís al decir que vos sois menos que nadie para juzgarnos?

El pintor tragó saliva, tras lo cual se frotó las manos con energía. Estaba claro que sentía tanto recelo como ganas de soltar fuera lo que bullía en su cabeza.

—Desde que estoy en Roma he estado teniendo una aventura con una mujer —dijo bajando la voz más aún, hasta convertirla en un susurro. Aguardó que Juana dijera algo, quizás un reproche que no llegó. El pintor continuó hablando en el mismo tono confidente—: Es una mujer maravillosa, más joven que yo, pero inteligente y hermosa. No espero que entendáis mis motivos, pero os aseguro que hace que sienta cosas que hace tiempo olvidé. Aunque sé que no obro bien, no soporto la idea de estar lejos de ella.

—Si esperáis que os diga qué habéis de hacer, no puedo complaceros. Vos sois dueño de vuestra propia vida.

—Lo sé, lo sé. No es eso —se apresuró a decir Velázquez—. Tan solo quiero poder contárselo a alguien, y vos siempre me habéis inspirado confianza. —Continuaron caminando en silencio un buen trecho, hasta que el pintor se sintió seguro para proseguir. Daba la impresión de que tenía que sacar de lo más hondo de su ser la fuerza necesaria para hablar—: No creáis que no amo a mi esposa, pero nos casamos sin estar enamorados. Solo porque mi maestro era su padre, y resultaba un buen arreglo para ambos. No me importa confesar que ese matrimonio me sirvió para medrar, ni tampoco que he sido feliz junto a ella. Me ha dado unos hijos a los que quiero. Sin embargo, el tiempo pasa y las cosas cambian.

—¿La amáis? A esa mujer que no es vuestra esposa, ¿la amáis? —Velázquez rumió la pregunta largo rato.

Finalmente sacudió la cabeza para afirmar. Juana suspiró rememorando su propio pasado—. Pues si algo sé es que cuando amamos no estamos errados. Aunque eso no evite que el resultado de lo que hacéis produzca dolor a vos y a quienes estén a vuestro alrededor. Y, creedme, siempre lo produce.

Velázquez intuyó que había mucho oculto bajo aquellas palabras. Algo que yacía enterrado bajo capas y capas de tierra que no debía ser removida. Respetó el deseo de Juana.

—Espero que vuestra discreción esté a la altura de la confianza que os tengo —dijo ligeramente cohibido.

—Podéis estar tranquilo, don Diego. Vuestro secreto está a salvo conmigo. Yo tampoco soy quién para juzgar a nadie.

Velázquez asintió en silencio.

—Os lo agradezco. El mismo rey lleva semanas insistiéndome para que regrese a España. Las mismas semanas que yo llevo intentando eludir su llamada. Por nada del mundo quiero alejarme de ella y de esta ciudad. En Roma me siento libre. ¿Entendéis a lo que me refiero?

—Por supuesto. La corte madrileña debe de asfixiaros. Imagino que no tenéis muchas oportunidades de pasar desapercibido en ella.

—Os lo aseguro. En ocasiones, me siento como si estuviera en una prisión.

Juana no pudo evitar pensar que el gran genio, el pintor de semblante eternamente impertérrito y carácter flemático, era humano al fin y al cabo.

En silencio continuaron caminando el escaso trecho que los separaba de la plaza.

En la trastienda de la *bottega*, Robert se alegró de quedarse a solas. Adoraba a Juana, aunque no fuese de un modo romántico, y pocas compañías podía imaginar más inspiradoras que la del genio sevillano, pero no se sentía con fuerzas ni para seguir charlando con ellos. Se apoyó en

un cajón y resopló al tiempo que se llevaba la mano al pecho. El dolor que desde hacía días sentía era en esos momentos más intenso que nunca y notaba unos fuertes pinchazos que le dejaban sin respiración.

Mareado, trató de serenarse. Inspiró y exhaló aire varias veces hasta que el dolor remitió un poco. Más calmado, siguió respirando despacio y se dirigió al pequeño despacho que tenía al fondo de la trastienda.

Entró y se sentó tras la mesa. Aún respiraba fatigosamente, si bien se sentía algo mejor.

Se sirvió una copa de agua fresca. Le sentaría bien.

Justo entonces la puerta se abrió y a ella se asomó Piero, el sirviente que más años llevaba a su servicio.

—Amo, alguien pregunta por ti —dijo. Al ver el aspecto de Robert, su rostro reflejó una honda preocupación. Cerró la puerta tras de sí y a grandes zancadas se acercó a él—. ¿Te encuentras mal? Estás blanco como el papel.

El marchante quitó hierro al asunto con un aleteo de muñeca. Aunque ciertamente sentía la ropa pegada a su cuerpo por el sudor.

—Estoy bien, no te inquietes. Es este condenado calor. Ya no tengo edad para él. Dile a quien haya venido que entre a mi despacho en unos minutos. Antes he de refrescarme un poco.

—Es ese mercader, el señor Bambrilla. Viene acompañado de una persona. Puedo decirles que te encuentras ausente.

Robert negó con la cabeza frunciendo los labios en una fina línea.

—Nada de eso. Sal y hazlos pasar. Y dales algo fresco de beber. A los clientes hay que cuidarlos bien. El calor enerva a la gente, y nadie afloja la bolsa si está incómodo. —En lugar de obedecer inmediatamente, Piero se lo quedó mirando con rostro inquieto. Robert lo tranquilizó—. No te preocupes por mí. Estoy bien. Ha sido el calor. Dame unos minutos y hazlos pasar.

No del todo convencido, Piero se dispuso a cumplir sus

órdenes. Antes miró a su alrededor por pura rutina y cuando comprobó que estaban solos, besó a Robert en los labios.

—No sé por qué sigues trabajando a tu edad —exclamó encaminándose a la puerta—. Deja que Juana se ocupe de todo. Ya no eres un niño, ¿sabes?

Aquello provocó un amago de sonrisa en Robert.

—Solo soy diez años mayor que tú. Deja de preocuparte por mí —dijo con voz paciente.

A regañadientes, Piero salió de la trastienda. Robert se incorporó también y paseó por el pequeño despacho. Aunque se encontraba un poco mejor, lo cierto era que el dolor en el pecho no solo no remitía, sino que ahora era un eco sordo que le hacía respirar con dificultad.

Regresó tras la mesa y apuró la copa de agua. Deseó con todas sus fuerzas que hubiese sido vino. Hacía cinco largos años que no tomaba una sola gota de aquel delicioso néctar. El galeno se lo había prohibido. No tenía fe alguna en la receta de aquel matasanos, pero había prometido a Juana cumplir las órdenes del doctor y, a excepción de alguna ocasión que lo merecía, era fiel a su palabra.

La puerta del despacho se abrió de nuevo. Piero escrutó el rostro de su amo. Este le hizo una clara señal de que se encontraba mejor. Para demostrarlo, se puso en pie para recibir a sus invitados.

El criado se apartó y Giorgio Bambrilla traspasó la puerta. Al pañero le acompañaba un hombre vestido con ropas caras y elegantes. Poseía una presencia poderosa y unos modos refinados.

—Señor De Maes —comenzó Bambrilla descubriéndose la cabeza—, os presento al duque de Navaluengos. Embajador comercial en Roma de su majestad Felipe IV.

El duque hizo una amplia reverencia y también él se descubrió. Llevaba un discreto sombrero con pluma que ocultaba una cabeza donde el cabello había retrocedido un buen tramo desde la frente. Pese a ello, se podía decir que se conservaba bien, cercano como estaba a los cincuenta. Un poblado mostacho, donde se atisbaban abundantes

canas, con sus guías apuntando al cielo, le daban un aspecto duro y varonil.

—Sentaos —ofreció el marchante señalando las sillas frente a su mesa. Bordeó esta y también él tomó asiento—. ¿Os han ofrecido algo de beber? El día está caluroso. Algo fresco nos vendría bien a los tres.

El noble negó con la cabeza.

—No, señor De Maes. Os lo agradecemos. Vuestro siervo ya nos ha ofrecido una copa de vino antes de hacernos pasar. Aunque si vos queréis —dijo señalando la jarra con agua y la copa sobre la mesa. Hablaba un italiano casi perfecto.

Robert hizo una seña a Piero para que saliera. Antes de cerrar la puerta tras de sí, el sirviente le lanzó una última mirada. Todo parecía ir bien. El rostro del marchante había recobrado el color y parecía haber recuperado la energía habitual que mostraba cuando trataba con clientes.

—Vos diréis —invitó Robert una vez se quedaron solos los tres.

Giorgio Bambrilla tosió antes de arrancar a hablar.

—Creo que ya sabéis cuál es el motivo de nuestra visita. El señor duque desea hacerse con toda obra de Ende que le sea posible.

El marchante miró al noble. Su rostro no parecía reflejar emoción alguna. Decidió responder al pañero. Por algo había sido él el que había tomado la palabra.

—Ya os dije, señor Bambrilla, que nada me gustaría más que poder complaceros, pero no dispongo de más lienzos de Ende. Es un artista que se prodiga poco. En cinco años apenas si he recibido tres o cuatro lienzos suyos.

—El precio no sería un problema —intervino el duque. Pese a que se mostraba imperturbable, una pizca de urgencia brillaba en sus ojos.

Robert se dirigió directamente a él:

—Me temo que ese no sea el problema. Os repito que no dispongo de más obras suyas. Os lo aseguro. ¿Por qué me iba a negar a venderos algo si fuera posible? Abrí esta *bottega* para ganar dinero, no para coleccionar obras.

—Tal vez creáis que la obra de Ende se cotizará mejor con el tiempo —insinuó Bambrilla.

—Aunque eso sería una práctica legítima, os aseguro que no es el caso.

—Si lo fuera, os repito que no sería necesario. Estoy dispuesto a que vos mismo fijéis el precio —terció el duque.

—Insisto en que nada me placería más que eso. Pero es de todo punto imposible que os venda algo que no poseo.

El duque no pareció contentarse con aquella respuesta. Se retrepó en su silla y relajó la postura. Aquella conversación estaba muy lejos de finalizar.

—En tal caso —dijo—, os pido que me pongáis en contacto con el señor Ende.

A Robert le costó un enorme esfuerzo disimular la sorpresa que le causó aquella petición.

—Me temo —dijo el marchante—, que tampoco os pueda satisfacer en eso, señor duque. El señor Ende es bastante huraño y reservado. Apenas sale de su hogar y no hablemos ya de venir a Roma a reunirse con vos. Yo mismo lo he intentado y siempre me he topado con una negativa.

—Entonces seré yo quien vaya a conocerlo —le cortó el duque con soberbia—. Vos me acompañaréis a cambio de una generosa cantidad de dinero. Iréis conmigo en calidad de guía y traductor. Sois de Flandes, ¿no es cierto?

Robert asintió de modo automático. Empezaba a exasperarle la insistencia y seguridad que mostraba aquel hombre. Debía de creer que todo tenía un precio. Hubo de esforzarse para que no se notara lo que opinaba. No quería enemistarse con todo un embajador comercial de la Corona española. El flujo de obras entre Roma y Madrid era intenso y le reportaba demasiados beneficios como para arriesgarse a ponerlos en peligro.

—Lo soy, nacido en Bruselas. Pero de nuevo he de deciros que no.

—¿No me acompañaréis? —El duque no pareció tomarse aquella negativa especialmente mal. Su expresión basculó entre lo tolerable y lo esperado—. Bien, no es necesario. Me basta con que me pongáis en contacto con él.

Yo mismo iré a Flandes si es menester. Por supuesto, os recompensaré también por ello.

Robert torció el gesto. No sabía cómo se tomaría una nueva negativa aquel hombre.

—Tampoco puedo satisfaceros en eso. Como os he dicho, el señor Ende es muy huraño y poco dado a dejarse ver. En cualquier caso, mi trabajo es vender sus obras, no ponerlo en contacto con nadie.

Bambrilla se revolvió inquieto en su asiento.

—El señor duque podría ser de gran ayuda en la carrera de ese pintor —dijo no sin razón—. ¿No es así como prospera un artista? Recibiendo encargos que engrandezcan su fama.

—Así es, pero el caso del señor Ende es muy particular. Ya os lo dije. No quiere conocer a nadie ni acepta encargos. Puedo escribirle y darle noticias de vuestro interés —se giró hacia el noble, que lo miraba con una mueca de rabia contenida—, aunque temo que no sirva de nada. No sois el primero que se interesa por su obra. Cuando reciba algún lienzo suyo, os aseguro que seréis el primero en saberlo. En lo referente a lo demás, lo siento, pero no os puedo ser de ayuda.

El duque no dijo nada. Se limitó a taladrar con la mirada a Robert, quien aguantó sin pestañear el envite. Estaba acostumbrado a lidiar con nobles y gente adinerada que se creía con derecho a todo solo porque podían pagar un cuadro. No era el primero que se encaprichaba de la obra de un artista. En cualquier caso, no podía complacerle. En contra de su propio credo cuando estaba en presencia de un posible cliente, se dispuso a despedirlo sin esperar que sacara la bolsa.

—Ahora, si no hay nada más en que os pueda servir, os ruego que demos por finalizada esta pequeña reunión. Me encuentro un poco fatigado.

—Siento decir que me voy decepcionado de vuestra tienda, señor De Maes —dijo a modo de despedida el duque. Era evidente que hacia un esfuerzo por contenerse y ser educado. No contaba con salir con una negativa de

aquel despacho.

—Tanto misterio... —intervino Bambrilla levantándose de su asiento—. Cualquiera diría que ese tal Ende no existe realmente.

Antes de que el mercader y el noble salieran del despacho, Robert retuvo al noble.

—Debo preguntároslo, señor —dijo—. ¿A qué viene tanto interés por la obra de Ende? Es solo un pintor desconocido.

—No es nada especial —respondió quitando importancia con un descuidado movimiento de cabeza que a Robert no le engañó ni por un instante—. Me gustaron los lienzos que el señor Bambrilla tuvo a bien obsequiarme y deseaba saber si podía hacerme con más antes de regresar a España. No obstante, os aviso de que no renuncio a conocer al señor Ende. Trataré de contactar con él por otras vías. Tengo amigos marchantes en Flandes y estoy seguro de que podrán dar con él. Espero que no os moleste perder esas ventas.

Robert se encogió de hombros dejando claro que aquella posibilidad no le quitaría el sueño.

—Os deseo suerte en ello —dijo a modo de despedida.

Nada más el duque y Bambrilla salieron del despacho, el marchante regresó tras la mesa y se derrumbó en la silla. Hasta quedarse a solas, no había sido consciente de que el dolor del pecho había regresado y era más intenso que antes.

Se secó el sudor que perlaba su frente y tomó la jarra para servirse otra copa de agua. No llegó a concluir aquella acción. El dolor del pecho aumento de intensidad y se le sumó una fuerte punzada en el brazo que hizo que la jarra se le escurriese de las manos. Cayó al suelo, donde se hizo añicos al tiempo que Robert se llevaba la mano al pecho y gemía mientras se retorcía en la silla.

De aquella guisa lo encontró Piero al abrir la puerta.

El sirviente corrió hacia su amo a la par que llamaba a gritos al resto del servicio.

—¡Un médico! ¡Llamad a un médico!

La expresión apagada de Robert dejaba pocas opciones al optimismo. Después perdió el sentido y cayó desmadejado en los brazos de un desconsolado Piero.

Entre el gentío que se arremolinaba en la *piazza* di Spagna, Juana vislumbró a la última persona que esperaba encontrarse.

Durante unos segundos se quedó inmóvil. Incapaz de decir o hacer nada. A su lado, Velázquez fue consciente de que algo sucedía.

—¿Qué os pasa? Estáis blanca como la cal. Cualquiera diría que habéis visto un fantasma.

Juana hubo de hacer un esfuerzo para apartar la mirada del frente y fijarla en la del preocupado pintor.

—Os ruego que me excuséis, don Diego, pero debo dejaros. Tenéis razón. Un fantasma del pasado es lo que he visto y he de saludarlo antes de que vuelva a desaparecer —respondió antes de echar a andar en dirección a Paola Ferrara.

La duquesa de Ponto Rosso frisaba los sesenta y, aunque oculta bajo el paso del tiempo, seguía poseyendo la belleza y el magnetismo que habían hecho enloquecer a su padre. Incluso con las visibles arrugas en el contorno de los ojos y el pelo recogido en una discreta trenza, era fácil reconocer la belleza que había sido en su juventud.

Llevaba un sencillo vestido de color tostado, muy alejado de las prietas y coloridas telas de su juventud en Valladolid.

Juana fue consciente de que sentía escozor en la palma de las manos y se sorprendió a sí misma al darse cuenta de que era producido por sus propias uñas. Las apretaba con tanta fuerza que la piel estaba blanca y las marcas eran bien visibles. Aflojó la presión. También cayó en la cuenta de que contenía la respiración desde hacía un buen rato. Inspiró profundamente y soltó aire varias veces con la misma quietud.

Con pasos cautelosos porfió contra la multitud y se

colocó a una distancia prudencial de la mujer para poder ver sin ser vista. Durante años había imaginado aquel momento. Lo había recreado en su cabeza mil veces. El momento de poder enfrentarse a la mujer que arruinó su vida y destruyó todo su mundo. Si ella y su odioso hermano no se hubiesen cruzado en su camino, todo habría sido tan distinto. Su padre estaría vivo y su taller habría seguido funcionando durante años. Era muy probable que ella misma se hubiese hecho cargo de este junto a su esposo. Junto a Francisco. Wilhem nunca hubiese aparecido en su vida. Todo habría sido tan distinto... Y, sin embargo, al estar a menos de diez pasos de ella no sentía nada. Absolutamente nada. No había odio ni rencor ni deseo de venganza.

Más calmada, volvió a centrar su atención en Paola. Al fijarse en detalle, se dio cuenta de que ya no era la mujer arrogante que conocía. No quedaba nada de ella. Era tan solo una anciana sin una chispa de vida en sus pupilas que mendigaba junto a la entrada de la iglesia de la Trinità dei Monti.

Sus ropas eran harapos y de su porte altivo no quedaba ni rastro. Solo era una mendiga más. Una mujer cuyos únicos encantos la habían traicionado tiempo atrás y sobrevivía gracias a la compasión de los demás. Era posible que incluso ni siquiera se tratase de ella. El parecido era grande, cierto, aun así, habían pasado treinta años. ¿Cómo podía estar segura de que fuera realmente ella? Incluso aunque no se estuviese engañando a sí misma y esa anciana fuese Paola Ferrara, ¿qué iba eso a cambiar ahora?

Juana elegía no remover el pasado. Pero este no parecía de la misma opinión. Cuando se disponía a alejarse, alguien tiró de la manga de su vestido.

Si aquella mujer era la duquesa de Ponto Rosso, no pareció reconocerla, aunque sus pupilas estaban fijas en las de Juana y su rostro trazaba una expresión bien estudiada para causar pena.

—¿Cómo os llamáis?

La mendiga dibujo una mueca de asombro en su

arrugado rostro.

—Solo una moneda, señora. Os lo ruego.

—¿Cuál es vuestro nombre? —insistió Juana alzando la voz.

La mendiga soltó una maldición entre dientes e intentó alejarse. Juana la retuvo agarrándola por el brazo.

—Soltadme, señora. Yo no he hecho nada —exclamó forcejeando con una energía impropia de su edad.

Juana no aflojó su presa.

—Decidme cómo os llamáis. ¿Dónde anda el infame de vuestro hermano?

Al alboroto que se produjo acudieron dos guardias que se abrieron paso a empujones. Uno de ellos asió a la mendiga por los brazos y la inmovilizó con un firme movimiento. Pese a que la mujer bregó por escapar de la presa, estaba claro que eso era de todo punto inútil. Se resignó hundiendo la cabeza en el pecho.

El más alto de los dos guardias se dirigió a Juana. Alzó la voz para dejar claro a los espectadores que se habían congregado alrededor quién estaba al mando.

—¿Esta desgraciada os ha causado algún problema, señora? ¿Os ha robado algo? Decidlo y acabará en prisión en menos de lo que se tarda en decir amén.

—No he hecho nada —se defendió la mendiga. El soldado que la sujetaba le apretó el hombro y la mujer profirió un gemido de auténtico dolor.

—¡Estaos quieta!

El otro guardia le colocó las manos a la espalda y volvió a preguntar a Juana:

—¿Qué os ha quitado? ¿La bolsa? Estas bestias tienen los dedos ágiles. No temáis. Unos días entre rejas le harán pensar en lo que ha hecho.

Las miradas de Juana y de la anciana se cruzaron un breve instante. Ahora no cabía duda alguna. Aquella mendiga era Paola Ferrara.

—No me ha quitado nada. La he confundido con otra persona. Eso es todo —dijo.

Los guardias se miraron indecisos unos segundos y

finalmente soltaron a la mendiga tras un leve encogimiento de hombros. Gruñeron algo ininteligible y se alejaron del lugar. Los curiosos hicieron otro tanto al ver que el espectáculo había concluido.

Juana se acercó a la mendiga y le susurró al oído:

—Sé quién sois, Paola Ferrara.

En los ojos de la anciana se encendió una chispa de entendimiento. La duquesa de Ponto Rosso arrogante y orgullosa que Juana había conocido tres décadas atrás regresó del pasado.

—Antonio no era mi hermano, era mi amante. Murió hace años. En Sevilla.

—Estará pudriéndose en el infierno que te aguarda también a ti y en el que arderás para siempre por lo que le hiciste a mi padre.

Paola emitió algo parecido a una risa burlona que se quebró a medio camino, convirtiéndose en una mueca de una tristeza aterradora.

Sin nada más que añadir, Juana giró sobre sus talones y se alejó con paso lento y orgulloso.

Desanduvo el camino siendo consciente del cambio que acababa de suceder en ella. El odio que hasta entonces albergaba hacia esa mujer se había esfumado. Y si bien no era capaz de hallar dentro la capacidad para perdonar a Paola, la indiferencia que ahora sentía era mejor que la venganza. Por primera vez desde hacía muchos años se sentía feliz. Tenía una buena vida junto a Robert. Quizás el suyo fuese un matrimonio poco frecuente, pero se respetaban y amaban con la misma intensidad que un par de enamorados. ¿Qué más daba si de vez en cuando ambos habían recurrido a amores pasajeros para saciar el apetito carnal?

Con esos pensamientos descendió el alto donde se erigía la *piazza* di Spagna.

Estaba ya cerca de la casa de vía Paolina cuando un sirviente a la carrera se cruzó en su camino.

—Es el amo, señora —le dijo atropelladamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Juana alarmada.

—Se ha desmayado en su despacho. Ha recuperado el sentido y lo hemos acostado, pero no parece estar bien. Hemos mandado aviso para que venga el médico.

INTERLUDIO

Juana llegó a tiempo de despedirse de Robert. El marchante estaba tendido sobre la cama. Su respiración, al igual que su pulso, era lenta e irregular. Incluso en aquel estado, cuando vio entrar a su esposa su rostro refulgió de alegría y pareció mejorar.

Juana no se hacía ilusiones. Las palabras del galeno habían sido claras:

—Su esposo se muere —le espetó en un tono neutro que, a pesar de todo, poseía una ligera afectación—. Es fuerte, así que con suerte aguantará hasta mañana. No obstante, no hay nada que se pueda hacer.

Juana se sentó junto a la cama de Robert. Era curioso, llevaba años casada con aquel hombre y quizás esa era la primera vez que entraba en su alcoba.

—¿Cómo te encuentras?

El marchante hubo de hacer un gran esfuerzo para responder.

—He tenido días mejores —bromeó.

Juana sonrió sin poder evitarlo. Incluso en los peores momentos, aquel hombre sabía arrancar lo mejor de ella. Tomó sus manos entre las suyas y entrelazó los dedos de ambos. Las palmas del marchante estaban frías y pegajosas debido al sudor, y se sentían blandas y sin fuerzas.

—No hagas ningún esfuerzo. Ya habrá tiempo para ello cuando te recuperes.

La sonrisa velada que revoloteaba eternamente en las facciones del Robert de Maes se tornó en un gesto sombrío.

—Nunca nos hemos mentido. No empecemos a hacerlo hoy. Me estoy muriendo, y ambos lo sabemos.

Juana se mordió el labio inferior para contener las

lágrimas, que amenazaban con brotar.

—Has sido un buen esposo. Quiero que lo sepas.

—Y tú una buena esposa. Lo que, teniendo gustos tan diferentes, no dice mucho del matrimonio.

—Todo el mundo debería aspirar a lo que nosotros hemos tenido estos años. Amistad, respeto y admiración por el otro. Eres el hombre que más he amado en mi vida, pese a no haber sentido nunca tus labios o el roce de tu piel. Os amo, Robert de Maes.

—Lo mismo digo, Juana de Castro.

Llegada a aquel punto, Juana temió no pudo aguantar más. Se apoyó sobre el otrora fuerte pecho de su esposo y ahogó un sollozó. El marchante alzó una mano y acarició su cabello. Así se quedaron un buen rato. Hasta que el llanto de ambos acabó por estallar y rellenó los silencios.

Juana se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Le pediré a Piero que entre —dijo.

Al rostro del marchante acudió un gesto de asombro.

—¿Lo sabías? —preguntó.

—Desde que puse un pie en tu casa como tu esposa. Pero descuida, no pudisteis ser más discretos —replicó Juana poniéndose de pie.

Se inclinó sobre la cama y besó a Robert en los labios. Un beso largo y cargado de emociones. Un beso que sabía a amistad y afecto, y también a despedida. Después volvió a unir sus manos a las de él una última vez. Salió de la cámara antes de que el llanto la traicionase de nuevo.

Piero entró tras ella.

Ya fuera, dejó que el dolor la poseyera. Se sentó en un banco junto a la entrada trasera de la *bottega* y lloró. Lloró por el hombre que había llegado a amar, aunque nunca hubiesen compartido lecho. Y lloró por ella. Porque estaba sola y no sabía qué hacer a continuación.

Se sentía con fuerzas para continuar con el negocio ella sola, pero ¿tenía sentido sin Robert? ¿Sería igual de divertido e inspirador? Sin el flamenco, Roma no sería lo mismo. Las fiestas, los amigos comunes... Sin Robert, todo dejaba de tener sentido. Eran dos piezas de una misma

unidad y ahora ella, sin su otra mitad, no encajaba en aquella ciudad que observaba con los ojos empañados por las lágrimas.

¿Tal vez debía regresar a Venecia? No. Eso era de todo punto imposible. Demasiados recuerdos que ahora eran como nubes disueltas en un pasado distante. Su destino estaba en otra parte. Pero ¿dónde?

La respuesta le llegó tan de sopetón y de modo tan inmediato que durante un breve instante creyó que alguien la había susurrado en su cabeza.

Regresaría al primer lugar al que llamó hogar.

1652

I

El invierno vallisoletano era tan frío y seco como recordaba. Rachas de viento helador la zarandeaban y un cielo encapotado se extendía hasta más allá del horizonte. No tardaría en volver a nevar.

Juana se arrebujó con la capa y alzó la mirada a lo que quedaba de la casa donde naciera. Las ruinas apenas dejaban ver su estructura. La vegetación había reclamado el espacio vacío y ocupaba cada hueco libre. Nada quedaba tampoco del viejo huerto donde tantas horas había pasado de niña ni de la higuera bajo cuyas ramas tantas tardes de verano se sentaba a leer. Todo era una selva que crecía sin control, borrando cualquier huella de su pasado.

Había comprado la casa por un precio ridículo a un mercader. Para su sorpresa, descubrió que Manuel Pina se había desprendido de ella a las pocas semanas de que se la arrebatara a su padre.

La voz del hombre que la acompañaba le hizo regresar al presente.

—¿Estáis segura de que es lo que queréis? —dijo el arquitecto.

Juana asintió con aire ausente.

—Reconstruidla —se limitó a responder.

—Os costará una fortuna, y por ese precio puedo construiros un palacio en el centro de la ciudad.

—No os preocupéis por el dinero. Vos trabajad en ella y tenedla lista para primavera, como me prometisteis.

El arquitecto torció el gesto.

—Cuando me comprometí en ese plazo no sabía lo deteriorada que estaría la casa.

Juana se cruzó de brazos dejando claro que no iba a

consentir otra cosa que la palabra dada con anterioridad.

—Si necesitáis más dinero decidlo, pero quiero la casa lista tal y como la diseñé para la fecha acordada —dijo con severidad.

El hombre agachó la cabeza concediendo. Enrolló los planos que aquella mujer le había entregado y alzó la barbilla intentando mostrar profesionalidad.

—Me pondré a ello mañana mismo.

—No esperaba menos —dijo Juana dando por concluida la conversación.

El arquitecto dio un ligero golpe al rollo que contenía los planos para reafirmar su determinación. Al verlos por primera vez no había podido reprimir su admiración. Para ser una simple aficionada, aquella mujer había diseñado un edificio sólido y bello al mismo tiempo. Habían sido necesarias unas simples correcciones por su parte, pero, en general, el proyecto del edificio parecía obra de un experto.

Durante los últimos meses, Juana había devorado cuanto tratado de arquitectura pasara por sus manos para adquirir los conocimientos necesarios. Vignola, Serlio, Palladio y, por supuesto, Alberti y Vitrubio, de quienes surgía todo, se convirtieron en sus lecturas de cabecera, primero en Roma y luego durante el largo viaje de regreso a Valladolid. El resultado estaba a la altura del esfuerzo.

Sin nada más que añadir, Juana lanzó una última mirada a su antiguo hogar y se despidió del arquitecto. Regresó al carruaje que la aguardaba al pie del camino. Unos pasos antes de llegar a él, un hombre se plantó frente a ella y la estudió en silencio.

Llevaba el coleto subido hasta dejar solo visible sus ojos, y bien calado un sombrero de ala ancha adornado con una enorme pluma, por lo que su rostro quedaba oculto bajo la sombra de este.

El desconocido se limitó a observarla sin hacer amago de abrir la boca.

—¿Qué queréis? —preguntó Juana con desconfianza.

—Así que es cierto. Me dijeron que habíais vuelto a Valladolid. No lo creí hasta ahora.

Juana lo miró recelosa.

—Parece que me conocéis. Me temo no pueda decir lo mismo de vos. ¿Tendríais la amabilidad de descubriros?

El hombre se sacó el sombrero que dejó bajo el brazo y tiró del embozo del coleto. A Juana le llevó unos segundos reconocer a quien tenía en frente.

—¡Dios del cielo! —exclamó—. Pedro Tirón. ¡Sois vos!

El chico con quien compartiera tantas tardes de verano en el huerto de la vieja casa trazó una reverencia.

—El mismo.

—Pero ¿cómo es que estáis aquí? ¿Seguís viviendo en la vieja casa de vuestro padre?

Pedro negó con la cabeza.

—De la casa solo quedan ruinas, igual que la de vuestro padre. Vivo dentro de las murallas, cerca del palacio de Pimentel. Por casualidad esta mañana me pareció veros cruzar la plaza de la catedral y os seguí.

—Y vuestro padre, ¿cómo está?

Pedro frunció el entrecejo.

—El viejo murió hace ya muchos años. Que se pudra en el infierno —soltó con rabia.

Juana recordó el trato que el viejo boticario daba a su hijo, y lamentó haber sacado el tema.

—Lo siento, olvidaba que no os llevabais bien con él.

—No importa. Ya no soy el niño al que ese cabrón podía pegar.

Eso saltaba a la vista. Pedro había envejecido mucho más de lo esperado para su edad. La barba era blanca por completo y el poco cabello que aún conservaba era igual de gris y desvaído. Una prominente panza denotaba que ya no era el chico ágil que saltaba la tapia que separaba las casas de ambos en lo que dura un suspiro. Aun así, hacía tan solo unos años debía de haber sido un hombre tan fornido como intimidante.

—¿Y a qué os dedicáis?

Pedro alzó la barbilla con orgullo.

—Soy alguacil —dijo henchido de vanidad.

—¿No seguisteis los pasos de vuestro padre como

boticario?

El poco impacto que su respuesta tuvo en Juana hizo que el rostro de Pedro se tornara sombrío. Respondió con cierta desgana.

—No servía para eso. Demasiados estudios y poca acción. Además, me habría cortado una pierna antes que seguir los pasos de ese bastardo.

Juana entendió que las heridas que el padre de Pedro le había provocado de niño no solo habían dejado marcas en la piel. Algunas cicatrices hundían sus raíces en lo más hondo de una persona y se enquistaban impidiendo ver algo más que amargura y tristeza.

—Imagino que os casasteis.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —dijo el hombre con una voz que más bien parecía un gruñido—. ¿No lo hicisteis vos también? Con un flamenco, si no me falla la memoria.

Juana intuyó un cierto poso de burla soterrado en las palabras de Pedro.

—Así es —repuso sin dar más explicaciones.

—¿Hijos?

—Uno. —A Juana aún le costaba pronunciar el nombre de Jan—. Murió durante la peste de 1631, en Venecia.

—Yo tengo tres mozarrones, como su padre. Aunque les cuesta centrarse en ocasiones y haya que usar la vara para devolverlos al buen camino.

De improviso, como agua que manaba de un pozo a mucha profundidad, a Juana le llegó el recuerdo nítido de una pequeña gata. ¿Cómo se llamaba? Fidias. ¡Eso era! Pedro la había matado. Colgándola de la higuera del huerto.

Miró al hombre que tenía ante ella y llegó a la triste conclusión de que no había cambiado en absoluto. Seguía siendo un ser lleno de rabia que sufría quien tuviese a mano. Recordaba con claridad el dolor de aquella mañana de invierno, no demasiado diferente a la actual, al ver el cuerpo sin vida de la gata colgado del árbol.

Resolvió despedirse antes de que pudiera recordar más.

—Me alegro de haberos visto —dijo con una falta de

convicción que incluso ella misma notó. Pese a ello, no añadió nada más.

Se encaminó al carruaje y subió a él.

Cuando ponía un pie en el estribo oyó la voz llena de desprecio de Pedro gruñendo a su espalda.

—No habéis cambiado nada, Juana de Castro. Seguís creyéndoos más de lo que en realidad sois.

Decidió no responder a la afrenta. Se aposentó y ordenó partir al cochero.

Recostada en el asiento vio desfilar las calles que de niña tantas veces recorriera. Se notaba inquieta. La presencia de Pedro la había hecho sentir incómoda y nerviosa.

Pasaron frente a la Real Chancillería, junto a la que se alzaba el edificio en cuyos sótanos se ubicaba la cárcel. El lugar donde viera a su padre por última vez. El lugar donde había muerto Martín de Castro. Había visitado su sepulcro hacía solo una semana. Hubo de reconocer que saber que Ramón de Castro había pagado una tumba para su hijo la sorprendió.

El recuerdo de la muerte de Martín le hizo volver a preguntarse por qué había regresado a una ciudad que le traía tantos y tan malos recuerdos. ¿Qué le empujó a vender la *bottega* de vía Paolina y dejar Roma? ¿Solo la muerte de Robert? ¿O había algo más? ¿No era porque en Valladolid había conocido el amor por única vez en su vida? ¿Todavía esperaba ver a Francisco regresar de aquel viaje? ¿Tan necia era?

No. No era solo eso.

En lo más hondo de su ser sentía que tenía una deuda que saldar en aquella ciudad. En Valladolid su vida se había salido del camino por el que transitaba llevándola a un matrimonio que no solo la hizo desgraciada, sino que no le permitió ser ella misma. Pero también le hizo conocer lugares que nunca imaginó ver. Y tener amigos como Robert o Ana, y conocer artistas insignes como Velázquez, Bernini y tantos otros. Aún le quedaban muchos años de vida y los quería emplear en hacer algo que perdurase tras

su partida. Quería crear impacto en la vida de los demás y para eso el viejo caserón extramuros era perfecto.

Así se lo había contado a Velázquez en una carta. El pintor había sido su mejor apoyo tras la muerte de Robert, convirtiéndose en un amigo con el que siempre podría contar. La muerte de un ser estimado y respetado por ambos había fortalecido el vínculo que ya compartían y que ahora era más sólido que nunca.

Cuando el genio sevillano hubo de dejar Roma en el verano de 1651, lo hizo con gran pesar y debido a los cada vez más insistentes requerimientos de Felipe IV.

Tenía pendiente una visita a Madrid para ver a su querido amigo. Aunque por ahora eso debía esperar.

Iba a ser un invierno largo y duro hasta que la vieja casa estuviese lista para sus planes, y era hora de ir haciendo contactos. Ir allanando el camino de un periplo que sabía no iba a ser fácil. Construir y mantener su propia escuela para artistas femeninas.

Al día siguiente, se acercó hasta el viejo palacete. Aún le hervía la sangre si recordaba que aquel edificio era el causante de la ruina y muerte de su padre. Si Martín nunca lo hubiese comprado para la duquesa de Ponto Rosso... Si no hubiese pedido dinero a Manuel Pina para ello...

Una oleada de recuerdos la asaltó mientras se acercaba al edificio. Al contrario que la vieja casa extramuros, el palacete estaba igual que como lo recordaba. Si acaso más cuidado y libre de la atmósfera oscura que solía poseer cuando ella vivió en él.

Se plantó frente a la puerta con un enjambre de recuerdos zumbando como locos en su cabeza. A pesar de haber vivido poco tiempo entre aquellas cuatro paredes, habían sido meses tan intensos que, durante un segundo, Juana temió que el maremoto de sentimientos que la asaltaba pudiera tragársela.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no dar media vuelta. Pero se había prometido que no se marcharía

sin aquello que venía a buscar.

Asió la aldaba y golpeó la puerta con ella. Al poco se asomó un criado que la observó receloso hasta que se percató de las caras ropas que llevaba. Entonces se deshizo en amabilidad con ella.

—¿En qué os puedo ayudar, señora?

—¿Vive aquí Manuel Pina?

El nombre del prestamista no pareció despertar ninguna emoción en el criado.

—Me temo que no sé a quién os referís. Esta es la casa de don Marcos de la Rocha.

Justo en ese instante, una mujer vestida con una elegante saya con mangas decoradas con pedrería dorada asomó por detrás del sirviente. Tenía el cabello, de un rubio casi blanco, recogido en una discreta trenza, y Juana juzgó que no debía llegar a la treintena.

—¿Qué sucede, Arnaldo? —dijo la mujer, dirigiéndose directamente al criado.

—Esta mujer, ama. Viene preguntando por un tal Manuel Pina. Ya le he dicho que aquí no vive nadie con ese nombre. —Al escuchar el nombre del prestamista, la recién llegada dibujó una mueca de fastidio y desafió con la mirada a Juana.

—¿Qué negocios os traen con ese hombre? Hace años que no vive en esta casa.

Por el tono de voz malhumorado, Juana comprendió que ambas compartían la misma aversión hacia el usurero.

—Os ruego que me excuséis. No lo sabía. Y en cualquier caso no vengo por él.

La mujer la estudió con extrañeza. Con un gesto ordenó al criado que se retirara y ella ocupó el vano de la puerta con los brazos cruzados, trazando una barrera entre ella y la desconocida.

—Entonces, ¿qué es lo que queréis?

—Yo vivía en este palacete hace treinta años. Mi padre lo compró. Para ello pidió un préstamo al que no pudo hacer frente, y Manuel Pina se quedó con el edificio. Después yo me fui de Valladolid. No he vuelto aquí desde

entonces.

Al escuchar la confesión de Juana, la mujer descruzó los brazos relajando la postura.

—En tal caso, sois bienvenida a esta casa —dijo en un suave tono de voz—. Manuel Pina era mi abuelo. Murió hace siete años, en la cárcel, como no podía ser de otro modo. Mi padre cambió su apellido por el materno mucho antes. Pero pasad, os lo ruego. No os quedéis en la puerta, que la mañana está fría.

—No quisiera molestaros.

—En absoluto. Sentíos como en vuestra casa. Al fin y al cabo, un día lo fue. Mi nombre es Elena.

Tras presentarse, Juana agradeció la amabilidad de la mujer con una reverencia y le dedicó una sonrisa franca y cargada de afecto.

—Es un placer conoceros, doña Elena —dijo.

Al entrar al palacete sintió una extraña mezcla de ansiedad y nostalgia aflorar en el vientre. Aunque las estancias, las escaleras y todo lo demás estaban como lo recordaba, algo en el ambiente lo cambiaba todo. Una casi imperceptible sensación de calma, muy alejada de la opresión que hacía treinta años sentía entre esas cuatro paredes. Aquel palacete era ahora otro lugar. No era solo que se hubieran arreglado los desconchones de las paredes o que los muebles fuesen de mejor factura. Algo hacía de aquel lugar una casa habitable, humana.

O quizás era ella quien había cambiado.

Se adentraron en el edificio y al asomarse al patio central una cascada de recuerdos se precipitó sobre Juana.

Allí había besado a Francisco por primera vez. Allá la puerta del taller de su padre. Aquella la ventana de su alcoba. Todo era al mismo tiempo un espacio reconocible y diferente. Alzó la cabeza y atrapó bajo sus párpados la escasa luz invernal que penetraba en el patio.

Unos gritos infantiles la hicieron regresar al presente. Una niña de poco más de seis o siete años se acercaba a ellas al trote. Al ver a Juana frenó en seco y se ocultó tras las piernas de Elena. Desde su refugio, la pequeña escudriñó

a la desconocida con una mezcla de temor y curiosidad.

—¿A quién tenemos aquí? —le preguntó Juana.

Una sonrisa fresca y espontánea brotó en los labios de la cría, quien al punto regresó a su actitud expectante y recelosa.

—Esta es Rosa. Mi hija —anunció Elena acariciando la cabeza de la pequeña. Sus ojillos curiosos auscultaban a Juana, al tiempo que daba un paso al frente y hacía una reverencia—. Esta mujer es Juana de Castro. Vivió en esta casa hace años.

Las pupilas de la niña titilaron de sorpresa.

—Así es —confirmó Juana—. Hace muchos años. Y oculté algo en ella que me gustaría recobrar. Si tu madre me lo permite.

Ahora la curiosidad también hizo presa en el semblante de Elena. El parecido entre madre e hija se hizo más patente.

—¿Por eso habéis venido? —preguntó Elena. Juana asintió frunciendo los labios en una petición muda—. ¿De qué se trata?

—De algo de poco valor, aunque de mucha importancia para mí. Os estaría muy agradecida si pudiese recuperarlo.

Elena cabeceó para dar su aprobación.

—¿Dónde lo ocultasteis?

Juana alzó la mirada al último piso y señaló las escaleras.

Ya en el ático, caminó con seguridad hasta el lugar donde hacía tres décadas había escondido las pocas cosas que consiguiera salvar. Era una suerte que no se hubiesen cambiado las tablas del suelo, o que estas no hubiesen cedido revelando su secreto; estaba claro que aquel lugar de la casa, aparte de para guardar ropa antigua y algún que otro mueble, no era utilizado a menudo. Una simple casualidad hubiese bastado para que su pequeño tesoro hubiese salido a la luz en esos años.

Juana se puso de rodillas y acarició con la yema de los dedos la hendidura de separación entre dos tablas, hasta

dar con un hueco por el cual meter los dedos. Ni Elena ni la pequeña Rosa perdían detalle de lo que hacía.

Tuvo que hacer un esfuerzo considerable para lograr que la tabla cediera. Al fin, esta se soltó emitiendo un quejido al que acompañó una nube de polvo.

Se inclinó sobre el hueco, se recolocó un rebelde mechón de la frente que se obstinaba en metérsele en el ojo e introdujo la mano. Madre e hija observaban mudas de curiosidad la escena.

Tras unos segundos tanteando, Juana sacó un raído saco de arpillera en sus manos que amenazaba con desintegrarse si no se trataba con cuidado. Lo colocó en el suelo y se sentó junto a él.

La curiosidad de Rosa acabó por saltar como un arco tensionado, y se acercó a Juana, junto a la que se colocó.

—¿Qué es eso? —dijo.

Juana miró a la pequeña y después a Elena, quien también se había acercado a ellas. Como la niña, la observaba con la misma expresión de asombro.

—Poco antes de irme de esta casa oculté algunas cosas en este saco.

—¿Un tesoro? —saltó la niña.

Juana esbozó una media sonrisa.

—Algo así. Aunque no se trata de oro ni plata ni de ninguna piedra preciosa.

—Entonces, ¿qué es?

—Ahora verás.

Del interior del saco Juana extrajo dos libros. No había nada más. Ni rastro del lienzo que pintara de su madre. No pudo evitar que una sombra de decepción se reflejara en su semblante. La niña se dio cuenta.

—¿No es esto lo que buscabas? —preguntó contagiada de la decepción de Juana.

—Sí. Es esto, pero falta algo. Algo que tenía un gran valor para mí.

La pequeña leyó en voz alta el título del primer libro:

—*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. —Hizo una pausa tras la cual su voz tembló de emoción—.

¡Conozco este libro! Padre lo tiene en su biblioteca. —La voz de la niña pasó de la euforia a la resignación en menos de lo que un corazón tardaba en latir—, pero no me deja leerlo. Dice que aún soy demasiado pequeña.

—Tu padre dice bien. Pero dentro de unos años podrás leerlo y te gustará mucho. Como a mí cuando lo leí.

Rosa asintió para sí y depositó el libro en el suelo, a su lado. Luego, tomó el segundo volumen, que colocó sobre su regazo.

—Este está lleno de dibujos. ¡Apenas hay letras! —exclamó como si aquel fuese el mayor prodigio que hubiese presenciado en su corta vida.

Juana tomó el ejemplar entre sus manos. Al hacerlo, no pudo evitar recordar con nitidez el momento en que Francisco se lo regaló.

—Esto es un libro de grabados —explicó a la niña pasando las hojas que crujieron nostálgicas.

—¿Y para qué sirve?

—Sirve para que los artistas conozcan cómo pintan otros artistas e imiten su estilo. Por eso solo tiene grabados y no palabras —continuó pasando las hojas, muchas de las cuales amarilleaban.

Del interior del libro de grabados se escurrió algo que cayó al suelo. Juana lo tomó entre los dedos.

Era una nota manuscrita. La tinta apenas era visible en algunos trozos y el tiempo había convertido gran parte de ella en un caos de garabatos ininteligibles. Sin embargo, Juana reconoció en aquel galimatías del pasado la caligrafía de Francisco.

El corazón le dio un vuelco al leerlo:

> *Confío en que algún día encontraréis esta nota... he regresado un día antes de que venza el plazo del préstamo.... me dicen que os habéis ido con alguien con quien os vais a casar.... no importa... he entrado en la casa y mirado en vuestro rincón secreto...*
>
> *Os buscaré donde y cuando sea...*
>
> *No pararé hasta encontraros...*

De sopetón, el pasado se le vino encima. Recordó el inmenso amor que sentía por Francisco. Lo poco que habían podido disfrutar de él. La angustiosa espera que se tornó amargura. Y ahora, treinta años después, descubría que Francisco había sido fiel a su promesa. Había regresado a por ella.

Juana se secó las lágrimas que, ante la sorpresa de la pequeña Rosa, brotaban de sus ojos.

—Dejemos a Juana a solas un rato —dijo Elena tendiendo la mano a la niña.

Esta obedeció, aún con las cejas enarcadas a modo de interrogación. En el último segundo se giró y miró a aquella desconocida que lloraba en el ático de su casa.

—Me gusta mucho tu libro de grabados —dijo con la ternura propia de su edad.

—Pues es tuyo, si lo quieres —dijo Juana mientras se pasaba el dorso de la mano por unas mejillas aún con restos de llanto.

Le tendió el libro a la niña acompañado de una sonrisa.

Antes de aceptar el obsequio, Rosa miró a su madre con los labios fruncidos ante el temor de una negativa.

—¿Puedo, madre?

—¿No tienes ya suficientes libros? —Elena puso los ojos en blanco y se dirigió a Juana—: Se pasa las horas leyendo sin parar. Debe haberlo heredado de su padre —dijo como si excusara el gusto por la lectura de su hija.

—Pero este es diferente. Es un libro de artistas —replicó la niña, dejando claro que aquella característica era de vital importancia.

Tras unos segundos que la pequeña juzgó eternos, un leve cabeceo de Elena hizo que una sonrisa se ensanchara en los labios de su hija. Rosa tomó el libro y dio las gracias antes de salir del ático de la mano de su madre.

Ya a solas, Juana se dejó llevar por los recuerdos. Asió con fuerza la nota de Francisco y la releyó como si en ella hubiese algo vital aún escondido. Como si bajo aquellas

pocas frases legibles se ocultase algo más que no quería pasar por alto. No halló nada, por supuesto.

Francisco había cumplido su promesa. Había regresado, aunque cuando ella ya estaba camino de Italia junto a Wilhem.

Suspiró resignada. A veces la vida era solo eso: relojes, minutos y segundos, caminos que se escapaban por no tomarse a tiempo. A veces la vida era irreversible.

Pero aquello, lejos de producirle dolor, la llenó de una paz inmensa. Durante todos estos años no había pasado un solo día sin pensar en Francisco. Sin preguntarse qué estaría haciendo. ¿Seguiría pintando? ¿Sería feliz, aunque no fuese a su lado? Nunca se cuestionó qué sucedió, qué se había interpuesto entre ellos. Había elegido seguir creyendo en él, pese a que aquello nunca tenía un sentido práctico en su vida. Había preferido quedarse con el recuerdo de lo bello y leve que hubo entre ambos antes que con la dolorosa remembranza de lo que no fue. Y había elegido bien. Saber aquello era como salir a la superficie de un charco de fango oscuro e incierto, y dar una bocanada de aire que aliviase el dolor de unos pulmones al límite.

Francisco no mintió cuando prometió regresar. Saber que confió en alguien digno de ello la hacía sentirse dichosa, y eso era más que suficiente en aquellas alturas de su vida.

Quizá madurar era aceptar que las cosas no siempre son prácticas o útiles. A veces solo son recuerdos que no sirven para nada, pero aportan calor a una vida de otro modo fría y sin sentido.

Se puso en pie y salió del ático.

En el patio la aguardaba Elena. Rosa estaba sentada en el frío suelo con su nuevo libro. Sus ojillos repasaban cada página con la curiosidad de quien descubre algo diferente cada día.

—¿Os encontráis mejor? —preguntó Elena.

Juana fue consciente del rubor que pobló sus mejillas.

—Lo siento mucho. Lo que ha sucedido en el ático estaba fuera de lugar.

—No os preocupéis por eso. Lamento que no hayáis encontrado lo que habéis venido a buscar.

—He encontrado algo igual de valioso.

—Eso me ha parecido al ver vuestra reacción. ¿Un viejo amor?

Juana estudió a su interlocutora. Muy poco de su abuelo se adivinaba en ella.

—Algo así —respondió misteriosa—. Os agradezco vuestro tiempo, y lamento las molestias que os ha ocasionado mi visita.

Elena agitó la cabeza para negar.

—¡Ah, no! No podéis venir a mi casa con una historia de amor en el corazón y dejarme ahora a medias. Venid conmigo —dijo cogiendo del brazo a Juana. Esta no opuso resistencia.

La llevó hasta una estancia y ordenó que les sirvieran una copa de vino.

—La vida en esta casa es aburrida. Así que, os lo ruego, habladme de vuestro amor de juventud.

Por alguna razón que ella misma desconocía, Juana aceptó de buen grado la petición de Elena.

Entre sorbo y sorbo, le habló de Francisco, de la boda con Wilhem, de la muerte de su padre y de todo lo que había sucedido después. Su vida en Venecia, Roma, la *bottega*, Robert.

Al concluir, Elena la observó con asombro.

—¡Bendito sea Dios! Menuda vida habéis llevado —exclamó en un tono que dejaba traslucir una pizca de envidia y admiración. Dio un largo sorbo a su copa, como si tuviera que recuperar el aliento; iban por la tercera—. ¿Y por qué habéis regresado a Valladolid?

—Voy a crear una escuela de pintura para mujeres —dijo antes de apurar su copa.

II

El caserón extramuros de la ciudad estuvo listo para cuando las heladas de marzo y las lluvias de abril hubieron cesado. El arquitecto solo se retrasó unos pocos días respecto a la fecha del contrato.

A comienzos de mayo, Juana se instaló en la casa y para la llegada del verano las primeras pupilas de la academia ocupaban sus habitaciones. Solo eran tres, pero era un comienzo, y Juana se sentía llena de energía y optimismo ante el futuro.

Había diseñado un edificio muy alejado de la severa arquitectura castellana. Un bloque rectangular lleno de galerías que se abrían al exterior, con recargados arcos de estilo veneciano. Las columnatas seguían al pie de la letra el dictado de los tratados arquitectónicos y cada pilar estaba rematado por capiteles que respetaban el riguroso orden ascendente indicado por la teoría modal: jónico, dórico y corintio.

Una cornisa, bellamente decorada con motivos vegetales, imprimía un fuerte carácter a la casa.

En la fachada, el lado más austero al exterior, las galerías eran sustituidas por el discreto y habitual almohadillado de piedra. Destacaba en ella, sin embargo, una puerta monumental sobre cuyo marco reposaba un pequeño grupo escultórico en relieve que representaba a las musas del arte, realizado por el maestro Del Rincón. Debajo del friso se leía en latín la inscripción: «El ingenio no es sino paciencia eterna», frase atribuida al divino Miguel Ángel.

El edificio estaba cerrado en la parte trasera con el huerto de su niñez, que ahora era un precioso jardín al

estilo italiano. Con parterres donde la luz, el agua y el color jugaban con el espectador y lo transportaban a una escena que parecía salida de un texto de Virgilio o Sannazaro.

La casa albergaba siete habitaciones dobles en el segundo piso, un comedor en la planta inferior con capacidad para una treintena de personas, cámaras para el servicio, almacenes y cocinas, y una impresionante y diáfana estancia en el ático, ahora reconvertido en aula donde dar sus clases.

Aquella era su escuela. Un lugar donde se enseñaría a las mujeres lo que las academias les negaban. Un espacio donde podrían vivir, aprender y labrarse un futuro lejos de los reservados talleres donde su presencia estaba vetada.

Juana despertó en la que era su cámara de niña. Se desperezó y se incorporó en el camastro. Fuera, el sol aún no había salido. Le gustaba madrugar. En ocasiones, se asomaba a la galería y, apoyada en esta, observaba el amanecer. Se dejaba intoxicar por las gamas de rojos, amarillos y bermellones del sol de verano.

Aún le parecía irreal estar allí. En la casa que había convertido en lo que ansiaba. Un reflejo de sí misma.

Tras asearse, salió al pasillo y allí se cruzó con Margarita y Jimena. Saludó a ambas con un respetuoso cabeceo. Las dos eran inseparables, pese a que tanto su origen como modo de ser no podían ser más diferentes.

Margarita poseía un carácter dulce y modales discretos. Una niña en el cuerpo de una mujer a medio hacer. Era la única hija de un importante mercader de vinos de la zona de Huesca, que la había mimado desde su llegada al mundo. Pese a ello no era caprichosa y desde pequeña mostraba una profunda pasión por la pintura. Sus padres habían aceptado que se instruyera sin oponerse en ningún momento. Primero con libros y tratados, y después en el taller de un pintor local que le enseñó lo básico. Era una alumna aplicada que cumplía cuanto Juana le encomendaba sin una mala cara, y contaba con la ventaja

de su formación inicial. Aunque no tenía un talento que la hiciesen destacar, era muy buena cuando se trataba de reproducir escenas religiosas. Le gustaba pintar a santos y vírgenes más que nada en el mundo, y solía decir, no en broma, que habría sido monja si no hubiese sido por la pintura.

Jimena era de naturaleza más fría y distante. Era la menor de una familia de talladores y pintores segovianos afincados en Madrid, donde poseían un pequeño taller. Su padre, un pintor de poca monta que ya contaba con la ayuda de sus otros cinco hijos, deseaba, no obstante, que su única hija fuese educada en las artes con el mismo cuidado que sus hermanos, por lo que había trabajado desde niña y estaba familiarizada con la técnica. A pesar de andar cerca de la veintena, ya poseía un talento innato para el arte y aprendía deprisa.

Entre ellas existía un vínculo fruto de haber sido las primeras alumnas de la casa.

—Buenos días, chicas —saludó.

—Buenos días, maestra —respondieron las dos casi a la vez.

Juana sonrió mientras descendía los escalones en dirección a la planta baja. Aún no se acostumbraba a que usaran ese título para referirse a ella.

A primera hora, maestra y alumnas se reunían en el comedor, donde se servía el desayuno a hora muy temprana. Juana insistía en la necesidad de ser puntuales, y era muy clara respecto a las obligaciones de sus alumnas. Si la cocina se cerraba y alguna de ellas no estaba presente, debía esperar a la siguiente comida. No había excepciones, ella incluida. Debía dar ejemplo. La misma disciplina era extensible al resto de actividades en la casa.

Sabía por experiencia que ser artista implicaba una naturaleza creativa y un tanto libre, pero no podía haber arte sin disciplina y voluntad. Era algo que quería inculcar a sus alumnas.

Aquella mañana las tres estaban sentadas a la mesa, aguardando. El pan recién horneado llenaba la estancia de

un dulce aroma, y las criadas que formaban el servicio permanecían expectantes.

—¿Maestra? —le dijo Jimena desde el otro lado de la gran mesa que presidía el comedor. La urgencia se reflejaba en su rostro.

No fue necesario más. Juana concedió con un leve asentimiento y las chicas se abalanzaron sobre el cuenco de gachas, la jarra de leche y el pedazo de pan negro en los que consistía el desayuno. Ella misma se dispuso a comer de buen grado.

La gobernanta de la casa se le acercó y le susurró al oído. Fernanda era una mujer fornida y de escasa cultura, pero con experiencia suficiente para llevar la casa con mano firme.

—¿Queréis que vaya a buscarla?

Juana negó con ímpetu.

—Dejadla que baje cuando desee. Pero ni se os ocurra darle nada de comer.

La mujer se mostró conforme con la posición de su ama.

—Esa cría lo que necesita es mano dura —sentenció antes de retirarse.

El sonido del sorber de la leche y del pan engullido con ganas llenaba la estancia.

—¿Cómo vais con esa copia del grabado del bodegón del maestro Van Hammen que os encomendé, Margarita? —quiso saber Juana.

A la muchacha casi se le atragantó el bocado de pan que masticaba en esos momentos. Se aclaró la voz antes de responder.

—He empezado a aplicar las sombras, maestra.

Juana asintió complacida. Sabía que a la joven aquella tarea se le hacía pesada y aburrida. Sus inquietudes iban en otra dirección. Margarita estimaba el arte religioso por encima de todos los demás. Y aunque Juana confiaba en que con el tiempo llegase a apreciar el resto, sabía que la motivación era clave para un artista. Por eso, tenía en mente darle una satisfacción encargándole algo más de su

gusto.

—He recibido un libro de grabados nuevo. Hay alguno del maestro Zurbarán. ¿Te gustaría ponerte con uno de ellos? Hay uno de san Francisco que creo que sería de tu agrado.

Los ojos de Margarita refulgieron de entusiasmo. Imaginarse copiando uno de aquellos maravillosos grabados llenos de santos y monjes no se le podía antojar más placentero.

—¡Gracias, maestra! —dijo sin poder reprimir su alegría.

Jimena chasqueó la lengua.

—No sé qué le ves a pintar tanta escena religiosa.

—Un artista ha de hacer aquello que le agrada —intervino Juana—, y después hallar el modo de hacerlo de la mejor forma que le sea posible. Si a nuestra Margarita le agrada pintar escenas religiosas, que así sea. No se debe, eso sí, descuidar ningún otro género.

—Me gusta pintar santos y vírgenes. Cuando lo hago me siento cerca de Dios. Es mi modo de hablar con él. ¿Qué tiene de malo eso?

Juana alzó la vista y se quedó mirando sorprendida a su pupila. La misma expresión asomaba al rostro de Jimena. Ambas compartieron una mirada cómplice. Aquella era la primera vez que Margarita abría su corazón de aquel modo.

En ese momento entró la tercera alumna de la casa. Luisa del Sobral.

—Veo que por fin habéis tenido a bien bajar —ironizó Juana.

Por toda respuesta la joven se sentó a la mesa. Fernanda se apresuró a indicarle lo inútil que era aquella acción.

—La cocina está cerrada —dijo con dureza la gobernanta.

—Solo me he retrasado unos minutos.

—Suficiente para que hayas llegado tarde.

—Yo le puedo dar algo de mi comida —terció Margarita.

Un firme ademán de Juana fulminó sus buenas intenciones. Ella y Jimena acabaron sus desayunos y salieron a toda prisa del comedor. Luisa no se dignó a mirarlas. En aquel momento, su orgullo apenas cabía en el comedor.

—Es la tercera vez este mes que llegas tarde. De sobra sabes lo mucho que valoro la puntualidad —comenzó una severa Juana una vez ella y su pupila más rebelde se quedaron a solas.

Luisa se retrepó en su asiento dispuesta a aguantar una nueva reprimenda. Pero Juana no añadió nada más. Se limitó a observar largo rato a su alumna ¡Había tanto talento en aquella chiquilla enjuta y de rostro cuajado de pecas! Tal facilidad para pintar y ser una gran artista, que le exasperaba lo poco en serio que se tomaba su formación. Su cabello rubio oscuro y su piel de un blanco azulado, casi transparente, le daban un aspecto ratonil.

La conoció en el corral de comedias de la plaza Vieja, la víspera del Corpus. Estaba subida a un andamio dando los últimos retoques a un decorado que simulaba una taberna. Formaba parte del atrezo de una pieza de Lope que se representaría al día siguiente. Nada más ver la soltura con la que manejaba el pincel supo que todo el decorado era obra suya. Juana se sintió maravillada.

—¿Dónde has aprendido a pintar? —le dijo tras aplacar la desconfianza que centelleaba en las pupilas de Luisa.

—Con mi tío. Es pintor.

—¿Y dónde está ahora él? —A modo de respuesta, Luisa hizo el claro gesto de llevarse un vaso a los labios—. Entiendo. ¿Y te encargas tú de todos los decorados de la obra?

—No me queda otra —respondió la chica con un encogimiento de hombros—. Mi tío no ha cogido un pincel en años. Las manos le tiemblan demasiado.

Juana barrió con la mirada las enormes telas que se apilaban contra la pared. En ellas vislumbró verdadero ojo para la perspectiva y un pulso firme para el pincel. Resolvió hablarle de la escuela y la invitó a ser alumna de ella. La

joven aceptó tras pensarlo largo rato, y solo después de cerciorarse de que no había gato encerrado en la oferta. Luisa se instaló en la casa una semana después. Antes, Juana hubo de dar unas monedas al tío de la chica para compensar la pérdida.

De aquello hacía ya dos meses, y algunos días, como aquel, Juana casi se arrepentía de ello.

Luisa se cansó de ser objeto de atención de su maestra y chasqueó la lengua, a la vez que ponía los ojos en blanco.

—Solo he llegado tarde al desayuno —se defendió—. ¡No es para tanto!

—Si os impongo un horario es porque quiero que entendáis que la disciplina es importante si queréis ser artistas. Nada se consigue sin esfuerzo. Ni en el arte ni en la vida.

Aquella máxima parecía chocar frontalmente contra una realidad que Luisa se empeñaba en demostrar cada día. La joven asimilaba todo cuanto se le explicaba con una rapidez pasmosa. Poseía un don natural para captar los detalles más insignificantes y plasmarlos en un lienzo. Incluso, pese a no tener formación alguna al respecto, en las clases de teoría que Juana se empeñaba en que fueran parte fundamental de la enseñanza, se mostraba una alumna excepcional. Estaba dotada de un talento similar, cuando no superior, al de la misma Juana a su edad. Tan solo necesitaba ser pulido, algo a lo que Luisa parecía resistirse con uñas y dientes.

—Me pedís que copie grabados sin parar y lo hago. Me ordenáis que pase horas dibujando manos, pies y ojos como si eso fuera a alguna parte, y no me oís quejarme. Pero llego tarde al desayuno y da la impresión de que vayáis a condenarme a galeras por ello —se quejó la chica.

Juana resopló frustrada intentando inútilmente que aquel gesto la calmara.

—Tu obligación es hacer lo que yo te diga.

Luisa no estaba dispuesta a callarse con facilidad. Nunca lo estaba. Se puso en pie con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—¿Por qué sigo garabateando dibujos cuando debería estar pintando? Sabéis de sobra que sé manejar el pincel desde hace años. Tenerme dibujando con un carboncillo es hacerme perder el tiempo.

—La clave de todo pintor es el dibujo. Si no eres capaz de manejarte con soltura, no serás nunca nadie.

—No vine aquí para pasarme el día garabateando. Quiero pintar. Como hacen esas dos mentecatas cuyo talento es inferior al mío.

—No te atrevas a hablar de ese modo de Margarita o Jimena. Ambas demuestran tener algo de lo que tú careces por completo: amor y respeto por lo que hacen.

La joven resopló como si esas cualidades no despertaran en ella sino apatía.

—¡Por el amor de Dios! Soy infinitamente mejor que ellas y lo sabéis. Solo tenéis miedo de que os supere, y por eso me tenéis todo el día dibujando necedades.

Juana tuvo que hacer un verdadero alarde de fuerza de voluntad para no alzar la voz. Tras serenarse, se expresó en un tono de voz pausado y en calma:

—Si te ofrecí esta oportunidad fue porque vi algo en ti. Entiendo que la vida que has llevado te ha convertido en una persona desconfiada y solitaria. Aun así, ese no es motivo para que desprecies a tus compañeras. Sí, tu talento es considerablemente mayor que el suyo, pero eso no te hace ni mejor pintora ni desde luego mejor persona.

—Yo no os pedí que me acogierais en esta casa —la interrumpió la joven.

—Cierto. Y si me dices ahora mismo que no valoras eso, no invertiré más energía ni tiempo en ti. —Juana aguardó respuesta antes de continuar. Hubo un prudencial silencio por parte de su alumna—. Si tan en duda pones la formación que te doy, quizá deberías plantearte si quieres seguir en esta casa. Ya sabes dónde está la puerta. En caso de que decidas quedarte, te aconsejo que aprendas a respetar a tus compañeras y adquieras un poco de humildad. Fuera de estas paredes nadie te tomará en serio. No podrás estudiar en ningún otro lugar. Esta es tu única

oportunidad para recibir educación. Piensa en ello, y luego haz lo que te parezca mejor. Y ahora vete a tu alcoba. Ya sabes a qué hora comienza la clase en el ático.

Un silencio denso se extendió en el comedor. Sin decir palabra, Luisa se puso en pie y salió de la estancia con el ceño fruncido y los labios apretados de pura rabia.

Cuando se quedó sola, Juana golpeó enrabietada la mesa. Aquella muchacha poseía un don natural para la pintura. Pero por sí solo no servía de nada. Si no conseguía pulir sus habilidades y tener disciplina, solo sería talento desperdiciado.

Sabía que, aunque jamás se habría planteado en serio ser pintora, Luisa amaba pintar por encima de todo. Lo sabía desde que la chica pusiera un pie en la casa. Su fingida apatía no podía esconderlo.

Se había comportado de modo rebelde y arrogante desde su llegada, y hasta entonces lo había consentido. Era hora de que demostrara que le importaba su formación.

Con aquellos pensamientos dando vueltas en su mente, salió del comedor. Aún restaba un rato hasta la primera clase.

La voz cristalina y alegre de su cuarta pupila hizo que las nubes que Luisa había traído consigo se desvaneciesen.

—Maestra. Hoy tengo muchas ganas de que me enseñéis —dijo Rosa con tanta fe que era imposible no creérselo.

La niña era la otra alumna de la casa. Tras mucho insistir a su madre sobre cuánto quería pintar como los artistas de su libro de grabados, Elena había acabado por claudicar.

—Buenos días, Rosa —saludó Juana, contagiada del espíritu de la niña. Aquella chiquilla siempre la animaba. Justo lo que necesitaba esa mañana.

Elena también saludó a la maestra de su hija.

—Lleva desde la semana pasada dibujando sin parar —informó.

—Se dice tomando apuntes del natural, madre —corrigió la pequeña.

—Anda, sube al ático y aguarda a tu maestra —ordenó Elena poniendo los ojos en blanco.

Cuando se quedaron a solas, Elena tomó a Juana del brazo y la invitó a dar un pequeño paseo por una de las galerías exteriores del caserón.

El verano había estallado en toda su plenitud. Los campos que rodeaban Valladolid brillaban bajo el sol de la mañana y el trigo centelleaba amarillento bajo el sol. Pese a ello, en la galería corría una suave brisa. Elena se cerró la ligera capa de gorgorán que llevaba sobre los hombros para protegerse de ella. Desde que se conocieron, entre ambas mujeres se había fraguado una profunda amistad.

—¿Cómo va la escuela? —preguntó Elena.

Juana esbozó una mueca que era difícil de interpretar.

—Solo tengo tres alumnas, aparte de tu hija. Así que diría que no del todo bien.

—Acabas de comenzar. Es normal. En cuanto se corra la voz por Castilla, más chicas querrán venir. Alojamiento y clases sin cargo. ¿Quién iba a rechazarlo?

—A veces creo que es solo una cabezonería mía. Una locura.

—Tu labor no cae en saco roto. Mira a mi hija. Puede que no quiera proseguir sus estudios de pintura; de hecho, te confieso que espero que así sea, pero no puede estar más ilusionada. ¡Sueña con que lleguen los días que asiste a tus clases!

Juana no pudo evitar que se le escapara una sonrisa al pensar en la seriedad con que la niña se tomaba aquello.

—Puede que Rosa no esté especialmente dotada para el arte, pero pone un entusiasmo que para otras quisiera.

—Te confieso que, aunque al principio tenía mis dudas, que acuda a tus clases la ha hecho más disciplinada, y estar con niñas mayores que ella la ha soltado un poco. Ya sabes lo tímida que es. —Juana asintió—. Quizá sería buena idea que ampliases la formación que das a más niñas como ella.

—¿A qué te refieres?

—A que no todas las niñas pueden o quieren ser un Velázquez o un Miguel Ángel. —Juana estaba segura de que

aquellos eran los dos únicos nombres de artistas que Elena conocía—. Quizá podrías admitir a chicas que no quieran ser pintoras, sino simplemente usar el arte para evadirse. Olvidarse de sus vidas un rato.

Juana rumió aquella sugerencia. Usar el arte para olvidar sus vidas. Quizá no fuese un mal consejo. Una idea comenzó a fraguarse en su cabeza mientras se apoyaba en la balaustrada de la galería.

A lo lejos, un carruaje se acercaba veloz al caserón. La nube de polvo que dejaba tras de sí seguía suspendida en el aire cuando dobló el recodo del camino y se perdió tras un grupo cercano de pinos.

Juana intuyó quién viajaba a bordo del carruaje y su semblante se ensombreció.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Elena.

—Eso me temo. Hemos de dar por concluida esta charla. —Tomó a su amiga por las manos y la miró con afecto—. Por favor, ven más a menudo. Con las clases no tengo mucho tiempo para salir del caserón. Así que tu presencia me es muy grata.

Elena le dedicó una sonrisa sincera.

Ambas mujeres regresaron al interior del edificio, descendieron las escaleras hasta la planta baja y se despidieron con un abrazo. En ese instante, Fernanda anunció la visita que ya aguardaba en el interior del pequeño despacho junto a la entrada.

Juana no tardó ni un segundo en reconocer a Rufo y una sonrisa de franca alegría se formó en sus labios.

El antiguo aprendiz de su padre estaba de espaldas a la puerta, contemplando los campos que se abrían al otro lado del ventanal. Ya no era aquel jovenzuelo desgarbado que deambulaba por el taller de su padre y cuya imagen estaría siempre ligada a su infancia. Era un hombre hecho y derecho. Un afamado pintor que tenía taller propio con varios aprendices, y miembro relevante del gremio de pintores de la ciudad. A pesar de todo, seguía poseyendo ese aire un tanto atolondrado que Juana tan bien recordaba.

Cuando el hombre se percató de que ya no estaba solo, se giró y dedicó unos instantes a estudiar a la mujer que tenía frente a sí. Como si quisiera cerciorarse de que se trataba en realidad de la hija de su primer maestro.

—¡Juana de Castro! —dijo finalmente yendo a su encuentro. La tomó por las manos e hizo una sentida reverencia—. Que me aspen si alguna vez creí volveros a ver.

Las palabras de Rufo eran resultado de una auténtica sorpresa, y brotaban de algo cercano al afecto.

—Yo tampoco, querido Rufo. Yo tampoco.

—Ha pasado tanto tiempo.

—Y muchas cosas. ¡Mírate tú! Eras un aprendiz la última vez que te vi, y te has convertido en todo un reputado maestro.

Rufo sonrió tontamente.

—Y vos la viuda de un marchante de arte y de un pintor. No creáis que, por ser esta una ciudad pequeña, no llegan aquí vuestros triunfos en Roma y Venecia.

Juana le devolvió la sonrisa. No quiso aclararle que era mucho más que la viuda de Robert y Wilhem.

Se limitó a mostrarle un par de sillas al fondo del despacho, donde ambos se sentaron. Frente a ellas se alzaba una gran mesa. Resolvió que, en aras de su vieja amistad, era preferible no interponer un muro de madera entre ambos.

Nada más tomar asiento, el semblante de Rufo se tornó huraño. Se irguió en la silla apoyando con firmeza la espalda en el respaldo. Durante unos minutos se había dejado llevar por la nostalgia. Cómo no hacerlo si el mismo despacho en el que se hallaban había sido parte del taller donde diera sus primeros pasos en el oficio.

Se obligó a cambiar de actitud. No estaba allí como un antiguo amigo de Juana, sino como enviado del gremio.

—Creo que ya estáis al tanto del asunto que me trae.

Juana lamentó que aquel oasis de añoranza y buenos recuerdos se acabara. También ella se irguió en su asiento y alzó la barbilla.

—La carta que recibí del gremio me dejaba claro que un representante vendría a visitarme. Imagino que ese representante eres tú.

El rostro de Rufo se endureció aún más.

—Es inadmisible que hayáis montado una academia a espaldas del gremio. Vengo a pediros que, por el bien de todos, la cerréis de inmediato. Solo los maestros del gremio pueden dar lecciones de pintura en la ciudad de Valladolid.

Juana respondió con voz pausada y llena de paciencia. No iba a perder los estribos por mucho que la idea fuese tentadora.

—Este caserón se haya fuera de la ciudad, por lo tanto, soy libre de dar clase a quien me plazca.

Rufo esbozó un gesto de pura incredulidad.

—Aunque os tratéis de aferrar a esa triquiñuela legal, no os servirá de nada. No sois miembro del gremio y, por lo tanto, no podéis instruir a nadie.

—Eso tiene una sencilla solución. Que vuestro gremio me examine para ser miembro. Lo haré con gusto cuando lo decidáis.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué, si puede saberse?

—¡Lo sabéis de sobra! Porque sois una mujer, y la cofradía de San Lucas, en la que está integrado el gremio de pintores, no permite el ingreso de mujeres.

—Precisamente por eso he montado la escuela. Las mujeres tienen tanto derecho a ser formadas como cualquier hombre. ¿O ya habéis olvidado que yo misma trabajé codo con codo con vos en este mismo lugar?

Contrariado, Rufo se pasó la mano por la barbilla. Antes de llegar ya intuía que Juana no iba a dar su brazo a torcer con facilidad. Recordaba lo tozuda y tenaz que podía ser. Resolvió utilizar otra táctica. El gremio contaba con él.

—Os ruego que lo penséis. La cofradía puede llevaros a juicio. Estoy aquí precisamente para evitar eso. Vuestro propio padre fue miembro del gremio. Esto no sería de su agrado.

Juana hubo de hacer un gran esfuerzo para no alzar la

voz. Mentar a su padre era un golpe bajo.

—¡No me vengáis con esas! Me he informado, Rufo. El caserón no se halla en el término municipal de Valladolid, por lo que las normas de la ciudad no se pueden aplicar aquí. Eso incluye las gremiales. Por tanto, puedo dar clase en mi casa a quien se me antoje.

—Aunque eso fuese cierto —Rufo había ido y venido de la casa a Valladolid las suficientes veces para saber que lo era—, en un juicio tendréis siempre las de perder. El gremio de San Lucas es poderoso.

—Si sabéis de mis éxitos en Italia, seguro que también sabéis que estos me hicieron rica. Lo suficiente para poder pagarme una buena defensa en caso de que el gremio así lo quiera.

Rufo soltó un bufido de pura frustración. Aquel asunto empezaba a írsele de las manos. Se había ofrecido a hacer de intermediario cuando el nombre de Juana salió a colación. Resolver ese problema podía hacerle medrar dentro del gremio, y eso significaba más y mejores encargos. Empezaba a ver esa posibilidad como algo lejano.

—Os lo pido en nombre del afecto que os tenía a vos y al maestro Martín —dijo con su mejor voz de negociador—. Sed razonable. Cerrad la escuela y dejad las cosas como están o tendréis que ateneros a las consecuencias.

Ante aquella amenaza, Juana dio por finiquitada cualquier posibilidad de resolver aquel asunto de modo pacífico.

—No uséis el nombre de mi padre para vuestros chantajes. —Se obligó a serenarse—. Lamento que hayáis venido a mi casa, que una vez fue vuestra, a amenazarme. No obstante, hay un modo de que cierre la escuela. —Una chispa de esperanza se asomó a los ojos de Rufo, quien le hizo una seña para que continuase—: Si el gremio de San Lucas quiere que cierre la escuela, lo haré encantada siempre que se comprometa a dar formación a mujeres y examinarlas para ser maestras una vez concluida esta. Como a cualquier hombre.

La decepción que tiñó de rojo las mejillas de Rufo fue

sustituida por una fiera rabia.

—Como gustéis, doña Juana —dijo poniéndose de pie con aire altivo—. Si queréis guerra, guerra es lo que tendréis.

Después cruzó a grandes zancadas la estancia y salió dando un portazo.

Juana suspiró resignada. Se puso en pie y también ella abandonó el despacho.

Era demasiado mayor y tenía demasiada experiencia para amilanarse por una amenaza proferida en el calor de la discusión.

Para cuando ascendía la escalera en dirección al ático, la amenaza de Rufo estaba olvidada y sustituida por una angustiosa sensación. Estaba convencida de que Luisa se había ido de la casa, y aquella certeza le golpeó en el pecho con dureza. Si abría la puerta del ático y Luisa no estaba frente a su caballete como de costumbre, si no asistía a aquella clase ni ninguna otra, sentiría en lo más hondo que había fallado como maestra. Su lucha no tendría sentido.

Con un rezo en los labios, empujó la puerta y entró al ático.

Las cuatro niñas se pusieron en pie y la saludaron. Desde el fondo de la sala, Luisa lo hizo con un respeto que Juana nunca había visto en ella.

Interiormente, la maestra respiró aliviada.

Se prometió que lograría sacar a la luz la artista que esa chica llevaba dentro. Aunque tuviese que pelearse con la totalidad del gremio de pintores.

III

Gerardo de Campomanes entornó receloso sus ojos mientras repasaba el pergamino que tenía frente a sí.

—¿Qué es esto? —preguntó sin disimular su irritación.

Sus ayudantes se miraron indecisos durante unos segundos. Finalmente, uno de ellos se decidió a responder. Él mismo había redactado la denuncia que el inquisidor leía.

—Es una queja del gremio de pintores, señor.

Gerardo bufó con desprecio.

—¿Y desde cuándo se molesta a un inquisidor del Santo Oficio con estas menudencias de artistas?

El inquisidor arrojó el pliego sobre la mesa en un gesto cargado de desprecio. El alguacil tragó saliva de modo ruidoso antes de responder.

—Los pintores se quejan de que alguien ha montado una escuela de pintura cerca de la ciudad.

—¡Que se dirijan a la Chancillería con sus quejas! Eso no es asunto del Santo Oficio.

—Alegan que como ellos se encargan de las imágenes religiosas eso puede afectar a la representación que esa academia haga de las mismas.

En ese punto, Gerardo pareció prestar más atención al asunto. Tomó el pergamino y lo leyó por segunda vez.

—¿Y quién es el responsable de esa academia? —preguntó sin soltar el pliego.

—Una mujer, señor.

El inquisidor alzó su cabeza y taladró con la mirada a su ayudante.

—¿Cómo has dicho?

El alguacil hubo de esforzarse por responder sin que le

temblara la voz.

—Una mujer, señor —repitió.

La vista de Gerardo de Campomanes se perdió en algún punto indeterminado de la pared del fondo de su despacho al tiempo que se frotaba el mentón.

—Investigad esto —dijo—. Puede que tengamos algo entre manos.

Durante días Juana le dio vueltas a la sugerencia de Elena. Dar clases a chicas que no aspiraban a convertirse en maestras, pero que podían sacar provecho de aquella formación. Utilizar el arte como un camino y no como un fin en sí mismo.

Cuanto más lo pensaba menos inconvenientes le veía a aquella idea. Pintar podía ser algo más que una carrera en la que afanarse por lograr la perfección. Podía ser un camino para hallar un mayor conocimiento de la pintura y del arte en general, y también una ayuda para conocerse a sí misma y, desde luego, para sentirse libre. Pintar abría el espíritu y hacía que una se sintiera satisfecha de su esfuerzo. Era un medio para expresar lo que se llevaba dentro. Un modo de enriquecer el alma. ¿No era todo eso lo que ella misma sentía al sentarse frente al caballete? ¿Por qué negar aquella experiencia al resto de las mujeres?

Dedicar unos años a aprender a manejar el pincel, a conocer la historia del arte y dejar que las preocupaciones se esfumaran frente al lienzo, simplemente por diversión, era beneficioso para cualquier persona. Al menos, tanto como la música, una actividad que solía recomendarse para la educación de las niñas.

Se decidió y elaboró una serie de clases para neófitas. Una especie de curso en el que se trataban los aspectos fundamentales de la pintura sin entrar demasiado en materia. Acompañado de una breve, pero intensa, selección de obras y artistas para hacerse una idea certera de la historia recorrida por el arte en los últimos siglos.

También podía suceder que alguna de las chicas que

asistiese mostrara un talento oculto hasta entonces y decidiese continuar su formación más allá de lo básico.

Al poco, la escuela tenía una docena de alumnas deseosas de aprender y que, dos veces a la semana, acudían a ella para tomar sus clases. Para su sorpresa, la horquilla de edades de sus nuevas pupilas oscilaba de los diez a los veinte años.

No se alojaban en la casa y pagaban una pequeña cantidad por su formación. En aquel punto Juana había sido estricta, si quería mujeres comprometidas con su educación, pagar por ella, aunque fuese unas pocas monedas, era indispensable. Existía una excepción para aquellas mujeres que no podían costearse las clases. Para ellas Juana dispuso la gratuidad a cambio de cierto trabajo en la casa.

Para diferenciar a estas alumnas neófitas de las pupilas adelantadas, y que estas no viesen lastrado su avance, se establecieron dos clases. Por un lado, las nuevas alumnas conformaban la clase básica, y Luisa, Margarita y Jimena la clase superior. La pequeña Rosa también había sido incluida en este segundo grupo, para su satisfacción.

Cuando ambas clases coincidían, Juana debía dividirse en dos y atender el doble de requerimientos. Urgía encontrar otra maestra. Hasta entonces recurría a asignar ciertas tareas a las tres alumnas de su clase superior. Así pues, Margarita, Jimena y Luisa se encargaban de supervisar los trabajos de las otras chicas. Eso, además de espolear su confianza, las hacía mostrarse mucho más respetuosas con la labor de una educadora.

Aquella mañana soleada de verano, Juana deambulaba por el ático. Las alumnas de la nueva clase se afanaban en plasmar a carboncillo una naturaleza muerta que ella misma había compuesto sobre una mesa. Constaba de una jarra de barro junto a la que había colocado un par de copas del mismo material y un plato de loza. Todo estaba dispuesto a la misma altura y junto, al modo de los bodegones de Zurbarán. Pese a que resultaba una composición sin ritmo y gracia, era mejor no complicar los

primeros estudios con composiciones complejas en diagonal o a diferentes alturas.

Como aquel era un estudio demasiado sencillo para la clase avanzada, Luisa, Jimena y Margarita se encargaban de supervisar el trabajo de las demás. Cuando eso sucedía, las pupilas más aventajadas de la academia estaban encantadas. Luisa y Jimena se pavoneaban por el ático demostrando sus habilidades, corrigiendo los errores de las novatas y aleccionándolas con consejos. Incluso Margarita, quien los primeros días aseguraba que se sentía incapaz de formar a nadie, se mostraba ahora activa y, con una sonrisa y voz amable, impartía sus conocimientos sin reparo.

Juana se fijó en detalle en Luisa.

El comportamiento de la chica había mejorado mucho. Seguía siendo desconfiada, y ello la hacía comportarse de modo arisco con las nuevas alumnas. Pero había empezado a estrechar lazos con sus compañeras. Juana estaba convencida de que con el tiempo las tres acabarían formando una sólida amistad.

A la puerta se asomó Fernanda. La gobernanta llevaba la urgencia pintada en el rostro. Juana cruzó el ático en su dirección.

—¿Qué sucede? Ya sabes que no me gusta que me molesten cuando estoy dando clase.

—Lo siento, señora, pero parece urgente. —Juana le hizo una seña para que la acompañara fuera.

—Y bien. ¿Qué es eso tan urgente?

—Tenéis visita. Abajo, en el comedor.

Juana enarcó contrariada las cejas.

—¿Y de quién se trata, que no habéis podido decirle que volviera más tarde?

—De una monja, doña Juana.

La frente de Juana se plegó en una arruga de sorpresa.

—¿Una qué?

—Una monja. Os aguarda en el piso de abajo.

Con la curiosidad aguijoneando sus pasos, Juana descendió los escalones y abrió la puerta del comedor. Al fondo, tal y como había anunciado Fernanda, una religiosa

observaba con las manos a la espalda las pinturas que adornaban la estancia. Entre ellas un par de la propia Juana. El resto eran de Luisa, Jimena y Margarita. Rosa también había colaborado con un dibujo bastante bien rematado para su corta edad y poca experiencia.

Cuando sintió entrar a Juana, la monja se volvió y la escudriñó con sus ojos convertidos en poco más que rendijas. Andaba cercana a los sesenta años. El hábito completamente negro a excepción del velo indicaba que era la superiora de su orden.

—¿Os puedo ofrecer algo, hermana?

—¿Sois Juana de Castro? ¿Hija de Martín de Castro?

—Lo soy. ¿Queréis beber algo? —repitió Juana.

La monja relajó la expresión del rostro, aunque su semblante seguía siendo ceñudo.

—Un poco de agua, si no es mucha molestia. Hace mucho calor hoy, y el camino desde la villa hasta vuestra casa es largo.

Juana concedió con la cabeza e indicó a Fernanda que trajera una bandeja con una jarra de agua fresca y copas para dos.

—¿En qué os puedo ayudar, madre? —ofreció Juana señalando dos sillas vacías.

La religiosa aceptó el ofrecimiento y ambas mujeres se sentaron frente a frente.

—Soy la hermana María de las Mercedes. Abadesa de la congregación de las clarisas descalzas de la calle del Prado. ¿Conocéis el convento?

Juana lo conocía de sobra. Eran incontables las ocasiones que había pasado por delante del edificio. Estaba ubicado frente al palacio de la Chancillería y su historia se remontaba a Felipe III y su esposa, Margarita de Austria, por lo que tenía el título de convento real.

—Lo conozco. Cuando yo era niña mi padre pintó unas tallas del maestro Fernández para su retablo.

La religiosa pareció complacida de la respuesta.

—En efecto. Maese Martín hizo un buen trabajo. —La llegada de Fernanda interrumpió la conversación. Con

cuidado, la gobernanta depositó sobre la mesa una bandeja con una jarra con agua recién sacada del pozo y dos copas. Después, hizo una reverencia y salió del comedor con discreción. Cuando se quedaron a solas de nuevo, la religiosa señaló con el mentón los lienzos que unos instantes antes contemplaba—. ¿Son vuestros?

—Algunos. El resto son de alumnas.

—Parece que al contrario que vuestro padre los temas religiosos no os atraen.

—Mi padre pintaba estatuas de santos porque es lo que hacía para vivir. Yo no suelo recibir encargos, así que pinto sobre lo que me apetece. A pesar de ello, podría pintar cualquier tema religioso si así se me encargase.

Una idea empezó a rondar la cabeza de Juana. ¿Aquella monja estaba allí para hacerle un encargo? Era poco probable, ya que nadie en Valladolid conocía su faceta de pintora. Entonces, ¿de qué se trataba?

La abadesa prosiguió interrogándola:

—Tengo entendido que habéis montado una academia de pintura aquí. En esta casa. ¿Estoy bien informada?

—Así es, madre. Aunque quizá llamarla academia sería exagerado.

—¿Cómo la llamaríais vos?

Juana rebusco en su cabeza un nombre más acorde con el proyecto que estaba poniendo en práctica.

—Diría que es una escuela de pintura para mujeres.

—¿Solo para mujeres?

—Así es —respondió Juana a la par que tomaba la jarra de agua en sus manos—. La razón de la existencia de la escuela es que las mujeres que lo deseen tengan acceso a una formación. Si un hombre quiere una educación artística, tiene numerosas oportunidades en otros sitios.

—¿Y el personal de la casa es también exclusivamente femenino?

Juana asintió tras llenar las dos copas.

—En efecto. Todo el personal está formado por mujeres. —¿A qué venían tantas preguntas? Ofreció una copa a la religiosa y se llevó la suya a los labios. Sor María

hizo lo mismo. Resolvió ir directa al grano—: Hermana, ¿os puedo preguntar a qué viene tanto interés en nuestra pequeña escuela?

La monja miró por encima del borde de su copa a Juana. Dio un largo trago a su bebida y asió la copa con dos manos mientras la apoyaba en su regazo.

—Quiero que instruyáis a dos hermanas de la congregación.

—¿Queréis decir a dos monjas?

—Hace poco hemos recibido en nuestro seno a dos hermanas nuevas: las hermanas Cristina y Marcela. Las dos tienen talento para los pinceles y poseen algo de experiencia. He podido admirar algunos lienzos que han pintado en sus anteriores destinos. Son de buena factura, según mi humilde parecer. Pero me temo que nunca han recibido formación al respecto, y eso se nota en su estilo. Nos gustaría que vos las formaseis para corregir su falta de academia.

—Tengo entendido que sois una congregación de clausura. ¿Cómo van las hermanas a asistir a las clases aquí?

La hermana María emitió un débil carraspeo.

—Así es. Las clarisas descalzas somos una orden de clausura. Solo yo, y bajo determinadas circunstancias como hoy, puedo salir del convento. Por lo tanto, debo pediros que seáis vos quien acuda al mismo los días que creáis conveniente.

—No es lo habitual —se limitó a responder Juana.

—Lo sé. Os pido que hagáis una excepción, dada la naturaleza especial de nuestra petición.

—Pero necesitaré materiales a los que tengo acceso aquí. Lienzos, pinceles, caballetes. Ese tipo de cosas.

—No os preocupéis por eso. Contaréis con todo cuanto pidáis. Además de la cantidad de dinero que estiméis oportuna por vuestras clases.

—No os pediré una sola moneda por ellas si vos os hacéis cargo de los materiales que sean necesarios. Solo cobramos a nuestras alumnas que buscan un

entretenimiento en el arte. Para el resto la formación es gratuita.

—En tal caso os lo agradezco. Nuestra congregación no nada en la abundancia, pese a que recibimos un estipendio fijo de la Corona.

—Antes de aceptar, hay algo que deseo saber.

La madre María depositó la copa sobre la bandeja y se cruzó de brazos.

—Vos diréis.

—Según tengo entendido, el convento posee una colección de pintura envidiable.

—Así es —respondió la abadesa con recelo—. Son un presente de Cristina de Lorena, duquesa de la Toscana. En 1611 su hijo, Cosme de Medici, se prometió con la hermana de su majestad Margarita de Austria, a la que quiso agasajar con treinta obras de pintores de la Toscana.

—¿Puedo saber cómo acabó esa colección en vuestro convento?

—Su majestad Margarita de Austria tuvo a bien hacernos receptoras de los lienzos. Como imagino ya sabéis, ella se hizo cargo de nuestra congregación junto a su esposo Felipe III, cuando la corte se trasladó a Valladolid.

—No obstante —la interrumpió Juana—, esos lienzos no están en las mejores condiciones en la actualidad, ¿me equivoco?

La abadesa se frotó incómoda las manos, donde depositó su mirada unos instantes. Después, se aclaró la voz antes de responder en tono firme:

—No. No os equivocáis. Mis predecesoras los mantuvieron en cajas sin cuidarlos como era debido. Hace cuarenta años, el maestro Santiago Morán realizó un inventario de ellas. Colgó las telas mejor conservadas en nuestro convento y trató de arreglar aquellas que estaban en peores condiciones. Me temo que no tuvo mucha suerte. Ahora soy yo quien debe preguntaros, ¿cómo sabéis vos eso?

Juana curvó sus labios en una sonrisa.

—Mi padre colaboró con el maestro Morán. Ambos se

conocían de su época de aprendices. Años después me habló de la colección y de lo mucho que le apenaba lo mal cuidadas que estaban las telas. Por eso queréis que dé clases a sor Cristina y a sor Marcela. Pretendéis sustituir las obras deterioradas por otras.

La madre superiora dejó escapar todo el aire de sus pulmones y se resignó. Ya no tenía sentido seguir ocultando aquel hecho.

—Sus majestades son los dueños *de facto* de esas obras, y nuestra obligación era conservarlas en el mejor estado posible —se lamentó—. Algunas de ellas están totalmente podridas. Se han perdido pedazos de lienzos, en los que alguna de mis predecesoras ordenó añadir tela de nuestros propios hábitos para repararlos. No os podéis imaginar el estado tan lamentable en el que se hallan algunas.

—Pero lo que pretendéis es hacer pasar por originales unas obras falsas.

La abadesa se defendió de aquella acusación alzando la voz.

—¡No cometemos ningún delito! —Ella misma se dio cuenta de que casi estaba gritando, así que se serenó y continuó hablando en un tono templado—: Esos lienzos no van a salir jamás del convento. No vamos a obtener beneficio económico alguno con ellos, y si se conoce su perdida lo único que nos traerá serán problemas con la Corona. Somos una congregación pequeña, no podemos permitírnoslo. Deseamos hacer copias de las que están en peor estado antes de que se pierdan para siempre, y por eso necesitamos a alguien que se ocupe de pintar imitando el estilo de los originales lo mejor que sea posible. Si vos formáis a nuestras hermanas podrán realizar esa tarea. Si os parece que mi petición sea indigna, solo os pido que esta conversación no salga nunca de aquí.

—¿Por qué no habéis pedido ayuda al gremio de San Lucas? Al fin y al cabo, ellos son maestros.

—Lo hicimos, pero se niegan a dar clase a nuestras hermanas.

Juana se quedó en silencio. Desde que había intuido la

verdadera naturaleza de la visita de la abadesa, una idea zumbaba en su cabeza.

—Acepto formar a vuestras hermanas. A cambio os pediré algo.

Las cejas de la abadesa se alzaron recelosas.

—¿De qué se trata?

—Os ayudaré en vuestra tarea con la condición de que en la medida de lo posible intentemos recuperar las obras originales, y solo recurriremos a copiarlas cuando no quede otra opción. De las que puedan ser restauradas me encargaré yo. No dudo de vuestra buena voluntad, pero es fácil estropear un lienzo si no se sabe tratar.

La abadesa concedió con un firme cabeceo.

—Me parece bien, yo también prefiero conservar los lienzos originales. ¿Poseéis los conocimientos de restauración necesarios?

—Tuve en Roma una tienda de arte, algo sé del asunto. Además, quiero que mis alumnas más aventajadas se encarguen de realizar las copias cuando no haya otra alternativa. Os aseguro que su trabajo será de primera, y a ellas les vendrá bien para su aprendizaje.

Tras unos segundos vacilantes, al rostro de la abadesa acudió una tenue sonrisa.

—Sea —concedió—. Lo único que os pido es discreción. No infringimos ninguna regla al recibiros en nuestra casa, pero nos gustaría que el convento siguiese siendo un lugar para la oración y la meditación igual que hasta ahora.

—Seremos discretas, madre. Tenéis mi palabra. Acudiremos dos días por semana. Lamento que no sean más, pero me debo a mis obligaciones aquí.

La religiosa pareció darse por complacida con aquella promesa. Sacudió la cabeza para mostrar su conformidad y se dispuso a salir del comedor. Ya no había nada más que tratar, y siempre que salía del convento se sentía extraña y desubicada.

Antes de irse se despidió de modo afectuoso de Juana, la tomó por las manos y la miró con fijeza. Le dio la

impresión de ser una persona cabal y responsable. No se había equivocado al buscarla para que formara a sor Marcela y sor Cristina.

—Vuestro padre era un buen hombre. Lamenté todo lo que le sucedió —dijo con sinceridad.

Juana agradeció aquellas palabras apretando las manos de la anciana religiosa. La ayudó a subir al pescante del carro y se despidió de ella con un respetuoso cabeceo.

Cuando el carro se alejó hasta perderse en la distancia, Juana regresó al interior del caserón. Una parte de ella estaba exultante ante la posibilidad de acometer aquella tarea. Otra no dejaba de repetirle lo peligroso que era aquello.

Para empezar, iba a dar clases en Valladolid y no en la casa. Eso hacía que infringiese directamente las normas del gremio, que ahora podía acusarla ante la justicia teniendo todas las de ganar. Además, si la colección estaba en tan mal estado como la abadesa aseguraba, tendrían que copiar alguna obra, lo que era directamente un delito. Si el gremio se enteraba, obtendría munición suficiente para acabar con ella. Y, sin embargo, sentía unas ganas enormes de acometer aquella tarea.

Concluida la clase, reunió a Margarita, Jimena y Luisa, y las puso al corriente de su conversación con la abadesa. Debía ser clara al contarles lo sucedido. Las tres tenían una carrera por delante, tenían que saber a qué se arriesgaban.

—No voy a obligaros a hacer nada que no queráis —comenzó—, pero creo que esta labor puede ser buena en vuestra formación. Tendréis acceso a unos lienzos que apenas han sido vistos en público, y copiarlos hará que mejoréis vuestras habilidades. Además, aprenderéis técnicas de restauración, que siempre vienen bien a un pintor.

Las tres chicas compartieron una mirada interrogante. Fue Luisa la primera que dio un decidido paso al frente.

—Podéis contar conmigo —dijo.

Margarita la secundó al punto. Tratándose de un asunto que concernía a la Iglesia, Juana no dudaba de que sería así. Jimena tardó algo más en decidirse, el verbo

copiar se le antojaba muy grande. Finalmente accedió al ver que sus compañeras aceptaban.

Al día siguiente de buena mañana, Juana, acompañada de sus tres alumnas, acudió al convento de las Descalzas Reales.

Las cuatro fueron recibidas por la abadesa, que las guio a través de los laberínticos pasillos del convento. Hubieron de caminar esforzándose por mantener el ritmo de la anciana religiosa. Iban sumidas en un silencio fruto de la emoción y el respeto que el lugar les inspiraba.

De las tres alumnas, Margarita era la que se mostraba más ilusionada de trabajar en el convento. Su deseo de conocer de primera mano la vida en una congregación la espoleaba. Además, como el resto de sus compañeras, esperaba adquirir conocimientos que le sirvieran en el futuro.

La abadesa las condujo hasta una estancia que la congregación había habilitado para que pudiesen trabajar sin ser molestadas. Una sala del piso superior que daba directamente al claustro central y a la que, a través de sus amplios ventanales, llegaba el sonido de los pájaros.

Allí aguardaban las hermanas Cristina y Marcela. Antes de irse, la abadesa aclaró que las dos monjas tenían permitido romper el voto de silencio con Juana, ya que se iba convertir en su maestra.

Juana estudió a sus nuevas pupilas con atención. Sor Cristina era espigada y de constitución huesuda. Su rostro ovalado bajo el velo estaba rematado por unos ojillos verdes que escudriñaban a su nueva maestra con curiosidad. Por el contrario, la hermana Marcela era regordeta y de corta estatura, y poseía unos mofletes rotundos que le daban un aspecto bondadoso.

—¿Alguna de las dos ha tenido algo de formación con anterioridad? —quiso saber Juana mirando de arriba abajo a sus nuevas pupilas.

Fue la hermana Cristina quien respondió, pese a que no

se atrevía a apartar la vista de la punta de sus pies.

—Yo, maestra. Aunque son nociones básicas. Crecí en Guadalajara, donde mi padre tenía un taller de pintura de santos en el que trabajé desde niña junto a mis hermanos.

—¿Y vos, sor Marcela?

La religiosa tragó saliva y respondió con un hilo de voz tal que Juana hubo de esforzarse por entenderla.

—Yo no. Mi padre era carpintero, ensamblador de retablos. Nunca quiso darme educación, ni habría estado de acuerdo con que la hubiese recibido. Todo lo que sé lo aprendí en el convento donde hice el noviciado antes de venir a Valladolid, a base de práctica y de leer algún que otro tratado.

Juana intuyó que ambas atesoraban experiencia y talento a pesar de la falta de educación artística.

—Bien —dijo animada—, veamos esos lienzos.

Ciertamente, los cuadros estaban tan deteriorados como la abadesa había anunciado. De algunos no se podía salvar nada, y el resto tenía un gran trabajo por delante para restaurarlos y dejarlos presentables. Las firmas de los bastidores dejaban clara la calidad de la colección: Pietro Sorri o Pompeo Caccini estaban entre los más destacados. Otros, sin tener tanto renombre, eran bien conocidos en Italia, donde Juana había vendido obras de más de uno de ellos. Era inconcebible el pésimo trato dispensado a piezas de tan buena factura.

Lo primero fue separar las telas que requerían de intervenciones de aquellas que no podían ser restauradas y cuya única salvación pasaba por copiarlas antes de que fuera demasiado tarde. Como aquella era la opción última, los criterios para colocarlas en aquella lista eran exigentes.

Al final, solo cinco de ellas fueron las elegidas para tan extrema intervención. Las cinco fueron colocadas apoyadas contra la pared del fondo: una crucifixión de un artista cuya firma resultaba ilegible y cuyo estado era el peor de toda la colección, además de ser el lienzo de mayor tamaño; dos Chimenti, cuyas telas amenazaban con desintegrarse con solo mirarlas; un Marucelli, presa de los insectos, que no

habían dejado un pedazo de tela sin agujerear, y un Betti, tan descolorido que apenas parecía haber estado coloreado alguna vez.

Del resto, muy pocas eran las que solo necesitaban intervenciones menores, como una buena limpieza o asegurar la tela ahuecada o deshilachada por el tiempo. La mayoría requería operaciones más precisas y complejas que iban desde la fijación del color que el tiempo había aligerado, haciéndolo apenas perceptible, hasta la sustitución de pedazos de tela que estaban estropeados, cuando no directamente podridos. Esta operación implicaba un mayor riesgo y era la más delicada, ya que requería pintar aquellos pedazos que faltaban imitando el estilo del original a la perfección para que una vez suturados al lienzo no se notase su diferente procedencia. Una labor tan precisa que Juana se reservó para sí.

El trabajo, calculó, llevaría varios meses, así que se pusieron de inmediato a la tarea. Se dirigió primero a las dos monjas, quienes tenían sus manos pudorosamente entrelazadas a la altura del vientre y las cabezas agachadas.

—Hermanas —comenzó. Las dos monjas dieron un ligero respingo—, no conozco vuestros potenciales para pintar, así que hasta que tenga constancia de ello, os pondréis con las tareas que impliquen menor riesgo para las telas. Empezaréis por limpiar aquellas que están en mejor estado. —Las dos religiosas asintieron casi al unísono—. En cuanto a vosotras, Jimena, tú te ocuparás de copiar los Chimenti, y tú, Luisa, comienza por el Betti y después el Marucelli —dijo a sus alumnas—. Cuadriculad el lienzo para que os sea más fácil trasladarlo al nuevo. Ya sé que no os hace falta, y que eso es propio de artistas mediocres —ironizó—, pero se trata de una labor compleja y delicada, y no podemos cometer errores. Si en algún momento no sabéis cómo proceder o tenéis dudas, parad y consultadlo conmigo. Yo tendré siempre la última palabra, y nada se hará sin que yo lo sepa. Ahora, poneos manos a la obra.

Todas obedecieron de buena gana, ansiosas por acometer aquella descomunal labor. Tan solo Margarita, a

la que no se le había encomendado tarea alguna, seguía plantada frente a su maestra. Juana la dejaba para el final con toda intención.

—¿Y yo, maestra?

—Tú te ocuparás de la crucifixión —le dijo tomándola del brazo para hacer un aparte con ella.

La chica miró la enorme tela colocada contra la pared y soltó un largo suspiro. El lienzo estaba tan arruinado que lo único que era visible sin problemas era la parte inferior del madero de la cruz y un pedazo de cielo rosado a la derecha de esta. El resto era un borrón desvaído.

—Pero, maestra —balbució la chica—. Es una obra de gran tamaño y además nunca he abordado el tema de la pasión de Nuestro Señor. Hay partes del lienzo que están perdidos, y los colores originales apenas se ven. No creo que sea capaz de hacerlo.

Margarita parecía al borde de un ataque de llanto.

—He reservado este lienzo para ti —le dijo Juana tratando de tranquilizarla—, precisamente porque es aquel del que menos hay que copiar.

—Pero es que ni siquiera se ve el cuerpo de Cristo —se defendió la chica—. No sé en qué postura lo imaginó el artista originalmente. No sé si usó tres o cuatro clavos, a la manera que se hace en Sevilla.

Juana no pudo evitar que se le escapase una media sonrisa. La chica hacía referencia a una eterna disputa entre artistas de la península, que aún dirimían si al representar la crucifixión se debía pintar a Cristo clavado al madero por tres o cuatro clavos. Aquella cuestión que parecía baladí no lo era tanto cuando se trataba de plasmar la anatomía del cuerpo humano con fidelidad. Un clavo de más o menos creaba una figura más o menos rígida, y, por lo tanto, expresiva o hierática.

La maestra le habló con tono sosegado y paciente. Apoyó su discurso colocando amistosamente las manos en sus hombros.

—No confío en nadie más que en ti para ocuparse de este tema. Tienes una sensibilidad especial para la pintura

religiosa, por eso quiero que seas tú y no otra quien se encargue de este lienzo. Ponte a ello confiando en ti tanto como yo lo hago. Si a lo largo del proceso te asaltan las dudas, ven a hablar conmigo.

Aunque aún no las tenía todas consigo, Margarita asintió vacilante. Volvió a mirar el lienzo, se santiguó con fervor y se dispuso a ello.

IV

Las semanas se deslizaron ágiles y el verano pasó veloz. Los cielos despejados fueron dando paso a las lluvias, y en los árboles las hojas comenzaron a amarillear y caerse.

Dos días a la semana, Juana y sus alumnas de la clase superior acudían al convento, donde, poco a poco, la colección de lienzos fue recuperando su aspecto inicial. Las copias ya estaban concluidas y el trabajo era digno de pasar por original. Especialmente, la crucifixión de Margarita, que, no sin titubeos y a base de mucha fe, había logrado ejecutar un lienzo digno de ser elogiado por todas. Su representación de la pasión de Cristo tenía el nivel de una maestra. La pobre chica se moría de la vergüenza cuando la propia abadesa la felicitó con elocuencia. Entre la joven pintora y el resto de las religiosas existía una profunda relación que respondía a la especial sensibilidad de Margarita.

Las hermanas Marcela y Cristina se habían descubierto como unas alumnas muy superiores a la media. Asimilaban las enseñanzas de Juana con velocidad, demostrando que tenían un gran talento. Pese a que, ciertamente, la falta de formación hacía que su estilo fuese un poco anticuado. Para compensarlo, aprendían rápido, y en poco tiempo también se encargaron de tareas más creativas. De ese modo, otras religiosas se sumaron al grupo, realizando tareas sencillas como coser los lienzos desgarrados. El ritmo de trabajo se incrementó rápidamente.

Para cuando la vendimia hubo finalizado, la colección lucía de nuevo su mejor aspecto. Estaba lista para ser colgada otra vez de los muros del convento de las Descalzas Reales.

Aunque satisfecha, Juana agradeció que la labor hubiese concluido. Entre eso y las clases de arte en el caserón, el verano había resultado una etapa agotadora.

La víspera de que dejaran de acudir al convento, una temblorosa Margarita acompañada de la abadesa quiso hablar con ella. Juana llevaba semanas barruntando que aquel momento tarde o temprano iba a llegar.

—He decidido quedarme con las hermanas —anunció Margarita en voz tan baja que parecía que estuviese cometiendo una gran traición.

El abrazo de Juana la tomó por sorpresa.

—Temía este momento desde que pusimos los pies en el convento.

—Es donde quiero estar —se excusó la joven.

Juana se secó las lágrimas que afloraban en sus ojos. Se apartó del cuerpo de la chica y se alisó los pliegues del vestido.

—Lo sé, lo sé. Nunca me interpondría entre tu vocación y tú. Pero —frunció los labios en una línea que no llegó a resultar demasiado severa— debes prometerme que no dejarás de pintar.

Margarita esbozó una sonrisa tímida.

—Os lo prometo, maestra.

Instructora y pupila volvieron a abrazarse. El llanto de Margarita acabó por contagiar a sus compañeras, que se unieron al abrazo.

Con el fin del buen tiempo, las clases para novatas fueron poco a poco perdiendo alumnas, nada que Juana no hubiese previsto ya. Las cinco chicas que continuaron sus estudios tenían ya un nivel que permitía que pudiesen compartir clase con las alumnas más aventajadas. Tras la marcha de Margarita, una sorprendente amistad había surgido entre Jimena y Luisa. Una relación que Juana atribuía a haber trabajado codo con codo restaurando la colección del convento.

Aquella mañana, ambas chicas estaban sentadas juntas

frente al ventanal del ático. La brillante luz del otoño se desparramaba por el suelo, como oro líquido. Luisa compartía un secreto en el oído de su compañera que a esta le produjo un ataque repentino de risa.

Juana carraspeó para llamar su atención. Algo que no consiguió.

—¿Querrían vuesas mercedes contar al resto de la clase qué cuchichean? —las reprendió con retintín.

Un coro de risas se esparció por el ático.

El efecto que las palabras pretendían no se produjo. Por el contrario, una decidida Luisa se puso en pie para responder:

—Comentábamos que hace un buen día fuera, maestra.

Juana enarcó las cejas.

—¿Acaso quieres salir?

—¿Por qué no? —intervino Jimena. Desde que su amistad con Luisa se había estrechado, era mucho más osada y locuaz—. Hace un día magnífico para pintar.

Luisa apoyó la idea de su amiga con vehemencia. Se puso en pie y junto a la ventana señaló la hermosa vista al otro lado de la cristalera.

—Mirad la luz del sol, maestra. El invierno ya está a la vuelta de la esquina. ¿Cuántas oportunidades nos quedan de pintar con una luz así?

Un murmullo de asentimiento se alzó en la clase.

—Estamos aburridas de tomar apuntes de platos, jarrones y demás naturalezas muertas —terció otra de las alumnas.

—Queremos pintar algo que esté vivo —la apoyó otra.

Juana miró al otro lado de la ventana. El cielo azul veteado de nubes púrpura en el horizonte; la vega del río con sus frondosos chopos oscuros elevándose en silencio; las montañas azules en la lejanía. Ciertamente era una imagen hermosa. Demasiado hermosa para no ser pintada.

Se puso en pie y señaló la puerta.

—De acuerdo —exclamó de viva voz—. Coged vuestros caballetes y el resto de los utensilios y seguidme.

Las alumnas se miraron entre sí sin saber qué hacer.

Después, en la clase estalló una algarabía que Juana tuvo que esforzarse en acallar.

Al punto, las ocho chicas, con su maestra a la cabeza, desfilaban escaleras abajo cargando con los enseres de su oficio. Salieron del caserón y tomaron el camino que llevaba junto a la orilla del río. De tanto en tanto, los campesinos que, aperos al hombro, se cruzaban con ellas o las veían en la distancia desde sus huertos, alzaban sus cabezas para observar la extraña comitiva. Se preguntaban adónde iba aquel grupito con aquellos curiosos bártulos.

Caminaron un buen trecho hasta llegar a una loma desde la que se veía Valladolid y la rivera del Pisuerga. Juana ordenó que la clase formara un semicírculo. Lentamente las alumnas colocaron sus caballetes como se les había pedido y aguardaron. Juana se colocó en el centro y habló con voz clara:

—Tenéis razón —arrancó—: hace un día precioso para ser pintado. Así que eso es lo que haremos. Hoy, nada de copiar grabados o realizar estudios sobre objetos inanimados. Hoy, señoritas, van a pintar lo que sus ojos ven. Hoy el arte estará al servicio de la naturaleza. —Extendió los brazos trazando con ellos un arco—. Observad con cuidado a vuestro alrededor. ¿No es esto más bello que la más elaborada composición que pueda crear para que vosotras la copiéis? ¿No aprenderéis más de cómo incide la luz del sol en la hoja de un chopo que de cómo lo hace una vela en una copa en el taller? Pues pintad lo que más os atraiga de cuanto os rodea. Cualquier detalle de este paisaje que os llame la atención. Da igual si vuestra técnica aún no es tan buena como para plasmar la realidad fielmente. Es preferible un poco de ingenio que una mala imitación. Así pues, ¡sacad lo que lleváis dentro y pintad!

A pesar de la vehemencia del discurso, algunas de las alumnas aún no se atrevían a acercarse ni siquiera al caballete, con el cual guardaban una distancia de seguridad. Se miraban entre sí sin decidirse a dar el primer paso. Nadie pintaba en el campo. Ningún artista cogía los utensilios y simplemente se sentaba frente a la naturaleza a

pintar. Como mucho se tomaban apuntes que luego en el estudio se llevaban a la práctica. Lo que estaban haciendo era cosa de locos.

Tuvo que ser Rosa la primera que se decidiese. La pequeña se colocó frente al lienzo en blanco. Tomó el carboncillo y empezó a bosquejar una enorme encina que se alzaba orgullosa en medio de un trigal.

Tras ella, el resto de las alumnas fue animándose, y minutos después la clase al completo estaba concentrada en su labor.

Juana sonrió para sí. Sentía que aquella mañana acababan de quitarle el rígido corsé a la pintura. Eran libres de pintar todo lo hermoso que el mundo podía ofrecerles. De recortar un pedazo de realidad y adaptarlo a las medidas de la tela. Quizás aquella era la mejor lección que podía dar a aquellas chicas.

También ella sentía que aprendía algo ese día. Había una pintura de academia, rígida y severa, que debatía cuestiones como cuántos clavos debían de colocarse en la cruz de Cristo y que no permitía la entrada a sus sacras aulas a mujeres. Y una pintura que estaba creciendo y que un día socavaría las raíces de ese arte arraigado en la tradición que veía solo una amenaza en lo nuevo.

—Maestra, creo que a mí no me dará tiempo a concluir el cuadro —dijo Jimena.

—No importa. Vendremos mañana, si el tiempo nos lo permite. Vendremos todos los días hasta que el invierno nos impida salir a pintar fuera.

Un coro de exclamaciones secundó aquella idea.

Pero no todo era sencillo. Los pigmentos machacados y convertidos en pasta al mezclarse con agua no duraban mucho en el ambiente del exterior. Además, debían ser molidos la víspera y, con todo, la pasta solía secarse en las paletas de las chicas antes de que pudiera usarse. Como medida de urgencia, Juana ordenó utilizar unos pequeños recipientes con más aceite del habitual. La idea funcionaba a medias. Aun así, permitió que la clase pudiera salir al campo hasta que llegaron las primeras lluvias y la

temperatura se desplomó.

Para entonces las chicas habían pintado un buen número de obras. Algunas de mejor calidad, como las de Jimena y Luisa, y también las de un par de alumnas de la clase básica que demostraban talento. Por unanimidad, se decidió que las telas se colgarían en el comedor de la planta baja, donde todas podrían servir de inspiración. A Juana se le ocurrió una idea al verlas.

Ordenó colocar junto a cada obra una pequeña plaquita de madera con el nombre de la autora y el título con el que quería que se conociera el cuadro.

Después acudió a Valladolid y pagó la tarifa estipulada para que un bando recorriera la ciudad anunciando que el día de san Lucas, patrón de los pintores, las puertas del caserón estarían abiertas para que se pudiese admirar la colección. Además, aquellos que quisieran hacerse con alguno de los lienzos podrían comprarlos. Lo recaudado sería destinado íntegramente al convento de las Descalzas Reales, lo que haría que más gente acudiera solo por tratarse de un acto benéfico.

Hizo que el bando fuese también escuchado en plazas cercanas como Tordesillas o Medina del Campo, donde abundaba una burguesía que estaría encantada de demostrar a los vallisoletanos que el arte era también apreciado en sus villas.

Lo que Juana buscaba con aquella acción era hacer que la escuela se diese a conocer en Valladolid y alrededores y conseguir que más chicas se decidiesen a asistir a sus clases.

La noche del 18 de octubre, en el caserón no cabía un alma más. Todas las previsiones se quedaron cortas y el sencillo ágape con que se obsequiaba a los visitantes corría el peligro de quedarse escaso. La fecha había sido elegida a propósito por ser el que el santoral reservaba a san Lucas, patrón de los pintores. Algo que llevaba implícita una ligera burla al gremio. Desde una segunda visita de Rufo con las mismas intenciones que la primera, Juana no había tenido

noticias del gremio. Lo cual podía ser una buena o mala noticia. Se decantaba por lo segundo. Pero hacía tiempo que había elegido no tener miedo.

Desde primera hora de la tarde, no cesaron de llegar carruajes de lugares incluso tan lejanos como Palencia. De algún modo se había corrido la voz y nadie estaba dispuesto a perderse el acontecimiento.

Tal y como Juana había predicho, las familias burguesas de leguas a la redonda querían dejar claro que coleccionar obras de arte no solo estaba al alcance de la nobleza. Ellos también tenían sus buenos ducados para invertir en lujos. Lo había visto cientos de veces en la *bottega* de Roma. No importaba si el comprador no entendía del todo lo que estaba pagando, para él lo importante era que estaba comprando algo que otros ansiaban, y eso lo convertía en foco de envidias de rivales comerciales o familias conocidas.

Para sorpresa de todo el mundo, la totalidad de las obras se vendieron con rapidez. Antes de la ligera cena servida en los jardines traseros de la casa, todos los lienzos estaban en manos de nuevos dueños.

Dada su calidad, las primeras obras que se vendieron fueron las de la propia Juana: un paisaje abocetado en Roma y concluido, merced a la memoria, en Valladolid, y un bodegón realizado enteramente en la ciudad castellana. En cuanto a las obras de Luisa y Jimena, las de la primera fueron adquiridas en su totalidad por una familia de pañeros de Sigüenza, y las de la segunda se repartieron entre un noble vallisoletano y dos comerciantes de Tordesillas.

Las chicas no podían estar más felices.

Incluso Luisa recibió el encargo de pintar el retrato de una rica viuda. Tras consultarlo con Juana, esta le dio permiso, siempre que la totalidad de los honorarios que cobrase por ello fueran íntegramente para el convento. Bajo ningún concepto podían cobrar por realizar un trabajo sin haber sido examinadas de maestría por el gremio. En caso contrario, habría base legal para ir a por ellas, y la cofradía

de San Lucas no se lo pensaría dos veces.

El resto de las alumnas de la clase básica también vio cómo sus lienzos se vendían con rapidez, pese a que todas reconocían su inferior calidad. A la velada asistían familiares de ellas, y no iban a dejar que el trabajo de aquellas muchachas se quedara colgado de las paredes.

La originalidad de los lienzos y el saber que habían sido pintados al aire libre estuvo en boca de todos.

De entre los presentes hubo muchos que se interesaron por la escuela y acerca de qué debían hacer para que sus hijas acudiesen a ella. No buscaban convertirlas en grandes maestras, pero todo el mundo alababa la idea de crear una clase básica. Si la música era una disciplina adecuada para la educación de las mujeres, ¿por qué no podía serlo también el arte? Siempre que no se tratase de ver desnudos o algo indecoroso.

Si Juana albergaba dudas sobre aquel proyecto se disiparon esa noche. No podía sentirse más orgullosa. Su labor estaba causando impacto en las vidas de sus pupilas. Se las veía radiantes y plenas de confianza.

—Disfruta tu momento. Toda la región conoce ya tu escuela —le dijo Elena alzando su copa de vino junto a ella.

—De eso se trata. Si consigo ganarme la opinión popular, tal vez el gremio se lo piense dos veces.

Daba igual que la escuela de Juana no representara amenaza alguna para el gremio. Su simple existencia socavaba sus principios, apoyados en una tradición que peligraba si la escuela seguía creciendo. Así que solo podía hacer una cosa. Si conseguía que la región se pusiese de su parte, un plan cuyo primer paso estaba siendo dado esa noche, quizá tuviera una oportunidad.

Si lograba que algunos de los comitentes que encargaban obras a los miembros del gremio la apoyaran, a estos les asaltarían las dudas.

No obstante, Juana sabía que eso no era una apuesta segura ni mucho menos. Máxime cuando el reloj avanzaba en su contra. Sus temores no eran vanos.

Solo dos días después, a primera hora de la tarde, una comitiva de varios hombres se acercó a la casa.

Al frente de ella iba un taciturno Pedro Tirón. Junto a él iban tres hombres más. Juana no reprimió un gesto de sorpresa al ver que dos de ellos vestían el hábito que los identificaba como dominicos y miembros de la Santa Inquisición.

—Juana de Castro. Tenemos orden de llevaros con nosotros a la casa del Santo Oficio en Valladolid —dijo Pedro en un tono aséptico, aunque ligeramente desafiante.

La mujer cruzó los brazos sobre el pecho:

—¿Qué quiere de mí el Santo Oficio?

Un leve encogimiento de Pedro dejaba claro que aquello se escapaba a su entendimiento. Él tenía una orden, que era llevarla a Valladolid, el resto no era asunto suyo. Uno de los religiosos sí respondió a su pregunta, aunque lo hizo con vaguedad y mostrando una sonrisa que estaba lejos de ser tranquilizadora:

—Su excelencia el inquisidor mayor don Gerardo de Campomanes quiere veros. Vestíos y acompañadnos, por favor.

Juana no podía hacer nada excepto obedecer. Pese a ello, dibujó un mohín y se encaminó a su cámara con paso orgulloso.

Poco más tarde, la comitiva desandaba el camino y enfilaba en dirección a Valladolid.

El Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición poseía dos edificios en la ciudad. El más nuevo, en la llamada calle de los Moros, albergaba además las temibles cárceles. El otro estaba sito en la calle Pedro Barrueco, y era donde se llevaban los casos menos importantes. Se lo conocía popularmente como la Inquisición Vieja, allí fue adonde llevaron a Juana. Aquel hecho hizo que la mujer sintiese un ligero alivio. No obstante, no las tenía todas consigo. ¿Qué quería de ella el Santo Oficio?

La llevaron a un espartano despacho en el segundo piso, de sus paredes no colgaba ni un mal tapiz a modo de decoración. Una simple mesa con una silla, otras dos más

frente a ella y una estantería a rebosar de legajos, que se mantenía en pie por la costumbre, era todo el mobiliario.

Pedro la acompañó hasta la mesa y le ordenó que se sentara en una de las dos sillas frente a esta. Luego, la dejaron a solas. Juana fue consciente de que la estancia olía a pergamino antiguo y a vela quemada.

Minutos después, un religioso trajo una jarra con agua y dos copas que depositó sobre la mesa. No dijo palabra alguna, y no se molestó en servirle. Juana tampoco lo hizo. Sentía un nudo en la garganta tal que habría impedido que el líquido pasase más allá.

Tras un buen rato, cuando empezaba a creer que se habían olvidado de ella, entraron al despacho un hombre alto y de rostro picado por la viruela y otro más joven.

El primero era Gerardo de Campomanes, inquisidor mayor de Valladolid. Un hombre terrible, de fiero aspecto y no menos intimidante voz. La miró unos instantes y después le habló con una voz que parecía surgir de lo más profundo de una caverna donde la luz del sol no llegara.

—¿Cómo os encontráis esta mañana, señora De Castro?

Juana receló de él, a pesar del trato aparentemente amable que le dispensaba.

—Confusa. Quisiera saber por qué se me requiere o de qué se me acusa.

Gerardo de Campomanes ocupó su sitio tras la mesa. El otro religioso tomó la silla libre y la arrastró hasta colocarse a la diestra del inquisidor. Se dispuso a tomar testimonio de lo dicho.

—¿Os parece que este sea el trato que dispensamos a una acusada? —El inquisidor hizo una pausa, quizás esperaba contestación. Por si acaso, Juana resolvió no responder y compuso un gesto hierático—. Y, en cualquier caso, ¿hay algo por lo que deberíais estar acusada? —Juana guardó nuevamente silencio. De Campomanes colocó sus manos bajo la barbilla y clavó su mirada en la mujer—. Tan solo queremos que respondáis a unas preguntas. Nos ha llegado cierta información y deseamos contrastarla.

—¿Qué clase de información?

—Relacionada con las actividades de vuestra casa. ¿Sabéis a que puedo estar refiriéndome? —Una sonrisa torcida inflamó los labios del inquisidor.

Juana sintió que el vello de la nuca se le erizaba. Empezaba a intuir que detrás de aquello estaba el gremio. No obstante, ¿por qué se inmiscuía en aquellos asuntos el Santo Oficio? Decidió que el único modo de salir airosa de aquello era colaborar. Se irguió en la silla e impostó una sonrisa afectuosa.

—En tal caso, solo deseo aclarar esa información. Estoy a vuestra entera disposición.

Gerardo de Campomanes ensanchó su sonrisa en una mueca que parecía casi animal.

—Por supuesto que lo estáis —dijo. Después ojeó el pliego que el otro religioso le pasó. Cuando alzó la mirada no quedaba rastro de la sonrisa—. Decidme, ¿habéis abierto en vuestra casa una academia donde dais instrucción en el arte de la pintura?

—Yo no la llamaría academia. Es más bien una escuela.

—¿Cuál es la diferencia?

—Academia me parece un término excesivo para lo que allí hacemos.

—¿Y qué hacéis allí? —Gerardo se inclinó sobre la mesa. Juana estaba segura de que ya conocía al detalle todo lo relativo a la escuela. Tan solo estaba jugando con ella. Aun así, respondió de modo pausado.

—Damos formación a artistas que no pueden obtenerla en otro lugar.

—¿Os referís a mujeres? —Juana se limitó a asentir—. ¿Y qué es exactamente lo que enseñáis?

—Moler pigmentos para crear colores, preparar las telas o el soporte que se ha de usar, crear una composición...

El inquisidor la detuvo con un enérgico movimiento de la mano derecha.

—A pintar, en resumen.

—Pintar es un verbo que implica muchas otras cosas, pero podría decirse que sí. Enseñamos a pintar.

—¿No está para eso el gremio de San Lucas?

—El gremio no ofrece educación a mujeres.

—¿Por qué creéis que sucede eso? ¿Por qué las mujeres están menos dotadas para el arte que los hombres?

Juana ahogó una risa sorda. Se obligó a serenarse antes de responder. Estaba claro que la intención del inquisidor no era otra que provocarla.

—Creo que eso deberíais preguntárselo al gremio.

El inquisidor no reprimió una mueca de agrado que rayaba en la admiración ante la respuesta. Mueca que al instante fue sustituida por una agria máscara de desprecio.

—Así pues, admitís que esa escuela existe y que en ella solo se da clase a mujeres.

Juana estaba a punto de perder la paciencia, pese a que aquella era la peor idea posible en su situación. Logró encontrar en su interior la calma necesaria para refrenar su lengua.

—¿Por qué no iba a admitirlo? Es una información pública. —Hizo una breve pausa para evitar que la indignación que sentía se apoderara de ella. Pese al esfuerzo, las palabras que surgieron de su garganta eran una pizca más desafiantes de lo que era aconsejable—. La escuela está ubicada fuera de Valladolid, por lo que no contravengo ninguna norma de la ciudad dando clase en mi casa a quien me plazca. Por otro lado, el Santo Oficio no suele intervenir en este tipo de asuntos. Así pues, ¿por qué no dejáis de dar vueltas y decís claramente qué queréis de mí?

La propia Juana se dio cuenta de que estaba jugando con fuego. Caminaba a ciegas demasiado cerca de traspasar una peligrosa línea. Aun con todo, debía mantenerse firme.

El inquisidor se aclaró la voz antes de responder.

—No es decisión vuestra, sino mía, decidir qué compete a este santo tribunal. Hemos concluido —dijo el inquisidor dando la vuelta al pliego que tenía frente a sí.

Juana se mordió las ganas de añadir nada más. Había jugado sus cartas y era mejor dejarlo así. Hizo amago de ponerse en pie.

—Me alegro de que se haya aclarado. Si no queréis nada más de mí...

Gerardo de Campomanes soltó una cruel risita antes de alargar el brazo izquierdo para interrumpir a la mujer.

—¡Oh, no! Creo que no habéis entendido. Este asunto está lejos de haber finalizado. No obstante, estáis demasiado exaltada para proseguir. Continuaremos en otro momento. Por ahora no se os acusa de nada, así que consideraos mi invitada. —El inquisidor hizo sonar una campanilla y Pedro Tirón entró en el despacho—. Llevadla a la casa de la calle de los Moros —ordenó.

Juana se quedó petrificada. La llevaban al edificio principal de la Inquisición. Donde se trataban los asuntos importantes. Aquella no era una buena noticia.

—No estoy acusada de nada. Vos lo habéis dicho. No podéis retenerme —replicó irritada.

De Campomanes bordeó la mesa y la asió por el brazo. El apretón no era fuerte, pero su mano la sujetaba con firmeza. Le habló al oído, casi en un susurro:

—En eso os equivocáis, señora De Castro. Quizá habéis olvidado que ya no estáis en Italia. En España, la Santa Inquisición puede hacer lo que le plazca con vos. Yo puedo hacer lo que me plazca con vos. Todo lo que enseñáis sobre paisajes, flores y bodegones es basura. La pintura ha de servir para representar a Nuestro Señor y su gloria. Y no dejaré tamaña labor en las manos de una descendiente de una pecadora como Eva. No descansaré hasta que cierre esa maldita escuela y os vea en la calle.

El inquisidor le soltó el brazo y cruzó la estancia a buen paso.

Juana se quedó mirando largo rato la puerta. Aquel hombre estaba loco, y lo peor era que tenía razón. El Santo Oficio podía hacer lo que se le antojara.

V

Juana fue encerrada en una estrecha celda en los sótanos que, pese a todo, no estaba exenta de cierta dignidad espartana.

Dignidad que provenía del hecho de que dispusiera de algunos muebles y un ventanuco enrejado que daba a la parte baja de un lateral de la casa. El mobiliario consistía en una triste mesa con una banqueta y un camastro que podía pasar por cómodo dadas las circunstancias. Habría dado lo mismo que hubiese sido duro como una piedra. Juana no se veía capaz de pegar ojo en él.

La poca luz que entraba en la estancia procedía del ventanuco, que estaba colocado a tan elevada altura que para ver qué sucedía al otro lado, Juana debía encaramarse a la banqueta. Solo se atisbaba una estrecha porción de la plazuela donde se ubicaba la Casa de la Inquisición. No había velas o lamparilla alguna. Cuando la noche cayó, la oscuridad en la celda fue total.

Podía darse por satisfecha. No era el peor acomodo que le podían haber buscado. Las celdas de la Casa Nueva de la Inquisición tenían fama de ser tan húmedas y frías que eran muchos los que, tras pasar por ellas, aseguraban que el infierno no era un sitio donde el fuego ardía eternamente, sino un lugar helado muy parecido a aquella prisión.

Pasó las primeras horas de la noche sentada en la banqueta. Llegó un momento en que sentía todo el cuerpo entumecido y le hormigueaban piernas y manos.

Al fin, poco antes del amanecer, se tendió en el catre, donde empezaba a quedarse dormida cuando la puerta de la celda se abrió con estrépito. Se incorporó en la cama sobresaltada y vio a un monje que traía algo de comida en

una bandeja. Juana se fijó en detalle en él. Tenía una fea verruga encarnada en la nariz que le daba un aspecto grotesco.

La comida consistía en un pedazo de pan rancio y algo de vino aguado para pasarlo. El monje dejó todo sobre la mesa sin molestarse en abrir la boca.

Juana no había probado bocado desde el mediodía anterior, y, aun así, estaba convencida de que no podría comer ni una sola miga. Se sorprendió a sí misma devorando con ansia el escueto desayuno. Finalizado este, se dispuso a aguardar que fuera llamada de nuevo a presencia del inquisidor.

Una noche en vela en aquel lugar daba para pensar mucho.

El Santo Oficio no pintaba nada en todo aquel asunto. Su intervención solo podía deberse a algún retorcido manejo del gremio de San Lucas. Una oscura maniobra para asustarla, para enviarle un mensaje claro: cierra la escuela o atente a las consecuencias, tenemos a la Inquisición de nuestro lado.

Como mensaje intimidatorio, Juana debía admitir que funcionaba a la perfección. Aunque eso era todo. No tenían nada contra ella. Legalmente no podían obligarla a cerrar la escuela. Por eso el gremio recurría mediante alguna sucia treta al Santo Oficio. Querían ablandarla. Hacerle creer que no podía ganar, que podían doblegarla encerrándola allí.

Estaba convencida de que cuando la llevaran ante el inquisidor esa mañana, este le ordenaría que cerrara la escuela si no quería que aquello se repitiese. Tenía la respuesta lista y ardía en deseos de pronunciarla en voz alta.

No recibió ninguna visita durante toda la mañana. Ni tampoco a lo largo de la tarde.

Cuando la luz que entraba a través del ventanuco disminuyó anunciando que oscurecía, decidió que no se iba a quedar de brazos cruzados. Con zancadas firmes se plantó frente a la puerta y golpeó esta con ímpetu.

Instantes más tarde, el monje de la verruga en la nariz

se asomó a ella portando el cabo de una vela.

—Dejad de vociferar —ordenó sin ningún tipo de contemplaciones.

—Exijo ver al inquisidor —exclamó Juana.

Los labios del religioso se ensancharon en una sonrisa burlona.

—¿Que vos exigís qué?

—Llevo retenida aquí desde ayer sin que se me haya informado de estar acusada. Exijo ver al inquisidor.

Juana ni siquiera habría sabido decir si Verruga la escuchaba. La puerta se cerró de golpe dejándola con la palabra en la boca.

Al poco se oyó correr el cerrojo y los pasos del religioso alejándose. Presa de la frustración, Juana golpeó enrabietada la puerta una última vez.

Esa noche no hubo cena.

Despertó de madrugada tiritando de frío. La temperatura era baja y un viento gélido se colaba por el ventanuco. Se encaramó a la banqueta y comprobó que fuera estaba empezando a nevar. Trató de arrebujarse en la sucia y raída manta con la que se cubría. Aunque logró entrar en calor, no pudo conciliar el sueño más de diez minutos seguidos. Cuando lo hacía, se despertaba sobresaltada y dudando de dónde se hallaba.

Con la mañana, el monje regresó con algo de comer. Juana se contuvo de hacer comentario alguno. Había llegado a la conclusión de que lo más adecuado sería mostrarse sumisa y colaborativa. Hacerla esperar posponiendo el interrogatorio era una estrategia más para ablandarla.

Tampoco ese día vino nadie a llevarla ante el inquisidor. Se estaban tomando su tiempo. Juana se repetía una y otra vez que no la doblegarían. No claudicaría. No obstante, empezaba a sentir que se ahogaba en aquel lugar.

Todo lo que permitía la celda era caminar en círculos, cosa que hacía cada cierto tiempo para mantener su cuerpo ocupado, y encaramarse a la banqueta y mirar la calle. Una acción poco menos que inútil, ya que cuanto se veía era una

estrecha franja desde donde apenas vislumbraba media plaza. Así que la mayoría del tiempo la pasaba sentada frente a la mesa o tendida en el jergón. Había vuelto a recurrir al viejo truco de pintar con la imaginación. Por desgracia, cada vez con más frecuencia la concentración se le iba y le costaba retomar el hilo.

El tercer día el cerrojo de la puerta de la celda se descorrió de nuevo. A ella se asomó una consternada Fernanda. En sus manos llevaba una pequeña canasta que, a buen seguro, habría sido revisada con detalle por parte de Verruga o alguno de sus compañeros.

Juana se levantó con tanto ímpetu que a punto estuvo de tirar al suelo la mesa. Ambas mujeres se fundieron en un sentido abrazo.

—Os he traído algo de ropa —musitó la gobernanta señalando el canastillo.

Juana agradeció el detalle. Cuando la sacaron de la casa llevaba puesto un vestido con amplias mangas y gorguera, ropas poco adecuadas para aquel lugar.

Se apresuró a colocarse el vestido más sencillo que la gobernanta le tendía. Agradeció especialmente la manta que iba en el fondo de la canasta. Si el tiempo volvía a empeorar esa noche, le vendría bien tenerla en el catre.

—¿Cómo están las chicas? —quiso saber.

—Como todas en la casa. ¿Cómo queréis que estemos viendo lo que está pasando? Luisa quería venir, me ha costado mucho convencerla de que se quedara en la escuela. Y menos mal, porque ni a mí me dejaban visitaros. He tenido que aguardar toda la mañana en la puerta.

Juana le estrechó las manos con afecto.

—Gracias, verte me llena de esperanza. —Tiró de Fernanda y mientras ella se sentaba en el jergón, la gobernanta ocupaba la banqueta—. Es mejor que las niñas no hayan venido, este no es lugar para ellas. Que sigan pintando. Dile a Luisa y al resto que las veré pronto. No pueden retenerme mucho más. En unos días estaré de vuelta.

El semblante de Fernanda se oscureció.

—No estoy tan segura de que eso vaya a ser así.

Ahora fue el rostro de Juana el que demudó.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué sucede?

—¿No os han dicho nada?

Juana frunció los labios en una sonrisa triste.

—¿Decirme qué? Nadie, aparte de vos y de ese condenado monje, ha entrado por esa puerta desde hace días.

Fernanda tragó saliva y sus manos juguetearon nerviosas con el pico de su vestido.

—El Santo Oficio está reuniendo pruebas para acusaros.

Todo el cuerpo de Juana se quedó congelado, como si se hubiese convertido en una estatua de hielo de tamaño natural. Recordó la amenaza de Gerardo de Campomanes.

—¿De qué van a acusarme? —Fernanda agachó la cabeza. A sus ojos se asomaron las lágrimas. Juana la agarró por los hombros y la sacudió con ímpetu—. Tienes que contarme todo lo que sepas. Habla.

—La noticia ha corrido por todo Valladolid. Una de las sirvientas vino ayer de comprar en el mercado diciendo que en una semana habrá un juicio contra vos por ir en contra de la doctrina de la Iglesia.

Juana soltó a la sirvienta y se dejó caer hacia atrás.

—Por ir en contra de la doctrina de la Iglesia —repitió sin dar crédito a lo escuchado—. Eso es una necedad. Yo no he hecho nada para ser acusada de algo tan grave.

—El inquisidor ha estado en la casa interrogando a las alumnas.

Juana sintió como si le hubiesen golpeado el pecho. Una cosa era amedrentarla a ella, confinándola en una celda sin acusación, y otra acosar a sus niñas.

Se sacudió aquella sensación como pudo. No era momento de dejarse llevar por la rabia. Si lo que se rumoreaba en Valladolid era cierto, solo disponía de unos pocos días.

—Necesito que consigas traerme papel y tinta para que pueda escribir una carta. Lo pediría yo, pero dudo que me

lo permitan. ¿Crees que podrás?

Fernanda torció el gesto.

—Revisan todo antes de entrar. Incluso se han quedado con un pedazo de queso y algo de pan que os traía. No creo que pueda colar papel y tinta.

—Pues debo lograr enviar una carta.

—Podéis dictármela ahora, la memorizaré. Después le pediré a alguna de vuestras alumnas que la escriba.

—Ha de ser de mi puño y letra. No hay otro modo.

La gobernanta se mordió el labio inferior.

—¿Y no sería mejor aguardar al juicio? Vos no habéis hecho nada.

Juana estuvo a punto de romper a reír.

—Los juicios del Santo Oficio son una farsa. El defensor que me adjudicarán no moverá un dedo por evitarme una condena. Necesito llegar a instancias mayores, por eso tengo que escribir esa carta. Prométeme que intentarás traerme lo que te he pedido.

En ese momento, la puerta de la celda se abrió de par en par y a ella se asomó Verruga. No dijo una sola palabra, se limitó a señalar a Fernanda, quien abrazó a su ama una última vez y aprovechó la postura para susurrarle al oído.

—Lo intentaré, aunque no creo que a mí me dejen volver a veros. Tendré que buscar a alguien que os pase lo que me pedís.

—Hacedlo, os lo ruego.

—¡Basta de palabrería! Sal de la celda o te quedas a pasar la noche con ella —bramó el dominico.

La gobernanta se apartó de Juana y le confirmó con la mirada que haría todo lo posible. Después salió de la celda.

Juana se quedó sumida en un mar de pensamientos nefastos. Sus peores temores se hacían realidad. Por primera vez desde que estaba en aquella prisión, sentía miedo real por lo que podía sucederle. Daba igual que no entendiera la totalidad de aquello a lo que se enfrentaba. Tenía como adversario al Santo Oficio de la Inquisición. Su única posibilidad pasaba por enviar aquella carta.

Gerardo de Campomanes concluyó sus pesquisas antes de lo esperado. La quinta noche de estar encerrada le anunciaron que al día siguiente se la sometería a juicio.

No sirvió de nada que alegara desconocer de qué se la acusaba.

—El inquisidor os leerá la acusación mañana —le espetó Verruga sin muchas ganas de hablar. Tampoco quejarse de no disponer de un defensor la ayudó—. Se os asignará uno.

El monje se fue y la dejó a solas, lidiando con el miedo y las dudas.

A la mañana siguiente, se sorprendió despertando descansada y en calma. En algún momento de la madrugada cayó rendida y había dormido de tirón.

Verruga la vino a buscar poco antes de la salida del sol, le dio algo tan frugal como de costumbre para desayunar, dejó que se aseara, para lo cual le trajo una jofaina, y la acompañó fuera de la celda.

En el pasillo la esperaban dos soldados comandados por Pedro Tirón, que la guiaron por los intrincados sótanos.

El juicio se celebraba en el primer piso de la Casa de la Inquisición. En una enorme sala con amplios ventanales y donde se apiñaba una multitud de curiosos, ya que los juicios solían ser a puerta abierta. Entre la muchedumbre vislumbró a Fernanda y, a su lado, a Luisa abriéndose paso para ubicarse en un buen lugar.

Logró acercarse lo bastante a ellas para recriminar a la joven su presencia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Después miró a Fernanda—. ¿Por qué le has permitido venir?

Luisa no necesitaba que nadie defendiese sus decisiones.

—Sois mi maestra. ¿Qué clase de persona sería si no os acompañase en estos momentos?

Juana censuró su actitud frunciendo el ceño, pero interiormente agradecía la presencia de la chica. Aparte de ella y de Fernanda, no tenía más amigos en la sala.

Se equivocaba. Al fondo vislumbró la figura de Elena,

quien le lanzó una sonrisa triste. La mujer se las ingenió para sentarse junto a Fernanda y Luisa. Las tres eran un oasis en medio de aquel mar de caras ceñudas y miradas recelosas.

Al fondo de la sala entrevió también una figura familiar. Al notar que Juana lo miraba, Rufo agachó incómodo la cabeza.

La comitiva de guardias la llevó hasta las primeras bancadas, frente a las que se elevaba un atril con espacio para varias personas, ahora vacío, pero en el que en breve se sentarían los miembros del tribunal.

Juana no estaba aherrojada y le permitían conservar sus propias ropas. Eran detalles que demostraban que, pese a la severidad de la acusación, el suyo era un asunto menor. A pesar de todo, tenía miedo. Solo un necio no lo tendría ante el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición.

Al poco, el tribunal entró en la sala y ocupó sus asientos. Al frente, un De Campomanes que disfrutaba de la expectación. El inquisidor ordenó que se guardara silencio y durante un largo rato paseó la vista por entre los presentes. Clavó sus ojos en los de Juana, y esta tuvo la certeza de que aquel hombre se alimentaba de lo que flotaba en el ambiente de aquella sala: miedo. Curiosamente, eso hizo que dejase de temblar y encontrase en el fondo de su ser fuerza suficiente para alzar la barbilla y sostenerle la mirada más de lo que posiblemente el inquisidor esperaba. Pese a ello, el religioso no hizo gesto alguno. Su rostro era el de una estatua inescrutable.

A una seña suya, el secretario comenzó con el juicio. El defensor de Juana actuaba de mera comparsa. Tenía la boca fruncida en una especie de mueca estúpida y contemplaba algún punto del artesonado de la sala.

El inquisidor tomó la palabra.

—Señora De Castro. ¿Poséis una escuela de pintura para mujeres en Valladolid?

—No. La escuela no está en Valladolid, sino en una pedanía cercana.

El inquisidor aleteó las manos para ignorar aquel

detalle.

—¿Tenéis o no tenéis una escuela de pintura para mujeres?

—La tengo.

De Campomanes hizo una larga pausa.

—¿Cuál es vuestro oficio?

Juana titubeó unos instantes. Más sorprendida por la pregunta que por la respuesta que debía dar.

—Pintora.

—¿Pintora? —El inquisidor fingió sorpresa—. ¿Acaso poseéis el título de maestría que acredita que sois tal cosa?

Juana comprendió hacia dónde trataba de llevarla aquel bastardo. Quería exponerla ante los presentes como alguien que no estaba legitimada para dar clases.

—El gremio de San Lucas no examina a mujeres —respondió.

—Entonces, no sois maestra pintora —la interrumpió el inquisidor—. Luego, ¿qué os capacita para ser maestra de nadie?

—Las normas del gremio de San Lucas solo son válidas en Valladolid. No en la pedanía donde se ubica la escuela. Por lo tanto, puedo dar clases sin necesidad de título alguno.

Gerardo cortó su discurso sin consideración.

—Este tribunal no se reúne para valorar ese tipo de cosas, más propias de la justicia ordinaria. Os recomiendo que acudáis a ella. ¿Opina vuestro defensor lo mismo?

El abogado dio visos por primera vez de no ser una simple estatua de sal colocada en una silla.

—Sí, señor inquisidor. Estamos de acuerdo con vos.

Juana ahogó un gruñido de frustración. Tal y como se temía, aquel juicio no era sino una completa farsa. La sentencia estaba incluso ya dictada, estaba segura: la obligarían a cerrar la escuela. Lo único que restaba por saber era a través de qué medios se llegaría a ello. Tuvo que morderse el labio inferior para no verbalizar lo que pasaba por su cabeza en esos momentos. El inquisidor continuó como si nada hubiese sucedido.

—¿Por qué no tenéis la titulación de maestría en pintura, señora De Castro?

Juana se tomó unos segundos para reflexionar. No quería que el tono de voz sonase condescendiente. Tan solo deseaba finalizar aquella pantomima cuanto antes. Lo más seguro era que, junto a la obligación de cerrar la escuela, se agregase una multa. Si le decían ahora mismo la cantidad, la pagaría encantada con tal de no aguantar más aquella comedia. Respondió con gesto de cansancio:

—Porque el gremio de San Lucas no examina a mujeres.

—Pero otros gremios sí, y vos habéis vivido en Génova, Venecia y Roma, que este tribunal tenga constancia. ¿Por qué no os examinasteis en cualquiera de esas ciudades?

Juana no esperaba aquello. Demostraba que el inquisidor había hecho su trabajo, y la ponía en una posición de difícil defensa. No pudo evitar pensar que, en cierto modo, había engañado a todo el mundo. En toda su vida no había recibido un solo encargo para un lienzo ni se había examinado para maestra. No estaba capacitada para dar clases. Era un fraude completo. Una estafa. Si aquello era lo que ella pensaba de sí misma, no quería imaginar qué pasaría por la cabeza del público presente. De reojo vio que Fernanda, Luisa y Elena la miraban con fijeza. No tuvo fuerzas de devolverles la mirada.

Respondió con voz queda, casi en un murmullo.

—No me fue necesario en esos momentos —acertó a decir.

De Campomanes torció el gesto.

—No os fue necesario porque erais la simple mujer de un pintor. ¿Quizá eso os hizo creer que también vos misma erais una artista?

Un coro de risas se alzó en la sala.

—No me fue necesario en esos momentos —repitió con desdén Juana.

El inquisidor sonrió levemente y atemperó su discurso.

—Así que no sois pintora ni estáis capacitada para dar clase, y, sin embargo, habéis montado una academia que

daña la posición de la Cofradía de San Lucas al negarle con vuestra terquedad el respeto que merece —Era la primera vez que el inquisidor daba muestras de que el gremio de pintores le importara algo—. ¿Y qué enseñáis ahí a esas mujeres entonces?

—Mis alumnas aprenden todo lo relacionado con el arte en general, y la pintura en concreto. —Juana habló en un tono desafectado, tan solo quería que aquello concluyese cuanto antes.

—¿Es cierto que entre vuestras alumnas —Gerardo pronunció el término como si le costara un gran esfuerzo— hay algunas de ocho años?

—Solo tengo una alumna de edad tan joven —respondió pensando en Rosa. ¿Qué pensaría la dulce niña de que su maestra solo fuese un fraude?

—Luego lo que digo es cierto. —De mala gana Juana meneó la cabeza para asentir—. Y en vuestras clases a esas alumnas de ocho años, ¿les enseñáis cómo han de representarse las escenas religiosas según la Santa Madre Iglesia? Me refiero a si seguís para ello los preceptos de Trento.

Juana atisbó que ahí tenía algo de lo que podía defenderse. Sintió crecer una cierta energía en su interior que le hizo hablar con voz firme.

—Mis alumnas no pintan escenas religiosas. Nos dedicamos más a otros géneros. Bodegones y pintura de países; lo que se conoce vulgarmente como paisajes.

—¿Nunca habéis enseñado a una alumna cómo representar la figura de Cristo?

—No.

La boca de Gerardo de Campomanes se curvó en una sonrisa que que andaba muy cerca de ser triunfal.

—Eso no es lo que aseguran las hermanas de las Descalzas Reales. —Juana se quedó congelada en una mueca que reflejaba una honda perplejidad—. ¡Que pase la testigo! —gritó De Campomanes a una sala expectante. Aquel era su teatro, él el protagonista, y ese su público.

A su orden, las puertas de la sala se abrieron y entró

Margarita. Llevaba el hábito que la identificaba como novicia. Caminaba con la cabeza pegada al pecho, mirando las losas del suelo que desfilaban bajo sus pies. Cuando pasó junto a Juana evitó mirarla.

Plantada frente al inquisidor, era como un ratoncillo frente a una serpiente.

—Decid a este tribunal cómo os llamáis —exclamó el secretario.

Margarita tragó saliva y después se aclaró la voz.

—Margarita Gómez.

—¿Qué relación guardáis con la acusada?

—Era mi maestra.

En aquel punto, De Campomanes intervino. Se colocó frente a la testigo y elevó la voz para hacerse escuchar con claridad en toda la sala.

—¿Lo era cuando trabajasteis en el convento de las Descalzas Reales?

—Sí. —La voz de Margarita se convirtió en apenas un murmullo. El inquisidor la obligó a repetir la respuesta en voz alta—: Sí, era mi maestra.

—Contad al tribunal qué hacíais en ese lugar.

—Restaurábamos la colección de pinturas de las hermanas descalzas. Los lienzos estaban estropeados.

—¿Estabais solas vos y la acusada realizando esa tarea?

—No. Había otras dos alumnas de la escuela con nosotras.

—¿Y cuál era exactamente vuestro cometido? —prosiguió De Campomanes.

—Limpiar las telas, restaurar los pedazos de lienzo perdidos.

—Y copiar otras obras, ¿no es cierto? —la interrumpió el inquisidor.

—Así es.

—¿En alguno de esos lienzos se representaba a Nuestro Señor? Por ejemplo, en el momento de su crucifixión. —Margarita afirmó con la cabeza. De Campomanes mostró una sonrisa triunfal—. Habéis dicho que las telas estaban estropeadas. Ese lienzo en concreto que la acusada os

ordenó copiar, ¿estaba en buen estado?

—No.

—Así pues, tuvisteis que pintar casi todo de vuestro propio entendimiento.

—Sí.

—Pese a que no teníais experiencia en ese tipo de escenas. ¿Y en algún momento os ordenó seguir las pautas que marca al respecto la Iglesia?

—No.

Juana entendió la jugada del inquisidor. Existía toda una normativa acerca de la religión en la pintura tras el Concilio de Trento. Una serie de preceptos que, si bien no eran más que recomendaciones que habían ido cayendo en el olvido con los años, era preferible seguir si no se quería tener problemas con el Santo Oficio. No se podía representar ciertos temas, posturas o gestos en personajes bíblicos más allá de los modelos que la Iglesia daba por válidos. Al haber hecho que Margarita, poco más que una niña, se enfrentase a la representación de un tema de tanta importancia como la crucifixión, le daba al tribunal el arma definitiva para ir contra ella.

Al menos, aquel asunto concluiría pronto.

De Campomanes dio por finalizada la intervención de Margarita. Ya tenía lo que quería de ella. La alejó con un aleteó de manos, como quien espanta a un insecto. Cuando la chica pasó por segunda vez junto a Juana, se atrevió a alzar la mirada y con ella le dijo que sentía lo sucedido. Juana no podía recriminarle nada. Tener a un perro de presa como el inquisidor aferrado al cuello era demasiado para una simple niña.

Los hechos estaban expuestos. Solo restaba la puntilla final, y el inquisidor ya estaba preparándose para ello.

De Campomanes colocó las manos a la espalda. Se colocó de cara a la sala. Deambuló sin aparente destino hasta que se plantó a pocos pasos de Juana. Le clavó la mirada con fiereza.

—Señora De Castro, no solo no tenéis la titulación adecuada para pintar o dar clases, sino que, además, lo

hacéis sin ateneros a las normas que la Iglesia dicta. Por lo tanto, habéis incurrido en un delito contra la Iglesia y el decoro. —El inquisidor vagó por la sala señalando con un dedo admonitor algún punto indeterminado sobre su cabeza tonsurada—. En vuestro caso, el delito es aún peor, al querer que vuestros errores los perpetúen aquellas pobres chicas a las que llamáis alumnas. ¡Incluso a la vista de todos! ¡En pleno campo! Donde se os ha visto extendiendo vuestras malas artes junto a esas desventuradas. Desventuradas, sí. Porque las mujeres no están capacitadas para trabajar con sus manos o su intelecto, ya que no poseen talento ni habilidades para ninguna de las dos cosas, y hacerlas creer lo contrario es aprovecharse de su natural inocencia. Aquello a lo que llamamos arte ha de servir para mayor gloria de Dios, y las mujeres no son dignas de esa tarea. Por ello, el gremio de San Lucas no examina, sabiamente, a mujeres.

—¡El gremio no examina a mujeres porque son unos cobardes que tienen miedo de ser superados por una mujer! —gritó alguien a viva voz.

La sala al completo se giró hacia el asiento de Luisa. La chica estaba puesta en pie y señalaba al tribunal con el rostro contraído en una mueca de rabia.

—¡Sacad a esa niña fuera! —bramó el secretario del tribunal.

Una pareja de guardias se aprestó a cumplir la orden. Cogieron a la chica por los brazos y, mientras esta pataleaba encolerizada, la izaron y la sacaron de la sala a rastras.

La voz de Gerardo de Campomanes se elevó hasta acallar los gritos de protesta de Luisa.

—Por eso, Juana de Castro, por pervertir la imagen de Nuestro Señor, yendo en contra de las normas dictadas por la Santa Madre Iglesia para representar la imagen de Cristo, os acusamos de herejía.

Toda la atención de la sala basculó de Luisa al inquisidor. Incluso Luisa dejó de resistirse y se quedó tan quieta y llena de estupor como el resto.

Una condena de herejía era mucho más de lo que cualquier presente esperaba. Hacía décadas que la Inquisición no la empleaba.

Los murmullos se desataron entre los presentes.

En ese momento, Juana sintió que algo crecía en su interior. Una fuerza hasta entonces dormida, amedrentada por toda aquella parafernalia. Se irguió y señaló al inquisidor con un dedo del que parecía que en cualquier momento fuesen a brotar rayos. Tuvo que esforzarse para no elevar la voz. Era muy importante que lo que tenía que decir fuese dicho en un tono pausado y sin estridencias.

—Es cierto, el gremio de San Lucas está lleno de cobardes. Viejas gallinas que temen que una mujer les quite aquello que consideran de uso exclusivo suyo. El talento no es cosa de un solo sexo. Esa chica a la que estáis sacando a la fuerza posee en su uña del pie más que la mayoría de los miembros del gremio juntos.

—¡Os ordeno que os calléis! —bramó De Campomanes, rojo de furia.

—Vos también sois un cobarde, inquisidor. —La sala entera enmudeció de golpe. También el religioso se quedó congelado en un rictus de perplejidad infinita—. Nos queréis sumisas y calladas. Prestas a cumplir con el cometido para el que creéis que Dios nos ha hecho, sin importar lo que sintamos o deseemos. Si alzamos la voz, nos llamáis locas. Si queremos saber, nos acusáis de brujería, y si destacamos por encima de vosotros, esperáis que nos hagamos a un lado. Pero yo os advierto, Gerardo de Campomanes, llegará un día en que eso dejará de ser así, y serán aquellos que son como vos, los cobardes que nos temen, los que tengan que echarse a un lado o serán arrollados.

—¡Sacad a esta puta de mi sala! —tronó a voz en cuello el inquisidor saliendo de su estupor.

La sala, muda hasta entonces, estalló en una algarabía incontrolable.

Mientras era sacada a empujones, Juana fue consciente de lo que acaba de hacer. Sonrió y se dijo que se enfrentaría

a lo que sucediese con la cabeza alta. Después de toda una vida a la sombra, era la hora de salir a la luz del sol.

VI

Tendida en el jergón, Juana pensó en cómo había cambiado su vida en unos pocos días.

Alzó la vista y contempló la celda que ocupaba tras el juicio. Un espacio asfixiante y estrecho en lo más profundo de las mazmorras, con una ventana que era apenas una rendija que daba a un patio y donde la luz del sol no llegaba salvo un par de horas por la mañana. Adiós a la mesa, a la banqueta y al ventanuco desde donde podía divisar la calle. Un jergón de paja apoyado directamente sobre un poyete deslucido y un cubo para hacer sus necesidades era todo de cuanto disponía.

Tampoco conservaba ya sus ropas. La habían obligado a colocarse una basta saya, cuya mala factura hacía que le picara todo el cuerpo.

Aquella lúgubre celda iba a ser su alojamiento durante la próxima semana, cuando se dictaría sentencia y fuera llevada de nuevo ante el tribunal para escucharla.

Y, sin embargo, Juana había dormido como un lirón las dos noches que llevaba allí. Relajada y en paz consigo misma.

A aquellas alturas, todo Valladolid estaba al tanto de lo sucedido en la sala del tribunal. No se hablaba de otra cosa en la ciudad. Aun así, no solo no sentía remordimiento alguno, sino que, por dentro, notaba una cálida sensación placentera. Había dicho lo que pensaba en voz alta. Si tenía que pagar un precio por ello, su bolsa estaba bien surtida como para hacer frente a cualquier multa. Pese a su convicción, no podía evitar que el vértigo se apoderara de ella cuando pensaba en lo que le aguardaba.

Se enfrentaba a una condena por herejía. Puede que

fuese una acusación sin fundamento y desproporcionada, pero no esperaba una sentencia benévola.

La puerta de la celda chirrió al abrirse y sus pensamientos se esfumaron como una nube en un cielo de verano. A ella se asomó una figura. Juana se incorporó en el camastro y escudriñó la penumbra para adivinar de quién se trataba. No era ninguno de los despiadados guardias que custodiaban la prisión. Ellos hacían que incluso echase de menos a Verruga.

El recién llegado llevaba en su mano una tea. Juana se colocó la mano a modo de visera para protegerse de la luz. Tras dos días viviendo en tinieblas, el fulgor le molestaba y hacía que le llorasen los ojos.

—Seáis quien seáis, apartad esa luz, os lo ruego.

El desconocido dio un paso adelante y colocó la antorcha en un aplique de la pared. Al hacerlo, la luz reveló su rostro. Era Rufo.

Iba enfundado en una capa de armiño, bajo la que llevaba un rico jubón acuchillado en tonos ocres.

—Tenéis de tiempo hasta que haga la ronda —dijo el guardia desde fuera de la celda. Después, sus pasos se alejaron hasta que se extinguieron en la quietud de la prisión.

Rufo se quedó de pie junto a la puerta. Sin atreverse a dar un paso más.

—Siento que esto haya sucedido —murmuró.

Juana le lanzó una mirada que, de haber sido posible, le habría dejado dolorida la mejilla. Se sentó en el camastro.

—Sabía que el gremio andaba tras esto, pero no me lo esperaba de vos —dijo dolida.

Rufo inclinó aún más la cabeza.

—Yo no tuve nada que ver —se defendió—. Incluso me opuse cuando el gremio quiso acudir al Santo Oficio. Lo último que quería era veros en esta situación, os lo juro por la memoria del maestro Martín.

Las palabras del pintor salieron a trompicones. Quizás eso indicaba que estaba siendo sincero, pero Juana no

rebajó ni un ápice el tono de desprecio.

—Y a pesar de ello, en la denuncia del gremio de San Lucas consta vuestra firma, ¿me equivoco? ¿A eso le llamáis no tener nada que ver?

—¿Qué otra opción tenía? Además, nunca creí que el asunto llegara tan lejos. Solo queríamos daros un aviso. Obligaros a cerrar la escuela. Lo de acusaros de herejía fue cosa de Gerardo de Campomanes. Ese hombre está loco.

Rufo pronunció la última sentencia en voz tan baja que acabó susurrando. Juana dejó que sus pulmones se vaciaran de aire por completo antes de replicar. Estaba llena de una rabia como nunca había sentido.

—¿Quién le dijo lo del convento de las Descalzas?

Rufo respondió con un leve encogimiento de hombros.

—Alguien del gremio os vio salir una noche con vuestras alumnas. No sabíamos qué hacíais realmente allí, pero el consejo decidió dar cuenta al inquisidor. Os juro que yo me opuse, para mí aquello estaba yendo demasiado lejos.

—¿Y qué es lo que queréis? ¿Que os exima de vuestra responsabilidad? ¿Que os perdone?

—No he venido a eso.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—A intentar arreglar esta situación.

Rufo extrajo de debajo de su capa un pliego doblado, así como tinta y una pluma.

—Vuestra gobernanta vino a pedirme ayuda. Me dijo que necesitabais escribir una carta. Temo que sea tarde ya. No obstante, debemos intentarlo. —Rufó le tendió los adminículos con la urgencia reflejada en su rostro—. Ya habéis oído al guardia, no disponemos de mucho tiempo. Redactad esa carta, rápido. Yo me encargaré de hacerla llegar a quien queráis. Daos prisa.

Juana no perdió ni un segundo. Se sentó en el catre y comenzó a escribir. Era muy posible que Rufo tuviese razón y fuera demasiado tarde ya. Aun así, no perdía nada por intentarlo.

Cuando concluyó, Rufo leyó el nombre del destinatario

y su boca dibujó una mueca de sorpresa.

Se apresuró a guardar todo de nuevo bajo sus ropas. Justo a tiempo, ya que en ese momento se descorrió el cerrojo y le ordenaron que saliera.

Cuando el eco de las pisadas se perdió en el pasillo, Juana se dio cuenta de la ironía de la situación en la que se hallaba. Debía confiar en uno de los responsables de estar en aquella celda. ¿Podía fiarse realmente de Rufo? Esas dudas le producían una angustia enorme.

Resolvió que aquella cuestión, en el fondo, daba lo mismo. Con amargura hubo de reconocer que no tenía otra opción.

La sala del tribunal estaba más llena incluso que la última vez. De Campomanes necesitaba de una audiencia. Era indispensable para su espectáculo. Por eso, había ordenado que se dejase entrar a todo el mundo, hasta que no cupiese un alma más.

Había gente de pie al fondo de la sala y en los laterales, imposibilitando el paso libre. Incluso se veían varios rostros asomados a las ventanas que daban al exterior. Nadie en Valladolid quería perderse el juicio.

Esta vez, Juana se presentaba ante el tribunal cubierta de hierros en pies y manos. Una medida innecesaria que se solía dispensar a los criminales más peligrosos. De Campomanes no quería dejar ni un cabo suelto en ese asunto.

Fue escoltada por dos guardias que la flanqueaban, comandados, como era habitual, por Pedro Tirón.

—Siempre supe que acabarías aquí. Frente a un tribunal —bufó con desprecio el alguacil mientras mostraba una sonrisa triunfal—. Desde niña fuiste demasiado soberbia y arrogante.

Cuando la empujó para sentarla en la banca y se inclinó sobre ella para quitarle los grilletes de las manos, Juana se las ingenió para acercarse a su oído y susurrarle:

—Y yo siempre supe que no eras lo bastante hombre

como para enfrentarte al padre que te pegaba. Por eso preferiste matar a la gata. Alguien que no podía defenderse. Me das asco, Pedro Tirón. ¡Asco!

Pedro se apartó de la prisionera como si esta hubiese estallado en llamas. A su rostro afloró una expresión de pasmo. Luego se recompuso. Se tiró con indolencia de los faldones del jubón al tiempo que alzaba la voz para que toda la sala lo escuchase:

—Mantened la boca cerrada o tengo órdenes de cerrárosla yo mismo. Concededme ese placer —amenazó. Pero en sus facciones aún se atisbaba un asomo de sorpresa que no lograba ocultar.

Luego se alejó y ocupó su lugar en la sala.

Juana giró la cabeza y buscó entre la muchedumbre a sus amigas. Halló a Elena y Fernanda al fondo de la sala, de pie. Afortunadamente, en esa ocasión Luisa no estaba junto a ellas.

También vislumbró, en primera fila, a pocos pasos, a varios miembros del gremio de San Lucas. Ninguno de ellos quería perderse la humillación de Juana. Como buitres, se frotaban las manos expectantes mientras aguardaban a que comenzara la función. Entre ellos estaba sentado Rufo, riendo, cuchicheando con sus colegas y señalándola con el dedo con un gesto de burla en su rostro.

¿Y si finalmente no había enviado la carta? Juana se sintió una necia por haber confiado su único modo de salvación a aquel hombre.

Poco a poco, el murmullo de la sala se fue convirtiendo en estruendo. Las conversaciones se mezclaban las unas con las otras. Entre ellas, Juana oyó que se apostaba por la condena que le sería impuesta. Una multa lo bastante fuerte para arruinarla se pagaba al alza, mientras que una rebaja, si se retractaba por llamar cobarde al inquisidor, apenas cotizaba.

Pronto saldrían de dudas. Gerardo de Campomanes hizo acto de presencia seguido del resto de los miembros del tribunal. Lucía una media sonrisa al ver el estado de la sala.

El tribunal ocupó sus asientos y gradualmente el volumen de las voces fue bajando hasta extinguirse. En medio de un profundo silencio, el inquisidor se puso en pie y caminó hasta el centro de la sala. Elevó sus manos al cielo y puso los ojos en blanco.

—Me alegra ver esta sala llena hoy. Un árbol que cae en un bosque no produce ningún sonido si nadie lo oye caer. Del mismo modo, la justicia de Dios necesita testigos para dar fe de su grandeza. Por eso os pido que hoy mantengáis ojos y oídos bien abiertos cuando talemos el tallo de la mala hierba que ha querido germinar entre nosotros. Porque su sonido al ser derribado será atronador. —Algunas voces enardecidas por el discurso se elevaron en la sala. El inquisidor continuó como si no las hubiese escuchado—. Lo que se condena hoy aquí es mucho más que los insultos de esta serpiente contra el Santo Oficio, reflejados en mi persona. Más que el daño y menoscabo que ha causado a uno de los gremios más queridos de la ciudad, el de los pintores, encargados ellos y solo ellos de representar la imagen de todo lo divino. Lo que se condena es que una heredera de la estirpe de la pecadora Eva usurpe un lugar que ni la naturaleza ni Dios le han otorgado. Lo que se condena es la herejía de esta mujer, quien se creyó por encima de la Iglesia. —Una teatral pausa sirvió para que el inquisidor rebajara el tono de voz—. Los hechos son claros, las pruebas irrefutables. Aun así, si el abogado defensor tiene algo que decir es el momento de que hable.

De Campomanes se apartó del escenario en el que había convertido la sala y cedió la palabra al defensor de Juana. Este decidió que ni siquiera merecía la pena ponerse en pie.

—No, señor inquisidor. Esta defensa está de todo punto de acuerdo con vos, y tan solo desea manifestar el profundo esfuerzo que hemos hecho para evitar que esto concluyera en estos términos. La acusada no ha querido colaborar en ningún momento con este tribunal.

Juana estuvo a punto de echarse a reír. En toda su vida había sido testigo de tamaña comedia. Se arrellanó en la

banca. El espectáculo ya iba a concluir.

Gerardo de Campomanes prosiguió tras soltar todo el aire de sus pulmones. Su índice apuntó directamente a Juana.

—Todos fuimos testigos la semana pasada del veneno que anida en el corazón de esta mujer. Insultando al Santo Oficio en pleno. Pero Dios es perdón y es redención. Por eso le brinda a esta pecadora la oportunidad de retractarse. Si lo hace, este tribunal será magnánimo, pese a que no puede obviar el resto de sus crímenes.

Juana se mordió los labios. Miró a Elena y a Fernanda. Las dos mujeres, cogidas de la mano, le rogaban con la mirada que se retractara.

Se puso en pie. La sala aguardaba expectante.

—No deseo retractarme de una sola palabra, señor inquisidor, ya que si lo hiciera estaría faltando a la verdad.

El modo en que se irguió y dijo lo que quería decir volviendo a sentarse con apatía, como si aquel asunto no fuese con ella, enervó aún más a un De Campomanes que creía haberla doblegado tras una semana en la peor celda de la prisión.

El inquisidor estalló de furia. Enrojeció hasta que su rostro se tornó del color del fuego y sus párpados se plegaron en una rendija a la que se asomaba una rabia incontrolable.

—¡Ya la habéis oído! No solo no se arrepiente de insultar a este representante de Dios, lo que es lo mismo que insultar al propio Dios, sino que se regodea en su infamia. —Se plantó frente a Juana y la señaló con la barbilla—. Esta es, pues, vuestra sentencia. Por haber dañado al gremio de San Lucas os condenó a pagar la suma de mil ducados. Si no disponéis de esa cantidad, vuestros enseres serán vendidos para hacer frente a la deuda. Por los insultos referidos a mi persona y, por lo tanto, al Santo Oficio, y por la causa de herejía seréis despojada de todas vuestras posesiones, que pasarán a manos de la Iglesia. Incluido ese lugar al que llamáis escuela, que será utilizado para ubicar un convento y donde cumpliréis nueve años de

servicio, sometida a la regla de la congregación que lo ocupe, siendo tratada como una hermana más. —Campomanes bajó la voz hasta que fue casi un murmullo, como si quisiese que lo siguiente solo lo escuchara Juana—: Y dado que de la pintura y el arte es de donde proviene el veneno que emponzoña vuestra alma, me aseguraré personalmente de que no tengáis acceso a ningún útil que os permita practicarla.

La sala entera enmudeció. Aquella sentencia sobrepasaba con mucho todo lo esperado. Incluso los que habían apostado por una docena de latigazos y un corte de pelo con paseo por las calles se llevaron las manos a la cabeza.

Juana se convirtió en un bloque de hielo. No reaccionaba ni escuchaba el murmullo que empezaba a elevarse entre el gentío de la sala. Tampoco se fijó en el rostro triunfante de Gerardo de Campomanes, que la miraba exultante.

Le arrebataban no solo su fortuna y posesiones, sino que la privaban de su libertad durante nueve años. Y lo que era incluso peor, la condenaban durante ese tiempo a no ser aquello que era: una artista.

El inquisidor salió de la escena y ocupó su lugar tras el atril. Sus ojos refulgían de placer. El secretario se dispuso a dar por concluida la sesión.

—Escuchadas ambas partes, tanto defensa como acusación, este tribunal da por finalizada su misión.

—¡Aguardad! —gritó alguien cruzando las puertas de la sala a la carrera.

El secretario alzó la barbilla y miró al recién llegado con recelo.

—¿Quién sois vos y por qué interrumpís a este tribunal?

El hombre cruzó la estancia a grandes zancadas y se colocó frente al atril. Se detuvo e hizo una reverencia.

—Don Diego de Silva y Velázquez, pintor de su majestad Felipe IV, para serviros a vos y a Dios.

El sevillano tenía rostro y ropas llenos de polvo, y lucía

una expresión de cansancio. Pruebas de la premura que se había dado en llegar a tiempo al juicio.

Todos los miembros del tribunal compartieron una mirada dubitativa. Acercaron las cabezas los unos a los otros y cuchichearon en voz baja durante unos segundos. Velázquez aprovechó el momento para girarse y saludar a Juana con un leve asentimiento de cabeza. La mujer no daba crédito a lo que estaba sucediendo.

Se giró y buscó entre la multitud a Rufo. El pintor le sonreía cómplice en medio del mar de caras largas y rostros sorprendidos que era el resto de los miembros del gremio.

El secretario del tribunal carraspeó para reclamar la atención del recién llegado, así como para solicitar silencio.

—Solo habéis respondido a la mitad de mi pregunta —exclamó de mala gana—. ¿Por qué motivo habéis interrumpido a este tribunal?

El sevillano rebuscó entre sus ropas y extrajo una carta que tendió al secretario.

—Os entrego esta carta escrita de puño y letra por su majestad Mariana de Austria, que la reina en persona me ha encargado que haga llegar a este tribunal.

El secretario tomó la misiva aún con el recelo pintando su rostro. Se la acercó y le dio vueltas, como si se tratase de un objeto peligroso.

—¿No puede esperar a que concluyamos el juicio?

Diego de Velázquez negó con vehemencia.

—Me temo que no sea posible. Precisamente el asunto que me trae está relacionado con él.

El secretario comprobó el lacre que lucía la carta, y tras asegurarse de que se trataba del sello real, lo rompió y procedió a leer su contenido en silencio.

Gerardo de Campomanes intuyó que algo no iba bien y se puso en pie. Señaló al sevillano con un dedo sarmentoso. Se dirigió a él con el mayor de los desprecios:

—¿Creéis que por ser un pintor famoso podéis entrar aquí e interrumpir al Tribunal del Santo Oficio? ¡Qué desfachatez la de estos artistas!

Velázquez tuvo que recurrir a su habitual flema para

no responder algo inapropiado.

—No estoy aquí como artista, sino como representante de sus majestades. Como atestigua la carta que vuestro hermano está leyendo.

—¿Y qué dice esa carta, si puede saberse? —se burló De Campomanes, aunque su voz temblaba ligeramente.

—Dice que su majestad conmuta cualquier pena a la que hayamos sometido a la acusada, y exige que sea puesta en libertad con la máxima premura —respondió titubeante el secretario. Tras haber leído dos veces el contenido de la carta, aún no daba crédito a lo que en ella se decía.

Al tiempo que la sala estallaba en una algarabía en la que se mezclaban por igual ovaciones y abucheos de indignación, el rostro del inquisidor colapsó en una mueca de odio.

—¡Eso es inadmisible! La reina no puede inmiscuirse en asuntos de la fe. Este tribunal se opone a cumplir esa orden.

El inquisidor miró al resto de miembros del tribunal y constató que nadie le secundaba. Ni el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición podía ir contra una orden de la Corona.

—Esto no quedará así —amenazó mirando directamente a Velázquez—. Recurriré a su majestad si es necesario.

—Si queréis puedo ahorraros el trabajo, señor inquisidor. Tengo orden de partir con doña Juana hacia la corte en cuanto sea posible, y no dudéis de que vuestro nombre saldrá en la conversación con su majestad.

De Campomanes se quedó congelado en una mueca de perplejidad. Después gruñó de pura rabia y golpeó el atril con toda su fuerza. El impacto hizo que la santa Biblia que presidía el tribunal saltara por los aires.

Se alejó a grandes zancadas con el rabo entre las piernas.

VII

Los ojos de Juana parecían querer abarcarlo todo. Cada detalle de los lienzos, cada pincelada. El Salón de Reinos del complejo palacial del Buen Retiro era ambrosía para su vista.

Se maravillaba no solo de su extenso programa decorativo, ideado expresamente para el lugar, sino de la impresionante labor llevada a cabo, creando un espacio perfecto para poder admirar las pinturas.

Decorado en sencillo color blanco, donde destacaban unos delicados arabescos en paredes y techos, el salón poseía dos decenas de ventanas divididas en dos pisos que dejaban pasar la luz precisa para iluminar las telas y el lujoso mobiliario.

Sobre las diez ventanas del piso inferior se habían colocado otros tantos lienzos sobre la vida de Hércules, obra del maestro Zurbarán. Doce telas más narrando famosas batallas entre cada hueco, y cinco retratos de la familia del rey realizados por Velázquez en los lados cortos del salón completaban el programa.

En la parte superior discurría un balcón de hierro, que servía de improvisado palco para las frecuentes ocasiones en que el salón se usaba a modo de teatro. Y entre cada ventana, consolas de jaspe presididas por la figura de un león rampante. En la cúpula refulgían orgullosos los escudos pintados de todos los reinos que abarcaba la casa de Austria.

Acceder al salón no era fácil, y Juana se sentía honrada de poder estar allí. Además, iba acompañada de Velázquez, quien había sido uno de los responsables de la creación del lugar. El sevillano se deshacía en explicaciones que Juana

asimilaba con fruición, y se mostraba ufano dando detalles que solo él conocía.

Al verlo hablar con tanto orgullo, Juana se recordó sonriendo cuando hacía años, en Roma, ella y Robert leían las cartas del pintor en las que les narraba el estado de las obras. Juana se decía entonces que algún día le gustaría ver el salón, sobre todo a medida que Velázquez aumentaba los elogios sobre las telas que en él se colgarían.

—No exagerabais. En verdad el sitio es hermoso —dijo alzando su cabeza para admirar un lienzo de Maíno que narraba la recuperación de la ciudad de Bahía. Era su favorito, al igual que el del sevillano, según había podido deducir.

—Se dice que un embajador inglés, al ver el Salón de Reinos, tuvo tanta envidia que informó a su rey, y este ordenó a Rubens que decorara una sala que allí tienen para hacer sombra a este. Pero nada supera al Salón de Reinos, os lo digo yo. —Las palabras del pintor estaban cargadas de orgullo y vanidad—. De todos modos, me temo que la visita ha concluido. Nos aguardan en el Coliseo.

Salieron del salón y se adentraron en el camino de grava que conducía a la gran explanada central del Buen Retiro.

A pesar de que el invierno estaba en puertas, el sol aún calentaba con fuerza y la temperatura era agradable. No obstante, los árboles estaban casi pelados y sus ramas grises se alzaban al cielo como si añorasen el calor del verano. En la lejanía, las cumbres de la sierra todavía estaban limpias, si bien no tardarían en llenarse de nieve.

A medida que se internaban en el camino, Juana se percató de que ella y el pintor eran el centro de todas las miradas.

—Apuesto a que están preguntándose quién os acompaña —susurró cómplice al oído de Velázquez.

—Dejadles que hablen —repuso el pintor—, quizás así dejen de murmurar sobre otros asuntos.

El sevillano pronunció la última parte de la sentencia con un ligero pesar.

Aunque no se comentaba en voz alta, todo el mundo que era alguien en la corte estaba al tanto de que el pintor de pintores tenía un hijo bastardo en Roma. Fruto de un amorío durante su segundo viaje a Italia.

Aquel hecho no era de por sí grave, el propio Felipe IV era padre de la mitad de las criaturas nacidas en España, si se hacía caso de los rumores. Lo que ensuciaba el asunto era que hubiera trascendido que Velázquez había dado orden a un amigo, Juan de Córdoba, de que secuestrara al niño arrebatándoselo a la propia madre.

Eso era lo que se contaba, y pocos eran los que conocían la verdad de lo sucedido. Entre ellos Juana, quien había sido parte activa.

A los pocos meses de la muerte de Robert de Maes, la amante romana de Velázquez había dado a luz a un niño. El pequeño, al que pusieron de nombre Antonio, llegó a este mundo fuerte y sano. No sucedió lo mismo con su madre, quien murió menos de una semana después del parto. El niño fue puesto entonces al cuidado de una nodriza viuda, de nombre Marta. Durante los primeros meses nada sucedió, pero poco antes del regreso de Diego a España, la mujer había intentado extorsionar al pintor amenazándolo con sacar a la luz su secreto.

Aconsejado por Juana, Velázquez había contratado a un procurador para quitar la custodia del niño a aquella mujer. El proceso amenazaba con ser largo y costoso, y Felipe IV insistía cada vez con mayor exigencia en el regreso de Velázquez, por lo que el sevillano tomó la drástica decisión de ordenar a De Córdoba que se llevara al niño por la fuerza. Una acción a la que Juana se opuso desde el principio.

Pese a ello, entendía el comportamiento del pintor. Sabía que perder a su amante había sido un duro golpe para el genio andaluz, y achacaba aquel proceder al dolor del momento. Velázquez amaba a aquella mujer a la que había pintado desnuda, de espaldas, frente a un espejo, por encargo de un noble español. El sevillano conservaba una copia en su propia casa. Una copia que, Juana imaginaba,

Diego observaba a menudo rememorando la pasión compartida por ambos en Roma.

Los pensamientos de Velázquez parecían fluir en la misma dirección que los de Juana. Pero la gravedad en el semblante del pintor duró poco. Aquella era una jornada para celebrar que Juana había salido indemne del juicio.

A paso ligero, y sin detenerse a hablar con nadie, se plantaron frente a la entrada principal del teatro.

El Coliseo del Buen Retiro era un impresionante espacio destinado a la representación de comedias de las llamadas de tramoya. Aquellas cuya escenografía era demasiado compleja para un corral de comedias debido al uso de maquinaria para fingir determinados efectos. Ubicado en una esquina de la plaza principal, disponía de numerosos y amplios palcos, y todo el lugar destacaba por su lujo y magnificencia. La enorme sala ovalada estaba decorada con estatuas y lienzos del mejor gusto, y en ella se daban cita los cortesanos y nobles mejor relacionados de la corte.

Esa tarde se representaba en él una comedia de Pedro Calderón de la Barca, a la que sus majestades asistirían. A medida que las puertas se fueron abriendo, la gente comenzó a entrar. Juana y Velázquez hicieron lo mismo.

Tenían reservado un palco muy cerca del escenario, desde donde la vista era inmejorable. Solo el que ocuparían los reyes disponía de mejor ubicación.

Cuando Juana vio el escenario no pudo evitar emitir un suspiro de admiración.

Con más de treinta y siete pies de anchura, veintiséis de altura y cincuenta y seis de fondo, el enorme escenario del Coliseo permitía que se representasen en él obras con una escenografía nunca vista. Para ello, la corte española había contratado a grandes escenógrafos italianos, como Cosme Lotti, muerto hacía unos años, o su sucesor, Baccio del Bianco, quien precisamente era el responsable de la puesta en escena de la obra de ese día.

A medida que la gente ocupaba sus asientos, también el palco de Juana y Diego se fue llenando.

Junto a ellos se sentaron varios caballeros y damas, todos parecían orbitar en torno a un hombre de larga melena emblanquecida por los años y frente despejada, que se disponía a ocupar el asiento contiguo a Velázquez.

El recién llegado saludó a Juana con un movimiento de cabeza y después abrazó a Velázquez con efusividad, al tiempo que charlaban animadamente.

El pintor se volvió hacia su amiga e hizo los honores.

—Juana, dejad que os presente a don Pedro Calderón de la Barca, autor de la obra que hoy vamos a ver, y gran amigo —exclamó ufano.

Juana se puso en pie y saludó al insigne autor. Había aprendido a disimular su sorpresa en compañía de Velázquez. Llevaba solo tres días en Madrid y el sevillano se topaba con tal cantidad de pintores, literatos, poetas y gente notable en general que había perdido la cuenta. Aun así, tenía que hacer un gran esfuerzo para que la voz no le temblase de la emoción cuando eso sucedía.

—Es un honor conoceros. Admiro profundamente vuestra obra —dijo.

Galante, Pedro Calderón de la Barca hizo una sentida reverencia.

—El honor es todo mío. ¿Cuál es vuestra pieza favorita?

Juana intuyó que la pregunta estaba hecha para pillarla en una mentira. La mueca de recelo del dramaturgo parecía confirmar aquella percepción. No podía reprochárselo. Debían de ser innumerables las personas que se acercaban a alabar al autor sin siquiera haber leído una línea de sus textos o visto la representación de una de sus obras. Ese no era su caso. Durante su estancia en Roma había contactado con un mercader de libros que vivía cerca de la *piazza* Navona, quien solía conseguirle ediciones de autores españoles como el propio Calderón, Quevedo, Góngora o Lope.

—Me temo que solo he tenido acceso a la primera y segunda parte de la colección de vuestras comedias. En Italia fue todo cuanto pude conseguir de vos. Además, he

asistido a representaciones de vuestras obras en Roma en cada ocasión que me ha sido posible.

Pedro Calderón de la Barca pareció complacido con la respuesta. Su media sonrisa ladina se transformó en una franca y abierta mueca afable.

—Que os hayáis molestado en adquirir mis textos tan lejos de España me hace un gran honor. Si me permitís, os entregaré con mucho gusto alguna edición más de mis obras. Es lo menos que puedo hacer.

—Serán bien recibidas. Os lo agradezco.

Diego de Velázquez resolvió intervenir en la conversación. El sevillano no estaba acostumbrado a que en su presencia se hablase de la obra de otro, y su ego de artista tenía unos límites que estaban a punto de ser traspasados.

—Será mejor que nos sentemos, la función está a punto de comenzar.

—Sí. Además, me han dicho que la pieza de hoy es buena —bromeó Calderón tomando asiento. Aquel comentario provocó una carcajada entre los presentes. Se dirigió directamente a Juana—: Espero que la disfrutéis.

—Estoy segura de que no será de otro modo.

Juana había asistido a numerosas representaciones a lo largo de su vida, sobre todo en Roma. Pero incluso en Italia se hablaba con admiración de las que se desarrollaban en la corte española. El gusto de Felipe IV por el teatro era bien conocido, y él era el responsable de que no hubiese un solo rincón de Madrid que no pudiera servir de improvisado teatro. Sin embargo, las representaciones en la corte eran cosa aparte.

El nivel de la escenografía, el cuidado en los detalles, el vestuario y las actuaciones estaban muy por encima del resto. O eso decían.

Ardía en deseos de comprobar si exageraban.

La llegada de sus majestades hizo que todos los presentes se pusieran en pie. Felipe IV y Mariana de Austria saludaron y ocuparon sus localidades en un palco justo enfrente del de Juana. Sin embargo, esta no pudo verlos

con detalle. Nada más aposentarse en sus sillas, las lámparas de la sala se fueron apagando y se descorrió el telón. La función daba comienzo.

La atención de Juana estaba puesta en el escenario, y no se apartaría de él hasta que la representación concluyó.

Todo lo que sucedía en escena estaba pensado para estimular los sentidos de los espectadores. Había juegos de luces recreados por espejos que llenaban el teatro de un colorido sin igual. Máquinas que hacían que los cambios de decorado fuesen casi cosa de magia, e incluso un artefacto que lograba que el actor protagonista se elevara de la tarima como si fuese un ligero pájaro.

El trabajo entre bastidores debía de ser agotador.

Al finalizar la obra, un público enfervorecido se puso en pie y aplaudió durante casi cinco minutos. Juana no se quedó atrás. Tras la larga ovación sentía un hormigueo en las palmas de las manos. Se giró maravillada hacia el autor.

—Don Pedro, he de felicitaros por lo que hemos visto.

El dramaturgo replicó con un ligero encogimiento de hombros.

—Me alegra que os haya gustado, pero si os soy sincero, preferiría una puesta en escena más discreta y con menos efectos. En ocasiones, me da la impresión de que la gente apenas presta atención al texto, entre tantos juegos de luces, humo y demás distracciones.

Era una crítica realizada con la boca pequeña. Aquel teatro cortesano y de grandes efectos era el que aseguraba que después las obras se representasen en los corrales de comedia, donde realmente se forjaban las carreras de los autores. El escritor se despidió prometiendo que le haría llegar por mediación de Velázquez una edición de sus obras más completa que la que ya poseía.

Al igual que el Coliseo, el palco fue vaciándose poco a poco. Juana y Velázquez se encaminaron al exterior. De improviso, Juana creyó adivinar una figura conocida entre el gentío. Se detuvo en seco y Velázquez a punto estuvo de atropellarla.

—¿Estáis bien? —le preguntó el pintor—. Os habéis

quedado como petrificada.

—No ha sido nada —se excusó Juana recobrando la templanza—. Me pareció ver a alguien conocido. Pero me temo que aún siga encandilada de tanto juego de luces y trucos de escenario, y vea visiones.

Por supuesto que veo visiones, se dijo, al tiempo que reemprendía el paso junto al sevillano.

En el exterior, la temperatura había descendido y un viento fresco soplaba intermitente. Se detuvieron el tiempo justo para arrebujarse en sus capas.

—Bien —exclamó el pintor—. Ha llegado la hora. ¿Estáis lista?

Juana respondió con voz firme y serena.

—Lo estoy —dijo.

Ambos echaron a andar.

Los jardines de la Casa Real del Buen Retiro se encontraban detrás del complejo palacial. Abarcaban una superficie inmensa en la que se alternaban los parterres, fuentes y otras pequeñas construcciones para relajarse o descansar. Además, albergaban numerosas ermitas y paseos. Entre todos los elementos paisajísticos destacaba el Gran Estanque, donde, durante los meses de verano, era habitual ver a Felipe IV practicar la navegación. Los jardines estaban diseñados para hacer que sus majestades se olvidasen del agotador trabajo de gobernar y, en ocasiones, como aquella noche, servían de escenario para agasajar a sus invitados.

La gran explanada frente al estanque, donde se servía el ágape, hervía de actividad. De aquí para allá, una legión de camareros se movía entre los invitados afanándose en que a nadie le faltase una copa de vino. Sobre dos enormes mesas se disponía una cantidad ingente de comida, con platos de lo más variado. Tan solo unas pocas docenas de personas habían sido invitadas a aquel acto. Todos se arrebujaban en sus capas y pateaban el suelo para entrar en calor. Incluso con el invierno castellano apretando con fiereza, nadie quería perderse el cumpleaños de su majestad Mariana de Austria.

Juana caminaba muy cerca de Diego. Aunque le había

confesado que no eran de su agrado, el pintor estaba acostumbrado a moverse en aquel tipo de actos. Sabía qué debía decirse o hacerse. Saludaba a diestro y siniestro con una sonrisa tan falsa como creíble bajo los bigotones. Juana trataba de imitarlo, pero era solo una intrusa. Notaba un nido de mariposas flotar en el estómago. Miró a su alrededor ligeramente cohibida. ¿Qué hacía ella entre esa gente? Al pequeño convite asistían nobles, embajadores y cortesanos de alto nivel. Ella no pintaba nada en aquel lugar.

Suspiró al comprobar que se dirigían directamente a la pérgola bajo la cual sus majestades combatían el relente.

Dio un pequeño sorbo a su copa. Velázquez le advirtió que no podía presentarse ante los reyes con ella en la mano, así que la apuró de un trago y, con disimulo, la depositó junto a un parterre.

Se colocaron al final de la cola de gente que aguardaba para mostrar sus respetos a los monarcas. Juana fue consciente de que las dudas regresaban.

—Sigo sin entenderlo, don Diego. ¿Para qué quiere verme la reina?

Velázquez la tomó del brazo y la apartó de la fila, lejos de oídos indiscretos. No sin antes asegurarse de que nadie se les adelantaba.

—Removí Roma con Santiago para que os liberaran. Felipe IV, a quien recurrí en primera instancia dada mi estrecha relación con él, me remitió a su esposa. Él no quería inmiscuirse en asuntos del Santo Oficio. Cuando le conté a la reina vuestro caso, desperté su curiosidad. No solo aceptó ayudaros, sino que me pidió encarecidamente conoceros. Le debéis vuestra libertad.

Juana se mordió el interior de los carrillos. Luego, cabeceó para dar su conformidad. Regresaron a la cola, que había avanzado poco desde que la dejaran.

Aunque notaba los nervios bailar en el estómago, una parte de ella se sentía en la cima más alta del mundo. Estaba a punto de conocer al hombre más poderoso del planeta y a su esposa, gracias a la cual era libre. No estaba

nada mal para la hija de un pintor de santos.

A medida que se acercaban a los anfitriones, Juana pudo constatar que su majestad era poco más que una niña, pese a cumplir veinte años. Sobre todo, al lado de su esposo. Felipe IV doblaba en edad a su segunda mujer.

Velázquez saludó primero con una ampulosa reverencia al rey, y luego hizo lo mismo con la reina. Juana lo imitó. Aunque no estaba acostumbrada a tales modales, se desenvolvía con elegancia y naturalidad.

Felipe IV apenas le prestó atención, se limitó a asentir bobamente y mirarla con sus ojos de buey. Juana tampoco estaba especialmente interesada en su regia presencia. Pensó que de cruzarse en una calle cualquiera, apenas si se fijaría en él. La expresión ensoñadora que lucía no ayudaba a mejorar la idea que se había hecho del rey. Tuvo que esforzarse para alejar aquel pensamiento de su cabeza. Más por la admiración y el respeto que Velázquez sentía por el monarca que porque su majestad fuese a adivinar sus pensamientos. Si algo no parecía definitivamente era vivo y sagaz.

Todo lo contrario que su esposa. Aunque era inevitable apreciar el parecido entre ambos, no por nada el uno era tío de la otra, el aspecto de la reina era el de alguien de viva curiosidad.

—Su majestad —Velázquez hizo los honores—, os presento a doña Juana de Castro.

Juana trazó con su talle una pronunciada genuflexión. La más sentida de su vida.

La reina esbozó una sonrisa amable mientras estudiaba a su invitada de arriba abajo.

—Por fin os conozco. Don Diego no deja de hablar bien de vos.

Su acento extranjero apenas era perceptible, y sus ademanes, a pesar de ser altivos y fruto de su posición, resultaban naturales.

—Majestad. Es un honor conocer a la mujer a quien debo mi libertad.

—No es a mí a quien habéis de dar las gracias, sino a

don Diego. No paró hasta tener en su poder la carta en la que intercedía por vos.

Juana apostó a que su majestad no acostumbraba a quitarse mérito cuando lo tenía. Quizá para una reina plantar cara al Santo Oficio era cosa banal.

—Don Diego sabe que tendrá siempre mi gratitud eterna. Ojalá hubiese un modo de demostraros a vos lo mismo.

—Tal vez lo haya —musitó la reina. Después se dirigió a Velázquez—: Espero que nos disculpéis, quiero tener una palabra a solas con doña Juana. Acompañadme, señora De Castro.

La reina echó a andar hacia el fondo de la carpa sin molestarse en comprobar si sus órdenes eran obedecidas.

Antes de seguirla, Juana interrogó con la mirada al pintor. Por toda respuesta obtuvo un leve encogimiento de hombros.

Salieron de la carpa y echaron a andar en dirección al Gran Estanque.

Mariana de Austria llevaba un exagerado guardainfante que le impedía caminar con soltura. El armazón de Juana era mucho más ligero y sencillo. Al salir de Valladolid con urgencia, había tenido que comprarlo, junto a las ropas que hoy lucía, a una modista de la plaza Mayor, junto a la que llamaban Casa de la Panadería. En lo que ambas mujeres coincidían era en los tonos tostados de la basquiña que llevaban puesta sobre ellos.

Un grupo de nubes se deslizó ágilmente y descubrió una luna en cuarto creciente que era apenas un trazo borroso en el cielo. Las antorchas que rodeaban el Gran Estanque se reflejaban en sus aguas en calma.

Se detuvieron frente a él.

Juana sabía que no debía decir nada hasta que su majestad se dirigiese a ella o le hiciese una pregunta, pero el silencio siempre había sido una pesada losa para ella.

—Creo que habéis hecho infelices a muchos al marcharos de la pérgola. —Mariana la miró como si no entendiese a qué se refería. Juana se apresuró a aclararse—:

Es vuestro cumpleaños. Muchos hacían cola para felicitar a su majestad. Se habrán sentido frustrados.

La reina torció el gesto.

—No es a mí a quien quieren ver, sino al rey. Yo en esta corte soy como una estatua de mármol: apenas se repara en mi presencia. Como todas las esposas. Como todas las mujeres, al fin y al cabo.

Juana respondió de modo espontaneo ante una queja que se le antojó gratuita:

—Sois la reina de España. Si de los deseos de una mujer se está pendiente es de los vuestros, y si a alguna mujer se escucha es a vos. Francamente, me resulta curioso que os quejéis.

En el instante mismo en que sus palabras salían de su boca, Juana fue consciente de haber cruzado una fina línea. No estaba segura de cómo sentaría aquel comentario a la reina. Guardó un prudente silencio y hundió su vista en las mansas aguas del estanque.

—Si creéis que mi palabra es escuchada, me temo, doña Juana, que no tenéis ni idea de lo que significa ser reina.

—En eso os doy la razón, majestad —admitió cautamente Juana.

La reina aspiró el aire de la noche y lo soltó poco a poco, meditando qué decir.

—El caso, señora De Castro, es que me interesa vuestra labor como maestra. Me gustaría que organizaseis una academia al estilo de la que tenéis en Valladolid. Un lugar donde las mujeres pudiesen aprender a pintar, aquí, en Madrid.

Juana enmudeció. Aunque la vida le hubiese ido en ello, no habría sido capaz de encontrar una sola palabra que se le antojara apropiada. Finalmente, cuando la reina parecía a punto de repetir su oferta, como si Juana fuese corta de entendederas, carraspeó y respondió:

—Sería un inmenso honor, majestad. Aunque he de pediros que antes de hacerlo me permitáis arreglar las cosas en Valladolid. Entended que no puedo trasladarme sin dejar

todos mis asuntos resueltos. También necesitaré que mis dos alumnas más aventajadas me acompañen. Su ayuda me sería de enorme utilidad.

—Claro, claro. Lo que creáis conveniente, pero no os demoréis. Quiero que la escuela esté lista para después del verano. Hablad con don Diego, él os aconsejará y os indicará cómo proceder.

—Majestad, aprecio y admiro a Velázquez como artista, y no podría estimarlo más como amigo. Sin embargo, me gustaría que no tuviera participación en este asunto. Creo que hemos de ser mujeres las que nos hagamos cargo de todo. Es lo que hacíamos en Valladolid.

La reina alzó las cejas en una mueca de fácil interpretación.

—Os recuerdo que en vuestra ciudad acabasteis frente a un tribunal del Santo Oficio.

Juana se permitió una media sonrisa.

—Esta vez contamos con vos, majestad.

Mariana de Austria parecía a punto de contagiarse de la sonrisa de Juana. No obstante, endureció la expresión y alzó la barbilla al tiempo que echaba a andar de regreso a la pérgola.

—Muy bien. Mantendremos a don Diego al margen de momento.

—Os lo agradezco.

—Para poder otorgaros mi protección, habéis de ser parte de la corte. Entiendo que conocéis esa premisa.

—¿Del mismo modo que don Diego está al servicio de vuestro esposo, el rey?

—Así es. Él mismo tiene un papel relevante en la corte, aparte del de su oficio de pintor.

—Será un honor serviros, majestad.

—De momento, seréis una de mis damas de compañía, de ese modo os será fácil ejercer como mi profesora de dibujo.

La boca de Juana trazó una visible o que se apresuró en borrar.

—Por supuesto, majestad.

—Siempre he entendido que el arte debe ser parte de la formación de una dama. Por eso, en el futuro me gustaría que vuestra labor también abarcase a la infanta María Teresa. Aún es una niña, pero con el tiempo tal vez podría entrar en esa academia vuestra.

—Será un honor recibirla en ella, majestad.

La reina asintió para sí complacida. No obstante, su voz se endureció ligeramente.

—De ninguna manera admitiré que se repita lo sucedido en Valladolid con el gremio. Por lo tanto, antes de hacer nada, habéis de examinaros en vuestra ciudad para adquirir el título de maestría. Hablad con don Diego para iniciar los trámites. ¿O tampoco en esto os parece buena la intervención de un hombre?

—No, majestad. Me parece perfecta.

—Bien. Mantenedme informada —dijo la reina dando el asunto por zanjado.

Desanduvieron el camino y Mariana de Austria retornó a su puesto junto al rey. Ambas mujeres se despidieron según las férreas líneas que trazaba el protocolo, pero en la reina Juana intuyó que tenía a una amiga y alguien en quien confiar.

Cuando Juana se topó de nuevo con Velázquez, apenas pudo contenerse de abrazarlo mientras le contaba la noticia.

El pintor respondió con una sincera felicitación.

—No os merecéis menos —sentenció. Después, su rostro retornó a su habitual seriedad—. En cuanto a examinaros para ser maestra, os advierto que el examen no será fácil. Hablaré con el gremio de Valladolid, les encantará saber que la Corona los obliga a examinar a una mujer —bromeó—. Yo mismo seré uno de los jueces que ha de reconocer vuestras habilidades, y, aunque medie entre nosotros una gran estima, no puedo ser menos riguroso con vos de lo que lo sería con cualquier otro. Lo contrario sería insultar nuestra amistad y a vuestro talento.

—No esperaba menos, don Diego. Ardo en deseo de examinarme ante vos.

El pintor pareció sentir alivio al escuchar a Juana.

La fiesta por el cumpleaños de Mariana de Austria estaba a punto de concluir. Los invitados se dirigían a la explanada en las traseras del palacio para asistir al acto final. Juana y Diego se unieron a ellos.

—Y yo que creía que tenía una gran noticia para vos y sois vos quien me ha sorprendido —exclamó el sevillano alzando la voz para hacerse oír entre el barullo del gentío.

—¿A qué noticia os referís?

Velázquez se detuvo. Parecía un niño que guardaba un gran secreto.

—Nunca adivinaríais con quién me he encontrado mientras vos departíais con la reina.

Juana se encogió de hombros.

—No conozco a nadie en Madrid, aparte de vos.

—Pues desde hoy ya podéis asegurar que conocéis a dos personas. ¿No imagináis de quién se trata?

La paciencia de Juana empezaba a resquebrajarse. En ocasiones, Diego podía ser demasiado críptico para su gusto.

—Don Diego, no soy adivina. ¿Queréis decirme de una vez a quién habéis visto? Aquí parados nos vamos a quedar helados.

—Al duque de Navaluengos.

—Me temo que no sé a quién os referís. Creo que no conozco a ese tal duque.

El fino bigotillo de Velázquez se curvó en una sonrisa traviesa.

—Os aseguro que lo conocéis de sobra.

—Dejad de tomarme el pelo y decidme a quién os referís.

—Vos misma podéis saberlo si os giráis.

Juana obedeció un tanto cansada de aquel juego.

—¿De quién se trata? Os digo que no conozco a nadie entre el gentío.

Las palabras se quedaron adheridas a su garganta cuando acertó a ver a quién se refería el pintor. Se quedó muda y paralizada mientras sentía que su corazón dejaba

de latir unos instantes. Después comenzó a hacerlo con tanta fuerza que parecía estar a punto de salírsele del pecho.

VIII

Todos los presentes en los jardines del Buen Retiro desaparecieron nada más ver a Francisco. Después, Madrid entero se vació, y luego lo hizo todo el mundo. Durante unos segundos, sobre la faz de la Tierra solo estaban ellos dos.

Se lo quedó mirando largo rato. Hasta que fue consciente de que el hombre en el que se había convertido Francisco avanzaba hacia ella.

Aún no daba crédito. Había pasado tanto tiempo, y todavía era tan fácil dejarse llevar por lo que sentía. Notó que le temblaban las manos y se las frotó entre sí para calmarlas.

—Ahí lo tenéis —dijo Velázquez cuando Francisco llegó a su altura.

En el Coliseo sus sentidos no la habían engañado. No había sido una alucinación. Pese a todo, al ver al que fuera el amor de su vida frente a ella, tangible, real, seguía sin ser capaz de reaccionar. Incapaz de decir nada o mover un solo músculo, pese a que su boca formaba una mueca de perplejidad y sus brazos estaban separados del cuerpo, como si quisiese abrazarlo.

Fue Francisco quien se adelantó.

—Cuando don Diego me ha dicho que estabais aquí, no me lo podía creer.

—Yo tampoco —acertó a decir finalmente Juana.

Los dos se quedaron en silencio. Un silencio en el que cabían más de tres décadas de ausencia del otro. Un silencio lleno de palabras nunca dichas, de besos no dados, de caricias guardadas. Un silencio tan rico en deseos que ninguno de los dos parecía querer romperlo.

Velázquez lo hizo con un ligero carraspeo. No era hombre dado a interpretar las situaciones, pero entendió que sobraba. Aunque nunca hablaba de ello con Juana, a lo largo de los años, el modo en el que a su amiga le brillaban los ojos cada vez que Francisco salía en la conversación no dejaba lugar a dudas.

—Será mejor que os deje a solas. Luego nos vemos, doña Juana —dijo antes de alejarse el sevillano.

Una vez solos, Juana y Francisco trataron de hablar a la vez, lo que produjo un momento que alivió un poco la leve incomodidad fruto de la irrealidad que tenía aquel encuentro.

Caballeroso, Francisco le cedió la palabra.

—Han pasado muchos años —acertó a decir Juana.

—Muchos. Más de treinta.

Y, sin embargo, era como si solo hubiesen transcurrido minutos desde la última vez que se vieron. De haber sido posible leerse la mente, ambos se hubiesen sorprendido de tener el mismo pensamiento.

Juana no reconoció al chico arrogante con quien se topó aquella mañana en el taller de su padre en el hombre entrado en canas, y con un poco de barriga, que tenía ante ella. Aunque seguía teniendo el mismo brillo inocente en sus ojos, vestido con un elegante jubón acuchillado en oro y calzas de la mejor calidad, parecía más un noble que el aprendiz de un pintor de santos. Eso hizo que recordara que Velázquez lo había llamado duque de Navaluengos.

¿Y qué pensaría Francisco de ella? No podía negar que el tiempo la había tratado bien en general, aunque unas finas arrugas se formaban bajo sus ojos, y, definitivamente, su figura ya no era la misma. ¿La seguiría encontrando atractiva? Se sentía como una niña insegura y estúpida.

De sopetón, un estallido en el cielo hizo que ambos alzaran sus cabezas. Un rosetón de colores iluminaba la noche. Con motivo del cumpleaños de la reina se había traído a una empresa de Alicante, donde los fuegos de artificio eran un arte, para amenizar la velada y poner el punto final a la misma. La deflagración fue respondida por

un murmullo de admiración por parte de los presentes.

Un segundo estallido, aún más potente, fue seguido de una estridente ovación. Resultaba imposible conversar o escucharse siquiera en medio de aquel barullo.

—Vayamos a un lugar más tranquilo —ofreció Francisco.

Juana cabeceó para asentir.

Se internaron en los jardines.

Las antorchas iluminaban el camino que desfilaba entre parterres y macizos de flores. En silencio, tan solo acompañados de los estallidos de los fuegos en la lejanía, caminaron bajo las calles cubiertas, estructuras en las que se dejaba crecer la vegetación formando techos frondosos que protegían del calor del estío. Acabaron por desembocar en una rotonda donde se ubicaba la que llamaban Fuente de las Campanillas. Su nombre se debía a que, en el centro del estanque ochavado que formaba la fuente, se alzaba un templete de estilo chinesco al que se accedía a través de un puentecillo del que colgaban campanillas que repiqueteaban cuando soplaba el viento.

Mientras recorrían la pasarela que los llevaba al templete, por la cabeza de Juana cruzó un pensamiento sorprendente: hacía tan solo unos minutos había recorrido esos mismos jardines junto a su majestad la reina, y ahora lo hacía en compañía de Francisco Peña. Si unas semanas antes alguien le hubiese dicho que ambas cosas sucederían, no habría sabido decir cuál de las dos se le antojaba más improbable. Y, sin embargo, allí estaba. Caminando junto al único hombre que había amado en su vida.

—Don Diego me ha dicho que sois duque —dijo Juana una vez alcanzaron el templete.

La última parte de la sentencia fue pronunciada en tono de interrogación. Francisco asintió al tiempo que agachaba la cabeza, como si la respuesta le produjese vergüenza.

—Así es.

Juana parpadeó atónita. Tenía cientos de preguntas en su cabeza, pero aquella cuestión era ahora prioritaria.

—¿Cómo es eso posible? —comenzó sin saber muy bien dónde la llevarían sus palabras—. ¿Cuándo os convertisteis en noble?

—Noble siempre lo fui —admitió Francisco con un leve encogimiento de hombros—. Nací siendo el segundo hijo del duque de Navaluengos. Aunque el honor de heredar el título de mi padre recaía en mi hermano mayor, Lorenzo.

—¿Y cuándo os convertisteis vos en el heredero?

—En 1625, cuando mi hermano murió en un accidente. Se cayó del caballo durante una cacería y se abrió la cabeza. Aunque nunca quise ser quien heredase el título, no me quedó otra.

Juana era una olla en plena ebullición en la que se cocinaban las dudas a toda velocidad. La curiosidad que sentía igualaba a su perplejidad ante cada respuesta.

—Pero fuisteis aprendiz de mi padre, y antes de Pacheco en Sevilla, donde conocisteis a don Diego, y él tampoco sabía nada.

—Nadie supo nunca de mis orígenes. Anhelaba ser pintor más que nada en este mundo, y no deseaba que mi origen me facilitase las cosas. Como podéis entender, mi padre no deseaba eso para su hijo, aunque fuese el segundo y no heredase el título. Cumplidos los trece me marché de su casa para perseguir mi sueño, y durante años pasé por Francisco Peña, yendo de taller en taller. Durante todo ese tiempo, mi padre no dejó de buscarme, por lo que tuve que dejar Sevilla, y después Toledo. Así acabé en el taller de vuestro padre.

—¿Y os llamáis Francisco o eso también era una invención?

—Francisco me pusieron frente a la pila bautismal, pero no Peña de apellido, sino De la Mata y Moreda.

Francisco de la Mata y Moreda. Aquel sí era en verdad un nombre que tenía reminiscencias nobles, pensó Juana. De golpe, el hombre a medio hacer que recordaba de treinta años atrás, y de quien se había enamorado, era ahora un distinguido duque. Un chispazo de entendimiento se encendió en su cabeza.

—¡Allí fue donde os marchasteis! —exclamó—. Cuando mi padre estaba preso e iba a quedarme en la calle. Fuisteis en busca de la ayuda del vuestro.

Francisco movió la cabeza para afirmar.

—Regresé a Sevilla, a casa de mi familia. A cambio de que me ayudara a sacar al maestro Martín de la cárcel prometí acatar el destino que tuviese pensado para mí.

—Y regresasteis a Valladolid.

—Un día antes de que venciese el plazo del préstamo. —Incluso tras tantos años, una honda tristeza se adivinaba en la voz de Francisco—. Mi padre no quiso ayudarme temiendo que lo engañaría. No fue hasta que vio que mi promesa era firme que dejó que me fuera con el dinero que os salvaría a vos y al maestro Martín. Por desgracia, los días que perdí convenciéndolo resultaron fatales, y al volver a Valladolid me dijeron que el maestro había muerto en la cárcel y que vos os habíais casado y marchado de España.

—A mí me obligaron a casarme e irme antes. No pude avisaros. Pero durante años creí que no habíais regresado.

Una mueca de decepción se formó en el semblante de Francisco.

—Os prometí que volvería y lo hice.

—Lo sé. Encontré vuestra nota en el ático del palacete.

—Cuando esa mala bestia de Pina me dijo que os habíais desposado, me sentí morir. Aun con todo, nunca creí que os hubieseis casado por vuestra propia voluntad. Así que durante días me aposté ante el palacete y aguardé la oportunidad de colarme en la casa. Estaba seguro de que en él habría una pista que me ayudaría a encontraros. Cuando me fue posible registré todo de arriba abajo, pero no encontré ni una sola prueba en la casa de vuestro paso o el del maestro Martín. Ni un objeto ni ropas, nada. Era como si se hubiese borrado toda huella de quien habitaba esa casa antes. Estaba a punto de darme por vencido cuando, más por no dejar un solo lugar donde buscar que por fe, me topé con el atado oculto bajo la tarima del ático. Era poca cosa, aunque para mí fue más que suficiente para saber que no os habíais casado por amor. Así que me puse a

buscaros.

Los ojos de Juana se abrieron fruto de la sorpresa.

—¿Me buscasteis? ¿Dónde?

—Pregunté en la ciudad y me dijeron que vuestros abuelos paternos tenían algo que ver con lo sucedido. Así que fui a Burgos y logré que vuestra abuela me dijera que os habíais desposado con un maestro de Flandes. Por lo que decidí buscaros en Bruselas.

Juana no daba crédito a lo que escuchaba. El recuerdo de Francisco había yacido oculto en lo más profundo de su alma durante años, y ahora descubría que la realidad había sido otra bien distinta.

—¿Bruselas? Nunca fuimos a Flandes.

—Por aquel entonces, todo lo que sabía era que vuestro esposo era natural de esa ciudad, y supuse que habría regresado a Flandes, o que, por lo menos, alguien allí me daría cuenta de él. Así que dejé Valladolid y volví a Sevilla. Le pedí a mi padre que me enviara a trabajar para él a Bruselas, donde nuestra familia siempre ha tenido negocios. Una vez allí, empecé a buscaros.

—Pero hacía años que Wilhem no pisaba Bruselas. No tenía relación con nadie de su ciudad natal.

—Eso lo supe en cuanto comencé a indagar acerca de él. Durante meses no logré nada más que recoger abundantes testimonios de que vuestro esposo no era de fiar. Debía dinero a varias personas, e incluso tenía algún asunto pendiente con la justicia. Todo eso apoyaba mi idea de que no estabais con él por vuestra voluntad, y cada día os buscaba con más encono. Entonces, alguien me dijo que se rumoreaba que el señor De Jansen había sido visto en alguna ciudad del norte de Italia, y me dispuse a buscaros allí. Cuando estaba arreglando todo para mi partida, llegó una carta procedente de Sevilla. Mi hermano había sufrido un accidente durante una montería. Por el bien de mi familia, no tuve otra opción que regresar a España y aceptar el destino que hasta entonces pertenecía a mi hermano mayor. Fui nombrado heredero, y cuando mi padre murió dos años después me convertí en duque de

Navaluengos. A partir de ahí me resultó imposible buscaros. Las obligaciones de mi cargo me lo impidieron.

Cuando Francisco concluyó su relato ambos enmudecieron. En cualquier caso, las palabras hubiesen sido inútiles y vacías.

El estruendo de los fuegos en el cielo se fue espaciando, hasta que una última deflagración, tan potente que reverberó en los jardines como el estallido de un trueno, puso punto final al espectáculo. El silencio sustituyó al estrépito de la pólvora, y una ráfaga de viento agitó las campanillas que colgaban del puente.

A Juana le rondaba aún una pregunta más en la cabeza.

—¿Qué sucedió con el lienzo que pinté de mi madre? Cuando encontré el saco bajo las tablas no había rastro de él. Imagino que vos lo cogisteis.

Francisco frunció los labios, como excusándose.

—Os pido perdón por ello. Sé lo importante que es para vos. Pero pensar que tal vez aquel canalla de Pina podía encontrar el saco hizo que creyese más oportuno llevármelo conmigo. Pero puedo devolvéroslo, aún lo conservo.

—¡Lo habéis guardado todos estos años!

—Por supuesto —replicó Francisco como si lo contrario lo ofendiese—. Lo he mantenido siempre cerca de mí. Era todo cuanto tenía de vos.

Juana sintió el vello de los brazos erizarse ante aquella confesión. Resolvió que era su turno. Dejó que los recuerdos la invadieran y fue desgranando la historia de su vida desde que se habían visto por última vez.

Le habló de su matrimonio con Wilhem, de cómo se las ingeniaba para seguir pintando. Le contó de su estancia en Venecia; lo malo, como la muerte de Jan y la peste, y también lo bueno, como conocer a Robert y a Ana del Cerro, o su paso por el Lazzaretto Vecchio, que la convirtió en una persona diferente. Tampoco obvió a Andrea, al que no sabía en qué categoría colocar. Le relató su matrimonio fingido con Robert, y cómo de aquel modo había tenido una

buena vida, de su paso por Roma, de la *bottega*, de Bernini, de Cortona y de tantos otros genios que había conocido, como Velázquez, a quien catalogó de gran amigo. Acabó dando cuenta de la escuela de Valladolid y del juicio de la Inquisición, y de la propuesta de su majestad.

Al concluir, Francisco agitó la cabeza y frunció los labios. Un gesto que el duque llevaba repitiendo desde poco antes de que Juana acabara el relato de su vida.

—¡Sabía que erais vos! —exclamó preso de una emoción incontenible.

—¿A qué os referís? —interrogó Juana confusa.

—En Roma me topé con un bodegón que supe al instante que estaba hecho por vos. Reconocí vuestro estilo y vuestro gusto por el rojo.

—El rojo veneciano —confirmó Juana—. Recuerdo que la primera vez que nos vimos censurasteis su uso.

—Pues debo agradecerle que hiciera que reconociese vuestro cuadro. Aunque estuviese firmado por un tan Ende. Supe que era vuestro nada más verlo.

—Así pues, vos erais el embajador que reclamaba conocer a Ende.

—¡En cuanto vi vuestro lienzo! —respondió ufano Francisco al ver que no andaba errado—. Conseguí reunirme con su marchante, que según me decís era vuestro esposo, Robert de Maes.

—Un sirviente que le era muy fiel, Piero, me contó que el día que murió recibió la visita de un embajador español y del señor Bambrilla. Nunca imaginé que ese embajador erais vos.

—Me pareció un buen hombre, vuestro esposo.

—Lo era, os lo aseguro. El hombre más bueno y transparente que he conocido.

—Resulta increíble lo cerca que estuvimos el uno del otro y que no nos encontráramos. —El duque hizo una pausa—. Decidme una cosa, ¿por qué Ende? Vuestro esposo no consiguió sacarme de la cabeza que tras ese nombre os ocultabais vos. Durante todos estos años he dado vueltas a ese nombre, convencido de que en él se hallaba alguna

clave.

—Ende era una monja española que iluminaba manuscritos en el siglo x. Posiblemente la primera mujer pintora de la que tenemos constancia. Usar su nombre como seudónimo me pareció de justicia.

Francisco golpeó la barandilla del templete con frustración.

—¿Os dais cuenta? Si hubiese insistido habríamos acabado por encontrarnos —Juana dejó que en sus labios brotara una sonrisa fresca y espontánea—. ¿Qué os hace gracia?

—Acabo de darme cuenta.

—¿De qué?

—Después de todo este tiempo nos seguimos hablando con tratamiento de cortesía. ¿No es curioso?

Ahora fue el duque quien sonrió.

Poco a poco el gentío iba abandonando la explanada. El murmullo de sus voces, amortiguado hasta entonces, se fue reduciendo hasta ser imperceptible. Juana alzó la vista a un cielo donde una miríada de estrellas titilaba entre nubes.

—Y vos, ¿os casasteis? —preguntó.

Francisco tardó lo que duran un par de latidos de corazón en responder.

—Tuve que hacerlo. Un noble sin descendencia no es nada.

—Así que ¿tenéis hijos también?

—Tres niños y una niña. Su madre murió hace dos años.

—Lo lamento —dijo con sinceridad, aunque, en el fondo, sintió crecer una punzada de emoción—. Así que los dos somos viudos. Yo por partida doble.

—Eso parece.

Un silencio incómodo pareció posarse sobre ellos. Juana lo rompió con una pregunta fruto de la más honda curiosidad:

—¿Y habéis seguido pintando?

—Al principio seguí haciéndolo, pero pronto mis

obligaciones hicieron que lo fuera dejando. Creo que si tomara ahora un pincel no recordaría cómo se hace. Por unas razones vos y por otras yo, el caso es que el mundo se ha visto privado de dos grandes maestros.

Juana encontró al Francisco fanfarrón que tan bien conocía en aquellas palabras, pese a que hubiesen sido dichas con ánimo de chanza. Sonrió con tristeza.

—Así pues, ¿habéis sido feliz?

Francisco tardó unos instantes en responder.

—No ha habido un solo día en que no haya pensado en vos.

—No es eso lo que os he preguntado.

La mano de Francisco se deslizó hasta asir la de Juana. La mujer no la apartó. Era tan agradable sentirla después de tantos años...

—Cuando don Diego me ha dicho que estabais hoy aquí, el corazón, el mundo entero, se ha detenido —exclamó Francisco—. Al veros he recordado de golpe lo que me hacíais sentir. He comprendido que os sigo amando. No he dejado nunca de hacerlo.

Francisco acompañó su confesión de un firme y tierno apretón de su mano. Juana sentía el calor de su piel, el latido de su corazón en la yema de los dedos. Era tan tentador dejarse llevar por aquella sensación...

Pese a haber enterrado su recuerdo bajo capas y capas de olvido. Pese a que daba por muerto aquel amor. Pese a haberse prohibido muchos años atrás hablar de él en voz alta. Lo cierto era que tampoco ella había dejado de pensar en él un solo día. Ni uno solo.

Francisco seguía siendo parte de su vida. No importaba la distancia o el tiempo, tampoco la nula practicidad de haber amado durante años un recuerdo.

Durante aquellos años miraba el cielo a veces y se preguntaba si él estaría haciendo lo mismo. Acababa un lienzo e imaginaba que se lo mostraba. Buscaba cualquier excusa para traerlo a su memoria. Siempre había estado presente, incluso cuando no estaba presente. Porque amar un recuerdo era mejor que no amar. Podía haber conocido

lechos y hombres prometedores, pero nunca nadie había ocupado su lugar.

Ninguna luz hizo que su sombra se expandiese como él lo hacía.

Se besaron mientras las campanillas de la fuente tintineaban de nuevo fruto de una fuerte ráfaga de viento. Tras tantos años, sus bocas, sus cuerpos, sus almas estaban de nuevo unidas. Se reconocían. Ni el tiempo ni la distancia habían vencido aquella batalla. El amor era más fuerte.

Desanduvieron el camino. En silencio. Tomados de la mano.

A la carrera, Diego de Velázquez cruzó la explanada y se plantó frente a ellos.

—Por fin os encuentro. Todo el mundo se está yendo —dijo. No tardó ni un segundo en caer en la cuenta de lo que sucedía al ver sus manos unidas. El genio sevillano sonrió azorado.

—Lo siento, don Diego. El tiempo se nos ha ido sin caer en la cuenta. Hacía tantos años que no nos veíamos —se excusó Francisco.

Juana apuntaló sus palabras con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—Creo —dijo Velázquez sin reprimir un guiño cómplice—, que será mejor que regrese a Madrid solo. Doña Juana, nos veremos en breve para hablar de vuestro examen.

—Lo espero con ansias, querido don Diego. Lo espero con ansias.

Poco después, Francisco y Juana se encaminaban a las caballerizas y subían al carruaje del duque de Navaluengos. Sobre sus cabezas, en el cielo cuajado de nubes, la luna brilló fugazmente a través de un hueco e iluminó el rostro de los dos enamorados a bordo del carruaje. Sus manos, entrelazadas en el espacio entre ambos, presagiaba que ya no se separarían nunca.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela se comenzó a gestar durante el confinamiento de 2020. Pasé la mitad de ese periodo en casa de mi madre, donde reaprendí el valor de la esperanza como motor de vida. Desafortunadamente ella no pudo ver la historia de Juana convertida en libro. No pasa un solo día sin que añore escucharla o simplemente dejar que el día acabe en su compañía. Para ella y mi padre va mi agradecimiento eterno por sus lecciones y ejemplo de vidas consagradas a la generosidad, el esfuerzo y el amor.

También debo citar aquí a mi pareja, amigos y familia, sin los cuales esto no tendría sentido. Nunca podré expresaros con palabras cuánto os amo y valoro que estéis a mi lado.

Un agradecimiento muy especial a mi agente, Silvia Bastos, y al resto de su equipo, que siempre apoyó la novela, incluso cuando yo no lo tenía tan claro.

Mis compañeras de armas Mar Aísa Poderoso, Gema Bocardo y Sonia Andújar leyeron una primitiva versión de esta historia. Sus comentarios no solo enriquecieron la historia, sino también a mí mismo.

Andrés Pascual, a quien no solo me enorgullezco de llamar compañero, sino también amigo, supo, con su experiencia y sabiduría, calmar mi habitual ansiedad. También Enrique Cabezón, compañero de fatigas cuyo exigente horario nunca le impidió apoyarme y darme su sincera opinión, merece una humilde reseña aquí. A ambos mi gratitud eterna.

La labor, pasión y amor por su trabajo de Miryam Galaz y el resto de gente de Espasa han hecho posible que este libro sea una realidad. También mi agradecimiento a

Fátima Casaseca y Paz López-Felpeto, cuyas revisiones llevaron a Juana y su historia a una dimensión más profunda, así como a Carlos Alcelay por poner la lupa en los detalles importantes.

Y finalmente, aunque no menos importante, gracias a todas esas artistas cuyo trabajo y vida me inspiraron y a las mujeres que me hicieron entender que como sociedad no podemos permitirnos prescindir de la visión de la mitad de la población.

Rojo veneciano
Manuel Soto Colás

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este *ebook* estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Lidia Vilamajo
© de la imagen de la portada, Trevillion

© Manuel Soto Colás, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-670-6960-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!